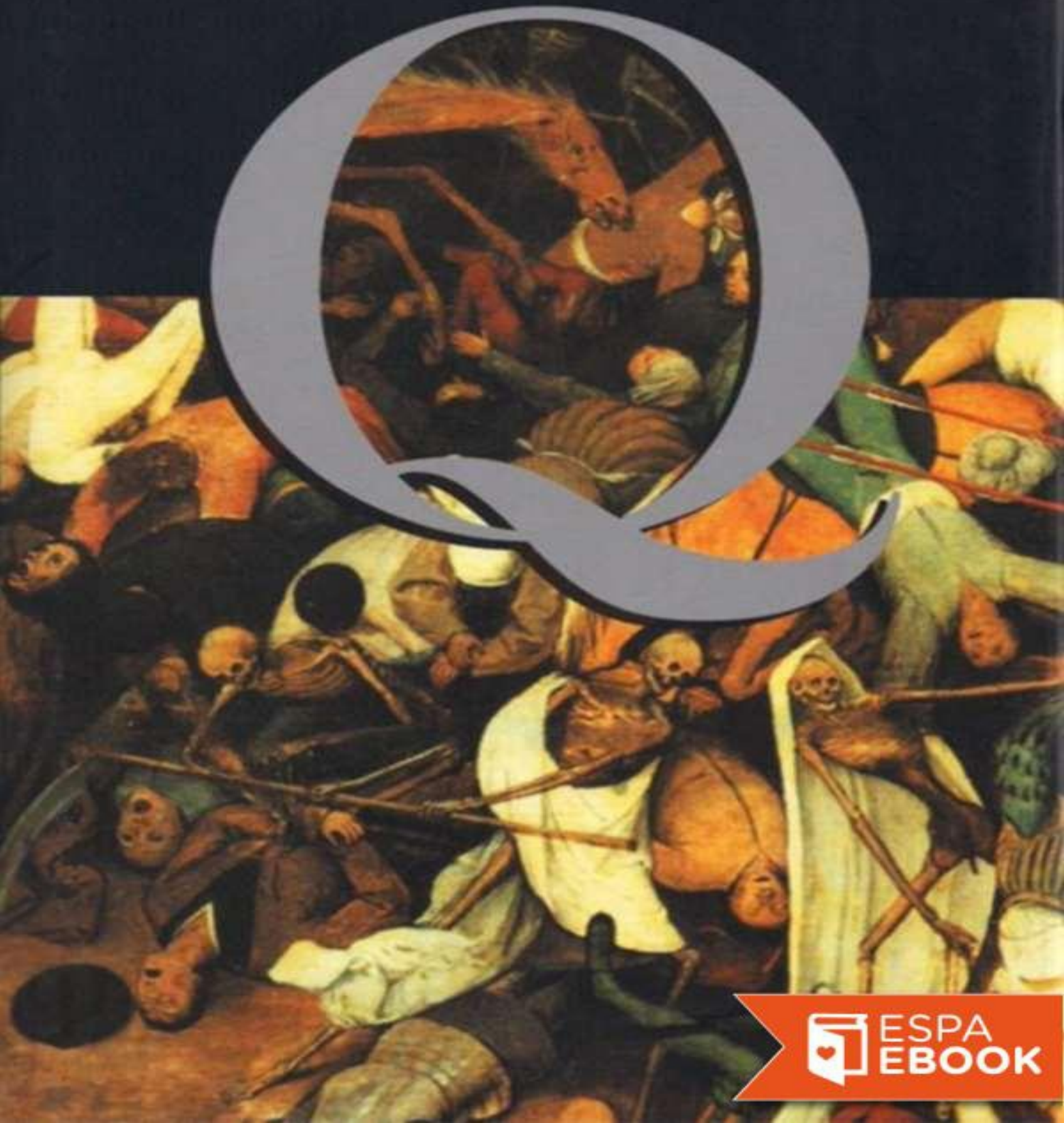
Luther Blissett



ESPA EBOOK

Calificada por los críticos como obra maestra y comparada insistentemente con El nombre de la rosa, Q es una larga novela ambientada en el siglo XVI. La obra se desarrolla a lo largo de treinta años por distintos países de la Europa de la Contrarreforma, y en ella decenas de personajes conforman un prodigioso fresco de la época. Así pues, Q es una novela histórica, pero también y ante todo, es una novela de aventuras y espionaje donde el verdadero protagonista es la multitud: herejes, espías, putas, cortesanos, mercenarios, profetas improvisados, siervos… Una novela coral en estilo y contenido que en todos los países en los que ha sido traducida ha cosechado un rotundo éxito.

Luther Blissett (Wu Ming)

Q

ePUB v1.1
karpanta 06.04.12

más libros en espaebook.com

Título original: *Q*
© 2000, Luther Blissett (Wu Ming)
© 2009, José Ramón Monreal Salvador, por la traducción

A Marco Morri

PRÓLOGO

Fuera de Europa, 1555

En la primera página hay escrito: *En el fresco soy una de las figuras del fondo*.

La letra meticulosa, sin borrones, pequeña. Nombres, lugares, fechas, reflexiones. El cuaderno de los últimos días convulsos.

Las cartas amarillentas y decrépitas, polvo de décadas pasadas.

La moneda del reino de los locos se bambolea en mi pecho para recordarme el eterno movimiento pendular de la humana fortuna.

El libro, tal vez el único ejemplar impreso, no ha sido abierto aún.

Los nombres son nombres de muertos. Los míos, y los de aquellos que recorrieron los tortuosos senderos.

Los años que hemos vivido han sepultado para siempre la inocencia del mundo.

Os prometí no olvidar.

Os he salvado del olvido.

Quiero tenerlo todo bien controlado, desde un principio, los detalles, el azar, el fluir de los acontecimientos. Antes de que la distancia empañe la mirada que se vuelve hacia atrás, atenuando el estruendo de las voces, de las armas, de los ejércitos, la risa, los gritos. Y sin embargo solo la distancia permite remontarse a un probable comienzo.

1514. Alberto de Hohenzollern es nombrado arzobispo de Magdeburgo. A los veintitrés años. Más oro en las arcas del Papa: compra también el arzobispado de Halbertstadt.

1517, Maguncia. El más vasto principado eclesiástico de Alemania aguarda el nombramiento de un nuevo obispo. Se obtiene el nombramiento, Alberto tiene en sus manos un tercio de todo el territorio alemán.

Hace su oferta: catorce mil ducados por el arzobispado, más diez mil por la dispensa papal que le permita conservar todos los cargos.

El asunto se negocia por medio de la banca Fugger de Augsburgo, que anticipa la suma. Una vez cerrada la operación, Alberto debe a los Fugger treinta mil ducados.

Son los banqueros quienes deben establecer las modalidades de pago. Alberto debe fomentar en sus dominios la predicación de las indulgencias del papa León X. Los fieles deberán realizar una contribución para la construcción de la basílica de San Pedro, a cambio de lo cual obtendrán un certificado: el Papa los absuelve de sus pecados.

Solo la mitad de lo recaudado será para financiar los astilleros de Roma. Alberto empleará el resto para pagar a los Fugger.

El encargo será confiado a Johann Tetzel, el más experto predicador del lugar.

Tetzel recorre los pueblos durante el verano del 17. Se detiene en la frontera con Turingia, que pertenece a Federico el Sabio, duque de Sajonia. No puede poner los pies allí.

Federico recauda por su propia cuenta las indulgencias, a través de la venta de reliquias. No acepta competidores en sus territorios. Pero Tetzel es un hijo de puta: sabe que los súbditos de Federico harán de buena gana unas pocas leguas más allá de la frontera. El paraíso bien vale un pequeño obstáculo en el camino.

El ir y venir de almas en busca de palabras tranquilizadoras tiene terriblemente indignado a un joven fraile agustino, doctor por la Universidad de Wittenberg. No puede tolerar el obsceno mercadeo puesto en marcha por Tetzel, con escudo de armas y sello pontificio bien visibles.

31 de octubre de 1517. El fraile clava en la puerta sur de la iglesia de Wittenberg noventa y cinco tesis contra el tráfico de indulgencias, escritas de su puño y letra.

Se llama Martín Lutero. Con ese gesto da comienzo la Reforma.

Un punto de origen. Recuerdos que recomponen los fragmentos de toda una época.

La mía. Y la de mi enemigo: Q.

El ojo de Carafa

(1518)

Carta enviada a Roma desde la ciudad sajona de Wittenberg, dirigida a Gianpietro Carafa, miembro de la consulta teológica de Su Santidad León X, fechada el 17 de mayo de 1518.

Al ilustrísimo y reverendísimo señor y padre meritísimo Giovanni Pietro Carafa, de la consulta teológica de Su Santidad León X, en Roma.

Ilustrísimo y reverendísimo dueño y señor mío meritísimo:

El más fiel servidor de Vuestra Señoría se dispone a dar cuenta de lo que acontece en esta perdida landa, que de un año a esta parte parece haberse convertido en el centro de toda diatriba.

Desde que hace ocho meses el monje agustino Martín Lutero clavara sus tan cacareadas tesis en el portal de la catedral, el nombre de Wittenberg ha viajado a lo largo y a lo ancho en boca de todos. Jóvenes estudiantes de los estados limítrofes afluyen a esta ciudad para escuchar de viva voz del predicador esas increíbles teorías.

Muy en particular la predicación contra la compraventa de las indulgencias parece ganarse los mayores aplausos entre las jóvenes mentes, abiertas a las novedades. Lo que hasta ayer mismo era práctica corriente e indiscutida, el recibir el perdón de los pecados a cambio de una piadosa donación a la Iglesia, parece ser hoy criticado por todos como si se tratara de un escándalo innombrable.

Una fama semejante y tan repentina ha vuelto a Lutero insolente y arrogante; este se siente poco menos que investido de una misión ultraterrena, cosa que lo lleva a aventurarse aún más, a llegar mucho más lejos.

De hecho, ayer sin ir más lejos, como todos los domingos, mientras predicaba desde el púlpito sobre el evangelio del día (se trataba del texto de Juan 16, 2: «Os echarán de la sinagoga»), añadió al «escándalo» del mercado de las indulgencias otra tesis, a mi juicio más peligrosa si cabe.

Lutero ha afirmado que no hay que temer demasiado las consecuencias de una excomunión injusta, puesto que no atañe más que a la comunión exterior con la Iglesia, y no a la interior. Esta última, en efecto, atañe únicamente al vínculo de Dios con el fiel, que ningún hombre puede declarar disuelto, ni tan siquiera el mismo Papa. Tanto más cuanto que una excomunión injusta no puede perjudicar al alma, y si es soportada con resignación filial con la Iglesia, puede incluso convertirse en mérito estimable. Así pues, si alguien es excomulgado injustamente, no debe desmentir mediante palabra o acto la causa por la cual fue excomulgado, debiendo soportar pacientemente la excomunión aun cuando tenga que morir excomulgado y no ser enterrado en tierra consagrada, pues tales cosas son con mucho menos importantes que la verdad y la justicia.

Concluyó con estas palabras: «Dichoso y bendito aquel que muere en una excomunión injusta, pues por el simple hecho de sufrir este duro castigo por amor a la justicia, que él no ha querido callar ni abandonar, recibirá por la gracia de Dios la eterna corona de la salvación».

Uniendo al deseo de servirle el agradecimiento por la confianza que V.S. ha demostrado tener en mí, tendré ahora el atrevimiento de escribir lo que es mi parecer acerca de las cosas que he expuesto más arriba. Al humilde observador de Vuestra Señoría Reverendísima le ha parecido claro que Lutero se huele en el ambiente una excomunión para él, así como el zorro huele el olor de los sabuesos. Y está afilando ya sus armas doctrinales y buscando aliados para un próximo futuro. Muy en especial creo que busca el apoyo de su señor el príncipe elector Federico de Sajonia, quien aún no ha manifestado públicamente su disposición de ánimo con fray Martín. No en vano es conocido como el Sabio. El señor de Sajonia sigue sirviéndose de ese hábil intermediario que es Spalatino, el bibliotecario y consejero de corte, con objeto de sopesar las intenciones del monje. Un personaje taimado y que no inspira la menor confianza, este Spalatino, del que ya hice una sumaria descripción en mi última misiva.

Vuestra Señoría comprenderá mejor que su servidor la perniciosa gravedad de la tesis sostenida por Lutero: quisiera despojar a la Santa Sede de su mayor baluarte, el arma de la excomunión. Y no menos evidente es que Lutero no osará nunca poner por escrito esta tesis suya, consciente del desatino que representa y del peligro que podría derivarse

de ella para su persona. Por dicha razón he considerado oportuno hacerlo yo, a fin de que Vuestra Señoría pueda tomar a tiempo todas las precauciones que juzgue oportunas para pararle los pies a este fraile del diablo.

Beso las manos de Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima, encomendándome como siempre a su gracia.

De Wittenberg, a 17 de mayo de 1518,
el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad sajona de Wittenberg, dirigida a Gianpietro Carafa, miembro de la consulta teológica de Su Santidad León X, fechada el 10 de octubre de 1518.

Al ilustrísimo y reverendísimo amo y señor meritísimo Giovanni Pietro Carafa, de la consulta teológica de Su Santidad León X, en Roma.

Ilustrísimo y reverendísimo amo y señor mío meritísimo:

Como servidor de Vuestra Señoría me he sentido enormemente halagado por la magnanimidad de que ha querido hacerme objeto, pues si el servirle es ya para mí un gran privilegio, el serle de utilidad me colma de verdadera alegría. La acusación oficial de herejía dirigida contra el fraile Martín Lutero, al que el Sermón sobre la Excomunión ha brindado un definitivo apoyo, había de inducir al príncipe elector Federico a tomar por fin una postura respecto al monje, tal como Vuestra Señoría presagiaba. Los hechos de que me apresuro a ponerle al corriente son ya acaso una primera reacción del Elector ante el inesperado precipitarse de los acontecimientos, pues, en efecto, se dispone a cerrar filas con los teólogos de su universidad.

El 25 de agosto llegó a Wittenberg, como profesor de griego, Philipp Melanchthon, procedente de la prestigiosa Universidad de Tubinga. Creo yo que nunca en ninguna universidad del Imperio se ha visto a un profesor más joven que él: no tiene más que veintiún años y, con su aspecto débil y demacrado, diríase que tiene menos aún. Si bien lo precedió y acompañó una cierta fama durante el viaje, la acogida inicial de los doctores de Wittenberg no fue lo que se dice entusiasta. Su actitud, y en particular la de Lutero, no iban a tardar en cambiar, tan pronto como ese prodigio de saber clásico pronunció su discurso inaugural en el que ilustró la necesidad de un estudio riguroso de

las Escrituras en sus textos originales. Desde ese momento, hubo con Martín Lutero un entendimiento intenso y fuerte. Esos dos profesores son seguramente un arma poderosa en manos del Elector de Sajonia, desde el momento en que, a pesar de lo distintos que son, están tan unidos. Cada uno de ellos proporciona al otro aquel o de lo que carece para convertirse en un verdadero peligro para Roma: Lutero es osado y enérgico, por más que tosco e impulsivo, mientras que Melanchthon es persona de gran cultura y refinada, aunque más joven y delicado, hecho más para los enfrentamientos doctrinales que para los campales.

El primer alumbramiento peligroso de este maridaje será sin duda la Biblia en alemán, en la que se dice están trabajando de concierto y para la cual los conocimientos de Melanchthon serán como maná caído del cielo.

Como sé que Vuestra Señoría suele apreciar las informaciones concretas sobre las cosas importantes, seguiré en futuros días con atención a los doctores y referiré todo a Vuestra Señoría, con la única esperanza de poder serle de alguna utilidad.

Beso humildemente las manos de Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima.

De Wittenberg, a 10 de octubre de 1518,
el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

PRIMERA PARTE

El Acuñador

Frankenhausen (1525)

Capítulo 1

Frankenhausen, Turingia, 15 de mayo de 1525. Tarde

Casi a ciegas.

Lo que debo hacer.

Gritos en los oídos ya reventados por los cañones, cuerpos que chocan contra mí.

Un polvo de sangre y sudor me obtura la garganta, la tos me desgarra.

Las miradas de los fugitivos: terror. Cabezas vendadas, miembros magullados… Me vuelvo continuamente: Elias viene detrás de mí. Se abre paso entre la multitud, enorme.

Lleva sobre sus hombros a Magister Thomas, inerte.

¿Dónde está Dios omnipresente? Su grey está en el matadero.

Lo que tengo que hacer. Las alforjas, bien apretadas. Sin detenerse. La daga le golpea en el costado.

Elias siempre detrás.

Una silueta confusa corre a mi encuentro. Media cara cubierta de vendas, carne desgarrada. Una mujer. Nos reconoce. Lo que debo hacer: el Magister no debe ser descubierto. La agarro: no hablar. Gritos a mis espaldas:

—¡Soldados! ¡Soldados!

La alejo, vamos, ponerse a salvo. Un callejón a la derecha. A todo correr, Elias detrás, de cabeza. Lo que debo hacer: los portones. El primero, el segundo, el tercero, se abre. Dentro.

Cerramos el portón tras de nosotros. El rumor desciende. La luz se filtra débil por una ventana. La anciana está sentada en un rincón al fondo de la habitación, en una silla de enea medio desfondada. Pocas y pobres cosas: un banco deteriorado, una mesa, tizones que

recuerdan un fuego reciente en una chimenea ennegrecida por el hollín.

Me acerco:

—Hermana, traemos a un herido. Necesitaría una cama y un poco de agua, en el nombre de Dios.

Elias está parado en la puerta, que ocupa totalmente. Siempre con el Magister cargado sobre los hombros.

—Por unas horas solamente, hermana.

Sus ojos son acuosos y no miran nada. La cabeza se bambolea arriba y abajo. Los oídos silban aún. La voz de Elias:

—¿Qué está diciendo?

Me acerco más a ella. En medio del zumbido del mundo, una cantinela apenas susurrada. No consigo entender sus palabras. La anciana ni siquiera sabe que estamos aquí.

Lo que debo hacer. No perder tiempo. Una escalera lleva arriba, una seña a Elias, subimos, por fin una cama donde echar a Magister Thomas. Elias se enjuga el sudor de los ojos.

Me mira:

—Hay que encontrar a Jacob y a Mathias.

Toco la daga y hago ademán de ir.

—No, ya voy yo, tú quédate con el Magister.

No tengo tiempo de responder, pues está ya bajando las escaleras. Magister Thomas, inmóvil, mira fijamente al techo. La mirada perdida, apenas un parpadeo, diríase que no respira.

Miro fuera: una perspectiva de casas desde la ventana. Da a la calle, un salto demasiado alto. Estamos en el primer piso, debe de haber por lo menos un granero.

Observo el techo y a duras penas consigo distinguir la rendija de una trampilla. En el suelo hay una escalera. Medio carcomida, pero que aguanta igual. Me meto a gatas, el techo del granero es muy bajo, el suelo está cubierto de paja. Las vigas crujen a cada movimiento. Ni una ventana, algún rayo de luz penetra desde arriba por entre las tablas: la buhardilla.

Más tablas aún, paja. He de permanecer casi tendido. Una abertura da a los tejados: vertientes. Imposible para el Magister Thomas.

Vuelvo a donde está él. Tiene los labios secos, la frente que le arde. Busco agua. En el piso inferior, encima de la mesa, hay unas pocas nueces y una jarra. La cantinela prosigue incesante. Cuando acerco el agua a los labios del Magister veo las alforjas: mejor esconderlas.

Me siento en el taburete. Me duelen las piernas. Sostengo mi cabeza entre las manos, solo un instante, luego el zumbido se convierte en un fragor ensordecedor de gritos,

caballos y hierros. Los bastardos a sueldo de los príncipes entran en la ciudad.

Carrera hacia la ventana. A la derecha, en la calle principal: jinetes, picas abatidas, rastrean la calle. Se clavan contra todo cuanto se mueve.

En la parte opuesta: Elias desemboca en el callejón. Descubre los caballos: se para.

Unos soldados a pie aparecen detrás de él. No tiene escapatoria. Mira alrededor: ¿dónde está Dios omnipresente?

Apuntan hacia él.

Levanta los ojos. Me ve.

Lo que debe hacer. Desenvaina la espada, se lanza gritando contra los soldados de a pie. Le ha sacado las tripas a uno de ellos, arrojado por tierra a otro de un testarazo. Tiene a tres encima de él. No siente los golpes, aferra la empuñadura con las dos manos como si de una hoz se tratara, continúa lanzando mandobles.

Se apartan.

Por detrás: un lento galope, pesado, el jinete carga por la espalda. El golpe derriba a Elias. Se acabó.

No, vuelve a levantarse: máscara de sangre y furor. La espada empuñada aún.

Nadie se acerca. Oigo que jadea. Tirón de las riendas, el caballo se da la vuelta. El hacha se alza. De nuevo al galope. Elias abre las piernas, dos raíces. Brazos y cabeza hacia el cielo, deja caer la espada.

El último golpe:

—*Omnia sunt communia*, ¡hijos de perra!

La cabeza rueda por el polvo.

Saquean las casas. Echan abajo los portones a patadas y hachazos. Dentro de poco nos tocará a nosotros. No hay que perder tiempo. Me inclino sobre él.

—Magister, escúchame, hemos de irnos, están al caer… Por Dios, Magister…

Lo agarro por los hombros. Respuesta: un susurro. No puede moverse. En la trampa, hemos caído en la trampa.

Igual que Elias.

La mano aprieta la espada. Como Elias. Quisiera tener su coraje.

—Pero ¿qué piensas hacer? Basta ya de martirio. Vete, piensa en ponerte a salvo.

La voz. Como llegada de las mismas entrañas de la tierra. No consigo creer que haya hablado. Está más inmóvil que antes. Golpes retumbantes abajo. Me da vueltas la cabeza.

—¡Vete!

De nuevo la voz. Me vuelvo hacia él. Inmóvil.

Golpes. El portón se viene abajo.

Está bien, las alforjas, no deben encontrarlas, vamos, sobre los hombros, escaleras arriba, los soldados insultan a la vieja, resbalo, no tengo apoyo, un peso excesivo, vamos,

se me cae una alforja, ¡mierda!, suben las escaleras, dentro, retiro la escalera, cierro la trampilla, la puerta se abre.

Son dos. Lansquenetes.

Puedo espiarlos por una rendija entre las vigas. No he de moverme, pues al mínimo crujido, estoy perdido.

—Solo un vistazo y luego nos vamos, pues aquí no encontraremos nada… ¡Ah, pero si no estamos solos!

Se acercan a la cama, sacuden a Magister Thomas:

—¿Y tú quién eres? ¿Es esta tu casa?

Ninguna respuesta.

—Está bien, está bien, Günther, ¡mira qué tenemos aquí!

Han visto la alforja. Uno de ellos la abre:

—Mierda, no hay más que papeles, de monedas nada. ¿Qué es esto? ¿Tú sabes leer?

—¡Yo, no!

—Yo tampoco. Tal vez sea algo importante. Vayamos abajo a llamar al capitán.

—Pero ¿qué pasa, es que me das órdenes? ¿Por qué no vas tú?

—¡Porque esta bolsa la he encontrado yo!

Al final se deciden, el que no se llama Günther baja al piso inferior. Espero que el capitán tampoco sepa leer, pues de lo contrario se acabó.

Pasos pesados, el que debe de ser el capitán sube las escaleras. No puedo moverme. Tengo el paladar seco, la garganta llena de polvo del granero. Para no toser, me muerdo el interior de una mejilla y me trago la sangre.

El capitán comienza a leer. Solo me cabe esperar que no comprenda. Al final levanta la vista de las hojas:

—Es Thomas Müntzer, el Acuñador… mejor dicho, el Monedita. (Juego de palabras del alemán: *müntzer* significa "acuñador", y *müntzel*, "monedita".) El corazón me da un vuelco. Miradas de complacencia: paga doble. Se llevan en peso al hombre que declaró la guerra a los príncipes.

Me quedo en silencio, incapaz de mover ni un músculo.

Dios omnipresente no está aquí ni en ninguna parte.

Capítulo 2

16 de mayo de 1525

Llega la claridad del alba. Me derrumbo, exhausto.

Al volver a abrir los ojos, en la completa oscuridad de la noche y de mi existencia, la primera sensación ha sido el total entumecimiento de los miembros.

¿Cuánto tiempo hace que se han ido?

Desde la calle subían juramentos de borrachos, ruidos de jarana, gritos de mujeres sometidas a las leyes de los mercenarios.

Para recordarme que estoy vivo, un picor infernal: en la piel una coraza de sudor, paja y polvo.

Vivo, libre de toser y de gemir.

El solo hecho de incorporarme y de trepar sobre el tejado con la alforja y la espada me ha supuesto un ímprobo esfuerzo. He esperado el tiempo necesario para acostumbrarme a la oscuridad escrutando la faz de la ciudad de la muerte.

Abajo, el resplandor de las hogueras diseminadas por todas partes iluminaba las jetas de los soldados en plena francachela, ocupados en beberse la paga por la más fácil de las victorias.

Enfrente, oscuridad. La oscuridad absoluta de los campos. A la izquierda, a unas pocas docenas de pasos, un tejado sobresalía más que los otros, soslayando el callejón de abajo, hasta el confín de la oscuridad absoluta. Reptando por los tejados, he arrastrado mi rota espalda hasta ese confín: las murallas. De la altura de tres hombres, nadie de guardia. Las he recorrido.

Al principio no he percibido el olor: la boca era una cloaca, la nariz impregnada de

sudor y de porquería… Luego lo he notado: estiércol. Estiércol justo debajo. Me he dejado caer, así, en la oscuridad, qué importaba.

Un montón de estiércol.

A todo correr, vamos, sediento, a la carrera, luego he caminado, dado un traspié, vamos, y caminado, vamos, vamos, hambriento, más rápido que la muerte que me ha rozado o que el hedor a mierda que me perseguía, mientras las piernas me han respondido.

El amanecer.

Tumbado en una zanja, bebo agua fangosa. Me pierdo en la oscuridad mientras selevanta el sol.

El cielo arde por poniente. Cada magulladura del cuerpo me quema, incrustada de mierda y de barro: vivo.

Campos, gavillas, el lindero de un bosque algunas leguas al sur. Reanudar la escapada. Tengo que aguardar la oscuridad.

Solo. Mis compañeros, el maestro, Elias.

Solo. Los rostros de los hermanos, cadáveres extendidos por la llanura.

La alforja y la espada parecen pesar el doble. Estoy débil, tengo que comer algo. A unos pocos pasos, espigas verdes de trigo. Las arranco a puñados. Las trago con dificultad.

Me pregunto qué aspecto debo de tener, observo la sombra larguísima sobre el terreno. Levanta una mano y se la lleva al rostro: los ojos, la barba, no soy yo. No volveré a serlo.

Pensar.

Olvidar el horror y pensar. Luego moverse y olvidar el horror. Luego también, acabar con el horror y vivir.

Pensar, pues. Comida, dinero, ropas.

Un refugio, lejos de aquí, un lugar seguro, donde tener noticias y seguir el rastro de los hermanos dispersos.

Pensar.

Hans Hut, el librero. En la llanura, su fuga al ver las corazas del duque Jorge, antes de la matanza. Si alguien se ha salvado, ese es Hut.

Su imprenta está en Bibra, cerca de Nuremberg. Hace años era ya un pulular de hermanos. Un punto de encuentro para muchos.

A pie, de noche, sin recurrir a los caminos, por los bosques y las márgenes de los campos, me llevará al menos unos doce días.

Capítulo 3

18 de mayo de 1525

Es un vivaque de soldados.

Largas sombras y bastos acentos del norte.

Desde hace dos días y dos noches camino por el bosque, con los sentidos alerta, sobresaltándome a cada ruido: el aletear de los pájaros, el ulular prolongado de los lobos que me recorre el espinazo y me revuelve las entrañas. Allí fuera, el mundo podría haberse acabado, no haber ya nadie.

Hacia el sur, hasta que las piernas aguantaban y me dejaba caer. Me he tragado cualquier cosa que pudiera engañar al estómago: bellotas, bayas silvestres, hasta hojas y corteza cuando el hambre se dejaba sentir en lo más hondo… Extenuado, la humedad en los huesos y los miembros cada vez más pesados.

Se había puesto ya el sol, cuando veo aparecer en la oscuridad del bosque los resplandores de una fogata. Me he acercado, arrastrándome hasta detrás de esta encina.

A mi derecha, a un centenar de pasos, tres caballos atados: el olor podría traicionarme. Me quedo inmóvil, indeciso, pensando en el tiempo que ganaría desplazándome sobre una de esas bestias. Atisbo desde detrás del tronco: están alrededor del fuego, envueltos en mantas, una cantimplora pasa de mano en mano, siento casi el aguardiente en su aliento.

—¡Ah! ¿Y qué me dices cuando escapaban como corderos al cargar nosotros? ¡Yo ensarté a tres de ellos de una lanzada! ¡A la parrilla!

Carcajadas de borracho.

—Pues la mía es aún mejor. Yo clavé a cinco mientras saqueábamos la ciudad… y entre una y otra no dejé ni un momento de cargármelos, a esos asquerosos… ¡Una de esas

cerdas me arrancó media oreja de un mordisco! Mira…

—¿Y tú?

—¡Yo le corté el pescuezo, qué cojones!

—Esfuerzo inútil, imbécil de mierda. Haber esperado un día y te lo entregaba por recuperar el cadáver de su marido, como todas las demás…

Otro estallido de carcajadas. Uno de ellos echa otro leño en el fuego.

—Juro que ha sido la victoria más fácil de mi vida de soldado, pues no había más que atacarlos por la espalda y ensartarlos como si fueran pichones. Pero menudo espectáculo: cabezas que saltaban, gente que rezaba de rodillas… ¡Me he sentido un verdadero cardenal!

Hace tintinear una bolsa llena y los otros dos le hacen eco riendo a carcajada limpia; uno se santigua.

—Cuerdas palabras. Amén.

—Me voy a mear. Dejadme un poco de esto…

—¡Eh, Kurt, vete a mear bien lejos, pues no quisiera dormir con la peste a meados tuyos en la nariz!

—Estás tan borracho que no te darías cuenta ni aunque me cagase en tu cara…

—¡Que te den por culo, idiota!

Un eructo por toda respuesta. Kurt sale del círculo de luz y viene en mi dirección. Da un giro a pocos pasos de mí y se va más allá, adentrándose en el denso boscaje.

Decidir, ahora.

Ropas. Unas ropas menos asquerosas que estas y la bolsa llena de dinero al cinto.

Repto tras él, pegado a los árboles, hasta que dejo de oír el roce sobre la hierba.

Echo mano a la daga. Tal como me enseñó Elias, una mano tapándole la boca y sin dudar ni un instante. Le corto el gaznate antes de que pueda comprender qué pasa. Antes de que yo mismo pueda comprenderlo. Apenas un gorgoteo ahogado y esputa sangre y la misma alma por entre mis dedos. Freno su caída.

Nunca había matado a un hombre.

Desato su cinto y cojo la bolsa, le quito el jubón y las mangas, hago un hatillo con todo ello en su capa. Y ahora andando, sin correr, sin hacer ruido, un brazo delante para protegerme la cara de los arbustos y de las ramas. El olor de la sangre en las manos, como en la llanura, como en Frankenhausen.

Nunca había matado a un hombre.

Cabezas que saltan, gente que reza de rodillas, Elias, Magister Thomas reducido a un espectro…

Nunca había matado a un hombre.

Me detengo, en la oscuridad más absoluta, las voces apenas si se oyen. Espada en

mano.

Lo que debo hacer.

Abrir de par en par la boca del infierno para esos bastardos.

Vuelvo atrás, paso a paso, las voces cada vez más fuertes, más próximas, dejo caer el hatillo y la alforja, dos, a grandes zancadas, son dos, sin dudar ni un instante.

—Kurt, ¿dónde coño…?

Entro en el círculo de luz.

—¡Cristo!

Un golpe limpio en la cabeza.

—¡Mierda!

La hoja en el pecho, con todas mis fuerzas, hasta que se pone a vomitar sangre.

Una mano que se alarga hacia el arma demasiado tarde: un golpe en el hombro, luego en la espalda.

Se arrastra sobre los codos hacia la espesura, los gritos de un cerdo en el matadero.

Yo: cada vez más lento, encima de él. Empuño la daga con las dos manos, la hundo entre las costillas rompiendo sus huesos y su corazón.

Acabar con el horror.

Silencio. Solo mi jadear cálido, visible, en la noche, y el crepitar del fuego. Miro a mi alrededor: ni un movimiento. Ya nada.

¡He acabado con todos, Dios mío!

Capítulo 4

19 de mayo de 1525

Cabalgo, con la divisa de la infamia encima.

Es la divisa la que ha de protegerme ahora. Probablemente no sea más que una astucia, he de acostumbrarme, probablemente. Máscara de mercenario de la infamia, cuando la infamia triunfa, nada más.

He de acostumbrarme. Nunca antes había matado.

Un ocaso más matizando campos y colinas de reflejos purpúreos, haciendo más vagos los perfiles, disolviendo las certezas si es que quedaba alguna.

Muchas leguas recorridas, siempre al sur, hacia Bibra, a caballo de una débil esperanza. Los campos atravesados mostraban las señales del paso de la horda asesina.

Igual que los restos de una calamidad de los elementos: terrenos que no volverán a ser fértiles; hierros y toda clase de despojos de la tropa inmunda; algunos cadáveres pudriéndose, esqueletos de desdichados caídos por el camino; pequeños grupos de mercenarios lanzados desde quién sabe qué carnicería hacia una nueva incursión.

Tan pronto como la oscuridad se traga el horizonte y las últimas sombras, prosigo a pie por la espesura. Descubro entre los árboles unos resplandores en la lejanía: acaso otros vivaques. Unos pocos pasos más y un sordo ruido sale a mi encuentro. Caballos, fragor de corazas, reflejos de antorchas sobre el metal. Mi animal piafa, he de refrenarlo mientras busco cobijo detrás de un tronco. Me quedo a la espera, acariciando el cuello del caballo para aliviar el miedo.

El rumor es un río en crecida. Avanza. Cascos y armas centelleantes. Una horda de fantasmas pasa rápida a pocos metros de mí.

Al fin el fragor se hace más débil, pero la noche no vuelve a callar.

La luz más allá del bosque se ha hecho más intensa. El aire está detenido, pero las copas de los árboles ondean: es el humo. Me acerco hasta sentir un chisporrotear de leña que arde. Los árboles se abren de pronto ante la destrucción absoluta.

La aldea está envuelta en llamas. El calor me golpea en la cara, llueven pequeñas pavesas y hollín. Una tufarada dulzona, olor a carne quemada, me revuelve el estómago.

Entonces los veo: cuerpos carbonizados, formas indistintas arrojadas a la hoguera, mientras el vómito sube a la garganta, corta la respiración.

Con las manos firmemente aferradas a la silla, llévame lejos, zambulléndome de cabeza en la noche, huye del horror y del inmundo triunfo del infierno.

Capítulo 5

21 de mayo de 1525

Alrededor de la casa de postas, hay un intenso ir y venir de carros, cargados con el botín de la incursión en las aldeas: capitanes que vociferan órdenes en dialectos distintos; grupos de soldados parten en todas direcciones; trueques y compraventas del botín en medio de la calle, entre mercenarios más mugrientos que yo, y vagabundos que esperan las migajas. La otra cara de la devastación encontrada a lo largo del camino: retaguardias de una guerra sin frentes, el sumidero para la mugre de la carnicería.

El caballo necesita un descanso, yo una comida decente. Pero sobre todo tengo que orientarme, encontrar el camino más corto para Nuremberg y luego Bibra.

—No es conveniente dejar sin vigilancia un caballo en los tiempos que corren, soldado.

Una voz a la derecha, más al á de unas columnas de soldados de infantería que reanudan la marcha. Recio, mandil de cuero y altas botas cubiertas de mierda.

—El tiempo de entrar en la posada y te lo sirven para cenar… En el establo estará más seguro.

—¿Cuánto?

—Dos escudos.

—Demasiado caro.

—El esqueleto de tu caballo valdrá menos que eso…

El mercenario pagado y licenciado que vuelve a casa: —De acuerdo, pero tienes que darle heno y abrevarlo.

—Mételo aquí.

Sonríe: calles atestadas, un negocio de oro.

—¿Vienes de Fulda?

El soldado que vuelve de la guerra: —No. De Frankenhausen.

—Eres el primero que pasa… Cuéntame, ¿cómo ha ido? Una gran batalla…

—La paga más fácil de mi carrera.

El mozo de cuadras se vuelve y grita: —¡Eh, Grosz, aquí hay uno que viene de Frankenhausen!

Salen cuatro de la sombra, toscas caras de mercenarios.

Grosz tiene una cicatriz que surca su mejilla izquierda y desciende cuello abajo, la mandíbula hendida en la que la hoja ha cortado el hueso. Ojos grises inexpresivos de quien ha visto muchas batallas, habituados al hedor de los cadáveres.

La voz sale de una caverna:

—¿Habéis matado a todos esos destripaterrones?

Respiro hondo para tragarme el pánico. Rostros que escrutan.

El soldado que vuelve de la guerra masculla: —A todos.

La mirada de Grosz cae sobre la bolsa de los dineros que cuelga del cinto: —¿Estabas con el príncipe Felipe?

Trago de nuevo saliva. No vacilar en ningún momento.

—No, con el capitán Bamberg, en las tropas del duque Jorge.

Los ojos permanecen inmóviles, tal vez dubitativos. La bolsa.

—Tratamos de alcanzar a Felipe para unirnos a los suyos, pero llegamos a Fulda demasiado tarde. Ya habían salido: ¡corría como un loco, el muy cabrón! Han pasado por Smalkalda, Eisenach y Salza a marchas forzadas, sin tomarse tiempo siquiera para pararse a mear…

Otro:

—Nos han tocado las migajas, algún saqueo aquí y al á. ¿Seguro que no hay ya ningún campesino al que cargarse?

Los ojos del soldado que ha exterminado a los campesinos en la llanura: vidriosos, como los de Grosz.

—No. Todos muertos.

Caratorcida sigue mirando fijamente, reflexiona sobre el negocio del momento: lo arriesgado que será hacerse con la bolsa. Son cuatro contra uno. Sin un gesto suyo los otros tres no se moverán.

Habla con aplomo:

—Mühlhausen. Los príncipes van a asediarla. Allí sí que se podrá hacer un gran botín. Casas de mercaderes, no de apestosos destripaterrones… Bancos, tiendas…

—Mujeres —añade con una risa maliciosa el más bajo a sus espaldas.

Pero Grosz, el cara de ogro, no se ríe. Tampoco yo, con el gaznate seco y el aliento que no se digna salir. Andarse con cuidado. Mi mano en la empuñadura de la espada, que pende del cinto junto con la bolsa de los dineros. Ha comprendido: el primer golpe sería para él. Le cortaría el cuello: puedo hacerlo. Puede leerlo en mi mirada.

Un estremecimiento apenas, como veredicto un parpadeo. No vale la pena arriesgarse.

—Buena suerte.

Se alejan, mudos, el ruido de las botas que se hunden en el barro.

El más gordo se sienta enfrente de mí, da unas buenas dentelladas a un muslo de cabrito, largos tragos de una gigantesca jarra de cerveza corren por su barba pringosa que, con la venda en el ojo izquierdo, casi oculta su cara. El jubón, raído y sucio, cubre a duras penas los muchos barriles de décadas a sueldo de todos los señores.

Durante una pausa el muy cerdo me interroga: —¿Qué hace un señorito como tú en esta pocilga?

Boca llena que chorrea, se pasa una mano por encima de ella y luego eructa.

Sin mirarlo:

—El caballo debe descansar, y yo comer.

—No, señorito. ¿Qué haces en este culo del mundo de jodida guerra?

—Defiendo a los príncipes de los revoltosos… —No me da tiempo a continuar.

—Ah… Ah, esta sí que es buena, buena de verdad… por cuatro piojosos —masculla—, por una chusma de desharrapados. —Deglute—. Qué tiempos, simples chiquillos que defienden a los señores de la canalla campesina. —Eructa de nuevo—. ¿Sabes qué te digo, señorito? Que esta ha sido la más mierdosa de todas las mierdosas guerras que este único ojo bueno que tengo ha visto. El vil metal, compadre, nada más que el vil metal y negocios con esos cerdos de Roma. ¡Los obispos con todas sus barraganas e hijos que tienen que mantener! El vil metal, te lo digo yo, pues los príncipes, los duques, todos esos jodidos, no piensan en otra cosa. Primero se lo quitan todo a esos patanes, y luego nos mandan a nosotros a repartir leña a quien incordia. Tal vez yo soy ya demasiado viejo para todas estas sandeces. ¡Cabrones! ¡Pero esta vez hubiera habido que volver los cañones contra los príncipes y los lameculos del Papa, pues los destripaterrones bien que sacaron los cojones: quemaban los castillos con todas las bendiciones del cielo que hay en ellos, daban por culo a las condesas y les sacaban las tripas a los asquerosos curas!

Oh, no paraban de hablar de Dios, pero mientras tanto arramblaban con todo, y yo a punto estuve de sumarme a la rapiña también, pero al fin y al cabo sabía ya cómo iba a acabar la cosa, no hay suerte para los miserables. Y para nosotros los pocos dineros de mierda de siempre. ¡Esta va por ellos! —Se pedorrea, se carcajea, se sopla la jarra—.

¡Que les den por culo!

Dejo de comer, entre la sorpresa y el disgusto. El cerdo es la mar de simpático, y

aunque habla como una cloaca odia a los señores. Me infunde moral: están hechos de carne y hueso, no solo de afilado acero.

—¿Tú dónde estabas? —le pregunto.

—En Eisenach, luego en Salza, y a continuación me harté de romperme los brazos sobre las espaldas de esos pobres. Un verdadero asco. Soy demasiado viejo ya para estas sandeces, tengo cuarenta años, joder, y veinte años de mierda encima. ¿Y tú, señorito?

—Veinticinco.

—No, no, ¿de dónde vienes?

—De Frankenhausen.

—¡La puta! ¿En medio del Juicio Universal? Las voces corren, no había oído nunca una cosa así.

—Pues así es, compadre.

—Y dime una cosa… ¿Ese predicador, ese profeta, bueno, ese cabeza dura, cómo se llama?… Ah, sí, Müntzer. El Acuñador. ¿Cómo ha acabado?

Cuidado.

—Lo apresaron.

—¿No ha muerto?

—No. Vi que se lo llevaban. Uno del pelotón que lo capturó me contó que había luchado como un león, que la cosa resultó difícil, pues los soldados estaban atemorizados por su mirada y sus palabras. Mientras se lo llevaban en el carro le oía gritar aún: «Omnia sunt communia!».

—¿Y qué coño quiere decir eso?

—«Todo es de todos.»

—Mierda, un buen tipo. ¿Y tú sabes latín?

Sonríe con sarcasmo. Yo bajo la mirada.

Capítulo 6

24 de mayo de 1525

Unas pocas horas de viaje y las colinas de la selva de Turingia eran ya un pálido reflejo en el gris oscuro del cielo a mis espaldas. No hacía mucho que había dejado atrás la fortaleza de Coburgo, directo a la posada del burgo de Ebern. Dos días de marcha aún, tres como máximo, por valles boscosos que la Alta Franconia comenzaba a abrir ampliamente frente a mí. Un largo camino, normalmente atestado de carros de vendedores entre el Itz y el Main. Aquella tarde en Ebern, el día después en Forcheim, para evitar las miradas indiscretas de Bamberg, luego Nuremberg y por fin Bibra.

Por primera vez he sentido que podré conseguirlo. Esta fatiga, que vuelve a atenazarme, la tenía ya olvidada, anulada por la fuerza de quien trepa más allá del borde de la derrota.

Ha venido a mi encuentro de lejos, mientras el cielo se colmaba de nubes: doliente, lacerante, trágica. La precedía un fino manto, mezcla de luz tenue y grisácea, con la lluvia ligera que vuelve inseguras la vista y la respiración, en la explanada del angosto valle, que confiaba dejar atrás a la puesta del sol.

Avanzaba lenta, tal vez algunas horas de camino a sus espaldas desde el rayar del día, tras una noche pasada a la luz de las estrellas quién sabe cómo, con la oscuridad insoportable de un viaje sin meta por delante.

No tenían carros, ni bueyes ni caballos. Alforjas sobre el hombro. Una oleada de hombres salvados, una inundación de miseria en dirección a las torres espléndidas de Coburgo.

La columna de humanidad diezmada se arrastraba, inerme, aplastada por la planta

gigantesca del cielo. Un arrastrarse cansino de enseres, un gemido de enfermos bajo sucios vendajes, ancianos acomodados en parihuelas improvisadas. Letanías incesantes y llanto de niños entonando cantos de aflicción.

Solo algunas mujeres intentaban dar un sentido a la columna: dejaban repetidas veces las desordenadas filas para consolar a los heridos y darle ánimos para que siguiera adelante a quien se dejaba vencer por el peso de la desgracia; siempre con criaturas fuertemente asidas a sus espaldas, a los brazos o en el regazo, rostros trágicos y altivos.

Esa fuerza impensable, solemne, infundía un aliento de vida en la desventurada carne de quién sabe qué aldea, la misma encontrada días antes, u otra, y ahora de nuevo. ¿Existirá algún trozo de mundo que haya escapado al cataclismo?

He seguido el cansancio de sus pasos, caminando a solo unas pocas decenas de metros a su derecha, durante un tiempo que no pasaba, eterno. De vez en cuando una mirada, un lamento implorante me dejaba transido de dolor. Cientos de hombres sometidos a un solo soldado: ni un gesto de desprecio, ni un ademán de reacción.

Agotados, todos, atónitos ante la ruina. Era a mí, fugitivo bajo la piel del asesino, a quien se dirigía la súplica de los Sinnada.

Luego, un rostro de mujer, rompiendo la inercia, ha venido a mi encuentro. Vivo, en su inmenso cansancio, dejando la columna sollozante, tras haber confiado a otros brazos los dos cachorrillos hambrientos que llevaba con ella.

—No tenemos ya nada, soldado. Nada más que las heridas de los lisiados y las lágrimas de nuestros niños. ¿Qué más puede pasarnos?

No he encontrado palabras para mitigar el remordimiento por la impotencia y la culpa de estar vivo, frente a aquellos ojos orgullosos, clavos hincados en la carne. Debía bajar del caballo, recoger a sus hijos, darle dinero y prestarle ayuda. Socorrer a mi gente, las tropas de los elegidos hundidas en el fango del que querían liberarse. Descabalgar y quedarse.

He golpeado con fuerza los ijares del caballo. Casi a ciegas.

Capítulo 7

Eltersdorf, Franconia, 10 de junio de 1525

Ganarse el pan es algo realmente fatigoso y triste. El hombre se inventa piadosas mentiras a propósito del trabajo. He aquí otra y no menos abominable idolatría, el perro que lame el palo que lo castiga: el trabajo.

Tronco y hacha desde la salida del sol. Corto leña en el patio que separa el huerto y el establo de la casa de Vogel.

Wolfgang Vogel: para todos pastor de Eltersdorf, seguidor de Lutero; para Hut una excelente ayuda en la difusión de libros, opúsculos, manifiestos; para los campesinos alzados «Leelabiblia», por su cantinela: «Ahora que Dios habla en vuestra lengua, tenéis que aprender a leer la Biblia por vuestra cuenta. No necesitáis a ningún doctor». «Pues, entonces, tampoco te necesitamos a ti», era la respuesta más frecuente, que, de todas formas, jamás lo desalentaba.

Bien, bien con Leelabiblia: un recibimiento caluroso, palmadita en la espalda, se informa sobre quién está vivo y quién muerto, y de repente me veo con un hacha en la mano delante de una pila de leña. Aquí estoy yo desde hace solo dos días y tengo que ganarme la hospitalidad.

Hut no estaba en Bibra, la imprenta cerrada. Me han dicho que se había pasado por allí hacía una semana, pero que había vuelto a marcharse enseguida hacia el sur de Franconia, con el propósito de bautizar al máximo posible de gente. Como un caminante que llega a una venta en llamas y pregunta qué hay para cenar. Al enterarme de que Vogel estaba nuevamente en Eltersdorf, el tiempo justo para cambiar de caballo, reunir unas pocas provisiones y he partido de nuevo.

Eltersdorf. Tengo una habitación, un plato de sopa y un nueVonombre: Gustav Metzger. Sigo con vida y no sé cómo. Ni hablar por el momento de ponerse de nuevo en camino.

Eltersdorf, verano de 1525

Largas jornadas, insoportables. Limpiar el establo, cortar leña, llenar el comedero de los cerdos, en espera de que para la cerda. Recoger la fruta del huertecillo, remendar los arreos siempre a punto de que se les desprenda el cuero. Tareas repetitivas, puro forzar los miembros, desarrolladas cada día para tener derecho a una escudil a digna de un perro de patio.

Las noticias que llegan entretanto del exterior hablan de matanzas por doquier: la represalia de los príncipes se ha revelado a la altura del desafío que lanzamos. Las cabezas de los campesinos permanecen agachadas sobre el arado: ya no son los que empuñaron las hoces como si fueran espadas.

En todo el país no hay casi nadie con el que consiga intercambiar dos palabras. Voy hasta el molino para moler el grano de Vogel y encuentro a alguien por el camino, unas pocas frases sobre el pastor Wolfgang, el único de la aldea que tiene trigo para el molinero.

Una de las pocas cosas agradables de la jornada son las charlas con Hermann, un labriego corto de entendederas que vive detrás del huerto de Vogel. A decir verdad habla casi solo él, mientras lanza hachazos a los leños, porque cada uno, dice, tiene las manos que se merece, y él ha nacido ya con callos, y los doctores como yo es mejor que toquen solo los libros. Sonríe, con su boca medio desdentada, y jura que esta guerra la han ganado los pobretones como él. Cuenta que, cuando tomaron el castillo del conde, se hicieron servir durante diez días por él y sus hombres, mientras que por la noche se beneficiaba a la señora y a las hijas. Esa fue su gran victoria. Que nadie piense en derribar a los poderosos por mucho tiempo, pues entre otras cosas, si gobernasen los campesinos y tuvieran que trabajar la tierra los señores, no tardarían en morirse todos de hambre, ya que cada uno tiene las manos que se merece… Y sin embargo, para un señor, tener que limpiarle los pies a un siervo y volver a meterla donde la ha metido un pobre patán, esa sí que es la más jodida de las derrotas. Y para los que son como Hermann, el más sublime de los placeres. Se ríe como un descosido, espurriando en torno, y para darle más gusto aún, le digo que, tal vez, el próximo conde sea precisamente hijo suyo y que esa sí que es una buena manera de cargarse a los poderosos: contaminar su descendencia.

En cambio, con Vogel hay poco de que hablar. Es un buen hombre, pero no de mi

agrado: afirma que el hado y la suprema voluntad divina han querido que las cosas fueran así, que se produjera la horrible matanza de seres indefensos que se ha producido, que la insondable, suprema potencia nos exhorta a comprender a través de sus señales, incluso aquellas trágicas y funestas, que no basta la voluntad de los hombres, ni siquiera la de los justos y merecedores del reino, para hacer realidad su promesa en la tierra. Que se joda, Vogel y todas sus promesas.

Ahora me vuelvo cuando me llaman Gustav, me he acostumbrado a un nombre que no es más mío que cualquier otro.

Por la noche, la luz de las velas apenas si es suficiente para leer alguna página de la Biblia. Mi aposento: paredes de madera, un catre, un escabel y una mesa. Encima de la mesa, la alforja del Magister, un amasijo informe de barro pegoteado. Nadie la ha movido de allí.

No hay nada más, nada más que esa alforja traída hasta aquí desde Frankenhausen, para recordarme las promesas incumplidas y el pasado. Nada que valga el riesgo de ser conservado. Hubiera tenido que quemarla de inmediato, pero cada vez, acercarse para cogerla era como reencontrarse en lo alto de aquella escalera y sentir el peso que tiraba hacia abajo, mientras abandonaba al Magister a su suerte.

La abro por primera vez. Casi se deshace entre las manos. Las cartas siguen todas en ella, pero la humedad las ha comido y podrido. Las hojas se mantienen juntas a duras penas.

A nuestro magnífico maestro micer Thomas Müntzer de Quedliburck, el saludo de los campesinos de la Selva Negra y de Hans Müller von Bulgenbach, que se rebelaron al unísono y mediante la fuerza contra el infame señor Sigmund von Lupfen, culpable de haber hecho pasar hambre y vejado a sus siervos así como a sus familias invierno tras invierno, reduciéndolos a la desesperación.

Maestro nuestro:

Escribo para informaros de que transcurrida una semana desde que nuestros doce artículos fueron presentados al Consejo de la ciudad de Villingen, el cual ha respondido con prontitud aceptando tan solo algunas de las dichas peticiones en ellos contenidas. Una parte de los campesinos ha considerado, por tanto, que no podía obtener más, optando por regresar a sus hogares. Mas otra parte no exigua de ellos ha decidido, en cambio, proseguir la protesta. Yo mismo estoy tratando de reunirme con los campesinos de los territorios vecinos a fin de encontrar refuerzos en esta justa lucha y os escribo

con la urgencia de quien tiene ya un pie en el estribo, convencido de que no vive otro hombre en toda Alemania más dispuesto que Vos a comprender mi concisión y confiando de corazón en que esta misiva pueda llegar a vuestras manos.

Que Dios os acompañe siempre,

el amigo de los campesinos,

Hans Müller von Bulgenbach
De Villingen, el día 25 de noviembre del año de 1524

Müller, muerto probablemente. Me habría gustado conocerlo entonces. Y ni siquiera ha pasado un año. Un año que ahora parece del otro lado del mundo, lo mismo que sus palabras. El año en que todo fue posible, si es que alguna vez lo ha sido realmente.

Pesco de nuevo en la alforja. Una hoja amarillenta hecha jirones.

Al Maestro de los campesinos, el señor Thomas Müntzer, defensor de la fe contra los impíos, en la iglesia de Nuestra Señora de Mühlhausen.

Maestro nuestro:

El día de la Santa Pascua, aprovechando la ausencia del conde Ludwig, los campesinos tomaron al asalto el castil o de Helfenstein, y tras haberlo saqueado y haber capturado a la condesa y a sus hijos se dirigieron hacia las mural as de la ciudad, donde el conde y sus nobles se habían refugiado. Gracias al apoyo de los ciudadanos irrumpieron en el interior y los capturaron. Acto seguido, condujeron al conde y a otros trece nobles a campo abierto y los obligaron a ponerse bajo el yugo. A pesar de que el conde ofreció mucho dinero a cambio de su vida, diéronle muerte al mismo tiempo que a sus caballeros, desnudáronlo y dejáronlo en medio del bosque atado de hombros al yugo. Al volver al castillo, le prendieron fuego.

La noticia de estos acontecimientos no tardó en llegar a los condados vecinos, sembrando el pánico entre los nobles que saben ahora que pueden correr la misma suerte que el conde Ludwig.

Estoy convencido de que estos acontecimientos serán una ayuda de primera importancia

para el reconocimiento de los doce artículos en todas las ciudades.

En este día de Pascua, Cristo resucita de entre los muertos a fin de reavivar el espíritu de los humildes y reanimar el corazón de los oprimidos (Is. 57, 15).

Que la gracia de Dios no os abandone,

el capitán de las filas campesinas del Neckar y del Odenwald

Jäcklein Rohrbach
De Weinsberg, el día 18 de abril del año de 1525

Estrujo la hoja enmohecida. Conozco esta carta, pues Magister Thomas la leyó en voz alta para recordar a todos que el momento de la liberación estaba próximo. Su voz: el fuego que ha incendiado Alemania.

La doctrina, el cenagal (1519-1522)

Capítulo 8

Wittenberg, Sajonia, Abril de 1519

Una ciudad de mierda, Wittenberg. Miserable, pobre, fangosa. Un clima insalubre y duro, sin viñedos ni vergeles, una cervecería humeante y gélida. ¿Qué hay en Wittenberg aparte del castillo, de la iglesia y de la universidad? Sucios callejones, calles llenas de lodo, una población bárbara de comerciantes de cerveza y de ropavejeros.

Me siento en el patio de la universidad con estos pensamientos que acuden en tropel a mi cabeza, mientras me como un *bretzel* recién salido del horno. Le doy vueltas entre las manos para que se enfríe mientras observo la acampada estudiantil que marca la pauta a estas horas de la jornada. Hogazas y sopas de pan, los colegas aprovechan el tibio sol y comen al aire libre en espera de la próxima clase. Acentos diversos, muchos de nosotros venimos de los principados vecinos, pero también de Holanda, de Dinamarca, de Suecia: vástagos de medio mundo acuden aquí para poder escuchar de viva voz al Maestro. Martín Lutero, su fama ha corrido en alas del viento, mejor dicho, de las prensas de los impresores que han hecho famoso este lugar, hasta hace un par de años olvidado de la mano de Dios y de los hombres. Los acontecimientos… los acontecimientos se precipitan. Nadie había oído mencionar jamás a Wittenberg y ahora llegan cada vez en mayor número, cada vez más jóvenes, porque todo aquel que quiera tomar parte en la empresa debe estar aquí, en el cenagal más importante de toda la Cristiandad. Y quizá haya en el o su parte de verdad: aquí se está cociendo un pan duro de roer para los dientes del Papa. Una nueva generación de doctores y teólogos que liberarán al mundo de las corruptas garras de Roma.

He aquí que avanza, pocos años más que yo, la barba en punta, flaco y demacrado como solo los profetas pueden ser: Melanchthon, el pilar de la sabiduría clásica que el

príncipe Federico ha querido poner al lado de Lutero para prestigiar la universidad. Sus lecciones son brillantes, alterna citas de Aristóteles con pasajes de las Escrituras que puede leer en hebreo, como si bebiera de un inagotable pozo de conocimientos. A su lado el rector, Karlstadt, el Íntegro, austero en el vestir, algunos años bien llevados de más.

Detrás, Amsdorf y el fiel Franz Günther, cual cachorros atados a una traílla invisible.

Asienten y basta.

Karlstadt y Melanchthon charlan mientras pasean. En los últimos tiempos esto sucede a menudo. Uno coge al vuelo alguna que otra frase, fragmentos en latín a veces, pero el asunto sigue resultando oscuro. A lo largo de las paredes de la universidad la curiosidad crece como una planta trepadora: los jóvenes intelectos ansían nuevas cuestiones en las que poner a prueba sus colmillos de leche.

Se sientan en un escalón justo enfrente de mí, al otro lado del patio. Con fingida indiferencia se forman alrededor corrillos de estudiantes. La voz de efebo de Melanchthon llega hasta mí. No menos cautivadora en el aula que estridente aquí fuera de ella.

—…y deberías convencerte de él o de una vez por todas, mi querido Karlstadt, pues no hay palabras más meridianas que las del apóstol: «Todos han de estar sometidos a las autoridades superiores, pues no hay autoridad sino bajo Dios; y las que hay, por Dios han sido establecidas, de suerte que quien resiste a la autoridad, resiste a la disposición de Dios». Esto es lo que escribe san Pablo en la Epístola a los Romanos.

Decido levantarme y unirme a otros espectadores, precisamente mientras Karlstadt lo rebate.

—¡Es ridículo pensar que ese cristiano para el que, en palabras del propio san Pablo, «la ley está muerta», la ley moral impartida por Dios a los hombres debe obedecer ciegamente a las leyes a menudo injustas de los hombres! Cristo dice: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Los judíos usaban la moneda de César no sin reconocer al mismo tiempo todas esas obligaciones civiles que no son lesivas para las religiosas. De este modo, Cristo con sus palabras distingue el ámbito político del religioso y acepta la función de la autoridad civil, pero solo a condición de que no se superponga a Dios, que no se mezcle con Él. De hecho, cuando sustituye a Dios, no fomenta ya el bien común, sino que vuelve esclavo al hombre. Recuerda el Evangelio de Lucas: «Adorarás al Señor tu Dios, y solo a él servirás…».

El aire se ha vuelto más pesado, oídos aguzados y miradas que saltan de una a otra parte. Se ha formado un redondel, un semicírculo perfecto de estudiantes, como si alguien hubiera delimitado con yeso el terreno de lucha. Günther está de pie, callado, valorando de qué parte convendrá alinearse. Amsdorf ha elegido ya la suya: en el medio.

Melanchthon sacude la cabeza y entorna los ojos esbozando una sonrisa magnánima. Muestra en todo momento la actitud de un padre explicándole a un hijo cómo están las

cosas. Como si su mente comprendiera la tuya, integrándola en sí, habiendo ya comprendido todo cuanto tú comprenderás de aquí al final de tus días.

Mira complacido al público, frente a él tiene a la Nueva Cristiandad. Mide las palabras, las sopesa, antes de rebatir.

—Debes ahondar más, Karlstadt, no quedarte en la superficie. El sentido de «dad al César» es muy distinto… Es cierto que Cristo distingue entre los dos ámbitos, el de la autoridad civil y el de Dios. Pero lo hace, justamente, para que a cada uno de los dos le sea dado aquel o que le corresponde, ya que las dos formas de autoridad son especulares. Tal es la voluntad del Señor. El propio san Pablo nos explicó esta idea. Dice:

«Pagadles los tributos, que son ministros de Dios ocupados en eso. Pagad a todos lo que debáis; a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien temor, temor; a quien honor, honor». Además, mi buen amigo, si los fieles se comportan honestamente no tienen nada que temer de las autoridades, es más, recibirán su elogio. En cambio, quien realizare acciones malvadas, debe temer, porque si el soberano lleva la espada hay una razón para ello; está al servicio de Dios para castigar justamente a quien obra mal.

Karlstadt, despaciosamente, irritado, dice:

—Pero ¿quién castigará al soberano que no obre honestamente?

Melanchthon, con seguridad, replica:

—«No os toméis la justicia por vuestra mano, amadísimos, antes dad lugar a la ira de Dios, pues escrito está: “A mí la venganza, yo haré justicia, dice el Señor”». La autoridad injusta es castigada por Dios, Karlstadt. Dios, que la ha instalado en la tierra, puede igualmente abolirla. No nos corresponde a nosotros oponernos a ella. Y por lo demás, qué claras palabras las del apóstol: «Bendecid a quienes os persigan».

Karlstadt:

—Es cierto, Melanchthon, es cierto. No digo que no tengamos que amar también a nuestros enemigos, pero convendrás conmigo en que al menos tenemos que guardarnos de aquellos que, sentados en la cátedra de Moisés, cierran el reino de los cielos ante las mismas narices de los hombres…

Paternal, Melanchthon:

—Los falsos profetas, mi querido Karlstadt, esos son los falsos profetas… Y el mundo está lleno de el os. Hasta aquí, en este lugar de estudio que ha recibido la gracia del señor… Porque es propio de los sabios que anide en su corazón la altivez, la presunción de poner en boca suya las palabras del Señor sin otro objeto que ensalzar su propia persona. Pero Él nos ha dicho: «Destruiré la sabiduría de los sabios y aboliré la inteligencia de los inteligentes». Nosotros servimos a Dios y combatimos por la verdadera fe en contra de la corrupción secular. No hay que olvidarlo, Karlstadt.

Un golpe bajo, desleal. Un velo de debilidad, la sombra del conflicto que lo corroe, se

posa sobre la figura del rector. Diríase confuso, poco convencido, pero acusa el alfilerazo.

Melanchthon está de pie, ha suscitado la duda, ya solo queda asestar el golpe de gracia.

En ese momento se alza una voz de entre los espectadores. Una voz firme, clara, que no puede pertenecer a un estudiante.

—«Guardaos de los hombres porque os entregarán a los tribunales y os flagelarán en sus sinagogas y seréis llevados ante sus gobernadores y los reyes por causa mía, para dar testimonio ante ellos y los paganos…» ¿Acaso nuestro maestro Lutero tiene miedo de presentarse al abrigo de la autoridad para ser juzgado por los tribunales? ¿No os basta con su testimonio para comprender? El de Lutero es el grito que se alza de los campos y de las minas, contra quien ha hecho escarnio de la verdadera fe: «Aquel que viene de lo alto está por encima de todos; pero quien viene de la tierra, a la tierra pertenece y a la tierra habla». Lutero nos ha indicado el camino: cuando la autoridad de los hombres se niega a dar testimonio, el verdadero cristiano tiene el deber de enfrentarse a ella.

Miramos al rostro de quien acaba de hablar. La mirada es más dura y decidida aún que sus palabras. No se aparta en ningún momento de Melanchthon.

Melanchthon. Entorna los ojos tragándose su rabia, asombrado. Alguien le ha robado la palabra.

Dos toques. Llaman a la clase de Lutero. Hay que ir.

El silencio y la tensión se disipan en medio de la algarabía de los estudiantes, impresionados por la disputa, y de las frases de circunstancia de Amsdorf.

Todos afluyen hacia el fondo del patio. Melanchthon no se mueve, los ojos clavados en aquel que le ha arrebatado una victoria segura. Se miran cara a cara a distancia, hasta que alguien toma al profesor del brazo para acompañarlo al aula. Antes de ir, su tono de voz es toda una promesa:

—Tendremos ocasión de seguir hablando. Sin duda.

En el atestado pasillo que precede al aula donde nos espera el sumo Lutero, me pongo al lado de mi amigo Martin Borrhaus, al que todos llaman Cillerero, también él excitado por el acontecimiento.

En voz baja dice:

—¿Has visto la cara que ha puesto Melanchthon? Micer Lengua-cortante lo ha impresionado. ¿Sabes quién es?

—Se llama Müntzer. Thomas Müntzer. Y viene de Stolberg.

El ojo de Carafa

(1521)

Carta enviada a Roma desde la ciudad de Worms, sede de la Dieta imperial, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 14 de mayo de 1521.

Al ilustrísimo y reverendísimo amo y señor, el muy honorable Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Ilustrísimo y reverendísimo amo y señor muy honorable:

Escribo a Vuestra Señoría a propósito de un acontecimiento muy grave y misterioso: Martín Lutero fue raptado hace dos días cuando regresaba a Wittenberg con el salvoconducto imperial.

Cuando V.S. me comisionó para seguir al monje a la Dieta imperial de Worms no me hizo mención de ningún plan de este género; si hay algo que ha escapado a mi atención y que debería saber, espero con ansiedad que Vuestra Señoría tenga a bien poner en conocimiento de ello a su servidor. Si, tal como creo, mi información no era incompleta, puedo entonces afirmar que una oscura y gravísima amenaza se cierne sobre Alemania. Considero por dicha razón esencial comunicar a V.S. cuáles han sido los movimientos de Lutero y de su entorno en los días de la Dieta y cuál fue el comportamiento de su señor, el Príncipe Elector de Sajonia Federico.

El martes 16 de abril, a la hora de la comida, la guardia de la ciudad emplazada en la torre de la catedral dio a son de clarín la señal acostumbrada para la llegada de un huésped importante. La noticia de la llegada del monje se había difundido ya por la mañana y muchas fueron las personas que salieron a su encuentro. Su modesto carruaje, precedido por el heraldo imperial, iba seguido por un centenar de personas a caballo. Una gran multitud atestaba la calle, hasta el punto de impedir al cortejo que avanzara expeditamente. Antes de entrar en el albergue para viajeros Johanniterhof entre la

multitud formando calle, Lutero miró a su alrededor con ojos de endemoniado gritando: «Dios estará conmigo». A escasa distancia, en el albergue del Cisne, había tomado habitación el Príncipe Elector de Sajonia con su séquito. Desde las primeras horas de su estancia, comenzó un ir y venir de miembros de la pequeña nobleza, burgueses y magistrados, pero ninguno de los personajes más importantes de la Dieta dio muestras de tener intención de comprometerse de forma ostensible con el monje. A excepción del jovencísimo landgrave Felipe de Hesse, que sometió a Lutero a sutiles preguntas referentes a las costumbres sexuales en la La cautividad de Babilonia, recibiendo de este una severa andanada. El mismo príncipe Federico lo vio únicamente en las sesiones públicas.

Por lo demás, las verdaderas componendas no se desarrollaron tanto en las sesiones públicas del 17 y 18 de abril como en las conversaciones privadas y en algunos sucesos acaecidos durante la estancia de Lutero en Worms. Como Vuestra Señoría sabrá, a pesar de la aversión que el joven emperador Carlos siente por el monje y sus tesis, la Dieta no consiguió hacerle retractarse, ni tomar tampoco las debidas medidas antes de que los acontecimientos se precipitaran. Esto a causa de las maniobras hábilmente orquestadas por algunos misteriosos defensores de Lutero, entre quienes creo poder incluir al Elector de Sajonia, aun cuando no sea posible afirmarlo con absoluta certeza, por razón del carácter solapado y oscuro de tales maniobras.

La mañana del 19 de abril el emperador Carlos V convocó a los electores y a los príncipes al objeto de pedir que tomaran una posición decidida respecto a Lutero, manifestándoles su propio arrepentimiento por no haber procedido enérgicamente contra el monje rebelde desde un primer momento. El Emperador confirmó el salvoconducto imperial de veintiún días a condición de que el fraile no predicara durante el viaje de vuelta a Wittenberg. En la tarde de ese mismo día los príncipes y los electores fueron convocados para deliberar sobre la petición imperial. La condena contra Lutero fue aprobada por cuatro votos de seis. El Elector de Sajonia votó sin duda en contra, y esta fue su primera y única manifestación abierta en favor de Lutero.

La noche del día 20, sin embargo, unos desconocidos fijaron dos manifiestos en Worms: el primero de ellos contenía amenazas contra Lutero; el segundo declaraba que cuatrocientos nobles se habían comprometido bajo juramento a no abandonar al «justo Lutero» y a declarar su enemistad contra los príncipes y los partidarios de Roma y, ante todo, contra el arzobispo de Maguncia.

Este suceso ha arrojado sobre la Dieta la sombra de una guerra de religión y de un

partido luterano dispuesto a alzarse en armas. El arzobispo de Maguncia, espantado, pidió y obtuvo del Emperador que fuera examinada de nuevo toda la cuestión, con el fin de no correr el riesgo de dividir en dos a Alemania y prestar su respaldo a una revuelta. Fuera quien fuese el que fijara los referidos manifiestos, ha obtenido como resultado de su acción el que le fuera concedida a la causa una prórroga de algunos días, así como hacer que se extendiera el temor y la circunspección respecto a la eventual condena de Lutero.

Así pues, el 23 y el 24 Lutero fue examinado por una comisión nombrada por el Emperador para la ocasión y, tal como acaso sepa ya V.S., continuó rechazando la propuesta de una retractación. Ello no obstante, su colega de Wittenberg, que lo había acompañado a la Dieta, Amsdorf, hizo correr el rumor de que se estaba cerca de lograr un acuerdo de conciliación entre Lutero, la Santa Sede y el Emperador. ¿Por qué, señor mío ilustrísimo? Yo creo que, a sugerencia también del elector Federico, para ganar un poco más de tiempo.

En consecuencia, entre el 23 y el 24 se produjo un continuo sucederse de mediadores por una y otra parte para subsanar la ruptura entre Lutero y la Santa Sede, representada aquí en Worms por el arzobispo de Tréveris.

El 25 tuvo lugar un encuentro privado, sin presencia de testigos, entre Lutero y el arzobispo de Tréveris, que, como era de prever, hizo inútiles todos los esfuerzos de la diplomacia de los dos días precedentes. En privado, Lutero, como ya había manifestado durante las sesiones de la Dieta al amparo del Emperador, se negó «por una cuestión de conciencia» a retractarse de sus tesis. Fue sancionada, por tanto, una ruptura irreversible y definitiva. En aquellas horas por las calles de la ciudad corrían rumores de un inminente arresto de Lutero.

La noche del mismo día fueron vistas dos figuras envueltas en capas que se dirigían a la habitación de Lutero. El hospedero los ha reconocido como Feilitzsch y Thun, los consejeros del príncipe elector Federico. ¿Qué se gestó durante ese encuentro nocturno? Tal vez V.S. encuentre una respuesta a la vista de lo sucedido en los días posteriores.

La mañana del día siguiente, el 26, Lutero abandonó sin hacer ruido la ciudad de Worms, con una reducida escolta de nobles simpatizantes suyos. Al día siguiente estaba en Frankfurt; el 28 en Friedberg. Allí indujo al heraldo imperial a que le dejara proseguir solo. El 3 de mayo Lutero abandonó el camino real y continuó viaje por caminos secundarios, aduciendo como motivación para el cambio de itinerario una

visita a sus parientes, en la ciudad de Möhra. Asimismo indujo a sus compañeros de viaje a proseguir directamente en otro carruaje. Afirman los testigos que, al reanudar el viaje desde Möhra, iba en el carruaje solo con Amsdorf y su colega Petzensteiner. Al cabo de unas horas el coche fue detenido por unos hombres a caballo, quienes le preguntaron al conductor quién era Lutero y, tras reconocerlo, lo apresaron por la fuerza y se lo llevaron con ellos espesura adentro.

Convendrá Vuestra Señoría en que es imposible no ver detrás de toda esta maquinación a Federico, el elector de Sajonia. Pero en el caso de que V.S. tenga escrúpulo de sacar una conclusión en exceso precipitada, séame permitido entonces exponer ante los ojos de V.S. algunas cuestiones. ¿Quién tenía interés en retardar la condena de Lutero, manteniendo abierta la diatriba? Y, por consiguiente, ¿quién, a fin de retrasar la sentencia, tenía interés en recelar de la amenaza de un partido de los caballeros dispuesto a defender al monje con la espada contra el Emperador y el Papa? Por último, ¿quién tenía interés en poner a buen resguardo a Lutero provocando un rapto, sin revelarse abiertamente y sin comprometerse a los ojos del mismo Emperador?

Tengo la audacia de creer que también V.S. llegará a la misma conclusión que su servidor. Se respiran aires de batalla, mi señor, y la fama de Lutero crece cada día que pasa. La noticia de su rapto ha desencadenado un pánico y una agitación indecibles. Incluso aquellos que no comparten sus tesis reconocen ya en él una voz autorizada de la reforma de la Iglesia. Una gran guerra religiosa está a punto de desencadenarse. La semilla que Lutero ha esparcido, arrebatado por el ímpetu de su convicción, está a punto de dar su fruto. Discípulos ansiosos de pasar a la acción se preparan para extraer, con intrépida lógica, las consecuencias de sus pensamientos. Si la sinceridad es una virtud, acaso me permita Vuestra Señoría afirmar que los protectores de Lutero han logrado ya su objetivo de transformar al monje en un ariete contra la Santa Sede, organizando en torno a este un amplio séquito de gente del pueblo. Y ahora, no esperan sino el momento más oportuno para dar la batalla en campo abierto.

No se me ocurre decir nada más salvo que beso las manos de V.S., a quien me encomiendo de todo corazón.

De Worms, a día 14 de mayo de 1521,
el fiel observador de Vuestra Señoría Ilustrísima,
Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad sajona de Wittenberg, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 27 de octubre de 1521.

Al ilustrísimo y reverendísimo amo y señor, el muy honorable Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Ilustrísimo y reverendísimo amo y señor mío muy honorable:

Escribo a Vuestra Señoría para informarlo de que no existe ya ninguna duda acerca de la responsabilidad del príncipe Federico en el secuestro de Lutero. Aquí, en Wittenberg, los rumores se refieren a una prisión voluntaria del monje en uno de los castillos del Elector, al norte de Turingia. Por si los rumores que día tras día se van sumando para confirmar esta verdad no fueran suficientes, bastaría para ahuyentar cualquier posible fingimiento con leer en el semblante sereno del doctísimo y afeminado Melanchthon, o bien en el plácido transcurrir diario, sin la menor angustia, de las actividades docentes y la formación de los discípulos, o más aún en el frenesí del rector Karlstadt. Así pues, Lutero no fue raptado, sino más bien puesto a salvo por su protector.

Pero voy a responder inmediatamente a la cuestión que Vuestra Señoría planteaba en su última misiva. No es menos cierto también que ahora la atención y las fuerzas del Emperador están dirigidas a la guerra contra Francia y para el partido de los seguidores de Lutero este podría ser el momento propicio para darse a conocer. Yo no creo, sin embargo, que ello se produzca a corto plazo. Si estos ojos sirven para algo, puedo afirmar que el príncipe Federico y sus aliados tratan de ganar tiempo. Él no tiene ningún interés en fomentar la rebelión contra el Papa, porque sabe que podría perder el control de la misma y ser derrotado. El Emperador, en efecto, acudiría en defensa de la Catolicidad, y es demasiado fuerte aún para ser desafiado en campo abierto.

Pero existe otra razón para la prudencia del Elector de Sajonia. La pequeña nobleza sin tierra se ha reunido en torno a dos nobles venidos a menos, simpatizantes de Lutero, un tal Hutten y otro de nombre Sickingen, quienes en los próximos años podrían intentar una insurrección. Por tanto, creo que los príncipes, con Federico a la cabeza de todos ellos, no querrán dejar abierto ningún resquicio a estos tumultuosos subalternos y que estarán unidos a la hora de abatirlos, a fin de mantener ellos solos el control de cualquier reforma.

Pero otra razón empuja al Elector a tomarse su tiempo. Aquello sobre lo cual no he hablado a V.S. es el humor popular que se capta en el ambiente de unos meses a esta parte. Muy en especial son los acontecimientos de Wittenberg, en ausencia de Lutero, los que más apremian al Elector. El rector de la universidad, Andreas Karlstadt, encabeza en efecto una reforma que encuentra un amplio seguimiento entre la población. Él fue quien abolió el voto monástico y el celibato para los hombres de iglesia. La confesión auricular, el canon de la misa y las imágenes sagradas han sufrido igual suerte. Ha desencadenado la ferocidad popular contra las imágenes de los santos, y se han producido episodios de violencia que han llevado al deterioro de iglesias y capillas. Él mismo se ha apresurado a contraer matrimonio con una joven de apenas quince años. Viste de arpillera y predica en alemán por las calles, hablando de humildad y de la abolición de todos los privilegios eclesiásticos. No tiene el menor rebozo en sostener que las Escrituras deben ser dejadas al pueblo, libre de hacerlas suyas y de interpretarlas como mejor le parezca. Ni tan siquiera Lutero habríase atrevido a tanto. Respecto a la administración cívica, además, Karlstadt ha instaurado un Consejo municipal electivo que gobierna la ciudad en régimen de paridad con el Príncipe, cosa que espanta no poco a Federico. Lo que en realidad él pensaba que se volvería en favor suyo corre el riesgo de volverse en su contra: la reforma de la Iglesia y la independencia de Roma podrían trocarse en reforma de la autoridad e independencia de los Príncipes.

Por todo lo cual creo que el Elector no tardará en hacer salir a Lutero del escondrijo en el que lo tiene metido, a fin de que ahuyente al tal Karlstadt. Puedo asegurar además a Vuestra Señoría que si Lutero tuviera que volver a Wittenberg, Karlstadt se vería obligado a irse de allí. Pues, efectivamente, no está en condiciones de sostener el enfrentamiento con el profeta de la reforma alemana; al fin y al cabo sigue siendo un pequeño rector de universidad, mientras que Lutero, tras lo acontecido en Worms, es para todos los alemanes el Hércules germánico. Pues bien, mi señor, tengo el convencimiento de que este Hércules dejará caer su clava sobre Karlstadt y sobre todo

el que amenace con hacer sombra a su fama, con solo que el Elector se lo permita. Por su parte, Federico sabe perfectamente que solo Lutero está en condiciones de encabezar la reforma en la dirección que más útil le sea; se necesitan el uno al otro como el piloto y el remero para gobernar una nave. Estoy seguro de que Lutero no tardará mucho en volver a Wittenberg, y limpiará el campo de cuantos traten de usurpar su sitial.

Así pues, por todas estas razones el príncipe Federico y sus aliados no se han enfrentado aún abiertamente a la Iglesia y al Emperador.

Ahora bien, si alguna vez le fuese concedido a un siervo el dar consejos a su propio señor, estoy seguro de que le hablaría del siguiente modo: «Para golpear a un tiempo al Elector y a todos los príncipes cuya intención no es otra que rebelarse contra la autoridad de la Iglesia romana, es menester golpear precisamente al Hércules germánico en quien aquellos se escudan. El pueblo, los villanos y los campesinos, están descontentos y alborotados, quisieran reformas mucho más atrevidas que las que el príncipe Federico y acaso el propio Lutero están dispuestos a conceder. Verdad es que el portal que Lutero ha abierto, ahora se querría que estuviera bien cerrado. Ahora bien, el tal Karlstadt no vale gran cosa, no durará mucho. Mas el hecho de que tantas personas aquí en Wittenberg lo hayan seguido es una clara señal del sentimiento que anima al pueblo. Por tanto, si de las olas de este proceloso océano alemán emergiese otro Lutero, más demonio que el mismo demoníaco fraile, alguien que hiciera sombra a su fama e hiciera de portavoz de las demandas del vulgo… alguien que sometiera a hierro y fuego a Alemania con sus palabras obligando a Federico y a todos los príncipes a la guerra, obligándolos a solicitar el apoyo del Emperador y de Roma para apaciguar la rebelión… Alguien, mi señor, que empuñara el martillo y golpeara a Alemania con tal fuerza como para hacerla temblar desde los Alpes hasta el mar del Norte… Si un hombre de tal género existiera en alguna parte, debería tenérsele en más aprecio que al mismo oro, puesto que sería el arma más poderosa contra Federico de Sajonia y Martín Lutero».

Si Dios, en Su infinita providencia nos enviase un profeta como este, no sería sino para recordarnos que Sus caminos son infinitos, como infinita es Su gloria, para la cual estos humildes ojos se emplean y continuarán sirviendo siempre a Vuestra Señoría, a cuya bondad me encomiendo al tiempo que le beso las manos.

De Wittenberg, a 27 de octubre de 1521,

el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Capítulo 9

Wittenberg, enero de 1522

La puerta se sostiene apenas en sus goznes. La empujo y me deslizo dentro. Más oscuro que fuera y el mismo frío de perros. De las vidrieras no quedan más que trizas, las estatuas están mutiladas en varios sitios. La rabia iconoclasta no ha perdonado a la iglesia. No comprendo por qué Cillerero me dio cita aquí, limitándose a decirme que tenía que hablar conmigo. Desde hace un tiempo está muy agitado. Desde hace un cierto tiempo todos estamos agitados, aquí en Wittenberg. Andan merodeando predicadores, vienen de Zwickau y se hacen llamar profetas. A uno lo conocemos: Stübner, que estudiaba aquí hace unos años. Sus sermones levantan ampollas, granjeándole las simpatías de muchos. Ideas nuevas y extremistas: una mezcolanza a la que Cillerero es incapaz de resistirse. El crujir del viejo banco en el que me siento se suma al de la puerta a mis espaldas. Cillerero, con andar jadeante entre las columnas de la nave. Se acerca a mí sacudiéndose el barro del calzado.

Una ojeada alrededor: estamos solos.

—Están sucediendo grandes cosas. La disputa con Melanchthon fue todo un espectáculo. Han descendido a cosas más profundas: como que bautizar a un niño es igual que lavar a un perro, por mencionar una sola. ¡Imagínate a Melanchthon! ¡Se puso de todos los colores! Aunque consiguió rebatirlo, seguro que no se esperaba un ataque así. Ahora esperan a que regrese Lutero para enfrentarse también a él…

—Uf, pues no van a tener que esperar… Lutero no dará señales de vida por un tiempo, ya que está bien escondido. El Elector lo tiene con el culo bien calentito en alguno de sus castillos. Toda la historia de Worms y del rapto me parece a mí una comedia del señor

Spalatino. Lutero, el Hércules germánico… un mastín bien atado por el Elector.

Gruñe entre dientes y sonríe:

—No se tomarán la molestia de alargarle la traílla, ya verás. Cuando basta para llegar hasta aquí con ladrarle al bueno de Karlstadt y volver a ponerlo en su sitio.

—Ya puedes jurarlo. Karlstadt ha tirado incluso demasiado de la cuerda.

Asiente:

—Pero ahora no está ya solo. Están todos esos profetas. Además Stübner me ha hablado de ese tal Müntzer, ¿te acuerdas de él? Estuve en su casa en Zwickau y en Bohemia. Parece que ha encendido al pueblo y provocado tumultos solo con la fuerza de sus palabras. Ni que decir tiene que el terreno ganado por Karlstadt se ha perdido.

—Sobre el matrimonio de los curas, la predicación en alemán y ese tipo de cosas no se vuelve ya atrás, pero el ordenamiento municipal de la ciudad seguro que no pasa. Karlstadt no es el tipo que guste de los enfrentamientos. Ya verás como antes de encararse con Lutero hace el hatillo. Uno como Müntzer haría falta. Cuando estaba aquí era más Lutero que el propio Lutero y ahora que Lutero está acabado podría ser la esperanza. Habría que dar con su paradero.

—Preguntémosle a Stübner. Seguro que él sabe alguna cosa más.

La nieve y el barro llegan por encima del tobillo. El frío penetra hasta los mismos huesos. Cillerero dice que Stübner es cliente asiduo del cervecero Klaus Schacht: el santuario ideal para un Isaías alemán. El incienso es un vapor denso que sabe a cocina y a cerveza, los salmos son los cantos languidecientes y los juramentos de los parroquianos.

En torno a una mesa, una docena de personas, tres o cuatro estudiantes en un grupo de artesanos desastrados. El centro de la atención de todos: un tipo gordo de barba pelirroja y pelo espeso. Habla por los codos, abofeteando el aire con la mano.

—No ayunéis más como habéis hecho hoy, para hacer oír bien alto vuestra protesta. ¿Acaso es este el ayuno que quiere el Señor, el día en que el hombre se mortifica? Humillar como un junco la cabeza, usar arpillera y cenizas como yacija, ¿acaso llamaríais ayuno a esto y día grato al Señor? El ayuno que Dios quiere es otro: romper las cadenas inicuas, romper las ataduras del yugo y dejar libres a los oprimidos. Este es el verdadero ayuno: compartir el pan con el hambriento, acoger en vuestra casa al miserable, al desamparado, vestir al desnudo, sin apartar los ojos del pueblo. Decídselo a ese siervo de Melanchthon…

Está visiblemente ebrio. Una prédica dirigida a todos y a nadie, pero aplaudida por los parroquianos, probablemente más borrachos que el mismo profeta. Cuando el orador vuelve a sentarse el parloteo se reanuda más tranquilamente.

Me acerco. La mesa está toda grabada. La imagen más nítida: el Papa enculando a un niño. Me presento como un amigo de Cillerero. Sin mirarme a la cara, pide otra cerveza.

—Cillerero me ha dicho que puedes darme noticias acerca de lo sucedido en Zwickau…

Coge la jarra, da dos tragos que le manchan los bigotes de espuma.

—¿Por qué te interesa?

—Porque estoy cansado de Wittenberg.

Sus ojos me miran con fijeza por primera vez, inesperadamente relucientes: no estoy bromeando.

—El hermano Storch se alzó junto con los tejedores contra el Consejo de la ciudad. Atacamos a una congregación de franciscanos, la emprendimos a pedradas con un católico insolente e hicimos desalojar a un predicador…

Lo interrumpo:

—Háblame de Müntzer.

Asiente.

—¡Ah, Müntzer, di bajito ese nombre porque Melanchthon podría cagarse en él! —Ríe—. Sus sermones encienden los ánimos de todos. El eco de sus palabras ha llegado hasta Bohemia, y ha sido llamado por el Consejo de la ciudad de Praga para que vaya a predicar allí contra los falsos profetas.

—¿Contra quién despotrica?

Apunta con el pulgar a sus espaldas, allí fuera.

—Contra todos los que niegan que el espíritu de Dios puede hablar directamente a los hombres, a la gente como yo y como tú o como estos artesanos. Contra todos aquellos que usurpan la palabra de Dios con sus discursos faltos de fe. Contra todos aquellos que profesan querer llevar al pueblo el alimento del alma, dejándolos con la tripa vacía. Contra las lenguas a sueldo de los príncipes.

Alivio, un peso que me quito de encima. Las cosas que siempre he pensado se tornan claras.

Te abrazaría, profeta.

—Y de Wittenberg, ¿qué piensa Müntzer?

—Que no se hace más que hablar. La verdad es que Lutero está ahora en manos del Elector. El pueblo está en pie, pero ¿dónde está su pastor? ¿Cebándose en algún lujoso castillo? Créeme si te digo que todo aquello por lo que se ha luchado se halla en peligro. Hemos venido para plantar cara públicamente a Lutero y desenmascararlo, siempre que tenga el coraje de salir de su escondrijo. Mientras tanto hemos desafiado a Melanchthon. Para Müntzer, en cambio, son ya dos simples cadáveres. Sus palabras son únicamente para los campesinos, que tienen sed de vida.

Abandonar a los muertos: alcanzar la vida. Salir de este cenagal.

—¿Dónde está Müntzer ahora?

—De aquí para allá por Turingia, con el propósito de predicar. —Le basta con mi mirada para comprender—. No es difícil dar con su paradero. Su paso deja huella.

Me levanto y pago sus cervezas.

—Gracias. Tus palabras han sido muy valiosas.

Antes de salir, directa a los ojos, poco menos que una consigna: —Encuéntralo, muchacho… Encuentra al Acuñador.

Capítulo 10

Wittenberg, marzo de 1522

Camino deprisa, casi resbalo en el barro, me precede el aliento cortando el frío intenso de la mañana. En el patio de la universidad Cillerero está hablando con algunos amigos. Lo abordo y me lo llevo a un rincón, dejando mudos a los demás.

—Karlstadt está acabado.

No menos sombrío que yo:

—Te lo dije. Le han alargado la traílla a Lutero. El bueno del rector será expulsado.

—Por supuesto. Demasiado bueno. Tiene los días contados. —El tiempo justo de leer la determinación en mi mirada, luego digo—: Lo he decidido, Cillerero. Dejo Wittenberg. Aquí no hay nada por lo que valga la pena quedarse.

Un segundo de pánico en su rostro.

—¿Estás seguro de que es lo que hay que hacer?

—No, pero estoy convencido de que lo más adecuado es no seguir aquí… ¿Has oído lo que sostiene ese infame de Lutero desde que volvió?

Asiente bajando la vista, pero yo continúo:

—Dice que es deber de todo cristiano obedecer ciegamente a la autoridad, sin levantar nunca la cresta… Que nadie puede osar decir que no… ¡Él ha desobedecido al Papa, Cillerero, al Papa, a la Iglesia romana! ¡Pero ahora el Papa es él y nadie debe rechistar!

Está cada vez más sombrío y vejado por efecto de mis palabras.

—Tendría que haberme ido precisamente hace dos meses con Stübner y los demás. He esperado demasiado incluso… Pero quería oírle hablar a Lutero, quería oír lo que he oído de su propia boca. Hazme caso, la única esperanza está fuera de aquí. —Una mano recorre

señalando toda la campiña que se extiende más allá de las murallas—. Aquel que viene de lo alto está por encima de todos; pero quien viene de la tierra, a la tierra pertenece y a la tierra habla… ¿Recuerdas?

—Sí, las palabras de Müntzer…

—Lo encontraré, Cillerero. Dicen que está por la región de Halle.

Me sonríe callado, tiene los ojos relucientes. Ambos sabemos que queremos partir juntos… Y sabemos también que Martin Borrhaus, llamado Cillerero, no es persona de lanzarse a una empresa de este tipo.

Me estrecha fuertemente la mano, casi un abrazo.

—Buena suerte, entonces, amigo. Y que Dios sea contigo.

—Hasta la vista. En algún lugar y en unos tiempos mejores.

Capítulo 11

Halle, Turingia, 30 de abril de 1522

El hombre que me lleva a casa del Acuñador es alto como una montaña: una negra nube de melena y barba que ciñe la testa de un toro, manos enormes de minero. Su nombre es Elias, y ha seguido a Müntzer desde Zwickau, sin dejarlo ni un instante, como una gran sombra protectora. Una mirada como queriendo sopesar lo que tiene delante: unos pocos kilos de carne cruda, para un picapedrero del Erz. Un bachiller con la cabeza llena de conjeturas en latín, que solicita poder hablar con Magister Thomas, como él lo llama.

—¿Para qué quieres ver al Magister? —me ha preguntado enseguida.

Le he hablado de cómo la voz de Müntzer dejó de piedra a Melanchthon y del encuentro con el profeta Stübner.

—¡Si el hermano Stübner es un profeta yo soy el arzobispo de Maguncia! —exclama con una carcajada—. ¡La voz del Magister, esa sí que asusta!

Es una casa de artesanos. Tres golpes a la puerta y esta se abre. Una joven con un niño al pecho, la mole de Elias me indica el camino hasta la última habitación. En un ángulo, un hombre está rasurándose de espaldas a nosotros, entona una canción popular que he oído ya en un mesón.

—Magister, aquí hay uno que ha venido de Wittenberg para hablar contigo.

Navaja en mano, se vuelve:

—Bien. ¡Alguien me explicará qué pasa en esa cloaca!

Una cabeza redonda, nariz gruesa, ojos centelleantes que turban un rostro bonachón.

Sin vacilar:

—Ahora ya no puede pasar nada. Karlstadt ha sido desterrado.

Asiente para sí, una confirmación:

—¿Con quién se creía que se las tenía que ver? Detrás de fray Martín está Federico. —Blande la navaja con rabia—: El bueno de Karlstadt… ¡Se creía que iba a hacer las reformas en casa del mismo Elector! ¡Y con el permiso de fray Mentira en persona! En una casa de fieras de burgueses y de doctorcillos que piensan en la suerte de los humanos como si fuera fruto de sus tinteros… No serán las plumas las que escriban las reformas que esperamos.

Por primera vez parece dirigirse a mí:

—¿También a ti te han desterrado Lutero y Melanchthon?

—No. Yo me he largado.

—¿Y por qué has venido aquí?

El gigante Elias me acerca un escabel, me siento y comienzo la parábola del Buenkarlstadt, la farsa del rapto de Lutero, la llegada de los profetas de Zwickau.

Escuchan con atención y comprenden mi frustración, la desilusión por la reforma de Lutero, el odio por obispos y príncipes incubado durante años. Las palabras son las precisas y llegan a los labios con facilidad. Asienten graves. Müntzer devuelve la navaja de afeitar a la repisa y empieza a vestirse. El gigante no me mira ya con mal disimulada burla.

Luego, el maestro de los humildes coge la capa y se planta en la puerta.

—¡Un día lleno de cosas que hacer! —Sonríe—. Continuarás tu relato por el camino.

Mientras hablo sé que ya no nos separaremos.

La alforja, los recuerdos

Capítulo 12

Eltersdorf, otoño de 1525

Los músculos doloridos por el trabajo. El frío, cada día más intenso, vuelve a helar los dedos, todavía sobre el papel amarillento y manoseado: una caligrafía elegante, que se lee sin esfuerzo, a pesar de la débil luz de la vela y las manchas del tiempo.

A micer Thomas Müntzer de Quedlinburg, doctor eminentísimo, pastor de la ciudad de Allstedt.

Ante todo, que la bendición de Dios sea con aquel que lleva la palabra del Señor a los humildes y empuña la espada de Gedeón contra la impiedad que nos rodea. Luego el saludo de un hermano que ha podido escuchar de viva voz la oración del Maestro, sin poder abandonar la prisión de códices y pergaminos en la que el destino ha querido encerrarlo.

El hombre que ha recorrido el laberinto de estos pasillos en busca del sentido último de la Escritura sabe cuán sombrío y triste puede ser ello, cuando dicho sentido se nos escapa. Y he aquí que los días mueren uno tras otro, juntamente con el conocimiento, reservado a unos pocos, juntamente con la claridad de la Palabra, oscurecida por los mil Spalatinos que hacen de estos caminos tortuosos su baluarte y de estos libros murallas del privilegio de los príncipes. Si por mor de algún encantamiento fueran intercambiadas nuestras vidas y yo me encontrara en Allstedt con los campesinos y los mineros y Vos con el oído pegado a estas puertas que dejan filtrarse las muchas intrigas

urdidas por caridad y amor de Dios, entonces estoy convencido de que no tardaríais en escribir para incitarme a empuñar el látigo contra estos mercaderes de la fe. Por tanto, no dudo que comprenderéis el motivo que me lleva a tomar la pluma.

Las palabras del apóstol encuentran confirmación: «Porque el misterio de la iniquidad está ya en acción; solo falta que el que lo retiene sea apartado del medio» (2 Ts 2,7). La sacrílega alianza entre los impíos gobernantes y los falsos profetas prepara sus tropas, el sucederse de grandes acontecimientos espolea a los elegidos a mantenerse firmes en la fe y a prepararse para defenderla con todos los medios a su alcance.

El hombre inicuo, el apóstata, se sienta en el templo de Dios y desde él propaga la falsa doctrina. Así, uno de aquellos Médicis de Florencia, Julio, ocupa el trono de Roma, como Clemente. No dejará de seguir el ejemplo de Cristo en Su nombre, como y más que quien lo ha precedido.

Roma se mira el ombligo, y no ve más allá, sorda a los clarines que a su alrededor anuncian su asedio. Hundida en el pecado que ofusca los sentidos, será incapaz de oponerse a quien sepa dar nuevo impulso y luz del Espíritu a la vida de la reforma de la Iglesia.

Y precisamente este es el gran tormento, micer Thomas: ¿quién cargará sobre sí con el peso de la espada para dar muerte a los impíos?

Fray Martín ha mostrado su verdadero rostro de soldado de los príncipes, miserable tarea largamente disimulada. No será, pues, Lutero quien lleve el Evangelio al hombre común, ni tampoco aquel que ha expulsado a Karlstadt y recibe a diario el homenaje de los grandes de este mundo. El fin de los reyes alemanes es claro y manifiesto. No es la fe la que llena sus corazones y guía sus acciones, sino el ansia de lucro. Se arrogan la gloria y la adoración del Altísimo, transformando así a los súbditos en miserables idólatras.

Solo las palabras que tuve el privilegio de oír de vuestra boca han vuelto a infundir la esperanza en este corazón, juntamente con las noticias que llegan de Allstedt. La nueva liturgia que por mérito vuestro y de los vuestros doctísimos escritos es ahora inaugurada no es sino el comienzo del despertar. La palabra de Dios puede llegar finalmente a sus elegidos y recobrar su entero esplendor. ¿Qué mejor señal de ello que el hecho de que Vos seáis el intérprete de Su voluntad? ¿Cuál mejor que el seguimiento espontáneo que obtenéis? ¿O que los humildes que levantan la cabeza y persiguen la

liberación prometida por el Señor?

Sí, por lo que os atañe os digo que os mostréis firme y no perdáis en ningún momento los ánimos; en cuanto a mi persona, desde esta avanzadilla mía, en los tiempos venideros procuraré transmitiros cualquier noticia que pueda producirse en bien de la mayor gloria de Dios.

Convencido de que la protección del Señor os acompañará siempre,

Qoèlet
El día 5 de noviembre del año de 1523

Doblo la hoja y soplo sobre la vela. Tumbado con los ojos abiertos en la oscuridad, vuelvo a encender el fuego de la capilla de Mallerbach. Estábamos en Allstedt desde hacía un año, pues Magister Thomas había sido llamado allí por el Consejo de la ciudad. Cada domingo sus sermones exaltaban los corazones de todos y en aquellos días habíamos podido hacer algo: sobre todo hacérsela pagar a los franciscanos de Neudorf, unos usureros asquerosos que dejaban sin camisa a los campesinos. Hicimos justicia por todos los años de comilonas a costa de aquellos pobres miserables.

Primero la saqueamos, luego dos haces de leña, un poco de pez y su iglesia era pasto ya de las llamas. Mientras estábamos allí viendo cómo se venía abajo llegan dos esbirros de Zeiss, el recaudador, avisados por los frailes. Echan a correr inmediatamente hacia el pozo, dos cubos a la cabeza: su amo chasquea los dedos y ellos serían muy capaces hasta de meterse en las mismas llamas del infierno. Pero antes de que sea derramada una sola gota, salimos nosotros de la sombra, negros de hollín, tranca en mano:

—Yo que vosotros de lo que me preocuparía es del bosque… Aquí ya no hay nada que hacer.

Diez contra dos. Nos miran. Se miran. Dejan en el suelo los cubos y se van.

Las llamas se propagan, me revuelvo en la cama. La cara de puerco de Zeiss asoma en la oscuridad. El recaudador de tributos por cuenta del Príncipe Elector. Tanto le habían escaldado el culo aquellas llamas que llamó a gente de fuera para descubrir a los

incendiarios. ¡Bien por Zeiss! ¿La ciudad invadida por extranjeros armados? Nada mejor para instigar al pueblo contra ti. Basta con pronunciar el nombre de Müntzer una sola vez para que acudan sus ángeles custodios: un centenar de mineros con picos y palas que surgen de las entrañas de la tierra y te llevan abajo con ellos. Las mujeres de la ciudad que quieren castrarte. Las cosas se te escapan de las manos: como un niño atemorizado te has pegado a las faldas de tu mamá y te has ido a llorarle al Elector. Puedo imaginarme la escena: tú deshaciéndote en cumplidos y tratando de explicar cómo perdiste el control de la ciudad y Federico el Sabio reprendiéndote.

ZEISS: Alteza, con vuestra conocida perspicacia, habréis intuido ya el motivo de la visita de vuestro servidor…

FEDERICO: Lo he intuido, Zeiss, lo he intuido. Pero mi perspicacia no debería verse incomodada por ninguna razón. Y sucede que, desde hace un tiempo, del conde de Mansfeld no hacen más que llegarme lamentaciones sobre ese lugarejo vuestro de Allstedt. Parece que el nuevo predicador os está creando problemas. Por lo demás, fuisteis precisamente vos quien me aconsejó su establecimiento en vuestra parroquia y los problemas derivados de ello espero que os enseñen una mayor sagacidad.

ZEISS: Vuestra Alteza sabe que no fue responsabilidad mía: el Consejo de la ciudad decidió no comunicaros la elección de micer Thomas Müntzer. Bien sabéis que, por mi parte…

FEDERICO: ¡No tratéis de excusaros, Zeiss! Pues sabed que delante de este trono de nada sirve el echarse la culpa unos a otros. En el fondo, personalmente a mí ese Müntzer no me ha causado la menor molestia. El hecho es que en Turingia hay demasiadas personas pagadas de sí mismas. Primero Lutero le echa una reprimenda a Spalatino para que meta en cintura a ese predicador que no demuestra excesivo respeto por él, luego el conde de Mansfeld me escribe que vuestro Consejo defiende a un instigador que lo ha insultado abiertamente. Luego, ¿qué más?

ZEISS: Bueno, está el hecho del que he venido a hablaros, precisamente. Pero ya alguna noticia de ello tendréis, pese a que los sucesos en nuestra ciudad no sean ciertamente muy relevantes.

FEDERICO: ¿Y qué ocurre, entonces? Me han dicho que ha sido quemada una pequeña ermita.

ZEISS: Se trataba, para ser más exactos, de la capilla de la Santa Virgen de Mallerbach, en el camino entre Allstedt y Querfurt, propiedad de los franciscanos del convento de Neudorf. Durante la función dominical robaron la campana y al día siguiente le prendieron fuego. Yo envié a dos hombres de mi confianza para que sofocaran el

incendio, pero se quedaron allí mirando y me dijeron que en vista de que la capilla estaba ya perdida, se mantuvieron a distancia con el fin de salvaguardar el bosque de las llamas.

FEDERICO: Hasta aquí, nada nuevo. Los frailes de Neudorf se mostraron particularmente minuciosos a la hora de describir la situación cuando solicitaron mi intervención. Si no recuerdo mal os escribí para que no hicierais precipitarse las cosas, que encontrarais a un responsable cualquiera, lo metierais en prisión durante un día y os pagara una cifra simbólica como resarcimiento. ¡Para que esos frailes comprendan que soy un defensor de la fe, pero que no tengo demasiada simpatía por quien me sisa en los tributos!

ZEISS: Pero todo el mundo en la ciudad sabe que los incendiarios eran los acólitos del predicador. Imagínese Vuestra Alteza que han fundado una liga, la Liga de los Elegidos la llaman, y cuentan con armas. Era difícil evitar el enfrentamiento directo y salvar la cara…

FEDERICO: Así pues, ¿toda la responsabilidad de ello debe serle atribuida a ese Müntzer?

ZEISS: ¡Sin duda… y a su mujer, esa Ottilie von Gersen! Cuando buscaba un culpable, fue sobre todo esa bruja la que lanzó contra mí a la población entera.

FEDERICO: Ahora se meten también las mujeres…

ZEISS: Por lo que he podido ver es una loca furiosa digna de su esposo. Y despierta la admiración más viva del resto de las mujeres y de los hombres.

FEDERICO: Al grano, Zeiss, ¿cómo acabó la cosa?

ZEISS: Tuve que pedir refuerzos de fuera y la mujer del predicador se puso a vociferar que los extranjeros querían invadir Allstedt, que yo me había vendido… ¡Querían lincharme!

FEDERICO: Nada de echarles la culpa: vuestra intervención fue la propia de un mentecato.

ZEISS: ¡Pero qué podía hacer yo! Los franciscanos no me dejaban en paz. Al final se presentó a mí un grupo de mineros del condado de Mansfeld, unos cincuenta, para preguntarme si Magister Thomas estaba bien, si todo estaba tranquilo y si hacía falta su ayuda para alguna cosa, que si alguien se atrevía a tocarle un pelo tendría que vérselas con ellos… Tras esa visita renuncié a cualquier acción de fuerza. No quisiera ser yo el responsable del estallido de una revuelta en los dominios de Vuestra Alteza.

FEDERICO: Bien, Zeiss. Y ahora os diré qué pienso yo de todo este asunto. Queríais un predicador fogoso e innovador que diera lustre a vuestro villorrio. Pero ese tipo se reveló difícil de manejar, se ganó para su causa al Consejo, puso en manos del populacho alguna que otra piedra y alguna horca y vos y el conde de Mansfeld os habéis cagado de miedo. Y ahora venís a pedir ayuda.

ZEISS: Pero Vuestra Alteza…

FEDERICO: ¡A callar! Pienso que todo esto os viene como anillo al dedo. No obstante, desde hace algún tiempo, hechos de esta índole se vienen repitiendo por doquier. Se comienza saqueando las iglesias y se acaba pidiendo un ordenamiento municipal para cualquier aldeúcha. Los campesinos están alborotados en toda Alemania y no es momento este de mostrarse demasiado benévolos con los agitadores. Dentro de un par de semanas recibiréis la visita de mi hermano el duque Juan y de mi nieto Juan Federico. Preparadles un recibimiento digno de ellos; deberéis hacer comprender que al Príncipe Elector no le agrada tanta agitación y que si el pueblo tiene algún motivo de protesta contra los franciscanos de Neudorf, debe dirigirse directamente a sus enviados, por boca del burgomaestre o de su predicador. De todos modos, organizad sin falta un encuentro con ese Thomas Müntzer. Decidle también que lo hemos pedido Nos, expresamente, y que prepare un sermón en el que exponga sus ideas. En el fondo está aún a prueba, y debe obtener nuestra aprobación para convertirse en pastor de vuestra iglesia.

ZEISS: Vuestra Alteza tiene siempre la mejor solución para todo.

FEDERICO: Por supuesto, pero demasiado a menudo los subalternos que han de ponerla en práctica se revelan unos eméritos capullos.

Me río yo solo, la oscuridad se traga sus siluetas devolviéndome la de Magister Thomas al amanecer de aquel gran día de verano…

Capítulo 13

Allstedt, Turingia, 13 de julio de 1524

—Abre la Biblia, amigo mío.

La voz me coge por sorpresa desde la mesa en que debe de haber estado trabajando toda la noche. Apenas despierto, la boca pastosa, me vuelvo con un refunfuño:

—¿Qué?

Los ojos hinchados de quien ha escrito con una luz demasiado escasa, señala el libro sobre la mesa.

—Primera epístola a los Corintios 5, 11-13. Lee, por favor.

—No, Magister, tenéis que dormir un poco o no tendréis fuerzas siquiera para hablar… Dejad la pluma y echaos en el catre.

Sonríe:

—Tengo tiempo aún… Léeme ese pasaje: 5, 11-13.

Sacudo la cabeza mientras abro la Biblia y me pongo a buscar. Su resistencia al sueño nunca deja de impresionarme.

—«Lo que os escribo es que no os mezcléis con ninguno que, llevando el nombre de hermano, sea fornicario, avaro, idólatra, maldiciente, borracho o ladrón; con estos, ni comer; pues ¿por qué voy a juzgar yo a los de fuera? ¿No es a los de dentro a quienes os toca juzgar? Dios juzgará a los de fuera; vosotros arrojad de entre vosotros al malvado.»

Mientras leo asiente en silencio. Parece reflexionar sobre las palabras, repasarlas de memoria. De repente levanta los ojos, milagrosamente aún despiertos:

—¿Tú qué crees que se propone el apóstol?

—¿Yo, Magister…?

—Tú, sí. ¿Qué piensas que significa?

Releo rápidamente las palabras de san Pablo y la respuesta me sale del corazón:

—Que hicimos bien en incendiar el templo de la idolatría. Que los franciscanos de Neudorf se dicen hermanos, pero viven en la avaricia e incitan al pueblo a adorar las imágenes y las efigies.

—Vosotros lo hicisteis por una cuestión de celo. Pero ¿no crees que puede haber alguien que haya recibido de Dios la espada precisamente para este fin? ¿Que esté «al servicio de Dios por la justa condena de quien obra el mal»?

—Pablo afirma que la autoridad está por encima de este fin. ¡Pero si no hubiera sido por nosotros nadie habría castigado a esa caterva de usureros idólatras!

Se le ilumina el rostro:

—Eso exactamente. El celo de los elegidos ha tenido que arrebatar la espada a los poderosos para hacer lo que ellos no hacían: defender al pueblo y la fe cristiana. ¿Y esto no nos enseña acaso que cuando los gobernantes permiten que la impiedad se extienda, entonces traicionan su cometido y se vuelven cómplices de la iniquidad? Así pues, igual que los malvados, en palabras del apóstol, deben ser borrados de en medio.

Lo desatinado de aquellas palabras me impacta como un puñetazo, mientras él comienza a leer de su manuscrito:

—«Yo afirmo con Cristo y con Pablo, y en conformidad con las enseñanzas de toda la ley divina, que debe darse muerte a los gobernantes impíos, especialmente a los curas y monjes que tachan de herético al Santo Evangelio y no obstante pretenden ser mejores cristianos».

No es posible, trago saliva:

—Magister, esto… ¿es esto lo que vais a predicar hoy en presencia de los duques de Sajonia?

Una risa sarcástica, sus ojos relampaguean, más despiertos ahora que nunca.

—No, amigo mío, no solo de ellos. Si no me equivoco estarán también el canciller de corte Brück, el consejero von Grefendorf, nuestro Zeiss, el burgomaestre y todo el Consejo de Allstedt.

Me quedo de piedra, mientras él se levanta estirando los brazos.

—Gracias por ayudarme a ahuyentar toda duda. Ahora creo que aceptaré tu consejo y me echaré un poco. Te ruego que me llames cuando suene la campana.

Capítulo 14

Eltersdorf, Navidad de 1525

Hoy el pastor Vogel no ha hablado para mí, ni tampoco al hermano Gustav. Su voz era como un trueno sordo, lejano. Estoy solo. Ninguna palabra que consiga convencerme. Ni después del holocausto de los indefensos, ni después de ese grito caído en el vacío. Puede quedarse para él el consuelo de la Palabra, pues yo estuve entre aquellos que creían en su fuerza.

Por la noche, en mi cuarto, con un frío intenso, leo las cartas.

Y siento que algo indefinido se abre paso y se acerca cada vez más cada día que pasa: algo que pugna por salir a la luz, pero yo lo mantengo escondido, en el fondo del estómago, con todas las fuerzas.

Y cada noche es más difícil.

Al ilustrísimo Magister Thomas Müntzer, pastor predicador de la ciudad de Allstedt.

Ilustrísimo Maestro:

El Espíritu de Dios, que infunde sabiduría y valor, esté con Vos en estas horas de tormento.

Os escribo con la urgencia y la agitación de quien ve avanzar el peligro en silencio y atacar rápido por la espalda al hombre que ha depositado sus esperanzas en él. Ya he

tenido ocasión de exponeros que mis oídos habrían podido seros de ayuda, dada su proximidad a ciertas puertas que ocultan intrigas. Pues bien, no sabría decir qué es más fuerte en mí, si la alegría de poder seros por fin de utilidad, tras muchos meses desde mi última misiva, o bien la ansiedad y el desdén por todo lo que contra Vos está maquinándose.

Al Príncipe Elector, que hasta ahora había mantenido una actitud de expectativa, no le ha gustado en absoluto vuestra Liga de los Elegidos. Y de igual modo el sermón que dijisteis en presencia de su hermano. Sobre todo lo alarma el hecho de que podáis disponer de una imprenta y de que vuestras palabras puedan llegar a los focos de la revuelta que van encendiéndose poco a poco en todo su territorio y más allá. No tiene ningún propósito de atacaros directamente: creo que teme las posibles repercusiones de un gesto desatinado. Sin embargo, quiere alejaros de Allstedt, de vuestras prensas y de su Sajonia. Un tal Hans Zeiss estuvo de visita aquí hace unos días y conversó largo y tendido con micer Spalatino, el consejero de corte. Quieren aislaros. Zeiss fingirá estar de vuestra parte, pero, mientras tanto, con las debidas promesas, volverá contra Vos si no a todo el Consejo, por lo menos a vuestro burgomaestre. Dijo estar seguro de lograrlo, y no parecía una simple promesa.

Por su parte, Spalatino os escribirá una carta de parte del príncipe elector Federico para invitaros a Weimar, donde se os concederá la oportunidad de exponer de forma extensa, y ante algunos importantes teólogos, vuestras tesis. ¡No aceptéis la mano que parece que os tienden! No creáis que podéis llevaros la parte del león. No contéis con el apoyo de Zeiss y compañía: una vez lejos de los vuestros os abandonarán, jurando por lo más sagrado que vuestra llegada solo ha causado confusión en su ciudad, que vuestras teorías son peligrosas, que carecéis por completo de esa sumisión a la autoridad que Martín Lutero ha predicado.

Vos contáis con una gran fuerza: la fuerza de la palabra de Dios que encuentra a Su Pueblo por boca vuestra. Entre aquellas murallas, lejos de los campesinos y de los mineros, la fuerza os será arrebatada como a un nuevo Sansón. Zeiss será vuestra Dalila, y ya empuña las tijeras en su mano. Lo repito: no abandonéis Allstedt. Es allí donde os temen, por vuestros sermones y por vuestras prensas de impresión, temen la reacción del pueblo ante una acción violenta cualquiera contra Vos. No se atreverán a poneros la mano encima. No partáis para Weimar.

Que Dios Nuestro Señor os ilumine y sostenga.

Qoèlet
El día 27 de julio del año de 1524

Esta carta fue sin duda entregada al Magister demasiado tarde, tras su regreso de Weimar, cuando se había entrado ya en el juego del adversario. En esos difíciles días tal vez no tuvo siquiera tiempo de valorar su importancia y en cualquier caso no hizo mención de ello.

Es cierto que esta misiva revela anticipadamente lo que había de suceder. El que pergeñaba estas líneas estaba verdaderamente cerca de los aposentos de los príncipes.

Fue la lucidez de Ottilie la que había de salvarnos en aquellos días. Habríamos podido perdernos definitivamente, pero esa mujer se alzó de nuevo y nos condujo fuera del negro cenagal de una loca desesperación. Ottilie…, no estarás ahora para llevarme lejos de aquí. No sé cuál ha sido tu final: si fuiste pasto de los mercenarios o de los cuervos. El corazón, seco, me empuja casi a esperar que no hayas sobrevivido a esta nada, a la fría soledad que marca la Navidad de este año de muerte.

Capítulo 15

Allstedt, 6 de agosto de 1524

Ottilie es fuerte, resuelta y tiene un pecho soberbio. Magister, cuando aquellos destilados de hierbas y viduños le sueltan la lengua, haciéndola deslizarse alegremente hacia las partes bajas tanto del cuerpo como del espíritu, afirma que esas grandes y turgentes tetas contienen el secreto y la fuerza de la creación, y que justamente de ellas derivan el ímpetu y las revelaciones de estos últimos meses frenéticos, para añadir acto seguido —riéndose a carcajada limpia— que los nuevos fieles no tendrán, ¡ay los pobres!, más que lo que de ellas les cuenten. Pero tales afirmaciones o jactancias no las pronuncia jamás en presencia de ella, puesto que ejerce sobre ese amasijo tonante de carne, espíritu e intuición, un aura que nadie, ni príncipe, ni prelado ni ninguna autoridad constituida, ha sido capaz de ejercer jamás.

Ciertos relámpagos en los ojos de esta hembra superan no pocas veces en centelleante intensidad a los que el Magister emplea junto con sus palabras para inflamar a grandes audiencias. La fuerza de un varón, por grande que esta sea, y dedicada a Dios —y en Thomas Müntzer de Quedlinburg hay de ella una verdadera montaña—, tiene a menudo su origen y disciplina en mujeres que guían y acompañan su despliegue.

La fuerza del Magister se troca a veces en sombría desesperación, estallidos de ira, respingos de orgullo y agudos resentimientos de un hombre sometido a la ardua tarea de una empresa acaso sobrehumana. En tales ocasiones Ottilie, por sí sola, es capaz de aplacar los excesos, imponer la razón y la cordura que lleven a ese vigor a recuperarse, a fin de irrigar los corazones del pueblo de los hombres comunes y corrientes de Alemania entera.

Una tórrida noche, en la primera luna de agosto, pongo en ti y en la mujer que se sienta delante de mí la esperanza y ese poco de inteligencia para sacarnos a todos nosotros de una situación que, al cabo de unas pocas semanas, se ha vuelto densa de añagazas y asfixiante como un nudo en la garganta. Mientras nos miramos fijamente a la cara preocupados, tensos y acalorados, sentados a la mesa de cada día donde el pastor de Allstedt redacta sus sermones, el Magister vaga, a merced de una ira cargada de tinieblas, por las calles y callejones de este burgo, armado y con sus arreos de guerra, incitando a los fieles a seguirlo, igual que el lobo que en noches precisamente como esta lanza su solitaria llamada a la luna en petición de socorro. Vigila su marcha e incolumidad el incansable Elias, que lo sigue de cerca, a unos pocos pasos en la oscuridad, presto a acabar con todo aquel que pretenda atacarlo.

Todo es un hervidero de acontecimientos, difíciles de interpretar, a excepción del único claro y distinguible que, ahora, aquí en Allstedt, se va estrechando como un nudo corredizo, trampa que está a punto de dispararse sobre nuestros destinos y los de nuestros campesinos alzados. No hay tiempo que perder, el Magister necesita ayuda.

—Las serpientes que gobiernan esta ciudad no nos morderán más. Vámonos.

La voz es firme, de una impavidez que contrasta con su joven rostro.

—¿Qué? —Las palabras de Ottilie consiguen que se alcen de repente los párpados pesados—. Pero… ¿y el Magister?

—Ya verás como no tardará. Pero hay que cavilar algo, antes de que nos aplasten como si fuéramos insectos.

Es cierto, Ottilie, la cabeza. Este avispero de inquietud que no para de zumbar. Me vuelvo hacia la ventana. En silencio trato de escuchar los gritos lejanos del Magister. No sé si los percibo o bien imagino solo comprenderlos. Vocifera que David está entre nosotros, honda en mano. Las palabras de su último sermón a la Liga de los Elegidos, cuando la gente volvía casi la cabeza como queriendo buscarlo, al pequeño rey David con la piedra en la honda, tanto tenían las frases del Magister el tono de una auténtica evocación, y no de un simple artificio retórico. Si tuviéramos que hacer tu alabanza tal como mereces, Señor, nuestros labios se abrasarían a causa del ardor de tu palabra. En cambio, el temor apaga ese fuego.

—Imagino que el Magister tenía ya alguna idea al respecto.

Mis palabras suenan a esperanza.

Sonríe.

—Ideas… ¿Has visto sus ojos al salir de aquí? Seguramente, mil ideas y mil contactos, desde el mar del Norte hasta la Selva Negra. Pero la decisión, ahora, nos corresponde a

nosotros…

—¿Por qué no esperamos un poco todavía? ¿Acaso tan necesario es partir?

Sin dudarlo, los labios que se aguzan:

—Sí, hermano, después de Weimar, sí.

—Realmente han bastado tres días… tres días sin el Magister para perderlo todo…

—Ese ha sido el golpe de gracia. Las cosas habían empezado a andar mal.

—Mientras el Magister estuvo aquí con nosotros, no. Una marea de desesperados atestó este cenagal, ¿recuerdas? Afluyeron aquí de todas las ciudades limítrofes, expulsados por los señores… ¡La oleada habría podido sumergir incluso al mismo duque Juan!

Mientras regreso hacia la silla, parece por un segundo aguzar el oído también ella. Luego pasa una mano por la mesa, llena de migajas de la cena.

—¿Ves? —dice recogiéndolas todas en el centro y apretándolas en su puño—. Esto hicieron. —Abre la mano y sopla—. Ahora están a punto de barrernos de en medio.

Las palabras salen a duras penas de la garganta hecha un nudo:

—Pero una cosa es cierta, Ottilie. Temen a Magister Thomas como las bestias al fuego. Han tenido que alejarlo de la ciudad, para dar comienzo a las intimidaciones y palizas. Nadie se hubiera atrevido a aplastar a nuestro Wychart y a clausurar las puertas de nuestra imprenta de haberse quedado el Magister.

—Y tampoco esta noche intentarán ponerle la mano encima. Es cierto, es cierto… nadie ha dicho que tengamos que escapar a las Indias. Pensar nada más en otro lugar donde continuar lo que se ha hecho aquí.

Sacudo la cabeza:

—¿En qué puedo ser de ayuda? Sé precisamente que en Baviera los campesinos están tratando de imponer sus razones. Pero me parece que allí no tienen necesidad de nosotros.

—Es verdad. En el sur las cosas funcionan solas. —Escruta la oscuridad más allá de la ventana—. ¿Te ha hablado alguna vez Thomas de Mühlhausen?

—¿La ciudad imperial?

—Exactamente. Hace un año la población hizo aprobar al Consejo unos cincuenta y tres artículos. En la actualidad el poder está en manos de los representantes elegidos por los habitantes de la ciudad.

Una mueca:

—¿Vamos a tener que vérnoslas también con un Consejo ciudadano enemigo de los papistas por simple y puro interés? Mejor haríamos buscando aliados en las haciendas y en el campo. Esos sí que son los humildes de la tierra.

Asiente, mirándome fijamente a los ojos. Algo rumiado desde hace tiempo:

—Ya. Pero una vez que se tiene en la mano una ciudad no es tan difícil volverse contra

el condado. Se hizo así también con los mineros del condado de Mansfeld, ¿o no? En cambio, si uno viene de fuera hay que vérselas con murallas y cañones.

Mando al coleto el último trago de cerveza:

—… Mientras que estando en la ciudad, los cañones los tienes ya de tu parte.

—¡Sí, pero contra los príncipes, hace falta algo más que cañones!

—Hum. Esos burgueses son gente muy fácil de manejar. El Magister me dijo que también en Mühlhausen uno de los cabecillas de la revuelta tiene extrañas relaciones con el duque Juan.

Me alarga la jarra nuevamente llena, tras haberle dado un primer sorbo:

—Supongo que te refieres a Heinrich Pfeiffer. Sí, nos han hablado de sus relaciones con el duque. Dicen que Juan de Sajonia tiene la mira puesta en la ciudad y ve con muy buenos ojos la confusión reinante allí: es lo que él necesita para presentarse como garante de la paz y asumir el control.

Abro los brazos, para indicar la conclusión lógica:

—Y así piensas que tendremos que intervenir y aprovechar el desorden en favor de nuestra causa y arreglárnoslas para que ese tal Pfeiffer trabaje con nosotros.

—Has sido tú quien ha dicho que esa gente es fácil de manejar.

Reímos. Destellos de calor inciden en la humedad de la noche. Ottilie se aparta un rubio mechón de pelo de la frente y lo inmoviliza detrás de una oreja. Por un instante, diríase casi una niña.

—Nos hemos olvidado de una cuestión que no tiene nada de baladí: cómo marcharnos de aquí.

—No debería ser difícil, pues de veras creo que la última cosa que Zeiss quiere es retenernos aquí y tirar demasiado de la cuerda con los mineros si encarcela a su predicador. Hazme caso, no ven llegar la hora de desembarazarse de nosotros.

—Nunca se sabe… Podría tomarse también a mal la provocación de esta noche, o bien utilizarla como pretexto, o decidir humillar a Thomas Müntzer para volverlo inofensivo. Es mejor no correr riesgos.

Un mordisco en el labio inferior para sintetizar sus pensamientos:

—En tal caso, nos iremos de noche.

Capítulo 16

Eltersdorf, enero de 1526

La vaca de Vogel ha muerto de unas fiebres. Me he quedado para verla estirar la pata, el respirar cada vez más lento, un estertor ahogado, los ojos vidriosos que eran invadidos de indiferencia por el mundo, por la vida.

Dicen que Magister Thomas, antes de ser ajusticiado, les escribió una carta a los ciudadanos de Mühlhausen. Afirman que en ella los invitaba a deponer las armas, porque todo estaba ya perdido.

Pienso en el hombre, que trata de explicarse el porqué. Por qué el Señor abandonó a sus elegidos y permitió que lo perdieran todo.

Te veo, Magister, mientras yaces en la oscuridad de la celda, con las señales de la tortura que llagan tu cuerpo, en espera de que el verdugo ponga fin a tu tránsito terrenal. Pero fue la llaga que tenías en el corazón la que te empujó al último mensaje. ¡No los instrumentos de tortura… no habrían podido nunca… acaso fuera porque pensamos demasiado en nosotros mismos! ¿Acaso porque fuimos impúdicos hasta el punto de escandalizar al Señor? ¿Porque pretendimos interpretar Su voluntad? ¿Acaso porque matamos, porque la rabia de los humildes no tuvo piedad de los impíos causantes del hambre? ¿Es esto lo que escribiste, Magister? ¿Era en esto en lo que pensabas en esos últimos instantes, mientras el ejército de los príncipes marchaba al asedio de la heroica Mühlhausen?

Un motivo. Un motivo cualquiera, hasta la misma voluntad insondable de Dios Nuestro Señor no puede bastar para alejar la desesperación. Porque es de nuevo un grito de desesperación, el lanzado desde lo profundo de una oscura celda. Es de nuevo la sombría

angustia de la derrota la que me tiene encadenado en este lecho.

Me parece tan claro como uno de los grabados de ese gran artista de nuestras regiones, por suerte no siempre toscos en lo que se refiere al gusto, a veces incluso dotados de una agradable destreza. Parecía hacer eclosión dentro de los estrechos límites de las murallas. Las casas y las agujas de las iglesias se erguían una sobre otra cual cúmulos de setas en un tronco de árbol.

Es cierto, así podría hablar del recuerdo de la primera entrada en Mühlhausen: cuatro caballos lanzados por nuestros gritos de estúpida chanza, sendero adelante, a poco más de media legua de las murallas del burgo imperial, la tonante carcajada de Elias y las vanas palabras de reproche de Ottilie. Luego al paso, casi marciales, en las proximidades del gigantesco portal, adoptando aires de autoridad no investida, pero no por eso menos importante, con la mirada orgullosa, directa, en aquella mañana ardiente de mediados de agosto.

Se entreveía ya el denso hormiguear de una humanidad variopinta, como una casa de fieras que quisiera, una tras otra, contener un ejemplar de cada especie, tipo, formas y deformidades de entre aquellos que reciben, precisamente, el nombre de humanos; bestias y carretas y bullicio, gritos destemplados, el eco de blasfemias y palabras soeces. Una peste a lúpulo y el ruidoso bullir de vida del barrio de Steinweg, donde se encuentran los establecimientos y se vende cerveza. La cerveza que ha enriquecido a los mercaderes de Mühlhausen como en ninguna otra ciudad alemana.

La palabra de Dios pronunciada en cada esquina; el ala negra de los Caballeros Teutónicos que protege los palacios; la corrupción de los monjes que provoca blasfemias por las calles, confirmando la máxima que reza: Donde hay un céntimo que ganar, abundan los curas. En el dédalo de callejones secos y polvorientos por semanas de sequía, bordeados de paredes de casas y tiendas, posadas y talleres, llenos por todas partes de inscripciones y rayaduras, símbolos de todo tipo, pero en mayor número los que ensalzan al Hércules germánico —Luther—, así exactamente, LUTHER destacaba en cada una de las paredes de nuestro recorrido hacia la iglesia de Santiago, nos precedía y acompañaba con su desprecio, siendo por otra parte generosamente correspondido.

Me asalta, nítido y ruidoso, el recuerdo, el hedor a sudor y ganado del mercado en la gran plaza, que había de asistir en pocas semanas a muy distintos acontecimientos, haciéndome estremecer, palpitar, mientras «los justos suplicaban que el martillo de Dios» volviera a caer implacable sobre las cabezas de los usurpadores de su palabra. Una tensión que podía respirarse en los callejones, olor intenso de una injusticia que buscaba resarcirse por medio de la venganza, y hervía inquieta bajo los pináculos de la catedral de

Nuestra Señora y en el gran mercado. Como en espera de una chispa.

El gran Elias abriéndose paso entre la multitud, como si fuera un batidor:

—¡Ya he estado en esta mierda de lugar lleno de harapientos y enviados imperiales!

Yo detrás, perdiendo el paso, distraído por los gritos de las disputas de los tenderos y por el ofrecimiento procaz de damas que habían conocido a los soldados pagados del duque Juan mejor que sus propios capitanes. Yo no podía aguantar más, pues semanas de sueños de lujuria me estaban consumiendo de ansias de goce, además de la sonrisa cáustica de Ottilie que me seguía de cerca para desanimarme de los ofrecimientos y ponerme rojo como un tizón encendido.

—¡Bienvenidos al polvorín!

Aún recuerdo claramente la primera sonrisa y la frase con la que nos recibió. Heinrich Pfeiffer, en la iglesia de Santiago, cerca de la Puerta de Felchta, punto de encuentro para los habitantes del arrabal de San Nicolás. Ese ambiguo predicador, hijo de una lechera, ex cocinero, ex confesor, ex amigo del duque de Sajonia, artero defensor de la causa de los humildes. Su vinculación con el duque le había servido para hacer elegir a unos cincuenta y seis representantes del pueblo en el Consejo. Sus sermones habían empujado al saqueo de los bienes de la Iglesia y a la destrucción de las imágenes sagradas. Sin el apoyo del duque nunca hubiera resistido mucho tiempo en la ciudad. Admiramos su astucia e inteligencia: no era difícil comprender que juntos, él y el Magister, iban a poder llevar a cabo grandes cosas.

Y, en efecto, helos ya enzarzados en una acalorada discusión sobre cosas que conviene hacer y sermones incendiarios que hay que pronunciar para los burgueses y los desharrapados, los desheredados de la fortuna, las gentes del condado y también los notables, que «deben dar prueba enseguida de las ganas que tienen de meter sus caras de cerdo cebado dentro de un plato humeante de excrementos».

Ahora, desde mi escondido rincón, Mühlhausen parece una ciudad de sueño, un fantasma que lo visita a uno de noche y le cuenta su historia, pero como si no fueses tú quien la ha vivido, un cuadro a pincel y buril, así lo recuerdo yo, como si fuera obra de ese genial pintor nuestro, micer Alberto Durero.

Capítulo 17

Mühlhausen, Turingia, 20 de septiembre de 1524

***Artículo primero**: [...] Proponemos humildemente la petición de que de ahora en adelante toda la comunidad pueda ejercer el derecho a elegir y nombrar directamente a su párroco [...]*

***Artículo segundo**: [...] Es voluntad nuestra que de ahora en adelante el diezmo sobre el cereal sea recogido por miembros del presbiterio elegido por la comunidad y dejado al párroco en cantidad suficiente para su mantenimiento propio y el de los suyos. El remanente deberá dividirse entre los pobres del pueblo de acuerdo con sus necesidades [...]*

***Artículo tercero**: [...] Hasta ahora ha regido la costumbre de considerársenos propiedad personal del señor, cosa reprobable, si se piensa que Cristo nos liberó con su preciosa sangre a todos sin excepción [...] No nos cabe duda por ello de que vosotros, en tanto que verdaderos cristianos, nos liberaréis de la servidumbre de la gleba [...]*

Poco después de vísperas una noticia se mezcla con el olor de la cerveza que comienza a llenar las jarras. Han mandado a prisión a uno, medio borracho, por insultar al burgomaestre.

Pronto no se habla de otra cosa. ¿Quién era el tal sujeto? ¿Qué le ha dicho exactamente? ¿Y dónde ha sucedido eso? Nos enteramos de que lo han encerrado en las mazmorras del ayuntamiento y la cosa solivianta a todo el mundo. Son muchos los que se ponen en pie hechos un manojo de nervios, descargan puñetazos sobre la mesa, salen para

dar aviso a cuanta más gente mejor. ¡Esta vez las pagarán todas juntas, esos bastardos!

Saco la nariz del mesón. Medio arrabal de San Nicolás se ha echado a la calle y los gritos van en aumento rodando de boca en boca. Los más exaltados, con las jarras y los peines de telar aún en la mano, como sorprendidos por una emboscada en pleno corazón de la noche, suben con paso nervioso el empedrado que lleva a la Puerta de Felchta y a la iglesia de Santiago. Buscan al Magister. Este baja, rodeado de un palpitar de voces impacientes de exponerle lo que están convencidas de que hay que hacer. Un poco más adelante de nosotros, el grupo disminuye la marcha y comienza lógicamente a engrosarse, delante de la posada de la Osa, donde la calle se ensancha en las inmediaciones del lavadero público.

En un mes desde que estamos aquí he tenido ocasión de comprobar que el fantasma de la agitación es un habitante más de esta ciudad. No obstante, no comprendo del todo una reacción semejante ante un arresto que no tiene nada de excepcional. Ni siquiera se sabe quién es el que ha acabado en prisión. Solo un detalle sirve de eje a los rumores que circulan: el malaventurado injuriador ha sido encerrado en las mazmorras del Ayuntamiento, cuando hubiera tenido que utilizarse para dicho fin la torre del mismo edificio.

—¿Qué es esta historia de la torre y de las mazmorras? —le pregunto a un anciano que observa la escena a mi lado.

—Octavo artículo de nuestro ordenamiento municipal: no más encarcelamientos en las mazmorras, sino únicamente en la torre. ¡Si viese qué cloacas son esas mazmorras, comprendería que no es cuestión de códigos!

Levanto la vista por encima de las cabezas: Magister Thomas está ya en pie sobre un guardacantón. Vocifera contra el abuso y la burla hecha al pueblo. Debajo de él un ir y venir continuo de gente que corre a llamar a otra y va a buscar instrumentos defensivos y piedras. En medio de la muchedumbre, Elias se abre paso hacia mí. Al verme, grita más alto que todos:

—¡Ve a buscar a Pfeiffer! Y dile que dentro de no mucho rato estaremos bajo las ventanas del Ayuntamiento y que se traiga a toda la gente que pueda.

A todo correr hasta las murallas. Me presento dándome a conocer al centinela: ningún problema, evidentemente no se espera ninguna reacción. Sin dejar de correr tomo por la Kilansgasse. Un clamor al fondo de la calle, hacia la iglesia de San Blas, me indica que Pfeiffer no ha perdido el tiempo.

Tan pronto como doblo la esquina y aparezco delante de él, también él de pie sobre un púlpito improvisado, interrumpe la arenga y señalándome se pone a gritar:

—Aquí está, aquí tenéis a un mensajero del arrabal de San Nicolás. Viene sin duda a decirnos que Thomas Müntzer y los suyos están trastornados por la decisión de ese cerdo

del burgomaestre… ¿No es cierto, maestro?

Las cabezas del auditorio se vuelven hacia mí como un campo de girasoles.

—¡Es cierto, hermano Pfeiffer! Por la Puerta de Felchta los de San Nicolás se encaminan hacia el Ayuntamiento.

Mientras me acerco a esa pequeña multitud, Pfeiffer salta del guardacantón y corre a mi encuentro. Me echa el brazo sobre los hombros y susurra:

—Dime, hermano, ¿cuántos debéis de ser vosotros?

Exagero:

—Unos doscientos podéis contar.

Me arponea la clavícula:

—Bien, esta vez los joderemos vivos. —Luego en voz más alta— Se arrepentirán de esta afrenta, te doy mi palabra. ¡Al Ayuntamiento, hermanos, al Ayuntamiento!

Sus palabras son ya un grito de guerra.

No sé cómo han aparecido las grandes horcas, las teas y las trancas. Simplemente, en un determinado momento yerguen sus puntas sobre el bosque de cabezas, mucho más espantosas que las alabardas de los esbirros que cierran el acceso a palacio. Uno de ellos sube corriendo las escaleras para ir a pedir instrucciones. Vuelve seguido de una quincena de otros esbirros.

Se enciende la discusión en las primeras filas. Circula la noticia de que el insulto concreto dirigido por Willi el Pústulas contra el burgomaestre Rodemann ha sido un «Bésame el culo», acompañado de una exhibición del trasero. Para muchos se trata de una invitación incluso demasiado explícita a repetir el gesto, y decenas de culos toman como punto de mira el Ayuntamiento.

De pronto, allí delante, un gran alboroto. Me pongo de puntillas y me agarro para ver mejor, saboreando anticipadamente la escena de la humillación definitiva de Rodemann. A quien veo, en cambio, es a Elias, que levanta en peso, por encima de los hombros, a un individuo canijo de mediana edad, con la cabeza casi pelada y la nariz amoratada llena de venillas. Grita de alegría y unas manos en alto lo reciben y lo hacen saltar por encima de las cabezas:

—¡Es Willi! ¡Viva Willi! ¡Jodido cabrón de mierda! ¡Viva Willi! ¡Rata de cloaca! ¡Grandísimo Willi!

El gentío lo lleva en volandas a través de la plaza, una muchacha que alguien lleva a hombros le enseña las tetas delante mismo de su cara y Willi se arroja por ellas como quien acaba de ver un milagro. Le tiran verduras y dulces que lo ponen hecho un asco de pies a cabeza. Le grito entre risas:

—¡Viva el rey Willi! ¡Viva el héroe de la gente de Mühlhausen!

Y el borrachuzo, como si me hubiera oído, vuelve la cabeza hacia mí, haciendo la señal

de la bendición en el aire segundos antes de que un repollo vaya a estrellársele en plena cara.

Capítulo 18

Eltersdorf, Pascua de 1526

Recuerdo que la noche de la coronación del rey Willi, pocos en Mühlhausen pegaron ojo. A buen seguro que no lo consiguieron Rodemann ni Kreuzberg, los dos burgomaestres, bajo cuyas ventanas se disputó un extraordinario torneo de insultos, juramentos y frases sangrantes en su honor. Menos aún pudieron descansar los grupos de vagabundos ávidos de posibles saqueos, que desde la mañana siguiente llenaban las calles.

Por desgracia, Morfeo estrechó entre sus brazos a los dos centinelas apostados en la fachada posterior del palacio municipal, de manera que no les fue difícil a los burgomaestres salir huyendo en dirección a Salza, con el estandarte de la ciudad enrollado bajo el brazo.

Al despertar, por tanto, nuevo correr de la noticia, nueva zozobra y nueva concentración bajo las ventanas del Ayuntamiento, para pedir la intervención del Consejo. Los ocho delegados del pueblo, elegidos ya antes de nuestra llegada, trataron de convencer al jefe de la guardia de la gravedad de lo que los dos burgomaestres habían hecho, así como de la necesidad de echar tierra cuanto antes sobre aquella vergüenza. Pero aquel respondió que él no recibía órdenes de nadie más que de los legítimos representantes de la ciudadanía. Y mientras nosotros nos íbamos al arrabal de San Nicolás para poner en orden nuestras ideas, él logró reunir en torno a sí a una buena parte de la población, poniendo a todos en guardia contra todo aquel que quisiera aprovecharse de la difícil situación de la ciudad para disponer de las fuerzas del orden a su antojo.

No hizo falta que pasara mucho rato para que las paredes de la ciudad aparecieran cubiertas de comentarios del siguiente tenor: LOS ESBIRROS NO CAMBIAN NUNCA.

Mientras tanto, cansados de esperar el estallido de los acontecimientos, muchos maestros del saqueo en viaje de negocios reanudaban sin más pérdida de tiempo sus actividades, sembrando el terror intramuros de la ciudad y entre las filas de los defensores del palacio. Nosotros, por nuestro lado, intentábamos calibrar con la máxima precisión si resultaba oportuna o no una acción de fuerza. Fue enviado un mensajero a Salza con el fin de preguntar a algunos seguidores de Magister Thomas si no sería posible, por nuestra parte, intervenir directamente allí, al objeto de hacérsela pagar a los dos fugitivos y crear en aquella ciudad una situación favorable a la revuelta. La respuesta fue una cordial invitación a meternos en nuestros asuntos.

Mühlhausen se preparaba para una segunda noche en vela. Las rondas de los burgueses inspeccionaban la ciudad antorcha en mano, mientras la guardia se alineaba ante la entrada de la Puerta de Felchta y del palacio. Precaución inútil: por nuestra parte, no iba a resultarnos difícil romper aquel piquete, pero una vez dentro, la ciudad podía transformarse en una trampa; desde cualquier ventana podía caer aceite hirviendo, por cualquier portón aparecer la muerte. Además, había que tener en cuenta que allí dentro disponían por lo menos de un centenar de arcabuceros, mientras que nosotros no contábamos con más de cinco.

De modo que esperábamos. Y la aureola del crepúsculo iba envolviendo lentamente las figuras de este ejército de los humildes, ocupadas en aprender el arte de lanzar piedras y asestar garrotazos, de dejar tendido al adversario, de dormir sobre los adoquines, mientras uno se alimentaba de pan de centeno y de grasa de ganso, con un oído pendiente del último sermón del Magister y el otro de las proezas eróticas del vecino.

Al día siguiente, pocas horas después del amanecer, Ottilie y el Magister, viendo que el enfrentamiento a distancia había debilitado a la mayoría, y que eran muchos los que insistían en querer volver a sus asuntos, buscaron ayuda en la Biblia. «Cuando Dios sostenía a su pueblo, los muros de la ciudad se desmoronaban al toque de las trompetas. Acordaos del final de Jericó. También a nosotros, que somos sus elegidos, Dios Nuestro Señor nos concederá una victoria no menos fácil. Pero hay que tener fe y creer que Dios no abandonará a su ejército.»

Magister Thomas sabía cómo ser convincente, y este discurso fue tomado al pie de la letra por una cincuentena de hermanos. Armados de siete imponentes cuernos de caza, de esos con el estrangul de metal, se encaminaban a lo largo del sendero que bordeaba los bastiones, cantando y tocando con toda la fuerza de que eran capaces sus pulmones. La escena por lo menos produjo un entusiasmo general y, con toda seguridad, impresionó a varios ricos cerveceros atrincherados en la plaza municipal.

Aquellos cincuenta soldados de Josué no llegaron a dar nunca la séptima vuelta a las murallas. Apenas estaban terminando la quinta, gritando a voz en cuello «¡Siervos

comemierda!», cuando a lo lejos apareció lo que había de disolver de forma definitiva la tensión de aquellos días. Un muy nutrido grupo de hombres, sobre el cual crecía un tupido bosque de largos garrotes, avanzaba expeditamente en dirección a la ciudad. De haberse tratado de los refuerzos procedentes de Salza, Mühlhausen habría caído en nuestras manos aquella misma tarde. Pero el hermano Leonard, al que enviamos a su encuentro, regresó con la noticia de que eran los habitantes del condado, que venían a prestar su apoyo al Consejo de la ciudad. Al poco, la noticia llegó también intramuros, y no tardamos en encontrarnos atrapados entre dos fuegos: por un lado, los campesinos que subían por el empedrado y, por otro, los burgueses, que se lo pasaban en grande con la escena atisbando desde detrás de la primera fila de centinelas. En resumen, demasiados.

¡Eso es lo que ocurre cuando se deja de lado a los campesinos para ir a conquistar los cañones de la ciudad! Les prometen una reducción en las tasas de entrada de los productos agrícolas y de buenas a primeras te los encuentras en contra tuya. Precisamente en un día como aquel, con los campesinos de nuestra parte… En cambio, el ejército de los humildes se dispersó rápidamente, sin el menor derramamiento de sangre, como manteca en un horno. Los campesinos les estrecharon la mano a los burgueses, haciendo añicos nuestros cuernos de caza y se volvieron a sus casas tan campantes a la hora de la cena.

Así la resolución del Consejo de elegir dos nuevos burgomaestres tuvo todo el carácter de una concesión, una simple forma de eliminar a dos imbéciles y reforzar el control sobre la ciudad.

A la mañana siguiente, la plaza municipal se llenó nuevamente de una gran multitud de personas que esperaban conocer los nombres de los nuevos burgomaestres. Uno de los elegidos, el productor de la mejor cerveza de la ciudad, no tardó en festejarlo regalando a la población dos enormes barriles. Luego tomó la palabra el segundo, que tenía una tienda de paños. Dijo que, gracias a la sagacidad del Consejo, se había resuelto una situación de gran confusión, que Rodemann y Kreuzberg habían pagado con toda justicia su gesto y que no volverían a la ciudad. No obstante, no eran estos los únicos en haber actuado contra los intereses de la ciudadanía; tal como cabía esperar de un extranjero, micer Thomas Müntzer había hecho todo lo posible por traer el caos a la ciudad y micer Heinrich Pfeiffer lo había seguido ciegamente en sus propósitos instigadores. Mühlhausen no tenía la menor necesidad de semejante gente para mejorar su propio ordenamiento. Por tanto, Thomas Müntzer y Heinrich Pfeiffer eran invitados a abandonar la ciudad en un plazo de dos días. Si se demoraban más en hacerlo, se harían merecedores de su encarcelación en la torre del palacio.

Sigo preguntándome qué extraña alquimia debió de producirse en el transcurso de la noche precedente y qué fluido paralizante debió de correr en aquellos momentos por el pavimento de la plaza. Pero lo cierto es que la llegada de los campesinos fue un golpe

duro, así como también el sentirse cercados. No obstante, debió de haber algo más que explique el silencio que recorrió toda aquella extensión de cuerpos, tan impresionante como para borrar por un instante su hedor. Algo que Magister Thomas debía de haber intuido antes que yo, porque esa mañana se quedó en la iglesia de Santiago y cuando yo me reuní con él estaba recogiendo sus cosas.

Una vez que dejamos atrás las murallas de Mühlhausen, comprendimos que habíamos cometido el más grave de los errores. Un error irrepetible. Con la ciudad a nuestras espaldas, fue a mí a quien Ottilie le murmuró aquella lección:

—Tenías tú razón. Sin los campesinos no podemos hacer nada.

Capítulo 19

Nuremberg, Franconia, 10 de octubre de 1524

***Artículo cuarto**: [...] Por ello presentamos la siguiente propuesta: si alguien tiene un riachuelo y, con la suficiente documentación, puede demostrar su pertenencia, habiendo comprado el curso de agua de buena fe, entonces no es voluntad nuestra expropiárselo por la fuerza, sino llegar con él a un acuerdo de buenos hermanos. Pero quien no pueda demostrar debidamente todo lo antedicho, deberá restituirlo a la comunidad, tal como es de justicia.*

***Artículo quinto**: [...] que una comunidad tenga la libertad de permitir que cada cual pueda recoger y llevarse a su casa, sin pago alguno, la leña que precise para el fuego así como también la que le sea necesaria para la construcción [...]*

***Artículo sexto**: Pesan sobre nosotros muchísimos gravámenes por el servicio que debemos prestar a nuestro señor y los cuales no cesan de aumentar [...] Solicitamos por dicho motivo que se admita, como justo que es, el que no se nos siga gravando de semejante modo, sino que se nos permita [...] prestar el servicio de igual modo que lo hicieran nuestros padres y únicamente según la palabra de Dios.*

Entramos en Nuremberg por la puerta más al norte. A la izquierda, las imponentes torres de la fortaleza imperial nos recuerdan lo que ya sabíamos: que esta ciudad es una de las más grandes, hermosas y ricas de toda Europa. Delante de nosotros ascienden hasta el cielo las formas esbeltas de los campanarios de San Sebaldo, y a ambos lados de la calle pintores y escultores prosiguen su labor en sus talleres. Ottilie jura que la casa del gran Alberto

Durero está a pocos pasos de aquí. La de Johannes Denck, con el que hemos de encontrarnos esta misma mañana, se encuentra en cambio por la Königstrasse, en el ángulo sur del rombo que delimita el corazón de la ciudad.

Pasamos por la plaza del Mercado, pura ebriedad de olores a inciensos, perfumes y especias de las Indias, los colores de las sedas chinas que ondean al sol, los siete Electores que se inclinan ante el Emperador justo encima de nuestras cabezas, en el reloj de la iglesia de Nuestra Señora.

Hans Hut, el librero, desde que hemos entrado en la ciudad, se demora con el Magister inmediatamente detrás de nosotros, a paso deliberadamente más lento. Motivo: sostiene que en Nuremberg, se entre por la puerta que se entre, todo el que siga de forma instintiva el río de gente se encontrará más pronto o más tarde metido dentro de una corriente invisible en la plaza de San Lorenzo. Así, para no influir en el resultado del experimento, se mantiene a distancia, dado que estas calles no guardan ningún secreto para él. A pesar de esta precaución, la demostración se ve igualmente falseada, puesto que las torres de San Lorenzo aparecen en toda su grandiosidad tan pronto como atravesamos el puente sobre el río que divide la ciudad.

Hay un ir y venir frenético en la imprenta. Jornada de encuentros importantes: un hervidero de contactos, diálogos, proyectos que anuncian nuevas semanas de convulsiones y altercados. Los campesinos están soliviantados: no pasa día sin que lleguen noticias de saqueos, insurrecciones, peleas intrascendentes que desembocan en tumultos, de región en región. La red de contactos que el Magister va cultivando con obsesiva precisión desde hace años es extensa y ramificada y nunca cesa de ensancharse y proporcionar noticias. Además, está precisamente la imprenta; esa técnica asombrosa que, igual que un incendio en un verano seco y ventoso, se desarrolla día a día, nos da abundancia de ideas para mandar lejos y con más prontitud los mensajes y las instigaciones que llegan a los hermanos, aparecidos como setas por todas partes del país.

Los dos aprendices están frenéticamente ocupados en el trabajo, en la gran imprenta de micer Hergott, en Nuremberg. Las manos transforman la tinta sobre el simple papel en caracteres de plomo que multiplican las palabras. Rápidas miradas y dedos ágiles que recomponen los escritos del Magister: proyectiles que serán disparados en todas direcciones por el más poderoso de los cañones. La prensa, en un rincón, parece dormir en espera de imprimir el sello final.

No ha sido difícil convencerlos. Hergott estará fuera de la ciudad durante una semana y la presencia simultánea de Hut, Pfeiffer, Denck y Magister Thomas bastaría para convencer a cualquiera: la vorágine de los discursos, la pasión y la fe de estos hombres, convencerían

a los mismos muertos para volver al trabajo.

Sonrío pensativo, pendiente de todos modos del diálogo que se desarrolla en torno a la mesa, en la trasera de la imprenta. Están discutiendo acaloradamente. Hans Hut es de por estas tierras, vive en Bibra, a pocas leguas de aquí, excelente difusor de grabados desde hace ya algunos años. Imprimió las primeras partes del Evangelio traducido por Lutero, lo que le valió un gran crédito, crédito que sin embargo no percibió de los bancos de los príncipes. Dada la ingente montaña de trabajo, está tratando de abrir una imprenta propia, en Bibra: iniciativa importante, que quizá vea la luz en estas semanas. En cualquier caso, conoce todas las técnicas corrientes de impresión y su parecer resulta imprescindible.

Johannes Denck aparenta mi edad, astuto como una garduña, también es de por aquí, perfectamente conocido de las autoridades locales, pero desde hace ya bastante tiempo anda viajando por comarcas y pueblos, hasta las mismas regiones del mar del Norte. Provocador, agitador de oficio, conviene tenerlo como amigo para evitar que su espíritu libre se vuelva en contra de uno. Muestra no menos brillante inteligencia también para las Escrituras: la ciudad está alborotada por un discurso suyo en el que enumeraba cuarenta paradojas encontradas en los Evangelios. Afirma que para el fiel «no existe otra guía» en la lectura «que el mundo interior de Dios, que proviene del Espíritu Santo». El Magister aprecia su agudeza, su sagacidad y el bagaje de noticias que ha acumulado a lo largo de sus viajes. El texto que escribió en Mühlhausen y que hemos traído aquí habla también de estas cosas.

—Ese amasijo de carne fláccida que reside en Wittenberg, fray Engañabobos, quiere mantener la Escritura lo más alejada posible de la mirada de los campesinos. ¡Teme ser derrocado del trono en el que posa su querido culo! ¡Y los campesinos deben mantener la cabeza gacha sobre el arado mientras él hace de nuevo Papa! ¡Una infamia como esta no puede durar más tiempo, ha de ser desenmascarado! La palabra del Señor ha de estar al alcance de todos, y sobre todo los humildes deben poder conocerla directamente y meditarla en conciencia, sin que tenga que pasar necesariamente por la babosa boca de los escribas.

Es el Magister quien habla. Denck asiente e interviene:

—Esta es la pura verdad. Pero hay que vérselas también con otros problemas. Los campesinos no lo son todo. También están las ciudades: ya visteis lo que pasaba en Mühlhausen. Como te decía, pasé unos meses increíbles en ese puerto del mar del Norte, Amberes. Allí los mercaderes son ricos y fuertes, el tráfico naviero aumenta cada hora que pasa y la ciudad es un hervidero de ánimos inquietos. Hay un hermano allí, uno que pone tejados de pizarra, para muchos tosco e ignorante, que predica e incita a la rebelión de los

espíritus libres contra los impíos. Si vieras a quién consigue arrastrar: peleteros, armadores, mercaderes de piedras preciosas con sus ilustres familias, junto con cerveceros, carpinteros y vagabundos. El dinero, en una palabra, y el dinero sirve para sufragar todas las causas. Los jodidos burgueses de nuestras ciudades son unos gazmoños, propensos a permutar pequeñas ventajas a cambio de la sumisión de los campesinos y el mantenimiento de los príncipes. ¡Es con sus culos con los que habría que emprenderla a patadas!

—¡Si conseguimos hacernos con sus establecimientos para imprimir nuestros escritos no habrá ninguna necesidad de dinero! —se ríe Hut.

—¡Tú calladito, pues llevamos meses haciendo proyectos para tu nueva imprenta y mientras tanto nos obligas a hacer de saltimbanquis! —le espeta Pfeiffer.

—¡No, no, esta vez se hará! En menos de un mes estará lista. Me han asegurado que la prensa está en camino y, si los tiempos no estuvieran tan revueltos, estaría lista ya desde hace semanas.

Denck le suelta un codazo:

—Y a ti, claro, corazón de león, los tiempos revueltos no te gustan nada…

Estallamos en risas.

Entretanto los aprendices de Hergott no han levantado ni un solo momento la cabeza de la mesa de composición: tienen aún para un rato. Desde hace un rato observo una cesta a rebosar de tiras de papel de diferente tamaño. Se la señalo a Hut:

—¿Para qué sirve?

—Para nada. Es el sobrante: esta prensa imprime cuatro páginas por cada folio grande. Cuando los cortas siempre queda algún resto.

—¿Es posible comprimir los caracteres y conseguir un margen sobrante mayor?

—Sí, pero ¿para qué? ¿Acaso no tienes bastante con todo este papel desperdiciado?

—Quizá sea una tontería, pero se me acaba de ocurrir que aparte del escrito del Magister, para cada impresión se podrían obtener folios sueltos, en los que imprimir en pocas pero eficaces líneas nuestro mensaje, de modo que podríamos llevarlos fácilmente con nosotros, y poder repartirlos en mano por los campos, aquí y allá. Podemos hacerlos circular a través de los hermanos repartidos por todas partes, podemos llegar a todos, no sé, es una idea…

Silencio. Pfeiffer descarga un puñetazo sobre la mesa:

—¡Podríamos imprimir cientos de ellos! ¡Miles!

Los ojos del Magister centellean como cuando se dispone a dar uno de sus sermones, su sonrisa hace que me encienda.

—Te has vuelto mayorcito, muchacho: tendrías que aprender a defender tú solo con más fuerza tus ideas.

Hut coge una tira de papel del cesto, toma pluma y tintero y comienza a hacer números. Murmura para sí:

—Puede funcionar, puede funcionar.

Casi se cae de la silla para volverse y gritarles a los impresores:

—¡Eh, vosotros dos, parad ya! ¡Dejadlo todo!

Capítulo 20

Eltersdorf, otoño de 1526

Arreglo las jaulas para los pollos, en previsión del invierno, clavo las tablas para que los animales no pasen demasiado frío. Por la noche vuelvo a sumergirme en los recuerdos.

Recuerdo que llegó el tiempo del *föhn*, el mismo que sopla ahora sobre un mundo distinto.

El *föhn*: un viento cálido, denso de humedad y secreciones que sopla del sur, cruza la cadena alpina y viene a detenerse en los campos y valles, para volver a ascender con su carga de locos humores y violentas pasiones, por la que es famoso. Se enseñoreó de nosotros y de aquel invierno de fiebre y delirio, envolvió nuestros cuerpos en un estremecimiento imposible de controlar, antes de lanzarlos a una danza de la muerte que mantiene grabados en mi carne todos aquellos nombres. Nombres. De los lugares, de los rostros. Nombres de muertos. Los leía en las Escrituras, en primer término, y salían disparados fuera de las hojas encerradas en los tomos, uniéndose de forma indisoluble a la alegría de los ojos de las hermanas, adoptando las expresiones radiantes de sus hijos, los perfiles afilados, toscos, de campesinos y mineros libres en el Espíritu de Dios.

Jacob, Matthias, Johannes, Elias, Gudrun, Ottilie, Hansi.

Nombres de muertos, ahora. No tendré más nombres, nunca más. No uniré la vida al cadáver de ningún nombre. Así los tendré a todos. Hoy estoy vivo para recordarlos, y puedo escuchar cómo repiquetea la lluvia en el tejado, mientras que termina otro otoño bajo el apremio del tiempo y Eltersdorf se prepara para recibir las próximas nieves, las heladas después de este último hálito cálido.

El octubre del año 24 terminó con otra expulsión extramuros. Esta vez se trataba de

Nuremberg. Desde hacía cerca de una semana los dos encargados de la imprenta de Hergott nos habían entregado el fruto de noches sin dormir y días de frenético trabajo; los dos escritos que el Magister se había llevado consigo de Mühlhausen: quinientos ejemplares de la *Denuncia explícita*, más otros tantos de la *Refutación*. Aparte de las modificaciones introducidas en el método de composición de los cuartos de página, nos habían hecho reunir varios miles de folios sueltos, de pequeño tamaño, en los que se reproducía una muy breve versión de nuestro programa, junto con incitaciones, dirigidas principalmente a las mujeres, a la bendición del Señor que había de protegernos también con la espada, si era menester. Podríamos repartirlos libremente, durante los desplazamientos por campos, burgos, regiones. Tras una discusión no carente de momentos de hilaridad, decidimos llamarlos *flugblatt* ("Hojas volantes") debido precisamente a su característica de hojas individuales de formato reducido, que podían pasar fácilmente de mano en mano, adecuadas para la gente humilde, escritas en una lengua sencilla que muchos comprenderían directamente o bien haciéndosela leer por algún otro.

Aquella semana había transcurrido entre el ir y venir de emisarios y correos que garantizaban la primera distribución de textos del Magister por varias regiones: cien copias habían sido ya expedidas a Augsburgo. Pero el clima de la ciudad no era muy tranquilizador que digamos. Gran ruido había provocado, por ejemplo, la enésima proeza de Denck, que el 24 o 25 de octubre había arengado más allá de lo tolerable a los estudiantes de San Sebaldo, con abiertas invitaciones a acabar con todo aquel que se arrogara el derecho exclusivo de interpretar la palabra de Dios. Un discurso a cuyo término, Johannes el Zorro, con una típica improvisación muy suya, se había autoproclamado rector de la misma escuela, aclamado por los estudiantes entusiasmados. Todo ello había gustado muy poco a las autoridades locales, apremiadas asimismo por las incesantes noticias sobre la proliferación de revueltas en la Selva Negra y en todas las regiones circundantes, por lo que desde el día siguiente había corrido el rumor de una expulsión inminente de Denck de la ciudad.

Y así fue. El 27 de octubre el cargamento de libros del hermano Höltzel fue parado en la Puerta de Spittler, mientras salía de la ciudad para dirigirse a Maguncia. Entre los volúmenes, la guardia del Consejo ciudadano, puesta evidentemente ya sobre aviso, encontró veinte ejemplares de la *Denuncia explícita*, confiscaron la partida entera y expulsaron con cajas destempladas a Höltzel, que había recibido del Magister el cometido de imprimir y difundir el escrito. Durante esa misma jornada el rumor de la inminente expulsión de Denck se reveló cierto. Al amanecer del 28 de octubre estábamos ya todos arrestados. Los esbirros iban a necesitar todavía un día entero para dar con nuestro depósito: Hergott había vuelto, no había dudado en denunciarnos y permitir a la guardia interrogar largamente a los dos aprendices. Toda la tirada fue confiscada. Tan solo Hut

consiguió trasladar el día antes a Bibra las hojas volantes, juntamente con algunos ejemplares de los escritos del Magister.

El Consejo no quería problemas. Aquella misma tarde aparecieron dos burgomaestres por la celda y nos comunicaron que había sido tomada la decisión: antes del alba íbamos a ser conducidos fuera de la ciudad sin que se diera noticia del arresto ni de la expulsión.

Magister Thomas, Ottilie, Pfeiffer, Denck, Hut, Elias y yo. Nos encontramos de nuevo en camino, contemplando el espectáculo increíble del amanecer que empezaba tímidamente a despuntar por detrás de los pináculos de Nuremberg, tiñéndolos de rosa. Esta vez el Magister no parecía en nada afectado por los acontecimientos: Hut nos condujo a su casa, a Bibra, a pocas leguas de camino, un lugar seguro en el que decidir lo que convenía hacer.

Allí el Magister nos dijo que era menester separarse y esto nos inquietó no poco: el compartir las malandanzas de los últimos meses había hecho que hiciéramos buenas migas y parecía absurdo disolver la compañía.

Recuerdo la determinación en sus ojos:

—Lo sé, pero nosotros siete tenemos que hacer el trabajo de cien —dijo— y si no permanecemos todos unidos no lo conseguiremos jamás. Hay tareas que tienen una prioridad absoluta y que hemos de repartirnos. Los tiempos están ya maduros, los impíos pueden verse entre la espada y la pared, media Alemania se ha alzado en rebeldía, no hay un momento que perder.

Se volvió hacia Hut:

—Ante todo es necesario asegurarse de que por lo menos los libros expedidos a Augsburgo hayan llegado a su destino, y tratar de difundirlos lo más rápidamente posible…

Hut asintió sin añadir nada. La tarea le correspondía a él.

El Magister continuó:

—Por lo que a mí respecta, es de suma importancia que llegue a Basilea. Tengo que ver a Oecolampadio y comprobar si realmente la situación es tan ferviente como me han escrito los hermanos de allí. Si la ciudad más importante de la Confederación Helvética se pusiese de nuestro lado, los príncipes se las verían negras… —Su mirada cayó sobre Denck—. Creo que tú, Johannes, deberías venir conmigo. Has trabajado ya en una gran ciudad y tu consejo sería de gran ayuda.

—¿Y los demás? —Pfeiffer pareció preocupado—. ¿Dónde vamos a meternos?

Magister Thomas recogió una pesada alforja de yute y la abrió sobre la mesa, que bastó para derramar parte de su contenido ante nuestros ojos. Las hojas volantes revolotearon sobre las tablas como si una mano invisible las moviera.

—Aquí tenéis las semillas. Los campos serán vuestro lugar de trabajo.

Mi mirada desorientada se encontró con las de Pfeiffer y de Elias.

Ottilie recogió algunas hojas:

—Por supuesto, los campesinos… los campesinos. —Me miró a mí—. Deben tener la posibilidad de saber, es preciso hacerles saber que sus hermanos de toda Alemania están alzándose a todo aquel que no sepa leer, le leeremos nosotros… —Luego, vuelta hacia Pfeiffer—: Un ejército, Heinrich, un ejército de campesinos que libere palmo a palmo esta tierra de la impiedad… —Busca la aprobación del Magister—. ¡Marcharemos con los campesinos sobre Mühlhausen, hay allí todavía mucha gente que quiere sacudirse el yugo de los tiranos y de los falsos profetas!

Sentí el ardor del valor que me henchía el corazón y los músculos, pues los ojos y las palabras de aquella mujer encendieron en mí un fuego que creí que ya nada ni nadie iba a poder extinguir nunca.

Señalándonos, Magister Thomas se dirigió a ella con una sonrisa y dijo:

—Mujer, te confío a estos tres hombres. Haz que vuelva a encontrarlos sanos y salvos a mi vuelta. Deberéis ser prudentes, pues los esbirros de los príncipes andan merodeando por el condado, no os detengáis nunca, no durmáis nunca dos noches seguidas en el mismo sitio, no confiéis en nadie cuyo corazón no sea para vosotros como un libro abierto. Y confiad en Dios en todo momento. Suya es la luz que ilumina nuestro camino. Procurad que nunca os abandone. Confío que a primeros del nuevo año nos encontremos todos en la iglesia de Nuestra Señora de Mühlhausen. Buena suerte, y que el Señor esté con cada uno de vosotros.

Capítulo 21

Eltersdorf, comienzos de año de 1527

El viento golpea contra las tablas de la puerta como un perro enloquecido. Las velas parecen vacilar también aquí dentro, como si pudieran ser alcanzadas por el gélido soplo del invierno. Así, los recuerdos se entremezclan y tiemblan, recorridos aún por los estremecimientos de aquella rabia: fueron los días de la tempestad. Yacijas, a cuyo lado este catre diríase un lecho principesco; niños flacos y sucios, rostros llenos de dignidad incapaces de un lamento que se henchían de ansias de liberación; siempre en camino, pasando por alquerías, burgos, aldeas. Éramos sembradores diligentes, que prendíamos la chispa de la guerra contra los usurpadores de la gloria de Dios, los opresores de Su pueblo. Vi hoces transformarse en espadas, azadas convertirse en lanzas, y hombres sencillos dejar el arado para trocarse en los más impávidos guerreros. Vi a un pequeño leñador tallar un gran crucifijo y ponerse a la cabeza de las filas de Cristo como el capitán del más invencible de los ejércitos. Vi todo esto y vi a aquellos hombres y a aquellas mujeres unir su fe y hacer de ella una bandera de venganza. El amor animaba los corazones con ese único fuego que nos inflamaba interiormente: éramos libres e iguales en el nombre de Dios y habíamos hendido las montañas, detenido los vientos, dado muerte a todos nuestros tiranos para hacer realidad Su reino de paz y de fraternidad. Podíamos hacerlo, por fin podíamos hacerlo: la vida nos pertenecía.

Themar, Unterhof, Regendorf, Swartzfeld, Ohrdruf, nunca dos días en el mismo lugar. A mediados de noviembre decidimos hacer un alto en un minúsculo pueblecito de nombre Grünbach, a poco más de una jornada de camino de Mühlhausen. El lugar estaba habitado exclusivamente por campesinos al servicio del caballero de Entzenberger, con quien años

antes el polifacético Pfeiffer había desempeñado funciones de cocinero y de confesor. Nos aseguró que el caballero era un enemigo jurado de la ciudad imperial y que sin duda no impediría nuestra acción de evangelización en sus posesiones.

A cambio de una ayuda en los trabajos más pesados, encontramos acomodo en un viejo establo en desuso, al lado de la casucha de una viuda de nombre Frida. Por cama, paja y unas mantas de burda lana. Desde la misma mañana de nuestra llegada, la mujer se mostró muy contenta de hospedarnos, afirmando que durante toda la semana anterior había tenido todo tipo de presagios acerca de la llegada a su casa de personas importantes. Por primera vez tuve la extraña sensación de escuchar a una persona hablar mi propio lenguaje sin comprender ni pizca de lo que estaba diciendo. A excepción de Pfeiffer, que había nacido en aquella región, la única en pescar algo de todo cuanto dijo la anciana campesina fue Ottilie, que en su deambular en compañía de su esposo había comenzado a prestar oídos a las mil expresiones en que puede deformarse la propia lengua vernácula.

La viuda Frenner tenía una hija, de unos dieciséis años, que se ocupaba de las vacas del amo y las ordeñaba todas las mañanas. La muchacha era la más pequeña de seis hermanos, que habían acabado todos en la compañía de un valeroso capitán a sueldo del conde de Mansfeld.

Al día siguiente de nuestra llegada a Grünbach, muy temprano, comenzamos a visitar campos, huertos y establos y a entrar en contacto con la gente, repartiendo hojas volantes y anunciando la caída inminente de los poderosos. La competencia fue muy reñida: en la misma jornada encontramos a un predicador luterano, a dos vagabundos que andaban en busca de obtener hospitalidad y comida explicando la Biblia y prediciendo el futuro; y, por último, a un reclutador de tropas mercenarias que magnificaba la vida en su ejército, la generosa paga, la ganancia fácil, la gloria.

La mayor parte de los campesinos que encontramos nos escuchó con una cierta atención, hizo preguntas muy puntillosas respecto al fin del mundo, se enorgulleció de oírse llamar pueblo elegido y mostró un cierto espanto ante la idea de que para cambiar su situación no iba a ser Dios quien descendiese en persona para derribar a los poderosos, sino que debían hacerlo ellos con hoces y horcas. Algunos, merced a las hojas que les entregábamos, tuvieron conocimiento de la imprenta, mientras que otros dieron muestras de ser capaces de leer algo y nos explicaron que habían aprendido a hacerlo gracias a un vendedor ambulante de almanaques y profecías. Gran éxito cosechaba la estampa de la imagen de Martín Lutero aporreando a obispos y papistas. Decidimos, pues, que en las próximas hojas volantes imprimiríamos sobre todo imágenes: soberanos obligados a cavar la tierra, campesinos en revuelta bajo la mirada protectora del Omnipotente y cosas por el estilo.

Por la noche, en Grünbach, fuimos invitados al establecimiento de un tal Lambert, que

hacía el oficio de herrero y arreglaba las herramientas. El horno apagado hacía poco difundía su calor en la estancia. Nos fue ofrecido pan condimentado con comino y coriandro, y Elias, sin llamar demasiado la atención, convenció también a Ottilie, que aborrecía aquellos sabores, para que comiera por lo menos un poco. Más tarde, mientras nos envolvíamos en las bastas mantas, nos explicó que únicamente los brujos y las brujas se negaban a comer el comino, porque se afirma que anula todos sus poderes.

El herrero Lambert lanzó un reto de canciones al revés y empezó a proponer la suya: *He salido esta mañana todavía a oscuras, con la hoz para ir a cavar, y por el camino me he subido a una encina, me he comido todas las cerezas y entonces ha llegado el amo de aquel manzano y me ha dicho que le pagara la uva.*

Otros empalmaron con paparruchas que hablaban de lobos que balan, de conchas que arrastran caracoles, de pulgas que se transforman en huevos. Pero el premio final le fue adjudicado a Elias, con su voz de oso: *Conozco una canción al revés, que pronto al derecho tendré que cantar, he explicado el Evangelio al párroco, que se obstinaba en hablar en latín, le he dicho que debe pagar el trigo, que el sobrante es de quien no lo tiene. He subido yo solo a palacio, con mi amigo hemos ido a casa del señor, cinco le hemos dicho que la tierra nos pertenece, diez se lo hemos explicado, veinte lo hemos puesto en fuga, cincuenta nos hemos apoderado del castillo, cien le hemos prendido fuego, mil hemos pasado el río, ¡diez mil hemos ido a la batalla final!*

Gracias a esa canción, que pronto se convertiría en un himno propiamente dicho, no tardamos en ganarnos la simpatía de los campesinos de Grünbach. Elias preparaba la batalla final: auténticos adiestramientos, todos los días a la caída de la tarde, enseñando a usar la espada y el cuchillo, a desarmar al adversario, a arrojarlo al suelo y a reducirlo con las manos desnudas. Yo nunca había manejado con anterioridad ningún tipo de arma, y he de admitir que los campesinos se revelaron discípulos mucho más hábiles que yo.

Y puesto que a la gente de campo no le agradan las cosas abstractas, tras algunos días pusimos a prueba a nuestro pequeño ejército. No obstante, no hubo mucha ocasión de combatir; el párroco se dio a la fuga apenas vio las horcas alzadas sobre las cabezas, y no fue difícil requisar el grano del último diezmo a fin de redistribuirlo entre la gente de las aldeas circundantes.

Algunos días después organizamos una gran fiesta en Sneedorf, en el curso de la cual se eligió al nuevo párroco de la comunidad, y por vez primera desde hacía muchos años la autoridad religiosa permitió bailar la danza del gallo, que había estado prohibida hasta entonces, debido a ciertas piruetas muy lascivas que dejaban entrever las piernas de las mujeres. Antes de emborracharme como pocas veces me había sucedido, mientras las piernas me sostuvieron, acompañé en las danzas a Dana, la joven hija de la viuda Frenner.

En los días siguientes, la noticia de un párroco elegido por los fieles llegó también a

las comunidades vecinas, que enviaron mensajes a Grünbach para pedirnos que interviniéramos en su ayuda, ya contra el párroco, ya contra el señor del lugar. Sin la menor vacilación nuestros hermanos dejaron sus trabajos y acudieron allí donde se les requería, hasta que tres días ininterrumpidos de nieve bloquearon todo posible desplazamiento.

Aparte del viento y del frío intenso, otra tempestad llegó a nuestra aldea. Poco antes del alba fuimos despertados por los gritos de los campesinos que habían ido a los campos para hacerse una idea de los efectos de la helada.

Cuando salimos a la era, Frida corría enloquecida hacia todas partes y Dana lloraba arrodillada en la nieve. Pfeiffer detuvo a la viuda para comprender qué estaba pasando, pero en el estado en que se hallaba su hablar se hacía más incomprensible aún. Entonces me acerqué a Dana e inclinándome sobre ella le pregunté despaciosamente:

—¿Qué ocurre, hermana? Dinos algo…

Sollozando:

—Los lansquenetes, están aquí de nuevo… Mataron a mi padre, se llevaron a mis hermanos, a mí y a mi madre…

Era incapaz de continuar.

Aparecidos de Dios sabe dónde, llamados para quién sabe qué guerra, hambrientos por el frío y cansados, un puñado de mercenarios venían directamente hacia aquel villorrio, con la esperanza de llevarse un poco de comida, y la amenaza de violaciones, incendios y muerte si no lo encontraban.

Elias fue el primero en buscar una solución.

—Si no ando errado, aquí en el pueblo somos treinta hombres y veinte mujeres. Ellos son seguramente muchos más. No podemos batirnos. Propongo dejar para ellos las vacas del caballero: cuatro vacas deberían bastar para quitarles el hambre.

Dicho esto, se alejó para avisar a los demás. Yo fui tras él, mientras que Pfeiffer se quedó con las mujeres.

Los campesinos estaban acostumbrados a defender los bienes de su señor aun al precio de sus vidas, pues en caso contrario hubieran tenido que pasar años cediendo al amo casi entera su parte de la cosecha para resarcirle del daño sufrido. Por eso no fue fácil convencerlos de que esta vez, cuando el amo viniera a reclamar sus privilegios, le respondieran tal como se merecía, mientras que ahora, aislados como estaban, cabía pensar solo en salvar el pellejo.

Recibimos a los mercenarios en el camino de la aldea, con nieve hasta las rodillas y toda clase de herramientas fuertemente empuñadas. Debían de ser por lo menos un centenar, pero enseguida nos dimos cuenta de que la marcha y el frío los habían extenuado. Muchos de ellos no se sostenían derechos a causa de los pies congelados, a otros les

faltaba bien poco para quedarse ateridos. Había también con ellos varias mujeres, probablemente prostitutas, en un estado lamentable.

—Tenemos necesidad de comida, de un fuego y de alguna hierba contra las fiebres —dijo el capitán cuando estuvo al alcance de su voz.

—Lo tendréis —fue la respuesta del herrero Lambert.

—Pero —añadió Elias, que había intuido la situación— dejaréis libres a todos los hombres y mujeres que no quieran seguiros.

—¡Nadie quiere irse de mi ejército! —repuso el capitán tratando de resultar convincente, pero no había terminado de decir aquellas palabras cuando por lo menos una treintena, entre hombres y mujeres, tropezando en la nieve, vinieron a esconderse detrás de nosotros.

El capitán se quedó inmóvil, la mandíbula apretada. Luego dijo de nuevo:

—Adelante, entonces, muéstranos la comida y la leña.

Entregamos a los cocineros cuatro vacas más bien metidas en carnes, que aquellos comenzaron a degollar y a descuartizar de inmediato, y la sangre se mezclaba con la nieve derretida.

Aquella noche Dana, aterida de frío y de miedo, vino a reunirse conmigo en mi yacija de paja, rogándome que la dejara quedarse allí y la protegiera, porque temía que los soldados pudieran volver a hacerle lo mismo que ella y su madre habían tenido que padecer dos años antes.

Se deslizó debajo de mí, antes de que pudiera siquiera respirar y poner un poco en orden mis ideas. Era flaca, de codos puntiagudos, largas piernas rectas igual que sus pechos, pequeños, apuntados contra mí, que ya a duras penas conseguía contener la respiración más intensa, precisamente sobre su cara de unos ojazos negros. Se acurrucó, el rostro apretado contra mi pecho, y a la chita callando una pierna envolvió mi cadera.

Nadie te hará ningún daño.

Liberé dentro de ella, sin impetuosidad, días, meses de tensiones y deseo, jadeando a cada toque y leve movimiento. Los sutiles gemidos de Dana no demandaban palabras ni promesas: me incliné, la boca buscaba su pecho, primero rocé, luego apreté los labios sobre un pezón. Sostuve su rostro y los cabellos, más cortos que los de un mozo, entre las manos, dentro de ella, largo rato, durante un tiempo que no recuerdo, hasta que se durmió estrechamente apretada contra mí.

Se fueron tres días después, dejando abandonados los restos de las carcasas al lado de los hoyos negruzcos de los fuegos en la nieve y la treintena de desesperados sin paga desde hacía meses. Los recién llegados se revelaron útiles: casi todos eran gente de campo, pero sabían emplear las armas y formar en orden de combate.

El primer viernes de cada mes se celebraba en Mühlhausen un gran mercado artesanal,

al que acudían gentes de los cuatro confines de Turingia, de Halle y de Fulda, de Allstedt y de Kassel. Según Pfeiffer, aquel era el día en que debíamos intentar la entrada a la ciudad, ocultos entre la gran masa de personas que cruzaba sus puertas. Se acercaba diciembre. Comenzamos a establecer contactos dentro de Mühlhausen, entre los mineros del conde de Mansfeld, entre los habitantes de Salza y Sangerhausen. El primer viernes de diciembre la ciudad de los cerveceros estaría llena de una multitud interesada en algo muy distinto que en algún cesto de paja.

Capítulo 22

Mühlhausen, 1 de diciembre de 1524

***Artículo séptimo**: De ahora en adelante un señor no debe aumentar ya los gravámenes a su antojo [...] Sin embargo, cuando el señor tenga necesidad de un servicio, el campesino se lo proporcionará obedientemente y de buen grado; mas lo hará en los días y en las horas en que ello no pueda causarle ningún perjuicio a él, y recibiendo a cambio la adecuada compensación económica.*

***Artículo octavo**: [...] Pedimos que el señor haga examinar estos bienes [que usufructuamos] por gente de confianza, a fin de decidir cuál es el canon justo, para que el campesino no haga un trabajo sin paga ninguna, puesto que si hubo un trabajo es su derecho verse recompensado.*

***Artículo noveno**: [...] Es convicción nuestra que hay que atenerse a las penas del viejo ordenamiento jurídico escrito, que prevé un juicio objetivo y no uno dictado por su simple albedrío.*

El olor penetrante y desagradable de las sustancias utilizadas para curtir las pieles hace que la guardia que protege la puerta se dé prisa. Se deja pasar al curtidor tras un control muy expeditivo, y junto con él también a su nutrido acompañamiento, en el que nadie tiene ocasión de identificar a un viejo conocido de la ciudad imperial, a un ex estudiante de Wittenberg, a un minero descomunal y a una joven de ojos de jade.

Las calles de Mühlhausen están atestadas de carros, tirados en medio de aquel atolladero de gente por bueyes, caballos, mulos cansados y, no raramente, humanos.

Enormes balumbas, aplastadas por un enredijo de cuerdas y cordeles, a menudo tan altas que oscurecen las ventanas de las casas. Cargados de útiles de toda clase de oficios, muebles para todo tipo de habitaciones, ropas para individuos de todo género. Asoman por cada esquina, cuando menos se lo espera uno, precedidos por los gritos del carretero que pide que se le deje libre el paso, a una velocidad cada vez mayor para no dar lugar a empujones, choques y pisotones.

En las calles más anchas, a ambos lados, tienen sus puestos los vendedores peor equipados, con la mercancía colocada en el mismo suelo; mientras que en la plaza están los que por lo menos cuentan con dos palos y un toldo de protección o carros lujosos que con juegos de bisagras y ensambladuras se transformaban en tiendas propiamente dichas. Hay quien ilustra a fuerza de gritos las cualidades de sus productos y quien prefiere llamarte con un cuchicheo, como si hubiera intuido que eres precisamente tú quien sabrá apreciar su increíble oferta; tampoco faltan quienes mandan aquí y allá a sus mozos para abordar a los clientes y ofrecen cerveza a quien se entretiene para hacer un trato. Muchas familias dan vueltas cogidas a una cuerda, temerosas de que la confusión y el caos arrastre a alguno.

Elias escruta a la multitud. En la zona de los vendedores de objetos de alfarería ha reconocido ya a los de Allstedt. Una mirada a la parte de los vidrieros confirma la llegada de los campesinos del Hainich. Más allá, los que saludan alzando la Biblia deben de ser de Salza.

Ottilie levanta la vista, en espera de la señal. Ha identificado ya al gaznápiro, uno del Consejo de la ciudad, que le ha indicado Pfeiffer. Tenemos que esperar a los mineros de Mansfeld, que no se han dejado ver aún. Sin ellos, no se hace nada.

Un chiquillo se abre paso entre el gentío:

—¡Señor, necesitáis un traje nuevo! Venid a visitar la tienda de mi padre, os llevaré yo, señor…

Se agarra a mi casaca.

Me vuelvo molesto, y él susurra:

—Los hermanos mineros ya están aquí, detrás del carro de los ladrillos.

Doy un tirón a Elias:

—Empecemos, estamos todos.

Dejo caer una moneda en la palma abierta del pequeño mensajero, una caricia en la frente, y me preparo a disfrutar de la escena.

Ottilie se acerca a su hombre, en el punto de mayor gentío, frente a un *luthier*. Se pone detrás de él y aprieta ligeramente el pecho contra su espalda, bisbisea algo acercando los labios a su oído y dejando que sus rubios cabellos le rocen un hombro. Luego, con una mano, comienza a trabajarle la entrepierna. Veo la nuca del pobre bobo ponerse del color de la grana. Se alisa la barba nervioso: no resiste. Permaneciendo vuelto, se dobla

ligeramente y comienza a meterle el brazo por debajo de la falda. Cuando ha alcanzado ya las zonas altas, Ottilie levanta la mano tentadora, se echa hacia atrás y, bloqueándole el brazo en esa escandalosa postura, comienza a gritar, mientras con la otra mano lo abofetea hasta decir basta.

—Bastardo, gusarapo, gusarapo asqueroso. ¡Que Dios te maldiga!

Es la señal. En torno a Ottilie prende la refriega, mientras desde las cuatro esquinas de la plaza comienzan a avanzar, compactos, nuestros hermanos. Derriban las mercancías, agreden a los vendedores, pisotean a los cerveceros.

—Las manos debajo de las faldas, ¿esto es lo que saben hacer los señores de Mühlhausen?

El primero en llegar hasta nosotros es un campesino, que se ha abierto paso como un ariete, cogiendo a los burgueses que se le ponían a tiro de la pechera y partiéndoles la cara a cabezazos. Inmediatamente después llega uno de los mineros, con una brazada de arcabuces, garrotes y cuchillos robados a un armero.

—Esto es para vosotros —dice—. ¡Y hay bastantes más!

—Maldito cervecero —continúa gritando Ottilie—. Lo reconozco: ¡es uno del Consejo!

Grito a voz en cuello:

—¡Nos han vendido a los vendedores de cerveza!

Las voces se multiplican y aumentan de volumen:

—¡Consejeros bastardos, vendidos, fuera de Mühlhausen!

Muchos de los que gritan ni siquiera han asistido a la puesta en escena y creen que se trata de un motín para suplantar al Consejo. Y no les falta razón.

Todo ocurre con la máxima rapidez. La marea humana, como atraída por un misterioso imán, comienza a invadir la Kilansgasse, que lleva de la plaza del mercado hasta el Ayuntamiento. Algunos arroyuelos se dispersan aquí y allá: almas piadosas necesitadas de hacer una visita a las iglesias.

De golpe miro a mi alrededor y descubro que me he quedado solo; Elias, Heinrich y Ottilie han desaparecido. A mi lado un campesino manda al suelo a su adversario, hasta demasiado bien vestido, con un codazo en la mandíbula y un puñetazo bajo las costillas.

—¡Sí, hermano, machaquemos a los impíos como si de perros se tratara! —le grito exaltado.

La guardia procura por todos los medios no dejarse ver. La ciudad es nuestra.

Suena la primera campanada del toque de queda. Encuentro a los demás en el Pozo del Arcángel, donde nos hemos dado cita por si nos perdíamos de vista. Hay otros dos que no

me parece conocer.

Pfeiffer hace los honores de casa:

—¡Oh, aquí tenemos a nuestro estudiante rebelde! Estos son Briegel y Hülm, dos de los ocho representantes del pueblo de Mühlhausen.

—¡Y estas —me dice uno de ellos dos, agitando lo que parece una gran sonaja— son las llaves de nuestra ciudad!

—… Es decir —completa el otro—, el derecho a decidir quién debe quedarse fuera y quién puede entrar.

—Lo hemos conseguido. Thomas podrá volver —anuncia Ottilie con una sonrisa.

—En cuanto a vosotros —prosigue dirigiéndose a Briegel y a Hülm—, la libre ciudad imperial de Mühlhausen os da la bienvenida.

Capítulo 23

Mühlhausen, 15 de febrero de 1525

Artículo décimo*: Sufrimos gravámenes por el hecho de que algunos están apropiándose de pastos y campos, que pertenecían en el pasado a la comunidad. Nosotros volvemos a quitárselos, poniéndolos de nuevo en manos de la comunidad, a menos que no hayan sido legítimamente adquiridos [...]*

Artículo undécimo*: Es voluntad nuestra abolir de forma definitiva la usanza llamada velatorio.*

Artículo duodécimo*: Es decisión nuestra, de la que estamos plenamente convencidos, que, si uno o más artículos de los enumerados no fueran conformes a la palabra de Dios, entonces opinamos que no deben seguir vigentes [...] Es nuestro deseo rezar a Dios, porque solo Él, y nadie más que Él, puede concedernos todo esto. La paz de Cristo sea con todos nosotros.*

La noticia de su llegada corre de boca en boca, calle principal arriba. Dos alas de gente se hacinan para poder saludar al hombre que ha desafiado a los príncipes, gente del común y campesinos que han acudido de las pequeñas ciudades limítrofes. Casi lloro de la emoción. Magister, he de contártelo todo, cómo hemos luchado y cómo hemos conseguido estar aquí, hoy, recibirte, sin que haya un solo esbirro por los alrededores. Están muertos de miedo, cagaditos están, pues si aparecen corren un gran riesgo. Estamos aquí, Magister, y contigo podemos poner esta ciudad patas arriba y hacer salir de su escondrijo al Consejo. Ottilie está a mi lado, los ojos relucientes, un lindo vestido, de un blanco que la

hace destacar en medio de la masa de toscos burgueses. ¡Aquí está! Asoma por la esquina sobre un caballo negro, con Pfeiffer a su lado, que ha ido a su encuentro por la calle. Dos brazos de acero me estrechan por detrás y me levantan a media altura.

—¡Elias!

—¡Amigo, ahora que está él, los del Consejo se ciscarán de miedo, ya verás!

Una risotada descompuesta, tampoco el rudo minero del Erz consigue contener el entusiasmo.

Magister Thomas se acerca, mientras la multitud se cierra tras él y lo sigue. Advierte la señal de saludo de su mujer y se baja del caballo. Un fuerte abrazo y una palabra susurrada que me es imposible captar. Luego se dirige a mí:

—Salud, amigo mío, me alegra encontrarte sano y salvo en un día como este.

—No hubiera faltado ni aunque hubiera perdido las piernas, Magister. El Señor ha estado con nosotros.

—Y con ellos… —Un gesto indicando a la multitud.

Pfeiffer sonríe:

—Vamos, ahora debes hablar en la iglesia, ellos quieren oír tus palabras.

Un gesto:

—Muévete, no querrás quedarte atrás.

Tiende la mano a Ottilie y la ayuda a subir a su caballo.

Corro hacia el portal de Nuestra Señora.

La nave está a rebosar, la gente se aglomera hasta en la explanada de delante de la iglesia. Desde el púlpito, el Magister recorre con la mirada aquel mar de ojos, y extrae de él la fuerza de su palabra. Se hace rápidamente el silencio.

—Que la bendición de Dios descienda sobre vosotros, hermanos y hermanas, y os conceda escuchar estas palabras con corazón firme y abierto.

Ni una respiración.

—Que el rechinar de dientes que se alza hoy de los palacios y de los conventos contra vosotros, los insultos y las blasfemias que los nobles y los monjes lanzan contra esta ciudad, no agiten vuestros ánimos. ¡Yo, Thomas Müntzer, saludo en vosotros, en esta muchedumbre aquí reunida, a la gloriosa, por fin despierta, Mühlhausen!

Se alza una ovación, el saludo agradecido del pueblo.

—Escuchad. Ahora oís a vuestro alrededor el vocear confuso, iracundo, rabioso, de quienes desde siempre nos oprimen: los príncipes, los abates cebones, los obispos, los notables de las ciudades. ¿No oís su ladrar, allí fuera, bajo las murallas? Pues es el ladrar de los perros a los que han arrancado los colmillos, hermanos y hermanas. Sí, los perros

con las hordas de sus soldados, de sus exactores, nos han enseñado que existe el miedo, nos han enseñado siempre a obedecer, a agachar la cerviz en presencia suya, a tener que mostrarnos obsequiosos como esclavos ante los amos. Ellos, que nos han obsequiado con la incertidumbre, el hambre, los impuestos, las cargas… Ellos, hoy, hermanos míos, lloran de rabia porque el pueblo de Mühlhausen se ha alzado en pie. Cuando uno solo de vosotros se negaba a pagarles los tributos, o a devolverles lo que se les debía, podían hacerlo azotar por sus mercenarios, podían mandarlo a prisión y darle muerte. Pero vosotros hoy, aquí, sois millares. Y ya no podrán azotaros, porque ahora sois vosotros quienes tenéis el látigo en vuestras manos, no podrán mandaros ya a prisión, porque sois vosotros quienes habéis tomado las prisiones y habéis arrancado las puertas, no podrán ya mataros ni arrebatar al Señor la devoción de Su pueblo, porque Su pueblo está en pie y vuelve la mirada hacia el Reino. Nadie podrá deciros ya haz esto, haz lo otro, porque desde el día de hoy viviréis en hermandad y comunión, según el orden grato al Señor, y ya no habrá quien trabaje la tierra ni quien disfrute de su fruto, pues todos trabajarán la tierra y gozarán de sus frutos en comunidad, como si fueran hermanos. ¡Y el Señor será honrado, puesto que no habrá más amos!

Otro retumbo de entusiasmo se deja oír en la caja de resonancia del ábside y diríase el grito de diez mil.

—Mühlhausen es piedra de escándalo para los impíos de la tierra, es la premonición de la ira de Dios que está a punto de arrollarlos y es por esto por lo que tiemblan como perros. Pero esta ciudad no está sola. Por el camino que he recorrido para llegar aquí desde Basilea, por todas partes, en cada ciudad, desde la Selva Negra hasta Turingia, he visto alzarse a campesinos armados con su fe. Detrás de vosotros está formándose el ejército de los humildes que quieren romper las cadenas de la esclavitud. Ellos tienen necesidad de una señal. Vosotros debéis ser los primeros. Hacer lo que otros muchos, en otras partes, por temor se demoran en hacer todavía. Pero tened el pleno convencimiento de que vuestro ejemplo será seguido por otras ciudades, vecinas y tan lejanas que ignoramos hasta su nombre. Vosotros debéis abrir el camino del Señor. Nunca nadie podrá quitaros el orgullo de esta empresa. ¡Yo saludo en vosotros a la libre Mühlhausen, la ciudad en que Dios ha posado Su mirada y Su bendición, la ciudad de la revancha de los humildes contra los impíos de la tierra! ¡La esperanza del mundo comienza a partir de aquí, hermanos, comienza a partir de vosotros!

Las últimas palabras se ven ahogadas por el estruendo, Magister Thomas debe gritar a voz en cuello. También yo salto en medio de aquel júbilo: no nos echarán jamás de ninguna ciudad.

Capítulo 24

Mühlhausen, 10 de marzo de 1525

La reunión es en casa del pañero Briegel. Pfeiffer y el Magister deberán discutir con los representantes del pueblo qué reivindicaciones presentar en el Consejo municipal. He sido invitado también yo, mientras que Ottilie irá a hablarles a las mujeres de la ciudad. Briegel es un pequeño comerciante así como también Hülm, un fabricante de alfarería e imaginero. El portavoz de los campesinos es el pequeño y peludo Peter, de cara rugosa y ojos negros, hombros desmesuradamente anchos, torneados por el trabajo del campo.

Una casa humilde, pero sólida y limpia, completamente distinta de las casuchas que hemos visto en Grünbach.

Briegel es el primero en hablar y lleva la voz cantante.

—Así pues, así están las cosas. Podemos dejar en minoría a los representantes de los gremios. Nosotros propondremos la ampliación del voto también a los ciudadanos que no formen parte de los oficios, con tal que vivan dentro de la ciudad o en los barrios que están tocando a las murallas. Aunque alguno de esos gordinflones no deje de armar un poco de ruido, saben muy bien que el pueblo está totalmente de nuestro lado y creo que con tal de evitar la revuelta aceptarán el nuevo ordenamiento.

Cede la palabra a Hülm:

—Sí. También yo creo que es posible imponer nuestro programa, pues sin duda no querrán poner en peligro sus patrimonios. En el fondo, únicamente pedimos que la ciudadanía pueda decidir por sí misma, sin tener que seguir bajo sus reglas.

Se produce un momento de silencio, una rápida mirada entre Pfeiffer y el Magister. Debajo de la mesa, un perrazo gris se acurruca contra mis botas: le acaricio una oreja

mientras Pfeiffer toma la palabra.

—Amigos, permitidme que os pregunte por qué hemos de pactar con un enemigo al que hemos derrotado. Tal como habéis dicho, la población está de nuestro lado, la ciudad puede ser defendida sin necesidad de los esbirros municipales, podemos hacerlo nosotros mismos, sin ningún problema. ¿Qué interés podemos tener nosotros en mantener en el Consejo a unos grandes mercaderes?

Espera a que las palabras hayan alcanzado su objetivo y prosigue:

—Thomas Müntzer tiene una propuesta que yo siento la necesidad de apoyar de todo corazón. Echemos a los gremios y a los cerveceros y creemos nosotros un nuevo Consejo.

El Magister interviene con vehemencia:

—Un Consejo permanente, elegido por toda la ciudadanía sin distinción alguna. Que cada representante y magistrado público pueda ser destituido en cualquier momento si los electores consideran que no están debidamente representados y administrados por él. Luego el pueblo podría organizarse en juntas periódicas para juzgar en conjunto la labor del Consejo.

Hülm, perplejo, se alisa la barba con nerviosismo:

—Es una idea atrevida, pero puede que tengáis razón. ¿Y cómo proponéis que se organice la contribución?

Es Pfeiffer quien le responde:

—Que cada uno aporte a las arcas municipales de acuerdo con lo que posee. Todos deben tener la posibilidad de que su familia no pase hambre. Por eso una parte de los tributos estará destinada a la ayuda de los pobres y de los que nada tienen, una especie de caja de socorro mutuo para la compra del pan, de la leche para los niños y todo lo necesario.

Silencio. Luego un sordo ruido desde lo profundo del tórax de Peter, el campesino sacude la cabeza.

—Todo eso está muy bien para la ciudad —las palabras en una boca sin dientes salen con dificultad—, pero ¿qué cambia eso para nosotros?

Briegel:

—¡No pretenderéis que Mühlhausen se haga cargo de todos los caseríos de la región, espero!

El perro se ha cansado de mí y se va más allá, una patada del dueño de la casa le hacer alejarse desganado. Se acurruca en un rincón y se pone a roer un hueso polvoriento.

Peter vuelve a empezar:

—Los campesinos luchan. Los campesinos deben saber por qué lo hacen. Nosotros queremos que esta ciudad, así como todas las demás que decidan prestarnos su apoyo, defiendan nuestras peticiones a los señores.

No está mirando a Hülm ni a Briegel, sino a Pfeiffer, directamente a los ojos.

—Lo que nosotros queremos es que los doce artículos sean aprobados por todos.

Me río para mis adentros, pensando que fui yo quien tuvo que leérselos, precisamente ayer, cuando el texto llegó a la ciudad recién salido de la imprenta.

Pfeiffer:

—Me parece una propuesta razonable. —Mira a Hülm y a Briegel, callados—. Amigos, la ciudad y el campo no son nada la una sin el otro. El frente debe permanecer unido, nuestros intereses son comunes: ¡una vez aplastados los grandes mercaderes, serán los príncipes quienes la paguen!

Su incitación permanece un momento en suspenso sobre la mesa.

—Sea, pues —suelta Hülm—. Que los doce artículos sean aprobados por la ciudad e incluidos en nuestro programa. Pero antes de nada resolvamos los problemas que tenemos aquí, pues de lo contrario todo se irá a la mierda.

Capítulo 25

Eltersdorf, finales de enero de 1527

Esta noche he soñado con Elias.

Iba caminando de noche con los pies desnudos por un tortuoso sendero, él estaba a mi lado. De pronto, delante de nosotros se alzaba una pared de roca blanca con una estrecha grieta encima de nuestras cabezas. Elias me levantaba en peso y yo conseguía introducir la cabeza en el agujero. Me pasaba la antorcha para que pudiera ver mejor: una especie de largo túnel húmedo. Una vez en su interior comprendía que él no iba a poder alcanzarme jamás, la pared no tenía ningún agarradero. Entonces me volvía atrás, pero él había ya desaparecido. Antorcha en mano, con gran esfuerzo, comenzaba a arrastrarme por aquel angosto pasadizo.

Me he despertado y he esperado a que el gallo de Vogel señalara el inicio de otro día de sudores y fatigas. El fantasma de Elias no me ha abandonado hasta la noche. Aquella inmensa fuerza, aquella voz, está conmigo todavía.

El día 16 de marzo la ciudadanía fue reunida en la iglesia de Nuestra Señora para elegir al nuevo Consejo. Desde ese momento la ciudad fue nuestra.

La tarea que me fue encomendada, juntamente con Elias, fue la de organizar la milicia ciudadana. En caso de un ataque, los príncipes no nos encontrarían sin la menor preparación. Elias enseñaba a la gente del pueblo llano cómo alinearse en falange, apuntar las picas, hacer frente a un hombre cuerpo a cuerpo. Con la ayuda del Magister los dividió en unidades de unos veinte hombres, y a cada uno de ellos le asignó la defensa de una parte

de las murallas en caso de ataque. Cualquiera que tuviese la menor experiencia militar fue elegido por la propia milicia como capitán. Yo me convertí en el responsable de las comunicaciones entre las unidades y elegí a algunos muchachos despiertos y de confianza que pudieran hacer las veces de mensajeros. Fue puesta en mi mano una daga corta y por la noche podía ejercitarme en usarla con el invencible Elias.

Luego en abril se alzaron los ciudadanos de Salza. La propuesta de ir en su ayuda fue sometida a votación y aprobada unánimemente. Reunimos cuatrocientos hombres, convencidos de que sería la ocasión idónea para poner a prueba todos aquellos meses de adiestramiento. El Magister y Pfeiffer hablaron largo y tendido con los cabecillas de los alzados, pero estos parecían más preocupados por arrancar alguna mínima concesión a los señores que por saber qué estaba pasando a su alrededor. Nos regalaron dos toneladas de cerveza por haber ido hasta allí y este fue su único gesto de agradecimiento.

Aquella noche, mientras acampábamos a la luz de la luna, oí al Magister discutir largamente con Pfeiffer acerca de los riesgos de una acción no concertada entre las ciudades. Únicamente el gran cansancio puso fin a su animoso vocear.

De regreso fuimos alcanzados por un mensajero que venía de Mühlhausen; lo mandaba Ottilie. Hans Hut había llegado a la ciudad con noticias y cartas sumamente importantes. El Magister leyó algunas de ellas a la tropa: la revuelta se extendía ahora ya por toda Turingia entre Erfurt y el Harz, entre Naunburg y Hesse. Otras ciudades estaban siguiendo el ejemplo de Mühlhausen: Sangerhausen, Frankenhausen, Sonderhausen, Nebra, Stolberg… y también, en la región minera de Mansfeld: Allstedt, Nordhausen, Halle. Luego la misma Salza, Eisenach y Bibra, los campesinos de la Selva Negra.

Aquellas noticias exaltaron nuestros corazones, ya no nos detendríamos, había llegado la hora. Mientras volvíamos a Mühlhausen saqueamos un castillo y un convento. No hubo muertos, los propietarios se entregaron a nosotros sin oponer resistencia, tratando de despertar nuestra piedad a fin de que perdonásemos sus bienes y a sus concubinas. En lo que respecta a las mujeres, no pusimos la mano encima a ninguna de ellas. Del oro, de la plata y de las vituallas, no dejamos ni rastro. Mühlhausen nos recibió como triunfadores y los dos gigantescos barriles de cerveza fueron rápidamente vaciados por la sed de nuestros conciudadanos.

La fiesta duró toda una noche, con cantos y bailes, en nuestro centro del mundo, en el lugar de ensueño que fue, en aquel final de primavera, la libre y gloriosa Mühlhausen. Era como si todas las fuerzas de la vida se hubieran concitado en el interior de aquellas murallas, para homenajear la fe de los elegidos. Nadie habría podido arrebatarnos aquel momento. Ni un ejército, ni un cañonazo.

Antes del amanecer me encontré a Elias sentado en una silla, ocupado en reanimar los moribundos resplandores de un fuego. La luz de las brasas dibujaba extrañas formas sobre

aquella cara oscura, en la que parecía haberse posado una sombra de cansancio o de angustia. Como si algo inaudito cruzase por la preocupada mente de Sansón.

Cuando estuve cerca de él se volvió:

—Una gran fiesta, ¿eh?

—La mejor que haya visto en mi vida. Hermano, ¿qué pasa?

Sin mirarme, con la rara sinceridad de ciertos momentos, dijo:

—Creo que… que no sé si vamos a poder sostener una verdadera batalla.

—Han recibido un buen adiestramiento. Y de todas formas no tardaremos en saberlo, creo.

—Por supuesto, así es. Tú no has visto a los soldados de los príncipes, la gente a la que los señores confían la defensa de sus arcas…

La mirada perdida entre los reflejos del fuego.

—Porque… ¿tú sí?

—¿Dónde crees que he aprendido a combatir?

Le bastó con una ojeada para leer en mi cara la pregunta.

—Sí, he hecho de mercenario. Igual que he hecho otros muchos oficios de mierda en mi vida. He trabajado de minero y no creas que es mucho mejor porque no se mate a nadie. Pero sí, se mata: se mata uno mismo, bajo tierra, cada vez más ciegos como topos y con el miedo de quedarse allí aplastados, de quedarse allí debajo para siempre. He hecho cosas inmundas y espero que Dios Nuestro Señor en su misericordia infinita se apiade de mí. Pero ahora pienso en ellos, en esos desdichados a los que mandaremos a la batalla contra verdaderos ejércitos.

Una mano sobre un hombro:

—El Señor nos asistirá, ha estado con nosotros hasta ahora. No nos abandonará, Elias, ya lo verás.

—Rezo cada día para que así sea, muchacho, cada día…

A micer Thomas Müntzer, hermano en la fe, pastor en Nuestra Señora de Mühlhausen.

Mi buen amigo:

Gracias a ti por la carta que recibí justo ayer y gracias a Dios Nuestro Señor por las noticias que nos anunciaba. Esperemos que Él haya finalmente encontrado en Thomas Müntzer de Quedlinburg al timonel de la nave que expulsará al Leviatán a su abismo.

Desde que nos separamos, no puede decirse que mis asuntos privados estén en sintonía con la grandiosidad de los acontecimientos que se preparan para los afligidos de

Alemania; quizá el señor desee hacerme entrar en este último grupo con el fin de que sea partícipe de pleno derecho de la gloria futura. Mi familia se ha quedado en Nuremberg y es víctima de continuas vejaciones y atropellos. Precisamente ahora que no me tienen al alcance de su mano y que me han alejado de la ciudad, tratan por todos los medios de provocarme, para hacerme callar sin provocar sublevaciones. Afortunadamente nuestras hermanas de Nuremberg están cerca de mi mujer y la ayudan en este momento de prueba. Por mi parte, visito las posadas únicamente para dormir y las abandono antes de que despunte el sol. De todos modos, no tardaré en contentarme con la vera del camino: el dinero está acabándose.

Por tales motivos te comunico mi propósito de reunirme contigo en Mühlhausen: estoy ansioso por aportar mi contribución a la empresa de los elegidos y necesito descansar un poco. Además, en la ciudad, no deberán faltarme oportunidades de ganar algo con mis clases. Mira qué puedes hacer tú, entre las mil preocupaciones de la hora presente.

Que la Luz del Señor ilumine tu camino.

Con mi mayor agradecimiento,

Johannes Denck De Tubinga, el día 25 de marzo de 1525

Hut nos traía las noticias del sur. Importantes, vitales. Hurgo dentro de la alforja del Magister buscando esa maravillosa carta, las palabras de un hombre cuyas gestas han encontrado lugar en los romances juglarescos y han llegado hasta nosotros.

A la libre ciudad de Mühlhausen, al Consejo permanente y a su predicador Thomas Müntzer, el eco de cuyas palabras infunde esperanza a todo el valle del Tauber.

El momento se acerca. Las filas iluminadas han emprendido la guerra para afirmar la justicia de Dios. Los campesinos han marchado al son de los tambores por las calles de la ciudad imperial de Rothenburg y, a pesar de las deliberaciones del Consejo municipal, nadie ha levantado contra ellos el garrote. A la luz de los hechos, los ciudadanos temen la violencia del condado y las consecuencias que entrañaría ser enemigo suyo.

Vengo, así pues, queridos hermanos, a exponer las peticiones de reforma que las filas

iluminadas proponen en la punta de sus lanzas.

Ante todo, ellas exponen a los ciudadanos que la alianza y el acuerdo consisten en predicar la palabra de Dios, el Sagrado Evangelio, de manera libre, clara y sencilla, y sin añadido alguno de mano humana. Pero mucho más importante, puesto que la gente común ha estado hasta ahora y desde hace mucho tiempo oprimida y sometida por la autoridad a pesadas cargas insoportables, es que las pobres gentes se vean aligeradas de dichos gravámenes y puedan procurarse su pedazo de pan sin verse obligadas a mendigar. Y que no se vean vejadas por ninguna autoridad, que no tengan que pagar el censo, ni el canon, las rentas, el laudemio, el velatorio, los diezmos, mientras no se llegue a una reforma general basada en el Santo Evangelio, la cual establezca lo que es injusto y debe ser abolido y lo que es justo y debe permanecer.

Permítaseme hablar abiertamente a aquellos que han despertado la esperanza y el corazón de las pobres gentes. Los acontecimientos que se suceden en estas tierras bañadas por el río Tauber, nos indican los dos preceptos que seguir a fin de que la causa de Dios no sea una causa perdida y todo cuanto ha sido hecho hasta ahora no se desvanezca.

En primer lugar es necesario que las filas se vayan engrosando día tras día, que igual que olas del mar tempestuoso continúen creciendo hasta que lleguen los recursos y el número suficiente para no temer la espada de los príncipes.

No menos importante es conseguir que las distintas demandas que separan a la ciudad del campo encuentren al término de su camino el mismo adversario: los intolerables privilegios de la gran nobleza y del clero corrupto. No podemos permitir que dichas diferencias nos sitúen en frentes opuestos, para ventaja del enemigo común. Además, así como responde a la verdad que las ciudades como esta no pueden mantenerse sin la percepción de tributos, resulta indispensable encontrar acuerdos a este respecto entre los consejos, las juntas y las comunidades campesinas acerca de lo que convendría emprender para el sostenimiento de las ciudades. No se quiere, en realidad, abolir totalmente todos los gravámenes, sino más bien llegar a un justo acuerdo, tras haber oído el parecer de personas doctas, temerosas y amantes de Dios que se manifiesten sobre el particular. A dicho fin los bienes eclesiásticos, sin exclusión de ninguna clase, serán tomados en custodia a fin de utilizarlos tal como conviene en provecho de la comunidad campesina y de las filas iluminadas. Serán nombradas personas que administren tales bienes, los conserven y permitan que a las pobres gentes les sea distribuida una parte de los mismos. Aparte de todo lo que se emprenda, ordene y decida

por el bien y por la paz, deberá serlo tanto para el habitante de la ciudad como para el del campo y por ambos ser respetado, a fin de que todos permanezcan unidos, contras las falanges de la Iniquidad.

Con el deseo de que estas palabras despierten dentro de vosotros luminosas visiones, en la esperanza de encontrarnos pronto en el día del triunfo del Señor, recibid el saludo fraterno de quien combate bajo vuestro mismo estandarte y la invocación de la gracia de Dios,

el comandante de las filas campesinas de Franconia,

Florian Geyer
De Rothenburg del Tauber, en el cuarto día de abril de 1525

Geyer, la leyenda de la Selva Negra. La Schwarztruppe, formada por él hombre a hombre, había sembrado el pánico entre las filas de la Liga de Suabia: imprevisibles, audaces y fulminantes, se habían convertido en muy breve tiempo en el ejemplo para las filas campesinas.

Florian Geyer. Noble de bajo rango, miembro de la pequeña nobleza rural alemana, desde el año 21 había entrado en conflicto con el excesivo poder de los príncipes, había abandonado su propio castillo, dedicándose al bandidaje y a las incursiones dentro y fuera de la Selva Negra, que conocía como la palma de la mano. Dotado de una sorprendente intuición y un coraje incomparables, ya antes de abrazar la causa de los humildes, elegía a sus hombres para su cuadrilla de bandidos de uno en uno: nada de borrachos ni de inútiles matachines, nada de violadores de mierda, solo gente decidida, despierta e interesada en el botín por necesidad o por la ambición de empresas que merecieran su aprobación.

Recuerdo, en los días de la euforia de Mühlhausen, las ganas que tenía yo de reunirme con él, de poder ver de cerca al hombre cuyo solo nombre aterrorizaba a la gran nobleza de Franconia.

Asaltó decenas de castillos y conventos, confiscaba bienes, armas y víveres, y los repartía entre los campesinos y entre la gente pobre. Aparecía de improviso en las aldeas, esparciendo al viento de su alforja de tela roja las cenizas del último castillo incendiado. La cuadrilla de caballeros creció en pocos meses en desmesura hasta contar con muchos cientos de reclutas, perfectamente armados, adiestrados y leales.

No era raro que por la noche, alrededor del fuego, los campesinos entonaran romanzas

sobre sus gestas. Con nada más que un hacha y un cuchillo cazaba ciervos y jabalíes; en Rothenburg, en el centro de la plaza, decapitó de un mandoble la estatua del emperador.

Fue apresado en Schwäbisch Hall, tras haber sido perseguido y rastreada su pista durante tres días, y tras prender fuego a tres hectáreas de bosque donde lo habían visto desaparecer. Escondieron a toda prisa su cadáver, pero son muchos los que no están en absoluto convencidos de que esté muerto y juran que se salvó arrojándose a las aguas de un río subterráneo. En todas las aldeas de la Selva Negra no falta quien afirme haberlo visto cabalgando a la hora del crepúsculo por el corazón de la selva, blandiendo el espada, dispuesto a volver para hacer justicia a los humildes.

A micer Thomas Müntzer, maestro de todos los justos en la recta fe, predicador ilustrísimo en la iglesia de Nuestra Señora en Mühlhausen.

Maestro nuestro:

Las noticias que me llegan respecto a Vos y a vuestras tropas de elegidos, me hacen tener ya la certeza de que la mano del Señor está sobre vuestro caudillo, tras las mil dificultades y la dura humillación de Weimar, de la que me arrepiento de no haberos dado oportuna noticia. Precisamente el Dios que ve con malos ojos a los poderosos «ha ensalzado a los humildes» y se prepara para despedir a «los ricos con las manos vacías, socorriendo a Israel, su siervo, tal como prometiera».

No hay que perder tiempo: los príncipes están desorientados, puesto que el área afectada por la revuelta es demasiado vasta, y el fuego de la fe incendia cada día los corazones y el territorio de Alemania. Aunque el reclutamiento prosigue incesante, no son pocos los impedimentos que encuentran a la hora de poner en marcha una repentina maniobra.

De todos ellos, el joven Felipe, landgrave de Hesse, es el más diligente, pero sus tropas no son compactas, se desplazan lentamente y encuentran continuas dificultades, debido a un sucederse de emboscadas y asaltos por parte de los campesinos de cada región. No todos los gobernantes, además, se dan cuenta de que la cosa afecta a cada uno de ellos, que se verán abatidos uno tras otro, y así quien cree poder controlar la situación en su propia casa, concediendo algún beneficio y haciendo promesas, no hace la menor alusión a querer aventurarse a una batalla. El doctor Lutero, por consejo de micer Spalatino, estuvo en la región de Mansfeld para aplacar la ira de los campesinos, pero se vio incapaz de detener la revuelta, sin sacar nada más que algunas pedradas e

insultos. El Hércules Germanicus está acabado.

Es ya hora, Maestro: dejad respirar a los príncipes y devastarán nuestros campos, a costa de perder la cosecha del año, hasta que la última espiga de trigo sea ceniza y la cabeza del último campesino haya rodado. Llamad a reunión, así pues, a los elegidos, a fin de que no se dispersen. Al sur de Mühlhausen el Dios de los ejércitos ha ganado ya muchas batallas, mientras que al nordeste la situación es más incierta. Si partís en formación cerrada en esa dirección, a los príncipes no les dará tiempo de reflexionar, deberán intentar pararos a toda costa, y el Señor, merced a vuestras espadas, hará justicia de una vez por todas.

No temáis el enfrentamiento abierto: es precisamente en él donde el Dios de los elegidos os demostrará que está de vuestro lado. No os demoréis: el Omnipotente quiere triunfar gracias a vosotros.

Sed firmes, pues, y que el Señor os ilumine; el reino de Dios en la tierra está próximo.

Qoèlet
El día primero de mayo de 1525

Primer día de mayo. Las tropas de Felipe de Hessen estaban ya en las puertas de Fulda, al completo, prestas para tomarla. Se movieron rápidas. No encontramos un ejército en dificultades.

Qoèlet. La tercera misiva de un informador pródigo en detalles reservados a unos pocos, como en lo que se refiere a lo sucedido en Weimar.

Misivas importantes, que se habían ganado la confianza del Magister. En mi cabeza resuena aquella discusión decisiva, Magister Thomas esgrimiendo la carta… esta carta.

Capítulo 26

Mühlhausen, 9 de mayo de 1525

—Entonces, Heinrich, ¿con cuántos crees que podemos contar?

El tono del Magister es apremiante.

Pfeiffer sacude la cabeza:

—Hülm y Briegel no están. No están dispuestos a perder un solo barril de pólvora por los de Frankenhausen. La gente de aquí no vendrá.

Del reloj del Ayuntamiento llega el eco de los tres martillazos del autómata Hans contra la campana de la torre.

—Pero ¿de quién tienen miedo? ¿Es que el Señor no ha dado señales bastantes? Yo tengo por lo menos cincuenta cartas que lo atestiguan claramente: las filas de los elegidos agrupan a veinte mil hombres.

Magister Thomas hurga dentro de la alforja de cuero y extrae una carta, que blande como una enseña: —Si no quieren escuchar la voz del Señor, no van a poder titubear ante los hechos. Un hermano que vive en estricto contacto con el conciliábulo wittenberguiano me escribió hace unos pocos días confirmándome que los príncipes están hundidos en la mierda: el pueblo los odia, sus tropas están cansadas y desorganizadas. Es el momento de enfrentarse a ellos, dirigiéndose hacia el corazón de Sajonia, adonde no pueden permitir que lleguemos. Deja que sea yo quien le hable a la ciudadanía.

—No servirá de nada. Aun dejando aparte a los burgomaestres, la gente de aquí ha obtenido más de lo que nunca hubiera podido esperarse. No pondrán en peligro las propias conquistas en una batalla campal contra los príncipes.

—¿Quieres decir que Mühlhausen, la ciudad que ha sido el ejemplo para todas las

demás ciudades de Turingia, en el choque decisivo para la liberación de las tierras que hay entre los Alpes bávaros y Sajonia, se quedará viéndolas venir?

Pfeiffer, cada vez más desanimado:

—¿Crees que las otras ciudades apoyarán esta locura? Eso no sucederá, te lo digo yo. Aun en el caso de que Mühlhausen ofreciera todos sus cañones, la situación no por ello iba a cambiar. Las ciudades han conquistado la autonomía e impuesto los doce artículos: no habrá nadie que considere útil arriesgarlo todo en un único choque frontal. ¿Y si fuéramos derrotados? Atiende. El camino que hemos seguido hasta ahora ha dado los mejores resultados: la rebelión del campo ha encontrado en la ciudad la ganzúa para obtener las reformas. Y así debe seguir siendo, ya que no tiene sentido ponerlo todo en peligro.

—¡Desbarras! ¡Son las ciudades las que se han beneficiado de la revuelta campesina para arrebatar los municipios de las manos de los señores! ¡Ahora tienen que acudir al lado de la filas iluminadas para acabar para siempre con la malvada tiranía de los príncipes!

—Eso no sucederá.

—Pues entonces serán arrolladas por su miserable egoísmo, el día del triunfo del Señor.

Por un momento se hace la calma. Denck, mudo como yo hasta ahora, vuelve a llenar los vasos de vino sustraído en gran parte a un convento de dominicos y descorchado para la ocasión: —Vamos a necesitar no menos de mil hombres y diez cañones.

El Magister no mira siquiera el vaso:

—¿Qué cañones? Será la espada de Gedeón la que siegue los ejércitos.

Sale, no se digna mirar a nadie. Tras un segundo Denck lanza una ojeada a Pfeiffer, luego a mí, y lo sigue.

Heinrich Pfeiffer me habla en un tono grave:

—Por lo menos tú debes conseguir hacerlo razonar. Es una locura.

—Locura o no, ¿crees que es prudente librar a los campesinos a su suerte? Si las ciudades no toman parte en el combate, a los ojos de los campesinos parecerá una traición. ¿Y cómo engañarlos? Será el fin de la alianza que con tanto esfuerzo hemos establecido. Si somos derrotados, Heinrich, los próximos seréis vosotros.

Una honda respiración, la tristeza embarga su corazón:

—¿Has visto cargar alguna vez a un ejército?

—No. Pero he visto a Thomas Müntzer hacer alzarse a los humildes con la sola fuerza de sus palabras. No voy a dejarlo ahora.

—Sálvate. No vayas.

—La salvación, amigo mío, es alzarse y combatir al lado del Señor, no quedarse mirando.

Silencio. Nos damos un fuerte abrazo, por última vez. Los destinos han sido elegidos.

Capítulo 27

Mühlhausen, 10 de mayo de 1525

La noticia de la marcha de Thomas Müntzer hacia Frankenhausen ha corrido por toda la ciudad en menos de media jornada. Por la mañana, recién despiertos tras una agitada noche, al asomarnos a la ventana encontramos la plaza de Nuestra Señora más bien llena ya de gente. De querer hacernos ilusiones, podríamos sacar la conclusión de que la buena conciencia de los habitantes de Mühlhausen ha terminado por imponerse al interés. Pero ahora conocemos ya cómo funcionan estas cosas: los discursos de Magister Thomas, los apruebes o no, son algo a lo que es difícil renunciar, en parte también por el hecho de que constituyen, durante muchos días, uno de los temas fundamentales de discusión en plazas y tiendas. Y está claro para todo el mundo, para cualquiera que lo conozca aunque no sea más que por su fama, que Thomas Müntzer no dejará la ciudad imperial sin dirigir un último, rabioso saludo a sus vecinos.

—¡Magister —grito para que me oiga en la estancia contigua—, están ya abajo!

Viene a donde yo me hallo y se asoma ligeramente al balcón, saludado por una ovación de la multitud.

—Dejemos que la plaza se llene, para que el Señor pueda elegir a su ejército.

Es su único comentario. Un ruido de excitación sube de la plaza de la iglesia. Cuatro golpes decididos en la puerta. Luego otros dos.

—¡Magister, Magister, abrid!

—¿Quiénes sois? —pregunto yo más bien sorprendido por el timbre agudo de las voces.

—Jacob y Matthias Ziegler, hijos de Georg. Tenemos que hablar con vosotros.

Abro con una sonrisa a los dos hijos del sastre Ziegler, nuestros fieles seguidores a pesar de la oposición de su padre, que hace un tiempo amenazó incluso al Magister y tuvo que desistir de sus intenciones beligerantes a sugerencia de Elias.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto yo asombrado—. ¿No deberíais estar con vuestros padres en la tienda?

—No —responde Jacob, que es el mayor y tiene quince años—, a partir de hoy ya no.

—Nos vamos con vosotros —continúa entusiasmado el hermano, dos años más joven.

—Eh, despacito —replico—. ¿Que venís con nosotros, decís? ¿Acaso tenéis idea de lo que eso significa?

—¡Sí, los elegidos derrotarán a los príncipes! El Señor estará de nuestra parte.

El Magister sonríe:

—¿Lo ves? Todo va haciéndose realidad: Cristo pone al hijo contra el padre, y nos invita a volvernos como niños.

—Magister, no pueden luchar con nosotros.

No me dejan hablar:

—Lo hemos decidido así y no estamos dispuestos a cambiar de idea. Vendremos, en cualquier caso. Mantente firme, Magister, y sé rápido, no podemos quedarnos aquí.

Dicho esto, cierran la puerta tras de sí y se lanzan escaleras abajo.

Magister Thomas intuye el efecto que el breve encuentro ha producido sobre mí:

—No temas —me tranquiliza cogiéndome por los hombros—. ¡El Señor defenderá a su pueblo, ten fe en ello! Ahora ánimo, tenemos que irnos.

Voy a llamar a Ottilie y a Elias. Johannes Denck ya no está con nosotros; se fue ayer noche, camino de Eisenach, en busca de cañones, armas y municiones y se reunirá con nosotros por el camino.

Salimos por el pasaje que lleva directamente a la iglesia; Magister Thomas a la cabeza, nosotros detrás, en silencio. Cruzamos a paso lento las naves asaeteadas por los rayos del sol. Elias abre el pesado portón y nos encontramos, en penumbra aún, en las escalinatas de la catedral. Las miradas de la multitud están dirigidas todas hacia las ventanas de nuestra estancia. Thomas Müntzer avanza un poco, hasta el centro de la escalinata. Nadie advierte su presencia. Su primer grito colma la plaza, rebosante ya de por lo menos cuatro mil personas, y pronto se ve ahogado por una oleada de voces vibrantes.

—¡Pueblo de Mühlhausen, escucha, la batalla final está próxima! El señor pronto pondrá al impío en nuestras manos, tal como hizo con los madianitas y con su rey, derrotados por la espada de Gedeón, hijo de Joás. Igual que las gentes de Sucot, también vosotros, dudando del poder del Dios de Israel, rechazáis prestar ayuda a las filas de los elegidos, y reserváis los cañones y las armas para la defensa de vuestro privilegio. Gedeón derrotó a las tribus de Madián con trescientos hombres, de treinta mil que había

convocado. Fue el Señor quien menguó sus filas, para que el pueblo no creyera que había triunfado merced a sus solas fuerzas. Todos aquellos que sentían temor fueron apartados. No de modo muy distinto a como ocurre hoy, la tropa de los elegidos se ve disminuida por el abandono de los ciudadanos de Mühlhausen. Yo digo que esto está bien; porque nadie podrá olvidar lo que el Señor ha hecho por su pueblo y, si necesario fuera, yo estaría dispuesto a marchar solo contra los mercenarios de los príncipes. Nada es imposible para aquellos que tienen fe. Pero a aquel que no la tiene, le será arrebatado hasta aquello que posee. Por eso escuchad, gentes de Mühlhausen: el Señor ha escogido a los suyos, los elegidos; quien no sienta su corazón henchido de coraje, de fe, que no ponga trabas a los designios de Dios: que se vaya, ahora, hacia su destino de perro. ¡Lejos! Que vuelva a su taller, que vuelva a su cama. Que se largue, que desaparezca para siempre.

La gente comienza a lanzar voces y gritos, a empujarse y a oscilar y se arman trifulcas un poco por todas partes entre quienes se consideran dignos y quienes quieren quedarse en su casa y tildan de loco a Magister Thomas, gritando a voz en cuello.

Al final se quedan unos trescientos, gente en su mayoría de fuera, vagabundos llegados a la ciudad para entregarse al saqueo de las iglesias, simples pobretones y gente de San Nicolás, que no abandonarían a Thomas Müntzer ni aunque el sol se volviera negro. El Magister, que no ha abierto más la boca, hace ademán de dirigirse a su pequeño ejército, cuando este se divide en dos, para franquear el paso a algunos milicianos que arrastran tres cañones.

—¿Y estos de dónde salen? —pregunta Elias en tono displicente.

—No nos son de ninguna utilidad —corta tajante la guardia—. Podéis quedároslos. Heinrich Pfeiffer dice que el Señor puede tener necesidad de ellos.

Menos de dos horas después la columna de los escogidos sale de la ciudad en silencio, por la puerta norte. Cierran la fila dos carros cargados de vituallas, los cañones, tirados por mulos. Un gusano horada el capullo que desde hace tiempo lo protegía y comienza a arrastrarse lentamente hacia una nueva vida, la nueva época, desconocida y rapaz, que la expectativa de convertirse en mariposa confiere fuerzas para superar.

Negro, con largas crines de reflejos plateados sobre dos tizones y los ollares dilatados, el animal que conduce a la espada de Gedeón a la batalla lanza espumarajos por la boca y piafa. De la silla cuelgan las alforjas repletas de misivas de los sublevados, que el Magister ha reunido en meses y meses de furibunda errancia: no las abandona jamás, pues contienen nombres, lugares y noticias que harían la alegría de cualquier esbirro de los príncipes.

Me doy la vuelta, detrás de los cañones arrastrados por los mulos, un manto de polvo

vuelve opaca a Mühlhausen. Difusas las murallas, las torres se desvanecen cual una estampa disuelta por el agua, igual que mi alma embargada de una angustia como nunca había sentido. Ya nada detrás, dirijo la mirada al frente, de nuevo el Magister, orgulloso, frena al caballo, mira fijamente el horizonte, el arreglo de cuentas, el castigo de los impíos.

Me infunde fuerzas, ha llegado la hora, hay que ir.

Capítulo 28

Eltersdorf, febrero de 1527

Exactamente así. Fue de ese modo como dejamos Mühlhausen. Los recuerdos de esos últimos días son nítidos como el perfil de las colinas en este claro día. Cada palabra de Magister Thomas, cada frase de Ottilie salen de mi memoria como las notas de un reloj musical holandés, el peso del pasado tira de las cuerdas y hace girar el mecanismo. El ruido de las ruedas de los tres cañones a lo largo de la calle, el saludo de las mujeres en los campos, la excitada felicidad de Jacob y Mathias, que diríanse gorriones revoloteando alrededor de un carro de trigo, el encuentro con los hermanos de Frankenhausen, la primera noche pasada en la llanura, a escasa distancia de las murallas, en espera de partir contra los ejércitos del landgrave de Hesse, venidos para hacer justicia de la enésima ciudad sublevada.

Exactamente así. Elias, furibundo, repite que somos solo ocho mil, él que a simple vista sabe calcular el número de gente que compone las multitudes. El eco de sus insultos a los mineros de Mansfeld que no se han presentado, retenidos por la promesa de un aumento de su paga diaria. La noticia de que Fulda fue conquistada hace diez días, así como también Eisenach, Salza y Sonderhausen. Hemos quedado cortados, aislados. El landgrave Felipe se ha puesto en marcha apresuradamente y nos ha rodeado. No se tiene noticia de Denck, pero aunque hubiera encontrado hombres y armas, a estas horas se encontraría ya detrás de las líneas del príncipe.

—¡A mayor gloria de Dios, a mayor gloria suya!

Este fue el grito del Magister ante aquellas noticias. Quisiera repetir ahora esa incitación, aquí, en la era de la casa del párroco de Vogel, delante de ocho gallinas, aunque

sé que daría exactamente lo mismo. Pero no tengo ya fuerzas más que para mascullarlo un poco entre dientes, en voz baja.

El mecanismo gira. Ottilie, que organiza la retaguardia en Frankenhausen: alojamientos, defensas, aprovisionamiento.

Continúa girando. Los rostros de muchos, con la precisión del retrato. Unos ojos azules y la nariz ganchuda de un herrero de Rottweil, un mentón carnoso y unos bigotes rubios y también una nariz chata y unas orejas de soplillo. Rostros y voces, uno tras otro. Hans Hut, que amontona los libros dentro de la carreta, el caballo listo para ser enganchado: un pequeño librero inadaptado a la batalla que quiere volver a su imprenta.

De golpe, un tirón, la cuerda se traba y las notas desentonan, chirrían, se funden en un único zumbido. Los colores se mezclan en la paleta de la memoria. El recuerdo muere y deja paso a un horror confuso.

Capítulo 29

Frankenhausen, 15 de mayo de 1525, por la mañana

La señal.

Estriado, llameante, purpúreo, de improviso sale el arco iris tras las alturas y las huestes de Felipe, ante las miradas arrobadas de los humildes.

Por un instante, hace que desaparezca el miedo, no anunciado por ninguna lluvia, cielo claro, el escudo de la liberación pintado ya en nuestros pendones de blanca tela remendados lo mejor posible, las banderas del pueblo del Señor que se alzan para saludar el toque de trompeta celestial que prepara el ajuste de cuentas.

Fragor, tiembla la tierra por doquier, sus entrañas se abren para tragárselos, tiembla la tierra, se resquebraja, da vueltas, truena, eructa la potencia de Dios.

Un puño del tamaño de un hombre me derriba al suelo, aturdido, la cara en el fango. Me vuelvo de lado, guiado por un estertor, un hombre con un coágulo de sangre y huesos en vez de rostro. Otros estallidos, el polvo tapa los ojos, hombres que se protegen debajo de los caballos, de los carros, dentro de los boquetes que se abren en la llanura. Me refugio detrás de uno de los pocos árboles que está cerca de un muchacho con una esquirla de madera clavada entre las costillas, pálido de miedo y dolor.

Los cañones continúan disparando.

La cabeza del Magister clavada en un palo. Eso es lo que piden. Así podrá haber clemencia.

Malvada milicia de siervos de mierda. Sucios bastardos hijos de perra apestosa. No

pondréis condiciones al ejército de Dios. Esqueletos llenos de gusanos secos al sol. Infames falanges de las Tinieblas. Traspasaremos vuestros culos con los mangos de los picos. Señor, no nos abandones ahora. Las madres inmundas que os trajeron al mundo jodían con los machos cabríos del bosque. Volved a lamerles el culo a vuestros amos. Perdón, si hemos errado. El infierno abrirá sus tremendas fauces, sus entrañas se os tragarán. Si hemos pecado, hágase Tu voluntad, Tu santa voluntad. Escupirá los huesos, tras haberlos dejado mondos uno a uno. Solo el amor y la palabra del Redentor, en el Día de la Resurrección de los últimos (Los últimos en la jerarquía social, los humildes, los pobres. Alusión a la parábola evangélica (Mat 19, 30), en la que Jesús afirma que los últimos serán los primeros en entrar en el reino de los cielos. (N. del T.)). No habrá piedad para vuestras almas corruptas. Que la fe en Dios omnipotente nos proteja.

¡Magister! ¡Magister! Gritos enloquecidos. Los míos. Una vorágine de pánico alrededor, la huida del rebaño ante la manada de lobos.

Lo descubro delante de mí, arrodillado, aplastado contra el suelo, clavado como una estatua. Encima de él, oigo gritar mi voz sobre el fragor que se acerca por el horizonte:

—¡Magister! ¡Magister!

La mirada vacía, en otra parte, una oración farfullada entre dientes.

—¡Magister, por Dios, levántate!

Trato de levantarlo, pero es como querer arrancar de raíz un árbol, resucitar a un muerto. Me arrodillo y consigo volverlo de espaldas: expira en mi regazo. No hay nada que hacer. Se acabó. El horizonte se precipita hacia nosotros cada vez más rápido. Se acabó. Le sostengo la cabeza, el pecho desgarrado por el llanto y por el último grito, que escupe la desesperación y la sangre al cielo.

Hace poco que es de día cuando comenzamos a prepararnos para ir al encuentro de los príncipes. El aguardiente circula de las cantimploras a las gargantas tratando de enjuagarlas de la ansiedad y del miedo. Hace poco que es de día, y a la luz incierta y pálida, bajo la fría niebla que se levanta despacio, lentamente, como frente a un telón, distinguimos una franja negra en el extremo norte de las colinas. Aunque nadie ha dado la alarma, están ya aquí. Magister Thomas espolea el caballo, a la carrera, de una parte a otra del campamento, para reavivar el fuego de la fe y de la esperanza. Alguno vocifera, levanta las horcas, las azadas convertidas en alabardas, dispara al aire y vomita palabras de burla y de desafío. Otro se arrodilla y reza. Un tercero se queda inmóvil, como impactado por la mirada del basilisco.

Un trecho de intensa brasa se extiende a lo largo de la colina por el lado oeste, traza los contornos siniestros de la aurora jaspeada de tenues destellos. El ejército de Jorge de

Sajonia se sitúa en posición de espera en la cresta occidental. Negras formas alargadas se extienden hacia el llano: los cañones.

Salida como una flecha de la nada hecha de polvo acre y sangre, la fiera enjaezada cae sobre un grupo de desventurados, paralizados por el terror, acurrucados en posición orante, o rígidos cadáveres en espera de la sentencia fatal. Con la pica abatida a la altura del tórax, cascos y patas sortean un pequeño boquete, traspasa de parte a parte a un ser indefenso que está de rodillas, arrolla un amasijo deforme de articulaciones, huesos, piel y arpillera. Desenvaina una empuñadura de larga hoja delgada, lanza coces entre los cuerpos sacudiendo la armadura, la deja caer sobre un pobre hombre que se ha parado a su derecha implorando piedad. Inclina el pesado cuello, resopla, se dobla hasta casi caer, cercena limpiamente el brazo izquierdo, se lanza de nuevo a la carrera hacia nuevas presas, se alza el grito de feroz exultación.

Cae el polvo. Un claro de luz sobre la carnicería. Nada más que cuerpos y gritos mutilados. Ni un rugido. Luego los veo: las filas se abren, hierro, picas, estandartes al viento, y el ímpetu contenido de los animales que piafan. El galope desciende por la ladera de la colina, fragor de cascos y corazas; negros, pesados e inexorables como la muerte. El horizonte corre hacia nosotros borrando la llanura.

No es el impacto del acero el que me lleva, sino el agarrón de Sansón, que alza al Magister en alto, hacia las nubes y me arrastra a mí por un brazo.

—¡Levántate, rápido!

Elias, un viejo guerrero, la cara negra de tierra y sudor, casi como en sueños. Elias, la fuerza, indicándome la dirección, gritando que corra con él lejos de la muerte.

—¡Ábreme paso, muchacho, te necesito!

Magister Thomas cargado sobre los hombros, y yo que vuelvo a sentirme las piernas.

—¡Cógelas!

Las alforjas del Magister, las aprieto bien fuerte y corro adelante, dando empujones a los cuerpos, y de cabeza hacia la salida del infierno.

Correr. Hasta la ciudad. Nada más. Ni un pensamiento. Ni una palabra. La esperanza de ese hombre hecha pedazos, abro el paso a su salvación.

Casi a ciegas.

El ojo de Carafa

(1525-1529)

Carta enviada a Roma desde la ciudad sajona de Wittenberg, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 28 de mayo de 1525.

Al ilustrísimo y reverendísimo señor Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Mi muy honorable señor, con gran satisfacción escribo para dar la feliz noticia: las órdenes de Vuestra Señoría han sido cumplidas lo más prestamente posible y han obtenido el resultado apetecido.

Quizá hayáis tenido ya noticias de tierras de Alemania y sepáis que el ejército de los campesinos alzados ha sido derrotado. Mientras escribo estas líneas los mercenarios de los príncipes se aprestan a debelar los últimos focos de la mayor revuelta que hayan conocido estas landas.

La ciudad rebelde más fortificada, que fuera el epicentro del incendio, Mühlhausen, se rindió hace ya algunos días al ejército de los príncipes y la cabeza de su cabecilla Heinrich Pfeiffer rodó ayer en la plaza de Görmar, junto con la de Thomas Müntzer. Cuentan las habladurías que en sus últimas horas al predicador, sometido a tormento, no se le oyó ni un solo lamento en espera del verdugo y que solo una vez, en el postrer instante de vida, hizo oír la frase por la que se hiciera famoso entre el vulgo: «Omnia sunt communia», dicen que fue su único grito, el mismo lema que ha animado el furor popular de estos meses.

Ahora que la sangre de los dos hombres más peligrosos se ha mezclado sobre el empedrado, Vuestra Señoría puede sin duda alegrarse por esa perspicacia y prudencia en la que su fiel observador ha confiado ciegamente desde siempre.

Mas para no faltar al voto de franqueza que habéis solicitado de mi parte, confesaré que

tuve que actuar de forma sumamente precipitada, a riesgo incluso de poner en peligro todos los meses de trabajo y de esfuerzos centrados en el intento de ganarme la confianza del fogoso predicador de los campesinos. Solo gracias a la antedicha argucia, por otra parte, fue posible acelerar la ruina de Müntzer. El haberle ofrecido mis servicios e informaciones sobre las intrigas de Wittenberg hizo posible que pudiera ganarme su confianza y poderle pasar las falsas noticias que lo espolearon al enfrentamiento campal. En honor a la verdad, debo decir que nuestro hombre puso todo de su parte para hacer que los acontecimientos se precipitaran: mi misiva no surtió más efecto que el de ofuscar las últimas luces de su raciocinio. Un ejército de desharrapados no podía tener la menor esperanza de derrotar a las tropas perfectamente armadas de los lansquenetes y a la caballería de los príncipes.

Ahora bien, mi señor, dado que con tanta magnanimidad requerís mi parecer sobre cuanto se ha hecho hasta ahora, dejad que vuestro agradecido servidor libere su corazón del peso de todas las impresiones y de los simples juicios que lo colman.

Cuando el buen corazón de V.S. me eligió para observar de cerca los compromisos de los príncipes alemanes con el monje Martín Lutero, no era posible imaginar lo que Dios Nuestro Señor le tenía reservado a esta región. Que la apostasía y la herejía hubieran concertado un pacto tan estrecho con el poder secular y hubieran arraigado a tal punto en los ánimos, no era un destino que el intelecto humano pudiera entrever.

Ello no obstante, en esa tremenda situación de dificultad, vuestra firmeza me ordenó buscarle un antagonista al condenado Lutero, para fomentar el espíritu de rebelión del pueblo contra los príncipes apóstatas y debilitar su estrecha unión.

Cuando no estaba en ninguna facultad humana reconocer el grave peligro que había de llegar de aquel que se erige en el paladín de la Catolicidad, el emperador Carlos V, fue tal vuestra prudencia que le indicó a su humilde servidor la dirección adecuada en que debía encaminar su labor e inmediatamente, no bien conocida la noticia de la captura del rey de Francia en los campos de Pavía, supo dar la orden más apropiada: acelerar el fin de la revuelta campesina, con objeto de que los príncipes amigos de Lutero pudieran ser firmes rivales de Carlos. El Emperador, en efecto, tras haber vencido y capturado al rey de los franceses en Italia, se alza ahora como un águila rapaz que, manifestando querer defender el nido de Roma, puede hacerle sombra con sus alas y con su afilado rostro. Sus vastos dominios y su poder son por lo demás tales que ponen en peligro la autonomía de la Santa Sede y la autoridad espiritual de Roma, hasta el punto de ser preferible que en una región del Imperio como esta desde la que escribo, príncipes

herejes sigan clavando la espada en el costado de Carlos, a fin de no dejarlo libre de imponer su voluntad en todo el orbe. Lo que el pecador aprende es que Dios misericordioso no deja nunca de recordarnos cuán misteriosos e insondables son Sus designios: aquel que nos defendía ahora nos amenaza y aquellos que nos atacaban ahora son nuestros aliados. Hágase, pues, la voluntad de Dios. Amén.

Y he aquí, por tanto, que el siervo responde con la franqueza requerida por su Señor: la valoración de V.S. ha sido siempre en mi modestísima opinión sumamente perspicaz e inmediata. Y lo ha sido mucho más en esta última situación de dificultad, hasta el punto de que Su brazo se siente sumamente honrado de haber sabido actuar lo más prestamente posible a la hora de cumplir vuestras órdenes.

Más de cuanto V.S. intuyera o previera, no era dado intuir ni prever. Oscuros y tortuosos son los caminos del Señor y solo a Su voluntad debemos encomendarnos. No corresponde a los mortales juzgar las obras del Altísimo: nuestra humilde tarea, tal como Vuestra Señoría no pierde ocasión de recordarme, no puede ser otra que la de defender una vislumbre de fe y cristiandad en un mundo que parece ir perdiéndola de día en día. Por esto hacemos todo lo que hacemos, sin preocuparnos de las leyes humanas o de los sufrimientos del corazón.

Pues bien, tengo el convencimiento de que sabréis encaminarme una vez más, entre las adversidades y las añagazas que estos tiempos parecen reservar a los cristianos y que producen escalofríos. El Señor ha querido conceder a este pecador la valiosa guía de Vuestra Señoría y ha tenido a bien conceder que estos ojos y esta mano puedan servir a Su causa. Lo que me mantiene firme a la hora de afrontar los desafíos futuros, en impaciente espera de una nueva palabra vuestra.

Beso las manos de Vuestra Señoría y me encomiendo continuamente a su gracia.

De Wittenberg, el día 28 de mayo de 1525,
el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad imperial de Augsburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 22 de junio de 1526.

Al muy munificente y honorable señor Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Su Ilustrísima Excelencia ha querido honrar con un cumplido inmerecido y con una gracia en exceso grande a quien simple y humildemente aspira a servir a Dios por medio de Vuestra Merced. Mas para no querer faltar a las órdenes de Vuestra Señoría y confiando plenamente en vuestra prudencia, apenas recibí la última misiva, me puse en camino hacia esta gran ciudad imperial con el fin de cumplir con la consigna de mi señor.

A propósito de esta última tengo que informar de la esplendidez con que el joven Fugger me recibió en atención a vuestra recomendación. Se trata de un hombre devoto y avisado, que posee toda la prudencia de su tío y su misma habilidad para el cálculo, unidas al coraje y al espíritu emprendedor propios de su joven edad. La desaparición del viejo Jacob Fugger, hará ahora ya dos años, no ha afectado a las actividades y a los ilimitados intereses de la más rica e influyente familia de Europa; el celo con que el sobrino atiende los negocios que fueron de su tío solo se ve superado por su cristianísima devoción y fidelidad a la Santa Sede. Salta a la vista la sencillez y abstinencia sincera en un joven como Anton Fugger, si se la compara con lo ingente de su crédito en oro en todas las cortes de Europa.

Respecto a la reanudación de la guerra y a la nueva alianza concertada por la Santa Sede con Francia, él, proveedor del Emperador, se ha tomado la molestia, acaso esperando una intercesión mía ante V.S., de ratificar su neutralidad; la misma neutralidad, permítaseme añadir, que solo puede emanar del oro purísimo. Mi impresión

es que le importa bien poco a este piadoso banquero quién contraiga un crédito de sus arcas, sea este imperial o francés, católico o luterano, cristiano o musulmán; para él lo esencial es cuánto y en qué forma. Que esta guerra sea ganada por unos o por otros, no existe gran diferencia a sus ojos, pero, bien mirado, el estado ideal para este joven financiero no es otro que el de tablas, o de una guerra permanente que no tenga vencedores ni vencidos y mantenga atadas a los cordones de su bolsa a las cabezas coronadas de todo el orbe.

Pero no he sido enviado a Augsburgo para emitir juicios acerca de los banqueros. En relación, así pues, al crédito que V.S. ha querido abrir a mi nombre, Fugger se ha manifestado honrado de poder contar entre sus clientes a una persona a la que tiene en tan alta estima y que se duele de no poder conocer personalmente, como es Vuestra Señoría. Él ha considerado necesario proporcionarme un símbolo, que permita a sus coligados reconocerme en cada ciudad del Imperio y a mí retirar el dinero en todas sus filiales, garantizándome así la máxima libertad de movimientos. Por razones que es fácil colegir no ha querido informarme del tipo de crédito abierto, dejando apenas intuir que se trata de una cuenta «ilimitada». Por mi parte, Dios no quiera que falte yo al respeto a V.S., no he considerado oportuno preguntar más. Dicho lo cual, me apresuro ahora a informar a V.S. de que trataré de administrar el privilegio que ha querido concederme con moderación y prudencia, en la medida de mis posibilidades, comunicando de forma preventiva a mi señor cada utilización de las sumas puestas a mi disposición.

No me queda sino expresar mi agradecimiento a V.S. por la infinita munificencia y encomendarme a su gracia en espera de nuevas noticias.

Que Dios misericordioso quiera conceder salud a mi señor y su mirada magnánima no abandone a este indigno siervo de Su Santa Iglesia.

De Augsburgo, el día 22 del mes de junio del año 1526,
el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad imperial de Augsburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 10 de junio de 1527.

Al muy honorable señor mío, Giovanni Pietro Carafa, felizmente librado de las inmundas filas de los herejes bárbaros.

La noticia de saber que Vuestra Señoría está sana y salva llena mi corazón de contento y alivia finalmente el pesar que en estos terribles días me ha quitado el sueño. El solo hecho de pensar en el solio de San Pedro devastado por los nuevos vándalos me hiela la sangre en la las venas. No me atrevo a imaginar qué tremendas visiones y qué pensamientos de muerte deben de haber asaltado a V.S. Eminentísima en tales momentos. Nadie mejor que este devoto siervo puede conocer la brutalidad y la impiedad de los alemanes, soldadotes inmundos atiborrados de cerveza e irrespetuosos con toda autoridad, con todo lugar santo. Bien sé que mancillar las iglesias, decapitar las efigies sagradas de los santos y de la Virgen es considerado por ellos como un mérito de fe, aparte de como un verdadero solaz.

Pero tal como V.S. afirma en su misiva, el escándalo no podrá quedar impune; si Dios omnipotente ha sabido castigar la arrogancia de estas bestias desencadenando sobre ellas la peste, no dejará de castigar a quien les ha abierto la jaula, dejando que se esparcieran por Italia: si no ante el Santo Padre, el Emperador deberá responder de ello en presencia de Dios.

El Habsburgo finge, en efecto, no saber que en su ejército y en el de sus príncipes anida toda una milicia de herejes: luteranos que no tienen ningún respeto por nada ni por nadie. No me faltan, efectivamente, razones para creer que no ha sido una mera casualidad que el mando de la campaña de Italia le fuera confiado a Georg Frundsberg

y a sus lansquenetes. Estos son conocidos aquí por su inhumana crueldad e impiedad, aparte de por la simpatía que sienten por Lutero. No me extrañaría en absoluto si lo que hoy parece el resultado indeseado de una correría de bárbaros mercaderes, mañana se revelase el fruto de una decisión militar e interesada del Emperador. El saco de Roma debilita al Santo Padre y lo deja inerme en manos del Habsburgo. Este último ha encontrado así la manera de ser a un tiempo paladín de la fe cristiana y valedor de la Santa Sede.

No puedo, por tanto, sino compartir las durísimas palabras de condena y de desprecio de Vuestra Señoría, cuando afirma que Carlos amenaza cada vez más de cerca y sin ningún pudor la autonomía de la Iglesia y que deberá pagar por esta inaudita afrenta.

Ruego, pues, al Altísimo para que quiera asistirnos en el gran misterio de la iniquidad que nos rodea y conceda a Vuestra Señoría resistir contra quien se dice defensor de la Santa Iglesia de Roma, cuando no tiene ningún escrúpulo en permitir a su inmunda soldadesca el devastarla.

Sinceramente fiel me encomiendo a V.S. besando sus manos,

De Augsburgo, el día 10 de junio del año 1527,
el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Carta remitida desde la ciudad imperial de Augsburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 17 de septiembre de 1527.

Al eminentísimo y reverendísimo señor Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Muy honorable señor mío:

En esta grave hora de incertidumbre únicamente me está permitido apelar a la misericordia de Dios, consciente de que Su luz, por medio de la bondad que Vuestra Señoría continúa manifestando para conmigo, puede indicar a este indigno mortal el camino a seguir en medio de las tinieblas que nos rodean. Y es por ello por lo que me apresuro a referir cuanto aquí sucede, en el podrido corazón del Imperio, en la esperanza de que alguna de mis palabras pueda ser de ayuda a los designios de Vuestra Señoría.

La Sajonia del Elector se apresta a modificar su propio ordenamiento eclesiástico: el último acto de la labor comenzada ahora hace ya diez años está a punto de tener lugar. Desde la muerte de Federico el Sabio, hace de ello dos años, se hizo clara en efecto la intención de su hermano Juan de continuarla a partir del punto en que su predecesor había tenido que interrumpirla. Pues bien, el nuevo ordenamiento concede al propio príncipe la elección de los párrocos, quienes ahora pueden tomar mujer; un Consistorio de doctores y superintendentes lo aconsejan en su selección; el patrimonio de la Iglesia está puesto bajo el control del príncipe, que más pronto o más tarde procederá a apropiárselo enteramente, así como la enseñanza de la doctrina y la gestión de las escuelas; la formación de las nuevas promociones de teólogos luteranos está así garantizada. En Marbur—go ha sido fundada la primera universidad herética.

El modesto parecer del siervo de Vuestra Señoría es que la peste luterana es ya invencible por medio de las solas fuerzas humanas, y que únicamente es posible intentar una contención dentro de las fronteras que hasta ahora ha ganado. Mas los acontecimientos de los últimos años han enseñado a este pobre soldado de Dios que con frecuencia lo que parece un mal, en los altos designios del Altísimo puede transformarse en un bien. El matrimonio de la fe herética con los príncipes alemanes hace que aquella no pueda desvincularse ya de estos últimos y de las alianzas que quieran establecer. Pueden revelarse excelentes aliados contra el Emperador y ya ahora no es raro encontrar mensajeros y embajadores franceses a lo largo de los caminos de estas landas germánicas. Sin duda es prematuro esperar un inminente amotinamiento de los príncipes contra Carlos, pero no es de locos preverlo para el futuro. Creo yo, mi señor, que nuestros cálculos se revelarán en el curso del tiempo de lo más acertados y premonitorios. Por tanto, si la suerte de la guerra en Italia se inclina en favor de los franceses, consuélese V.S. pensando que de aquí a pocos años Carlos corre el riesgo de ver sus propios confines orientales atrapados entre el Turco y los príncipes luteranos. Entonces, su poder comenzará verdaderamente a vacilar.

Pero existe un mal sutil que apunta en esta infortunada tierra del que me apresuro a darle noticia.

En las últimas semanas se ha visto a esta ciudad sacudida por la represión contra los llamados anabaptistas. Estos blasfemos llevan a sus extremas consecuencias las pérfidas doctrinas de Lutero. Rechazan el bautismo de los niños, pues consideran que el Espíritu Santo únicamente puede ser aceptado por voluntad del fiel que lo recibe; rechazan la jerarquía eclesiástica y se unen en comunidades, cuyos pastores son elegidos por los mismos fieles; niegan la autoridad doctrinal de la Iglesia y consideran la Escritura como la única fuente de verdad; pero, peores en esto que Lutero, se niegan asimismo a obedecer a las autoridades seculares y pretenden que sean las propias comunidades cristianas las que desempeñen la administración cívica. Además, se oponen a la riqueza y a todas las formas seculares del culto, las imágenes, las iglesias, las vestiduras sagradas, en nombre de la igualdad de todos los descendientes de Adán. Quisieran subvertir el mundo de arriba abajo y no es casualidad que muchos veteranos de la guerra de los campesinos hayan simpatizado con ellos, abrazando su causa.

Las autoridades se las verán y desearán para reprimir a estos seducidos por Satanás, que justo el pasado mes se dieron cita aquí en Augsburgo para celebrar un sínodo general. Afortunadamente en pocos días casi todos sus jefes fueron encarcelados. Entre

ellos no figuran hombres del peso de Thomas Müntzer, y no obstante el peligro que representan se augura más grave del que pudiera hacer pensar su actual número. Sus herejías, en efecto, parecen difundirse por todo el sureste de Alemania con suma facilidad y rapidez. Tienen predilección por las clases bajas, los trabajadores manuales, que permanecen inficionados con el odio que incuban contra sus superiores. Las poblaciones de los campos, ignorantes y descontentas, participan a menudo en sus rituales en los bosques cediendo al encantamiento de Satanás. Precisamente por el hecho de no estar vinculados a ningún ordenamiento civil y religioso, estos anabaptistas, que se llaman entre sí hermanos, propagan más fácil y rápidamente su propia peste de lo que el mismo Lutero ha conseguido hacerlo en los últimos tiempos; es fácil prever que su número se acreciente y pronto el anabaptismo rebase los límites de esta ciudad. En cualquier parte donde haya un campesino o un artesano descontento, hambriento o maltratado, hay un hereje en potencia.

He aquí por qué no dejaré de recoger informaciones y de seguir lo más cerca que me sea posible la suerte de estos descreídos, a fin de proporcionar a V.S. nueva materia de valoración.

No quedándome nada más que decir, beso las manos de Vuestra Señoría, encomendándome a la benevolencia de quien acostumbra a hacerme el honor de concederme el seguir prestando estos pobres ojos a la causa de Dios.

De Augsburgo, el día 17 de septiembre del año 1527,
el fiel observador de V.S.,
Q.

Carta enviada a Venecia desde la ciudad imperial de Augsburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 1 de octubre de 1529.

Al eminentísimo señor mío Giovanni Pietro Carafa, en Venecia.

Mi muy honorable señor, el ánimo de este siervo se llena de gratitud y de emoción por la posibilidad que se le ofrece de comparecer ante vuestra presencia. No tengáis ninguna duda de que pueda faltar a la cita: la paz ha vuelto los caminos de Lombardía más seguros y este hecho, unido a la urgencia que tengo de ver a mi señor, me hará quemar las etapas hasta Bolonia. Siento de todo corazón que el santo padre Clemente haya tenido que aceptar una tan vil componenda con Carlos, concediéndole esta coronación oficial en Bolonia; la victoria sobre los franceses en Italia y ahora este reconocimiento pontificio enaltecerán a Carlos V al rango de los más grandes césares de la Antigüedad, sin que él posea ni una gota de sus virtudes ni de su rectitud. Mandará en Italia con arreglo a su voluntad, y mi parecer es que este congreso tendrá a los estados italianos, y al pontificio por encima de todos, como espectadores impotentes de las decisiones del Emperador. Pero ya basta: vae victis, no más por ahora, en la esperanza de que Dios misericordioso conceda a los ánimos devotísimos como el de Vuestra Señoría la gracia de saber poner coto a la arrogancia de este nuevo César.

Precisamente a dicho respecto me permitiré seguir haciendo uso de la franqueza a la que Vuestra Señoría tan magnánimamente ha querido acostumbrarme, dado que el libre divagar del pensamiento, tan desprejuiciado como seguro de provocar la sabia sonrisa de mi señor, me lleva a decir que actualmente los enemigos de Carlos son tres: el rey de Francia, católico; los príncipes germanos, de fe luterana; y el turco Solimán, infiel; y que si aquellos fueran capaces de hacer prevalecer su común interés antiimperial sobre la diversidad de creencias, golpeando al Imperio a la vez y de común acuerdo, entonces

no cabría duda de que aquel vacilaría como una tienda sacudida por un vendaval, y con ella también el trono de Carlos. Pero estos ojos han recibido la orden ya de dedicar sus observaciones a los asuntos de Alemania y no al mundo entero, de ahí la necesidad de callar, en la espera impaciente de reunirme con Vuestra Señoría en Bolonia, y poder hablarle personalmente de la situación alemana y en particular de la de los herejes anabaptistas a los que V.S. recordará haberme oído hacer mención ya varias veces con anterioridad.

En la esperanza de no retrasarme un solo día a la cita, beso las manos de Vuestra Señoría y me encomiendo a su gracia.

De Augsburgo, el día primero de octubre de 1529,
el fiel observador de V.S.,
Q.

SEGUNDA PARTE

Un Dios, una Fe, un Bautismo

Eloi (1538)

A día 4 de abril de 1538

Habiendo sido interrogado en la cárcel de Vilvoorde y condenado a muerte por vía judicial, Jan de Batenburg se obstinó en su herejía, no siendo posible hacerle confesar en ningún momento la santa fe, sino que quiso morir en su perversidad.

Por las horribles matanzas y homicidios de los que no ha dado ninguna prueba de arrepentimiento, es más, habiendo mostrado incluso satisfacción y diabólica jactancia por ello, lo condenamos a muerte por decapitación, para ser luego su cuerpo quemado y sus cenizas aventadas.

Presentes los testigos que abajo suscriben:

Nicholas Buyssere, dominico
Sebastien Van Runne, dominico
Lieven de Backere
Chrestien de Ridder

Por Rijkard Niclaes, provisor

Capítulo 1

Vilvoorde, Brabante, 5 de abril de 1538

A ti, Jan. A tu degollamiento inmisericorde. A la multitud berreante que vomita toda clase de humores, entre quienes avanza lentamente el carro que te conduce cargado de cadenas hacia el patíbulo. Al vómito que sube a la garganta y a la fiebre que arde en las entrañas. A la Ramera de Babilonia mientras ahoga al loco David que ha engendrado en su sangre y en la de sus hermanos. Al horror incesante que se ha tragado nuestra carne. Al olvido, que ha erigido esta torre de muerte allende el cielo. Al final, un final digno de piedad, cruel final, un final cualquiera y definitivo. Lo he olvidado.

A ti, Jan, hermano, malvado sanguinario, rostro tumefacto que arrostra el odio y los golpes que llueven de todos lados. A ti, demonio emporcado por todas partes, con las ropas hechas jirones empapadas de sangre, un coágulo informe en vez de oído. A ti, cerdo que ha de ser desollado el día de fiesta, me escondo y te veo inclinar la cabeza sobre el tajo, gritando una vez más el insulto: ¡LIBERTAD!

He golpeado, depredado, matado.

La multitud descuartizaría con sus propias manos, el verdugo lo sabe y hace voltear el hacha en una especie de danza, prueba el filo, da tiempo a la sed de sangre a que suba a recubrirlo todo en medio de un fragor que no se diría terrenal.

He destruido, saqueado, violado.

Todos aquí son unos carniceros, igual que en todas partes. Todos echan pestes de algún hijo o hermano degollados por el diablo de Batenburg y por sus Armados de la Espada. No es así y, sin embargo, es la pura verdad. Lo he olvidado.

El hacha en alto, silencio repentino, cae. Dos, tres veces.

Un borbotón de vómito ensucia el calzado y la capa con los que me arrastro inclinado, se alza de nuevo el griterío, el trofeo es levantado chorreante, se han limpiado los pecados, las acciones nefandas pueden continuar.

Me matarán como a un perro. ¿De qué ha servido, de qué, de qué ha servido? Frío, dentro de la boca, frío, frío de abandono. Tengo que irme, estoy ya muerto. Tos, el brazo izquierdo me quema hasta hacerme enloquecer en la muñeca, hasta el codo, estoy ya muerto. Qué debo hacer.

El gentío se relaja, una fina lluvia, acurrucado entre banastas apiladas hasta muy arriba contra una pared. El culo sobre unos talones inestables.

Me colgarán de un palo, estoy acabado, todos los que he sido exigen mi muerte. O bien seré asesinado a patadas y con arma blanca en una oscura calle de mierda, lejos, Dios mío, me abandonan las fuerzas. En Inglaterra, lejos de este charco de sangre, en Inglaterra tal vez, cruzando el mar, o bien acabar en el mar el destino de este pingajo humano. Mis nombres, las vidas, Jan, bastardo, vuelve aquí, asesino. Devuélvelas, o llévate también lo poco que ha quedado.

—¡Comienza a cargarlas!

Hacia la puesta del sol, soy un montón de jirones mojados, paralizado dentro de una banasta de gruesos listones con un poco de paja encima.

—Voy a arreglar los caballos para la noche, luego vuelvo.

No puedo moverme, no puedo pensar, el fuego que ha extirpado la marca quema, quema. ¿Es así el final?

—Pero ¿qué coño es esto?, vaya con el pordiosero este, pero si das miedo, sal de aquí.

No respondo. No me muevo. Abro los ojos.

—¡Oooh! Madre de Dios, pero si parece muerto… Hay que joderse, tendré que enterrar a este pobre tipejo… Maldita sea.

Un muchachote alto con cara de imberbe, unos poderosos brazos, vuelto un poco de lado para no mirarme. Parado.

—Me estoy muriendo. No me dejes morir aquí.

Se sobresalta:

—Madre de… Pero ¿qué coño dices? ¿Qué? Tú no estás muerto, pero me das miedo igual, amigo, miedo.

—No me dejes morir aquí.

—Estás loco, yo no puedo cargarte. El amo me joderá vivo a zurriagazos, no tengo más

que quince años, joder, y dime tú cómo me las arreglo yo para…

Me mira fijamente.

—¡Aaron! ¿Qué coño haces, es que te has dormido? Vamos, empieza de una puta vez, por favor, ¿o tengo que decírtelo en latín igual que los curas, bardaje?, sí, esa es tal vez la lengua que a ti te gusta. ¡Aaaaron!

En el terror de mis ojos se refleja el suyo, duda unos instantes, balbucea unas palabras inconexas, sí, sí, amo… Un momentito nada más, amo… me cubre con más paja seca, sí, un segundito y la carga está al completo, Aaron me carga, todo en su sitio, ata la banasta bien fuerte junto con las demás.

—¡Muévete, vamos! Que tengo que comer aún, cagar y descansar, cabezón, y cuando amanezca llevaremos ya un buen rato en pie, para irnos a Amberes, a aguantar a esos cabezas de huevo y a los descargadores del puerto. ¡Venga, muévete, Aaron!

Capítulo 2

Amberes, 20 de abril de 1538

—Aquí en Amberes se está bien, a uno lo dejan vivir, aquí mandan las guildas y se hace dinero, no como esos petimetres repeinados de los hidalgos y de los oficiales del Imperio, los mercaderes flamencos, que sí conocen el precio de las cosas, serían capaces de calcularte en florines hasta lo que vale Catay, o incluso el mundo entero, esos sí que saben de cuentas, menudas cabezas que tienen, no se parecen en nada a esos inútiles de los españoles, que no saben más que inventar nuevos tributos y dejar preñado a cualquier higo que se ponga a tiro de su pájaro.

Nos hemos encontrado por casualidad, al borde de una calle, fuera de la posada.

Se llama Philipp.

En un estado más miserable aún que yo: se jugó la pierna, dice, al ser reclutado para la guerra por los españoles, a quienes odia más que al mismísimo diablo. Philipp es un soliloquio interrumpido por violentas descargas de tos y gargajos tintos en sangre. Recorremos el muelle, empujados por el continuo circular de marineros y descargadores, una encrucijada de idiomas y acentos distintos. Nos cruzamos con un grupo de españoles, los yelmos relucientes y ovalados que les han valido el sobrenombre de «huevos de hierro». Philipp lanza un juramento y escupe.

—La otra noche una puta acuchilló a uno de ellos y se la han jurado. Los hijos de su madre harán correr la voz durante unos días y luego volverán para dejarse infectar por nuestras pobres hijas. ¡Y bien que les está! ¡Que la roña se los coma vivos a todos!

Naves cargadas de toda clase de bienes de Dios, alfombras enrolladas, sacos de especias, cereales.

Un chiquillo corre a nuestro encuentro, el paticojo lo agarra por el cogote y le murmura algo. Aquel asiente, se libera del agarrón y corre en dirección opuesta.

—Eres afortunado, el inglés está en la cervecería.

Un pequeño mostrador al aire libre, lleno de marineros, capitanes de navío en acalorados tratos, algún armador local, reconocible por la negra hopalanda, sin ninguna garambaina y de corte elegante. El paticojo me dice que me espere, se acerca a un tipo grueso que nos da la espalda y me señala a mí, hace señas para que vaya hacia ellos.

—El señor Price, contramaestre del *Saint George*.

Una leve inclinación recíproca. —Philipp dice que quieres un pasaje para Inglaterra. —Puedo pagar trabajando a bordo. —Son dos días de navegación hasta Plymouth. —¿No era Londres? —El *Saint George* va a Plymouth. No hay ni tiempo ni razón para pensárselo: —De acuerdo.

—Tendrás que encargarte de la despensa. Preséntate a la hora del embarque mañana a las cinco.

El camastro maltrecho de una posada que me ha indicado Philipp, en espera de que pasen las horas.

Plazas, calles, puentes, palacios, mercados. Gentes, dialectos y confesiones distintos. El recorrido de los recuerdos es accidentado y peligroso: siempre dispuesto a traicionarte. Las mansiones de los banqueros de Augsburgo las calles luminosas de Estrasburgo, las murallas inexpugnables de Münster… todo vuelve a la mente confuso, disperso. No era siquiera yo, eran otros, con nombres distintos y otro fuego en las venas. El fuego que ha ardido hasta el fondo.

Una vela apagada.

Una excesiva devastación a mis espaldas, en esta tierra que quisiera que el mar sepultara de una vez para siempre.

Inglaterra. Gran tipo ese Enrique VIII. Disuelve las órdenes monásticas y confisca todos los bienes de los conventos. Se pasa de la mañana a la noche comiendo y jodiendo y, mientras tanto, se proclama cabeza de la Iglesia de Inglaterra…

Un país sin papistas ni luteranos. Pues sí, y luego tal vez el Nuevo Mundo. Al final no importa dónde, pero lejos de aquí, de otra derrota, del reino perdido de Batenburg.

Del horror.

La imagen de la cabeza de Jan Batenburg rodando me asalta de noche y me impide conciliar el sueño, y tal vez ni siquiera la distancia pueda alejarme del fantasma.

He visto cosas que quizá solo yo puedo contar aún. Pero no quiero. Quiero ahuyentarlas de mí para siempre y desaparecer en un perdido agujero, volverme invisible,

morir en santa paz, si es que me es concedido alguna vez un instante de paz.

Tengo mil años de guerra en la alforja, un puñal, una camisa y el dinero que servirá para zarpar. Es todo cuanto hará falta.

Poco antes del amanecer. Es hora de ir. Abajo en la calle no hay ni un alma, un perro me lanza una ojeada de sospecha mientras saca algo de entre unos restos. Recorro las desiertas calles orientándome gracias a las vergas que descuellan por encima de los tejados de las casas. En el barrio portuario me cruzo con un par de borrachos atiborrados de cerveza. Sus eructos resuenan desde lejos. El Saint George debe de ser la quinta de las naves.

Un alboroto repentino desde un callejón de la derecha. Veo con el rabillo del ojo a cinco tipos rodeando a un sexto, tratando de matarlo a golpes. Ello no me incumbe, aprieto el paso, los gritos del pobre hombre llegan ahogados por conatos de vómito y por los puñetazos en el estómago. Reconozco los yelmos en forma de huevo. Una ronda de españoles. Supero el callejón y entreveo los mástiles del Saint George. Por la pasarela de una de las naves amarradas descienden a todo correr una media docena de hombres, con arpones y fisgas en mano, vienen a mi encuentro. Calma. Pasan de largo y toman por el callejón, gritos en español, ruido de caídas. Mierda. Corro hacia mi nave, es allí, ya casi estoy, una zancadilla por detrás, me caigo y me doy de bruces contra el empedrado.

—Jodido cabrón, ¿pensabas salirte con la tuya, eh?

Un acento inconfundible. Otros huevos de hierro, aparecidos de quién sabe dónde.

—Pero qué coño…

Una patada en las costillas me deja sin aliento.

Me ovillo como un gato, más patadas, la cabeza, proteger la cabeza con las manos.

En el callejón libran una auténtica batalla.

Miro por entre los dedos y veo a los españoles sacar las pistolas. Tal vez alguno de los disparos sea para mí. No, se dirigen hacia el callejón. Disparos. Pasos a la carrera que se alejan.

El que la ha emprendido a puntapiés conmigo me pone la espada en la garganta.

—Levántate, miserable.

Debe de ser el único que sabe alguna palabra de flamenco.

Me pongo en pie y tomo aliento:

—Yo no tengo nada que ver… —carraspeo—. He de subir a bordo de la nave inglesa.

Ríe:

—No, debes dar gracias a Dios de que no acabes reventado como un perro, pues mi capitán ha dado órdenes de que solo os zurremos la badana.

La bota me golpea en la entrepierna. Me agacho y estoy a punto de perder el sentido. Todo da vueltas a mi alrededor, las vergas, las casas, los bigotes ridículos de ese bastardo. Luego unos brazos nervudos me alzan en peso y me arrastran.

El recorrido es confuso, malgastan golpes e insultos. Los sentidos están amortiguados, los miembros no responden ya.

Siento que la calle se desliza bajo mis pies, son dos lo que me arrastran.

Gritos desde las ventanas, objetos que caen, nos movemos más deprisa.

El de mi derecha es empujado, caemos. La cara dentro de un charco. Dejadme aquí. Los gritos van en aumento, hay gente al fondo de la calle, un carro atravesado para bloquear el paso: horcas. Los españoles se intercambian gritos incomprensibles. Levanto la cabeza: estamos acorralados contra un palacio, la calle se encuentra bloqueada por una barricada de la que llueven insultos. Alguien desde las ventanas lanza tiestos y perolas sobre los españoles. Uno de ellos está en el suelo desfallecido. El otro que me arrastraba está de pie de espaldas, pica en ristre. Trato de levantarme, pero las piernas no me sostienen, todo da vueltas. Está oscuro. Santo Dios…

La cabeza se hunde en una superficie blanda, debo de estar atado, no, muevo una mano, las piernas no responden, un pie, es como si las articulaciones pesaran quintales.

Soltadme. Las palabras se me quedan en la cabeza, de la boca sale saliva y algo sólido: un diente roto.

Abro un ojo y algo corre por mi pómulo. Un apósito me limpia la cara.

—Creía que no lo habías conseguido. Pero tu colección de cicatrices dice bien a las claras que eres un buen encajador.

Una voz plácida, con acento de aquí, una sombra desenfocada contra un ventanal.

Escupo coágulos de sangre y saliva.

—Mierda…

La sombra se acerca:

—Ya.

—¿Cómo he llegado?

Mi voz suena cavernosa y estúpida.

—En brazos. Te han traído esta mañana. Parece que todo enemigo de los españoles sea amigo de la gente de Amberes. No por otra razón estás vivo. Y estás también aquí.

—¿Aquí dónde?

Tengo un ataque de náusea, pero consigo contenerlo.

—Donde ni españoles ni esbirros vienen jamás.

Consigo sentarme sobre mis posaderas.

—¿Y por qué?

La cabeza cae sobre el pecho, vuelvo a levantarla con esfuerzo.

—Porque aquí vive la gente de dinero. O mejor, digamos que quien vive aquí el dinero también lo fabrica. Y son los que marcan la diferencia, créeme.

Me alarga una garrafa de agua y empuja un barreño contra mis pies. Me la echo por la cabeza, trago, escupo, la lengua está hinchada y con cortes en varios puntos.

Consigo verlo. Es delgado, de unos cuarenta años, sienes plateadas y mirada despierta.

Me alarga un trapo con el que me seco la cara.

—¿Es esta tu casa?

—Mía y de quien se encuentre en problemas. —Señala hacia fuera de la ventana—. Estaba en lo alto de un tejado y lo vi todo. Por una vez a los imperiales les han dado por culo.

Me aprieta la mano:

—Soy Lodewijck Pruystinck, y me dedico a poner tejados, pero los hermanos me llaman Eloi. ¿Y tú?

—He ido a parar por casualidad en medio de esa trifulca y puedes llamarme como te plazca.

—Quien no tiene nombre debe de haber tenido por lo menos cien… —Una sonrisa extraña—. Y una historia que bien merece ser oída.

—¿Quién te dice que tenga ganas de contársela a nadie?

Ríe y asiente:

—Si todo cuanto posees son los harapos que llevas, bien podrías aceptar mi dinero a cambio de una buena historia.

—Tú lo que quieres es tirar tu dinero.

—Oh, no, muy al contrario. Quisiera invertirlo.

No lo sigo ya. ¿Con quién diablos estoy hablando?

—Debes de ser de la raza de los ricos tontos.

—Por ahora soy el que te ha curado las heridas y el que te mantiene fuera de la mierda.

Nos quedamos en silencio, mientras apelo a todos los músculos del cuerpo.

Está cayendo la tarde sobre los tejados, he permanecido desvanecido todo el día.

—Tenía que subir a la nave.

—Sí, Philipp me lo dijo.

Me había olvidado del paticojo.

—Y desaparecer para siempre. Estas tierras no son un lugar seguro. Los ricos sobre todo tienen una memoria excelente para quienes les han jodido a las hijas y las joyas. Y en el nombre de Dios, además…

Permanezco inmóvil, fulminado, demasiado cansado para hacer acopio de mis ideas y

saber qué decir o qué hacer.

Sus ojos permanecen fijos en mí.

—Hoy Eloi Pruystinck le ha salvado el culo a un Armado de la Espada. ¡Los caminos del Señor son verdaderamente infinitos!

Mudo. Trato de leer una amenaza en su tono de voz, pero no es más que ironía. Señala el antebrazo, donde hasta esta mañana el vendaje escondía la marca.

La carne quemada está sucia, la señal casi imposible de distinguir.

—El ojo y la espada. Conocí a uno que se cortó el brazo para escapar del patíbulo. Dicen que Batenburg se comía el corazón de sus víctimas. ¿Es eso cierto?

Sigo callado, escrutando ese rostro para comprender adónde quiere llegar.

—La fantasía de la gente no conoce límites —levanta el paño que recubre el cesto de mimbre—. Aquí hay algo de comer. Trata de recuperar fuerzas, o no conseguirás ya levantarte de esta cama.

Hace ademán de irse.

—Vi rodar su cabeza. Gritó libertad antes de que lo mataran.

Mi voz tiembla, estoy debilísimo.

Se da la vuelta lentamente en la entrada, una mirada decidida.

—El Apocalipsis no ha llegado. ¿De qué sirvió asesinar a toda esa gente?

Me aflojo como un saco vacío, demasiado cansado incluso para respirar. Sus pasos se alejan tras la puerta.

Capítulo 3

Amberes, 23 de abril de 1538

Es una casa grande. Dos pisos enormes, con habitaciones que dan a largos pasillos. Niños medio desnudos se persiguen arriba y abajo por las escaleras, algunas mujeres preparan la comida en amplios calderos en una cocina que rebosa de todos los bienes de Dios. Alguno me saluda con un gesto de cabeza y una sonrisa, sin interrumpir su trabajo. Todos parecen relajados, plácidos, como si compartiesen la misma felicidad. En la que se diría la sala más grande se extiende una larga mesa, puesta con vajilla de plata: en la chimenea arde un trashoguero de haya.

Experimento la misma sensación que producen ciertos sueños un momento antes de verse interrumpidos por un brusco despertar: la conciencia de estar recorriendo un sueño y las ganas de saber qué hay detrás de la próxima puerta, de ir hasta el final.

De pronto me llega su voz desde una de las estancias: —¡Ah, por fin te has decidido a levantarte!

Eloi está cortando un gruesa tajada de carne de ternera sobre una mesa de mármol.

—Llegas justo a tiempo para comer con nosotros. Ven, ven, échame una mano.

Me pasa un trinchante.

—Sostenlo firme, así.

Corta unas tajadas finas y las coloca en un plato en cuyo borde campea un escudo de plata.

Con el rabillo del ojo escruta mi expresión confusa.

—Apuesto a que estás preguntándote adónde has ido a parar.

La boca está demasiado pastosa para articular ninguna frase, respondo con un gruñido.

—La casa ha sido puesta a nuestra disposición por el gentil micer Van Hove, un comerciante en pescado y buen amigo mío. Tal vez lo conozcas a su regreso. Todo cuanto ves era suyo.

—¿Era?

Sonríe:

—Ahora es de todos y de nadie.

—¿Quieres decir que todo es de todos?

—Así es.

Dos niñas atraviesan la habitación canturreando una cantinela cuyas palabras no pesco.

—Bette y Sarah son las hijas de Margarite. Nunca me acuerdo de quién es una y quién la otra.

Levanta el plato y grita:

—¡A la mesa!

Una treintena de personas afluyen en torno a la gran mesa ya puesta. Me hacen sentarme al lado de Eloi.

Una muchacha alta y rubia me sirve una jarra de cerveza.

—Te presento a Kathleen. Está con nosotros desde hace un año.

La muchacha sonríe: es guapísima.

Antes de que dé comienzo la comida, Eloi se pone en pie y reclama la atención del grupo.

—Hermanos y hermanas, escuchad. Ha llegado entre nosotros un hombre sin nombre. Un hombre que ha luchado largo tiempo y ha visto derramar mucha sangre. Estaba perdido y cansado, y ha recibido cuidados y amparo como es nuestra costumbre. Si decide quedarse con nosotros, deberá aceptar el nombre que queramos ponerle.

Al fondo de la gran mesa, un joven rubicundo, con unos tupidos bigotes rubios, exclama: —¡Llamémoslo Lot, el que no vuelve la mirada atrás!

Un eco de asentimiento recorre la sala, Eloi me mira satisfecho: —Está bien. Te llamaremos Lot.

Comienzo a comer con esfuerzo: me duelen la lengua y los dientes, pero la carne es tierna, de primera calidad.

—Ya sé lo que estás preguntándote.

Se pone más cerveza.

—¿Qué?

—Te preguntas qué hacemos permitiéndonos todo esto.

—Me imagino que os lo proporciona todo micer Van Hove…

—No exactamente. No es él el único en haber aportado fondos a las arcas para hacer un patrimonio común.

—¿Quieres decir que existen otros ricos que regalan todo a los pobres?

Ríe:

—Nosotros no somos pobres, Lot. Somos libres.

Con un gesto abarca enteramente la gran mesa:

—Aquí hay artesanos, carpinteros, gente que pone tejados, albañiles. Pero también tenderos y comerciantes. Lo que los reúne no es otra cosa que el Espíritu de Dios. Es lo que agrupa a todos los hombres y mujeres, por lo demás.

Lo escucho y no consigo comprender si está verdaderamente loco o no.

—Los bienes, Lot, el dinero, las joyas, las mercancías, sirven al cuerpo a fin de que disfrute de ellas el espíritu. Mira a esta gente: es feliz.

No tienen que matarse de esfuerzo para vivir, no tienen que robar a quien posee más ni tampoco trabajar para él. Y por su parte, quien tiene más no tiene nada que temer, puesto que ha elegido vivir con ellos. ¿Te has preguntado alguna vez cuántas familias dejarían de pasar hambre con lo que los Fugger tienen en sus arcas? Yo creo que medio mundo podría comer durante un año entero sin tener que mover un dedo. ¿Te has preguntado cuánto tiempo emplea un mercader de Amberes en amasar su fortuna? La respuesta es simple: toda su vida. Toda la vida acumulando, llenando cajas fuertes, joyeros, fabricando la prisión para sí mismo y para sus propios hijos varones, y la dote para las hembras. ¿Por qué?

Vacío la copa: su sueño ha sido también el mío.

—¿Y quieres convencer a los mercaderes del puerto de que es mejor para su espíritu dároslo todo a vosotros?…

—En absoluto. Lo único que quiero es convencerlos de que es más hermosa una vida libre de la esclavitud del dinero y de las mercancías.

—Olvídate de ello. Te lo dice alguien que ha luchado contra los ricos durante toda su vida.

Frunce los ojos y levanta el vaso:

—Nosotros no queremos luchar contra ellos, son demasiado fuertes. —Gotea la cerveza—. Lo que queremos es seducirlos.

Los dos sillones de cuero del gabinete son cómodos, me arrellano despacio, tratando de evitar los pinchazos en el costado. Una pluma de oca larguísima sobresale de un tintero negro sobre la mesa. Eloi me ofrece un poco de licor en una copita de cristal tallado.

—Amberes es oficialmente fiel a la Iglesia de Roma. El devotísimo Emperador tiene a sus oficiales guardianes de la verdadera fe, es decir, de su poder. Pero muchos aquí, a

escondidas, prestan su apoyo a las ideas de Lutero. Las clases mercantiles sobre todo no pueden más con la ocupación española, ni con los sacerdotes que acusan de herejía a quienquiera que abra la boca contra el Catolicísimo o sus serviles obispos. Los mercaderes producen, los mercaderes hacen el dinero, los mercaderes construyen los palacios y las calles. Los imperiales ponen tributos, persiguen y procesan. Las cuentas no salen. Lutero predica la abolición de la jerarquía eclesiástica y la independencia de Roma, sus príncipes alemanes se han rebelado y han atacado a Carlos y al Papa mediante un acto formal de protesta. Conclusión: antes o después, Flandes y los Países Bajos saltarán por los aires como un polvorín. Con la salvedad de que aquí, más que príncipes, lo que hay son grandes mercaderes. El único motivo por el cual todavía no han llegado al enfrentamiento es que hasta hace pocos meses estabais vosotros todavía de por medio.

—¿Qué pretendes decir?

—Los anabaptistas lo querían todo. Querían el Reino: la igualdad, la sencillez, la fraternidad. Ni el Emperador ni los mercaderes luteranos estaban dispuestos a concedérselo. Su mundo se basa en la competencia de los estados y de las compañías comerciales por el mando y la obediencia. Como dijo Lutero, a quien tuve el poco gusto de conocer hace ya más de diez años: puedes poner en común tus bienes con los demás solo si los tienes, pero ni soñar con hacerlo con los de Pilatos o de Herodes. Batenburg resultaba incómodo tanto para los católicos como para los luteranos. Ahora que los anabaptistas han sido derrotados, los dos contendientes que han quedado se enfrentarán encarnizadamente.

Trato de comprender adónde quiere llegar:

—¿Por qué me cuentas estas cosas?

Se queda pensando, como si no se esperase la pregunta: —Para que te hagas una idea de cuál es la situación aquí.

—¿Por qué me lo cuentas a mí?

—Has hecho la guerra. Y la has perdido. Tienes todo el aspecto de alguien que ha atravesado el infierno y ha salido vivo de él.

Se levanta y se acerca a la ventana tras haberse servido una segunda copita.

—No sé si eres la persona adecuada. La que yo ando buscando desde hace tiempo, quiero decir. Quisiera oír tu historia antes de opinar.

Eloi juguetea con la copita vacía.

Dejo la mía sobre la mesa:

—Eres una persona a la que resulta difícil quitarle la sonrisa del rostro.

—Es una cualidad, ¿no crees?

—¿Cómo se las arregla alguien que pone tejados para estar tan informado y hablar tan pulidamente?

Se encoge de hombros:

—Basta con frecuentar a las personas adecuadas.

—Que es como decir a los mercaderes del puerto.

—Al mismo tiempo que las mercancías circulan las noticias. Y respecto a lo que dices de hablar bien, las amistades a las que debo el dominio de la lengua no me han dado la oportunidad de aprender latín, lo que me disgusta bastante.

—*Omnia sunt communia*. Esto sí que lo conoces.

Tiene un momento de vacilación, que disimula con su acostumbrada media sonrisa de quien está por encima de cualquier engaño o de un antiguo secreto.

—Era la divisa de los rebeldes del veinticinco. En ese año yo fui a Wittenberg para conocer a Lutero y presentarle mis ideas, Alemania estaba sumida en el caos. Yo era demasiado joven y estaba lleno de grandes esperanzas por un monje que lo que hacía era engordar en el comedor de los príncipes. —Una mueca. Luego, no muy convencido de preguntármelo—: ¿Estabas tú con los campesinos?

Me levanto, ya demasiado cansado para continuar, necesito echarme en la cama, me duelen las costillas. Lo miro y me pregunto por qué he tenido que encontrarme con este hombre, sin ser lo bastante lúcido como para encontrar una respuesta.

—¿Por qué debería contarte mi historia? Y olvídate del ofrecimiento que me hiciste. No tengo ningún lugar adonde ir, no sabría qué hacer con tu dinero. Lo único que quiero es morir en santa paz.

Insiste:

—Y yo tengo curiosidad. Cuéntame por lo menos un poquito del comienzo: cuándo empezó todo, dónde.

El pozo es profundo; una sorda zambullida en el agua negra.

Las palabras:

—Lo he olvidado. El comienzo es siempre un final; es la enésima Jerusalén poblada aún de fantasmas y de profetas alucinados.

Por un instante su mirada se llena de horror, pero no debe de ser nada en comparación con el mío, delante de esos espectros.

—Dios santo, ¿estabas en Münster?…

Me arrastro cansado hacia la puerta, la voz es ronca y pastosa: —En esta vida no he aprendido sino una cosa: que el infierno y el paraíso no existen. Los llevamos dentro de nosotros adondequiera que vayamos.

Dejo sus preguntas a mis espaldas, tambaleándome por el pasillo para llegar a la habitación.

Capítulo 4

Amberes, 30 de abril de 1538

Algo arde aún dentro. La muchacha lava la ropa en el patio, un cuerpo joven y blanco que se deja entrever bajo el ceñido vestido.

No es la primavera, ya no, abril me obliga solamente a rascarme las cicatrices: el mapa de las batallas perdidas.

Es Kathleen. No es mujer de nadie, así como todos los hijos parecen no tener una sola madre o un solo padre, sino muchos padres. No existe reverencia o temor por los adultos, que se dejan tomar el pelo y sonríen ante las bromas infantiles. Mujeres con tiempo para jugar, barrigas preñadas, hombres que no levantan la mano, niños sobre las rodillas. Eloi ha creado el Edén y lo sabe.

Trece años atrás se enfrentó con Philipp Melanchthon en presencia de Lutero. El Gordo y el Flaco lo tomaron por loco y escribieron a las autoridades papistas de Amberes a fin de que los prendieran. Pocos meses después fray Puerco Cebado incitaría a nuestro asesinato, los demonios encarnados que habían osado desafiar a sus señores. Eloi y yo teníamos los mismos adversarios y no nos hemos conocido hasta ahora. Ahora que todo ha terminado.

Kathleen estruja la colada: todavía esa quemazón, en el fondo del estómago. He olvidado. La guerra lo ha borrado todo, la gloria de Dios, la multitud, la matanza: he olvidado. Y sin embargo está todo allí y no puede ser borrado, nebuloso y presente, al acecho detrás de cualquier recoveco de la mente.

Levanta el rostro y me ve: una sonrisa.

Es un lugar en el que uno podría detenerse, lejos de los problemas, del ala negra del Esbirro que me persigue desde siempre.

Eres hermosa. Estás viva. Eres una vida hundida en el fango que no quiere saber nada de darla por acabada y que me obsequia todavía con una jornada más de sol como esta y la quemazón en las entrañas.

—Gerrit Boekbinder.

Me sobresalto y me vuelvo de repente, el brazo contraído para descargar el golpe.

Un hombre bajo y corpulento, barba entrecana y mirada firme.

Me habla serio:

—El viejo Gert del Pozo. La vida no deja de depararle a uno sorpresas. Hubiera imaginado cualquier cosa menos encontrarme contigo. Y aquí, además…

Escruto ese rostro anónimo:

—Me has tomado por otro, compadre.

Ahora sonríe:

—No lo creo. Pero eso no tiene mucha importancia: aquí el pasado no cuenta, pues también yo llegué sin blanca como tú y solo de oír pronunciar mi nombre me puse como un gato salvaje. Estuviste con Van Geleen, ¿verdad? Me dijeron que te habían visto en la toma del Ayuntamiento de Amsterdam…

Trato de saber quién es el que tengo delante, pero sus rasgos no me dicen nada.

—¿Quién eres?

—Balthasar Merck. No me extraña que no te acuerdes de mí, pero también yo estaba en Münster.

Debe de habérselo dicho Eloi.

—También yo creí en ello de verdad. Tenía una tienda en Amsterdam: lo abandoné todo para unirme a los hermanos baptistas. Yo te admiraba, Gert, y cuando tú te fuiste fue un duro golpe, no solo para mí. Rothmann, Beuckelssen y Knipperdolling eran unos locos, nos llevaron al borde de la pura locura.

Nombres que duelen, pero Merck parece sincero y dispuesto a comprender.

Lo miro a los ojos:

—¿Cómo saliste de allí?

—Con el más joven de los Krechting. A su hermano lo colgaron en la celda junto con los demás, pero él logró llevarme fuera en el último momento, cuando los episcopales entraban ya en la ciudad —Una sombra oscura ensombrece su mirada—. En Münster dejé a mi mujer, pues estaba demasiado débil para seguirme, no lo consiguió.

—¿Y has terminado aquí?

—Durante meses pedí limosna por los caminos, incluso me apresaron en una ocasión, los soldados, sí, al regresar de Holanda. Me torturaron —muestra los dedos tumefactos—, para hacerme confesar que había sido baptista. Pero yo no abrí el pico. Sí, dolía, por supuesto, gritaba como un poseso mientras me arrancaban las uñas, pero no dije esta boca

es mía. Pensaba en mi Ania, enterrada en alguna fosa. Calladito. Me soltaron cuando creyeron que estaba loco de atar. Eloi me tomó consigo, me salvó la vida…

Vuelvo a echar una mirada más allá de la balaustrada: Kathleen recoge la ropa en un barreño y se la lleva.

—¿Es hermosa, verdad?

Quisiera responderle que ahora es sin duda más importante que nuestros recuerdos.

Me toca levemente:

—Aquí no hay maridos ni mujeres.

Una mueca:

—Soy viejo.

Ríe, el sonido de una carcajada, como si lo escuchase por primera vez, tras abandonar mi existencia durante años: —Solo estás cansado, hermano. Estás muerto: Gerrit Boekbinder está muerto y enterrado bajo las murallas de Münster. Aquí eres Lot, el que no vuelve la mirada atrás. No lo olvides.

La mano en un hombro. Observo a los niños abajo en el patio, como si fueran criaturas de fábula. Los verdugos niños de Münster están lejos, pequeños monstruos de Beuckelssen, los inquisidores infantiles que llevaban la muerte en los dedos.

—¿Quién es esta gente, Balthasar?

—Espíritus libres. Han conquistado la pureza, decretando la mentira del pecado y la libertad de sus deseos, la propia felicidad.

Dice estas cosas con naturalidad, como si estuviera explicando el orden del cosmos. Esta quemazón en el estómago se ha trocado en pesar, para mí, para este castigado cuerpo mío, y también esa sencilla alegría.

La mano aprieta el hombro:

—El Espíritu Santo está en ellos, como en cada uno de nosotros. Viven en el día de Dios, sin necesidad de empuñar la espada.

Los ojos se apagan, como si se negaran a ver: —¿Crees que es así? ¿Perdimos el Reino para volver a encontrarlo aquí?

Asiente:

—Un día Eloi me dijo que el Reino de Dios no es algo que debamos esperar: no tiene ni ayer ni mañana, y ni siquiera llega a tres mil años. Es la experiencia de un corazón: existe en todas partes y en ningún lugar en concreto… Está en la sonrisa de Kathleen, en el calor de su cuerpo, en la alegría de un niño.

Siento que quisiera dar rienda suelta al odio, al miedo, a la desesperación, a la derrota. Pero es difícil, doloroso. Tengo que apoyarme en la balaustrada.

—Para mí es tarde.

—No lo es ya para nadie. Estando aquí aprenderás también esto, hermano.

—Eloi quiere que le cuente mi historia. ¿Por qué?

—Él cree en los pobres de espíritu, en los últimos. Cree que Cristo puede resurgir en cada uno de nosotros, sobre todo en aquellos que han conocido el fango de la derrota.

—Yo tan solo veo un mar de horror detrás de mí.

Suspira, como si comprendiera de verdad: —Los muertos deben enterrar a los muertos para que los vivos puedan renacer a una nueva vida.

La lección del Salvador.

—¿Te ha dicho él también esto?

—No. Lo comprendí yo al cruzar el umbral en el que ahora te encuentras.

No sé cómo ha sucedido, pero lo cierto es que de la forma más natural del mundo, sin que nadie me dijera nada, de repente me he visto aguzando los palos para el vallado del huerto. He comenzado a responder a los saludos de todos, y un joven cardador me ha aconsejado incluso sobre la mejor manera de ajustar el armazón.

Amontono palos puntiagudos en un rincón del jardín de detrás de la casa, la pequeña hacha es precisa y ligera, me permite trabajar sentado y sin excesivo esfuerzo. Por un momento vuelvo a ver a un joven que corta leña en la era del pastor Vogel, hace mil años de eso, pero es un recuerdo que ahuyento enseguida.

La niña rubia se acerca con una sonrisa sin dientes: —¿Eres tú Lot?

Le cuesta aún articular las palabras.

Me detengo, para no correr el riesgo de hacerle algún daño con las astillas: —Sí. ¿Y tú quién eres?

—Magda.

Me alarga una piedra coloreada.

—La he pintado para ti.

Jugueteo con ella un poco.

—Gracias, Magda, eres muy amable.

—¿Tú tienes alguna niña?

—No.

—¿Y por qué no?

Ningún niño me ha hecho jamás preguntas.

—No lo sé.

Ella aparece de repente, con un saquito de semillas bajo el brazo.

—Magda, ven, tenemos que sembrar el huerto.

De nuevo esa vieja quemazón. Las palabras salen solas: —¿Es tu hija?

—Sí.

Kathleen sonríe, volviendo radiante la jornada, toma de la mano a la pequeña y dirige una mirada a los palos.

—Gracias por lo que estás haciendo. Sin el vallado, el huerto no sobreviviría un solo día.

—Gracias a vosotros por haberme acogido.

—¿Te quedarás con nosotros?

—No lo sé, no tengo ningún sitio adonde ir. La niña toma el saco de las manos de su madre y corre hacia el huerto hablando sola.

El azul de Kathleen no da tregua a mi estómago.

—Quédate.

Capítulo 5

Amberes, 4 de mayo de 1538

Eloi está negociando con dos tipos vestidos de negro, su expresión seria y expeditiva es la propia de los comerciantes.

Espero sentado aparte: parece encontrarse a sus anchas con esa gente. Me pregunto si saben cómo piensa realmente.

Se despiden con grandes cumplidos mutuos y falsas sonrisas, la de Eloi sigue siendo insuperable. Los dos cuervos salen sin dignarse dirigirme una mirada.

—Son los propietarios de una imprenta. He convenido una suma para poder usarla. Les he prometido que no tendrán problemas con la censura, hemos de ser prudentes.

Me habla como si estuviera ya claro que soy uno de ellos.

—Me imagino que el dinero te lo proporcionan siempre tus «conocidos»…

—En todas partes hay gente receptiva a lo que decimos. Hay que contactar con ella, encontrar más dinero para imprimir y difundir nuestro mensaje. La libertad de espíritu no tiene precio, pero este mundo quiere imponerle uno a todas las cosas. Hemos de tener los pies bien en el suelo; aquí lo compartimos todo, vivimos tranquilos y con sencillez, trabajamos lo necesario para sobrevivir y engatusamos a los ricos para que nos financien. Pero fuera impera la guerra de los estados, de los mercaderes, de la Iglesia.

Me encojo de hombros, desconsolado:

—¿Es esto lo que buscas? ¿Una persona que sepa moverse en ese mundo de tiburones? ¿A alguien que haya salido vivo?

La acostumbrada sonrisa desarmante, pero con la sinceridad que no ha reservado a los mercaderes: —Hace falta alguien despierto, capaz de fingir y susurrar las palabras

adecuadas a los oídos adecuados.

Nos miramos.

—La historia es larga y complicada, y la memoria flaquea a veces.

Eloi está serio:

—No tengo prisa y de las penalidades se sale reforzado.

Es como si nos hubiéramos entendido desde siempre, como si me estuviera esperando, como si…

—Sé que has conocido a Balthasar. ¿Ha sido él quien te ha hecho cambiar de idea?

—No. Ha sido una niña.

El escritorio está en penumbra, dividido en su mitad por una columna de luz que se filtra a través de los postigos entornados. Eloi ofrece un poco de licor y una atención silenciosa.

—¿Qué sabes de la guerra de los campesinos?

Sacude la cabeza:

—No mucho. Cuando fui a Alemania en el veinticinco me encontré a un hermano con el que estaba en contacto epistolar desde hacía algún tiempo: se llamaba Johannes Denck, un espíritu libre y dispuesto a desafiar la arrogancia de los papistas tanto como la de Lutero. Pero como te he dicho, entonces era joven y poco prudente.

El nombre hiela la sangre, hace aflorar recuerdos, un rostro, una familia.

—Conocía bien a Denck. Luché con él al lado de hombres que creyeron de verdad poder poner fin a la injusticia y a la impiedad sobre la tierra. Éramos millares, éramos un ejército. La esperanza quedó destrozada en la llanura de Frankenhausen, el quince de mayo de mil quinientos veinticinco. Entonces abandoné a un hombre a su destino, a las armas de los lansquenetes. Me llevé conmigo su alforja llena de cartas, de nombres y de esperanzas. Aparte de la sospecha de haber sido traicionados, vendidos a las tropas de los príncipes como un rebaño en el mercado. —Aún resulta difícil pronunciar ese nombre—. Ese hombre era Thomas Müntzer.

No lo veo, pero percibo el estupor que lo asalta, tal vez la incredulidad de quien piensa tener delante a un espectro.

Su voz es casi un bisbiseo:

—¿De veras luchaste con Thomas Müntzer?…

—También yo era joven entonces, pero lo bastante espabilado como para comprender que Lutero había traicionado la causa que nos había vendido. Comprendimos que íbamos a tener que proseguir a partir del punto en que ese monje había rendido las armas. La historia habría podido terminar así, en esa llanura cubierta de cadáveres. Y en cambio sobreviví.

—¿Denck murió allí?

—No. Su cometido consistía en reunir refuerzos para el choque, pero nunca llegó a tiempo.

Recordar cuesta un esfuerzo tremendo:

—En Frankenhausen morí por primera vez. No sería la última.

Me tomo a sorbos el licor para disolver la memoria:

—Durante dos años, dos infinitos años, permanecí oculto con un pastor luterano que simpatizaba en secreto con nuestra causa, mientras que fuera los soldados peinaban región por región en busca de los supervivientes, de los veteranos de la guerra. Estaba acabado, tenía un nombre nuevo, los amigos estaban muertos, el mundo poblado de fantasmas y de gente dispuesta a traicionarte por una palabra de más. Un buen día, cuando ya el tiempo del trabajo y de la soledad parecía haberme subyugado, nos descubrieron, no sé cómo, pero subieron hasta donde estábamos nosotros. Tuve que reanudar mi huida.

Tomo aliento:

—Pensándolo bien ahora de nuevo, esa repentina fuga fue mi suerte, pues me salvó de una muerte más lenta y atroz.

Tal vez no comprende, no me sigue hasta el fondo, pero no se atreve a interrumpirme, pues está realmente fascinado por lo que pueda decir en la siguiente frase.

—Adopté el nombre de un hombre que se había cruzado por casualidad en mi camino. Vagabundeé largo tiempo en busca de no sé qué, de un lugar donde desaparecer. A finales del verano del veintisiete llegué a Augsburgo y me encontré de nuevo con Denck.

—El Sínodo de los Mártires…

Habla lentamente y en voz baja: sabe respetar una historia.

—Por supuesto. La reunión de los supervivientes. Estúpidos e inútiles supervivientes.

Capítulo 6

Augsburgo, Baviera, finales de julio de 1527

Lucas Niemanson. Mercader de brocados en Bamberg. Bolsa repleta, preciadas ropas de buen paño, una considerable carga de mercancías y efectos personales, en un carro más bien nuevo, tirado por dos jamelgos algo derrengados pero jóvenes aún. Descanso mis músculos doloridos, por miles de botes, sacudidas y maldiciones por los senderos inconexos de estas landas, en el decente camastro de una casa de huéspedes que está justo pasada la puerta oeste de la ciudad. Ante todo dormir algunas horas para aliviar los huesos; mañana ya pensaré en la carga, en el carro y en el cuadrúpedo más cansado. Echar un vistazo por las calles de esta poblada ciudad imperial, donde están afluyendo los agitadores de cada región para escapar a una nueva matanza. Como Hans Hut, el profeta librero, que debe de haber fundado una comunidad en cada casa de postas y prodigado visiones apocalípticas apenas se saltaba una comida. Por lo que se dice esta ciudad albergará pronto un sínodo de todos los representantes de las comunidades surgidas en los últimos años, en esa mordaza entre Lutero y el Papa que ahora nuevamente se estrecha.

Cauto. No te metas en la boca del lobo, no te expongas al ojo ubicuo del enemigo.

Observar, cautela, mantenerse si es preciso en el camino debido. En el fondo así he llegado hasta estas murallas. La tragedia, el hado, la suerte insondable han proporcionado materia prima y espíritu a esta situación que nunca hubiera imaginado que se produjese.

Había estado parado demasiado tiempo. El embotamiento del espíritu se transmite a los miembros. Comencé a vagar tan pronto como corrió la voz de que andaban buscando a Vogel. Se había terminado de nuevo. O mejor dicho, partir una vez más sin saber hacia dónde. Andan buscando a los que regresaron de la guerra. Aniquilarlos, empujarlos a

confesar lo que ni siquiera se les ha pasado por la cabeza. Buscan a los que regresaron de la guerra. Andando, veintiséis años. El ejército de los desharrapados sublevados. Aniquilarlos. Entonces, andando, sin decir esta boca es mía. A ninguna alma viviente.

Indigente como tantos otros, con un manojo de cartas, recuerdos y sospechas insoportables.

El azar ha conducido mis agotados despojos por senderos y posadas, aldeas y mesones, mercados y graneros. El azar quiso unir la suerte amarga y desconsiderada del mercader Niemanson a la mía el día veintisiete de junio, al término de infinitos y solitarios vagabundeos.

Se estaba informando nervioso acerca de la seguridad de los caminos en dirección sur y sobre la mejor hora para partir. Sin duda, transportaba una valiosa mercancía. Bajo la capa, la fascinante hinchazón de una bolsa de cuero claro: una preciosidad a simple vista. Un criado obligado a guardar cama durante algunos días, contagiado por alguna pelandusca, que lo obliga a proseguir solo, mañana al amanecer.

Lo sigo a distancia, durante casi dos leguas, hasta que el camino, trazando un amplio recodo, se adentra en una zona boscosa, de colinas bajas, completamente aislada. Me pongo al lado del carro y hago señal de que se detenga, con gestos excitados.

—¡Señor, señor!

—¿Qué queréis? —pregunta frunciendo el entrecejo y tirando de las riendas.

—Vuestro servidor, señor…

—¿Qué le pasa, qué es lo que quiere?

—La verdad es que no parece tan enfermo. Esta misma mañana lo han pillado tratando de dejar la posada a la chita callando. Llevaba con él una gruesa bolsa llena de objetos preciosos que creo que pertenecen a vuestra carga. —Y mientras le digo todo esto muestro la alforja con la correspondencia de Magister Thomas.

—¡Ese hijo de puta! Claro que no es suyo, es un asqueroso. Esperad, voy a ver.

Baja, se acerca, aprieto el borde de la bolsa con la mano izquierda, se inclina para mirar. El bastón se abate rápido sobre la nuca.

Cae como un árbol seco.

Le bloqueo los brazos con las rodillas, tres vueltas de cuerda y un nudo muy prieto.

Libero la bolsa de la cintura y lo hago rodar hasta dentro de una hondonada. Hecho.

Corto el enredijo de cuerdas que asegura la carga y subo para echar un vistazo: paños, rollos de diversa forma y colorido. Pobre bastardo, ya puedes despedirte de tus negocios. Ni siquiera tus ropas van a servirte por ahora. Y mucho menos el nombre que leo grabado en uno de los costados del carro: «Lucas Niemanson, tejedor en Bamberg».

Capítulo 7

Augsburgo, 3 de agosto de 1527

Johannes Denck está en Augsburgo. Por la calle me he enterado de alguna noticia sobre él y ahora sé con exactitud dónde buscarlo. Detrás de la gran reunión de los pastores de las comunidades, que se prepara para mediados de mes, está sobre todo la mano del joven veterano de la revuelta.

La casa que me han indicado está tocando a una calle de laneros. Me abre la puerta una mujer esbelta, con un niño en el regazo, seguida por el corretear inseguro de una niña, que enseguida se esconde entre las piernas de su madre. Soy un viejo amigo del marido, a quien no veo desde hace años. Me quedo en la puerta, la niña se me queda mirando fijamente con expresión de curiosidad.

Johannes Denck es un abrazo fuerte y unos ojos relucientes e incrédulos.

Me ofrece de beber de una bota que lleva colgada al cinto y una sonrisa sincera, sin palabras. Me toca los brazos, los hombros, como si quisiera asegurarse de que no se trata de un fantasma aparecido del abismo de sus peores pesadillas. Sí, soy yo precisamente. Pero olvídate de mi nombre si no quieres hacerles un favor a los esbirros. Ríe feliz.

—¿Cómo debo llamarte? ¿Redivivo? ¿El Renacido?

—Durante dos años fui Gustav Metzger. Actualmente soy Lucas Niemanson, comerciante en paños. Mañana, quién sabe…

Continúa mirándome fijamente, espantado. Es difícil para los dos dar con las palabras, elegir cómo empezar. Por lo que nos quedamos así, en silencio, durante un tiempo infinito,

volviendo a pensar en todo. Esta tarde Mühlhausen es una isla lejana del mundo y de la vida, a la que tal vez un día lleguemos buscando el camino del Señor. Desde lugares lejanos y a la vuelta de destinos distintos.

—¿Solo tú?

La voz es grave y hecha de recuerdos.

—Sí.

Agacha la cabeza, para recuperar en la memoria algún rostro, alguna figura, algún grito de euforia y de esperanza que ahora resuena ya muy lejano.

—¿Cómo?

—Suerte, amigo mío, suerte y tal vez una pizca de bondad divina que quiso asistirme. ¿Y tú?

Los ojos abiertos de par en par al recuerdo, como si hiciera un esfuerzo, como si hablara de cuando era niño: —Nos quedamos empantanados por la zona de Eisenach. Había conseguido reclutar a un centenar de hombres y recuperar una espingarda. Pero nos topamos con una columna de soldados, que nos obligó a refugiarnos en una aldea de cuyo nombre no me acuerdo. —Levanta la mirada hacia mí—. Lo siento, no lo logré. No fui de ninguna ayuda.

Parece más amargado que yo. Pienso en cuántas veces en estos dos años debe de haberse reprochado la impotencia de aquel día.

—No hubieras servido más que de carne de cañón. Éramos ocho mil y no sé de ninguno que se haya salvado.

—Aquí estás tú.

Sonrío forzadamente y busco la ironía de la desventura: —Alguien tenía que contarlo.

—Lo has conseguido. Esto es lo que cuenta.

—Lo perdimos todo.

Unos ojos risueños, de una cordura que no recordaba: —¿Acaso conoces algo por lo que valga la pena perderlo todo?

Una mueca divertida es todo cuanto consigo ofrecerle. Pero sé que no le falta razón y ya quisiera yo poseer la misma ligereza para aventar el pasado.

Se pone serio, no le ha faltado tiempo para reflexionar.

—Cuando supe que habían ajusticiado a Magister Thomas y a Pfeiffer, también yo pensé que la cosa se había terminado. Dicen que en la represalia posterior a Frankenhausen cayeron más de cien mil personas. Escapé, me embosqué y traté de salvar el pellejo. Durante meses no dormí en la misma cama dos noches seguidas. Pero no estaba solo, no, tenía la esperanza de volver a contactar con los hermanos en las otras ciudades, todos los amigos y los colegas de la universidad. Esto me mantuvo con vida, me dio fuerzas para no quedarme sentado en el suelo esperando el golpe definitivo. De haberme detenido, ahora

no estaría aquí para recibirte.

Salimos fuera, al patio trasero de la casa, donde hay escarbando algunos pollos que han perdido parte de sus plumas y dos pieles de ciervo se secan al sol como viejas velas estropeadas.

Me toca contar a mí:

—Yo me senté. Y me morí. Me quedé en el suelo dos años enteros, cortando leña y escuchando las paparruchas del único loco que me dio cobijo: Wolfgang Vogel.

—¡Vogel! Dios santo, me enteré de que lo habían ajusticiado hace algunos meses.

—Por poco no he tenido el mismo fin.

Bisbisea entre dientes, preocupado:

—¿Cómo dieron con él?

—Interceptaron a uno de los compañeros de Hut mientras se dirigía al sur en busca de alguno que se hubiera salvado. Me imagino que lo torturaron y lo obligaron a dar todos los nombres. Vogel debía de ser uno de ellos y tuvo que poner pies en polvorosa. Y yo con él. Perros rastreros de los cojones. Nos siguieron durante dos días enteros, hasta que nosotros decidimos que era mejor separarnos. Yo conseguí salvarme, pero él no. Y aquí me tienes.

Me mira de soslayo:

—Debes de tener buena estrella, amigo mío.

—Hum. Son tiempos en los que sería mejor tener una buena espada.

Refresca; los ruidos de la ciudad llegan hasta nosotros amortiguados. Nos sentamos sobre el tronco de la leña. La intimidad entre supervivientes funde los pensamientos y las palabras salen plácidas y casi distantes, como el vocerío de la calle. Estamos vivos y este milagro es el que ahora nos basta, eso es lo que querríamos decirnos, sin añadir nada más.

El licor le enronquece la voz:

—En unos días tiene que llegar también Hut. Se le ha metido en la mollera que el Apocalipsis está ya próximo, y anda dando vueltas por ahí como un santo bautizando a la gente. Es una casualidad que no le hayan echado el guante aún. Vaga por los campos y se para a hablar con los campesinos, para preguntarles cómo interpretan ellos los pasajes de la Biblia que les lee.

Me río a carcajadas.

—Mira que cosecha un gran éxito.

—¡Hut! ¡Un librero fracasado que acaba convertido en profeta!

Por un momento nos desternillamos de risa, pensando en el timorato Hans al que tan bien conocimos.

—Me ha llegado el rumor de que Störch y Metzler están tratando de reunir un ejército agrupando a los supervivientes de la guerra. Son dos locos. No cuentan con la menor esperanza. En cambio, aquí van llegando hermanos desde el año pasado. De Suiza y de las

ciudades vecinas. Existe un buen ambiente, por lo menos podemos reunirnos libremente. Es gente lista, tienes que conocerlos, provienen de la universidad. Este sínodo que estamos organizando será un nuevo comienzo. Todo volverá a empezar a partir de aquí, son muchos todavía los que quieren profesar libremente su fe. Pero tendremos que ser prudentes.

Tal vez se espera un entusiasmo, pero esta vez te desilusionaré, hermano. Me quedo en silencio y lo dejo continuar.

—Está Jacob Gross, de Zurich, lo hemos elegido ministro del culto, y Sigmund Salminger y Jacob Dachser como asistentes suyos: son augsburgueses, y conocen perfectamente a la gente de aquí. También están los seguidores de Zwinglio, Leupold y Langenmantel. Con su ayuda hemos creado un fondo para los pobres…

Habla de acontecimientos lejanos, está contando la saga de un pueblo desaparecido. Quizá intuye, se interrumpe, un suspiro.

—No todo está perdido.

Apenas si asiento:

—Efectivamente, estamos vivos.

—Ya sabes qué quiero decir. Hemos convocado aquí a todos los hermanos.

De nuevo la misma sonrisa forzada:

—¿Quieres comenzar de nuevo, Johann?

—No quiero nuevos curas que me digan qué debo creer y leer, ya sean papistas o luteranos. Somos bastantes para infiltrarnos en la universidad y desplazar a los amigos de Lutero y de los príncipes, porque es en las universidades, en las ciudades, donde se forman las mentes y se difunden las ideas.

Lo miro fijamente a los ojos, ¿se lo cree de veras?

—¿Y piensas que os dejarán hacerlo, que se quedarán de brazos cruzados mientras vosotros os organizáis? Yo los he visto. Los he visto cargar y asesinar a gente inerme, simples chiquillos…

—Lo sé, pero en Augsburgo es distinto, en las ciudades podemos actuar más libremente, estoy convencido de que si Müntzer estuviera ahora aquí estaría de acuerdo conmigo.

El nombre repercute en mis entrañas y me hace espetar: —Pero no está. Y esto, te guste o no, significa algo.

—Hermano, a pesar de su grandeza, él no lo era todo.

—Pero los millares que lo seguían sí. Hace años dejé Wittenberg porque estaba harto de disputas teológicas y de doctores que me explicaban lo que leía, mientras que fuera de allí Alemania ardía. Después de todo lo que pasó, sigo pensando así. No serán estos teólogos tuyos quienes detengan la represión.

Caminamos callados a lo largo del borde del patio, tal vez ni siquiera él cree en el

fondo en su propia confianza. Se detiene y me pasa la bota.

—Deja al menos que lo intenten.

Capítulo 8

Augsburgo, 20 de agosto de 1527

La casa del patricio Hans Langenmantel es grande, el salón tiene capacidad para todos. Una cuarentena de personas, muchas ya bautizadas por Hut, que llegó a la ciudad precisamente ayer. En el momento de abrazarme repitiéndome las palabras del Magister, «ha llegado la hora», no he sabido si echarme a reír en sus propias barbas o largarme. Al final he optado por ver y callar, nuestro librero no se ha dado cuenta de que los tiempos han decidido seguir en la misma iniquidad renovada. Pero ¿habría podido hacerlo? Puso pies en polvorosa al primer disparo de cañón.

Denck me abre paso presentándome a los hermanos con el nombre de Thomas Puel. Evitamos el parloteo general, en espera de que llegue Hut.

—Habrá lucha.

—¿Qué quieres decir?

—Hut estuvo en Nicolsburg y tuvo sus diferencias con Hubmaier, un hermano de allí que no quiere saber nada de sus locuras. Parece que Hans propuso no seguir pagando los tributos y negarse a prestar servicio en la milicia. Las autoridades acabaron por encerrarlo en el castillo y él consiguió evadirse por una ventana gracias a la ayuda de un amigo. Supongo que estará hecho una furia, ahora que puede dárselas también de mártir. Querrá hacer las mismas propuestas también aquí.

Rostros desconocidos, caras serias. Convenzo a Johann para que nos sentemos aparte.

—Dachser y los demás son tipos con los pies en el suelo, tendré que tratar de limitar los daños que pueda causar Hut. Si entramos enseguida en conflicto con las autoridades, no nos dará tiempo de reforzarnos. Pero vete tú a explicárselo…

Evocado por las palabras de Denck, aparece en el centro de la sala, pose de profeta que en vez de moverme a la risa lo único que consigue es darme pena.

Vuelve a vestirse sin decir una palabra. La luz se filtra por la ventana y deja entrar la noche.

Echado sobre un costado, contemplo los campanarios que se recortan contra el cielo, atestado de golondrinas. Un zorzal salta sobre el alféizar y me observa inseguro. Siento el peso del cuerpo, de los músculos inertes, como suspendidos en el vacío.

—¿Me deseas aún?

No tengo ganas de mover la cabeza, de volver la mirada, de hablar. El zorzal silba y salta hacia abajo.

La mano alcanza la bolsa bajo la cama. Le tiro las monedas sobre la colcha.

—Con esto podemos seguir haciéndolo.

La voz murmura algo.

—Soy rico. Y estoy cansado.

Me doy cuenta de que ha salido en el más absoluto silencio. Sigo sin moverme. Pienso en esos locos que discuten sobre cuál será el Día del Juicio. Pienso que me he salido demasiado deprisa, ofendiendo a todo el mundo. Pienso que Denck lo habrá comprendido seguramente. Y que el aire de la calle me ha sentado bien al instante mientras caminaba sin objeto por la ciudad. Que ella ha seguido al extranjero adecuado y que era joven y miserable, como Dana, ha ofrecido calor y una sonrisa que podía parecer casi sincera. He decidido no pensar.

Los amigos están muertos y para los que quedan he descubierto que estoy sordo. Dios no tiene nada que ver en esto; nos abandonó un día de primavera, desapareciendo del mundo con todas sus promesas y dejándonos en prenda la vida. La libertad de gastarla entre aquellos blancos muslos.

El zorzal vuelve al alféizar lanzando reclamos a las torres. El sueño asoma bajo los ojos.

No consigo darte un rostro, eres como una sombra, un espectro que se desliza al margen de los acontecimientos y aguarda en la oscuridad. Eres el mendigo que pide limosna en el callejón y el grueso mercader que se aloja en la habitación de al lado. Eres esa joven ramera y el esbirro que me busca ansiosamente pisándome los talones. Todos y nadie, tu raza vino al mundo con Adán: mala suerte y a Dios en contra. El ejército que nos esperaba detrás de aquellas colinas.

Qoèlet, el Eclesiastés. El profeta de la desventura. Tres cartas llenas de palabras de oro para el Magister, de noticias y consejos importantes. En Frankenhausen no encontramos al ejército en desbandada que nos prometiste, sino a un ejército fuerte y aguerrido. Escribías que los borraríamos del mapa.

Querías que descendiéramos a aquella llanura, a dejarnos matar todos.

Denck tiene una buena familia, tranquila, pero no deben de pasarlo excesivamente bien: sus ropas están raídas y remendadas en más de un sitio, la casa está desnuda. Su mujer Clara ha cocinado para mí, la hija mayor se ocupaba del hermano, mientras que la madre servía la cena.

—No tendrías que haberte ido así.

No existe ningún resentimiento, llena los vasos de aguardiente y me pasa uno.

—Es probable. Pero no tengo ya estómago para ciertas discusiones.

Sacude la cabeza mientras trata de reanimar el fuego revolviendo las brasas con el atizador: —El hecho de que Hut sea poco lúcido no significa que…

—No es Hut el problema.

Se encoge de hombros:

—No puedo obligarte a creer por la fuerza en este sínodo. Lo único que te pido es que tengas un poco más de confianza en nosotros.

—En estos años me he vuelto desconfiado, Johann.

Pronuncio el nombre en voz baja, una costumbre ya:

—Magister Thomas no nos condujo a Frankenhausen para que nos aniquilaran; las informaciones que tenía eran erróneas. —Miro a Denck a los ojos, para hacerle comprender la importancia de las palabras—. Alguien, alguien de quien Magister se fiaba, le mandó una carta llena de noticias falsas.

—¿Thomas Müntzer traicionado? No es posible…

Introduzco la mano debajo de la camisa y saco las hojas amarillentas.

—Lee, si no me crees.

Los ojos azules recorren rápidos las líneas, mientras una expresión entre incrédula y disgustada se pinta en su semblante: —Dios omnipotente…

—Está fechada el primero de mayo de mil quinientos veinticinco. Fue escrita dos semanas antes de la carnicería. Felipe de Hesse estaba ya dejando aislado el sur y se dirigía a marchas forzadas hacia Frankenhausen. —Dejo que las palabras surtan su efecto —. Y aquí tienes otras dos cartas, escritas del mismo puño y letra, que se remontan a dos años antes: llenas de bonitas palabras, nadie podía sospechar que no fueran sinceras. Había quien cortejaba al Magister desde hacía tiempo para ganarse su confianza.

Le paso las otras dos misivas. La mueca de la boca no deja lugar a dudas sobre lo que está abrasándolo por dentro. Recorre deprisa las palabras salvadas de milagro de la destrucción, hasta que el rostro se vuelve de piedra, los ojos diminutos.

—Has conservado estas cartas durante mucho tiempo.

Nos miramos a los ojos, los reflejos del fuego danzan el *sabbat* sobre nuestros cuerpos: —Estaba con él, Johann, estuve a su lado hasta el final. Fue el Magister quien me ordenó que me pusiera a salvo, queriendo que lo librase a su suerte. Y yo así lo hice, sin pensármelo dos veces.

Nos quedamos en silencio, de nuevo sumidos en los recuerdos, pero es como si percibiera el fluir de sus pensamientos.

Al fin le oigo murmurar:

—Qoèlet. El Eclesiastés.

Asiento:

—El hombre de la comunidad, un hombre cualquiera. Alguien en quien el Magister tenía puesta su confianza y que nos mandó al matadero. Yo no me fío ya de nadie, Johann, y mucho menos de escritorzuelos y doctores. No tengo nada en contra de tus amigos, pero que cada palo aguante su vela.

—Si quieres quedarte al margen, respetaré tu decisión. Pero entonces debo pedirte que sigas siendo mi amigo.

Echa una mirada hacia la oscuridad de la otra estancia: —Mi familia. Si me viera obligado a dejar la ciudad deprisa y corriendo, no podría llevármelos conmigo.

No hay necesidad de más palabras: tenemos todavía algo que ningún esbirro o derrota podrá quitarnos.

—Descuida. Velaré por ellos.

Johannes Denck es el único amigo que me ha quedado.

Capítulo 9

Augsburgo, 25 de agosto de 1527

Tres golpes y una voz ronca tras la puerta.

—¡Soy yo, soy Denck, abre!

Salto fuera del catre y quito el cierre.

Está rojo de sudor y sin aliento por la carrera.

—Los esbirros. Han cogido a Dachser, irrumpiendo en su casa, mientras todos dormían.

—¡Mierda!

Comienzo a vestirme a toda prisa.

—El barrio está lleno de soldados de la guardia, entran en las casas, saben dónde vivimos.

—¿Y los tuyos?

—En casa de amigos, es un lugar seguro, tienes que venir también tú, aquí es demasiado peligroso, andan buscando a gente venida de fuera de la ciudad…

Recojo mis cosas y aseguro la daga debajo de la capa.

—Esa no servirá de nada.

—O quizá sí, vamos, andando.

Bajamos las escaleras y salimos al callejón, me guía en las primeras luces del alba por calles estrechas, donde comienzan a abrir las tiendas. Lo sigo sin conseguir orientarme, nos introducimos en un barrio miserable, tropezamos con un perro pulgoso, al que espanto de una patada, siempre detrás de Denck, con el corazón en un puño. Se para delante de una puerta pequeñísima: dos golpes y una palabra susurrada. Nos abren. Entramos, dentro está

oscuro, no veo nada, me empuja hacia una trampilla.

—Cuidado con las escaleras.

Bajamos y nos encontramos en una bodega, una luz ilumina tenuemente unos semblantes demudados, reconozco los rostros de algunos hermanos vistos en casa de Langenmantel. También están la mujer y los hijos de Denck.

—Aquí estáis en lugar seguro. Hay que avisar a los demás, volveré lo antes posible.

Abraza a la mujer, un fardo sollozante en brazos, una caricia a la niña.

—Voy contigo.

—No. Me hiciste una promesa, ¿recuerdas?

Me arrastra hacia la escalera:

—Si no volviera, llévatelos lejos de aquí, a ellos no les harán nada, pero no quiero que corran ningún riesgo. Prométeme que cuidarás de ellos.

Es difícil librarlo a su suerte así, es algo que no hubiera querido hacer nunca más.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

Me da un fuerte apretón de manos, con una media sonrisa. Desato la daga del cinto: —Toma esto.

—No, mejor no dar ningún pretexto para que me maten como a un perro.

Trepa ya escalera arriba.

Me vuelvo, su mujer está allí, ni una lágrima, el hijo al cuello. Pienso de nuevo en Ottilie, la misma fuerza en la mirada. Así las recordaba, a las mujeres de los campesinos.

—Tu marido es un gran hombre. Saldrá de esta.

Vuelven tres. Uno de ellos es Denck. Sabía que el viejo zorro no se dejaría echar la zarpa. Ha conseguido recuperar a otros dos hermanos.

Han sido horas interminables, encerrados aquí abajo, con la débil luz filtrada por una tronera.

Ella lo abraza, ahogando un sollozo de alivio. Denck tiene en la mirada la determinación de quien sabe que no puede perder un segundo.

—Mujer, escúchame. No se meterán con vosotros, tú y los niños estaréis seguros en esta casa y tan pronto como se hayan calmado las cosas podréis salir. Sin duda, sería muy peligroso haceros intentar la fuga ahora que cada puerta de la ciudad se halla vigilada por la guardia. Te quedarás con la mujer de Dachser. Ya encontraré la manera de escribirte.

—¿Adónde irás?

—A Basilea. Es el último lugar que queda donde uno no corre peligro de jugarse la cabeza. Te reunirás conmigo junto con los niños cuando lo peor haya pasado, es cuestión de un par de meses. —Se dirige a mí—: Amigo mío, no me abandones ahora, mantén la

palabra dada: no conocen tu nombre ni tu rostro.

Asiento casi sin darme cuenta.

—Gracias. Te estaré eternamente agradecido.

Reacciono asombrado por sus prisas: —¿Cómo piensas arreglártelas para salir de la ciudad?

Señala a uno de sus dos compañeros: —El huerto de la casa de Karl está tocando a las murallas. Con una escalera y al amparo de la oscuridad podremos conseguirlo. Habrá que correr toda la noche campo traviesa. Ya encontraré la forma de haceros saber si he llegado sano y salvo a Basilea.

Besa a su hija y al pequeño Nathan. Abraza a la mujer, a la que bisbisea algo: una fuerza increíble le impide de nuevo llorar.

Lo acompaño hacia la escalera.

Un último saludo:

—Que Dios te proteja.

—Que ilumine tu camino en esta noche oscura.

Su sombra trepa rápida, incitada por los hermanos.

Capítulo 10

Amberes, 4 de mayo de 1538

—No volví a verlo nunca más. Me llegó el rumor, mucho tiempo después, de que había muerto de peste en Basilea, a finales de aquel año.

A punto de hacérseme un nudo en la garganta, pero también la tristeza se ha moderado.

—¿Y su familia?

—Fueron acogidos en casa del hermano Jacob Dachser. A Hut lo apresaron el quince de septiembre, aún lo recuerdo. Confesó su amistad con Müntzer solo después de haber sufrido un largo tormento. Murió de un modo estúpido, igual de estúpidamente que había vivido. Intentó la huida incendiando la celda en la que estaba encerrado, para que acudiera la guardia a abrirla. Nadie lo socorrió: se asfixió por el humo que él mismo había provocado. Leupold, el más moderado de los hermanos, resultó finalmente ser el más duro: ni confesó ni se retractó en ningún momento. Tuvieron que soltarlo, lo expulsaron de la ciudad junto con su facción: yo conseguí unirme a ellos. Dejé Augsburgo en diciembre del veintisiete para no volver jamás.

Eloi es una forma oscura en la silla tras la gran mesa de trabajo de abeto: —¿Adónde fuiste, entonces?

—En Augsburgo me enteré de que un viejo compañero de estudios vivía en Estrasburgo. Se llamaba Martin Borrhaus, más conocido como Cillerero. Hacía cinco años que no lo veía y que él no tenía noticias mías. Cuando le escribí para pedirle ayuda, me demostró que era un verdadero amigo.

El vaso está lleno de nuevo, me ayudará a recordar o me embriagaré, no tiene mucha importancia.

—¿Así que te fuiste a Estrasburgo?
—Sí, al paraíso de los anabaptistas.

Capítulo 11

Estrasburgo, Alsacia, 3 de diciembre de 1527

El taconeo del ujier me precede rápido entre las paredes. Una tras otra se suceden grandes habitaciones, donde se cruzan miradas de personajes retratados en telas y tapices, objetos de sobremesa de toda factura y material atestan la madera reluciente y el mármol de muebles valiosos.

Soy invitado a acomodarme en un diván en medio de dos ventanales. Las cortinas apenas disimulan los majestuosos esqueletos de los tilos del parque. El ujier avanza, con sus negras botas, llama a la puerta y se asoma dentro. La voz de un chiquillo canturrea extraños sonidos que también yo recuerdo haber aprendido de memoria, en los años de estudio de las lenguas clásicas.

—Señor, ha llegado la visita que esperabais.

La respuesta es una silla que chirría al ser arrastrada por el suelo y una voz amable y apresurada que interrumpe la del estudiante:

—Bien, muy bien. Ahora me ausentaré un momento. Tú mientras tanto repasa los ejemplos de *eurisco y gignosco*, ¿de acuerdo?

Se detiene, justo detrás de la puerta, una entrada de actor consumado:

—En un lugar y en un tiempo mejores, ¿no es así?

—Eso espero, amigo mío.

Martin Borrhaus, apodado Cillerero, es uno de los que nunca hubiera esperado volver a encontrar. Me habían llegado noticias de su nombramiento como preceptor de los hijos

de un noble, y estaba convencido de que nuestros caminos se habían alejado demasiado.

Él, por el contrario, sostiene que siempre esperó que volveríamos a vernos y, desde que está en Estrasburgo, que nuestro encuentro tendría lugar aquí. Dice que los estudiantes que abarrotaban las aulas de Wittenberg alimentando simpatías por Karlstadt más que por Lutero y Melanchthon, han pasado por esta ciudad de Alsacia. El propio Karlstadt lo ha hecho.

Habla de Estrasburgo en un tono entusiasta, mientras rodeamos la obra de la catedral, camino de mi futuro alojamiento. La describe como una ciudad donde nadie es perseguido por sus convicciones, donde la herejía es motivo hasta de interés y de discusión, en tiendas y en salones, siempre y cuando sea sostenida con argumentaciones brillantes y esté avalada por una conducta moral intachable.

Un carro cargado de bloques de piedra arenisca avanza fatigosamente por el empedrado de la plaza. La iglesia de Nuestra Señora cuenta con el campanario más alto e imponente que haya tenido ocasión de ver en mi vida. Está en el lado izquierdo de la fachada y dentro de algunos años su gemelo de la derecha redoblará la grandiosidad de este extraordinario edificio.

—Los impresores —me explica Cillerero— no tienen ningún problema en publicar textos de actualidad candente. A este privilegio suyo en relación a sus colegas de otras regiones lo llaman «la bendición de Gutenberg», porque fue precisamente aquí donde el padre de la imprenta abrió su primer establecimiento.

—Me gustaría visitarlo, a ser posible.

—Por supuesto, pero primero hemos de ocuparnos de cosas más importantes. Esta noche, en efecto, conocerás a tu mujer.

—¿Mi mujer? —pregunto divertido—. ¡Estoy casado y nadie me había avisado!

—Ursula Jost, la muchacha que hace perder la cabeza a medio Estrasburgo. Tú, Lienhard Jost, eres su esposo.

—De acuerdo, amigo, pero vayamos por partes. Me agrada saber que es una hermosa señora, pero, antes de nada, ¿quién es ese Lienhard Jost?

—¿No me escribiste que querías estar tranquilo, cambiar de nombre, volverte prácticamente inencontrable? Confía en Martin Borrhaus, pues ahora soy experto en este tipo de cosas. Estrasburgo está lleno de gente que quiere borrar todo rastro de sí misma. Lienhard Jost, entre otras cosas, no ha existido jamás, y esto lo vuelve todo mucho más sencillo. Ursula tampoco está casada, por más que desde que llegó aquí ha declarado estarlo.

—¿Y por qué, si me está permitido preguntarlo?

—Por muchas razones —responde Cillerero con el mismo aire que adoptaba, en Wittenberg, para explicarme la teología de san Agustín—. En la ciudad una mujer que viaja

sola llama la atención de más de una arpía, y ella prefiere no exponerse demasiado: tampoco sé si Ursula es su verdadero nombre. Y luego el noble que la tiene hospedada en su casa mostró desde un principio un interés excesivo por ella…

—…Y hablarle de su esposo Lienhard, que iba a llegar más pronto o más tarde, lo enfrió como es debido, imagino. —Me río. Encontrar a este viejo amigo me pone realmente de buen humor—. Bien. ¿Hay algo más que deba saber?

El sol se filtra por entre las oscuras nubes. Un rayo de luz se dibuja sobre el fondo gris y enciende el rostro de Cillerero:

—He procurado contar las menos cosas posibles sobre ti. Fuiste mi colega en la universidad de Wittenberg. Tenías algunos asuntos que resolver y hasta ahora no has podido reunirte con tu mujer, que vino para hablar con Capiton.

Cillerero me informa sobre las dos figuras más importantes de la ciudad, Bucero y Capiton, personajes decididamente tolerantes, amantes de las disputas teológicas y más próximos a Zwinglio que a Lutero. Dice que no tardaré en conocerlos, tal vez esta misma noche, con ocasión de una cena ofrecida por mi futuro anfitrión.

Capítulo 12

Estrasburgo, 3 de diciembre de 1527

Es en el jardín de la gran casa de micer Weiss. Desde detrás de una columna, sin que me vean, sigo su perfil afilado, la mata de pelo que lleva suelto, los finos dedos en el borde de la taza de la fuente.

Un gato va a restregarse contra su falda. Las caricias parecen los gestos repetidos de un rito y las palabras murmuradas las de una fórmula mágica: hay un no sé qué de extraño en sus movimientos, una casualidad improbable y fascinante.

Salgo a la luz que cae de lo alto, pero a sus espaldas, sin que pueda verme. Mientras me deslizo a su lado percibo el acre olor a mujer, esa mezcla embriagadora a lavanda y humores, esa encrucijada entre la tierra y el cielo, el infierno y el paraíso, que en un segundo nos pierde y nos hace renacer. Lleno mi olfato y observo de cerca.

Una voz tenue:

—¿Es la menstruación lo que te embriaga, hombre?

Se vuelve lentamente, ojos negros relucientes.

Atónito:

—Tu olor…

—Es el olor de las cosas bajas: el mantillo recién removido, los humores del cuerpo, la sangre, la melancolía.

Sumerjo una mano en el agua gélida de la taza. Los ojos de ella atraen la mirada; la boca es una extraña curva en su rostro ovalado.

—¿La melancolía?

Mira al gato:

—Sí. ¿Has visto alguna vez la obra del maestro Durero?

—He visto la *Imitatio Christi*, el ciclo sobre el Apocalipsis…

—Sin embargo, el ángel melancólico no. De lo contrario sabrías que es una mujer.

—¿Cómo?

—Tiene los rasgos femeninos. La melancolía es mujer.

Estoy confuso, debajo de las ropas se extiende la picazón.

Escruto el perfil afilado:

—¿No serías tú?

Se ríe, los estremecimientos recorren mi espinazo:

—Tal vez sí. Pero también la mujer que hay en ti. Conocí al maestro Durero, posé en una ocasión para él. Es un hombre sombrío. Espantado.

—¿De qué?

—Del final, como todos. Y tú, ¿tienes miedo?

Es una pregunta sincera, curiosa. Pienso en Frankenhausen.

—Sí. Pero todavía estoy vivo.

Tiene los ojos risueños, como si hubiera esperado esta respuesta durante años.

—¿Has visto correr la sangre?

—Demasiado.

Asiente seria:

—Los hombres se sienten impresionados ante la sangre, por eso hacen la guerra, pues tratan de conjurar el terror. Las mujeres no, tienen que ver correr la suya propia a cada cambio de luna.

Nos quedamos callados, como si su frase hubiera sancionado el silencio con una sapiencia sagrada.

Luego:

—Eres Ursula Jost.

—Y tú debes de ser Lienhard Jost.

—Tu marido.

El mismo silencio, para sancionar la alianza de los fugitivos. Busca los detalles de mi rostro. Su mano se desliza bajo la falda, luego sobre mi muñeca, donde hay marcada ya una vieja cicatriz: el dedo la recorre tiñéndola con el rojo de la sangre.

Me siento palidecer, una oleada de sudor frío se expande bajo mi camisa junto con el deseo repentino de tocarla.

—Sí, mi marido.

Capítulo 13

Amberes, 5 de mayo de 1538

—La ciudad estaba tranquila, Michael Weiss, mi anfitrión, es generoso, y mi *mujer* estupenda. Y aunque solo fuera por cambiar tenía un nueVonombre. Le debía a Martin mucho más de lo que yo hubiera podido corresponderle. El círculo de doctores que frecuentaba el bueno de Cillerero se enorgullecía de contar con personajes verdaderamente anómalos para aquellos tiempos de represión. Tenían ganas de discutir.

»Wolfgang Fabricius, llamado Capiton, era el que más curiosidad despertaba en mí. Aunque se declaraba ferviente seguidor de Lutero, miraba con ojos de respeto a aquellos que entonces comenzaban a ser llamados anabaptistas y parecía querer integrarlos en la cristiandad reformada. Me preguntó muchas cosas, con una curiosidad que me pareció sincera. Había leído los escritos de Denck, quedándose admirado. No le hice saber que había conocido a aquel canalla, pero me divertí poniendo a prueba su tolerancia con alguna salida valiente.

»Asimismo conocí a Otto Brunfels, el botánico, experto en las propiedades curativas de las plantas, el cual estaba compilando un herbario universal y se interesaba por el mundo natural. No conseguí sacarle una excesiva información sobre su fe, pero intuí que debía de haber simpatizado con los campesinos de la época de la revuelta. Era un ser bondadoso, contrario a la violencia, lleno de sentimientos de culpa por el modo en que había terminado la insurrección. Un día, cuando nuestras mutuas confidencias debieron de parecerle lo suficientemente sólidas, me dio incluso a leer algunos apuntes para una obra que estaba escribiendo y en la que sostenía que eran tiempos en los que los verdaderos cristianos, como en la época de Nerón, habrían hecho mejor ocultando sus ritos en las

catacumbas del espíritu, disimulando su fe y fingiendo estar de acuerdo, en espera de la venida del Señor. Esta religión privada suya provocaba en mí de vez en cuando alguna que otra sonrisa, pero era interesante discutir con él.

»El más avinagrado era Martin Bucero. Me lo encontré en una sola ocasión, en casa de Capiton: un hombre sombrío y serio, aterrorizado por la desolación de los tiempos. Reacio a la vida.

»Estrasburgo era una ciudad mundana, culta, y al mismo tiempo pacífica y dividida por el odio que maduraba fuera de sus murallas.

Eloi me sirve agua, para que pueda continuar. No abre la boca, saborea cada palabra en silencio, los ojos centellean en la sombra como los de un gato.

—Ursula era una mujer extraña, embrujada. Cabello color azabache, nariz afilada, rostro duro y sensual a la vez. No conseguimos fingir por mucho tiempo: la pasión se adueñó de nosotros, nos embriagó desde un buen principio. Tampoco ella tenía una historia, no sabía de dónde venía, su acento no me decía nada, y no quise tampoco saberlo, era así, sencillamente. Se acercaba a escondidas, sinuosa y callada como un felino, apretaba sus pechos contra mi espalda y entonces percibía su deseo. Lo que nos atormentaba a ambos era aquella incertidumbre, aquel no saber. De haber estado en otra parte, habría sido distinto, todo.

—¿La amaste? —Su voz es ronca.

—Creo que sí. Como se ama cuando no se tiene nada a las espaldas y solo un eterno presente sin promesas. Dios no tenía ya nada que ver con nuestras vidas: habían sido marcadas a fondo, tal vez también ella llevaba consigo el recuerdo de alguna catástrofe, de alguna desventura inmensas. Tal vez también ella había muerto alguna vez. A menudo, de noche, después de un encuentro amoroso, me parecía leerle ese mal en los ojos. Sí, nos amamos de verdad. Era la única persona a la que confiaba todas las impresiones sobre el círculo de personajes en el que me movía por el día. Ella no decía nada, escuchaba con atención, luego de repente apostillaba con una frase lapidaria mi juicio inseguro, una frase que instantes después me veía compartiendo plenamente, como si me hubiera leído el pensamiento, como si razonara más deprisa que yo. Y estoy convencido de que así era. No tenía el valor rabioso de Ottilie, aunque a veces en su enojo volvía a ver la preocupación de aquella gran mujer, la mujer de mi maestro. Era distinta, pero no menos extraordinaria, una de esas criaturas que te hacen dar gracias al Creador por haberte concedido pisar la tierra a su lado.

Contemplo fijamente el crepúsculo que entra en el escritorio y me represento de nuevo ese cuerpo sinuoso:

—Lo supimos desde el primer momento. Que un día nos despertaríamos en otra parte, lejos, sin una razón para ello, siguiendo el curso divergente de nuestras vidas. Ursula fue

una estación, una quinta estación del espíritu, medio otoño, medio primavera.

Capítulo 14

Amberes, 6 de mayo de 1538

El nuevo cincel va de maravilla. Balthasar no ha perdido el tiempo: esta mañana me ha dicho que estaba sobre el banco de trabajo. Su punta levanta virutas igual que una cuchara en la manteca mientras la mirada incrédula de Eloi acompaña cada golpe de martillo, cada esquirla que vuela al suelo, cada detalle de la catedral de Estrasburgo que sale en relieve del trozo de madera.

—Verdaderamente notable —comenta frunciendo los labios—. ¿Dónde has aprendido a usar tan bien las manos?

—Me esforcé en practicar más con la espada que con esto —respondo yo levantando el acerado utensilio—. Estuve en Estrasburgo. Trabajaba en una imprenta de la ciudad como cajista. Había un tipo que hacía las ilustraciones para los libros. Durante las pausas dejaba apoyadas las planchas y el buril, y cogía la gubia: hizo el retrato de todos nosotros y nos regaló decenas de copias a cada uno. Siempre repetía que algo hermoso no debe ser nunca único. Él fue quien me enseñó a tallar la madera.

Observa el dibujo un momento, luego señala la fecha en una esquinita:

—Hace mucho tiempo que interrumpiste tu pasatiempo.

Me encojo de hombros:

—Sabes, estaba siempre yendo de un lado a otro. Me ejercitaba esculpiendo estatuillas que a continuación regalaba a los niños. En Münster reanudé de nuevo la labor. Pero luego, bueno —una sonrisa sirve para disimular la excusa—, extravié las herramientas en alguna parte.

Eloi sale y reaparece con la acostumbrada botella de licor. Ahora sé perfectamente qué

significa. Me alarga el vaso lleno:

—No sabía que hubieras encontrado un oficio en Estrasburgo.

—Gracias a Cillerero. Las imprentas siempre me han atraído. Los libros poseen una fascinación especial.

El cincel levanta alguna esquirla. Es hora de pasar al puntero para los detalles más pequeños. Eloi se interrumpe para seguir las fases de elaboración, luego prosigue:

—Explícame una cosa. En Estrasburgo encontraste una cierta tranquilidad, un amigo afectuoso, una mujer llena de vida, un oficio. ¿Por qué no te quedaste allí?

Lo miro a los ojos, mientras hablo lentamente:

—¿Has oído hablar de Melchior Hofmann?

Esta vez se muestra incrédulo:

—¡No me dirás que lo conociste también a él!

Asiento con la cabeza, en silencio, sonriendo por su reacción:

—Puede decirse que él fue únicamente la causa final de mi partida. En aquel tiempo habían sucedido ya muchas cosas.

Me doy cuenta de que comienzo a encontrarle gusto a contar. Me complazco en crear expectativas, interés. También Eloi debe de haber notado el cambio. De vez en cuando me da cuerda; otras veces, como en este caso, permanece en silencio y espera a que sea yo quien prosiga.

—A Ursula, con el paso de los meses, comenzó a hacérsele cada vez más insoportable el clima reinante en la ciudad. Me repetía que en Estrasburgo vivía un montón de gente con ideas innovadoras y brillantes, pero que lo único que la diferenciaba del resto de las ciudades alemanas era la posibilidad de expresar esas ideas en un ropaje culto y refinado. Su grito de guerra se convirtió en «En Estrasburgo la herejía es vivir».

Levanto los ojos de la finísima talla del rosetón de la catedral. Eloi escucha con la barbilla apoyada en el dorso de la mano. El placer del pasatiempo reencontrado desata las palabras más aún si cabe que el licor:

—Iba de aquí para allá por las plazas dando el espectáculo, sobre todo bailando danzas consideradas lascivas o groseras, tocando el laúd y cantando las coplas de la gente de la calle. Me arrastró a ello también a mí.

Eloi ríe a gusto. Apoya el vaso sobre la mesa.

—Te oí cantar algo mientras levantabas la empalizada del huerto. Si vuestra finalidad era poner más nerviosa a la gente, Ursula bien que hizo en reclutarte.

—¡No, nada de cantar, por Dios! Comencé trabajando de albañil. La primera que se nos ocurrió fue entrar de noche en una iglesia y levantar una pared de ladrillo enfrente de la escalinata del púlpito. Escribimos en ella una frase de Cillerero: «Nadie puede hablarme de Dios mejor que mi corazón».

El licor entretanto comienza a hacer su efecto. El cincel se me escapa más de una vez del punto, hasta que desprende limpiamente un pedazo de campanario. Habrá que pegarlo.

—Lo más bonito de todo, en cualquier caso, fue sin duda la broma que le gastamos a madame Corazón de Oro, Carlota Hasel. Has de saber que Carlota Hasel era una de las muchas damas de la ciudad en tener en su casa mesa puesta para los pobres y los vagabundos. Les hacía rezar y comer, beber y cantar salmos.

—Las conozco, por desgracia.

—Ursula no podía ni oír mencionarla. La odiaba. De ese modo especial en que solo una mujer puede odiar a otra. Por otra parte, madame Corazón de Oro poseía la enojosa característica de considerar a los pobres miserables como unos santos. Su lema era: «Dadles pan, y ensalzarán a Dios». Ursula no era de la misma opinión. Decía que quien no tiene nada, una vez lleno el buche, tiene cosas muy distintas en la cabeza que rezar, como son beber, joder, divertirse, vivir. Digamos que, si nos atenemos a los hechos, su teoría se reveló mucho más acertada.

—¿Qué hechos?

—La colosal orgía que montamos en el salón de casa de los Hasel.

—¡No sé qué habría dado por participar en la demostración del teorema! —exclama Eloi divertido—. No obstante, no veo qué puede tener que ver esta historia con Melchior Hofmann.

Solo un instante de concentración para el golpe definitivo. Soplo la viruta y levanto el trozo de madera a la altura de los ojos. Perfecta.

—Te costará creerlo, amigo mío, pero también Melchior el Visionario, al fin y al cabo, es uno de los espectáculos de la consolidada compañía teatral Lienhard y Ursula Jost.

Capítulo 15

Amberes, 6 de mayo de 1538

—No son tiempos ya de predicadores de apocalipsis. Al último le cortaron el pescuezo en Vilvoorde ante mis propios ojos hará cosa de un mes. Pero en estos diez años he conocido realmente a muchos, en cada esquina, en cada mancebía, en las iglesias más apartadas. Mi peregrinar está salpicado de estos encuentros hasta el punto de que podría escribir un tratado sobre ellos. Algunos no eran más que simples charlatanes y actores, otros creían en su sincero terror, pero únicamente unos pocos tenían madera de profetas, su misma genialidad, su inspiración, la facultad de hacer representarse en el espíritu de los hombres el gran fresco de Juan. Era gente capaz de encontrar las palabras adecuadas, de comprender la situación, la gravedad del momento, y de dirigirlas hacia la espera de la venida inminente, mejor dicho, ya presente. Locos, sí, pero también hábiles. No sé si era Dios o Satanás quien les sugería sus palabras y visiones, eso carece de importancia. No la tenía para mí entonces, y mucho menos ahora. Frankenhausen me había enseñado a no esperar ningún ejército de ángeles: ningún Dios se rebajaría a ayudar a los miserables. Tenían que ayudarse ellos solos. Y los profetas del Reino eran de nuevo quienes podían levantarlos y darles una esperanza por la que combatir, la idea de que las cosas no serían así para siempre.

—¿Quieres decir que te pusiste a luchar de nuevo?

Eloi parece asombrado. Bebo un poco de agua para aclararme la garganta.

—No sabía qué iba a hacer. Ursula y yo comenzamos a odiar a aquellos teólogos que no hacían nada más que hablar, se las daban de grandes pensadores de la cristiandad, discutían de la misa y de la eucaristía en los salones de los ricos estrasburgueses. Su

tolerancia era un lujo de gente acomodada que no iba a pasar nunca de darles un plato de sopa a los pobres. Esos sebosos tenderos podían permitirse mantener aquel conciliábulo de doctores heréticos porque eran ricos. Era la riqueza la que garantizaba la fama de Estrasburgo. Era aquella fama la que hacía afluir allí a literatos y estudiantes.

Sonrío maliciosamente:

—Se espantaron, ya lo creo que se espantaron, cuando les hicimos saber que los pobres, los humildes a quienes querían ayudar con esa espléndida limosna que únicamente servía para tranquilizar sus conciencias de mercaderes, a lo que de veras aspiraban era a robarles la bolsa y quizá también a cortar sus blancos y hermosos pescuezos. No hubo que esperar mucho para que Capiton y Bucero respondieran a nuestras provocaciones, introduciendo sutiles distinciones entre baptistas «pacíficos» y baptistas «sediciosos». Nosotros entrábamos claramente en la segunda categoría.

Eloi sonríe forzadamente, pensando probablemente en su Amberes, pero no me interrumpe.

—No se trataba de volver a empezar una guerra perdida. Eso habría sido estúpido. Pues Ursula me había regenerado, como si su vientre me hubiese dado a luz por segunda vez. Queríamos tensar la cuerda, exasperar la filantropía hipócrita de aquella gente hasta que se revelara tal como era: una caterva de ricos apegados al oro, disfrazados de cristianos piadosos. Fue uno de los períodos más desmelenados de mi vida.

Me interrumpo para tomar aliento, esperando tal vez una pregunta para reanudar el hilo del relato. Eloi me la brinda.

—¿Cuánto duró la cosa?

Un esfuerzo de memoria:

—Cerca de un año. Luego, en la primavera del veintinueve, llegó a Estrasburgo el hombre que había de hacer que iniciara mi viaje. Ahora está pudriéndose en la cárcel de la ciudad: cometió el fatídico error de volver a poner los pies en ella después de lo que habíamos hecho.

—Melchior Hofmann.

—¿Y quién si no? Uno de los profetas más extravagantes que haya conocido nunca, bastante único en su género y solo superado en su locura y oratoria por el gran Matthys.

—Soy todo oídos.

Bebo un poco más y recompongo ese rostro lejanísimo:

—Hofmann fue en otro tiempo peletero. Un buen día fue «iluminado en el camino de Damasco» y se puso a predicar. Había cortejado a Lutero hasta que logró que este le diera una recomendación escrita para las comunidades del norte. Esa firma le abrió las puertas de los países bálticos y de Escandinavia, permitiéndole adquirir notoriedad así como también algunos discípulos. Viajó muchísimo por el norte. Luego, un buen día se convenció

de que el reino de los santos y de Cristo estaba próximo y se puso a predicar el arrepentimiento y la renuncia a todos los bienes terrenos. No hizo falta mucho para que Lutero lo desaprobara. Me dijo que había sido expulsado de Dinamarca con la promesa de que si volvía a poner los pies en esas tierras su cabeza acabaría hincada en un palo. Era de veras un loco genial. Había conocido al bueno de Karlstadt, ya anciano, y compartía su completo rechazo de la violencia. Llegó a Estrasburgo convencido de ser el profeta Elias, en busca del martirio que le confirmase la proximidad del advenimiento del Señor. Quedó inmediatamente cautivado por los anabaptistas locales y consiguió ganarse la enemistad de todos los reformadores luteranos, Bucero en primer lugar, luego Capiton y todos los demás.

»Ursula y yo comprendimos de inmediato que era el tipo que andábamos buscando para hacer saltar por los aires la ciudad. Vino a nosotros de forma espontánea, sin necesidad de concertar nada: durante una cena improvisamos unas revelaciones turbadoras, ella se excitó hasta el punto de llegar al éxtasis ante sus ojos, y mientras tanto yo le decía que los ricos y los poderosos serían borrados de la faz de la tierra por la ira del Señor. En las semanas siguientes le dictamos paso a paso nuestras visiones, de las que no se perdió ni palabra. Cuando todo estuvo listo, yo me las apañé para mandar a la imprenta lo que había escrito: dos tratados con las profecías de Ursula y mías. Se puso a predicar a la muchedumbre en la plaza mayor. No faltó quien le escupió a la cara ni quien trató de propinarle algún golpe; otros intentaron también asaltar una casa de empeños para repartir todos los bienes entre los pobres. Cuando sus escritos fueron difundidos por los libreros, Bucero trató de mandarlo a prisión. Hubo días de gran revuelo. Aquel fue un año de fuego, sentía que la sangre me hervía en las venas, que la cuerda estaba a punto de romperse.

»Y así fue, a comienzos del treinta, si mal no recuerdo: Hofmann se hizo bautizar de nuevo y predicó por última vez, proclamando la inminencia del Reino de Cristo, denunciando el apego a los bienes terrenos y pidiendo que los anabaptistas pudieran utilizar una iglesia de la ciudad. Fue la gota que colmó el vaso. Bucero presionó mucho al Consejo para que fuera expulsado de la ciudad. Por Pascua le llegó la orden de que tenía que abandonar Estrasburgo. Si no obedecía, tendría que atenerse a las consecuencias.

»También para mí aquel clima se había vuelto irrespirable. Cillerero no podía protegernos ya de la ira de Bucero y de Capiton: conmigo fue sincero, consciente de que me perdería de nuevo, esta vez quizá para siempre. Era el destino el que me había elegido, el viejo Martin no podía hacer nada. Lo abracé de nuevo y me despedí de él, tal como había hecho años antes en Wittenberg para ponerme a buscar un maestro y un nuevo destino. Viejo amigo, quién sabe dónde se habrá metido: de nuevo en Estrasburgo o en cualquier nueva universidad discutiendo de teología.

Me encojo de hombros y ahuyento la tristeza. Eloi, muy atento, quiere oír el final.

—Había decidido irme con Hofmann. A Emden, a la Frisia oriental. La Alemania del

sur era una partida perdida, una tierra desolada que abandonaba de buena gana a los lobos y a Lutero. De los Países Bajos habían sido expulsados muchos por su profesión de fe: gente nueva, mucho menos apegada a la cogulla de Lutero de lo que podían estarlo los de Estrasburgo. Había un fermento, era el lugar en el que podían suceder cosas. Yo tenía el caballo adecuado: mi Elias suabo que profetizaba el inminente advenimiento de Cristo y predicaba contra los ricos. Era un salvoconducto un tanto difícil de gobernar, pero lo suficiente entusiasta como para conseguir obtener éxito.

—¿Y Ursula?

Un instante de silencio le permite arrepentirse de la pregunta, pero es ya tarde. Sonrío de nuevo al recuerdo de aquella mujer.

—La estación pasó. Para dar paso a un nuevo año.

Capítulo 16

Estrasburgo, 16 de abril de 1530

Le estallo dentro, sin conseguir contener el grito que se mezcla con el suyo. El placer sacude mi cuerpo hasta doblarme como una rama seca en el fuego. Desciende sobre mí, empapada, la onda negra de los cabellos me envuelve, el olor de los humores en la boca, en las manos, sus senos contra mi pecho. Se tiende a mi lado, blanca y magnífica: escucho apaciguarse su respiración. Me coge la mano, en un gesto que he aprendido a secundar, y la apoya entre sus muslos, para coger de un solo apretón delicado el sexo que aún se contrae. Ursula es algo que no volveré a probar nunca más: es Melancolía, una marca en el alma y en la carne.

Mantengo la mirada fija en las vigas del techo. No tengo necesidad de decirle nada, también ahora lo sabe todo, más claro y más nítido que yo.

—Has decidido partir con él.

—A Emden, en el norte. Hofmann dice que allí se reúnen los prófugos de Holanda. Se preparan grandes cosas.

Se vuelve sobre un costado, hacia mí, ofreciéndome los ojos brillantes: —¿Cosas por las que vale la pena morir?

—Cosas por las que vale la pena vivir.

Su índice recorre mi perfil sinuoso, la barba pelirroja, desciende pecho abajo, para detenerse en una cicatriz, luego en la tripa.

—Tú vivirás.

La miro.

—Tú no eres como Hofmann: no esperas nada. Tus ojos reflejan una derrota,

desesperada, pero no es la resignación lo que te aflige. Es la muerte. Ya una vez elegiste la vida.

Asiento en silencio, esperando que me siga asombrando.

Sonríe:

—Cada ser sigue su destino en el ciclo del mundo: y el tuyo es vivir.

—Esto te lo debo también a ti.

—Pero sabes que yo no iré.

Es tristeza o emoción, faltan las palabras.

Suspira serena:

—Melancolía. Así me llamaba mi marido. Era médico, un hombre muy culto, que amaba también la vida, pero no como tú; él amaba sus secretos, quería captar el misterio de la naturaleza, de las piedras, de las estrellas. Lo quemaron por esto. Una mujer fiel tal vez habría seguido su suerte. Yo, en cambio, escapé: elegí sobrevivir. —Me acaricia el rostro—. También tú. Seguirás tu estrella.

Capítulo 17

Amberes, 10 de mayo de 1538

El huerto está listo. Todos se congratulan conmigo. Nadie hace preguntas; quién soy realmente, qué he hecho antes de venir a parar aquí… Soy uno de ellos: un hermano entre los demás.

Magda, la hija de Kathleen, continúa haciéndome regalos; Balthasar me pregunta qué tal estoy por lo menos dos veces al día, como a un enfermo convaleciente.

—Todavía estoy vivo —le digo para hacerle reír.

Es un buen hombre, el viejo anabaptista: parece que su tarea consiste en buscar compradores para los artículos manufacturados que aquí se fabrican, y bien que lo consigue.

Le he preguntado a Kathleen por el padre de su hija. Me ha dicho que se embarcó hará cosa de un par años, y que luego no supo nada más de él. Debió de naufragar, perdido en alguna isla salvaje, o bien debe de estar vivo y vegetando en algún palacio de oro y diamantes, en los reinos de las Indias. La misma suerte que yo andaba buscando antes de encontrarme con estos hombres y estas mujeres.

Eloi me apremia amablemente, pues quiere que siga con la historia; es evidente que quiere oír hablar de Münster. La Ciudad de la Locura posee la fascinación de las cosas fantásticas, es el estremecimiento que su simple nombre sigue provocando, y que en otro tiempo fue una verdadera convulsión. Por más que le ha preguntado ya a Balthasar, yo viví esa aventura hasta sus últimas consecuencias: Gert del Pozo fue un héroe, el lugarteniente del gran Matthys, el mejor en las acciones de represalia, en las incursiones en el campamento del obispo, en la difusión de hojas volantes y el mensaje de los baptistas:

Balthasar debe de haberle dicho también esto.

Sí, Gerrit Boekbinder templó el hierro con sus propias manos.

Luego, un buen día, sin decir esta boca es mía, se largó, harto, disgustado, consciente de pronto del abismo de horror que se había abierto bajo la Nueva Jerusalén.

Gert vuelve a pensar en los jueces-niños, con el dedo índice alzado. Vuelve a pensar en los muertos de hambre que se arrastran como blancos fantasmas por la nieve. Vuelve a sentir los calambres del ayuno y el alivio de ese último salto, más allá de las murallas, hacia la iniquidad del mundo, pero lejos del delirio omnipotente y sanguinario.

Y sin embargo fuera no encontró a Eloi Pruystinck esperándolo con los brazos abiertos, sino solo sangre y nuevas visiones de gloria y de muerte. Gert cayó de nuevo, reclutado para la Última Batalla, con la marca de los elegidos grabada a fuego en un brazo. Gert vio ondear aún la misma bandera hecha jirones sobre los hombros de Batenburg el Terrible y no fue capaz de detenerse. Gert se enamoró de esa sangre y continuó, continuó. Continuó.

Eloi tiene la expresión atenta que ya le conozco; pone un poco de bebida para ambos, que facilita el relato.

Retomo el hilo de los recuerdos:

—Partimos hacia el norte, Hofmann y yo, a lo largo del curso del Rin, en una gabarra de mercaderes. Pasamos por Worms, Maguncia, Colonia, hasta llegar a Arnhem. Había conseguido imponer silencio a mi compañero de viaje hasta que nos encontramos en Frisia, pues no quería correr el riesgo de ser detenido por el camino. Le costó, pero mantuvo su palabra. Una vez que dejamos el curso del Rin, proseguimos a pie y a lomo de mulo, siempre en dirección al norte. Nos desplazamos de un pueblo a otro, a lo largo de la frontera de los Países Bajos, hacia la campiña de Frisia oriental. Hofmann había estado ya en aquellas tierras durante sus largas predicaciones itinerantes y tampoco esta vez dejó de instruir a los campesinos de aquellas landas sobre qué obligada elección exigía a todo cristiano el final de los tiempos: seguir a Cristo en su ejemplo de vida. Volvía a bautizarlos a todos, como un nuevo Juan Bautista.

»Mientras tanto me ilustraba sobre cómo estaba la situación en Emden, nuestra próxima meta. En esta ciudad se encontraban muchos prófugos, sacramenteros holandeses en su mayor parte, así los llamaba, aquellos que no aceptaban ya los sacramentos de la Iglesia de Roma y que no creían en la transustanciación. Esto, me explicaba, los llevaba más allá de las posiciones de Lutero, abriéndoles a la lúcida promesa del milenio. Los describía como si fueran unos perros vagabundos a la espera de un profeta que les trajera el mensaje de esperanza y la luz de la fe renovada. Definía ese viaje como «nuestra travesía del desierto», que había de templarnos poniendo a prueba nuestra fe y perfeccionando la

justificación del Señor por medio de la obediencia absoluta a Cristo. Yo le seguía la corriente, sin tratar de sustraerme a la fascinación que sus palabras conseguían ejercer en la gente humilde: estaba realmente asombrado de aquella fuerza. No le había dicho que combatí al lado de Thomas Müntzer, pues su condena de la violencia me lo impedía. Acostumbraba a reservarme una frase lapidaria cada vez que lo provocaba con alguna alusión a la posibilidad de que Cristo llamara a sí a su ejército de elegidos para exterminar a los impíos: «Quien por la espada mata por la espada morirá».

»Llegamos a Emden en junio. Era una pequeña ciudad fría, una escala para las naves mercantiles entre Hamburgo y las ciudades holandesas. La comunidad de extranjeros era numerosa, tal como había predicho Hofmann. El príncipe reinante, el conde Enno Segundo, permitía que en sus tierras las ideas de los reformadores de la Iglesia siguieran su curso, sin ponerles trabas de ningún tipo. Mi Elias comenzó a predicar por las calles desde el primer día atrayendo sobre sí la atención de todos. Estaba claro que los demás predicadores no iban a poder competir con él, pues se los merendaría en un periquete. Al cabo de unas pocas semanas había vuelto a bautizar por lo menos a trescientas personas y estuvo en condiciones de fundar una comunidad que daba acogida a los descontentos de la más diversa procedencia y condición. Eran sobre todo desterrados de la Iglesia papista y descontentos de la luterana, la cual, aun sin sacerdotes ni obispos, se enorgullecía ya de una jerarquía de teólogos y doctores no muy distinta de aquella que habían querido abolir.

»No tardamos en ganarnos fama de anabaptistas, lo que produjo en las autoridades de la ciudad un espanto de muerte.

»Los acontecimientos se sucedían a mi alrededor, sentía temblar la tierra bajo mis pies y una extraña sensación en el ambiente. No, no había sido contagiado por mi compañero de viaje, sino que era la inminencia de los acontecimientos, la llamada de la vida de la que me había hablado Ursula. Fue por dicha razón por lo que decidí librar a Hofmann a su suerte de predicador y seguir mi camino. Un camino que había de llevarme a otras partes de nuevo, en medio de la tempestad. Imposible decir si era yo quien guiaba mi existencia hacia el límite que había que superar o bien si era en cambio aquella tormenta la que me arrastraba con ella.

»Las autoridades de Emden expulsaron a Hofmann por instigador indeseable. Me dijo que regresaría al sur para escribir de nuevo, que su tarea allí había terminado. Confió la guía de la nueva comunidad a un tal Jan Volkertsz, apodado Trijpmaker, porque de oficio era fabricante de zuecos de madera. Por más que este holandés de Hoorn no fuera un gran orador, conocía la Biblia y tenía el talante de quien lo había inspirado y era no menos emprendedor. Me despedí del viejo Melchior Hofmann en la puerta de la ciudad, mientras lo escoltaban fuera del territorio de Emden. Sonreía, ingenuo y confiado como siempre, confesándome en voz baja que estaba convencido de que el Día del Juicio llegaría al cabo

de tres años. También yo le dispensé la última sonrisa. Y así lo recuerdo, un saludo de lejos, mientras trota más allá de mi vista sobre un jamelgo flaco.

Aún no tengo claro qué es lo que persigue Eloi. Se queda mudo detrás de la mesa, embelesado por el relato, hasta con la boca abierta, en la penumbra que me impide distinguir claramente su rostro.

Yo prosigo, decidido ahora a llegar hasta el final y dispuesto a asombrarlo a cada página de esta crónica no escrita.

—No volvería a ver a Melchior Hofmann hasta dos años después, cuando vino a Holanda a recoger el fruto de lo que había sembrado. Pero estaba hablándote de Emden. Nos habíamos quedado Trijpmaker y yo para regir los destinos de la comunidad anabaptista y se acercaba ya la Navidad cuando recibimos la orden de abandonar la ciudad. Eso no me disgustó: sentía que tenía que partir de nuevo, que no podía seguir parado en aquel puerto del norte. Lo decidimos de noche, con la determinación y el espíritu de quien sabe afrontar una gran empresa: los Países Bajos, con los desterrados que lentamente estaban consiguiendo cruzar la frontera y regresar a sus ciudades de origen, se ofrecían a nuestros pies como un territorio inexplorado, dispuesto a mostrarse receptivo al mensaje y al desafío que lanzábamos contra las autoridades establecidas. Nada nos habría detenido. Para Trijpmaker era una misión, como lo había sido para Hofmann. Para mí era otra huida hacia delante, una manera de seguir avanzando, hacia una nueva tierra, hacia nuevas gentes.

»Nos dirigiríamos a Amsterdam. A lo largo del camino Trijpmaker me enseñaría alguna frase en holandés, para que estuviera en condiciones de entender, pero sería él quien predicara y bautizara. Comenzó al punto: antes de partir de Emden bautizó a un sastre, a un tal Sicke Freerks, que volvería a su ciudad natal, Leeuwarden, en Frisia occidental, con la finalidad de fundar allí una comunidad de hermanos, y donde lo que en cambio encontró fue la muerte en marzo del año siguiente a manos del verdugo.

»Mientras bajábamos hacia el suroeste, atravesando Groninga, Assen, Meppel, hasta Holanda, Trijpmaker iba exponiéndome la situación de su tierra. Los Países Bajos eran el corazón comercial y manufacturero del Imperio, el lugar de donde el Emperador sacaba la mayor parte de sus ingresos. Las ciudades portuarias disfrutaban de una cierta autonomía que, sin embargo, tenían que defender con uñas y dientes de las miras centralistas del Emperador. Carlos Quinto continuaba anexionándose nuevos territorios, dejando a sus tropas recorrer el país, con grave daño para el tráfico comercial y los cultivos. Por otra parte, el Habsburgo parecía preferir la soleada España a su tierra nativa y había puesto a sus oficiales en muchos sillones importantes y un gobierno imperial en Bruselas, para

luego irse a vivir al sur.

»El estado de la Iglesia en esta parte de Europa era lo más trágico que cupiera imaginar; reinaba la religión de las grandes comilonas a costa de los campesinos, la degeneración lucrativa de las órdenes monásticas y de los obispados. No existía ningún guía espiritual en los Países Bajos y muchos fieles habían comenzado a abandonar la Iglesia, para reunirse en hermandades laicas que hacían vida en común y cultivaban el estudio de la Escritura. Estas podrían aceptar nuestro mensaje antes que nadie.

»Las ideas de Lutero se habían difundido entre el pueblo llano y también entre los mercaderes que se enriquecían a su costa. Los sucesos de Alemania seguían quedando lejos, la obediencia a la que habían sido reducidos los campesinos alemanes no tenía la menor relación con los trabajadores holandeses de las manufacturas, los tejedores, los carpinteros de los puertos, los artesanos de aquellas ciudades en constante expansión. La religión reformada de Lutero comportaba nuevos dogmas, nuevas autoridades religiosas, que alienaban la fe de los creyentes de manera apenas más suave de lo que lo hacían los papistas. La igualdad en la fe, la vida comunitaria, requerían una savia distinta. Nosotros estábamos allí para traerla.

»Me quedé impresionado por el paisaje de aquellas feraces tierras. Viniendo de Alemania, de sus selvas negras, resultaba asombroso ver cómo los habitantes de los Países Bajos habían doblegado la naturaleza a su voluntad, arrebatando al mar cada metro de terreno cultivable para plantar trigo, girasoles, coles. Molinos de viento a lo largo del camino en número impresionante, gente trabajadora, incansable, capaz de desafiar las adversidades naturales y de vencerlas. La ciudad de Amsterdam, aquel enredo de canales, el puerto, cada rincón bullía de una febril actividad.

»Eran los primeros días del año nuevo, el mil quinientos treinta y uno, y a pesar del intenso frío las calles y los canales estaban atestados de un ir y venir incesante. Una ciudad perturbadora, en la que habría podido perderme. Pero Trijpmaker conocía a algunos hermanos que residían allí desde hacía ya tiempo; comenzaríamos por ellos.

»Establecimos contacto con un impresor para que produjera algunos extractos de los escritos de Hofmann que Trijpmaker había traducido al holandés y también unas hojas volantes para entregar en mano. Pero me ocupé yo de eso, mientras que Trijpmaker trataba de reunir a todos sus conocidos en la ciudad. Encontramos una buena aceptación entre los artesanos y los trabajadores manuales: gente descontenta de cómo estaban yendo las cosas. Se notaba en el ambiente la inminencia de algo que podía manifestarse de un momento a otro.

»En menos de un año conseguimos organizar una sólida comunidad, las autoridades no parecían preocupadas en exceso por esos anabaptistas enfervorizados que desdeñaban el lucro y anunciaban el fin del mundo.

»En mi corazón sentía que las cosas no podían discurrir sin problemas durante mucho tiempo. Trijpmaker seguía predicando la benignidad, el dar testimonio, el martirio pasivo, según las consignas de Hofmann. Yo sabía que eso no podía durar: ¿y si las autoridades decidían considerarnos peligrosos para el buen orden ciudadano? ¿Qué sucedería si los hombres y las mujeres que había convertido a imitación de Cristo se encontraban frente a las armas? ¿De veras creía que se dejarían crucificar sin oponer resistencia? Él estaba seguro de ello. Y además, el momento se acercaba, pues Hofmann había previsto el Juicio para mil quinientos treinta y tres. En contra de tales argumentos no había mucho que replicar, me encogía de hombros y lo dejaba con aquella confianza ilimitada que tenía.

»Continuamos creciendo en número, la moral estaba alta, la devoción de los rebautizados era inmensa. De las aldeas de alrededor de Amsterdam nos llegaban las misivas llenas de errores gramaticales de los nuevos adeptos, campesinos, carpinteros, tejedores. Tenía la impresión de encontrarme dentro de un gran caldero cubierto por una tapadera que más pronto o más tarde iba a saltar. Era embriagador.

»Finalmente, la predicación contra la riqueza en una de las ciudades más lucrativas de Europa surtió su efecto. En otoño de aquel año el Tribunal de La Haya ordenó a las autoridades de Amsterdam reprimir a los anabaptistas y entregar a Trijpmaker.

Eloi me sirve agua.

—Estás cansado, ¿quieres irte a dormir?

La pregunta lleva implícita la súplica de continuar, es como un niño fascinado por la narración, por más que estoy hablándole probablemente de hechos que ya conoce.

—Es mejor que te cuente lo que le hicieron a Trijpmaker y cómo decidí volver a echar mano de la espada. Al comienzo no fue más que para oponer resistencia ante quien pedía mi cabeza. —Abro los brazos y río sarcásticamente—. Luego encontré a mi verdadero Juan Bautista, el que había de convencerme de nuevo para combatir contra el yugo mortífero de los curas, de los nobles, de los mercaderes. Y vive Dios que lo hice: cogí aquella espada y me puse a ello. No me arrepiento. Así como tampoco de la elección que hice entonces ante aquellas cabezas cercenadas, clavadas en la punta de un palo. La primera era la del hombre que me había llevado a Holanda, un loco probablemente poseído, un tonto que buscaba el martirio y lo encontró. Pero era lo que le hicieron.

Casi oigo estremecerse a Eloi.

—Sí, Trijpmaker eligió su final, el de Cristo. Habría podido huir de haber querido. Hubrechts, uno de los burgomaestres de la ciudad, estaba de nuestra parte y había tratado hasta aquel momento de impedir su apresamiento. Fue él quien mandó a una sirvienta a nuestra casa para avisarnos de que habían llegado los esbirros con el propósito de apresar

al jefe de la comunidad. Me puse al punto a recoger nuestras cosas, e igual que yo otros muchos. Pero él no, no Jan Volkertsz, el fabricante de zuecos de Hoorn que se había convertido en misionero. Se sentó y esperó a los soldados de la guardia: no tenía nada que temer, la verdad de Cristo estaba de su parte. Junto con él apresaron a otros siete y se los llevaron a La Haya. Les dieron tormento durante días. Dicen que a Trijpmaker le quemaron los testículos y le metieron clavos bajo las uñas. Lo único que no le tocaron fue la lengua, porque podía dar los nombres de todos los demás. Y lo hizo. El mío también. Nunca lo he juzgado por eso, pues el tormento doblega a los espíritus más fuertes, y creo que su fe ya se vio vejada de forma aplastante por el hierro candente sin necesidad del rencor de los demás. Ninguno de nosotros lo culpó por ello, conseguimos ponernos a salvo, teníamos muchas casas seguras dispuestas a darnos cobijo.

—¿Ajusticiaron a los ocho?

Asiento:

—Al borde de la muerte desmintieron todo cuanto les habían arrancado bajo tormento: un pobre consuelo que no sé hasta qué punto pudo permitirles morir en paz. Sus cabezas fueron devueltas a Amsterdam y colgadas en la plaza pública. Un mensaje claro: quien vuelva a intentarlo tendrá el mismo final.

»Era el mes de noviembre o diciembre del treinta y uno, momento en que Lienhard Jost había de pasar a mejor vida. Aquel nombre atraía a los esbirros como el estiércol a las moscas. La familia que me tenía escondido en su casa me concedió el suyo, haciéndome pasar por un sobrino emigrado a Alemania y vuelto al cabo de muchos años. Se llamaban Boekbinder y el primo existía de verdad, solo que había muerto en Sajonia, ahogado en un río como consecuencia del naufragio de la balsa en que viajaba. Su nombre era Gerrit. Y así fui el fantasma de Gerrit Boekbinder, Gert para la familia.

»Fue a comienzos del año treinta y dos cuando llegó una carta de Hofmann. Estaba en Estrasburgo, había tenido los redaños de volver allí. Evidentemente al recibir la noticia del trato dispensado a Trijpmaker y a los demás, el viejo Melchior se había cagado de miedo. La carta anunciaba el comienzo del *Stillstand*, la suspensión de todos los bautismos, en Alemania y en los Países Bajos, por lo menos durante dos años. A partir de aquel momento íbamos a tener que movernos en la sombra a la espera de que las aguas volvieran a su cauce: nada ya de altercados a plena luz del día, nada de proclamas, y menos aún de declaraciones de guerra contra el mundo. Para Hofmann hubiéramos tenido que ser un rebaño de predicadores bonachones, diligentes y no demasiado ruidosos, dispuestos a dejarse degollar todos en fila en nombre del Altísimo. Esto más o menos estaba escribiendo en aquellos meses en Estrasburgo.

»Por lo que a mí respecta no estaba claro aún qué iba a hacer, pero no pensaba quedarme mano sobre mano, oculto como un perro con el que la emprenden a patadas,

aunque la gente que me daba cobijo era amable y generosa. Un día, en la leñera encontré una vieja espada herrumbrosa, una reliquia de la guerra de Güeldres en la que algún Boekbinder debía de haber tomado parte. Sentí un estremecimiento extraño al empuñar de nuevo un arma y comprendí que había llegado el momento de intentar algo grandioso, que era preciso poner punto final al proselitismo pacífico, porque siempre el acero y nada más que el acero sería lo que encontraríamos en el bando contrario, el de las alabardas del cuerpo de alabarderos y del hacha del verdugo. Pero sabía que no llegaría muy lejos solo. Era un nuevo comienzo a ciegas, me sentía estremecer, más lúcido y resuelto de lo que me había sentido nunca: no me espantaba saber que la aventura se transformaría en guerra, puesto que sería la única que valdría la pena desencadenar: la guerra para liberarse de la opresión. Hofmann podía continuar fabricando mártires, yo buscaría combatientes. E iba a crear dificultades.

»Y ahora, amigo mío, creo que voy a dejarte por mi cama, pues debe de ser muy tarde. Continuaremos mañana, si no te importa.

—Un momento todavía. Balthasar te llama Gert «del Pozo». ¿Por qué?

A Eloi no se le pasa nada por alto, cada palabra contiene para él una ramificación posible del relato.

Sonrío:

—Mañana te hablaré también de esto, de cómo pueden nacer por pura casualidad los apodos y de cómo luego es imposible quitárselos de encima.

Capítulo 18

Amsterdam, 6 de febrero de 1532

Por suerte la cadena aguanta, agarrado al cubo, oscilando como un ahorcado, instinto, más que nada instinto, lo he cogido por los pelos, de haberme acertado de lleno a estas horas estaría empapado allá abajo, qué golpe, no siento ya nada, todo suena lejano, los gritos, las sillas que vuelan, mantenerlo agarrado con fuerza, pues si me desmayo me ahogo, al menos aquí ya no corro peligro, mierda, son demasiados, y yo metiéndome en medio como un imbécil, por alguien además a quien ni siquiera conozco, los brazos, tienen que sostenerme, los brazos o vuelo para abajo, si salgo de nuevo me la juego, y si me quedo antes o después los músculos cederán, qué jodida situación, todo da vueltas, me duelen los hombros, menudo animal que está hecho, a ese me lo cargaba yo solo, oh, no, ese me mata si vuelvo arriba, pero, mierda, a ese otro pobre estarán moliéndolo, ¿cuántos son?, tres, cuatro, como si hubiera dado tiempo de contarlos, cuando ya los teníamos encima, todo ha comenzado de repente, ese que se ha puesto a ladrar, ¿qué hacían sus madres, sino dejarse montar por no sé qué cerdos? Una mesa que vuela sobre mi cabeza, ha faltado bien poco para que me quedara tieso en el sitio, y en esto que echan mano a los cuchillos, cuando no parecían armados, pues, joder, no se entra armado a una taberna, a tomarse una cerveza, no, a armar pendencia, a hablar de negocios, pero ese tipo ha salido con la historia de sus madres, los brazos, Dios mío, los brazos, agárrate fuerte, sí, agárrate fuerte, pero no lo conseguiré mucho más rato, no puedo ahogarme así, qué asco de muerte sería, después de todas las que he pasado, de todos los lugares de los que he salido vivo, o tal vez sí, así es como va a acabar, te salvas de los ejércitos, de los esbirros, y luego la palmas como un ratón ahogado por culpa de uno que no ha sabido estarse con la boca callada, y yo me he

metido en medio, en algo que ni me iba ni me venía, y me he metido en medio, joder, cuatro contra uno, porque hacían tintinear esas bolsas repletas de dinero, unos armadores bien panzudos como están, de esos que se montan a su casta mujer una vez al año y a unas puercas sifilíticas todos los santos días de su vida, unos gozadores, todo oraciones y negocios de oro, y dale con los anabaptistas pagados por el Papa, los anabaptistas no son más que unos seres apestosos a los que habría que cortar el pescuezo para arrojar sus tripas a los perros, unos grandes y hermosos lebreles que deben de tener en sus casas de campo, los muy cabrones cargados de dinero, los anabaptistas confabulados con el Emperador, que se meten en tu casa para convertir a tu mujer a golpes de vergajo, que habría que borrar del mapa, los brazos, Dios mío, están a punto de ceder, pero ¿por qué he ido a meterme yo en medio?, ha sido ese otro loco el que ha empezado todo, no hubiera tenido que levantarse y escupirles la cerveza a la cara, y luego decir lo que ha dicho de sus madres, también yo sabía que eran unas grandes rameras pero era de esperar que se lo tomaran a mal, a esta hora le habrán cortado ya el cuello, y bueno, si aún no hubiera hecho nada más que escupir, cosas de borrachos como tantos otros, pero en cambio no, es lo que ha dicho, por eso es por lo que me he metido yo, por esas grandiosas palabras, las que yo habría querido espetarles, los brazos, mierda, los brazos, tengo que subir, ánimo, arriba, vamos, no puedo acabar en el fondo de este asqueroso pozo, no puedo palmarla así, como un imbécil, probablemente ese otro sigue con vida, y tal vez diga alguna otra barbaridad antes de que lo echen a la calle a empellones, bonitas palabras, hermano, porque sí, eres un hermano, pues de lo contrario tan pronto como te hubieras levantado habrías tenido que tragarte todo lo que has dicho, no hubiera ido yo a meterme en medio por ningún anabaptista violento, he conocido ya a demasiados, amigo mío, pero tú tienes redaños, vamos, por Dios, tengo que volver a salir, así, poquito a poco, arriba, ya casi estoy, tengo que salir, oh, mierda, aquí estoy, estoy en el brocal, un empujoncito más, ya estoy.

Se han convertido en cinco. Me habían parecido cuatro, juro que me había parecido contar cuatro. Ahora resulta que son cinco, todos alrededor de él, está fuera de combate, el tabernero sobre el empedrado del patio, sosteniéndose la cabeza, la jarra que he lanzado está hecha pedazos pero no ha dejado de causar su daño. Y el amigo desconocido allí está tieso como un palo desafiándolos con la mirada como si fuera él el más fuerte, vamos, dilo, ¿cómo era?, ¿qué dijiste antes de que se me viniera el mundo encima, antes de que ese gigante me arrojara aquí abajo?

Me subo de pie, y comienzo a recoger la cadena, sin darme cuenta siquiera de que grito:

—Oye, ¿qué es lo que dijiste… sobre Cristo bendito y estos mercaderes comemierda?

Se vuelve estupefacto, casi tanto como todos los demás. La escena se detiene, como impresa en una página, y yo estoy a punto de perder el equilibrio, debo de parecer un

maldito asqueroso.

—¡Bien, estoy totalmente de acuerdo contigo! Y ahora sigue el consejo de un hermano: agacha la cabeza.

El gigante que creía haberme ahogado se pone de color morado, avanza hacia mí, ven, ven ahora que he sacado toda la cadena y tengo el cubo en la mano, ven, si tan valiente eres, ven a que te arranque esa cabezota de tocino que tienes sobre los hombros.

Es un ruido sordo, un topetazo seco, uno nada más, que deja mellado el metal y hace volar por los aires una lluvia de dientes. Se desploma como un saco vacío, sin un gemido, escupiendo fuera pedazos de lengua.

Comienzo a hacer girar la cadena, cada vez más fuerte; yo os enseñaré, distinguidos caballeros, lo sarnoso que puede ser un anabaptista. El cubo golpea cabezas, hombros, gira cada vez más lejos de mí, la cadena me siega las manos, pero los veo caer, encogerse por el suelo, correr hacia la puerta sin alcanzarla, la Justicia del Cubo es implacable, gira y gira, cada vez más fuerte, no lo sostengo ya, ahora es él el que me arrastra a mí, es la mano de Dios, podría jurarlo, señores, el Dios al que habéis puesto rabioso. Y al suelo, otro más, ¿dónde pensabas esconderte, eh, rico idiota borracho?

Un tirón, el cubo encallado, enganchado en las ramas de un arbolillo que a punto ha estado también de ser derribado.

Una ojeada al campo de batalla: ¡uf!, todos por los suelos. Alguno gruñe, se relame las heridas desfallecido, mirándose los testículos.

El hermano ha sido prudente y se ha arrojado al suelo a la primera vuelta y se levanta ahora atónito, con un extraño brillo en los ojos: como ángel exterminador no se puede decir que lo haya hecho nada mal.

Salto del brocal y me acerco tambaleante a él. Alto y flaco, barbilla oscura en punta. Me estrecha la mano demasiado fuerte, la cadena me la ha llagado.

—Dios nos ha asistido, hermano.

—Dios y el cubo. Nunca había hecho una cosa así antes.

Sonríe:

—Me llamo Matthys, Jan Matthys, y soy panadero en Haarlem. Respondo yo:

—Gerrit Boekbinder.

Casi emocionado:

—¿De dónde vienes?

Me vuelvo hacia atrás y me encojo de hombros:

—Vengo del pozo.

Capítulo 19

Amberes, 14 de mayo de 1538

—Y pasé a ser Gert «del Pozo». Matthys se divertía empleando ese estrambótico nombre, pero le gustaba también pensar que nuestro teatral encuentro no había sido fruto del azar. Por lo demás, para él nada lo era nunca, todo tenía un sentido dentro de la visión de Dios, un significado que iba más allá de las simples apariencias y que les hablaba a los hombres, a nosotros, los elegidos. Porque esto creía él que eran los baptistas: unos elegidos del Señor, los escogidos. Se trataba de una empresa que debía ser llevada a cabo, grandiosa, definitiva. Mi Juan de Haarlem conocía a Hofmann, había sido bautizado por él personalmente, y había leído sus profecías. Se acercaba el Día, el día de la liberación y de la venganza. Pero pronto comprendí que aquel panadero había realizado una elección distinta a la del viejo Melchior: lo que él quería era librar aquella batalla, sí, no esperaba más que la señal de su Dios para declarar la guerra a los impíos y a los siervos de la iniquidad. Y para ello tenía un plan: reunir a todos los baptistas y hacerles desertar del mundo, ese mundo de esclavitud y prostitución al que los poderosos querían condenarlos para siempre. Sí, pero ¿cómo reconocer a los escogidos? Matthys no se cansaba nunca de repetir que Cristo había elegido a unos pobres pescadores como seguidores y apóstoles, expulsando a los mercaderes del templo. Porque se trataba justamente de esto: del lucro, del maldito lucro de los comerciantes holandeses. Gente de aquel jaez elegiría qué fe profesar en función de sus propios intereses y esto la hacía un enemigo temible. Cuanto más ligada estaba la fe a ritos y dogmas indiscutibles, más apegados se sentían a ella: en el fondo el único motivo por el que no simpatizaban con la Iglesia de Roma era porque su mayor paladín, el emperador Carlos, los vejaba con impuestos y quería apoderarse de los

Países Bajos como un tirano, impidiendo sus negocios. Poco importaba que muchos ricos mercaderes fueran personas de buena fe: la buena fe (decía a menudo el panadero de Haarlem) no basta, pues es necesaria la verdad. Pues si bastara la buena fe, de nada serviría la redención: «La buena fe no elimina los errores, muchos judíos de buena fe gritaron: "Crucifícalo". La buena fe es una idea del Anticristo».

»Pero lo más sorprendente era el modo en que Matthys había desenmascarado la hipocresía de los curas y de los doctores que se habían servido de la Biblia desde los púlpitos y las cátedras: aquella miserable teología de la "rectitud moral" y de la consabida "honestidad", que era con frecuencia y gustosamente conferida tan solo por una cuestión de grado, de autoridad. "En cambio, el Evangelio ensalza a los deshonestos, se dirige a las prostitutas, a los rufianes, no a las prostitutas arrepentidas, sino a las rameras tal como son, a la gente de mal vivir, a la hez de la sociedad." También el elogio de la honestidad y de la moral eran para él la religión contada por el Anticristo.

»Y tal era la razón por la que él estaba con la gente común y corriente, los artesanos, los pobres miserables y la chusma callejera, entre quienes se encontrarían los elegidos, aquellos que sufrían más que todos los demás y que no tenían nada más que perder que su condición de desheredados de la fortuna. Allí podía sobrevivir la chispa de la fe en Cristo y en su inminente venida, porque las condiciones de aquella gente estaban más próximas a su opción de vida. ¿Acaso no había elegido Cristo a los desheredados de la fortuna, las prostitutas y los rufianes? Pues bien, entre ellos reclutaríamos nosotros a los capitanes para la batalla.

—¿Cómo era? Me refiero a qué tipo de individuo era ese Jan Matthys.

Eloi deja caer la pregunta tan lentamente como cae la tarde, al término de esta jornada dedicada al huerto y a la sonrisa de Kathleen.

—Era el loco más arriscado que haya conocido jamás. Pero esto antes de que nos fuéramos hacia Münster. Era lo bastante decidido y fuerte como para merendarse a Hofmann y su rechazo de la violencia. Si el viejo Melchior era Elias, entonces él sería Enoc, el segundo testigo de los pasajes del Apocalipsis. Tuve una demostración de aquella fuerza cuando un tal Poldermann, un zelandés de Middelburg, dijo que él era Enoc: Matthys se subió de pie sobre una mesa y fulminó a todos los hermanos allí reunidos con una sarta de maldiciones. Cualquiera que no lo reconociese como el verdadero Enoc ardería en las llamas del infierno para toda la eternidad. Tras lo cual permaneció callado durante dos días enteros. Sus palabras habían sido tan convincentes que algunos de nosotros se encerraron en una habitación sin agua ni comida, implorando la misericordia de Dios. Fue una prueba de fuerza, de oratoria y de determinación: la superó. Tal vez ni él mismo lo

tuviera claro, pero yo sabía que Jan Matthys era ya el más serio competidor de Hofmann, y con una ventaja además: la facultad de hablar al furor de los humildes. Yo sentía que si aprendía a conducir aquel furor, se convertiría en el verdadero Caudillo de Dios, capaz de poner patas arriba el mundo y transformar a los últimos en los primeros, de producir una fuerte sacudida y acaso también definitiva en las pingües Provincias del Norte.

»Había llegado a Amsterdam con una mujer, llamada Divara, una criatura espléndida, que mantenía celosamente al amparo de las miradas de todos. Decían que en su país había contraído matrimonio con una mujer mayor que él y que la había abandonado para fugarse con esta jovencísima muchacha, hija de un cervecero de Haarlem. También Enoc tenía por tanto un punto flaco, igual que la mayor parte de los humanos, a medio camino entre el pájaro y el corazón. Aquella mujer siempre me produjo espanto, aun antes de ser reina, profetisa, gran ramera del rey de los anabaptistas. Tenía algo de aterrador en su mirada: la inocencia.

—¿La inocencia?

—Sí. La que te puede llevar a ser y hacer cualquier cosa, a cometer el crimen más inhumano y gratuito como si fuera la acción más insulsa del mundo. Era una hembra que no debía de haber llorado jamás en la vida, a la que nada habría podido trastornar, una muchacha ignorante e incluso inconsciente de su carne blanca, y más temible aún por eso mismo en el momento en que tomara conciencia de ello.

»Pero solo más tarde aprendería a temer de verdad a aquella mujer. En aquellos primeros meses del treinta y dos teníamos otras muchas cosas en las que pensar. Ante todo el hecho de que la predicación clandestina de Matthys, ese extraño reclutamiento nuestro, había entrado en colisión con el *Stillstand* proclamado por Hofmann. En aquellos días había llegado hasta nosotros el rumor de que el Elias germano pronto vendría a Holanda a visitar nuestra comunidad y Matthys sabía que debía imponerse al maestro, si lo que queríamos era que los hermanos despertaran y se unieran a nosotros. Fue un enfrentamiento a vida o muerte: Hofmann poseía la autoridad del pasado como predicador. Pero Jan de Haarlem poseía el fuego.

Capítulo 20

Amsterdam, 7 de julio de 1532

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Y mil veces no! —La voz se alza sobre el alboroto general—. ¡No es hora aún de reanudar los bautismos! ¡Hacerlo en este momento significaría desafiar al Tribunal de Holanda y condenarnos al patíbulo! ¿Es esto lo que queréis? ¿Y quién anunciará el Advenimiento del Señor cuando tengáis todos el mismo fin que el pobre Trijpmaker y sus compañeros?

El buen Elias suabo no se esperaba que le replicasen, sino más bien ser recibido como un padre. Y en cambio… Allí está, rojo como la grana y propenso a contradecirse a causa de la exasperación.

Enoc no se inmuta, la barba en pronunciado ángulo apuntada hacia el adversario, un profeta contra otro: el libro del Apocalipsis no habla de esto. Lo mira a los ojos, esbozando una sonrisa.

—Sé que no puede ser el martirio el que espante al hermano Melchior, lo sé porque nadie más que él ha tenido que padecer las penas del destierro y la dificultad de dar testimonio. —Una pausa estudiada, magistral—. Lo que teme es que en unas pocas horas, sin darle tiempo a escapar o a mandar una carta, la autoridad de La Haya dé con nosotros y caiga encima de nosotros, apresándonos a todos. —La atención es toda para él ahora—. Pero ¿cuántos somos? ¿Os lo habéis preguntado alguna vez? ¿Y qué estamos dispuestos a intentar con miras al Último Día? Yo os digo, hermanos, que con la ayuda del Señor podemos ser más rápidos que el brazo armado de los inicuos, puede serlo nuestro mensaje, el anuncio del Juicio.

Hofmann, irritado, lucha contra la amargura que lo invade.

Matthys insiste:

—Es cierto: pueden perseguirnos, introducir espías entre nosotros, descubrir nuestros nombres, nuestras casas seguras. Pues bien, ¿por qué íbamos a detenernos por esto? En la Biblia se dice que Cristo reconocerá a sus santos. En su epístola Pedro incita a los fieles a apresurar la venida del día de Dios. —Cita de memoria los pasajes de los que hemos hablado entre nosotros ya muchas veces—: «Pero nosotros esperamos otros cielos nuevos y otra tierra nueva, en que tiene su morada la justicia, según su promesa». Y también Juan afirma que «quien conoce a Dios nos escucha a nosotros; quien no es de Dios no nos escucha». Pero ¿cómo pueden escucharnos los justos si nosotros no les hablamos? ¿Cómo podrán distinguir el espíritu verdadero del falso, si no descendemos a campo abierto a luchar? ¿Cómo, si no tenemos el valor de bautizarlos, de predicar, de llegar a ellos con el mensaje de la esperanza, desafiando los edictos y las leyes de los hombres? ¡Hemos de ser más sagaces que ellos! ¿O acaso creemos que por el mero hecho de escribir tratados teológicos y hermosas epístolas podremos llevar a cabo nuestra tarea? —El tono sube, férreo, las palabras: martillazos en un yunque—. ¿Cuánto, hermanos, cuánto no nos han puesto los santos apóstoles en guardia contra los anticristos, contra los falsos profetas y los embaucadores que en el postrer momento poblarán la tierra, para apartar a los elegidos de su cometido? Nuestro cometido. El Evangelio dice: «Convenced a aquellos que están vacilantes, a otros salvadlos sacándolos del fuego». ¡El fuego de las hogueras que en todos los Países Bajos están siendo preparadas para nosotros, hermanos, para cerrarnos la boca e impedir que se prepare el terreno para el Advenimiento de Cristo y de la Nueva Jerusalén! ¿Y hemos de humillar nosotros la cerviz y esperar al verdugo?

Su voz danza, es una música que prorrumpe, un trueno que se inicia de lejos, repercute en el estómago y de repente se aplaca. Los hermanos están divididos, el carisma de Elias contra el fuego de Enoc, los ánimos se caldean.

Hofmann se pone en pie, sacudiendo la cabeza:

—El día del Señor está ya próximo. De lo cual dan testimonio un gran número de señales, siendo la primera de ellas que el poder de la iniquidad nos persiga con tamaña crueldad en Alemania y aquí en Holanda. Por eso es por lo que nuestra tarea debe ser esperar y dar testimonio. Esperar a Cristo, sí, hermanos, y ese poder que será el único capaz de doblegar a las naciones y acabar con el mal para siempre. Hermano Jan —se vuelve solo hacia Matthys ahora—, la espera no puede ser sino breve. Las tinieblas están ya disipándose y la verdadera luz empieza a resplandecer. Juan nos dice: «¡No améis al mundo ni las cosas del mundo!». Y así también Pablo. Debemos guardarnos de la soberbia en este crítico momento, ser humildes y esperar, hermano, esperar y sufrir manteniendo firme la paz en nuestro interior. —Una mirada hacia nosotros—. Será pronto. De esto no cabe la menor duda.

Matthys: ojos de mirada penetrante, diríase que no respira:

—Pero ¡ha llegado la hora! ¡Y es esta! ¡Ahora Cristo está llamándonos a que nos movamos! ¡No mañana, no el año que viene, ahora! ¡Hemos hablado tanto del regreso del Señor que ni siquiera nos damos cuenta de que él está ya aquí, está sucediendo, hermanos, y si no nos ponemos en marcha el Reino se nos escapará sin darnos cuenta, demasiado ocupados como estamos en nuestros tratados de teología! —Corre hacia la ventana y, cuando la abre de par en par sobre los arrabales de Amsterdam, un estremecimiento me recorre el espinazo—. ¿A qué esperamos para abandonar Babilonia, ese burdel de mercaderes, y para marchar allí fuera? ¡Llamemos a reunión al pueblo de los elegidos y libremos la batalla armados de la Palabra del Señor!

Hofmann dice angustiado, trastornado:

—¡Estas ideas acabarán por desencadenar una guerra civil! ¡Y no hemos sido llamados para esto!

Los ojos vidriosos de Matthys están fijos, con una mirada asesina, en él, la respuesta es rápida, el silbido de una serpiente:

—Eso lo dices tú.

Las dos facciones estallan, están ya claras y divididas, llueven insultos, y también algún que otro escupitajo bien dirigido. Trato de poner calma entre los nuestros, sin reparar en que la mirada compasiva de Hofmann se ha posado sobre mí, sobre quien no pensaba precisamente encontrar en el bando contrario. Tal vez busca ayuda, pide que haga yo razonar a Matthys, en nombre de nuestra vida en comunidad en Estrasburgo.

—Hermano, por lo menos tú, háblales a estos locos. No saben lo que dicen.

No tengo más que unas pocas palabras de despedida:

—Deja hablar a la locura y a la desesperación: esto es todo cuanto tenemos en nuestra alforja.

Lo dejo completamente abatido. Se queda allí, con cara sombría en la brecha que se lo ha tragado. Sabe que el fuego de Enoc incendiará la llanura.

Capítulo 21

Leiden, 20 de septiembre de 1533

—Sí, la calle que andan buscando es la primera a la derecha. No tiene pérdida.

El chiquillo que nos ha acompañado se detiene en espera de alguna moneda y señala una callejuela al fondo de la manzana. Parece casi paralizado. Un susurro con la vista gacha:

—Mi madre trabaja aquí y no quiere verme por estos lugares.

Abre la mano para recibir las monedas. Jan Matthys ni se inmuta:

—Tu recompensa será grande en el cielo —sentencia con solemnidad.

—Pero mientras tanto —añado yo sacando un florín de mi bolsa—, un mísero anticipo terrenal no te vendrá nada mal.

El rubiales se larga obsequiándonos con el relampagueo de una sonrisa desdentada, mientras Jan Matthys trata de mirarme con contrariedad, sin conseguir contener una carcajada:

—¿No crees que conviene acostumbrarlos desde niños a la inminencia del Reino?

Probablemente es la madre de nuestro pequeño guía la que nos da la bienvenida en el callejón. Rubia como él, los ojos claros perfilados de negro, apoya los pechos en el alféizar medio roto de una ventana del segundo piso. No les da tiempo a las cabezas de volverse para observarla, cuando oímos detrás de nosotros el chasquido agudo de una docena de besos al aire. Igual que en la galería de retratos de una noble familia, los bustos generosos de las prostitutas de Leiden nos flanquean a derecha e izquierda, asomados a distinta altura en las paredes de enrejado de las casas.

Aunque distraídos por semejante acogida, no tardamos mucho en identificar el portón

verde que andamos buscando. Es el último edificio del callejón, que hace esquina con un puentecillo sin balaustrada que se arquea salvando uno de los muchos canales sobre el Rin.

Matthys, alto y chupado, está radiante. En las escaleras que nos conducen al primer piso, me da una palmada en la espalda y asiente con la cabeza:

—¡Entre putas y alcahuetes, Gert!

—Y entre los borrachos de una taberna —añado yo con una sonrisa en alusión al reclutamiento de Gert del Pozo.

Quien hace los honores de la casa esta vez es una muchacha completamente vestida, pero no precisamente como una dama que se dirige al mercado.

—Buscáis a Jan Beuckelseen, Jan de Leiden, ¿no es cierto? En este momento no puede…

—¡Hazlos entrar! —la interrumpe un grito desde el fondo del pasillo—. ¿No ves que son profetas? ¡Venid, adelante, adelante!

La voz es baja y rotunda, de esas que parten del abdomen y retumban en la garganta. Decididamente no está lo que se dice muy a tono con la escena con que nos encontramos delante una vez abierta de par en par la puerta de la que la hemos oído salir.

Nuestro hombre está tendido sobre un pequeño sofá, con una mano asida a una manta y la otra en los testículos. Está desnudo de cintura para arriba, ungido todo el pecho de aceite. Una mujer, medio desnuda también, sostiene en la mano una navaja de afeitar y lo está depilando.

—Os ruego que me disculpéis, queridos amigos —dice con esa voz que parece casi una tomadura de pelo—. No quería haceros esperar demasiado. Nuestra antesala siempre se ve frecuentada por gente poco recomendable.

Nos presentamos. Matthys lo mira unos instantes, luego vuelve los ojos alrededor:

—¿Es este tu trabajo?

—Todo es trabajo mío, pero no me hace sudar mucho la frente, la verdad —es la respuesta inmediata, casi la salida de un actor al escenario—. Niego con la más absoluta firmeza el pecado de Adán y en consecuencia no acepto ninguna de las maldiciones que de él puedan derivarse. Trabajaba de sastre, pero lo dejé bien pronto. Ahora encarno en las plazas a los grandes protagonistas de la Biblia.

—¡Ah, claro, eres actor!

—Actor no es el término exacto, amigo mío: yo no represento, yo personifico.

Coge una esponja de un barreño y se limpia con jabón. Se pone en pie de un salto, frotándose sin el menor recato la entrepierna. El rostro es una máscara de dolorosa resignación, los ojos clavados en los míos:

—«Soy peregrino en la tierra. Sé fuerte, y muéstrate hombre. Observa la ley del Señor tu Dios, siguiendo sus caminos y cumpliendo sus estatutos, mandamientos y preceptos.»

La muchacha se pone a aplaudir con entusiasmo, con el pecho apretado entre sus brazos.

—¡Bravo, Jan! —Mirándome—: ¿No es estupendo?

El rey David hace una profunda inclinación. Del pasillo llegan ruidos: caídas, alaridos, gritos ahogados. Nuestro Jan parece en un principio no hacer caso, ocupado como está en su aseo personal. Luego algo le hace salir disparado, quizá una petición de ayuda más aguda que las demás o únicamente más convincente. Coge una navaja barbera y sale.

El trueno de su voz llena la casa. Matthys y yo nos miramos, inseguros de si intervenir o no. Pasan unos instantes y Jan de Leiden vuelve a aparecer por la puerta. Respira hondo, se arregla los fondillos de las mangas y hunde la navaja barbera en un barreño esmaltado. El agua se tiñe de rojo.

—¿Qué decís de esto? —pregunta dándose la vuelta—. ¿Habéis oído hablar alguna vez de un alcahuete amable, que respete al prójimo y tenga buenos modales? Los rufianes son gente cruel, brutal. En cambio a mí me gustaría convertirme en el primer rufián santo de la historia. Sí, amigos, soy un rufián que sueña con sentarse a la diestra de Dios. Y sin embargo de vez en cuando el sueño se interrumpe y el rufián se despierta…

—No se trata ni de sueño ni de vigilia. —La voz del otro Jan no es la de un actor, es la de Enoc—. Rufianes, meretrices, ladrones y asesinos: ¡estos son los santos de los últimos días!

Jan de Leiden se lleva una mano a los labios y luego a las pelotas:

—¡Uh! No me hables del fin del mundo, amigo. He conocido a un montón de profetas aquí dentro y todos son unos malasombras.

—Bien que te creo —respondo yo acto seguido—, esperar de brazos cruzados el Apocalipsis no es sino una pesadilla. La Revelación solo llega de abajo. De nosotros.

Se vuelve con una sonrisa sarcástica. Es difícil saber si es irónica o de iluminado.

—Comprendo. —Las comisuras de la boca siguen alzándose e hinchando los duros pómulos—. ¡Se trata ni más ni menos que de hacer el Apocalipsis!

El énfasis con que consigue pronunciar la palabra *hacer* me deja verdaderamente impresionado. Con la vieja pasión por el griego y por la etimología me esfuerzo por encontrarle un nueVonombre a la empresa final. Apocalipsis, como apoteosis, incluye el prefijo de lo que está en las alturas. Ipocalipsis sería un nombre mucho más adecuado: solo hay que cambiar una vocal.

Observo a Jan Beuckelssen que está con la mano apoyada entre los muslos, una mujer semidesnuda tumbada en el sofá, una navaja de afeitar ensangrentada en remojo: mis razonamientos no pasarán del umbral del cerebro. Las palabras del panadero de Haarlem serán mucho más convincentes.

Jan Matthys se atusa su negra barba en punta. El santo rufián parece gustarle, aunque no

tiene las ideas lo bastante claras. Por lo demás, los baptistas de Amsterdam que nos sugirieron ir a verlo no nos dijeron nada de su lucidez o de su fe, sino más bien de su odio visceral por papistas y luteranos, de su encanto de actor y de sus modales un tantos toscos.

Matthys se aprieta los labios con los dedos y decide ir al grano:

—Te ruego que nos escuches, hermano Jan, la idea es la siguiente: doce apóstoles recorrerán estas tierras a lo largo y a lo ancho. Bautizarán a las personas adultas, invitarán a allanar el camino del Señor, predicarán en su nombre. Y sobre todo husmearán el ambiente de cada ciudad para valorar en cuál de ellas será posible reunir al pueblo elegido. —Se vuelve hacia mí con un gesto de la cabeza—. Estamos buscando hombres capaces de hacer todo esto.

El otro Jan hace una indicación a su atractiva compañera para que abandone la habitación. Las miradas están todas pendientes de él mientras se deja caer sobre las posaderas en el sofá al tiempo que se pone los calzones.

—¿Y por qué todos en una misma ciudad, amigo Jan? ¿No sería más conveniente abarcar un territorio lo mayor posible? La fuerza de una idea se mide también por su capacidad de implicar en ella a las gentes que están lejos.

Matthys ha respondido ya muchas veces a esta objeción. Entorna los ojos y habla lentamente:

—Escucha, solo cuando gobernemos una ciudad y hayamos abolido el uso del dinero, la propiedad privada de los bienes y las diferencias de riqueza, solo entonces la luz de nuestra fe será tan potente como para iluminar a todas las gentes. ¡Será el ejemplo! En cambio, si desde el comienzo nos preocupamos únicamente de difundir lo más posible nuestras ideas, acabaremos por atenuar el efecto impactante que de ellas esperamos y se nos morirán entre los dedos como flores sin raíces.

Jan de Leiden se pone a aplaudir al tiempo que sacude la cabeza:

—¡Que Dios os bendiga, amigos míos! Hacía tiempo que este actor callejero esperaba una locura semejante para poder dar por fin vida a sus personajes favoritos: David, Salomón y Sansón. Dios mío, vuestro Apocalipsis es el espectáculo con el que siempre he soñado. Acepto el papel, si es esto lo que buscáis: ¡a partir de hoy contáis con un apóstol más!

Capítulo 22

Amberes, 20 de mayo de 1538

—¿Un putañero? ¿El rey de Münster un rufián?

Por un instante, Eloi olvida la condescendencia a la que me tiene acostumbrado. Por primera vez no es capaz de creerme.

Lo tranquilizo:

—Si la leyenda lo ha pintado como a un rey terrible y sanguinario, has de saber que ello no corresponde más que a la verdad, pero ni antes ni después de nuestra entrada en Münster, Jan Beuckelssen de Leiden fue nunca nada distinto de lo que había sido siempre: un actor, un saltimbanqui, un rufián. Y naturalmente, un profeta. Esto hace más grotesco aún si cabe el epílogo de nuestra historia, pues el actor se olvidó de que estaba representando y confundió el argumento de la obra con la vida real. La farsa se convirtió en tragedia.

Eloi está incómodo, sonríe para vencer el asombro.

—La epopeya anabaptista y las leyendas de los enemigos han hecho de nosotros unos monstruos de astucia y perversión. Bien, en realidad los caballeros del Apocalipsis eran los siguientes: un panadero profeta, un poeta alcahuete y un marginado sin nombre, eterno fugitivo. El cuarto fue un verdadero poseso, Pieter de Houtzager, uno que había tratado de hacerse fraile pero que había sido rechazado por la violencia de sus palabras: abordaba a la gente por la calle, las visiones que evocaba estaban llenas de sangre y exterminio, única justicia del Señor.

»Luego la familia Boekbinder proporcionó a la cuadrilla de Matthys otro pariente, el joven Bartholomeus, que oficialmente resultaba ser mi primo y que se unió a nosotros en el otoño del treinta y tres, junto con los dos hermanos Kuyper: Wilhelm y Dietrich.

»Convencimos también a un hombre apacible y piadoso como era Obbe Philips y en Amsterdam Houtzager bautizó a otro adepto, Jacob Van Campen. Y así los discípulos del gran Matthys alcanzaron la considerable cifra de ocho. Reynier Van der Hulst y los tres hermanos Brundt, unos muchachos que olían aún a leche materna, pero con unas manos como palas, se enrolaron en el grupo de la región de Delft, en los últimos días de noviembre del treinta y tres. Casi sin darnos cuenta nos habíamos convertido en doce.

»Fue una señal más que suficiente para nuestro profeta. En sus ojos podía leerse que estaba planeando algo. Por lo demás, en torno a nosotros el mundo parecía verdaderamente a punto de estallar, nuestras palabras no dejaban de tener nunca el efecto apetecido. No éramos más que una pandilla de marginados, actores, locos, gente que había dejado su trabajo, su casa, su familia para entregarse a la predicación en nombre de Cristo. Una elección de vida llevada a cabo por las más diversas razones, por sentido de la justicia ante lo insoportable de la vida a la que uno estaba condenado, pero que llevaba a la misma conclusión, a un acto de voluntad que implicase a cuanta más gente mejor, que demostrase a los hombres que el mundo no podía durar así hasta el infinito y que muy pronto sería puesto patas arriba por el mismo Dios en persona. O por alguien en representación de Él, que era como decir, nosotros. He aquí por qué éramos los que podíamos de verdad hacer saltar todo por los aires.

—¿Obedecíais las órdenes de Matthys?

—Seguíamos sus intuiciones. Estábamos en perfecta sintonía y nuestro profeta, además, era todo menos un estúpido: sabía valorar a los hombres. Tenía en gran consideración mi opinión, me consultaba a menudo, mientras que prefería utilizar a Jan de Leiden como ariete: la actitud teatral de Jan se volvía útil. Y también su apostura no venía nada mal: aunque era jovencísimo, aparentaba ser ya un hombre maduro, atlético, rubio, con una sonrisa alucinada, que rompía los corazones de las jóvenes. Matthys había empezado a mandarle de un lado para otro allende las fronteras, por los territorios imperiales, para tantear el terreno, mientras que Houtzager seguía actuando en los arrabales de Amsterdam.

»A finales del treinta y tres Matthys nos dividió en parejas, precisamente como los apóstoles, y nos confió la tarea de anunciar al mundo en su nombre que el Día del Juicio Final era inminente, que el Señor causaría estragos entre los impíos y que solo unos pocos se salvarían. Seríamos sus abanderados, los mensajeros del único verdadero profeta. Tuvo palabras duras, aunque no ingratas, para el viejo Hofmann, encarcelado en Estrasburgo. Este había previsto el Juicio para el treinta y tres: el año estaba concluyendo y nada había acontecido aún. La autoridad de Hofmann estaba, de hecho, desprestigiada.

»No hizo ninguna mención a las armas. No sabría decir si habló alguna vez de ellas. No dijo nada respecto a la implicación de los apóstoles en la lucha del Señor y no sé si ya por aquel entonces meditaba acerca de esta solución. Por lo que veía estábamos todos

desarmados. Todos excepto yo; había recortado la vieja espada que encontré en el establo de los Boekbinder y me quedó una daga corta, un arma más ágil y familiar, que podía llevar escondida bajo la capa y que me permitía viajar más tranquilo.

»Formé pareja con Jan de Leiden, por expreso deseo del mismo Matthys: mi determinación y su dominio de las tablas, una combinación perfecta. Eso no me desagradó en absoluto, pues Beuckelssen era un tipo con el que no me iba a aburrir nunca, imprevisible y con el punto justo de locura. Estaba seguro de que haríamos grandes cosas.

»Fue entonces cuando por primera vez oí hablar de Münster, la ciudad en la que los baptistas hacían oír su voz. Jan de Leiden había pasado por allí unas pocas semanas antes y había sacado una excelente impresión. El predicador local, Bernhard Rothmann, había estrechado amistad con algunos misioneros baptistas seguidores de Hofmann y cosechaba un gran éxito entre la ciudadanía, manteniendo a raya a papistas y luteranos al mismo tiempo. Münster fue incluida en el itinerario que íbamos a realizar.

—¿Fuisteis Beuckelssen y tú los primeros en llegar?

—No, a decir verdad, no. Una semana antes que nosotros habían llegado Bartholomeus Boekbinder y Wilhelm Kuyper. Ya se habían marchado, no sin antes haber rebautizado a más de mil personas. El entusiasmo en la ciudad estaba en su punto álgido, cosa que pudimos comprobar de forma impresionante a nuestra llegada.

El ojo de Carafa

(1532-1534)

Carta enviada a Roma desde la ciudad de Estrasburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 20 de junio de 1532.

Al muy honorable y señor mío Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Señor mío munificentísimo:

La noticia de la creación de la tan anhelada alianza entre Francisco I y la Liga de Smalkalda me llena de esperanza. Los príncipes protestantes y el católico rey de Francia unen sus fuerzas para poner coto al poder del Emperador. No cabe duda de que la guerra pronto se reanudará, sobre todo si los rumores que han llegado hasta mí por conductos muy reservados a propósito de unas negociaciones secretas entre Francisco y el turco Solimán se ven confirmados en los próximos meses. Pero seguramente V.S. está mejor informada que este humilde servidor, que escruta de soslayo, desde este ángulo del mundo en el que vuestra generosidad ha permitido que desarrolle su modesta tarea.

Y sin embargo, tal como justamente observa mi señor, los tiempos nos exigen una vigilancia constante y diligente, a fin de no verse arrasados, añadiría yo, por un incendio que incuba bajo las cenizas y se prepara para estallar con fuerza inaudita. Me refiero nuevamente a la peste anabaptista, que tantas víctimas sigue cobrándose en los Países Bajos y en las ciudades limítrofes. De Holanda llegan mercaderes contando que existen ya nutridas comunidades de anabaptistas en Emden, Groninga, Leeuwarden y hasta en el mismísimo Amsterdam. El movimiento ve engrosar sus filas cada día que pasa y se extiende como una mancha de tinta por todo el mapa de Europa. Y ello precisamente cuando el Cristianísimo rey de Francia está a punto de tener éxito en su intento de reunir en una salvadora, aunque extraña, alianza a todas las fuerzas contrarias a Carlos y a su ilimitado poder.

Como Vuestra Señoría sabe perfectamente, la provincia imperial de los Países Bajos no es un principado, sino una confederación de ciudades, ligadas entre sí por un intenso tráfico comercial. Estas se consideran libres e independientes, hasta el punto de ser capaces de enfrentarse al emperador Carlos con coraje y tesón. Carlos V es allí el representante de la catolicidad y no es difícil leer en la aversión de dichas poblaciones por la Iglesia de Roma el odio antiguo que alimentan por las miras del Emperador.

En los actuales momentos este último se halla empeñado en organizar la resistencia contra el Turco y poner freno a las maniobras diplomáticas del rey de Francia. No puede, por consiguiente, prestar mucha atención a los Países Bajos.

A esto se añade el penoso estado en que se halla la Iglesia en aquellas tierras: Simonía y Lucro reinan indiscutidas en conventos y obispados, provocando el descontento y la ira de la población y empujándola a abandonar la Iglesia y a buscar otra en las promesas de estos predicadores ambulantes.

Y así, la herejía, aprovechándose del descontento general, consigue encontrar nuevos canales de difusión.

La opinión del siervo de Vuestra Señoría es que el peligro representado por los anabaptistas es más serio de lo que a primera vista pudiera parecer: si consiguieran ganarse las simpatías del campo y de las ciudades mercantiles de Holanda, sus ideas heréticas no habría ya quien las contuviera y se propagarían por medio de las naves holandesas por quién sabe cuáles y cuántos puertos, hasta amenazar la estabilidad conquistada por Lutero y por los suyos en la Europa del norte.

Y puesto que V.S. lisonjea a este su siervo con la petición de su parecer, permítaseme decir con toda franqueza que es mil veces preferible el advenimiento de la fe luterana que la difusión del anabaptismo. Los luteranos son gente con la que es posible establecer alianzas favorables a la Santa Sede, tal como demuestra la alianza entre el rey de Francia y los príncipes alemanes. Por el contrario, los anabaptistas son unos herejes indomables, refractarios a todo compromiso, desdeñosos de toda regla, sacramento y autoridad.

Pero no me atrevo a añadir más, dejando al buen sentido de mi señor toda valoración, impaciente por volver a servir a V.S. con estos humildes ojos y el poco de perspicacia que Dios ha querido concederme.

Sinceramente me encomiendo a la bondad de V.S.

De Estrasburgo, el día 20 de junio de 1532,
el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Carta enviada desde la ciudad de Estrasburgo, dirigida a Gianpietro Carafa en Roma, fechada el 15 de noviembre de 1533.

Al muy honorable y señor mío Giovanni Pietro Carafa.

Señor mío ilustrísimo:

Escribo a V.S., tras un largo silencio, con la esperanza de que la atención y la preocupación demostradas con este fiel servidor vuestro encuentren aún razón de ser y confirmación ante Vos.

Los hechos de los que tengo que poner al corriente a V.S. son a mi juicio precisamente de utilidad, y probablemente también necesarios, para poder leer entre líneas en los sucesos de las tierras septentrionales, que, como no he dejado de referir, van complicándose cada vez más con el paso de los días.

El teatro de los hechos del que con tanta urgencia me dispongo a dar noticia es el principado episcopal con sede en la ciudad de Münster, en la frontera entre el territorio del Imperio y el holandés, confiado en la actualidad a la sabia guía de Su Eminencia el obispo Franz von Waldeck.

Este parece ser hombre resuelto y muy leal a la Santa Sede, pero asimismo prudente y atento a no perder el poder que tanto el Papa como el Emperador han puesto en sus manos. Su elevación a príncipe obispo maduró en un clima encendido de diatribas y conflictos con esa parte de la población que profesa la fe luterana, mercaderes en su mayoría, exponentes de las guildas que controlan el Consejo ciudadano y a las que él supo hacer frente con determinación.

Todo esto no merecería un solo instante de la atención de V.S. si no fuera porque los recientes sucesos acaecidos en esa ciudad son hoy tema de discusión general, hasta el punto de que incluso el landgrave de Hesse Felipe se ha visto obligado a enviar unos mediadores de paz con objeto de poner freno a los disturbios allí reinantes.

Debo confesar que ya desde hace algún tiempo un nombre que no me resultaba del todo extraño había llegado a estos oídos, remontando en sentido inverso el curso del Rin, trayendo hasta aquí el eco de osados sermones. Ayer, sin ir más lejos, recogí el testimonio de un comerciante en pieles llegado de Münster y residente allí.

Este hombre de negocios me ha hablado de un nuevo Isaías, incensado por el pueblo bajo, con gran cantidad de seguidores en callejones y posadas, consciente del ascendiente que ejerce sobre sus conciudadanos y capaz de instigarlos contra el obispo Von Waldeck. Solo entonces, cuando pude contar con una descripción física de un testigo directo, asocié su nombre al rostro del hombre cuya fama había llegado hasta mí.

Se llama Bernhard Rothmann, y me acordé de haberle echado el ojo precisamente aquí en Estrasburgo, hará de ello unos dos años, cuando sus simpatías luteranas lo habían llevado a visitar a los más importantes teólogos protestantes. No lo consideré en aquel entonces persona peligrosa, por lo menos no más que a sus restantes compañeros desterrados por la Santa Iglesia Romana, pero en la actualidad oigo hablar de nuevo de él y bien alto.

Se trata de un predicador münsterita, de unos cuarenta años, hijo de un artesano, pero que, según dicen, dio desde la misma niñez señales de gran inteligencia y capacidad, razón por la cual se lo encaminó a la vida eclesiástica, siendo posteriormente mandado a estudiar a Colonia por los canónigos valedores suyos. Durante aquel viaje pasó por aquí, pero también por Wittenberg, donde conoció a Martín Lutero y a Philipp Melanchthon.

Por lo que parece, al volver a su ciudad natal se convirtió en predicador oficial, iniciando un durísimo ataque contra la Iglesia. Las guildas de los mercaderes no tardaron en prestarle su apoyo, viendo en él a un excelente ariete que lanzar contra los portones del obispado. Rothmann se ganó en poco tiempo el favor del pueblo bajo y prendió en él la ambición.

Parece unir a la arrogancia también la excentricidad blasfema de quien pretende administrar el culto como mejor cree: mi mercader me describió el extraño modo en que

este administra la santa comunión, empapando panecillos en el vino y sirviéndoselos a los fieles. Por otra parte, desde hace algún tiempo se ha puesto a negar el bautismo a los niños.

Este detalle despertó una viva sospecha en mí, y me incitó a preguntar más cosas. Y efectivamente, interrogando al mercader y convenciéndolo para que me proporcionara cualquier información que pudiera ser de utilidad, conseguí enterarme de que ese falso Isaías sentía simpatía por el anabaptismo.

He descubierto que a comienzos de año llegaron a Münster algunos predicadores anabaptistas, procedentes de Holanda, cuyos nombres anoté puntualmente, al menos aquellos que la buena memoria del mercader había logrado retener. Los dichos anabaptistas excitaron al predicador hasta el punto de convertirlo a su falsa doctrina y de reforzar su acrimonia respecto al obispo.

Parece también que Lutero no pierde de vista desde hace algunos meses a este personaje, evidentemente impresionado por el ruido que consigue provocar, y se dice que en varias misivas remitidas al Consejo de la ciudad de Münster intentó poner en guardia a los protestantes sobre un hombre de semejante jaez. Pero como es sabido el monje Martín siente un maldito temor de todo aquel que pueda competir con él en popularidad y oratoria, amenazando su primacía. Pero lo que posteriormente reavivó mi atención por esa ciudad fue el tener noticia del hecho de que el landgrave Felipe se sintiera en el deber de enviar a Münster a dos predicadores con el fin de que hicieran volver al tal Rothmann a los cauces de la doctrina luterana. Cuando le pregunté a mi providencial mercader por qué se había molestado tanto el landgrave Felipe por un simple predicador, que por si fuera poco ni siquiera reside dentro de los límites de su principado, él me respondió proporcionándome un informe de lo más detallado de los últimos acontecimientos acaecidos en Münster.

Pues bien, tal como V.S. tendrá ocasión de leer, tales acontecimientos confirman las peores sospechas que este humilde observador ha expresado en las misivas precedentes, un muy pobre consuelo en medio de la desventura.

En el momento en que el tal Rothmann abrazó la doctrina que niega el bautismo de los niños, muchos del partido de los amigos de Lutero lo abandonaron, volviéndose en contra de aquel al que antes incensaban. Pero por muchos que sean los que lo han abandonado, otros tantos deben de haberlo seguido, si lo que me han contado, como creo, responde a la verdad.

La ciudad se ha dividido, pues, en tres confesiones, tres partidos igualmente distantes entre sí: los católicos romanos fieles al prelado; los luteranos, en su mayoría mercaderes, que controlan el Consejo de la ciudad; y los anabaptistas, artesanos y trabajadores manuales seguidores de Rothmann y de sus predicadores venidos de Holanda. Tampoco el hecho de que estos últimos fueran unos extranjeros ha podido separar al vulgo de su predicador, mejor dicho, ¡a estos se los introdujo en la ciudad por la noche y el pueblo ha echado en favor suyo a los predicadores locales!

¿Quién es este hombre, señor mío? ¿Qué increíble poder ejerce sobre la plebe? El recuerdo vuela por sí solo hacia ese Thomas Müntzer que años atrás también V.S. tuvo ocasión de conocer a través de estos humildes ojos.

Pero es mejor poner punto final a la crónica, que se diría fruto de la fantasía, si no estuviera convencido de la sensatez de quien me la ha proporcionado.

Ahora bien, ante una situación semejante, se pensó en celebrar un debate público entre las tres confesiones sobre la cuestión del bautismo, para que las cosas no degenerasen en guerra abierta.

Fue en agosto de este año cuando las mejores mentes libraron una batalla en la arena doctrinal. Pues bien, mi señor, Bernhard Rothmann y sus holandeses obtuvieron una victoria aplastante, arrastrando a la ciudadanía de su lado.

V.S. ha recordado varias veces a este su siervo que los luteranos, herejes ajenos a la gracia de Dios, se revelaron unos útiles aliados, por más que fueran unos indeseables, contra unas amenazas peores para la Santa Sede. Münster ha dado de nuevo prueba de esto, estableciendo una alianza entre luteranos y católicos contra el seductor Rothmann.

Los burgomaestres de la ciudad le exigieron silencio y en poco tiempo ordenaron también su destierro. Pero este, haciéndose fuerte con el apoyo del pueblo bajo, despreció las ordenanzas mientras continuaba instigando y difundiendo sus peligrosas doctrinas.

La ciudad pareció a punto de estallar, de tanto como hervía la sangre en las venas de unos y de otros.

Y he aquí explicado por qué el landgrave Felipe mandó precipitadamente a sus mediadores para la paz. Hombres doctos y diplomáticos los dos luteranos, Theodor

Fabricius y Johannes Lening, que trataron de desviar la atención de todos de la cuestión del bautismo.

Pero al decir de quien me lo contó, no consiguieron más que una tregua armada, en la que una simple chispa bastaría para prender fuego a toda la ciudad. A mi mercader no le cabía la menor duda al respecto. En el caso de que se llegara a una demostración de fuerza, Rothmann y los anabaptistas saldrían vencedores en menos que canta un gallo.

A ello se añaden dos acontecimientos de importancia no secundaria. El jefe de las guildas, un tal Knipperdolling, protege con la cara bien alta al predicador, contando en esto con el respaldo de los artesanos de la ciudad. Y según parece, y no en los últimos tiempos precisamente, el extenderse de la fama de Rothmann está haciendo afluir a Münster a muchos desterrados holandeses, sacramenteros y anabaptistas, acortando cada hora que pasa la mecha del polvorín.

Y paso ahora a exponer a V.S. mis temores acerca de la gravedad de la situación. En todas partes los anabaptistas han dado prueba de tenacidad y de un pérfido poder de seducción, hasta tal punto puede Satanás sobre los mortales. Aquellos difunden su peste a lo largo y a lo ancho de los Países Bajos y dentro de las fronteras del Imperio. Si bien son ahora pocos y bastante dispersos entre las regiones del norte, han demostrado no obstante la fascinación que ejercen sus doctrinas, en especial entre el vulgo ignorante y ya sedicioso por naturaleza.

Pues bien, ¿qué sucedería si se uniesen? ¿Qué pasaría si comenzaran a lograr un éxito cada vez más amplio con su arrastrarse por callejones, tiendas, lejos de la criba de la autoridad doctrinal? ¿Qué si nadie, ni un obispo, ni un príncipe como es Felipe, ni Lutero, parecen estar en condiciones de frenarlos en su soterrado avance, sino que más bien los temen como a la misma peste que se trata de mantener alejada de las propias fronteras, ignorantes de que avanza invisible y puede traspasarlas fácilmente?

Cualquier respuesta la tenemos ante nuestros mismos ojos. El primer caso funesto está produciéndose ya y es el de Münster, donde un solo hombre tiene en jaque a una ciudad entera.

El landgrave Felipe y Martín Lutero, pese a olerse el grave peligro que representan estos anabaptistas, no saben en absoluto cómo detenerlos, y creen verdaderamente que pueden contener su ímpetu perverso y mantenerlos aislados. Mucho me temo, mi señor, que sea una mera ilusión y que se den cuenta de su error solo cuando se los encuentren

ante la misma puerta de casa.

Ahora bien, lo que yo pienso es que, tal como V.S. ha querido tan magnánimamente enseñarme, las amenazas serán descubiertas a tiempo y neutralizadas, antes de que puedan hacerse realidad. Por dicho motiVono he dejado nunca de referir a V.S. todo cuanto pudiera ser aunque fuese mínimamente útil y valorar los riesgos que tienen su origen en esta parte del mundo.

En el caso en cuestión los hechos están produciéndose ya, pero acaso no sea demasiado tarde: es preciso cortar de raíz esta enfermedad, y cortarla en su misma fuente, antes de que pueda extenderse por toda Europa y contaminar el Imperio, tal como está ya sucediendo, sin detenerse ni tan siquiera ante los Alpes, bajando a Italia y quién sabe hasta dónde. Antes de que ello suceda, es preciso actuar.

Espero, pues, con impaciencia vuestras directrices, si es que aún queréis gratificar a un siervo de Dios concediéndole servir a su causa en esta difícil hora.

Beso las manos de V.S. en espera de una palabra.

De Estrasburgo, el día 15 de noviembre del año 1533,
el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad de Estrasburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 10 de enero de 1534.

Al muy honorable y reverendísimo señor mío Giovanni Pietro Carafa.

Ilustrísimo señor:

En el día de hoy ha llegado la misiva de V.S. que esperaba cuanto antes. Es inútil, en efecto, negar que el tiempo es un factor esencial en esta grave situación y el nihil obstat de V.S. no es para mí motivo de menor preocupación y solicitud, puesto que lo que sea menester intentar precisará de toda la protección providencial del Altísimo para llegar a buen puerto.

Permitidme, pues, que exponga a Vuestra Señoría lo que creo que es necesario emprender en breve contra la peste anabaptista.

En primer lugar, mi señor, el estado de los hechos es el siguiente: el anabaptismo se extiende solapadamente; no tiene un único cabecilla, al que sea posible cortar el cuello para no pensar más en ello; no tiene un ejército al que derrotar en una batalla; no tiene fronteras propiamente dichas, se propaga ahora aquí, ahora allá, tal como hace la peste negra cuando, saltando de una región a otra, siega las vidas de sus víctimas sin la menor distinción ni de lengua ni de estado, aprovechando el vehículo de los humores corporales, del aliento, del simple borde de un vestido; de los anabaptistas sabemos que prefieren la clase de los trabajadores manuales, pero puede decirse que estos se encuentran por doquier y que por lo tanto no hay frontera que pueda estar segura; ninguna milicia ni ejército, en efecto, consigue impedir el avance de este ejército invisible.

Así pues, ¿cómo conseguir detener el peligro que amenaza a toda la cristiandad?

Cuántas veces, señor mío munificentísimo, me he planteado esta pregunta en las últimas semanas… Tanto me he estrujado el cerebro que he llegado poco menos que al convencimiento de que en la presente coyuntura el siervo de V.S. no podría serle de ninguna ayuda a su señor.

Quiera Dios que me equivoque y que lo que me dispongo a proponer encuentre buena acogida en Vos.

Pues bien, creo que la solución nos es sugerida por los mismos apestados; los mismos anabaptistas nos indican el mejor modo de atacarlos con eficacia.

Si, en efecto, mi señor vuelve con la memoria a los asuntos que tuvo que desbrozar hace diez años, en la época de la guerra del Campesinado, valiéndose de este modesto siervo, recordará que para cercar al fanático Thomas Müntzer resultó útil entrar en familiaridad con él, fingir estar de su lado, para que pudiera obstaculizar más fácilmente a Lutero, en primer lugar, tal como era propio de su naturaleza, y hundirse en el infierno, posteriormente, cuando ya se corría el riesgo de que pusiera el mundo patas arriba además de prestar una ayuda involuntaria al Emperador en su lucha contra los príncipes germanos.

Por más que esté convencido de que el recuerdo de aquellos momentos será muy vívido en V.S., permitid a este siervo recordar que Thomas Müntzer era un hombre pérfido, guiado por Satanás, pero también inteligente y taimado, dotado de ascendiente sobre el vulgo y de facultades oratorias.

¿Qué son nuestros anabaptistas sino otros tantos Müntzer, solo que a pequeño tamaño?

También entre ellos parece haber personalidades más fuertes, guías espirituales, como es el caso del tal Bernhard Rothmann, pero también de otros, cuyos nombres tal vez no digan nada a V.S., pero que corren a lo largo y a lo ancho de estas tierras: los de Melchior Hofmann y Jan Matthys principalmente.

Así pues, mi consejo es que ante todo es menester neutralizar su aparente ubicuidad. Es decir, es menester reunir a todos sus cabecillas, a todos los Müntzer, a los acuñadores, a los apestados, en un único lugar, todas las manzanas podridas en un solo cesto.

Pero en esto hay que observar que la suerte está a nuestro favor, pues, tal como V.S.

pudo enterarse por mi anterior misiva, convergen en la ciudad de Münster no solo la atención de todos los anabaptistas, sino también una multitud de personas, familias enteras, que con armas y enseres se trasladan allí desde Holanda y el Imperio. Münster se ha convertido en la Tierra Prometida de los herejes más impenitentes.

Pues bien, creo que alguien podría unirse a dicha corriente y entrar en la ciudad. Dicha persona debería ganarse a continuación la confianza de los cabecillas de la secta, fingir amistad para conseguir influir en su actuación sin hacerse notar en exceso, favorecer la afluencia del mayor número de anabaptistas posible.

Una vez reunidas las manzanas podridas, la perspectiva de poder barrer a los elementos más peligrosos de un solo plumazo bastará de por sí para ganarse el apoyo del landgrave Felipe y del obispo Von Waldeck, protestantes y católicos, contra los más peligrosos instigadores.

Ahora bien, dado que la puesta en práctica de un plan semejante no puede implicar más que a una sola persona, o sea, a aquel que se dirija hasta allí, considero natural que el que proponga la acción sea en este caso también el que la ejecute. He aquí por qué he partido camino de Münster, con el propósito de retirar una considerable suma en la filial de los Fugger de Colonia y llevarla en dote a los ignorantes esposos anabaptistas.

Puesto que me dispongo a actuar en la clandestinidad sería importante poder contar con una recomendación de Vuestra Señoría ante el obispo Von Waldeck, y que este fuera informado de mi presencia en Münster y del hecho de que me pondré en contacto con él cuanto antes a fin de planificar lo que sea conveniente hacer.

Una vez que llegue a destino, me apresuraré a dar noticias más detalladas sobre cuanto allí acontece. Por ahora no me queda sino encomendarme a la voluntad de Dios y a su protección, en la seguridad de que V.S. querrá mencionar a este humilde servidor en sus preces.

Beso las manos de Vuestra Señoría.

De Estrasburgo, el día 10 de enero del año 1534,
el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

El Verbo se hizo carne (1534)

Capítulo 23

En los alrededores de Münster, Westfalia, 13 de enero de 1534

Me pongo en pie de un salto por el retumbo lejano, los cañones en los oídos, unos ojos desorbitados, de nuevo hombres que huyen por la llanura.

No. Solo es el trueno que nos persigue por el camino desde hace días. Otros tiempos, otra mirada. La paja, apestosa y cálida: tibieza animal de vacas y hombres que me retrotrae a esto. Y un súbito frío me saca del sueño, a escasa distancia del aliento del buey. Un ojo redondo y enorme me observa: el cotidiano rumiar se ha reanudado ya.

En la ventana, una luz extrañísima, de un color de hierro, en un cielo bajo, cargado de nubes e intenso frío que aguardan a los impávidos, de camino hacia la ciudad.

He aquí el segundo, y de nuevo un estremecimiento de la memoria: las inquietas bestias saben más sobre lo que fuera nos espera. Rechazo las imágenes del pasado.

El tercer trueno es un relampagueo que quiebra el horizonte. Se acerca quedamente, con los gorriones que trinan como locos de hambre y de frustración por no poder volar. Nos aplastará, un negro absoluto cubre el cielo entero.

Y quién sabe si el fin no es precisamente así: el torbellino o el diluvio, en vez del terremoto de espingardas. No creo que consiga salir vivo de nuevo, una segunda vez.

En cualquier caso, no son cosas que preguntarse al amanecer, con el estómago vacío desde hace dos días y todas estas leguas en las piernas.

He aquí el cuarto, mucho más cerca. Lo tenemos casi encima de nosotros. Un estallido que sacude la tierra, y el imprevisto chaparrón, que rebota en las hojas y cae tejado abajo.

Lo observo en la calle, convertida ya en un barrizal, que se pierde tras la colina baja: solo dos locos viajarían con este tiempecito.

Dos como nosotros.

Lo oigo refunfuñar en la sombra del establo, lanzar juramentos en voz baja.

El horizonte está totalmente tapado: la ciudad podría no existir ya.

—Oh, Jan… ¿no has pensado nunca que el Día del Juicio podría ser así? Ven a ver, el paisaje está irreconocible. Parece increíble que tierra y cielo puedan volver a ser los de antes…

Crujido de heno aplastado, el equilibrio aún incierto: mira de reojo afuera, entornando los ojos.

—Pero qué bobadas dices… Pero si no es más que el invierno.

—¡Ahí está! ¡Allí abajo!

Un perfil grisáceo, difuminado por el diluvio, apenas se deja entrever.

—¿Estás seguro?

—Lo es.

—¿Cómo puedes saberlo? Hemos perdido el camino.

—Te digo que lo es. Yo he estado ya.

Casi echamos a correr.

Aparecemos en la ladera de la colina y está allí, a solo un par de leguas, pero las nubes la perdonan. En la ciudad no llueve: el cielo muestra unos claros sobre los campanarios, y una columna de luz desciende ciñendo las murallas.

Así, solo así he imaginado siempre la ciudad celestial…

—Te digo yo que este día lo recordaremos, hermano, lo recordaremos como el principio.

Tiene los ojos iluminados, el agua chorrea por su barba y por los bordes de la capucha:

—Es cierto. Recordaremos el día en que los apóstoles del gran Matthys consiguieron traer la esperanza. Esto no es más que el comienzo.

Noto que está a punto de estallar, celoso apóstol ansioso, rufián, dominado por el éxtasis de encontrarse aquí.

Hace un ademán caballeresco para cederme el paso, pero está sinceramente excitado:

—Bienvenido a la Nueva Jerusalén, hermano Gert.

Los ojos me ríen:

—Bienvenido seas tú, Jan de Leiden, y procura no quedarte atrás.

Nos lanzamos colina abajo, resbalando por la mojada hierba, volviendo a levantarnos y riendo como borrachos.

Capítulo 24

Münster, 13 de enero de 1534

El nombre latino, Monasterium, hace pensar en un lugar de paz y retiro del mundo.

Münster, por el contrario, pide ser marcada a fuego.

Nueve puertas para entrar. En cada una de ellas tres cañones: paredes gruesas, pasos estrechos.

Cuatro torreones bajos y macizos sobresalen hacia los cuatro puntos cardinales para ceñir a modo de avanzadilla la ciudad.

Unas murallas que pueden ser recorridas por tres hombres uno al lado del otro la ciñen enteramente.

El agua del foso es el curso desviado del río Aa que divide en dos la ciudad.

El foso es doble, agua negra delante del primer cerco de muralla y agua negra detrás, salvada por unos puentecillos que dan acceso al segundo cerco, este más bajo, caracterizado por unas torres chatas.

Inexpugnable.

—Hermanos y hermanas, los caminantes que esperábamos han llegado. Enoc y Elias atraviesan el mundo y llegan a Münster con el fin de anunciar que la hora es inminente, que los ricos tienen los días contados, y el poder del obispo será abolido para siempre. Hoy sabemos con certeza que lo que nos espera es la libertad y la justicia. Justicia para nosotros, hermanos y hermanas, justicia para quien es tenido en la servidumbre, obligado a trabajar por un salario de hambre, para quien tiene fe y ve la casa del Señor mancillada de

imágenes, y los niños lavados con el agua bendita, como si fueran perros bajo una fuente.

»Ayer mismo le pregunté a un párvulo de cinco años quién era Jesús. ¿Sabéis qué me respondió? Una estatua. Eso fue lo que dijo: una estatua. ¡Para su mente infantil Cristo no es más que el ídolo ante el cual sus padres lo obligan a decir las oraciones antes de irse a la cama! ¡Para los papistas esta es la fe! ¡Primero aprender a venerar y obedecer, luego a comprender y creer! ¡Qué clase de fe puede ser esta, y qué inútil suplicio para los niños! Pero ellos quieren bautizarlos, sí, hermanos, porque temen que sin el bautismo el Espíritu Santo no descienda sobre ellos. De este modo el acto de fe se convierte en algo secundario: las conciencias son lavadas con agua bendita antes de que se pueda cometer ningún pecado. Y así su bautismo sirve para encubrir sus actos nefandos más innombrables: el lucrarse con el trabajo del prójimo, el acumular posesiones, la propiedad de las tierras que *vosotros* cultiváis, de los telares que vosotros hacéis funcionar. Los viejos creyentes no quieren permitirle a nadie que elija la vida que desea llevar, quieren que vosotros trabajéis para ellos y estéis contentos con la fe que os inculcan los doctores. ¡La suya es una fe de condena, es la fe divulgada por el Anticristo! ¡Pero nosotros lo que queremos, hermanos, es la Redención! ¡Nosotros queremos libertad y justicia para todos! ¡Nosotros queremos leer libremente la palabra del Señor, así como también elegir libremente quién debe hablarnos desde el púlpito y quién representarnos en el Consejo! ¿Quién decidía, en efecto, sobre el destino de la ciudad antes de que lo echáramos a patadas? El obispo. ¿Y quién decide ahora? ¡Los ricos, los notables burgueses, ilustres admiradores de Lutero únicamente porque su doctrina les permite oponer resistencia al obispo! Y vosotros, hermanos y hermanas, vosotros que dais vida a esta ciudad, no podéis tomar parte en sus decisiones. Vosotros tenéis que obedecer nada más, tal como grita el mismo Lutero desde su madriguera principesca. Los viejos creyentes vienen a decirnos que los buenos cristianos no pueden ocuparse del mundo, que deben cultivar su fe en privado, seguir sufriendo en silencio los atropellos, porque todos somos pecadores condenados a expiar.

»Pero he aquí a los mensajeros de la esperanza, he aquí que vienen a anunciarnos el final del viejo cielo y de la vieja tierra, a fin de que nosotros aspiremos a otros. Estos dos hombres han recogido nuestro grito de indignación y han venido a dar testimonio, como Enoc y Elias, a decirnos que no estamos solos, que ha llegado la hora. Los poderosos de la tierra serán destronados, caerán sus sitiales, por la mano del Señor. Cristo no viene a traer la paz, sino la espada. Las puertas están abiertas ahora para aquellos que sean capaces de atreverse. ¡Si creen que nos aplastarán de un sablazo, con la espada pararemos ese golpe para devolverles ciento por uno!

Bernhard Rothmann. Tengo delante de mí el valor, la rabia, los cojones, la fuerza inmensa de una fe que no encontraba desde hacía mucho tiempo. Magister, si estuvieras aquí ahora, si la cosa hubiera acabado de distinto modo, tal vez tendrías la sensación de que no todo se perdió, de que algo, arrastrándose y resurgiendo de las cenizas, ha sobrevivido y sirve de abono a una nueva tierra. ¿Cien, doscientos? No me acuerdo ya de cómo se cuentan las multitudes, tal como tú me habías enseñado; lo he olvidado. He olvidado la fuerza, Magister, y tú no puedes enseñarme nada. Soy otro, quizá un hijo de puta, desilusionado y rabioso, y sin embargo por primera vez, después de tantos años, estoy en el lugar adecuado. Había que llegar a esto, a nada más, a esta verdad: no hay fe sin conflicto. Así ha sido siempre y, aunque se me da una higa mi fe, hoy vuelve a arder algo que había perdido en la llanura de mayo. Y es la certidumbre que me habías dado: nunca liberaremos nuestros espíritus sin antes liberar nuestros cuerpos. Y si no lo logramos, no sabremos qué hacer de estos cuerpos: son tiempos en los que la miseria y la horca no son cosas tan distintas. Y entonces vale de nuevo la pena sacudirse el yugo y aceptar cuanto el destino nos tenga reservado al final. Lucharemos una vez más. De nuevo. O moriremos en el intento.

Ahora es el turno de Jan de Leiden, ya listo, decidido, una platea toda para él. La mirada se desliza en el vacío sobre las cabezas, no cometas un error, Jan, es tu oportunidad: pose de actor, como de costumbre excesiva, ridícula, vomita palabras absurdas que van cobrando sentido poco a poco en la mente, y hallan una secuencia especial, dan en el blanco. Deben de ser los movimientos, los gestos, los ojos, que pone en blanco e instantes después, hechizadores, debe de ser la belleza, la juventud, no sé qué. Solo sé que funciona.

—Jan anda por estos caminos, sin ninguna meta, igual que un náufrago a la deriva, y busca una señal, un indicio, que le permita comprender si encontrará lo que anda buscando. —El tono sube rápidamente—: ¡Pobre estúpido, hijo de perra de Leiden! La señal no está en torno a ti, no está en las paredes, ni en los adobes, ni en el encalado, ni en los adoquines, no, no encontrarás lo que andas buscando. La señal es la búsqueda misma, la señal no eres sino tú que andas por el fango de los caminos. Sois vosotros. Nosotros que andamos buscando: nosotros que somos el presente, el aquí y el ahora. Los viejos están parados, son cosa del pasado. Viejos creyentes ya muertos. El ladrillo de la catedral nada dice. En cambio, vuestras miradas dicen que Dios está aquí, que Dios está aquí ahora, su espíritu está entre nosotros, en esta juventud, en estos brazos, estos músculos, piernas,

pechos, ojos. Algo inmenso se proyecta en el umbral de la vida, sucia, maldita, insulsa vida de mierda que creías que no era más que una ventosidad silenciosa en los designios divinos. ¡Y en cambio no! Dios hará de ti un soldado. Escúchalo: Él te llama a una empresa. Escúchalo, escúchalo en tu interior. Sí, yo lo oigo llamarte por tu propio nombre, para la batalla final. ¡Jan, escucha, maldito gusarapo! —Los ojos se fruncen de improviso, dos rendijas azules, vuelan a ras de las cabezas, planean, luego se alzan nuevamente, en medio de un silbido—: Sí, tú, bufoncharlatanputañero, porque de esto es de lo que estamos hablando, ¡qué te creías! ¿Acaso pensabas luchar por un pedazo de papel manchado de tus libertades cívicas? ¡Al infierno con ellas! Dios está hablándote de algo muy distinto: no de Münster, no, no de estas casas, ni de estas piedras, ni de estas calles, ni tampoco de todo esto tal como es ahora. Sino que está hablando de aquello en lo que se ha de convertir. ¡De vosotros y de mí en la Ciudad, hermanos! Dios no pide luchar por un tratado, ni por una paz justa: sino combatir por la Nueva Jerusalén. ¡Un cielo y una tierra nuevos! ¡Un mundo, nuestro nuevo mundo a este lado del océano! —Pánico y de nuevo estupor en las miradas —. Esta es la promesa que pregonan los charlatanes, los irresolutos, los ineptos, la chusma sorda a la llamada. Que se rajen ahora y se dirijan al cementerio de la vieja fe. Nosotros edificaremos la pirámide de fuego, fundaremos la Nueva Jerusalén. ¿Por nuestra propia cuenta?, te estarás preguntando. ¡No, Jan, hijo de perra! Te crees tú ahora que estas sucias y callosas manos que nunca han sabido construir nada más que castillos de mierda van a ser capaces de amasar jamás la argamasa celestial. ¡Pues te equivocas, mentecato bufón! La promesa es clara: Yo os mandaré a un profeta, que os guiará en la batalla y reunirá vuestras fuerzas para escupírselas a la cara a mis enemigos. ¡Escuchad! Allanad el camino al profeta, que ha enviado en el día de hoy a dos de sus emisarios, Jan de Leiden y Gert del Pozo, para hacer prender la chispa. Cuando llegue el profeta, no estaremos ya solos y Münster será un gran fuego, una gigantesca pirámide de fuego que se alza contra el cielo, abre un boquete entre las nubes y levanta una escalera hacia el reino. Ya sé que su simple nombre hiela la sangre de los poderosos, de los ricos y de los impíos, que corren a esconderse bajo sus colchas de brocado, tan pronto como lo oyen resonar entre las filas de los miserables, publican edictos, dan recompensas, estúpidos gigantes de pies de barro, ignorantes de que Él está en todas partes, que sus apóstoles han llegado a las ciudades, a los pueblos, llevando el anuncio del fin de los tiempos. ¡Y este hombre es Jan Matthys, hermanos! ¡Él es el verdadero Enoc, aquel que llegará al final de los tiempos para inaugurar la ciudad celestial! ¡Después de nosotros, Matthys el Grande!

Mudos, incómodos, callados. La ansiedad se ha extendido entre las filas mientras Jan hablaba, un malestar perturbador, que impulsa a la gente a mirarse unos a otros a la cara como buscando reconocerse y convencerse de que siguen siendo los mismos. Burgueses, obreros, artesanos, madres, caras toscas, manos fuertes. Jóvenes todos ellos, porque la

miseria no da tiempo a envejecer. ¿Realmente he venido a decir que existe todavía en alguna parte la esperanza de la liberación y del Reino? La belleza madura de Rothmann, su predicador, y los veinticinco años de Beuckelssen les susurran al oído que es posible.

Un hombre corpulento, panza ahíta de cerveza y poderosos hombros, abraza a Jan de Leiden besándolo en la barba. La delgadez de Rothmann y su persuasiva voz aliadas con la mole del oso representante de las guildas artesanales de Münster: Berndt Knipperdolling, curtidor y sastre. Se sube a la mesa que nos sostiene con un preocupante crujir:

—Demos la bienvenida a los apóstoles del Gran Matthys de parte de toda la comunidad de los hermanos de Münster. Todos los aquí presentes contaréis esta jornada a vuestros nietos, porque este es el principio de todo. Dios ha puesto su mirada sobre nuestra ciudad de Münster y ha decidido que es aquí donde todo dará comienzo. Nosotros hemos iniciado la lucha y nosotros la llevaremos a cabo. Y estad seguros de que no va a ser fácil: tendremos que resistir al obispo, arrebatar el poder de las manos de los notables, y ello con grandes sudores y tal vez no sin derramamiento de nuestra propia sangre en esta empresa. Pero el momento ha llegado y no va a ser posible postergarlo por mucho tiempo. Por esto os digo que quien no se vea con fuerzas, que nos abandone ahora y que se vaya al infierno. Amén.

Un solo clamor de puños alzados, de aplausos y de enseres de trabajo que entrechocan.

—Tu nombre viaja en las alas del viento: Bernhard Rothmann, el predicador de los oprimidos.

Ríe, persuasivo, sincero, con una manera de mover las manos y el cuerpo que se gana nuestra simpatía. No sabría decir si es una actitud estudiada o natural, pero he sido ya informado de los rumores que circulan a propósito del irresistible ascendiente de Rothmann sobre las señoras de Münster. La gente dice que más de un marido quisiera verlo colgado de una horca, y no precisamente por cuestiones de fe. Parece que las mujeres encuentran irresistibles sus sermones y se entretienen largo rato, tras las funciones, discutiendo en privado con el predicador. Por lo demás, no es presencia física lo que le falta, pues no aparenta en absoluto sus cuarenta años.

—El nombre de Matthys se ha abierto igualmente camino, tal vez incluso más. Lo esperamos con verdadera ansiedad.

—No tardará en llegar. Para todos nosotros es importante que os conozcáis.

Asiente, mientras me ofrece de beber:

—Es mucho lo que hay que hacer. Como has podido ver, somos un grupo sólido, pero

todavía pocos. Vamos a tener que llevarnos el gato al agua poco a poco, día tras día.

—Hum. ¿Os habéis contado?

Me ofrece una vieja silla carcomida, único mueble del aposento en el que se aloja, aparte del camastro de mimbre.

—Es difícil calcular las fuerzas reales con que podemos contar. La situación es incierta. El obispo Von Waldeck puso pies en polvorosa tan pronto como las cosas en la ciudad comenzaron a inclinarse del lado protestante y ahora está a pocas leguas de aquí confabulando con sus feudatarios. Los católicos están escondidos y cagados de miedo en espera de que el muy cerdo regrese, posiblemente armado, y nos borre del mapa a nosotros los baptistas y a todos los luteranos.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque sabe que si lo hiciera despertaría el espíritu municipal de Münster y contribuiría a coligar a todos contra él. La ciudad no quiere volver a ser una posesión personal suya. —Una sonrisa—. Algo bueno hemos hecho por ellos, no pueden dejar de reconocerlo. Von Waldeck es listo, amigo mío, muy listo. No hay que cometer el error de infravalorarlo o pensar que está fuera de juego. Sigue siendo nuestro mayor enemigo.

Comienzo a comprender:

—¿Y dentro de la ciudad?

Se enciende:

—Los luteranos y los católicos hacen piña para obstaculizar nuestro éxito entre el pueblo, los obreros y los artesanos de Knipperdolling. Casi todos los grandes mercaderes que votan para el Consejo son luteranos, y han elegido a dos burgomaestres de los suyos: Judefeldt y Tilbeck. Judefeldt es alguien de quien uno no puede fiarse y está tan acojonado que teme al obispo como si fuera el mismísimo diablo. Tilbeck parece dispensarnos un trato de favor, haría cualquier cosa con tal de no dejar entrar en la ciudad a los episcopales, pero tampoco de él puede fiarse uno demasiado. El pueblo llano se inclina de nuestro lado, cosa que los espanta, pues tienen miedo de verse apartados del poder. Y bien que hacen en tenerlo. Pero a su vez no se fían de los católicos, porque temen que estos entreguen la ciudad al obispo. —Se encoge de hombros—. Como puedes ver, la situación es todo menos clara. Hemos de actuar en dos frentes: el obispo allí fuera, con sus espías en la ciudad y los luteranos en el interior, adversarios suyos pero no ciertamente amigos nuestros. Hasta ahora hemos conseguido vencerlos cada vez que han tratado de expulsarnos. La población nos ha defendido, ella es nuestra fuerza.

—El pueblo, sí. Tus palabras de hoy me han recordado a un hombre al que conocí hace años, cuando tenía más o menos la edad de Jan. Luché por esas palabras. Y te confieso que no creía que fuera a hacerlo de nuevo.

—¿Quiere ser un cumplido?

—Creo que sí. Pero quiero que sepas que entonces lo perdí todo.

Una mirada comprensiva:

—Comprendo. ¿Tienes miedo? ¿Teme el apóstol del Gran Matthys ser derrotado por segunda vez?

—No, no es eso. Lo único que quería decir es que debes andarte con cuidado, ser prudente.

Se pasa una mano por entre los cabellos y alisa las arrugas de la ropa. Una pobre tela llevada con increíble elegancia:

—Lo sé. Pero ahora cuento con unos excelentes aliados a mi lado. —Siempre consigue lisonjearte—. Jan de Leiden ha hablado con fuego en las venas.

Me carcajeo:

—Jan es un loco, un redomado majadero, un gran actor y un putañero de éxito. Pero sabe salirse con la suya, por supuesto. Es importante tenerlo con nosotros, lo he visto actuar: cuando quiere es una verdadera máquina de guerra.

Esta vez nos reímos juntos.

Capítulo 25

Münster, 13 de enero de 1534, noche

—¡Santo Dios, amigos, si la fe de los habitantes de Münster prospera tanto como las tetas de sus mujeres, entonces nunca he estado en ningún lugar tan próximo al paraíso!

Jan de Leiden hunde su excitado rostro en el grandioso pecho de su primera admiradora münsterita. Sus palabras son la mecha para la carcajada de Knipperdolling.

—Y eso que todavía no has visto el cacho pito del jefe de las guildas de la ciudad —le replica aquel con escasa modestia tras algunos intentos de articular una frase inteligible.

—¿Pito, amigo Berndt? —pregunta Jan con una punta de sarcasmo—. ¡Entonces es que los indígenas de las Américas se nos han adelantado en el Reino de los Cielos!

—¿Qué quieres decir? —pregunta Knipperdolling lleno de curiosidad mientras desata el corsé de su dama.

—Ah, déjalo estar, amigo. No quisiera herir tu orgullo.

Un almohadón le da a Jan en plena cara. Las dos mujeres ríen a carcajadas, divertidas, y recompensan a sus caballeros con un crescendo de atenciones.

La muchacha que se encarga de mí se despreocupa de la cháchara, no pierde el tiempo. Dos o tres besos en los labios, luego desciende con la cabeza para ocuparse de todo lo demás. Apenas oído su nombre, lo he olvidado.

Entretanto, Knipperdolling se revuelca entre las mantas. Trata de darse la vuelta para sentarse sin separarse de su amiga, pero la barriga le crea algún que otro problema.

—Eh, Jan, tú que eres del oficio, ¿conoces alguna posición cómoda para los que como nosotros somos algo bajos de tórax?

—Pues no sabría decirte, amigo Berndt. Pero si quieres puedo hablarte de cuando

trabajaba con la puta más gorda de Europa. ¡No puedes imaginarte la de clientes que tenía la muy cerda!

—¡Vamos! Pero ¿cómo era de gorda?

—Mira, una gordinflona asquerosa. Pero a los que son como tú les gustaba una barbaridad.

—¿En qué sentido?

Jan frunce los labios y aprieta entre las manos las tetas de la rubia. La voz sale más aguda de lo habitual:

—Sí, Matilda, tu chicha me hace gozar. Las delgadas no, porque yo soy un tripero.

—¡Vete a tomar por culo!

—¡Te lo juro! Todos picaban, aunque solo fuera para poder decir que se habían acostado con una a la que hacían falta cinco para levantar.

Un beso agresivo hace callar a Knipperdolling. Por mi parte, no tengo necesidad de un tapabocas semejante. Medio tumbado por el suelo, con la nuca apoyada en la pared y una muchacha que me la chupa lentamente, he perdido hace rato el don de la palabra.

Jan está ahora medio sofocado por su procaz compañera. Diríase que ha tenido éxito en su tarea de hacerlo callar.

Así, en medio del silencio general, Knipperdolling comienza a emitir un sordo, jadeante, definitivo mugido.

—¿Siempre llegas a la meta tan deprisa, amigo Berndt? —lo interroga Jan con su acostumbrada risa sarcástica—. Tengo el remedio apropiado para tu caso. Pon a hervir dos cebollas en agua y cuando esté fría te la enjuagas dentro. —Agita las manos en el aire—. Es infalible, te lo garantizo. Por otra parte, si pasas por Leiden, no olvides preguntar por Hélène. Trabajaba para mí: es la única ramera que conozco que consigue hacerte gozar sin que te corras nunca.

—¿Y cómo lo hace?

—No tengo la menor idea, pero de veras que lo consigue. Piensa que hacía que me la pagaran por horas y tenía que hacer incluso reservas. Y quiero contarte una cosa: en cierta ocasión vino uno que quería echar un polvete rápido, ¿me explico? Y en cambio ella creía que debía tenerlo allí por lo menos una horita. El tipo parece que arremetía como un condenado, pero como si nada. Al cabo de un rato va y se pone nervioso de golpe. Saca el cuchillo y le hace un chirlo en la cara, ¿me explico? Naturalmente que fue lo último que hizo en su vida. ¡Joder, mira que arruinarme un capital como ese!

Knipperdolling aparta el pelo de ella de su caraza sudada y mira en dirección a Jan:

—¡Mierda! —Es su único comentario.

Se me escapa una risita, pero no tengo fuerzas para exponerle la extraña costumbre de nuestro actor: cuando cuenta alguna patraña nunca consigue reprimirse ese «¿me explico?».

Es un método infalible para restarle exageración a sus anécdotas.

Knipperdolling no quiere ahora perderse ninguna de las historias de su amigo rufián:

—¿Qué decías antes de los indígenas de las Indias?

—¿Cuándo?

—Hace un momento, ¿no? ¡No sé qué historia de que se nos han adelantado en el Reino de los Cielos!

—Ah, nada. Me lo contó un marinero cliente mío que estuvo por aquellos mundos. Allí son mucho más bajos que nosotros, pero tienen un pistolón así de grande. Y por si puede ser de tu interés, otro cliente, que estuvo en África, me dijo que allí se circuncidan porque a las mujeres les gusta mucho más.

—¡Esos apestosos de los judíos! Entonces, seguro que también ellos lo hacen por ese motivo, claro que pueblo elegido…

Ahora también Jan ha llegado al final. La alusión a Israel lo excita más aún. Levanta los brazos al cielo y no se contiene:

—¡Vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa!

Pronuncia la última vocal como un largo lamento, mientras que lentamente se deja caer sobre la cama.

Si puedo preciarme de conocerlo, no volverá a abrir el pico.

Pasan unos pocos minutos y está de nuevo cabalgando. No lo conozco, después de todo, tan bien.

—Señores, señor, amigos todos, por favor. —Desnudo, los brazos abiertos, de rodillas sobre la cama—. En primer lugar algunas instrucciones, o preguntas, si os parece: tú, amigo Berndt, quizá tienes intención de matarme de sed, tacaño tendero de mierda, ¿es así acaso? Porque entonces recaerán sobre ti…

—Ah, sí, sí, coño, ya voy, voy enseguida, pero, pero es que me das miedo, pues chupas más que una esponja, como si no lo supiera yo…

La barriga de Knipperdolling se bambolea hacia el cuarto de al lado.

—¡Bravo, bravo! —aplaude ruidosamente—. Y tú, amiga, fiel y santa putita mía, tú sigue, sigue jugueteando con el divino hisopo que tengo entre las piernas, mientras el Santo Rufián os cuenta la historia de sus nobles orígenes. Así, estupendo, así.

Knipperdolling vuelve con tres botellas de aguardiente y una sonrisa bobalicona impresa en la cara que se apaga cuando cae en la cuenta de que su dama hunde ahora la cara completamente en el culo de Jan.

—¡Bien, estoy listo, mejor dicho, no, Gert! Gert, ¿hay alguien ahí? ¿Estás seguro de que tu querida damisela no te la ha disuelto del todo? ¡Hace una hora que la tiene en la boca, corre el riesgo de ahogarse!

—¡Vete a la mierda! —es mi respuesta.

—No, amigo, no, no es eso, por el propio bien incluso de la señora Besamelculo que tengo aquí debajo. Pero ahora basta, ¡un poco de atención, por favor!

Knipperdolling no está muy convencido, hace ademán de arrojarse torpemente en medio de aquella confusión de carne y ocupar posiciones.

—Mi madre era una inmigrante alemana, soltera. Se dejó poseer en una zanja por el viejo Schulze Bockel, gran faldero de El Haya, y me trajo al mundo con el nombre de Johann, en holandés Jan. A los dieciséis años me embarqué en un navío mercante: Inglaterra… Flandes, Portugal… Lubeck… Luego el contramaestre comenzó a demostrar una atención especial por mí. Una noche, durante una borrasca, le rompí la crisma con un remo y lo arrojé por la borda. Dos días después desembarqué en Leiden y me metí en la cama de su mujer. Consolé a la pobre viuda durante un par de años, viví en su casa y retiré una pequeña suma de sus ahorros. La señora me encontró trabajo de sastre: decía que yo estaba hecho para aquel oficio, pero no sé qué se lo hacía pensar, pues yo nunca he tenido las menores ganas de dar golpe. Menudo putón que estaba hecha: había perdido a un marido grueso y beodo a cambio de un maravilloso veinteañero… Pero mi verdadera vocación era otra muy distinta, yo no quería pasarme la vida agachando el lomo, estaba llamado a algo mejor, más elevado y espiritual, hacer de actor, escribir versos, tenía que dejar a aquella pelleja… vivir mi vida… sí. ¿Por dónde iba? Ah, sí, cuando dejé plantada a la viuda y abrí mi taberna… una mancebía de gran lujo, buenas ganancias y pocos fastidios. Alegraba la vida de los clientes declamando mis estrofas, antes de que las muchachas se ocupasen de ellos. En cierta ocasión representé también, en una iglesia, pasajes del Antiguo Testamento de memoria, hacían falta cojones. La Cámara de los Rectores me hizo miembro honorario. Habéis de saber que estos eran asiduos frecuentadores de mi burdel y se les hacía descuentos especiales, precios de favor. ¡Estaba más cerca yo de Dios en medio de mis rameras que todos esos letrados que tenían la podredumbre delante de sus narices y que venían luego a dejarse mimar la picha por ellas!

»Un día llegaron a mi burdel dos caminantes que me enviaba Dios. Uno era Jan Matthys y el otro ese con el que Inge se está refocilando sobre la alfombra. Gert, ¿sigues vivo? Y van y me dicen: “Jan de Leiden, el Señor tiene necesidad de ti, abandónalo todo y síguenos”.

—Y tú lo hiciste…

—Por supuesto, porque sentía que era lo más acertado que se podía hacer, que era mi destino, coño. Dios me habló y me dijo: «¡Jan, bastardo chuloputas, te puse sobre la tierra por una razón, no para que te revuelques en el fango y el vicio durante toda tu vida! Levántate y sigue a estos hombres, pues hay un trabajo que cumplir». Y aquí nos tienes recibiendo a tu comité de bienvenida. ¡Y nuestra gratitud, amigo Berndt, te seguirá hasta el cielo, donde recibirás lo que mereces!

Knipperdolling ríe a carcajada limpia con las manos en los cojones:

—Y una porra, malasombra, y una porra, pero escucha una cosa, al comienzo decías no sé qué de los indígenas, supongo que se trata de una tontería.

—Como un brazo de larga, Berndt, como un brazo.

Knipperdolling se pone sombrío. Jan le da un tiento a la botella y se deja caer cuan largo es sobre la cama. Comienza a parlotear:

—¿Quién soy? A ver si lo adivináis, ¿quién soy?

Silencio.

—Vamos, vamos, que es fácil.

Coge el borde de la sábana con dos dedos y comienza lentamente a taparse:

—¿Quién soy?

—Un borracho perdido.

Se pone en pie, muy serio, envuelto en la sábana:

—¡Maldito seas, Canán! ¡Esclavo de los esclavos será para sus hermanos! —Un grito a Knipperdolling—: ¿Quién soy?

El jefe de las guildas me mira espantado, visiblemente atemorizado.

Me dispongo a tranquilizarlo cuando Inge levanta la cabeza, se vuelve hacia Jan y dice:

—Noé.

Capítulo 26

Münster, 28 de enero de 1534

Münster posee una fascinación especial, estrechos callejones, casas oscuras, la plaza del Mercado en cuyos aledaños se alza San Lamberto, la arquitectura y la disposición de los edificios, todo parece casual, caótico, cuando en cambio te das cuenta con el paso de los días de que existe un orden, oculto en ese dédalo de calles. He pasado el tiempo libre conociendo la ciudad con paseos sin objeto durante horas, perdiéndome en el laberinto, y volviendo a encontrar la orientación, cada vez en puntos distintos de la ciudad. Descubro pasajes semisecretos, charlo con los comerciantes, la gente es abierta con los extranjeros, acaso porque el anabaptismo ha llegado aquí traído por los profetas errantes holandeses. He conocido a uno de ellos, Heinrich Rol, que tiene asignada una parroquia dentro de la ciudad. Hemos hablado largo y tendido de Holanda, y me ha mencionado algunos nombres de hermanos de allí, pero yo no los he reconocido. Dicen que Münster tiene quince mil habitantes, pero en los días de mercado deben de ser sin duda más. Los burgueses de este lugar son tipos que viajan, manufacturas textiles, muchísimos obreros. El haber echado al obispo ha permitido abolir las tasas sobre los tejidos y entrar a competir con los productos de los conventos: los frailuchos se las ven negras, los comerciantes engordan. He aprendido a captar la fuerza que emana de los lugares, estas paredes trasudan excitación, descontento, vida: es una encrucijada importante, entre el norte de Alemania y el bajo Rin, pero hay una energía vital que proviene de aquí, de su interior, del conflicto que nace entre la suciedad y las ruedas de los carros.

Münster es uno de esos lugares en los que te da la sensación de que más pronto o más tarde algo inevitable va a suceder.

Voy volando por el barro de la calle, sumida ya en la oscuridad, sin preocuparme de las salpicaduras que ensucian mis calzas, voy volando rápido, de puntillas, hasta casa. Ha sido Knipperdolling quien nos ha mandado llamar a todos, a mí me han encontrado en la taberna, donde estaba entretenido con una disputa teológica entre dos herradores. Rápido, rápido, un gran problema. El muchacho que ha dado conmigo me ha dicho que fuera para casa del jefe de las guildas, y que prendiera en mi capa el imperdible, un trozo de cobre que representa el acróstico de nuestra divisa: DWWF, «El Verbo se hizo carne», ya que sin él no me dejarían entrar.

Tres golpes de aldaba y al cabo de un instante una voz conocida: —¿Quién sois?

—Gert del Pozo.

—¿Cuál es la contraseña?

Aprieto el imperdible:

—El Verbo se hizo carne.

Cerrojos que se descorren: Rothmann me hace señas de que entre, una rápida ojeada a mis espaldas, antes de volver a cerrar la puerta.

—Por suerte te hemos encontrado: soplan muy malos vientos.

—¿Qué sucede?

—¿No te has enterado de nada?

Me encojo de hombros como para disculparme.

La preocupación se lee claramente en su semblante:

—El obispo, ese hijo de puta, ha hecho fijar un edicto: nos ha privado de todos los derechos civiles, a nosotros y a todo aquel que nos brinde su apoyo. Amenaza con represalias sobre la ciudadanía si esta sigue respaldándonos.

—Mierda.

—Von Waldeck está preparando algo, lo conozco, quiere dividirnos, espera poner a los luteranos de su parte para aislarnos. Ven, hemos convocado esta reunión para decidir cómo reaccionar. Necesitamos conocer el parecer de todos.

El comedor está ya abarrotado, una veintena de personas se apiña en torno a la mesa redonda, la algarabía recuerda el ruido del mercado percibido de lejos. Knipperdolling y Kibbenbrock están discutiendo en voz baja entre sí, la caras amoratadas de los dos representantes de los gremios del textil hablan por sí solas.

Al verme me hacen una señal de que tome asiento a su lado. Me reúno con ellos abriéndome paso con los codos, Beuckelssen está ya allí, un gesto serio de saludo: —¿Te has enterado del edicto?

—Acaba de contármelo Rothmann, no sabía nada, he estado de charla todo el día.

Rothmann hace cesar el alboroto con grandes aspavientos, los hermanos se hacen callar unos a otros.

—Hermanos, este es un momento serio, inútil es ocultarlo, la ofensiva de Von Waldeck no persigue otra cosa que aislarnos en la ciudad, ponernos fuera de la ley para poder así perseguirnos, posiblemente con la connivencia de los luteranos. Esta noche vamos a tener que decidir cómo defendernos, ahora que el obispo ha descubierto sus cartas y presenta batalla, y el peligro se cierne sobre nosotros.

Llaman a la puerta, caras atónitas, alguien corre a ver quién es, la contraseña resuena hasta aquí, más de una, son varios.

Una docena de obreros, martillos y hachas en mano, encabezada por un pequeñajo flaco y cetrino, con un pistolón al cinto, mirada de hijo de puta y ademanes rápidos. Es Redeker, bandido de oficio, que se unió a los baptistas para aligerar las bolsas de los ricos y luego fue convertido a la causa común. El propio Rothmann lo bautizó hace unos pocos días, después de que tuviera la cortesía de aportar a los fondos baptistas el fruto de una rapiña de lo más lucrativa: quinientos florines de oro arrebatados al caballero episcopal Von Büren, una proeza memorable.

Rothmann les dirige a todos ellos una mirada fulminante: —¿Qué significa esto?

—Que la gente no quiere quedarse cruzada de brazos mientras les estrechan la cuerda en el cuello.

—No es motivo suficiente para venir armados a casa de Knipperdolling, hermano Redeker. No debemos dar a nuestros adversarios el menor pretexto para atacarnos.

—Sucederá, en cualquier caso, ¿o qué te crees? —El pequeñajo está negro de la rabia —. Derrotarles a tiempo, esto es lo que hay que hacer, y rápido. ¡Los luteranos están dispuestos a lamerle el culo a Von Waldeck y a vendernos a todos nosotros! Los han visto transportar armas a la otra orilla del canal, al monasterio de Überwasser: están preparándose para atacarnos.

—¡Redeker tiene razón, coño! ¡No podemos esperar a que entren por esa puerta para cortarnos el cuello! —Llega el eco de quienes lo han seguido, un coro de incitaciones—: ¡Sí! ¡Caigamos sobre ellos, y acabemos con esa gentuza de una vez por todas!

Rothmann frunce la mirada, como un lobo:

—¿Qué es lo que queréis hacer?

Redeker lo mira de arriba abajo, plantado allí en medio de la estancia: —Lo que yo digo es que los echemos fuera. Cortémosles el cuello a los papistas y también a los luteranos. Antes me fiaría de una serpiente que de ese Judefeldt y de sus compadres del Consejo.

—¿Y Tilbeck? El otro burgomaestre no se muestra hostil a nosotros, ¿quieres cortarle el cuello también a él?

—Están todos de acuerdo, Rothmann, ¿o es que no lo ves? Uno se hace el bueno y el otro el duro, son unos vendidos, prefieren mil veces a Von Waldeck que a nosotros, solo esperan la oportunidad más propicia para apuñalarnos mientras dormimos, y el obispo se la está ofreciendo en bandeja de plata. Acabemos con este asunto y quien tenga que irse al infierno que se vaya enseguida.

Rothmann se cruza de brazos, da unos pasos meditabundo como un histrión: —No, hermanos, no. Ese no puede ser el camino. —Deja que sus palabras concentren la atención de los bandos en disputa—. A lo largo de dos años hemos luchado, unidos, a veces solos, ganándonos el apoyo de la población de Münster, de los obreros, paso a paso, sembrando la semilla de nuestro mensaje, recogiendo adhesiones en la ciudad y ahora también de fuera de ella. —La mirada cae sobre mí, sobre Beuckelssen—. Los apóstoles de Matthys están aquí. Y junto con ellos está afluyendo más gente, guiada por la esperanza, hasta nuestra ciudad. Y ellos, estos hombres y estas mujeres llenos de fe en Dios y en nosotros, sí, hermanos, en nosotros, en nuestra capacidad de ganar esta batalla, no pueden ver puesto en peligro todo en una sola noche, por una simple oleada de pánico. No solo su fe nos da fuerza, sino también su contribución material, hasta patrimonial, hermanos, las donaciones que nos hacen.

Un murmullo recorre la sala, miradas interrogativas que buscan a los donantes.

La rabia contenida de Redeker lo interrumpe:

—También yo he aportado a la causa un montón de dinero. ¡Y digo ahora que con ese dinero compremos cañones!

—¡Sí, una espingarda y espadas!

—¡Y pistolas!

—No, no puede resolverse todo así, sin tener en cuenta ni nuestros esfuerzos, Redeker, ni nuestro trabajo. Si ahora iniciamos una matanza, ¿qué dirán en las ciudades vecinas?, ¿qué los hermanos que miran a Münster como a un faro de la cristiandad renovada? Pensarán que somos unos locos sanguinarios y se echarán atrás. Lo que tú has aportado a la causa, lo que otros aportan hoy, no es un botín de guerra. Y yo digo que puede ser utilizado de forma muy distinta y provechosa.

—¿Qué coño significa eso?

—Pues significa que hoy el obispo trata de poner a la población contra nosotros, amenazándola si nos brinda su apoyo. Pues bien, nosotros hemos de actuar de manera que permanezcan de nuestro lado. Hay que ser los capitanes de los humildes, no solo de nosotros mismos. ¿No comprendes que eso es lo que quiere Von Waldeck? Yo no le haré el juego; reaccionaremos, Redeker, pero más eficazmente. —Una pausa para crear expectación—. Propongo que la asamblea delibere sobre la utilización de los dineros recogidos en favor de un fondo para los pobres. Que todos los menesterosos puedan tener

acceso, de acuerdo con las modalidades que decidamos, a una caja de mutuo socorro, y que quien más tenga contribuya como pueda.

Sentados, Knipperdolling y Kibbenbrock asienten convencidos.

Redeker menea sus piernas, indeciso: eso no basta.

Rothmann insiste:

—Así los pobres comprenderán que su causa es nuestra causa. El fondo de asistencia mutua será más útil que ningún sermón, algo tangible en sus vidas. ¡Ya pueden los luteranos tramar cuanto quieran, pues nosotros seremos más fuertes, el obispo ya puede publicar mil edictos, pues tendremos al pueblo de nuestra parte!

Ha terminado, los dos se quedan mirándose durante un largo rato. De espaldas a Rothmann, un asentimiento de cabezas; detrás de Redeker, un rumor de incertidumbre.

El bandido tuerce el gesto:

—¿Y si deciden darnos por saco?

Me levanto volcando la silla, debajo de la capa desenvaino la daga y la pongo sobre la mesa, Rothmann y Knipperdolling se sobresaltan.

—Si es el acero lo que quieren probar, pues serán bien servidos, hermano, palabra de Gert del Pozo. Pero si el pueblo está con nosotros, las espadas se alzarán a millares. —Un silencio sepulcral en toda la sala—. Ahora saldremos para arrancar el edicto del obispo y los luteranos verán que no le tenemos miedo a Von Waldeck y mucho menos a ellos. Que se lo piensen dos veces antes de atacarnos.

El asombro de todos se desvanece rápidamente, así como también la tensión de Rothmann. Redeker me mira fijamente con descaro, al otro lado de la espada, y apenas si asiente.

—De acuerdo. Haremos como dices. Pero ninguno de nosotros tiene la menor intención de ser un mártir. Si tienen que joderme, quiero que sea teniendo yo la espada en la mano, llevándome por delante a un buen puñado de esos bastardos.

Entendimiento alcanzado, mérito de las palabras de Rothmann y de la acción eficaz del apóstol de Matthys. Se somete a votación la creación de una caja para los pobres: unanimidad. Kibbenbrock, papel y pluma, apunta todo en los libros de contabilidad, mientras Redeker organiza pelotones de cinco hombres para que arranquen el edicto de las paredes de la ciudad.

Rothmann y Knipperdolling me cogen en un aparte, mientras los hermanos salen en grupitos de tres o cuatro para no llamar la atención. La noche se traga las formas una tras otra.

Palmada en la espalda y un cumplido:

—Las palabras adecuadas. Era lo que querían oír.

—Y es lo que yo pienso. Redeker es arrojado, pero sabe lo que se hace. Hemos

conseguido hacerle entrar en razón y ha comprendido.

Knipperdolling se encoge de hombros:

—Es un salteador de caminos, de trato difícil…

—Un bandido que roba a los ricos caballeros para dárselo a los más pobres. Buena falta nos harían tipos así. Matthys dice que es entre la escoria de la sociedad donde encontraremos soldados de Dios, entre los últimos, los fugitivos de la justicia, los saltimbanquis, la rufianería…

Hago un gesto en dirección a Beuckelssen, arrellanado en un asiento cerca de la chimenea, medio adormilado con las manos en los testículos.

El grueso tejedor se rasca la barba:

—Según tú, ¿se llegará a las armas?

—No lo sé; Von Waldeck no me parece el tipo de persona que ceda fácilmente.

—¿Y los luteranos?

—De ellos dependerá, creo.

Knipperdolling continúa rascándose la barbilla:

—Hum. Oye, falta menos de un mes para las elecciones que deberán renovar el Consejo y los burgomaestres. Kibbenbrock y yo podremos presentarnos como candidatos.

Rothmann sacude la cabeza:

—Nuestros defensores son demasiado pobres para poder votar: o cambias el ordenamiento o has perdido antes de empezar.

El parecer de los apóstoles de Matthys parece ser esencial, insisto: —Os deseo de todo corazón que consigáis tomar la ciudad pacíficamente, pero por los vientos que soplan las cosas podrían ir de modo muy distinto.

Rothmann asiente serio:

—Por supuesto. Ya se verá. Mientras tanto, que el fondo para los pobres empiece a funcionar de forma inmediata. Elecciones o no, conseguiremos dejar en minoría a los luteranos y católicos. Por precaución trasladaremos el culto de las parroquias a las casas particulares para protegernos de los espías.

—Que el Señor nos asista.

—No tengo la menor duda de que así será, amigos míos, y ahora si me lo permitís me voy con los hermanos a hacer pedazos el edicto del obispo.

—Y a Jan, ¿lo dejas aquí?

Knipperdolling me recuerda a nuestro amigo, acurrucado al amor de la lumbre.

—Déjalo que duerma, no nos sería de gran ayuda…

Fuera, la noche es glacial, ninguna luz, unos escalofríos me recorren por debajo de la capa, mientras busco la calle por la plaza del Mercado. Me es de ayuda el recuerdo de los largos deambulares por estas calles. Apenas una sombra, la sensación de una presencia y

tengo ya la daga desenvainada, esgrimida en la oscuridad delante de mí.

—Detén esa mano, hermano.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque el Verbo se hizo carne.

De la oscuridad surge un rostro, estaba en la reunión.

—Si te hubieras acercado un poco más, te la habría clavado sin pensármelo dos veces… ¿Quién eres?

—Uno que ha admirado tu modo de actuar. Me llamo Heinrich Gresbeck.

Una cicatriz oblicua quiebra su entrecejo, ojos azules, bien plantado, más o menos de mi edad.

—¿Eres de aquí?

—No, de un pueblo de aquí cerca, aunque la última vez que estuve por aquellos pagos fue hace diez años.

—¿Predicador?

—Mercenario.

—No creía que hubiera baptistas adiestrados para combatir.

—Solo tú y yo.

—¿Qué te hace suponerlo?

—Reconozco una buena espada. Matthys sabe elegir a sus hombres.

—¿Es lo único que querías decirme?

El rostro es macilento, la cicatriz hace que los rasgos parezcan mucho más sombríos y amenazantes de lo que en realidad son: —Admiro a Rothmann, fue él quien me bautizó. Tenemos un gran predicador, tarde o temprano necesitará también un capitán.

—Te refieres a mí. ¿Y por qué no tú?

Sonríe burlonamente, dientes blancos:

—No bromees: yo soy el pequeño Gresbeck, tú el gran Gert del Pozo, el apóstol. Te seguirán, igual que te han escuchado esta noche.

—Estos no son mercenarios, hermano.

—Lo sé. No combatirán por el botín, combatirán por el Reino, y por eso son muy capaces de darles por culo a todos. Pero alguien tendrá que mandarlos.

—Yo ocupo el puesto de Matthys hasta que él…

—Matthys trabajaba de panadero, no bromeemos, el de Leiden era un rufián, Knipperdolling y Kibbenbrock son tejedores. Rothmann, hombre de Biblia.

Asiento, sin añadir nada. Una tranquilidad:

—Cuando llegue el momento, ya sabes dónde encontrarme.

—Estaremos todos. Y ahora vamos a limpiarnos el culo con ese edicto.

Se adentra ya en la noche de la calle, a la caza del fantasma de Von Waldeck.

Capítulo 27

Wolbeck, en las cercanías de Münster, 2 de febrero de 1534

Tile Bussenschute, llamado el Cíclope, fabricante de cajas de oficio, es un ser enorme, mitológico.

Bussenschute es una de esas criaturas que uno le oye nombrar a las madres impacientes:

—Mira que si no te duermes, llamo al de las cajas…

Todo en él adquiere carácter de enormidad, a excepción de su cerebro. No sé qué le habrá contado Kibbenbrock, que ha ido a buscarlo a su establecimiento, pero aunque se le hubiera explicado la cuestión con pelos y señales, estoy seguro de que Bussenschute no tendría la más remota idea de en qué se ha metido. Se agita incómodo dentro del único traje elegante que hemos conseguido hacerle entrar: proviene del guardarropa de Knipperdolling y con grandes dificultades logra contener la barriga, el culo y las innumerables sotabarbas de nuestro jefe de delegación. Generalmente no habla, gruñe; cuentan que lo echaron a perder tres años de cárcel por homicidio: trabajaba de mozo de cuerda y en la escalinata de un palacio le lanzó a un ayudante un peso tan enorme que este perdió el equilibrio, rodó escaleras abajo y acabó aplastado.

Inmediatamente detrás de Bussenschute, completamente tapado por su mole, avanza Redeker, que compartió durante un tiempo con nuestro fabricante de cajas una de las celdas de la cárcel episcopal. Sigue siendo ciertamente muy amigo de la bolsa ajena, pero tiene la pésima costumbre de jactarse públicamente de ello, lo cual, más pronto o más tarde, le traerá problemas.

Cierra el terceto Hans von der Wieck, leguleyo, que desde un primer momento se

propuso tomar parte en la delegación. Está realmente convencido de poder negociar la paz con el obispo y los luteranos y no se ha echado atrás ni siquiera cuando hemos decidido transformar el encuentro en una carnavalada.

El obispo ha convocado esta Dieta para encontrar un compromiso entre las partes que le permita regresar a la ciudad y si dependiera del burgomaestre Judefeldt, a quien corresponde por propio derecho la participación en la delegación ciudadana, sin duda lo encontraría, en detrimento nuestro: Von Waldeck concede algunas libertades municipales para contentar a los ricos luteranos amigos de Judefeldt, recupera el control de su principado, liquida a los baptistas y al pueblo que lo zurzan. *Divide et impera*, vieja historia.

No queda más remedio que reventar la puesta en escena. Hemos obligado a Judefeldt y al Consejo a aceptar la presencia de los representantes del pueblo de Münster elegidos para la ocasión: un gigante monstruoso, un salteador de caminos, un picapleitos fracasado, y todos nosotros guardándoles las espaldas.

Subimos las escaleras uno detrás de otro, en ordenada fila, tratando de adoptar una actitud digna. Knipperdolling tiene lágrimas en los ojos y por sus labios apretados con esfuerzo deja escapar pequeños retazos de su tremenda carcajada. Él fue el primero en mencionar ese nombre, cuando buscábamos un jefe de delegación que estuviera a la altura de nuestras intenciones:

—¡Tile el Cíclope! ¡Sí, sí, él es el hombre que nos conviene!

La sala de la Dieta, en casa del caballero Dietrich von Merfeld, una de las lenguas más ilustres de todas las que le lamen el culo al obispo: vigas del techo taraceadas, tapices en las paredes de un burdo estilo, un fanfarrón de tres al cuarto. Los escaños en los que están los vasallos del obispo se abren como las alas de un pájaro. El huésped se sienta a la derecha del trono, hinchado por la gala en su magna pompa: todos los blasones bien visibles para impresionar a los pobres burgueses ignorantes.

Y en medio el trono, los reposamanos de madera en forma de cabeza de león, el escudo de armas episcopal al lado del de su linaje campeando en lo alto del respaldo.

Imponente, negro de pies a cabeza.

Polainas relucientes; calzas de fina lana y una camisola elegante; el broche del cinturón que sostiene la espada, damasquinado en la empuñadura de una espada toledana auténtica; la sortija obispal reluce en el dedo, oro y rubí, y en el pecho el medallón principesco del Imperio. Dentro, un cuerpo flaco y erguido.

La cara del enemigo.

Cabello de plata y barba gris, el rostro macilento, sin mejillas, la carcoma del poder corroyéndolo desde hace años.

Von Waldeck: cinco décadas bien llevadas y la mirada del águila que avista la presa

desde lo alto.

Henos aquí.

Tile Bussenschute, subyugado por los oros y estucos, se deshace en una inclinación, con serio peligro para las costuras y los botones del traje de Knipperdolling.

Uno de los caballeros del obispo se agita, estira el cuello y se levanta con las manos en los brazos del asiento en un intento de saber quién se esconde detrás de la montaña de carne que avanza poco a poco hacia el centro de la sala. Hasta que el ciclópeo fabricante de cajas se inclina tan profundamente que hace aparecer, tras de sí, la sonrisa maliciosa e insolente de Redeker.

Es cuestión de segundos. Melchior von Büren, asaltado en la calle por Telgte no hace más de un mes y robado a cara descubierta, se encuentra frente al hombre que le rapiñó las tasas de sus tierras. Tal vez no lo reconoce enseguida: entorna los ojos para ver mejor. Heinrich Redeker no se refrena, sale disparado hacia delante como si quisiera saltar de un brinco por encima de la espalda que tiene enfrente, rojo como la grana, sacando pecho.

—¿Te escuece todavía el culo, amigo? —exclama con los dientes apretados.

El desvalijado desenvaina por toda respuesta la espada con gesto rapidísimo y la esgrime ante la cara del pálido Bussenschute.

—Bátete, bellaco, pagarás cada florín con una gota de sangre.

—¡Mientras tanto, toma un poco de esto! —le grita nuestro delegado escupiéndole en plena cara, por encima de los hombros del jefe de delegación.

El caballero episcopal trata de responderles con una estocada de su acero. El gesto pone no poco nervioso a Tile Bussenschute, que siente pasar la hoja a un dedo de su oreja. Su reacción es inmediata: con todas las fuerzas de que es capaz su brazo, estampa la mano abierta contra la cara del espadachín que cae juntamente con su asiento, derribando de paso a otros dos caballeros.

Judefeldt grita que se acabe aquel escándalo y trata de refrenar a Redeker.

Von Waldeck, el águila, ni se inmuta, no dice palabra; nos observa con la mejor mirada de desprecio de su repertorio. Redeker se despacha como acostumbra: insultos para sus padres, sus muertos y sus santos protectores. Arrasa con el árbol genealógico del adversario con la virulencia de su hablar soez.

Nuestro Von der Wieck pega unos alaridos en medio de la confusión, tratando de pasar por el serio abogado que nunca ha sido:

—¡En el lugar elegido para una Dieta rige la inmunidad para todos y la absoluta prohibición de las armas!

Sus compadres contienen a Von Büren, que quisiera llegar hasta Redeker, Judefeldt se deshace en vanos intentos por tranquilizar a todos, incómodo y amoratado como un niño impotente.

La escena se interrumpe cuando Von Waldeck se pone en pie. Nos quedamos de piedra. Su mirada reduce a cenizas la sala: ahora sabe que el burgomaestre cuenta menos que un pitoche, sus adversarios somos nosotros. Nos fulmina con la mirada en silencio, luego se da la vuelta con desdén y se aleja, cojitranco, renqueando hasta la salida, escoltado por Von Merfeld y por su guardia personal.

Capítulo 28

Münster, 8 de febrero de 1534

Más de una fuera de la Orden se quedó
y del claustro en su locura se evadió;
presas muchas de carnal concupiscencia,
entregáronse a desenfrenada delincuencia.

Redeker se concentra dándole vueltas entre las manos a la moneda. Mira un instante a la pared y luego entorna los ojos, lanza y gana su quinta cerveza con aguardiente incluido.

—Es la última —nos asegura inmediatamente, mientras volvemos a nuestra mesa.

Hay un gentío en torno a los dos claros que se han formado entre las mesas de la taberna de Mercurio. Son los desafíos del Carnaval de esta noche: por una parte, se baila al son del laúd y gana un barril de cerveza quien abandona el último las danzas; por otra, los hombres se juegan una pinta de cerveza y aguardiente que será para quien lance una moneda lo más cerca posible de la pared, pero sin tocarla. Redeker es el campeón indiscutido.

Knipperdolling tiene un crédito con el tabernero y le fía. Cuatro jarras vacías están ya alineadas delante de su nariz esponjosa. Se pone de pie sobre la silla oscilando ligeramente, trata de atraer la atención de la sala y se pone a improvisar a partir de la música del laúd una canción sobre los hechos que están en boca de todo el mundo:

Fue un espíritu vicioso, un monstruo inmundo
el que las arrojó del dulce claustro al mundo.
Escapadas como locas de los sagrados muros

recibieron cobijo en medio de hombres impuros.

Dos mesas más allá alguien se suma inmediatamente a las rimas del jefe de las guildas y prosigue la descripción de las fugitivas de Überwasser. No le da tiempo de terminar, cuando ya otro ha aceptado la invitación y celebra la gesta de Rothmann bajo los muros del convento. La cosa funciona del siguiente modo: quien ha comenzado la canción, en este caso Knipperdolling, le paga la bebida a quien la concluye. Es una competición para ver quién deja a toda la taberna sin estrofas que añadir.

—El colmo ha sido cuando les ha recordado a las monjas su función procreadora. No sé cómo se las ha arreglado para permanecer serio —recuerda Kibbenbrock sacudiendo la cabeza, incrédulo.

—Eh, ¿tenía razón o no? —replica el otro—. ¿A qué viene tanta risa? Hasta la Biblia nos dice que hay que multiplicarse.

—¡Sí, eso, eso, a mí la que de veras me ha hecho reír ha sido la madre abadesa que, asomada a la ventana, trataba de llamar a las hermanas al amor por el único esposo!

—¡Esa pelleja de Von Merfeld! ¡Es una cerda y también una espía del obispo! Recuerdos a las guapas novicias.

Llega una ronda de cerveza, invitación de Redeker, con el fruto del botín conseguido en Wolbeck. El pequeñajo bandido baila encima de una mesa al ritmo de las alabanzas dichas en su honor. Está borracho. Se baja las calzas contoneando los costados y repite a grandes voces la invitación hecha a las monjas por los partidarios de Rothmann hace unas horas:

—¡Ánimo, hermanas, consolad a estos pobrecitos!

Un viejo con unos grandes bigotes me abraza a mí y a Knipperdolling por detrás:

—A la próxima ronda invito yo, muchachos —exclama contento—. Desde que tengo conciencia de tener la minga, voy por Carnaval con los amigos bajo las ventanas de los conventos para hacerles proposiciones a las monjas, pero, por Dios, nunca las había visto salir. ¡Mérito vuestro, lo admito, os habéis comportado como unos grandes!

Alzamos las jarras para brindar por el cumplido. El único que deja la suya sobre la mesa es Jan de Leiden. Extrañamente no ha dicho aún esta boca es mía. Se está quieto en su sitio, con aire de desinterés. Si puedo preciarme de conocerlo bien, supongo que está molesto porque no ha ido a armarla bajo la torre de Überwasser. Ha tratado de conseguir algo parecido con las putas del burdel, invitándolas a echar un polvo gratis con todos los que se hicieran bautizar por Rothmann, pero no ha sacado de todo ello más que insultos.

Levanta la vista y ve que lo estoy mirando fijamente. Se pone a rascarse un hombro con ademán de fastidio, como queriendo adoptar una actitud digna, pero no es así. Aprovecha un momento de silencio y se mete en la conversación:

—Eh, amigos, esta es fácil, escuchad: ¿quién soy, eh? ¿Quién soy?

Se rasca cada vez más fuerte empleando una cuchara sucia de sopa. Knipperdolling se queda rígido sobre la silla. Alguien mira hacia el otro lado para evitar la pregunta directa. Me siento en el deber de salvarlos:

—Eres Job rascándose la roña, Jan, está claro. —Luego, vuelto hacia los otros—: Pero ¿cómo es posible que no lo hayáis adivinado? Lo ha hecho muy bien, ¿no?

Un coro:

—¡Es verdad, es verdad, bravo, Jan!

El actor se burla:

—Sí, está bien, esta era fácil. Pero prestad atención ahora. —Se desliza de la silla debajo de la mesa con un movimiento felino, resoplando entre dientes con fuerza—: ¿Quién soy? ¿Quién soy?

Knipperdolling se levanta sin hacer ruido, murmurando que tiene necesidad de orinar.

Desde debajo la voz insiste:

—¡No os vayáis, ignorantes! Os echaré una mano: «Había bajado ya a las bocas del Hades, la región cuyos cerrojos se echaron sobre mí para siempre; pero tú, Yahvé, mi Dios, salvaste mi vida del sepulcro».

—¿Quién recita de memoria el libro de Jonás en la taberna?

La voz incrédula y un tanto jocosa es la de Rothmann, que acaba de acercarse a nuestra mesa. No le da tiempo al profeta de volver a salir del vientre de la ballena cuando estalla una salva de aplausos de admiración para el conquistador de Überwasser. Si hace una semana hizo que las mujeres de Münster le entregaran todas sus joyas para que pasaran al fondo para los pobres, hoy ha convencido a un tropel de monjas para que abrazaran la fe renovada.

—En otros tiempos, para gustar a las mujeres hacía falta dinero —es el comentario del tejedor—, pero ahora es menester interesarse por las Escrituras. ¿Qué les das tú a nuestras señoras, Bernhard?

—Sobre vuestras señoras no pienso decir ni media palabra, pero sobre las novicias de Überwasser sí diré que ha bastado con decirles que si no salían Dios haría hundirse sobre sus cabezas la torre del campanario. —Un estallido de carcajadas—. Y en cualquier caso, amigos, dentro de esos muros, vocación hay poca; son esos obesos tenderos de sus padres los que convencen a las novicias para que renuncien al mundo con tal de no tener que soltar la dote.

Un vaso de licor invitación personal del tabernero «al más fascinante de todos los münsterienses» corre sobre la mesa. Rothmann se lo toma a lentos sorbos. Una mirada a Beuckelssen:

—¡Pero qué cara de abatimiento tiene nuestro querido Jan! ¿Qué te ha pasado esta

noche, dónde has acabado?

El Santo Rufián se pone en pie de golpe:

—Buscaba inspiración, ¿me explico? Para el gran espectáculo de esta noche. ¡Yo rechazo con absoluta firmeza la idea del pecado original! Por lo que ahora me despojaré de mis ropas y, desnudo como el padre Adán, iré por las calles para invitar a los habitantes de la ciudad a redescubrir al hombre incorrupto que todos llevamos dentro. —Comienza a quitarse la casaca, cada vez más excitado, se abalanza sobre el barrigón de Knipperdolling —. ¡Ánimo, amigo Berndt, tú y yo seremos los actores principales de esta gran comedia del Edén!

—¡Coño, Jan, pero si está nevando!

Knipperdolling lanza miradas atemorizadas a su alrededor, luego se deja convencer. Jan le está desatando ya el cinturón:

—¡Arrepentíos, ciudadanos de Münster, limpiaos del pecado!

El grito hace sobresaltarse a los parroquianos. No falta quien comienza a repetirlo en son de broma y, como a modo de desafío, visto el frío que hace en el exterior, una docena de personas comienzan a despojarse de sus ropas. En el intento de comprender qué está pasando, Redeker se distrae y lanza contra la pared su moneda, perdiendo la primera de por lo menos quince partidas.

Jan grita a voz en cuello. Jan está completamente desnudo. Jan sale del local. Knipperdolling sigue cada uno de sus pasos. Detrás de ellos, una docena por lo menos de adanes. Una multitud se concentra en la puerta de la Taberna de Mercurio. Hay que empujar para asistir a la escena.

Knipperdolling, a pesar de la grasa de que está revestido, no puede soportar el frío y corre como un río en crecida para entrar en calor. Jan lo alcanza. Se pone a la cabeza del extraño cortejo. La gente sale a la calle y hace la señal de la cruz no se sabe si por devoción o para alejar de sí una desgracia. Nos dispersamos entre los varios corrillos de personas arrojándonos al suelo presa de fingida agitación, pero se nos escapa la risa. Rothmann declama las visiones del libro de Ezequiel, Redeker echa espumarajos por la boca, yo ataco con la espada a unos demonios imaginarios.

Son muchos los que nos imitan divertidos, pensando en una escena de Carnaval. Otros se lo toman incluso demasiado en serio. No falta quien comienza a llorar y se postra de rodillas para pedir el bautismo. Hay quien quisiera recibir castigos corporales y quien arroja a las calles sus haberes. Un anciano, que ha sido uno de los primeros en desnudarse, cae al suelo incapaz de moverse. Kibbenbrock lo cubre con su pelliza y se lo lleva.

El sastre Scheider, cuya hija ya en una ocasión se sintió arrebatada por los ángeles, grita con la mirada hacia el cielo:

—Mirad, Dios está sentado en su trono entre las nubes. ¡Mirad el estandarte de la

victoria que aplastará a los impíos!

Echa a correr a lo largo de las murallas, bate palmas, con los brazos hace ademán de volar, salta, pero al no tener alas se cae en el barro como un crucifijo.

Capítulo 29

Münster, 9 de febrero de 1534, por la mañana

Me despiertan una serie de golpes en la puerta.

Instintivamente llevo la mano debajo del jergón, a la empuñadura de la daga.

—¡Gert! ¡Gert! ¡Levántate, Gert, vamos, muévete!

El sueño se retira dejándome un dolor en el entrecejo: pero quién coño…

—¡Estamos hundidos en la mierda, Gert, despiértate!

Salto de la cama tratando de mantener el equilibrio.

—¿Quién es?

—¡Soy Adrianson! ¡Muévete, todo el mundo está corriendo hacia la plaza!

Mientras me pongo las calzas y sostengo el viejo jubón pienso ya en lo peor:

—¿Qué ocurre?

—¡Abre, tenemos que ir al Ayuntamiento!

Pronuncia la última palabra mientras abro de par en par la puerta en sus mismas narices.

Debo de parecer un fantasma, pero el frío agudiza los sentidos en pocos instantes.

El herrero Adrianson no tiene el aire jovial con que acostumbra a animar nuestras discusiones vespertinas. Entre jadeos: —Redeker. Ha traído a la plaza a un forastero recién llegado… Dice que en Anmarsch ha visto al obispo reuniendo un ejército, tres mil hombres. Se disponen a caer sobre nosotros, Gert.

Una opresión en el estómago:

—¿Lansquenetes?

—Muévete, vamos, Redeker quiere interpelar a los burgomaestres.

—Pero ¿estás seguro? ¿Quién es ese forastero?

—No lo sé, pero si lo que dice es cierto no tardarán en asediarnos.

En el pasillo llamo a la puerta de enfrente:

—¡Jan! ¡Despiértate, Jan!

Abro la puerta que, a pesar de los consejos, mi compadre de Leiden no cierra nunca con llave: la cama está intacta.

—Siempre jodiendo en algún henil…

El herrero me lleva escaleras abajo. Casi me caigo en el último tramo. Adrianson me precede por la calle, ha estado nevando toda la noche, el barro salpica las polainas, alguno me manda a tomar por culo.

A todo correr hasta la plaza central: un blanco prado. En medio la mole oscura de la catedral parece más grande aún. La agitación circula entre los corrillos reunidos bajo las ventanas del Ayuntamiento.

—El obispo quiere entrar en la ciudad armado.

—¡Y una porra! ¡Pues tendrá que pasar por encima de mi cadáver!

—¡Seguro que ha sido esa gran puta de la abadesa la que lo ha llamado!

—Con nuestros tributos. Ese bastardo paga un ejército para jodernos vivos.

—No, no, esa gran cerda de la abadesa de Überwasser… Es por la historia de las novicias.

A pesar del intenso frío, por lo menos quinientas personas han acudido a la plaza movidas por la noticia.

—Tenemos que defendernos, necesitaremos armas.

—Sí, sí, oigamos qué dice el burgomaestre.

Descubro a Redeker en medio de una treintena de personas. Aires chulescos de quien quiere expresar su parecer contra el de todos los demás.

—Tres mil hombres armados.

—Sí, están a las puertas de la ciudad.

—Basta con subir a la ciudadela de la Judefeldertor para verlos.

Siento un golpe en la espalda, me vuelvo. Redeker contra todos, bolas de nieve en la mano. Alguien debe de haber tratado de hacerle callar. El alboroto cesa de improviso. Miradas hacia lo alto: el burgomaestre Tilbeck está en la ventana del Ayuntamiento.

Estalla un clamor de protestas.

—¡El ejército del obispo marcha sobre la ciudad!

—¡Algún cerdo nos la ha jugado!

—¡Nos han vendido a Von Waldeck!

—¡Hemos de defender las murallas!

—¡La abadesa, la abadesa, hay que encarcelar a la abadesa!

—¡Pero qué abadesa ni qué niño muerto, queremos los cañones!

Los corrillos se disuelven entre el gentío general. Parecen muchos más. Tilbeck, engallado, abre los brazos para abarcar la plaza entera.

—Gentes de Münster, no perdamos la calma. Esta historia de los treinta mil hombres no ha sido confirmada aún.

—¡Pero qué coño, si los han visto desde las murallas!

—Sí, sí, uno que viene de Anmarsch. Están viniendo hacia aquí.

El burgomaestre ni se inmuta. Sacude la cabeza y con gesto seráfico pide calma: —Estad tranquilos: mandaremos a alguien para que lo compruebe.

La multitud intercambia miradas de impaciencia.

—Ejército o no, el obispo Von Waldeck me ha dado personalmente plenas garantías de que no violará los privilegios municipales. Münster seguirá siendo una ciudad libre. Se ha comprometido a ello personalmente. No demos muestras de haber perdido la cabeza: ¡es el momento de ser responsables! Münster debe demostrar que está a la altura de su antigua tradición de convivencia civil. En un momento en el que todos los territorios limítrofes se ven sacudidos por guerras intestinas y desórdenes, Münster está llamada a ser el ejemplo de cómo…

Un bolazo le da en plena cara. El burgomaestre se agacha sobre el antepecho, cubierto por una sarta de insultos. Uno de los consejeros lo ayuda a levantarse. La sangre corre por el pómulo roto: la nieve debía de esconder algo más.

En todo Münster solo hay una persona con semejante puntería.

Tilbeck se bate en retirada perseguido por los gritos de los más encendidos.

—¡Vendido, vendido!

—¡Tilbeck, eres un cerdo: tú y todos tus amigos luteranos!

—¿Qué coño quieres? Si no fuera por vosotros, malditos anabaptistas, Von Waldeck no levantaría un dedo contra la ciudad.

—¡Bastardos, sabemos que estáis conchabados con el obispo!

Algunos se dan empujones. Vuelan los primeros mamporrazos. Redeker está todavía solo. Los otros son tres, todos bien plantados. No saben con quién se la están jugando. El más grueso de ellos suelta un puñetazo a la altura de la cara, Redeker se agacha, lo agarra por la oreja, se da media vuelta y le suelta un patadón en la entrepierna: el luterano se dobla en dos, con los huevos en la garganta. Un rodillazo más en la nariz y los dos compadres tienen ya bien sujeto a Redeker, que suelta coces como un mulo enloquecido. El gordo lo golpea en el estómago. No le doy tiempo a repetir: un mamporrazo a dos manos en la nuca. Cuando se da la vuelta los puñetazos llueven en serie contra su nariz. Cae al suelo sentado. Me vuelvo, Redeker se ha liberado del agarrón de los otros dos. Espalda contra espalda, nos defendemos del ataque.

—¿A quién se le ha ocurrido esa historia de los tres mil caballeros?

Escupe al adversario y me da con el codo:

—¿Quién ha dicho que son caballeros?

Casi no puedo evitar reírme mientras nos arrojamos cada uno sobre el nuestro. Pero la trifulca se ha generalizado, nos arrolla. Por detrás de la catedral asoma un grupo de cincuenta hombres: los tejedores de San Gil, apasionados por los sermones de Rothmann. En cuestión de segundos los luteranos están en la esquina opuesta de la plaza.

Redeker, más hijo de puta que nunca, me mira con expresión sarcástica:

—¡Mejor que la caballería!

—De acuerdo, ¿y ahora qué hacemos?

Desde la plaza del Mercado, el sonar de las campanas de San Lamberto. Como una llamada.

—¡A San Lamberto, a San Lamberto!

A la carrera hasta la plaza del Mercado, invadimos los tenderetes ante la mirada atónita de los comerciantes.

—¡El obispo está a punto de entrar en la ciudad!

—¡Tres mil soldados!

—¡Los burgomaestres y los luteranos están conchabados con Von Waldeck!

En medio de los tenderetes los útiles de trabajo diario se convierten en armas. Martillos, hachuelas, hondas, azadas, cuchillos. En un abrir y cerrar de ojos los mismos tenderetes pasan a convertirse en barricadas que bloquean cualquier acceso a la plaza. Algunos han sacado el reclinatorio de San Lamberto para reforzar esas murallas improvisadas.

Redeker me agarra en medio de la confusión:

—Los de San Gil han traído diez ballestas, cinco arcabuces y dos barriles de pólvora. Me voy a la armería de Wesel a ver qué más puedo aprovechar.

—Yo voy a ver a Rothmann, hay que traerlo aquí.

Nos separamos sin pérdida de tiempo, rápidamente, corriendo como flechas en medio de la rabia del pueblo bajo.

En casa del párroco de San Lamberto se encuentran también Knipperdolling y Kibbenbrock. Están sentados a la mesa, con cara de pocos amigos, y al verme entrar se ponen rápidamente los tres en pie.

—¡Gert! Por suerte. ¿Qué diablos está pasando?

Miro de arriba abajo al predicador de los baptistas:

—Hace una hora llegó la noticia de que Von Waldeck ha armado un ejército para marchar sobre la ciudad. —Los dos representantes de las guildas palidecen—. No sé qué hay de verdad en todo esto, la noticia debe de haberse magnificado por el camino, pero por

supuesto que no es una broma de Carnaval.

Knipperdolling:

—Están sacándolo todo, han tocado a rebato, he visto vaciar la iglesia…

—Tilbeck se ha desenmascarado delante de todo el mundo. Bien pudiera ser que los luteranos hayan llegado a algún acuerdo con Von Waldeck. La gente está hecha una furia, los trabajadores del textil se encuentran ya en la plaza, han levantado barricadas, Rothmann, están armados.

Kibbenbrock suelta una zapateta:

—¡Mierda! ¿Es que se han vuelto todos locos?

Rothmann tamborilea nervioso con los dedos sobre la mesa, pues es él quien debe decidir lo que conviene hacer.

—Redeker se ha ido a buscar más armas, los luteranos podrían intentar echarnos para entregar la ciudad al obispo.

Knipperdolling bambolea irritado su barrigón:

—¡Ese matachín de los cojones! Solo a él podía ocurrírsele semejante cosa. Pero ¿es que no le has dicho que podría mandar al traste todo cuanto hemos hecho? Si llegamos al enfrentamiento armado…

—Ya estamos, amigo mío. Y si ahora no os vais detrás de esas barricadas os quedaréis aislados y la gente proseguirá por sí sola. Debéis estar allí.

Un largo momento de silencio.

El predicador me mira directamente a los ojos:

—¿Crees que el obispo ha decidido no retrasar más la cosa?

—Ese es un problema que ya nos plantearemos después. Ahora lo que conviene es que alguien tome las riendas de la situación.

Rothmann se vuelve hacia los otros dos:

—Ha sucedido antes de lo que me imaginaba. Vacilar ahora sería, en cualquier caso, fatal. Vamos.

Bajamos a la plaza, son por lo menos trescientos, hombres y mujeres que vociferan detrás de las barricadas, las herramientas de trabajo transformadas en lanzas, mazas, alabardas. Redeker empuja una tartana cubierta por un toldo hacia el centro de la plaza. Cuando lo levanta las hojas relucen al sol invernal: espadas, hachas, además de un par de arcabuces y una pistola. Se reparten las armas, todos quieren tener algo en la mano para defenderse.

Paso ligero, espada y pistola al cinto, el ex mercenario Heinrich Gresbeck viene a mi encuentro.

—Los luteranos tienen el depósito de armas en Überwasser. Están transportándolas a la plaza central.

Nos escruta como en espera de una orden de mi parte o de Rothmann.

El predicador coge bien fuerte un mostrador del mercado y lo arrastra hasta el centro, saltando encima de él.

—Hermanos, no es nuestra intención fomentar el conflicto fratricida entre los habitantes de esta ciudad. ¡Pero si hay alguien que no comprende que el verdadero enemigo es el obispo Von Waldeck, entonces nos tocará a nosotros defender la libertad de Münster de quien la amenaza! Y todo aquel que se una a este combate por la libertad no solo gozará de la protección que el Altísimo reserva a sus elegidos, sino que asimismo podrá acceder al fondo de asistencia mutua que desde este momento es puesto a la disposición de la defensa común. —Una salva de aclamaciones—. El faraón de Egipto está allí fuera, y aspira a volver para convertirnos de nuevo en sus esclavos. Pero nosotros no se lo permitiremos. Y Dios estará con nosotros en esta empresa. Dice, en efecto, el Señor: «Caerán los aliados de Egipto y será abatido el orgullo de su fuerza: desde Migdol hasta Asuán morirán a espada. Palabra del Señor Dios. ¡Sabrán que yo soy el Señor cuando mande fuego sobre Egipto y todos sus defensores serán aplastados!».

Los corazones se exaltan en una excitación unánime: el pueblo de Münster encuentra a su predicador.

El imponente Knipperdolling y Kibbenbrock el Pelirrojo dan vueltas entre los corrillos de los tejedores: el gordo del gremio mejor organizado y más numeroso está ya allí.

Gresbeck me coge en un aparte:

—Parece que ha llegado la hora del ajuste de cuentas. —Una ojeada a sus espaldas—. Ya sabes lo que hay que hacer.

Asiento:

—Reúne a los treinta más capaces delante de la iglesia, gente que conozca bien la ciudad y con pocos escrúpulos.

Nos reunimos con Redeker, que ha terminado de vaciar la carreta.

—Forma tres grupos de cuatro hombres cada uno y mándalos de ronda por la zona de Überwasser: quiero un parte cada hora de los movimientos de los luteranos.

El pequeñajo se larga a escape.

A Gresbeck:

—Yo tengo que poder moverme, el mando de la plaza es tuyo. Que nadie tome ninguna iniciativa arriesgada y que no puedan cogernos por sorpresa: manda proteger las barricadas, pon un vigía en el campanario de la iglesia. ¿Con cuántos arcabuceros contamos?

—Siete.

—Tres frente a la iglesia y cuatro delante de la entrada de la plaza central. Dispersarse aquí y allá serviría de poco.

Gresbeck:

—¿Y tú qué vas a hacer?

—He de hacerme una idea cabal de cuál es el campo de batalla y quién domina las posiciones.

Redeker, exaltadísimo, está reuniendo a los hombres, me ve, alza una pistola gigantesca y grita: —¡Démosles por culo!

El reconocimiento desde las murallas ha sido tranquilizador: a simple vista no hay ningún rastro de los tres mil mercenarios anunciados.

La segunda ronda viene a informar de que los luteranos han apostado hombres armados con arcabuces en el campanario de la catedral y dominan desde allí la plaza del Ayuntamiento, cuya entrada está atrancada por dos carros puestos de través, exactamente enfrente de nuestra barricada. Detrás de los carros no más de diez luteranos, pero perfectamente armados y aprovisionados desde Überwasser: en caso de ataque no tendrán ninguna necesidad de ahorrar proyectiles. En cambio nosotros tenemos que arreglárnoslas con lo que tenemos, los disparos están contados.

La plaza del Mercado en la que estamos atrincherados es de fácil defensa, pero puede resultar también una trampa. Hay que rodearlos, cerrar el paso de los puentes sobre el Aa y aislar la plaza del Ayuntamiento del monasterio.

—¡Redeker! Diez hombres y dos arcabuces. Vamos a cerrar el paso del puente de Nuestra Señora, detrás de la plaza. Rápido.

Salimos por el puesto de defensa al sur de nuestra fortaleza. Recorremos rápidamente el primer trecho, nadie a la vista. Luego la calle se bifurca: hemos de tirar por la derecha, seguir la curva que lleva al primer puente sobre el canal. Ya estamos, el puente está allí delante. Un disparo de arcabuz da en el muro a un metro de Redeker que camina en cabeza. Se vuelve: —¡Los luteranos!

Bajan por una estrecha callejuela que lleva a la plaza central, otros arcabuzazos.

—¡Vamos, vamos!

Mientras rehacemos el camino nos persiguen gritos y confusión:

—¡Los anabaptistas! ¡Ahí están! ¡Escapan!

A la altura de San Gil nos detenemos.

Le grito a Redeker:

—¿Cuántos has visto?

—Cinco, seis como máximo.

—Los esperaremos aquí, cuando asomen por la curva haremos fuego.

Listos para disparar: los dos arcabuces, mi pistola y la de Redeker.

Aparecen a una decena de pasos: cuento cinco, no se lo esperaban, se demoran, mientras nuestras armas hacen fuego a la vez.

Uno recibe un impacto en la cabeza y se queda tieso, otro cae hacia atrás, herido en un hombro.

Salimos al ataque y los otros retroceden en desorden, arrastrando al herido. Por la esquina aparecen otros, algunos toman por San Gil. Nuevos disparos y luego el impacto: paro un golpe con la daga y el mango de la pistola rompe la cabeza del luterano. Se produce una confusión infernal. Más disparos.

—¡Vamos, Gert! ¡Disparan desde el campanario! ¡Vamos!

Alguien me agarra por detrás, corremos como unos locos con los proyectiles que silban alrededor. De esta no salimos.

Llegamos a nuestras barricadas y nos introducimos dentro. Enseguida hacemos recuento: estamos todos, más o menos enteros, si exceptuamos un corte de espada en la frente que requerirá una sutura, un hombro dislocado por el retroceso del arcabuz y una buena dosis de miedo para todos.

Redeker escupe al suelo:

—Hijos de puta. ¡Cojamos un cañón y hundamos San Gil sobre sus cabezas!

—Déjalo estar, la cosa ha acabado mal.

Knipperdolling y algunos de los suyos corren a nuestro encuentro:

—Eh, ¿hay heridos? ¿Alguien ha estado a punto de morir?

—No, por suerte no, pero hay una cabeza que necesita un cosido.

—No te preocupes, coser es lo nuestro.

El herido es puesto en manos de los tejedores.

En nuestra ausencia, en medio de la plaza, donde estaban los tenderetes de los vendedores, ha sido dispuesto un fuego para hacer la comida: algunas mujeres dan vueltas a una ternera en el espetón.

—Y esto, ¿de dónde ha salido?

Una mujer gorda y rubicunda que transporta cacharros de cocina me aparta abriéndose paso con los codos: —Gentileza del muy munífico consejero Wördemann. Sus mozos de cuadra no han querido aceptar nuestro dinero, de modo que nos la hemos llevado… ¡por las buenas! —Ríe contenta a carcajadas.

Sacudo la cabeza:

—Solo nos faltaba ponernos a cocinar…

La gorda deposita la carga, se pone en jarras y dice con aire desafiante:

—¿Y cómo quieres quitar el hambre a tus soldados, capitán Gert? ¿Con plomo acaso? ¡Sin las mujeres de Münster estarías perdido, te lo digo yo!

Me vuelvo hacia Redeker:

—¿Capitán?

El bandido se encoge de hombros.

—Sí, capitán. —La voz de Rothmann nos llega de detrás, está en compañía de Gresbeck, tienen unos pergaminos en la mano. El predicador tiene todo el aspecto de quien no quiere perder tiempo en explicaciones—. Y Gresbeck es tu lugarteniente… —Advierte la agitación inmediata de Redeker, que estira el cuello entre nosotros para hacerse notar, y acto seguido añade resignado—: Y Redeker el segundo.

—Ha ido mal. Yo quería dar la vuelta a la plaza, pero nos han cogido por sorpresa antes de que pudiéramos cruzar el canal.

—Las rondas informan de que están atrincherados con las armas en Überwasser. El burgomaestre Judefeldt está con ellos, junto con la mayor parte de los miembros del Consejo; Tilbeck no. Son unos cuarenta, y no creo que intenten atacarnos, están a la defensiva. Cuentan con un cañón en el cementerio del convento; el edificio es inexpugnable.

Suelto un suspiro de alivio. ¿Y ahora?

Rothmann sacude la cabeza:

—Si el obispo ha reunido realmente un ejército, las cosas podrían ponerse muy feas.

Gresbeck desenrolla el pergamino delante de mí:

—Echa una ojeada a esto mientras tanto. Hemos encontrado estos viejos mapas de la ciudad. Pueden sernos de ayuda.

Aunque el dibujo no es preciso, están indicados incluso los pasos más estrechos y todos los meandros del Aa.

—Excelente, veremos si nos sugieren algo. Pero ahora hay una cosa que hacer, la idea me la ha dado Redeker. Sacaremos de las murallas un cañón, uno que no sea ni muy grande ni demasiado pesado, que pueda transportarse fácilmente hasta aquí.

Gresbeck se rasca la cicatriz:

—Hará falta un árgana.

—Consíguela. Siete arcabuces servirían de poco si tuviéramos que resistir a un ataque. Toma a los hombres que necesites, pero trata de traerlo lo más rápidamente posible. El tiempo pasa y cuando comience a oscurecer será mejor estar bien protegidos.

Me quedo solo con Rothmann. En la cara del predicador una expresión de asombro que se transforma poco menos que en reprensión.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

—No. Sea lo que sea lo que crea Gresbeck, no soy un soldado. Aislar a los que están en la plaza me parece lo más acertado, pero evidentemente han organizado grupos que recorren las calles de alrededor. Los muy bastardos se protegen el culo.

—Tú ya has luchado, ¿no es cierto?

—Un ex mercenario me enseñó a adiestrarme con la espada, hace muchos años. Combatí con los campesinos, pero no era más que un muchacho.

Asiente decidido:

—Haz todo lo que creas que deba hacerse. Estaremos contigo. Y que Dios nos asista.

En aquel preciso momento, de espaldas a Rothmann aparece al fondo de la plaza Jan de Leiden, nos ve también él, se acerca, con una expresión casi divertida.

—Ya era hora, ¿dónde te habías metido?

Mueve la mano arriba y abajo en un gesto alusivo:

—Ya sabes lo que pasa… Pero ¿qué ha sucedido, hemos tomado la ciudad?

—No, putañero de los cojones, estamos atrincherados aquí, allí fuera están los luteranos.

Sigue mi gesto y se enfervoriza:

—¿Dónde?

Le indico la barricada que está enfrente de los carros de la entrada de la plaza central.

—¿Allí, están allí detrás?

—Exacto, y cuidadito que están armados hasta los dientes.

Reconozco la mirada de mi santo rufián, es la de las grandes ocasiones.

—Cuidado, Jan…

Ya es tarde. Se está encaminando hacia nuestras defensas. No tengo tiempo de pensar en él, pues he de dar instrucciones a las rondas. Pero mientras estoy hablando con Redeker y Gresbeck, con el rabillo del ojo veo a Jan que se acerca a los defensores de la barricada, ¿qué coño se le habrá metido en la cabeza? Me tranquilizo cuando lo veo sentarse y sacar del bolsillo la Biblia. Bien, lee algo.

El mapa de Münster nos muestra los recorridos que podrían intentarse para rodear las posiciones de los luteranos. Redeker da una serie de consejos, cuáles son las zonas más expuestas, qué manzana de casas podría cubrir una eventual acción de aproximación. Pero cada conjetura se detiene ante la inexpugnabilidad de Überwasser: una cosa ha sido hacer salir a las novicias y otra muy distinta es arrebatárselo a cuarenta hombres armados.

De pronto llega hasta nosotros el alboroto del otro lado de la plaza. ¡Mierda! Justo el tiempo de echar un vistazo hacia nuestras defensas cuando veo a Jan de Leiden erguido de pie sobre la barricada con los brazos abiertos.

—¿Qué coño está haciendo?

—¡Corre, Gert, ese quiere que lo maten!

—¡Jaaan!

Me precipito por la plaza, casi me llevo por delante a la ternera en el espetón, tropiezo, vuelvo a levantarme: —¡Jan, baja de ahí, loco!

Con la camisa abierta, muestra el pecho lampiño llamando a los tiros. Sus ojos echan chispas hacia los carros luteranos.

—Ahora, dentro de poco, derramaré mi furor sobre ti y sobre ti daré desahogo a mi ira.

Serás juzgado según tus obras y te pediré cuentas por todos tus actos nefandos, luterano inmundo.

—¡Baja de ahí, Jan!

Ni que fuera invisible.

—Y no se apiadará mi ojo y no tendré compasión, pero te consideraré responsable de tu conducta y serán puestas de manifiesto tus vilezas: entonces sabrás quién soy yo, el Señor, aquel que castiga. Lo has comprendido, hijo de la gran puta luterana, tus proyectiles nada pueden hacerme. Rebotarán contra este pecho y se volverán contra ti, porque el Padre está en mí. ¡Él puede tragárselos y disparártelos por el culo cuando así lo quiera, directos a tu cara!

—¡Jan, por Dios!

Allí sigue erguido con la boca abierta de par en par emitiendo un sonido espantoso. Luego el rubio leidense loco levanta el rostro hacia el cielo: —¡Padre, escucha a este tu hijo, atiende las súplicas de tu bastardo: barre del empedrado estas mierdas de perro! Ya has oído, luterano, cagón, te ahogarás en un escupitajo de Dios y el Reino será para nosotros. ¡Lo celebraré con los santos sobre tu cadáver!

El arcabuz estalla dejando de piedra a Jan. Por un instante pienso que le han dado.

Se vuelve hacia nosotros, de la oreja derecha le corre un hilo de sangre, los ojos de poseso. Se deja caer y lo cojo en volandas antes de que se dé de bruces contra el suelo, sufre un vahído, no, se recupera: —¡Gert, Geeert! ¡Mátalo, Gert, mátalo! ¡Casi me ha arrancado una oreja! ¡Dame la pistola que a ese me lo cargo yo… te lo ruego, dámela! Dispárale, Gert, dispárale o lo haré yo… ¡Está allí, míralo, está allí, Gert, la pistola, la pistola… me ha echado a perder!

Le dejo acurrucarse contra la pared y digo dos palabras a nuestros defensores: si vuelve a intentarlo, atadlo.

El sol desciende por detrás del campanario de la catedral. Los perros roen los huesos de la ternera amontonados en el centro de la plaza. He establecido turnos de guardia en las barricadas: dos horas cada uno, para permitir a todos dormir un poco. Las mujeres han preparado yacijas improvisadas con lo que tenían a disposición y encendido los fuegos para la noche. El frío es intenso: alguno ha preferido dormir bajo cubierto. Sin embargo, los más decididos se han quedado, gente con la que se puede contar.

Nos calentamos al amor de la lumbre, arrebujados en las mantas. Un repentino alboroto en la barricada que cierra la plaza al sur nos hace ponernos en pie de un salto. Los centinelas escoltan hasta nosotros a un muchacho de unos veinte años, aire atemorizado y jadeante.

—Dice que es el servidor del consejero Palken.

—Al senador y a su hijo… Se los han llevado, iban armados, no he podido hacer nada, Wördemann… Estaba también el burgomaestre Judefeldt, los han cogido…

—Con calma, recupera el aliento. ¿Quiénes eran? ¿Y cuántos?

El muchacho está empapado de sudor, mando traer una manta. Los ojos saltan de un rostro a otro, le ofrezco una taza de caldo humeante.

—Yo sirvo en casa del consejero Palken. Hace media hora… entraron… una docena de hombres armados… Iban al mando de Judefeldt. Y han obligado al consejero y a su hijo a seguirlos.

—¿Qué querrán de Palken?

Knipperdolling, irritado:

—Es uno de los pocos que nos apoya en el Consejo. Wördemann, Judefeldt y todos los demás luteranos lo odian.

Rothmann no parece convencido. ¿De qué les sirve un rehén? En Überwasser son inexpugnables. El pánico en los ojos de Rothmann: —¡Las llaves!

—¿Qué?

—Las llaves, Palken es quien guarda las llaves de las puertas del noroeste de las murallas.

—Sí, sí. —El criado levanta la nariz de la taza—. ¡Lo que precisamente querían eran las llaves!

—¡Gresbeck, el mapa!

Lo desenrollo a la luz del fuego con la ayuda de Knipperdolling. La Frauentor y la Judefeldertor: las puertas de detrás de Überwasser, el camino hacia Anmarsch: —Quieren dejar entrar a los episcopales en la ciudad.

Mal asunto.

Es posible leerlo en los rostros de cada uno. Enjaulados en la estrecha plaza del Mercado, aislados de la otra orilla del Aa, donde los luteranos están llevando a cabo el perverso crimen que nos aniquilará. ¿Intentar una salida? ¿Salir de este embudo y desencadenar por sorpresa el asalto a Überwasser? La ciudad entera está sumida en un silencio irreal: a excepción de los contendientes, todos se hallan encerrados en sus casas. Mudos, en torno a tenues fuegos en espera del destino inminente y desconocido. ¿Quién está llegando a la ciudad?

¿Los tres mil combatientes asalariados del séquito de Von Waldeck? ¿Una avanzadilla en espera del día? Esta noche traerá las respuestas.

Knipperdolling está furioso:

—¡Vaya unos cabrones! ¡Patanes enriquecidos! Me acuerdo de todos esos bonitos discursos contra el obispo, los papistas y tanto llenarse la boca con las libertades

municipales, con la nueva fe… ¡Quiero que digan a la cara que se venden al obispo por un puñado de escudos! ¡Al obispo lo hemos echado juntos! Quiero hablar con ellos, Gert, hasta ayer mismo todo hacía pensar cualquier cosa menos que dejaran que la ciudad fuese pasto de los mercenarios. ¡Que me diga a la cara ese cerdo de Judefeldt qué le ha prometido Von Waldeck! Proporcióname una escolta, Gert, quiero hablar con esos bribones.

Redeker sacude la cabeza:

—Tú estás loco. Sus palabras cuentan una mierda, lo único que miran es la bolsa; eres tú el necio que perdías el tiempo hablando con ellos.

Rothmann interviene:

—Tal vez pueda intentarse. Pero sin correr ningún riesgo inútil. Tal vez no son tan duros como parece. Tal vez no tienen más que maldito miedo…

Parten dos unidades. Una dirigiéndose a la Frauentor del sur, para luego volver a subir hasta las murallas, en total una decena de fantasmas. Redeker, por la parte opuesta, hacia la Judefeldertor.

Nada de iniciativas o ataques desesperados, todavía no. Vigilar las entradas caídas en sus manos, controlar los movimientos de entrada y salida. Tratar de leer el futuro en sus movimientos. Las dos unidades tienen como cometido inspeccionar y dejar centinelas a lo largo del recorrido y en la calle de Überwasser: ojos para escrutar el menor pestañeo y correos listos para dar noticias a cada hora.

Conmigo, para escoltar al jefe de las guildas del textil, una veintena, casi todos muchachos, dieciséis, diecisiete años, pero tienen agallas para dar y vender.

—¿Tienes miedo? —pregunto a esos bigotillos que crecen a duras penas.

La voz ronca del sueño sacudido de encima:

—No, capitán.

—¿Cuál es tu oficio?

—Mozo de tienda, capitán.

—Olvídate de lo de capitán. ¿Cómo te llamas?

—Karl.

—Karl, ¿eres rápido corriendo?

—Todo lo que me permitan las piernas.

—Bien. Si nos atacan y caigo herido, si ves que la cosa se pone fea, no pierdas el tiempo en recogerme, vete corriendo como el viento a dar la alarma. ¿Entendido?

—Sí.

Knipperdolling toma consigo a tres de los suyos y se pone en cabeza con un paño blanco en señal de tregua. Lo seguimos a algunas decenas de pasos.

El jefe de los tejedores está ya en las proximidades del monasterio, se pone a pedir que

salga alguien a parlamentar. Nosotros nos quedamos un poco más adelante de San Nicolás, montamos las armas y las hondas preparadas para el lanzamiento. Desde Überwasser silencio. Knipperdolling sigue avanzando.

—¡Vamos, Judefeldt, sal! Burgomaestre de los cojones, ¿así es como defiendes tú la ciudad? ¡Raptas a un consejero y le abres las puertas a Von Waldeck! La ciudad quiere saber por qué habéis decidido dejar que nos maten a todos. ¡Sal y hablemos como hombres!

Alguien desde una ventana le responde:

—¿Qué coño has venido a hacer, sucio anabaptista? ¿Has traído a alguna de tus rameras?

Knipperdolling vacila, pierde la calma:

—¡Hijo de perra! ¡Ramera lo será tu madre!

Se adelanta de nuevo. Demasiado.

—¡Te estás liando con los papistas, Judefeldt, con el obispo! ¿Qué coño se te ha metido en la cabeza?

Vuelve atrás, idiota, vamos, no te acerques tanto.

El portal se abre de par en par, salen una decena de hombres, armados, se le echan encima.

—¡Al ataque!

Nos lanzamos, Knipperdolling se agita desgañitándose, lo sostienen entre cuatro. Retroceden mientras nosotros les disparamos con las hondas y las ballestas, ellos hacen fuego desde la torre. El portón vuelve a cerrarse y nosotros quedamos al descubierto, nos dispersamos, nos desparramamos por la plaza, respondemos al fuego, resuenan los gritos de Knipperdolling y los arcabuzazos. Nos han jodido. No hay nada que hacer, es preciso retirarse, recoger a los heridos.

Doy la orden:

—¡Atrás! ¡Atrás!

Maldiciones y lamentos nos acompañan hacia la plaza del Mercado.

Nos han jodido y estamos hundidos en la mierda. Cruzamos nuestras barricadas y nos detenemos en la escalinata de San Lamberto, alboroto, voces, juramentos, todos se apiñan en torno a nosotros. Tendemos a los heridos, se los confiamos a las mujeres, la noticia de la captura de Knipperdolling corre de inmediato con el rugido de rabia.

Rothmann está consternado, Gresbeck en cambio conserva la calma, ordena mantener los puestos, hay que refrenar el pánico.

Estoy furioso, siento que me hierve la sangre, me laten las sienes. Estamos hundidos en la mierda y no sé qué hacer.

Gresbeck me despabila:

—Ha vuelto Redeker.

Llega sin resuello también él, cara sombría:

—Han entrado. No más de una veintena, a galope tendido, caballeros de Von Waldeck.

—¿Estás seguro?

—He visto las corazas, los blasones de mierda. Apuesto a que está también ese cerdo de Von Büren.

Rothmann, la cabeza entre las manos:

—Se acabó.

Silencio alrededor.

Kibbenbrock trata de levantar los ánimos:

—Estad tranquilos. Mientras el grueso de las tropas del obispo no entre en la ciudad no pueden hacernos nada. Nosotros somos más y saben que no tenemos nada que perder. Pero hay que hacer algo.

El tejedor tiene razón, hay que pensar en alguna cosa. Pensar.

El tiempo pasa. Reforzamos la defensa en las barricadas. Nuestro único cañón es colocado en el centro de la plaza, para rechazar el asalto en caso de que alguna de las defensas sea desmantelada.

Los hombres no deben tener tiempo de que cunda el desaliento. Nuevas rondas y recogida de armas, recuperamos otros arcabuces. Dicen que los católicos están clavando guirnaldas en los portales de las casas, para librarse de las hordas de Von Waldeck. Otras unidades para arrancarlas.

La ciudad está inmóvil, la plaza, iluminada por los fuegos, podría ser una isla en medio de un oscuro océano. Afuera, como animales aterrorizados, todos esperan encerrados a cal y canto en sus casas.

En sus casas.

En sus casas.

Hago un aparte con Gresbeck y Redeker. Deliberamos con urgencia.

Es posible hacerlo. Al menos intentarlo. Más en la mierda de lo que estamos…

La última consigna para Gresbeck:

—Estamos de acuerdo, entonces. Da aviso a Rothmann. Que se mueva, proporciónale los mejores hombres, apenas si tenemos el tiempo suficiente.

—Gert… —El ex mercenario me alarga sus pistolas sosteniéndolas por el cañón—. Toma estas. Son de precisión, un regalo de la campaña en Suiza.

Me las meto de través en el cinto:

—Nos veremos dentro de una hora.

Redeker me abre camino en la oscuridad casi total, con paso decidido. Doblamos dos o tres calles angostas, unos pocos pasos más y me señala el portón. En voz baja: —Jürgen

Blatt.

Cargo las pistolas. Tres fuertes puñetazos en la puerta:

—Capitán Jürgen Blatt, de la guardia municipal. Las tropas del obispo están entrando en la ciudad. El burgomaestre quiere que escoltemos a su señora y a sus hijas al monasterio. Rápido. ¡Abrid!

Pasos detrás del portón:

—¿Quién sois?

—He dicho que el capitán Blatt, abrid.

Contengo la respiración, ruido de cerrojos, apoyo el cañón en la rendija de la puerta. Apenas se abre un resquicio. Le hago saltar media cabeza.

Dentro. El de encima de las escaleras no tiene tiempo de apuntar con el arcabuz: lo agarro de una pierna, cae, grita, desenvaina un puñal, de dos brincos Redeker se planta en lo alto de la escalera y le da la puntilla con el cuchillo. Luego escupe.

Daga en mano, en el fondo del pasillo gritos de mujeres: una se para delante de mí: —Llévame a donde está la señora.

Un gran dormitorio, baldaquino y adminículos varios. La señora Judefeldt, en un rincón, estrecha contra sí a las dos niñas, una sirvienta aterrorizada de rodillas, rezando.

Entre nosotros y ellos un pobre imbécil espada en mano, veinte años como mucho. Tiembla, no habla. No sabe qué hacer.

Redeker:

—Baja ese chisme, que podrías hacerte daño.

La miro fijamente:

—Señora, los acontecimientos convulsos de esta noche han hecho necesaria mi visita. No tengo ninguna intención de haceros daño, pero me veo obligado a pediros que me sigáis. Vuestras hijas se quedarán aquí con todos los demás.

Redeker sonríe maliciosamente:

—Echaré una ojeada a la casa, no sea que haya más criados celosos de su deber.

La mujer de Judefeldt es una mujer hermosa, de unos treinta años. Digna, contiene las lágrimas y levanta la vista hacia mí: —Bellaco.

—Un bellaco que lucha por la libertad de Münster, señora. La ciudad está a punto de ser invadida por una horda de asesinos a sueldo del obispo. No perdamos más tiempo.

Doy un silbido a Redeker, que nos alcanza por las escaleras con un cofrecillo bajo el brazo. La expresión de mi cara no lo desalienta: —Nos cargamos a sus criados, le robamos a la mujer. ¿Y los florines no?

En la salida, la vieja echa un abrigo de pieles sobre los hombros de su ama, mientras murmura un padrenuestro.

Escoltamos a la señora Judefeldt hasta la plaza del Mercado. Cuando la gente reconoce

a la prisionera nos recibe una ovación que da renovado aliento a nuestro espíritu, las armas se alzan al cielo: ¡los baptistas están vivos aún!

Desde el otro lado Rothmann viene a nuestro encuentro, llevando del bracete a una distinguida dama, envuelta en un abrigo de marta cebellina, con una larga trenza negra que le cae por los hombros.

—Os presento a la señora Wördemann, mujer del consejero Wördemann. La señora es una hermana: yo mismo la he bautizado.

Redeker se acerca a mi oído:

—Al enterarse su marido por sus espías de este bautismo, quiso confirmarla en su fe a garrotazo limpio. La pobre ya se veía muerta: durante días no ha podido, no digo ya caminar, sino ni siquiera arrastrarse por los suelos.

La señora Wördemann, una belleza sobria, se encoge dentro del abrigo de pieles: —Espero, señores, que dejéis que nos calentemos al fuego, después de habernos sacado por la fuerza en plena noche de nuestros aposentos.

—Por supuesto, pero antes me veo en la obligación de privaros de un objeto personal.

Saco los anillos de sus delgados dedos, dos piezas de oro con incrustaciones.

—¡Karl!

El muchacho llega a la carrera, cara de sueño y aturdimiento.

—Coge la bandera blanca y vete volando hasta Überwasser. El mensaje es para el burgomaestre Judefeldt: dile que dentro de media hora nos presentaremos en el monasterio, hemos de hablar. —Aprieto los anillos en el puño de Karl—. Entrégaselos. ¿Está todo claro?

—Sí, capitán.

—¡Vamos, ligero!

Karl se quita las botas demasiado grandes y se queda descalzo en la nieve. Cruza el campamento corriendo como una liebre, mientras yo hago una señal a los centinelas para que lo dejen salir.

—¿Quién de nosotros va? —pregunta Rothmann.

Kibbenbrock el Pelirrojo se adelanta, desciñéndose el cinto que sostiene la espada para entregársela a Gresbeck: —Ya voy yo —nos dice. Me mira a mí y al predicador—. Si os ven a uno de vosotros podrían entrarles ganas de disparar. Yo represento a la guilda de los trabajadores del textil, no abrirán fuego contra mí.

Gresbeck interviene:

—Tiene razón, Gert, tú haces falta aquí.

Me saco las pistolas del cinto:

—Estas son tuyas. Está oscuro, no me reconocerán, utilizaré un nombre distinto.

—Te matarán.

El tono es ya de resignación.

Le sonrío:

—No tenemos nada que perder. Esa es nuestra fuerza. El mapa, rápido.

A Redeker:

—¿Conoces estos accesos por detrás del cementerio?

—Por supuesto, se llega a ellos cruzando por las pasarelas del Reine Closter.

—Probablemente habrán apostado centinelas aquí y allí. Forma grupos de tres o cuatro y llévalos a la otra orilla.

—¿Cuántos hombres en total?

—Por lo menos treinta.

—¿Y a los centinelas?

—Redúcelos, pero sin hacer ruido.

—¿Qué pretendes hacer? Nos quedaremos desguarnecidos.

Gresbeck sigue mi dedo sobre el pergamino.

—El monasterio es inexpugnable. Pero el cementerio no.

Gresbeck frunce el ceño:

—Es una plaza de armas, Gert, y hay también un cañón.

—Pero puede llegarse a él fácilmente y está fuera de tiro del monasterio. —De nuevo a Redeker—: Acercaos lo más posible; están atrincherados dentro y no vigilarán el muro exterior. Pero daos prisa, pues dentro de una hora como mucho amanecerá.

Un guiño de inteligencia con Kibbenbrock:

—Vamos.

Mientras nos encaminamos hacia el límite de la plaza, nos llega la voz de Rothmann a nuestras espaldas: —¡Hermanos!

Recortado contra la luz de la antorcha, alto, muy pálido, el aliento que se pierde en medio del intenso frío nocturno: podría ser Aarón. O el mismo Moisés.

—Que el Padre acompañe vuestros pasos… y vele por todos vosotros.

Poco más allá de nuestra barricada nos cruzamos con Karl, que viene a la carrera, los pies congelados, con un jadeo que casi le impide hablar: —¡Capitán! Dicen que podéis ir… que no abrirán fuego.

—¿Has entregado los anillos?

—Al burgomaestre en persona, capitán.

Una palmada en la espalda:

—Bien. Ahora corre a calentarte al fuego, por esta noche has cumplido con tu obligación.

Proseguimos. Überwasser se recorta como una negra fortaleza sobre el Aa. La iglesia de Nuestra Señora está junto al monasterio: nuestras rondas han oído durante una hora,

provenientes de la torre del campanario, los tremendos alaridos de Knipperdolling, hasta que se ha quedado sin voz.

Ahora solo silencio y el leve discurrir del río.

Kibbenbrock y yo avanzamos uno al lado del otro, con una sábana blanca tendida en medio.

El crujir del portal que se entreabre y una voz alarmada:

—¡Alto ahí! ¿Quiénes sois?

—Kibbenbrock, representante del gremio de tejedores.

—¿Has venido a hacerle compañía a tu socio? ¿Quién es ese que está contigo?

—El herrero Swedartho, portavoz de los baptistas de Münster. Queremos hablar con el burgomaestre Judefeldt y con el consejero Wördemann, sus mujeres les mandan recuerdos.

Esperamos, el tiempo no pasa.

Luego otra voz:

—Soy Judefeldt, hablad.

—Sabemos que has dejado entrar en la ciudad a la avanzadilla del obispo. Tenemos que hablar. Salid tú y Wördemann, al cementerio. —Ninguna inútil condescendencia—. Y recuerda que si no volvemos al campamento dentro de media hora, los trabajadores de San Gil poseerán a tu mujer, por delante y por detrás, ¡y así tal vez tu señora te dé por fin el varón que tanto deseas!

Un silencio glacial.

Luego:

—De acuerdo. En el cementerio. Los hombres no abrirán fuego contra vosotros.

Damos la vuelta al convento: el cementerio donde descansan por lo menos tres generaciones de monjas está rodeado por tres lados de agua y cerrado al fondo por un muro bajo de piedra; entre las cruces de madera se levanta un campamento. Una veintena de caballos atados al muro que da frente al monasterio nos dicen que las rondas acaban de dar el parte. Hay un pequeño cañón que asoma detrás de un cúmulo de sacos terreros, defendido por tres luteranos, otros dos con los arcabuces están a la entrada y nos siguen con cautela. Los caballeros de Von Waldeck sacan brillo a sus espadas en su vivaque en torno a los fuegos, miradas asesinas y la superioridad pintada en el rostro: los asuntos de estos burgueses no nos incumben.

El burgomaestre y el hombre más rico de Münster vienen a nuestro encuentro, antorchas en mano, una docena de hombres armados a sus espaldas.

Lo pongo en guardia:

—Mantén a distancia a tus esbirros, Wördemann, o tu señora podría decidir que el pájaro de Rothmann es verdaderamente mejor que el tuyo…

El mercader, seco y de fiera mirada, sufre un sobresalto y me escruta con cara de

desagrado: —Anabaptista, tu predicador no es más que un rebelde bufón.

Judefeldt le hace señas de que se calle:

—¿Qué es lo que queréis?

No lleva gorra, el pelo revuelto de la noche pasada en blanco, la mano que suda nerviosa sobre el estilete que lleva al cinto.

Dejo que sea Kibbenbrock quien hable:

—Estás a punto de cometer la estupidez de tu vida, Judefeldt. Una estupidez de la que te arrepentirás para el resto de tus días. No des un paso más mientras estés aún a tiempo. Al amanecer las tropas de Von Waldeck tomarán posesión de la ciudad, recobrará el dominio…

El burgomaestre lo interrumpe irritado:

—El obispo me ha asegurado que no tocará los privilegios municipales, tengo un documento escrito de su puño y letra…

—¡Tonterías! —le espeta Kibbenbrock—. ¡Cuando recobre el poder podrá limpiarse el trasero con tus privilegios municipales! ¿Quién podrá decirle nada cuando sea de nuevo dueño y señor de Münster? Razona, Judefeldt. Y también tú, Wördemann; haz si no tus cálculos: ¿qué provecho van a reportar a tus negocios las gabelas del obispo? La producción de los conventos volverá a desbancar a la tuya, y los franciscanos se enriquecerán mientras tú le pagas los tributos a Von Waldeck. Piénsalo. El obispo es un hijo de puta que se las sabe todas, prometer no le cuesta nada, los papistas estás acostumbrados a estos subterfugios mejor que yo.

Kibbenbrock ha levantado demasiado la voz. Un crujido de corazas y espuelas nos advierte del acercamiento de los caballeros, las antorchas iluminan la cuidada barba y los guantes de cuero de Dietrich von Merfeld de Wolbeck, hermano de la abadesa de Überwasser, y brazo derecho del obispo. A su lado, Melchior von Büren: probablemente está aquí porque espera ajustar personalmente las cuentas con Redeker.

Judefeldt se anticipa a toda pregunta:

—Señores, son baptistas, están aquí para parlamentar. Hemos prometido no hacerles ningún daño.

Dietrich Bigotesarriba sonríe burlonamente, asombrado:

—¿Qué sucede, Judefeldt, aún tratas con estos miserables? Dentro de una hora, no quedará de ellos más que un montón de huesos. Son muertos vivientes, no les hagas caso.

—El señor Von Merfeld no se equivoca —intervengo—. De todos los combatientes de esta noche, los únicos que no tienen nada que perder somos nosotros. La entrada del obispo en la ciudad solo puede significar para nosotros una muerte segura. Por tanto, no os quepa duda de que lucharemos y venderemos cara nuestra piel, la ciudad tendrá que ser tomada palmo a palmo.

Von Büren resopla:

—Sois unos conejos, no resistiréis ni lo que dura un bostezo de Su Señoría. Unos rateros y ladrones callejeros es lo que sois.

Kibbenbrock sonríe y sacude la cabeza para atraer la atención nerviosa de los dos mercaderes: —Teméis tanto perder vuestro poder que habéis tomado a los vasallos de Von Waldeck en vuestra casa por miedo a nuestros cuatro arcabuces. ¿Sabes lo que te digo, Judefeldt? Que Von Waldeck sabía esto desde el principio. Sabía que podía aprovecharse de la desunión entre vosotros y nosotros, que podía dividir la ciudad en dos.

La frente alta del burgomaestre es un reproducirse de arrugas, los ojos se desplazan del rostro de Wördemann, más negro que nunca, a los míos y a los de Kibbenbrock, que no le da tregua: —Todo esto no es más que un maldito lío, ¿no te das cuenta? Desde el principio el obispo ha hecho un doble juego, tranquilizándoos a vosotros para contar con apoyo dentro de la ciudad, alguien que le abriera las puertas en el momento preciso, y una vez dentro se acordará de pronto de que sois luteranos, rebeldes como nosotros a la autoridad del Papa. —Una pausa, el tiempo de que tomen conciencia de ello, luego añade—: Ya puedes olvidarte de tus libertades municipales: después de nosotros, os llegará el turno a vosotros en el patíbulo. Piénsalo, Judefeldt. Piénsalo bien.

Los dos burgueses están inmóviles, la mirada en Kibbenbrock y luego alrededor, buscando a un invisible consejero.

Von Merfeld, incrédulo:

—Judefeldt, ¿no querrás hacerles caso a estos dos miserables? ¿No ves que están tratando de salvar su vida, que están ya desesperados? Cuando Su Señoría haya llegado lo arreglaremos todo, existe un acuerdo entre nosotros, recuérdalo.

De nuevo silencio.

Escucho el latido del corazón, que marca el ritmo del transcurrir del tiempo.

Wördemann reza mentalmente el rosario de la contabilidad.

Judefeldt piensa en la mujer.

Judefeldt piensa en el ejército del obispo.

Judefeldt piensa en sus cuarenta hombres encerrados a cal y canto en el convento.

Piensa en los bigotes ridículos de Von Merfeld.

Piensa en la cerda de su hermana la abadesa, que sí, que siempre se ha sabido que era la espía del obispo en la ciudad.

Piensa en las guirnaldas en las casas de los católicos…

Alargo el brazo:

—Hemos venido desarmados. Interrumpamos nuestras hostilidades y defendamos juntos nuestra ciudad. ¿Qué coño tienen que ver en esto los nobles? Münster somos nosotros, no los papistas, ni los episcopales.

Von Merfeld espeta:

—¡Por Dios, no podéis dejaros convencer así por dos simples patanes sueltos de lengua!

Judefeldt suspira y tritura imaginariamente una serpiente en el puño:

—No son ellos los que vayan a convencerme, señor de Wolbeck. Vosotros no nos traéis más que promesas.

—¡La palabra de Su Señoría Franz von Waldeck!

—Pero estos… patanes, como los llamáis, ofrecen la paz sin necesidad de ningún ejército mercenario en la ciudad; es una propuesta que debo tener en cuenta.

Von Merfeld impreca:

—Pero ¿es que vais a creer a estas jetas de mierda?

—Yo soy aún el burgomaestre de esta ciudad. Tengo que pensar en el interés de sus habitantes. Sabemos que los católicos han recibido órdenes de colgar guirnaldas en las puertas de las casas. ¿Por qué, señor? ¿Podríais explicármelo? ¿Acaso es para que los mercenarios del obispo puedan reconocer qué casas librar del saqueo? No eran estos nuestros acuerdos…

Von Merfeld se queda de piedra, un matachín luterano le está acusando abiertamente, pero es Von Büren el primero en saltar: —¡Si es así, conozco un modo de tratar a quienes vuelven la casaca!

Desenvaina la espada y la apunta a la garganta del burgomaestre.

Los luteranos reaccionan, pero basta una señal de Von Merfeld para que los caballeros se pongan en pie: veinte caballeros armados hasta los dientes y adiestrados para combatir contra una docena de burgueses atemorizados. En un choque directo no lo contarían.

Von Merfeld me dirige una sonrisa burlona de triunfo.

Un horrible alarido la apaga, como el chillido de un ave rapaz, desde la pared del fondo del cementerio; un grito que hiela la sangre y que eriza la piel de los brazos sube por el espinazo como una araña: —¡Detente, cerdo!

Unas largas sombras de espectros avanzan por entre las tumbas, el ejército de los muertos que se despiertan. Alguien se deja caer de rodillas para rezar.

—¡Te hablo a ti, cerdo!

Macabro a través del campamento, surge de la noche, a la luz de las antorchas, el ejército de las sombras, treinta fantasmas apuntando con ballestas y arcabuces, con su capitán a la cabeza. Este se acerca, dos pistolas más grandes que él, las alas del ángel de la muerte: —Von Büren, hijo de la gran puta. —Se para, escupe al suelo y bisbisea—: He venido para devorarte el corazón.

El caballero palidece, la espada vacila.

El ángel de las tinieblas Redeker avanza hasta escasos pasos de nosotros:

—¿Todo bien, Gert?

—Justo a tiempo. La situación puede decirse que se ha invertido, ahora os toca a vosotros decidir, señores. O resolvemos enseguida nuestras cuentas en el campo de batalla, o volvéis a montar a caballo y os vais por donde habéis venido.

Los bigotes permanecen atentos, Von Büren ha dado ya su voto bajando la espada, Judefeldt puede respirar por fin.

Somos el doble que ellos y encima más resueltos. No tenemos nada que perder, y Von Merfeld lo sabe.

Un chasquido y una imprecación en voz baja, una última mirada de desprecio al burgomaestre, se da media vuelta y se reúne con sus hombres con gran tintineo de espuelas.

Redeker apoya el cañón en el pecho de Von Büren, que cierra los ojos y espera petrificado el disparo. Una mano experta le desata la bolsa del cinturón: —Lárgate, bastardo. Vuelve a lamerle el culo a tu obispo.

El sol asoma opaco por detrás de San Lamberto, mientras regresamos a la plaza del Mercado. Los caballeros están abandonando la ciudad escoltados por los hombres de Redeker y por los luteranos al mismo tiempo: alguno jura haber visto a Von Büren llorar de rabia mientras cruzaba la puerta de la ciudad.

Las señoras de Judefeldt y de Wördemann se han reunido con sus maridos y Knipperdolling camina a nuestro lado junto con el consejero Palken y su hijo, un hilo de voz ronca, un ojo morado, pero de muy buen humor, como si paseara despreocupado en busca de una taberna.

En el campamento somos recibidos por un grito de exultación, los arcabuces disparan al aire, un bosque de manos se alza por encima de las cabezas, las mujeres nos besan, veo a gente que se desviste, Jan de Leiden es llevado en triunfo por un grupo de muchachas como si la sola fuerza de sus palabras hubiera sido capaz de derrotar al infortunio. La gente derriba las barricadas y se desparrama por las calles, esas mismas calles que durante una noche entera se han visto recorridas por la más grande amenaza. Las ventanas se abren, mujeres, niños y ancianos bajan a la calle, a pesar del intenso frío, a pesar de que el amanecer comienza apenas a disipar las tinieblas.

Knipperdolling pone cerveza para todos.

Rothmann viene a mi encuentro satisfecho, con cara de cansado pero sonriente: —Nos hemos salido con la nuestra. Te había dicho que el Señor nos protegería.

—Sí, el Señor y los arcabuces —sonrío yo—. ¿Y ahora?

—¿Cómo?

—Y ahora ¿qué hacemos?

La respuesta en la voz de Gresbeck, ennegrecido por el humo de las antorchas, arrugado y sucio, la cicatriz blanca en una ceja parece haberse agigantado en medio de

aquel rostro oscuro.

—Ahora démonos un respiro, capitán Gert del Pozo.

Me sonríe, le estrecho la mano al tiempo que le doy las gracias.

Knipperdolling está escuchando el parte de una de las rondas, con aire de preocupación, se inclina hacia nosotros: —Gert, la que nos faltaba…

—¿Qué coño ha sucedido ahora?

—Von Waldeck ha lanzado contra nosotros a los campesinos de sus tierras. Vienen hacia aquí, tres mil, dicen; quieren arreglar las cosas en la ciudad de una vez por todas.

Capítulo 30

Münster, Carnaval de 1534

El meadero de la guerra es la bodega.

Si la sangre de los hombres es la que riega su cuerpo corrupto, sin duda la orina que inunda su campo es la cerveza.

Cerveza que hincha el estómago de los varones guerreros, atenúa el miedo antes del combate, exalta la embriaguez después de la victoria. Meados que enriquecen de forma increíble a los cuidadores de la letrina. No menos importante que la sangre y el valor derrochados para decidir la suerte de una batalla.

Méate encima de tu enemigo antes de golpearlo, pues podría despertarse, aplacar su ira, disipar esa niebla que envuelve el ansia de sangre. Podría considerar absurda la suerte que está a punto de infligir, o tocarle. Y retirarse.

Han llegado rabiosos como perros y se han marchado borrachos perdidos.

Veinte barriles de cerveza, toda la reserva de la bodega municipal. Obsequio de la ciudadanía de Münster a los hermanos del condado, con mucha delegación en gran pompa para recibirlos en la Judefeldertor.

El rencor obtuso de los tres mil campesinos se ha disuelto al tiempo que la espuma.

El último peligro superado transforma los festejos en una bacanal, rica en momentos grotescos.

Acude a la plaza del Mercado un grupo de mujeres desmelenadas, medio desvestidas, o incluso desnudas. Se dejan caer en el suelo adoptando la forma de un crucifijo, se revuelcan en el fango, lloran, ríen y se dan golpes de pecho invocando al Padre celestial.

Ven chorrear la sangre del cielo.

Ven fuegos negros.

Ven a un hombre coronado de oro montado en un caballo blanco que empuña la espada destinada a los impíos galopar por el cielo.

Llaman con grandes voces al rey de Sión, pero el único que podría contentarlas con su presencia en escena está quitándose la calentura en alguna taberna.

La gente ríe y se divierte, dejándose cautivar como por una actuación de Jan el leidiano. Pero no el herrero Adrianson, harto de tanto grito histérico, que empuña el arcabuz y de un disparo derriba la veleta del tejado de una casa. Cae con espantoso estrépito. La escena se interrumpe al instante. Las mujeres vuelven en sí como despertadas de una pesadilla. Adrianson se gana los aplausos de los presentes.

En los días siguientes se hace cada vez más claro que Von Waldeck no va a conseguir volver a la ciudad.

Muchos católicos lían los bártulos.

La relación de fuerzas está totalmente a nuestro favor, y ni siquiera los luteranos pueden mostrarse hostiles con nosotros: el burgomaestre Tilbeck, como buen oportunista que es, se ha hecho incluso bautizar por Rothmann, confiando acaso en ser reelegido. Judefeldt nos ha recibido en el Ayuntamiento y no ha podido sino tomar nota de nuestra decisión de hacer votar a todos los cabezas de familia en las próximas elecciones, sin distinción de riqueza. Era un plato indigesto para él, pero un rechazo por su parte lo hubiera hecho más todavía, la ciudadanía está totalmente con nosotros. Knipperdolling y Kibbenbrock son candidatos.

Está claro ahora que los ricos mercaderes ya no tendrán en un puño a la ciudad.

Muchos luteranos lían los bártulos.

Recogen sus objetos de oro, el dinero, las joyas, los objetos de plata de casa, hasta los embutidos más exquisitos. Pero hay que pasar la inspección del capellán Sündermann, incansable centinela de la plaza del Mercado en los días de nuestra victoria. Wördemann el Rico, atrapado en la Frauentor, es obligado pistola en la cabeza a cagar los cuatro anillos que se ha metido en el culo, mientras su guapa señora sufre un palpamiento indecoroso y sus servidores no consiguen contener las carcajadas.

Las protestas femeninas llevan a apartar a Sündermann de sus funciones: quien quiera marcharse puede hacerlo libremente. Y esta es precisamente la idea del noble Johann von der Recke, solo que su mujer y su hija son del parecer de que quien quiera quedarse puede hacerlo no menos libremente y corren volando a los brazos del gentil Rothmann, que las recibe en su casa. Cuando el necio carcamal va a buscarlas no recibe sino insultos: descubre que ya no es ni padre ni marido, que no puede hacer uso del bastón con las mujeres de su casa, ni dictar ley a su antojo y que más le vale olvidarse de que tiene mujer e hija e irse a tomar por culo lo más lejos posible. Mientras abandona la ciudad los

comentarios sobre el papelón que ha hecho han corrido ya entre el mujerío de Münster: Von der Recke escapa bajo una lluvia de objetos de toda clase.

Adrianson descerraja la cerradura con los enseres del oficio. Entramos. Una gran sala, mobiliario lujoso y alfombras. Sus legítimos propietarios ni siquiera han apagado las brasas de la chimenea antes de irse. Uno de los hermanos Brundt reanima el rescoldo. La escalera lleva al piso superior. Una alcoba, una habitación más pequeña. En el centro una tina de madera, el aguamanil y el bacín en un rincón. Sales de baño y todo lo preciso para el cuidado personal de una ricahembra.

Adrianson aparece en la puerta, con aire interrogativo.

Asiento:

—Me gusta. Pon a calentar agua.

Me desvisto, alejo de una patada la camisa y el jubón, un único fardo negro maloliente. Fuera primero las calzas. Quemarlas. En un gran armario encuentro ropa limpia, de elegante tela. Me sentará muy bien.

Adrianson vierte los dos primeros cubos humeantes en la tina, lanzándome una mirada insegura. Sale sacudiendo la cabeza.

Llega un coro de la calle.

Llegaron pavoneándose y victoriosos,
cuando se habían ido mustios y llorosos,

aquella noche dentro del cementerio
se encontraron con un fantasma negro.

Al burgomaestre la guapa mujer le birló,
al cerdo del obispo las ganas quitó,
esto pasa si a Gert del Pozo encuentras,
le pisas un pie, él te arregla las cuentas.

—Pero ¿los oyes? —Knipperdolling irrumpe carcajeándose—. ¡Te adoran! ¡Los has conquistado! Ven, ven a ver.

Me lleva a la ventana. Una treintena de fanáticos, que se muestran simultáneamente exultantes tan pronto como ponen los ojos en mí.

—Apareces ya en sus canciones. Todo Münster te aclama.

Se asoma, me pone una mano en el hombro. Grita a los de abajo: —¡Viva el capitán Gert del Pozo!

—¡Viva!

—¡Viva el libertador de Münster!

Río y me echo atrás. Knipperdolling me retiene y exclama: —¡Con vosotros hemos liberado Münster, y con vosotros haremos de ella el orgullo de la cristiandad! ¡Viva el capitán Gert del Pozo! ¡Toda la cerveza de la ciudad no será nunca suficiente para brindar a su salud!

Vocerío, gritos, lanzamiento de objetos, Knipperdolling, bardaje, izaremos tu panza en lo alto del Ayuntamiento, carcajadas, jarras alzadas al cielo…

Knipperdolling cierra la ventana saludando con grandes aspavientos.

—Ganaremos. Ganaremos las elecciones, basta con una palabra tuya y no tendremos rival.

Señalo la ciudad más allá del cristal:

—Es más fácil expulsar al tirano que estar a la altura de sus esperanzas. Tal vez lo difícil viene ahora.

Me mira perplejo, luego espeta:

—¡No seas malasombra! Cuando hayamos ganado las elecciones decidiremos cómo administrar esta ciudad. Ahora disfruta de la gloria.

—La gloria me espera en una tina de agua humeante.

Capítulo 31

Münster, 24 de febrero de 1534

La marea ha subido hasta este día crucial. Ayer Redeker arengó al pueblo en la plaza del Ayuntamiento: como resultado veinticuatro de ellos han sido elegidos para el Consejo. Herreros, tejedores, carpinteros, obreros, hasta un panadero y un zapatero remendón. Los nuevos representantes de la ciudad cubren todo el espectro de oficios menores, la escoria humana en cuyas manos nunca se podía imaginar uno que fueran a poner la suerte de este mundo.

La noche ha pasado en medio de festejos y danzas carnavalescas, y esta mañana han sido despachadas las últimas formalidades: Knipperdolling y Kibbenbrock son los nuevos burgomaestres. El Carnaval puede empezar.

Los primeros en comenzar son los mendigos de Münster, que entran en la catedral y como verdaderos últimos que son se toman un anticipo a cuenta de lo que ha de corresponderles en el reino de los cielos: desaparece todo el oro, los candelabros, los brocados de las estatuas y el óbolo para los pobres pasa directamente a las manos de los interesados, sin que los sacerdotes puedan sisar nada. Cuando Bernhard Mumme, hilandero y cardador, se encuentra frente al reloj que durante años ha marcado el tiempo de sus sudores, hacha en mano, no se lo piensa dos veces y hace saltar todos aquellos artilugios infernales. Entretanto sus colegas hacen sus necesidades en la biblioteca capitular, dejan recuerdos malolientes en los libracos litúrgicos del obispo, los retablos del altar son abatidos y, a fin de que puedan servir de estímulo a los estreñidos, se construye con ellos una letrina pública junto al Aa. El baptisterio es demolido a mazazos, juntamente con el órgano de tubos. La gente se entrega a una desenfrenada francachela bajo las bóvedas, se

prepara un banquete sobre el altar, por fin se come hasta el hartazgo, por fin se jode, contra las columnas de la nave, en el suelo, el espíritu liberado de toda atadura, todos meándose sobre las losas sepulcrales de los señores de Münster, sobre aquellos nobilísimos esqueletos que yacen justo debajo del pavimento. Y después de haber abonado a voluntad aquellos restos mortales aristocráticos, todos a lavarse el culo en la pila bautismal.

Llorad, santos, mesaos las barbas, pues vuestro culto ha llegado a su fin. Llorad, señores de Münster, vosotros que con la devoción del oro rodeáis el pesebre de Cristo: vuestra época ha entrado en el ocaso. Nada de cuanto durante siglos ha representado el poder nefando de los curas y de los señores debe permanecer en pie.

Las demás iglesias sufren el mismo tipo de visitas, tropeles de pobres miserables cargados de botín andan por los caminos, regalan las vestiduras de misa a las rameras, prenden fuego a los documentos de propiedad que se han llevado de las parroquias.

Toda la ciudad está de fiesta, las procesiones carnavalescas recorren las calles en carros. Tile Bussenschute vestido de fraile atado a un arado. La puta más famosa de Münster llevada por todo el cementerio de Überwasser con acompañamiento de salmos, ondear de estandartes sagrados y repicar de campanas.

—¿Sois vos Gert Boekbinder? —Un asentimiento distraído—. Me manda Jan Matthys. Os informa de que estará en la ciudad antes de la puesta del sol.

Aparto los ojos del tablado. Un rostro joven.

—¿Eh?

—Jan Matthys. ¿No sois uno de sus apóstoles?

Busco en los ojos el brillo alegre de la broma, pero en vano:

—¿Cuándo has dicho que llegará?

—Antes de que oscurezca. Hemos hecho noche a diez leguas de aquí. Yo he partido de madrugada.

Lo aferro por un hombro:

—Vamos.

Nos abrimos paso con los brazos entre el gentío. El espectáculo ha reunido a mucha gente: está en escena el mejor imitador de Von Waldeck de todo Münster. Cada plaza tiene su atracción en el día de hoy: música y danza, cerveza y lechón, juegos de destreza, parodias del mundo al revés, representaciones bíblicas.

Mi joven amigo se deja distraer por un par de tetas exhibidas con descaro en un rincón de la calle.

—Ven, ánimo. Te presentaré a otro de los apóstoles.

Ahora hay necesidad de él. Beuckelssen es el único que puede improvisar algo en un

momento así. Si no recuerdo mal está actuando delante de la iglesia de San Pedro.

Un cortejo de Carnaval viene a nuestro encuentro y nos aplasta contra las paredes de las casas. Abren su marcha tres hombres con un asnillo a cuestas. Detrás viene un carro, tirado por una decena de reyes. En el centro figura un arbolito con las raíces en alto, en una tina un hombre desnudo se ensucia con barro. En una esquina el Papa ora en actitud de recogimiento.

—¡Muera Sansón con todos los filisteos!

La voz de Jan llega hasta nosotros de lejos, da lo mejor de sí mismo: se la oye como vibrando en el esfuerzo sobrehumano de demoler las columnas del templo de Tiro. El entusiasmo de los espectadores no es menor.

Subo al tablado al lado del Santo Rufián y el estallido de los aplausos se detiene casi de golpe. Una sensación de expectativa, un rebullir de voces que se aplacan.

Al oído:

—Matthys estará aquí antes de la puesta del sol. ¿Qué hacemos?

—¿Matthys?

Jan de Leiden no sabe hablar en voz baja. El nombre del profeta de Haarlem es como una piedra lanzada en el estanque vociferante que hay debajo de nosotros. Las ondas se van ensanchando rápidamente.

—Esta noche tenía que celebrarse el banquete de fiestas a cargo de los consejeros, el reparto de las pellizas y todo lo demás… —Una caricia en la barba—: Tranquilo, amigo Gert, ya pensaré yo en ello. Tú ve a avisar también a los demás, si es que aún no lo has hecho. Knipperdolling estará entusiasmado de poder conocer al gran Jan Matthys.

Asiento, de nuevo indeciso. Al dejarlo en el escenario, casi una súplica:

—Jan, por favor, nada de tonterías…

Por la noche se levanta un viento que dejaría helados a los mismos lobos. Las ráfagas llegan cargadas de una nevisca gélida y cortante. Las calles se blanquean.

El rumor de que Matthys está ya aquí ha llegado a todos los oídos de la ciudad. En torno al Aegiditor, por la calle que lleva a la catedral, algunos han ocupado ya sitio desde hace rato. Las antorchas se encienden a medida que la luz se disipa.

—¡Sí, es él! ¡Sí, Enoc!

Kibbenbrock y la mitad del Consejo, de un lado; Knipperdolling y la otra mitad, del otro, empujan por fuera los pesados batientes. El chirriar de los goznes es una señal. Los cuellos se alargan hacia la puerta. La escasa luz que ha quedado de este día penetra primero como una hoja, luego lentamente se expande hasta llenar la arcada entera.

Jan Matthys es una sombra oscura, erguida, el bastón en la mano. Avanza a paso lento,

sin una mirada para la multitud. Los dos nuevos burgomaestres, junto con todo el Consejo, caminan detrás de él, a corta distancia, las antorchas en alto sobre la cabeza. Un canto quedo los acompaña.

Observo mejor: en la nieve que continúa posándose sobre el empedrado en copos cada vez más grandes, los pies del Profeta Panadero están descalzos, desnudos. En la mano no sostiene un simple bastón, sino un aventador: la pala usada por los campesinos para separar el grano de la paja.

Mientras Matthys avanza los dos bandos encendidos de entusiasmo de la calle se cierran tras él y el cortejo se engrosa. Jan de Haarlem se para, agarra el aventador con las dos manos, lo levanta apuntando al cielo. Los cantos cesan de golpe.

—¡Dios está a punto de barrer su era! —grita, primero solo y luego acompañado del rugido de centenares de voces. La larga pala agita la nieve con brazadas furiosas.

—¡Dios está a punto de barrer su era!

Le hace eco la voz de la multitud, que informa a los recién llegados:

—¡El profeta, el profeta está aquí!

—¡Ha llegado!

—¡Jan Matthys, el gran Jan Matthys está en Münster!

Avanza, la gente se agolpa hacia la plaza central. Todos quieren ver al mensajero de Dios, alto, enjuto, negro, barbudo, descalzo.

Ahí está.

He aquí a Enoc.

Se detiene, el asomo tal vez de una sonrisa, tal vez.

Beuckelssen se para delante de él con los brazos abiertos:

—Maestro. Hermano. Padre. Madre. Amigo. Un ángel me ha dicho que llegarías hoy. El ángel que he visto entrar a tu lado y que ahora revolotea sobre tu cabeza. Hoy, no ayer, ni mañana. Hoy, que la victoria es nuestra y los enemigos están derrotados. Ángel de Dios. Cuánto te amo.

Matthys se acerca a él y le suelta un puñetazo en una mejilla que lo manda al suelo. Todos se quedan helados. Se levanta de nuevo. Sonríe. Los dos Jan se abrazan estrechamente como si quisieran triturarse, se quedan así en aquel doble apretón, tambaleándose un buen rato. Beuckelssen llora de alegría.

Me acerco, busco la mirada:

—Bienvenido a Münster, hermano Jan.

Me abraza también a mí, muy fuerte, me deja sin respiración. Le oigo murmurar conmovido:

—Mis apóstoles, mis hijos…

Los ojos son antorchas negras, los mismos que mil meses atrás me confiaron una

misión. Pero hay algo, como un malestar extraño: no caigo en la cuenta hasta ahora de que no había vuelto a pensar en Matthys desde que llegamos aquí. Los acontecimientos me han trastornado. La lucha y el peligro que esta gente ha vivido le son ajenos. Lo hemos hecho todo por nuestra cuenta, pero ahora él está aquí y recuerdo que vinimos en su nombre, con su palabra en la boca. Münster nos ha chupado las energías, nos ha hecho combatir, empuñar las armas, arriesgar la vida. ¿Cómo puedo explicártelo, Jan, cómo? Tú no estabas.

Me quedo callado. Lo miro subir al palco de los espectadores, levantado al amparo de la catedral. Los hachones dibujan su sombra alargada en la fachada de la iglesia, un demonio danzante que hace gestos de mofa a la gente allí reunida. La nieve intercepta la luz, remolinea sobre las cabezas: un escalofrío en el cuerpo.

Altísimo y flaco como no lo recordaba, pasa revista a los rostros, como si quisiera recordar los rasgos, uno por uno, los nombres.

Se ha hecho un silencio irreal. Las miradas dirigidas todas a él, desde debajo de los hachones, la respiración de cientos de hombres y mujeres, suspensa sobre la plaza, junto con las vidas también.

La voz es un gorgoteo profundo, que parece salir de una cavidad de la tierra.

—No a mí. No a mí. No me adoras a mí, progenie festiva de elegidos. No a mí. El fuego de esta noche arde en los altares, consume las estatuas, arde en el infierno con todo lo que existía. Y no existirá nunca más. El viejo mundo se consume cual pergamino en el fuego. El mundo, el cielo, la tierra, la noche. El tiempo. No existirá nunca más. No me elevas a mí a la gloria de la eternidad. No a mí. La palabra no conoce el pasado, el futuro. El Verbo es solo el ahora. Es carne viva. Todo lo que sabías, el conocimiento, el caduco buen sentido del mundo que existía. Todo. Es ceniza. No me conduzcas a la victoria. No me entregues a este día de gloria. No me defiendas con el puño apretado contra tu enemigo. No soy yo el caudillo de esta guerra. Ni tampoco esta boca, estos huesos corroídos por la pasión. No. Tu Señor. Al que desde siempre te han obligado a adorar en las iglesias, en los altares, postrado de hinojos delante de las estatuas. Está aquí. Dios es esta sangre, estas caras, esta noche. Su gloria no es flor de un día, no dura la fiesta de una estación, sino que quiere la eternidad. La hace suya mediante el hierro, tritura, hunde, aplasta. Allí fuera, allende las murallas, el mundo se ha acabado ya. He atravesado la nada para llegar hasta aquí. Y los campos se hundían tras los pasos, los ríos se secaban, los árboles caían y la nieve descendía como una lluvia de fuego. Y de sangre. Un mar discurría detrás. Un océano que subía, una oleada de ira. Cuatro caballeros galopaban a mi lado, caras de muerte, pestilencia, hambruna, guerra. Ciudad, castillos, aldeas, montañas. No queda ya nada. Dios se ha detenido solamente delante de estos muros, para pedirte el alma, el brazo y la vida. Y ahora te anuncia que la Escritura está muerta y que en tus carnes grabará la nueva palabra,

escribirá el último testamento del mundo y lo quemará en el fuego. Tú, Babilonia de lodo y meretricio. Tú, la última en la tierra. Tú eres la primera. Todo comienza a partir de aquí. De estas torres. De esta plaza. Olvida tu nombre, a tu gente, a tus impíos mercaderes, a tus sacerdotes idólatras. Olvida. Pues el pasado es de los muertos. Hoy tienes un nombre nuevo y ese nombre es Jerusalén. Hoy eres conducida a la batalla por Aquel que te llama. Por medio de tu mano su hacha edificará el Reino, paso a paso, ladrillo a ladrillo, cabeza a cabeza. Hasta el cielo. Escoria de los humildes, de los despreciados de una era remota, combatirás sin temer ningún daño, milicia de Dios en el reino por venir. Pues tu caudillo es el Señor.

Tiemblo. Un instante detenido. Suspendidos en el tiempo, la noche borra el mundo más allá de la plaza, ya nada, solo nosotros, aquí, reunidos en un solo respirar. Compacto, en el terror de las palabras, el ejército de la Luz. Sus ojos recorren las filas, enrolándonos uno tras otro. Temor y orgullo, y también certeza, porque solo esas palabras pueden ahuyentar el miedo. Estar a la altura de su cometido.

Tiemblo. Queríamos la ciudad. Nos ha puesto delante el Reino. Queríamos el Carnaval de la libertad. Nos ha obsequiado con el Apocalipsis.

Dios mío, Jan. Dios mío…

Capítulo 32

Münster, 27 de febrero de 1534

¿Son gélidas las llamas del infierno? ¿Hay que esperar semidesnudos, hambrientos, uno detrás de otro, mudos, la hora en que Cerbero nos arroje por la puerta al hielo eterno de la impiedad?

La era tiene que ser barrida.

¿Qué infamia, que no pueda ser borrada, estigmatiza a estos chiquillos bañados en lágrimas, estrechamente apretados a madres deshonradas, a viejos aterrorizados que se mean en sus propios harapos? ¿Quién les explicará por qué fueron arrojados del Edén?

Cabeza sobre cabeza, ha sentenciado Enoc. Cabezas apiladas en las torres, en las murallas para adornar las almenas, amontonadas ordenadamente, puestas bien visibles para el obispo y el caminante, la monja y el soldado, el pío y el ladrón, y sobre todo para el ejército de las tinieblas que pronto asediará a la Nueva Jerusalén, ha ordenado el profeta.

De manera que se diría un gesto de clemencia ese «¡Idos, hombres sin Dios! ¡Y no volváis nunca más, enemigos del Padre!» gritado por Matthys bajo la tormenta.

Pasa arrastrándose despacio por el blanco manto de nieve el éxodo de los viejos creyentes. Desnudos. La mirada en el suelo, contando los pasos que quedan antes de acabar congelados. Tal vez alguno pueda esperar alcanzar Telgte, o Anmarsch. Nadie podrá conseguirlo, tal vez los adultos más fuertes, de ir solos, pero no dejarán atrás a sus mujeres, a sus hijos, a sus padres.

—No hay nada que esperar. Ahora el Padre quiere hacer justicia.

—¿Qué quieres decir?

—Deben morir.

Casi sereno mientras lo dice, seráfico, la mirada fija.

Pasan. Lloran. Sostienen barrigas embarazadas. Papistas, luteranos: el viejo mundo sepultado por la tempestad evocada por Jan Matthys. Puede leerse la señal: la voluntad de Dios.

—Está escrito, no hay nada más que saber, ¿es lo que quieres decir? Están condenados, deben morir. ¿Quieres cortarles la cabeza a todos?

—Este es el lugar elegido. Esta, la Nueva Jerusalén: no hay sitio para los no regenerados. Aún tienen la posibilidad de elegir, de convertirse. Pero están a punto de sonar los últimos toques. Que no se duerman.

—¿Y si no lo hacen?

—Serán borrados de la faz de la tierra junto a todo lo que es decrépito.

—Entonces, mándalos lejos. Deja que al menos se vayan, que se reúnan con su jodido obispo, o sus malditos amigos luteranos.

Se consuma la rendición de cuentas ante nuestros propios ojos. Hemos vencido, por tanto. Pero ¿dónde está la indecible alegría, la risa vital, el deseo de unir los cuerpos, todos los cuerpos de las mujeres comunes y de los hombres en el abandono del abrazo y en el calor de la luz?

Nuestra tarea ha concluido: el tiempo ha tocado a su fin, ya pensará el omnipotente Dios en todo lo demás. El Apocalipsis, la revelación, llega desde lo alto, nos atrapa en una pantomima trágica y terrible a la que no es posible sustraerse, a menos que se quiera renunciar a todo aquello por lo que se ha luchado, perdiendo el sentido mismo de nuestro estar aquí, desafiando al mundo.

¿Hemos vencido? ¿Por qué invade mi boca este sabor acre? ¿Por qué evito como la peste la mirada de los hermanos?

«Que sirva de admonición, de admonición para todos.»

Me parecen obscenas las invectivas de los más exaltados. Crueles los escupitajos y los puntapiés a los derrotados. No son ya los enemigos del pueblo de Münster, ni aquellos que nos han vejado durante siglos, no son ya hombres, mujeres, niños, sino criaturas deformes, monstruosas, repulsivas. Únicamente su extinción puede darnos la vida, confirmar la

palabra de Dios sobre el destino que nos espera.

¿Soy yo acaso el derrotado de todo tiempo, de toda lucha?

El Santo Juglar de Leiden recorre esa fila tocando apenas las cabezas con un pequeño bastón. La cuenta se detiene en un chiquillo, la mirada de Jan está en el cielo.

—¿Por qué? ¿Por qué un inocente? —Cae de rodillas llorando—. ¡Este no tiene culpa alguna! ¡El ángel de la luz revolotea sobre él! —Se da golpes de pecho, grita más fuerte, solloza—. ¿Por qué?

El pequeño hunde el rostro en el regazo de su madre. Ella bebe en el fondo de la desesperación, dobla las rodillas, lo abraza y lo levanta hasta el pecho entre lágrimas. Luego, en un gesto definitivo, la mujer lo aleja de sí y de su propio fin, e implora:

—Sálvalo. Tómalo contigo.

El apóstol de Matthys vuelve a levantarse, se mesa la barba y vuelto hacia el ángel anuncia:

—El Padre separa el grano de la paja. —Luego desciende la mirada sobre el chiquillo —: A partir de hoy tú serás Seariasub, «el resto que retorna», aquel que se convierte y escapa así del castigo. Ven.

Lo coge consigo, mientras la puerta engulle ya el éxodo de los condenados.

La tempestad oscurece mi vista como el más sombrío de los presagios.

El Carnaval ha terminado.

Capítulo 33

Münster, 6 de marzo de 1534

Mal asunto. Ruecher, el herrero, atado a una gran rueda de carro con unas pesadas cadenas, probablemente forjadas por él mismo, está rodeado por cuatro soldados de la guardia improvisada, como todo lo demás en estos días, y espera.

La población, con los recién llegados que aumentan de día en día, es llamada a reunirse a segunda hora, por el sumo Profeta: airado, desilusionado, triste, hecho una furia por el comportamiento de sus santos súbditos.

Ruecher, el herrero, ese grandísimo pedazo de mierda, se ha atrevido a proferir duros comentarios de censura sobre el resultado de tres días de meditación, total abandono y descenso pleno de la luz del Altísimo al interior del cuerpo mortal del Gran Matthys, que habían producido importantes decisiones.

Qué coño va a ir todo bien, dijo el herrero haciéndose eco de lo que muchos pensaban, la abolición de toda propiedad, la plena comunión de todo lo que está disponible, riqueza de nadie y para todos, por supuesto, eso ya lo habíamos pensado nosotros, y antes incluso, el fondo para los pobres, que era sacrosanto, unas reglas nuevas, pero, coño, mira que ir a nombrar a siete diáconos para la administración y el reparto de todos los recursos, para la solución de cualquier conflicto o necesidad, sin que ni uno, ni siquiera uno, haya nacido y vivido en la ciudad que fue Münster, todos holandeses, todos discípulos suyos, y coño, ha dicho, hemos arriesgado nuestras vidas por las libertades municipales, poco ha faltado para que nuestras cabezas fueran a adornar las almenas de las murallas, coño, y luego llega uno, sí, un gran profeta, todo lo que quieras, iluminado por la palabra santa, es cierto, pero qué coño, no uno, sino todos holandeses, y además tampoco estaba cuando nosotros

tomamos la ciudad, ¿así es como funciona esto?, llega uno, se lo encuentra todo hecho y a mandar, a mandar y a poner a los suyos a dar órdenes, se pone a mandar y a nosotros que nos den de nuevo por culo.

Arrestado de inmediato.

Hubert Ruecher. Herrero. Münsterita. Baptista. Héroe de las barricadas del 9 de febrero. Hubert Ruecher. Hijo de la causa. Forjador de proyectiles. Combatiente por la liberación de Münster de la tiranía del obispo.

Hubert Ruecher arrastrado cubierto de cadenas por la plaza del Mercado: un traidor, un infame, que ha planteado una duda, ha hablado en contra, ha dicho que Matthys estuvo rezando tres días para luego nombrar diáconos a sus más fieles. La comunión de todos los bienes, de acuerdo: recogerlos en esos almacenes grandes, uno por cada barrio, y repartirlos entre quienes tengan necesidad de ellos, sí, pero ¿por qué poner a la cabeza a siete holandeses? ¿Por qué? ¿Por qué excluir a los münsteritas? Una tontería, Jan, una tontería imperdonable. ¿Acaso tienes miedo? ¿Y de qué? ¿De quién? Somos todos santos, lo has dicho tú, hemos sido elegidos, somos hermanos. ¿Crees que concentrando todo el poder en tus manos vas a impedir que surja la duda en alguien? Alguien que ha luchado por liberar su ciudad y ahora, tras la elección de esos siete holandeses, puede pensar que lo ha hecho por nada, para no ser dueño siquiera de decidir en su propia casa.

Alguien como Hubert Ruecher.

Te lo han contado todo —¿acaso has mandado espías por la ciudad?—, has enviado a tus esbirros a apresarlo por la fuerza. Encadenado, ahora, echando espumarajos de rabia: una amonestación para todo el mundo. Te has vuelto loco, Jan, no es por esto por lo que han luchado.

Te veo, mientras subes imponente al tablado, ojos de hielo y barba más puntiaguda que nunca.

Te veo, mientras hablas de la falta de fe, agitando el aventador.

Te veo.

—El Señor está airado, porque alguien ha planteado la duda sobre la tarea de Su profeta.

Ese hombre ha luchado conmigo, ha obedecido mis órdenes, y ahora sé que está arrepentido de ello, que muy probablemente aborrece lo que hizo, me gustaría ver su mirada, para comprender: pero tal vez es mejor que no. Está allí, de pie y paralizado por las cadenas, aguardando que Dios le sugiera a Jan Matthys el Profeta cómo comportarse.

—El tiempo ha tocado a su fin. La elección ha sido llevada a cabo. Quien abandona la bandera del Señor revela que siempre ha estado inseguro, que ha seguido a los demás sin

haber recibido en realidad la llamada interior a las armas santas: es un enemigo. Y hoy deja infiltrar su incertidumbre entre las filas de los santos para minar nuestra victoria. Pero esta es inevitable, porque nos guía el Señor.

Eres un loco, un panadero loco e inicuo, y también yo soy un loco, porque sí, he sido yo quien te ha proporcionado todo esto.

—Si no quitamos inmediatamente al pecador de en medio del pueblo de los santos, la ira del Señor caerá sobre todos.

Espada en mano, da vueltas en torno a Ruecher, el rostro amoratado y aterrado.

El leguleyo Von der Wieck, junto con otros tres notables, objeta que en Münster nadie ha sido ajusticiado nunca sin el debido proceso, hacen falta testigos, un abogado…

Matthys da vueltas y más vueltas en silencio, sopesa aquellas palabras, continúa dando vueltas, la tensión sube hasta más allá de las cabezas, llega hasta él. Se detiene.

—El debido proceso. Testigos, un abogado. Venid para acá, entonces.

Miradas titubeantes que se cruzan, con paso inseguro llegan al tablado.

¿Qué demonios haces, Jan? Me doy cuenta de que he empuñado la pistola. Pocas cabezas más allá, Gresbeck me mira, con cara inexpresiva, impasible, la cicatriz que vibra en el entrecejo, único signo de nerviosismo.

Cuidado, Jan, estos hombres han aprendido a combatir.

—Hoy sois testigos del más grande de los acontecimientos. Testigos del nacimiento de Jerusalén: Münster ya no existe, en la ciudad de Dios Su palabra es la única ley. Y Él habla y actúa por medio de Su profeta. Vosotros sois sus testigos.

La hoja voltea en lo alto y cae sobre la garganta de Ruecher, para cercenarla de un golpe.

Espanto.

Von der Wieck, manchado por el chorro de sangre, está anonadado en el centro de la plaza, Knipperdolling y Kibbenbrock miran al suelo, Rothmann mueve los labios en oración, Gresbeck inmóvil.

Un silencio que hiela hasta los tuétanos más que el frío invernal, roto tan solo por quedas invocaciones de la voluntad de Dios: alguien se postra de rodillas.

Beuckelssen se hace dueño de la escena:

—¡Qué inmenso privilegio ofrecer la sangre que purifica al pueblo de los santos de la vergüenza de la duda! —Coge un arcabuz, avanza, acaricia ligeramente la cara de Von der Wieck para recoger la sangre de Ruecher. Se la extiende por el rostro—: A este bastardo. A este gusarapo inmundo le ha tocado el más alto de los honores. ¿Por qué? ¿Por qué a él?

Dispara en el pecho del cadáver a bocajarro, moja las manos en las heridas y bendice a la multitud con amplias salpicaduras: —¡Os bendigo en sangre y espíritu, santísimos hermanos míos!

Nadie se mueve.

Matthys abre los brazos para abarcar a todo el mundo:

—Grey de Dios, nos ha sido dada una gran lección por el Padre. Él ha desvelado la impureza, ha indagado a fondo el ansia de privilegio y de posesión que pervive aún entre nosotros, y nos ha limpiado de ella. Todavía había quien pensaba que el espíritu podía encontrarse en los mezquinos privilegios municipales de una ciudad. No. La Nueva Jerusalén es hoy un faro para todo el pueblo de los santos, que llega hasta aquí de todas partes para compartir la gloria del Altísimo. Nosotros no combatimos por el privilegio de unos pocos, sino por el reino de Dios. Y en verdad he aquí el maravilloso anuncio: yo os digo que la Pascua de este año saludará un cielo y una tierra nuevos, y será el inicio del reino de los santos. El Padre llegará y barrerá cada palmo de tierra más allá de estas murallas. En el breve espacio de tiempo que queda, no yo, no seré yo quien guarde la grey de las tentaciones del viejo mundo. El Padre dice que está bien, que quien ha sido nombrado por los hombres para esta tarea la desempeñe también en su nombre —alarga la espada a Knipperdolling—. No vaciles, hermano, es la voluntad del Padre.

El burgomaestre la coge incómodo, incrédulo, luego busca ayuda en el rostro de Mattys, que no le deja escapatoria: —No somos nada más que su instrumento.

El Profeta entona el salmo y poco a poco todos lo siguen…

Mostrose Yahvé; ha hecho justicia,
quedó preso el impío en la obra de sus manos.
¡Que se vuelvan los impíos al infierno,
todas las gentes que de Dios se olvidan!
Que no queda olvidado el indigente eternamente,
no se pierde por siempre la esperanza de los pobres.
Álzate, ¡oh Yahvé!, no triunfe el hombre;
sean juzgadas ante ti todas las gentes.

Golpes en la puerta. No me muevo. Estoy cansado, en la oscuridad. Golpes secos, repetidos.

—Gert, abre. Abre esta mierda de puerta.

Más golpes. Me levanto, lentamente. No se irá.

Abro.

Envuelto totalmente en una pesada capa oscura, de viaje, tengo a Redeker delante.

Va a partir.

Me arrellano en el sillón con la cabeza ladeada. Como poco antes de que entrara.

Como en las últimas tres horas. ¿Qué tengo que decirte ahora? El cerebro no responde. Un susurro sin convicción: —No creía que fuera a terminar así.

—¿Qué creías? Pero qué cojones dices, si lo trajisteis vosotros.

Balbuceo algo. La rabia de Redeker me corta las palabras.

—He creído en vuestro Dios, Gert, porque subía a las barricadas y se desfogaba en las tabernas, saqueaba las iglesias y espantaba a los caballeros. Creo aún, por si quieres saberlo. ¿Sabes por casualidad adónde se ha ido al salir de aquí?

El eco de las frases que resuenan en la cabeza desde la llegada de Jan de Haarlem.

—Matthys es un imbécil, Gert. Los jueces, los esbirros y el verdugo son los peores enemigos de los pobres que han luchado con nosotros. Ese hijo de perra habla del Dios de la canalla. Pero ¿quién es su Dios? También un juez, un esbirro, un verdugo.

Hace tres horas, en la plaza, la pistola apretada en la mano. Tragaba saliva y aire. Esperaba.

Eran los otros los que esperaban. A mí.

—Ese jodido loco lo ha arruinado todo. Me ha helado la sangre.

—¿Y por qué te quedas aquí parado? ¿Por qué no acabas con él, con ese hijo de puta? ¡Hazlo ahora, Gert del Pozo, a tomar por culo! Vosotros sois los santos, recuerda, yo el ladrón. He pillado lo mío. Cuando salga de aquí me largo.

Aprieto la empuñadura, las uñas clavadas en la palma de la mano. No tengo respuesta.

Una débil luz sobre un hombre que no parece de estas tierras, un ser de fiera mirada, canijo y nervioso, con unas polainas resistentes, sucias y ligeras, única protuberancia, en los pies. Intuyo el bulto de las pistolas y de la pequeña alforja, repleta, el pelo crespo y corto en su extraña barba, rala, esmerado marco hasta la perilla, afilada hoja negra que mira al suelo, los bigotes finos para dibujar el arco de unión con la barbilla, extraña geometría de mestizo, una puntiaguda arista que es mejor no encontrarse en las inseguras noches de estas landas.

Capítulo 34

Münster, una hora después

Está envejecido. Sentado en el borde de la cama, la aureola del amable predicador extinguida. El rostro macilento, agrietado por el frío. Encorvado, abandona por un momento sus pensamientos, me concede una mirada vacía, vuelve a agachar la cabeza.

—¿Qué debemos hacer?

Bernhard Rothmann se pasa las manos por la cara, cierra los ojos: —No lo echemos todo a perder. Las cosas no suceden tal como habíamos pensado, pero suceden.

—¿Qué sucede?

Un suspiro:

—Algo que no ha sucedido nunca antes: la abolición de la riqueza, la comunidad de bienes, la liberación de los últimos de este mundo…

—La sangre de Ruecher.

Sombrío, de nuevo las manos en el rostro.

—Ha acabado con la esperanza, Bernhard. Ninguna ley nueva la traerá de nuevo. Primero Dios luchaba a nuestro lado. Ahora ha vuelto a aterrorizarnos.

Rothmann continúa mirando fijamente al vacío, murmura: —Estoy rezando, hermano Gert, estoy rezando mucho…

Lo dejo solo con su angustia que le hace doblar el espinazo mientras murmura invocaciones que no encontrarán quien las escuche.

Lo que tengo que hacer.

Me paro enfrente del suntuoso portal del palacio Wördemann, adornado con placas y bulbos de bronce, refinadas tallas en la madera secular, hasta lo más alto. Es aquí, en la morada del hombre más rico de la ciudad, donde el Profeta se ha instalado.

En cuanto entro, cuatro hombres armados: caras desconocidas, gente de fuera, holandeses probablemente.

—Tengo que cachearte, hermano.

Me mira de arriba abajo, tal vez me reconoce, pero ha recibido órdenes.

Una mirada terrible:

—Soy el capitán Gert del Pozo, ¿qué coño quieres?

Intuye:

—No puedo dejar subir a nadie sin antes haberlo cacheado.

El otro guardián asiente, el arcabuz al hombro, la cara de bobalicón.

Respondo en holandés:

—Sabe quién soy.

Se encoge de hombros, incómodo:

—Jan Matthys me ha dicho que no deje entrar a nadie armado. ¿Qué le voy a hacer?

Está bien, dejo la pistola y la daga. Una segunda ojeada basta para desanimarlo, no se atreve a tocarme.

Me acompaña escaleras arriba alumbrando los peldaños con la linterna.

Lo que debo hacer.

Al final del segundo tramo de escaleras, un pasillo, otra luz atrae la mirada, llega de una habitación lateral, la puerta se encuentra abierta: está sentada, se pasa el cepillo por la luminosa cabellera, casi hasta el suelo. El gesto repetido de arriba abajo. Se vuelve: una belleza terrible, la inocencia en la mirada.

—Muévete.

La voz del guardián.

—Divara. No sabía que se la hubiera traído aquí.

—Y en realidad no existe. No la has visto, es lo mejor para todos.

Me indica el camino hasta el salón. Una chimenea gigantesca alberga el fuego que da luz a todo el ambiente.

Está sentado en un sitial imponente, descompuesto, la mirada clavada en las llamas que devoran el trashoguero. El holandés me hace una seña de que entre, se da media vuelta y se va.

Solos. Lo que debo hacer.

Mis pasos resuenan como los repiques de una campana, lúgubres, pesados.

Me paro y busco el rostro, pero su mente está en otra parte, las sombras dibujan extrañas figuras en aquella cara pálida.

—Estaba esperándote, hermano mío.

Los atizadores destacan alineados en la pared de la chimenea, como picas de guerra.

Un candelabro macizo, sobre la larga mesa de nogal.

El cuchillo que ha servido para cortar la carne de la cena.

Mis manos. Fuertes.

Lo que debo hacer.

Apenas se vuelve: una mirada sin determinación, sin amenaza.

—Los corazones impávidos aman el corazón de la noche. Es el momento en que más difícil resulta mentir, todos somos más débiles, vulnerables. Y el rojo de la sangre desaparece junto con todos los colores.

Echa una pierna sobre el brazo del asiento y deja que oscile inerte.

—Hay cargas que no es fácil llevar. Elecciones difíciles, que la tosca mente de los hombres no puede comprender fácilmente. Nos esforzamos, luchamos cada día, para comprender. Y le pedimos a Dios que nos mande una señal, un signo de conformidad con nuestras mezquinas acciones. Esto es lo que pedimos. Queremos ser tomados de la mano y guiados en esta noche oscura, hasta la luz del día que está por venir. Queremos saber que no estamos solos, que no nos equivocamos cuando levantamos el cuchillo contra Isaac. Y así esperamos ver al ángel que debería venir a detener nuestra hoja y a tranquilizarnos sobre el bien de Dios. Queremos verdaderamente que nos sea confirmada la inutilidad de nuestros gestos, que no sea más que una ridícula pantomima, sin otra finalidad que la de sentir nuestra absoluta entrega a la voluntad del Señor. Pero no es así. Dios no nos pone a prueba para solazarse con estas miserables criaturas forjadas con arcilla, para poner a prueba la devoción, no. Dios nos hace sus testigos, quiere que nos sacrifiquemos nosotros mismos, nuestro orgullo mortal que nos hace amar el ser amados, incensados, enaltecidos como profetas, santos. Capitanes. El señor no sabe qué hacer con nuestra buena fe. Con nuestra bondad. Y nos transforma en homicidas, en unos hijos de puta carentes de escrúpulos, así como convierte a los homicidas y a los rufianes a su causa.

La voz de Matthys es un murmullo que asciende hasta el techo, tocando la cabeza de nuestras alargadas sombras. Es la voz de una enfermedad mortal, de una gangrena profunda: hay algo que deja helado en esas palabras, en ese cuerpo que ahora parece extenuado, algo que provoca escalofríos a escasos pasos del fuego. Es como si supiera para qué he venido. Como si un espejo devolviera la imagen de lo que tengo en mi interior.

—A veces el peso de esa elección se vuelve insoportable. Y te entran ganas de morir, de taparte los oídos y desertar de Dios. Porque el Reino, Gert, el que llevamos soñando desde que estábamos en Holanda, ¿recuerdas?, el Reino de Dios, es una presea que solo

puedes conquistar si te ensucias las manos de lodo, de mierda y de sangre. Y eres tú quien debe hacerlo, no otro, pues sería fácil; no, tú. Representar tu papel en sus designios. —Sonríe forzadamente a los espectros—. Una vez un hombre me salvó la vida. Saltó fuera de un pozo y se enfrentó solo a aquellos que querían acabar conmigo. Cuando confié a aquel hombre una misión, venir aquí, a Münster, y preparar el advenimiento del Reino, sabía que no fracasaría. Porque este era su papel en el plan. Como el mío mantener el trono del Padre hasta el día fijado.

Lo que debo hacer.

El atizador.

El candelabro.

El cuchillo.

—¿Cuál es ese día, Jan?

He hablado, pero era otra voz, el pensamiento se ha formado dentro de mí y ha salido sin necesidad de los labios. Era la voz de mi mente.

No, se vuelve, sin dudarlo:

—Pascua. Ese es el día. —Asiente para sí mismo—. Y hasta entonces, Gert, hermano mío, te confío la defensa de nuestra ciudad de las tropas de las tinieblas que se están reuniendo allí fuera. Haz también esto. Protege al pueblo de Dios del último sobresalto del viejo mundo.

Sí, sabe lo que he venido a hacer. Lo ha sabido tan pronto como he entrado.

Nos miramos largamente, la promesa en los ojos: eres un profeta con los días contados, Jan de Haarlem.

Capítulo 35

Münster, 16 de marzo de 1534

Estamos de inspección. Trazamos curvas que poco a poco se van ensanchando desde las murallas de la ciudad. Somos siete los que ponemos a prueba la solidez del cerco obispal. Nos movemos en silencio, distanciados, al alcance de una señal acústica o luminosa, al amparo a menudo de la oscuridad, por la desnuda piedra convertida en lasca por Maestro Invierno y redondeada por Artífice Viento. En cuanto divisamos las líneas mercenarias, nos ponemos a bordearlas, ocultos, hasta que encontramos una mayor vigilancia.

Paciente espera, de pelarse de frío, ligeros desplazamientos, incursiones furtivas, señales diseminadas y anotadas en mapas improvisados, que dejen constancia de los recorridos, los coladeros y las vías de escape vistos.

Por dos veces hemos evitado el cerco de Von Waldeck, lo conseguiremos de nuevo, hemos comprendido que este es deshilachado, poco eficaz, indolente.

Falta un camastro donde los valientes hermanos Mayer, héroes de las barricadas de febrero, puedan reposar los huesos; falta la taza en la que verter la infusión de hierbas generosamente tocada de aguardiente para el herrero Adrianson; cerveza para el mayor de los hermanos Brundt, Pieter, simple y radiante como el mediodía.

Heinrich Gresbeck echa de menos, sin decirlo, la lámpara que alumbra las incesantes lecturas nocturnas de este soldado impasible y preciso, cuya sed de conocimiento debe de haber nacido en épocas distintas a esta.

Está, por el contrario, Flecha, el halcón de caza al que Bart Boekbinder, joven y adoptivo sobrino, cría con cuidados paternales y resultados sorprendentes.

Por lo que a mí respecta, no sabría explicar muy bien mi estado de estos días: mi mente

y mi cuerpo viajan por separado, sin chocar de forma ostensible, pero distantes. El pensamiento se escinde a su vez también, por decirlo así, de sí mismo, acumulándose, hoja sobre hoja, acción después de recuerdo, reflexión tras decisión, dejándome como una gran cebolla, capa sobre capa, en cuyo hondo corazón resuenan, desgarradoras y abisales, las palabras del Gran Matthys, el Dios Panadero.

Espoleamos a los caballos en cuanto trasponemos la Judefeldertor, hacia el noroeste, para rodear las posiciones de los episcopales.

Gresbeck cabalga a mi lado, junto con cinco de los mejores hombres. He elegido a gente que combatió a mis órdenes el 9 y 10 de febrero: los recién llegados de Holanda no me inspiran mucha confianza que digamos; es cierto que llevan armas, pero sobre todo mujeres y niños, bocas que alimentar en un crudo invierno; casi no saben quién es Von Waldeck ni tampoco cómo se inició todo esto: solo ven el faro de Jerusalén en la noche. Y el ardor del Profeta.

El obispo ha reclutado un ejército ridículo, un millar de hombres perfectamente armados, pero mal pagados, escasamente motivados para arriesgar el pellejo; apartado de la *cathedra* el cerdo purpurado ya no es nadie. Dicen que el landgrave de Hesse, Felipe, le ha mandado dos espingardas gigantescas, con los nombres impresionantes de «El diablo» y «Su madre», pero que se ha negado a enviar tropas. Estoy convencido de que Von Waldeck está tratando de convencer a todos los grandes señores de los contornos para que le echen una mano contra la peste anabaptista. Por ahora se ha limitado a levantar terraplenes con el fin de cortar las vías de salida en dirección a Anmarsch y a Telgte. Y dado que no es ningún estúpido está poniendo en guardia a todos los nobles señores de las tierras entre Holanda y Münster, a fin de que bloqueen la afluencia de herejes hacia aquí.

Galopamos hasta el interior del bosque de Wasserberger, prosiguiendo a lo largo del sendero que empalma con el camino hacia Telgte. Desmontamos en silencio, y llevamos los caballos hasta la orilla de la balsa, etapa obligada para todo aquel que venga del norte: los animales pueden beber allí, una vieja casa de labranza abandonada nos ofrece cobijo de la nieve y de la lluvia.

El frío intenso disuelve el aliento ante las mismas narices. Nos tumbamos sobre el húmedo musgo.

Contamos una docena de hombres, arcabuces, una fila de estandartes, un pequeño cañón.

—Mercenarios del obispo.

La cicatriz destaca más blanca que de costumbre.

—¿Conoces las insignias?

Gresbeck se encoge de hombros:

—Me parece que no. Tal vez sea el capitán Kempel… Pero ya te dije que hace una

eternidad que no venía por estos pagos.

—Esta es gente que lucha por unos pocos dineros, chacales. Con lo que hemos requisado a los luteranos y a los papistas podríamos ofrecerles una paga más alta que la que les da Von Waldeck.

—Hum. Es una idea. Pero es mejor ser cautos, pues nuestra fuerza es la fraternidad.

—Se podrían imprimir hojas volantes y difundirlas por los campos.

—Münster no puede acoger infinitamente a la gente.

—En efecto. Habría que establecer contacto con los hermanos holandeses y alemanes. Münster puede ser el ejemplo. Hemos demostrado que puede hacerse. Pero ¿por qué no Amsterdam o Emden?

Volvemos a los caballos y nos ponemos de nuevo en marcha para acabar la inspección.

Decido decírselo. Tengo que saber con quién puedo contar.

—Matthys es peligroso, Heinrich. Podría arruinar todo lo que hemos hecho. Le bastaría con un solo día.

El ex mercenario me mira extrañado, algo lo corroe.

De nuevo:

—No quiero que acabe así. Conocí a Melchior Hofmann, también él estableció una fecha para el fin del mundo. Pasó el día y nada sucedió y su reputación se esfumó.

Cabalgamos por delante de los demás, no pueden oír nuestras palabras.

—Ese hombre tiene agallas, Gert: ha abolido el dinero y desde que estoy en este mundo nunca había pensado que se pudiera hacer algo por el estilo. En cambio, él lo ha hecho con un simple chasquear de dedos.

—Y haciendo callar a todo el que abre el pico.

—Habla claro. ¿Qué piensas hacer?

Debo decirlo.

—Quiero pararle los pies, Heinrich. Quiero impedirle que se convierta en el nuevo obispo de Münster, o que nos arrastre a todos a una sangrienta hecatombe. Y debo ser yo quien lo haga. Rothmann está enfermo, débil. Knipperdolling y Kibbenbrock no atacarían nunca la autoridad del Profeta, se cagan de miedo.

Nos quedamos callados, escuchando los cascos que pisotean el terreno, el bufar de los caballos.

Es él quien habla de nuevo:

—No sucederá nada el día de Pascua.

Tal vez más que una simple palabra de aviso.

—Ese es justamente el problema. Qué tiene intención de hacer Matthys ese día. Es un loco, Heinrich, un loco peligroso.

Parece increíble: hace poco más de un mes éramos los dueños y señores de Münster;

hoy hablamos en voz baja, lejos de los oídos de todos, como si la duda fuera un delito mortal.

—Ha puesto un término, y en razón de ese término detenta la autoridad absoluta. Podemos acorralarlo.

—¿Desenmascararlo delante de todos?

Trago saliva:

—O bien matarlo.

Los huesos se hielan apenas pronunciadas las palabras, como si el invierno quisiera sellarlas con una gélida mordedura.

Unos pocos metros más en silencio. Parece que se advierta el rumor confuso de sus pensamientos.

La mirada permanece clavada en el fondo de la calle:

—Sería la guerra en la ciudad. Toda esa gente venida de fuera lo adora. Los münsteritas, tal vez ellos te siguieran, pero cada día que pasa se vuelven más una minoría.

—Tienes razón. Pero uno no puede quedarse mirando, mientras todo aquello por lo que se ha luchado se va al traste.

De nuevo el zumbido de sus pensamientos.

—Todo el que ha intentado enfrentarse a él ha dejado la sangre en el empedrado de la plaza.

Asiento:

—Precisamente. No es para esto para lo que yo usé tus pistolas contra los luteranos y los episcopales.

La ciudad parece desierta. Silencio, nadie por las calles. Nos miramos preocupados, como quien se huele en el aire una desgracia consumada; pero no hablamos, dejamos los caballos y nos encaminamos juntos, como atraídos por un imán hacia el teatro central, la gran plaza de la catedral. A cada paso crece el desasosiego de una amenaza desconocida, y sin embargo clara, presente, que se cierne sobre la ciudad para tragarla toda. ¿Adónde han ido a parar los habitantes? No hay ya nadie, ni un perro pulgoso. Apresuramos el paso a la vez.

La nube blancuzca corona la fila de construcciones que delimita la estrecha calle que lleva a la plaza.

Está llena.

Ruido de gente que se coloca, con deferencia y arrobo, en torno al centro, donde se alza la pira que deja escapar lenguas de fuego. Obsceno altar levantado al olvido, la palabra de Dios aplasta la de los hombres, vomita su triunfo sobre nuestras espaldas,

sepulta nuestra mirada bajo un manto impenetrable; su aliento se deja sentir sobre nuestras cabezas; su ojo nos descubre implacable, nos da caza hasta donde no será posible ocultarnos, en lo más recóndito de nuestros pensamientos, en el deseo de poder ser, un día, más sabios. Matando toda curiosidad, y todo talento.

Lentamente asciende el humo de la hoguera de los libros. A brazadas recogen los volúmenes que son descargados sobre el empedrado desde los carros, y los arrojan a la hoguera, una columna de fuego tan alta que llega a lamer el cielo, para llamar a los ángeles con el humo de Pedro Lombardo, Agustín, Tácito, César, Aristóteles…

El Profeta, erguido en el tablado, aprieta una Biblia en la mano. Estoy seguro de que me ve. Simples sílabas que no superan el vocerío exaltado de la gente, ni tampoco el crepitar del fuego, sino que son pronunciadas para mí, por aquellos finos labios.

—Vanas palabras de hombres, no veréis el día del trueno. La Palabra, y solo ella, cantará el juicio del Padre.

La pila crece y se consume, se alza y se convierte en ceniza; descubro un ejemplar de Erasmo, demostrando que ese Dios no tiene necesidad ya de nuestra lengua, y no nos dejará en paz. El viejo mundo se consume cual pergamino en el fuego…

A mi lado, el rostro lívido de Gresbeck, feroz y decidido:

—Estoy contigo.

Capítulo 36

Münster, Pascua de 1534

Un sobresalto de sudor frío por un sueño agitado, empapado a pesar de la lluvia que golpea furiosa contra los batientes, latido de miedo ancestral, libre el pecho con una respiración fatigosa, sorda, ronca. Abro los ojos inerme.

Relámpagos amarillos desgarran la penumbra de las primeras horas de la mañana.

Día de Resurrección.

Primer escenario: a la caída del sol la plaza está llena, están todos, nos espera un discurso del Profeta. Matthys sube al tablado, le habla a la multitud, expone algunas razones para explicar el fallido Apocalipsis, presumiblemente echándoles la culpa de ello a los elegidos no puros aún. El tablado está adosado al lado sur de la catedral. Veinte hombres, conmigo, entran por la fachada de poniente y salen por la ventana del transepto que da justamente detrás del Profeta. Los otros diez están en las primeras filas. No damos tiempo a los soldados de la guardia a reaccionar. Gresbeck agarra a Matthys por los hombros y le pone la hoja en la garganta. El capitán Gert explica por qué debe morir Enoc.

Segundo escenario: Enoc guía al pueblo de los santos a la batalla final. Dejar que lo haga. El maltrecho ejército de Von Waldeck, una vez recuperado, puede ser arrollado. Veinte de los míos en los puestos clave de la batalla. El resto forma en cuadro en torno al Profeta y no pierde de vista a su guardia personal. En medio de la confusión de la lucha aprovechar el momento propicio. La pistola del capitán Gert deja a Enoc por tierra.

La catedral abre sus fauces de par en par.

Cuatro escalones anchos y delgados, de un palmo cada uno, realzan las dos pilastras que sostienen el arco que precede y domina el portal; apuntado en la clave, festoneado en su borde inferior por trece dentículos de piedra cual afilados colmillos. Dos pasos más allá y otros cuatro escalones, estos más estrechos y pronunciados, hasta las dos puertas. En medio, a modo de galillo, una estatua que descansa sobre una fina columna. Tres hornacinas a cada lado de la segunda escalinata estrechan gradualmente la abertura. Por el arco de los labios y de los dientes hasta la oscura garganta, un gran hacinamiento de estatuas, en especial en el paladar, como condenados tragados por el monstruo.

Dominan la entrada los enormes ojos de una vidriera de finos motivos, flanqueada por dos toscos ventanucos. Cierra el rostro el frontón triangular, sobre el que destacan tres pináculos: los cuernos.

La fachada está encerrada entre macizas torres cuadradas, perfiladas por dos filas de arcos colgantes, simples los primeros, dobles los segundos, y abiertos por dos filas de ajimeces de progresivo tamaño. Por una y otra parte, las dos alas del transepto son como patas pesadamente encogidas sobre el terreno.

Calado hasta los huesos, me dejo tragar.

Casi la mitad de la actual población de Münster está reunida desde vísperas del sábado entre estas tres imponentes naves. De rodillas, juntas las manos, aguardan cantando quedamente lo que el Profeta predijo para este día.

—Hoy haré desaparecer todo de la faz de la tierra, dice el Señor. Destruiré a hombres y bestias. Exterminaré a los pájaros del cielo y a los peces del mar, abatiré a los impíos. Exterminaré al hombre de la tierra. Como un diluvio es el día final. Nuestra ciudad es el arca construida con la madera de la penitencia y de la justicia. Flotará en las aguas de la venganza final.

»Dios no pidió a Noé que avisara al mundo de lo que estaba sucediendo. Y cuando las aguas se retiraron, prometió que nunca más castigaría a ningún ser vivo como en aquel día. Desde entonces, cada vez que el Señor alimenta algún propósito de destrucción, elige a un profeta para que les indique a sus semejantes el camino de la conversión. Jeremías le habló al rey de Judá, Jonás atravesó Nínive, Ezequiel fue mandado al pueblo de Israel, Amós recorrió el desierto.

»Si mando la espada contra un país y el pueblo de dicha tierra elige un centinela, y este, viendo que la espada está a punto de caer sobre el país, hace sonar la trompeta y da la alarma al pueblo; si este, oyendo el sonido de la trompeta, no siente preocupación y la

espada llega y lo sorprende, solo a él deberá su propia ruina. En cambio, si el centinela ve llegar la espada y no hace sonar la trompeta, y llega la espada y sorprende a alguien, este se verá sorprendido por su iniquidad: de su muerte exigiré cuentas al centinela.

»No es un gozo para mí la muerte del impío, dice Dios Nuestro Señor, sino que el impío desista de su conducta y viva. Si Dios quisiera juzgar al mundo tal como es, no se serviría para ello de ningún profeta. Si Dios quisiera convertir a todos los impíos, les infundiría su Espíritu, pero no se serviría de ningún profeta.

»Jan Matthys de Haarlem fue llamado para difundir la palabra de Dios hasta donde su voz pudiera llegar. Más allá de dicho límite, el Señor habrá llamado a otros profetas: ante el Turco, en el Nuevo Mundo, en Catay.

»Fuera de estas murallas, donde la muerte afila su guadaña, hay hombres que no por propia distracción se han mostrado sordos a la trompeta. Los mercenarios a sueldo de los príncipes, los desesperados obligados por el hambre a luchar en guerras que les resultan ajenas, a quienes no les han contado sino patrañas sobre nosotros. ¿Cuántos de ellos entrarían en el arca si les dijera alguien que el dinero ha sido abolido, todos los bienes puestos en común, que la única verdadera sabiduría es la de la Biblia y la única ley la de Dios?

»Si el Profeta de la Nueva Jerusalén no les habla para apartarlos de una conducta infame, dictada solo por la miseria, entonces el Señor le exigirá cuentas de su ruina únicamente a él.

»Hay un tiempo y un lugar para que cada cosa tenga un principio y un fin. Sí, nuestro tiempo ha tocado a su fin. El Señor llega, y el profeta se convierte en nada. Las puertas del Reino están abiertas de par en par. Él llevará a cabo su mandato, tal como está escrito en su Plan.

Knipperdolling no consigue comprender. Con mirada incrédula sigue los pasos de Matthys hacia la salida. Trata de preguntar algo a Rothmann, pero no obtiene respuesta. El rostro enfermo del predicador no deja traslucir la menor emoción, los labios movidos por el tremolar de una oración. Es probable que el conocimiento de la Biblia y de sus profetas lo ayude a ser más perspicaz que yo y que Gresbeck acerca del comportamiento de Matthys. Heinrich, apoyado contra una pilastra, parece una estatua. A duras penas consigue girar el cuello para buscar mi mirada. Y ahora, ¿qué hacemos? Jan de Leiden hojea frenéticamente la Biblia en busca de respuestas que llevar a la escena. Alguien entona el *Dies Irae*. Una especie de procesión espontánea discurre a lo largo de la nave central. Empujo para llegar a la puerta, preparado para cualquier posible escena.

Un rayo de sol moribundo acompaña su andar majestuoso pero inseguro.

El profeta de Münster cruza la Ludgeritor y deja la ciudad tras de sí, escoltado por una docena de hombres. Nadie más ha podido seguirlo: cada uno tiene su papel en su Plan.

Nos hacinamos en las murallas.

El campamento del príncipe prelado resulta perfectamente visible, a escasa distancia, apenas desenfocado por los vapores que ascienden de la húmeda tierra.

Los vemos avanzar hacia el terraplén levantado por los mercenarios del obispo. Confusión en sus filas, apuntan los arcabuces.

Matthys hace señal a los suyos de detenerse.

Matthys prosigue solo.

Matthys está desarmado.

Atónitos. ¿Qué se propone?

Nadie respira.

Matthys levanta los brazos al cielo, altísimos, los cabellos negros revueltos por la lluvia.

Está fuera de tiro, pero basta con una breve carrera, unas pocas decenas de pasos.

Todos callados, como si el viento pudiera llevar sus palabras hasta los glacis.

Miles de ojos concentrados en el único punto. El último instante.

El Plan.

Sigue avanzando. Sube a pie al primer muro bajo de las fortificaciones.

Dios mío, verdaderamente está a punto de hacerlo.

Hasta Pascua.

Un profeta con los días contados.

Parece oír algo, tal vez el eco de una palabra pronunciada más fuerte.

Un movimiento, un salto a espaldas del Profeta. Alguien aparece, el brillo de una espada. Caen hacia delante.

Un grupo de jinetes sale del campamento y avanza por el camino para impedir el paso al séquito de Matthys. Hombres y caballos en un solo revoltijo.

Los ojos de todos se congelan de horror, como hojas secas en el hielo.

Ni un grito, ni una respiración.

El grito exultante de los episcopales.

Una mano en el hombro.

—Ven, Gert.

Es Gresbeck, cara sombría:

—¿Qué coño hacemos ahora?

—Lo ha hecho realmente…

Los münsteritas están todos ahora en las murallas, en espera de que suceda algo, de que aquel cuerpo vuelva a levantarse y haga abrirse el cielo con una palabra de fuego.

—¿Qué coño hacemos, Gert?

Me sacude. Casi descargo la tensión con una sonrisa bobalicona:

—Ese bastardo ha conseguido arruinar todos nuestros planes… —Lo importante es que se ha quitado de en medio. Y ahora, ¿qué?

Miramos a la gente refluir por las calles, mientras vamos en busca de los burgomaestres. Huecos, inertes fantasmas y sonámbulos que no consiguen tener siquiera miedo. Les han arrebatado el Apocalipsis, el Profeta ya no existe. Ni tampoco la sombra de Dios. Pero esta es de verdad la Última Pascua, con las tumbas abiertas y las almas de los difuntos vagando en espera del juicio. Alguien ha visto a los ángeles llevárselo al cielo; algún otro, arrastrado a los infiernos por un demonio. Atestan las calles, la plaza del Mercado, sin ganas ya de rezar, porque no saben para quién o para qué vale la pena hacerlo. Se forman por todas partes corrillos de personas que hablan en voz baja. Hay que tomar las riendas de la situación, encontrar a Knipperdolling y a Kibbenbrock antes de que el descorazonamiento se transforme en pánico.

Encontramos al segundo burgomaestre sentado en la escalinata de San Lamberto, cabizbajo.

—¿Dónde para Knipperdolling?

Confuso:

—Estaba conmigo en las murallas, luego ya no he vuelto a verlo.

—¿Estás seguro de que no está en la iglesia?

Sacude la cabeza:

—Por aquí no ha pasado.

Nos apresuramos hacia la plaza de la catedral. No necesito mirar a Gresbeck: respiramos los mismos presentimientos pesimistas.

Poco antes de que se haga de noche la macabra confirmación.

El cuerpo de Jan de Haarlem, en una cesta catapultada dentro de las murallas. Descuartizado, hecho pedazos.

Knipperdolling como enloquecido. A todo correr, en medio del estupor de la ciudad, invoca a voz en grito el nombre de Jan Beuckelssen, el nuevo David.

En el tablado al pie de la catedral se destaca la forma inconfundible del Leidiano Loco.

Escena primera: el sueño del Rey David *(Knipperdolling en el papel de Matthys, Beuckelssen en el de sí mismo)*.

MATTHYS: Sí, sí. Eres un bastardo, Jan de Leiden. Un hijo de puta. El bastardo y el hijo de puta que me sucederá a la cabeza de las filas del Señor.

BEUCKELSSEN: ¡No, no! ¡Soy un gusano viscoso y asqueroso, indigno, indigno!

MATTHYS: Jan, homónimo apóstol mío, sabes cuánto te amo. Y mi amor no es sino el reflejo del amor aún mayor del Padre por ti. No eres más que un gusano. Y yo te saqué del lodo de los burdeles para hacerte luchar en Münster a mi lado. Gusano. Regio gusano al que corresponderá la tarea de retomar mi espada e instaurar el Reino. Dentro de ocho días el Profeta deberá dejar el puesto al Señor. Y el Señor te elegirá a ti, para ser el guía de la Nueva Sión.

BEUCKELSSEN *(contiene las lágrimas, no ve ya a nadie, o tal vez lo tiene todo claro. Mucho más claro que yo y que Gresbeck)*: Ven para acá. Bernt.

Intermedio *(Knipperdolling, en el papel de sí mismo, avanza torpemente, con el espadón de la Justicia en la mano)*.

KNIPPERDOLLING: Es cierto. Hará unos ocho días Jan de Leiden me dijo que había sido visitado por Matthys en sueños y que había recibido de él la consigna de llevar a cabo el Plan.

Escena segunda: el cumplimiento del Plan *(Beuckelssen en el papel de Dios y de David, Knipperdolling en el papel de sí mismo)*.

DIOS: Hombres y mujeres de Münster, ved a este homúnculo. Ved a David. Hombres y mujeres de la Nueva Jerusalén: ¡el Reino es vuestro! ¡ Yo soy el que triunfa! Todo cuanto había sido prometido se ha visto cumplido. Vosotros sois los dueños del Reino. ¡Corred a lo alto de las murallas y reíos en la cara de vuestros enemigos, pedorread vuestra alegría en sus bestiales jetas! Ellos nada pueden, Matthys lo ha demostrado. Lo que él ha querido deciros es que esos impíos lamestolas ya pueden reducirlo a pedazos del tamaño de los mocos, que no harán ni un simple rasguño al Plan. ¡Y mi plan no es otro que vencer! ¡Vencer! ¡Una honda! ¡Una honda para David!

(Knipperdolling se apresura a pasarle una honda a Beuckelssen, de esas que los campesinos emplean para mantener alejados a los cuervos de su cosecha).

DAVID: ¡Ciudadanos de la Nueva Jerusalén, yo soy el hombre que viene en el nombre del Padre: el nuevo David, el bastardo hermanastro de Cristo, el elegido! Admirad al Padre, que ha querido elegir a un mentecato, a un putañero, para hacer de él un apóstol, su caudillo. Y por boca del arcángel Matthys le ha anunciado su preñez. Sí, preñez del cumplimiento del Plan. ¡Jan Matthys no está muerto! Matthys el Grande me ha fecundado con la Palabra del Padre y vive en mí, vive en todos vosotros, porque estamos destinados a llegar hasta las últimas consecuencias, somos nosotros la fuerza de Dios, somos los mejores, los elegidos, los santos, los que han heredado la tierra y pueden hacer uso de ella como les plazca. ¡No existen ya límites para nosotros: el mundo se ha acabado, está a nuestros pies! *(Suelta el aliento, hace planear su mirada azul sobre la muchedumbre, que se ha engrosado hasta llenar la plaza.)* ¡Hermanos y hermanas: el Edén es nuestro!

KNIPPERDOLLING *(a su lado)*: ¡Viva Sión!

La respuesta es un impacto que dobla las piernas, una borrachera, un disparo, un puñetazo en pleno mentón. Es un viva gritado a voz en cuello por miles de personas, para borrar la desesperación, el descorazonamiento, la conciencia de haber seguido a un loco que ahora yace hecho pedazos en una cesta. Mejor creer en ello hasta sus últimas consecuencias, mejor continuar soñando antes que cobrar conciencia de la locura colectiva. Lo leo en sus ojos, en las expresiones trastornadas de esos rostros; mejor un rufián saltimbanqui, sí, sí, el hijo de Matthys, mejor él, pero devolvednos el Apocalipsis, devolvednos la fe. Devolvednos a Dios.

Me tambaleo mudo, veo a Beuckelssen levantado por un bosque de manos y llevado en triunfo por la plaza. Se ríe y manda besos a todos, sensuales, provocadores besos, tal vez tiene uno también para el compadre que en más de una ocasión lo ha sacado de apuros y lo ha acompañado hasta aquí. O tal vez el Santo Putañero no piensa ya en nada de todo esto. No abandonará ya nunca más este papel, la mejor interpretación de su vida. Jan, por fin has conseguido calzar el mundo como un guante a tu repertorio de actor. O al contrario, han sido tus personajes quienes han encontrado el escenario adecuado en el corazón de estos hombres y en los acontecimientos del mundo. Ahora eres Moisés, Juan, Elias y cualquier otro que te apetezca ser. Lo eres para siempre: no tienes la menor intención de echarte atrás. Está escrito en tu sonrisa y en el hecho de que no tenías ningún motivo para hacerlo.

Gran final: *La multitud inunda la ciudad, ensalza al nuevo profeta de Münster en la Aegiditor, que los episcopales vean que la moral del pueblo de Sión está alta y que hay un nuevo caudillo. Pero un alarido de repulsión y de terror deja helado al cortejo*

triunfal. Las mujeres que han abierto de par en par la puerta señalan una de las dos grandes antas.

Una flecha mantiene clavado algo en la madera, como una bolsita sanguinolenta. Una broma macabra de los episcopales: deben de haber aprovechado la ausencia de los centinelas para acercarse a las murallas y luego escapar.

La multitud se abre y Jan de Leiden avanza, decidido, arranca la flecha y recoge sin pestañear el escroto de Jan Matthys, lo aprieta en la mano, asiente a los mismos ángeles. Levanta la voz y los testículos del Profeta, poniéndolos bien a la vista, a fin de que todos puedan verlos.

BEUCKELSSEN: Sí. Aunque dejé una mujer legítima en Leiden para seguir al Gran Matthys, él me dijo que debería ser yo el marido de su esposa. Por tanto, tendré que casarme con la viuda del Profeta y hacer uso de sus cojones en su lugar. *(Se mete en el bolsillo el coágulo sanguinolento y anuncia)*: ¡Traed a Divara! La esposa que me ha sido destinada.

Aplausos.

Fin.

Capítulo 37

Münster, lunes de Pascua de 1534

—¡No me llames loco!

El puñetazo me da en pleno pómulo, voy a parar al suelo.

Jan es una máscara roja y rubia de furor.

Me dejo caer en un asiento:

—Lo único que de veras has demostrado con eso es que eres un miserable saltimbanqui.

Contiene la respiración, da algún paso masajeándose los repelados nudillos, agacha la cabeza, se tambalea. El estallido de rabia queda empañado enseguida de desesperación.

—Ayúdame, Gert, yo no sé qué hacer.

Lo miro abatido: un sastrecillo lloriqueante e infeliz.

—Ayúdame. No soy más que un gusano, ayúdame. Dime lo que debo hacer. Porque yo no lo sé, Gert…

Toma asiento en el sitial que fue de Matthys, mira al suelo.

—Ya has hecho bastante.

Asiente:

—Soy un necio, sí, un jodido necio. Pero querían una esperanza, ya los viste, querían que les dijera lo que dije. Me querían así y lo he hecho, les he hecho felices, fuertes de nuevo.

Me quedo callado, inerte, la cabeza late, el duro golpe, la confusión de la hora presente.

Parece recuperarse un poco:

—¡Ayer estaban perdidos, y hoy le plantarían cara a Von Waldeck con las manos desnudas! —Busca mi mirada—. Yo no soy Matthys. Podemos volver a comenzar desde el principio, podemos ponernos a follar, ¿eh?, darnos unos buenos festines, hacer todo cuanto nos plazca. Somos libres, Gert, libres y dueños del mundo.

No tengo ganas de hablar, no tiene sentido, pero las palabras salen por sí solas, para mí y para el hermanastro loco con el que he compartido el hedor de los establos: el nuevo profeta de Münster.

—¡Qué mundo, Jan! Von Waldeck no es necio, los poderosos no lo son nunca. El poderoso ayuda al poderoso, el príncipe apoya al príncipe: papistas, luteranos… eso no tiene ninguna importancia, cuando los que están debajo se rebelan, te los encuentras a todos unidos, con sus jinetes y las armaduras relucientes, formados para cargar. Este es el mundo de allí fuera. Y estate seguro de que no ha cambiado solo porque hayas obsequiado a esta gente con el hermoso sueño de Sión.

Lloriquea como un cachorro, con los dedos hundidos en los rizos rubios.

—Dímelo tú. Tú sabes lo que hay que hacer. Haré lo que me digas, pero no me dejes, Gert…

Me levanto asombrado:

—Te equivocas. Tampoco yo lo sé. No lo sé ya.

Gano la puerta en medio de sus infantiles gimoteos.

Ella está ahí detrás. Lo ha escuchado todo.

Sus cabellos son tan claros y luminosos que diríanse de platino.

Divara: un vestido desceñido, que deja entrever un cuerpo perfecto. En el rostro la inocencia de una niña, blanca reina niña, hija de un cervecero de Haarlem.

Un leve toque me levanta la mano y me desliza dentro de ella una pequeña hoja.

—Mátalo —murmura apenas, indiferente, como si se refiriera a una araña en la pared, o a un viejo perro moribundo al que conceder el descanso eterno.

La bata abierta sobre el pecho turgente, revelando la recompensa. Los ojos de un azul intenso que infunden terror hasta los tuétanos, los pelos en punta como agujas, el corazón como un bombo. Un montón de cadáveres, visión de lo que puede suceder, el abismo abierto de par en par por una muchacha de quince años. Tengo que agarrarme al pasamanos de la escalera, mientras me tambaleo hacia abajo, lejos de la Venus Dispensadora de Muerte.

Münster, 22 de abril de 1534

Embotamiento. De los miembros, de la mente. No reconozco a nadie, ni a la propia gente que ha derrotado a los episcopales y a los luteranos en una sola noche. Mis hombres, sí, ellos, me seguirían hasta el mismísimo infierno, pero no podré llevarlos lejos: alguien debe quedarse sin embargo, vigilar al Juglar, a la Reina Blanca y a su Corte de los Milagros.

Solo. Irse inmediatamente, buscar la salida de la cloaca antes de que sea demasiado tarde.

Los acontecimientos de estos días causan espanto. Y sin embargo la moral está por todo lo alto. En una salida he capturado a un destacamento de jinetes que trataba de atacar la Judefeldertor y ahora están negociando un intercambio de prisioneros. Hemos hecho también que se les pasaran las ganas a los episcopales de acercarse hasta el pie de las murallas, fuera del alcance de los arcabuces, para enseñar sus pálidos culos al grito de «¡Padre, dame por aquí, ansío tu carne!», costumbre que habían adquirido en las veladas de borrachera y cuchipanda. Con un poco de buena balística ha bastado para darle a uno de ellos con un cañonazo entre las nalgas dejándolo reducido a pedazos para los perros.

Por espacio de una semana todos los hombres han meado y cagado en los bastiones dentro de una cuba, que luego se ha hecho rodar hasta el interior del campamento del obispo. Al abrirla, la fetidez ha llegado casi hasta aquí.

He organizado con Gresbeck ejercicios de tiro para todos, incluso para los chicos y las mujeres. Enseñamos a las muchachas a hervir la pez y a arrojar cal viva sobre la cabeza de los atacantes. Se hacen turnos de guardia en las murallas repartidos entre todos los ciudadanos, de ambos sexos, entre los dieciséis y los cincuenta años.

He hecho poner una campana en cada bastión, que deberá hacerse sonar en caso de incendio, para que se pueda saber adónde acudir con el agua.

Hemos descubierto que Matthys había inventariado los bienes secuestrados a los luteranos y a los papistas, aparte de las disponibilidades alimentarias de la ciudad. Lo había anotado todo, hasta la última gallina y el último huevo. Es posible resistir por lo menos un año. ¿Y luego? Mejor dicho: ¿y mientras tanto?

No basta, no puede bastar. Las fanfarronadas del Profeta Saltimbanqui no conducen a ningún lado.

Los Países Bajos, los hermanos. Contar qué sucede en Münster, organizarlos, escogerlos, tal vez también adiestrarlos para combatir. Buscar dinero, municiones.

No lo sé. No sé si es lo más adecuado que se debe hacer, nunca lo he sabido, siempre he elegido un camino distinto. Lo único que sientes es que no puedes continuar así, que las murallas, las paredes, comienzan a quedarse pequeñas y tu mente necesita aire fresco, tu cuerpo sentir que las leguas discurren bajo sus pies.

Sí. Todavía puedes hacer algo por esta ciudad, capitán Gert del Pozo.

Impedir que la libren solo a la locura de sus profetas.

Münster, 30 de abril de 1534

El equipaje es ligero. Dentro de la vieja alforja de cuero: galletas, queso y arenques, suficiente para algunos días: un mapa de los territorios desde aquí a los Países Bajos; el cuerno lleno de pólvora, para que no se moje; las dos pistolas que Gresbeck ha insistido en que me llevara conmigo; y tres viejas cartas descoloridas y pringosas, que traicionaron a Thomas Müntzer. Reliquias inseparables estas últimas, único recuerdo tangible de lo que está muerto y sepultado bajo los escombros del fallido Apocalipsis.

—¿Estás seguro de querer irte?

La voz ronca del ex mercenario apunta a la puerta. No es el tono de quien tiene objeciones que hacer, sino de quien se pregunta por qué no me lo llevo conmigo.

—Calculamos mal, Heinrich.

—¿Te refieres a Matthys?

—Me refiero a esta gente. —Una ojeada fugaz, mientras ato las últimas correas—. Les gusta creer que son santos. Quieren que alguien les cuente que todo ha ido como la seda, que Münster es la Nueva Sión y que no hay nada ya que temer. —Compruebo el peso de la alforja, excelente—. Cuando, en cambio, deberíamos estar cagados. ¿Has echado un vistazo fuera de las murallas? Von Waldeck está levantando fortificaciones, y estoy seguro de haber visto talar árboles al nordeste. ¿Sabes qué significa eso? Pues máquinas de guerra, Heinrich, se preparan para un asedio. Tienen toda la intención de quedarse clavados aquí el mayor tiempo posible, por lo menos hasta que las últimas fanfarronadas del último profeta besado en la boca por Dios nos hayan estupidizado definitivamente. Las naves que transportaban aquí a los hermanos baptistas desde Holanda fueron interceptadas en el Ems. Había en ellas armas y víveres. Cierran las fronteras, los caminos. Todo esto son señales, pero nadie quiere darse cuenta. No han tenido una mala idea.

Gresbeck me lanza una torva mirada:

—¿Qué quieres decir?

—Un cerco que va para largo. Encerrarnos aquí dentro, estrechar el cerco, y esperar: el hambre, el próximo invierno, rebeliones intestinas, qué coño sé yo. El tiempo juega a su favor. Si yo fuera Von Waldeck haría exactamente esto: apuntaría los cañones y me quedaría de brazos cruzados.

La alforja está ya sobre el hombro, Adrianson debe de haber ensillado el caballo abajo. Estoy casi sereno.

—Necesitamos nuevos contactos con los hermanos holandeses. Necesitamos dinero con que comprar a los mercenarios de Von Waldeck y volverlos en su contra. Necesitamos descubrir pasadizos seguros para forzar el bloqueo. Y sobre todo, necesitamos comprender si fuera de aquí alguien está pensando en tomar las armas y seguirnos, o si de veras, tal como decía Matthys, no hay más que desierto. Hay que hacerlo pronto: cada día que pasa es un regalo a los buitres de ahí fuera.

—Y con Beuckelssen, ¿qué piensas hacer?

Me dan ganas de reír. Bajamos las escaleras: las yeguas están listas. El herrero aprieta la cincha de mi silla.

—Ellos lo eligieron, ¿qué podemos hacerle?

Salto a la grupa y tiro de las riendas para frenar el ardor del animal.

—Jan es un débil, un majadero. Razón por la que no te llevo conmigo. Quiero que no lo pierdas de vista, eres el único que puede hacerlo. Knipperdolling y Kibbenbrock se han vuelto unos blandos, Rothmann está enfermo. Elige bien a los hombres con los que vayas a contar y mantén firmes las defensas de la ciudad. Y sobre todo una cosa: Von Waldeck tratará de aprovechar el menor fallo, la menor distracción. Responde golpe por golpe, bombardea a sus mercenarios con hojas volantes, valen más a veces que los mismos cañonazos, recuérdalo. Pronto volveré.

Un fuerte apretón de manos: destinos de nuevo que se eligen. Gresbeck no deja traslucir ninguna emoción, no es su estilo. Tampoco es el mío, lo descubro ahora.

—Buena suerte, capitán. Y que no te falte nunca una buena pistola al cinto.

—Hasta pronto, compadre.

Adrianson me precede. Los talones golpean los ijares del caballo: no miro las casas, ni la gente, estoy ya en la Unserfrauentor, estoy ya fuera de la ciudad, estoy a poco más de tres leguas, en el camino que lleva a Arnhem.

Estoy de nuevo vivo.

Capítulo 38

Costa holandesa, en las cercanías de Rotterdam, 20 de julio de 1534

El viento agita los matojos de hierba en las dunas bajas, como si fueran barbas, mentones de gigantes. La pequeña barraca que resguarda las barcas de los pescadores parece seguir en pie de puro milagro, corroída por la humedad salina y las borrascas.

El sol está a punto de salir, no es ya de noche ni tampoco de día, una luz rojiza que ilumina las gaviotas, mientras estas planean plácidas para disputarse con los cangrejos los peces muertos, escapados de las redes de la pesca nocturna. Resaca lenta, marea baja, una neblina oculta el confín de la playa al norte y al sur. Nadie.

Pequeños insectos corren a lo largo de un tronco traído hasta aquí de quién sabe dónde. Las manos aprietan la húmeda corteza. El guía que me han asignado los hermanos de Rotterdam ha dicho que el lugar era este. No ha querido esperar: Van Braght no es el tipo al que se encuentra fácilmente.

Tres sombras alargadas en la arena, en el extremo sur. Ahí están.

Las manos se deslizan a las pistolas, terciadas bajo la capa que me protege de la brisa del mar del Norte.

Se acercan lentos, juntos.

Caras sombrías e inexpresivas, barbas hirsutas, camisolas arrugadas y espadas en bandolera.

No me muevo.

Llegan al alcance de la voz:

—¿Eres el alemán?

Espero a que se acerquen más:

—¿Quién de vosotros es Van Braght?

Alto, corpulento, rostro comido por el sol y el mar, un corsario de pequeño cabotaje que afirma haber asaltado veinte bajeles españoles: —Soy yo. ¿Has traído el dinero?

Hago tintinear la bolsa en el cinto.

—¿Dónde está la pólvora?

Asiente:

—Llegó ayer noche. Diez barriles, ¿no es eso?

—Dónde.

Tres pares de ojos sobre mí. Van Braght apenas si mueve la cabeza: —Los imperiales baten la costa, no era seguro dejarla aquí. Está en el viejo dique, media milla más arriba.

—Vamos.

Nos encaminamos hacia allí, cuatro rastros paralelos en la arena.

—Tú eres Gerrit de los Boekbinder, ¿no es cierto? ¿El que llaman del Pozo?

No hay curiosidad, no hay énfasis, al preguntarlo.

—Soy el que compra.

El dique es una empalizada de madera podrida, el mar la ha horadado creando un pequeño canal que se adentra en tierra. En lo alto, se alza la casucha del guardián.

Los barriles están cubiertos por una vela estropeada sobre la que pasan las golondrinas. Cuando la levantan, una nube de moscas abandona el pescado apestoso amontonado en las cajas. Debajo: los barriles alineados. Uno de los tres me deja elegir: señalo el del medio, hace saltar la tapa y se hace a un lado.

El pirata quiere tranquilizarme:

—Viene de Inglaterra. La peste a pescado mantendrá alejados a los esbirros.

Hundo una mano en el polVonegro.

—Está sequísima, no te quepa duda.

—¿Cómo la transporto?

Su índice señala detrás de las dunas, donde vislumbro la cabeza de un caballo y las ruedas altas de un carro: —Ve tú solo.

Desato la bolsa y se la tiro:

—Mientras los cuentas, los tuyos pueden cargar.

Le basta un gesto con la cabeza y los dos malasangres levantan los primeros barriles y se ponen torpemente en marcha hacia el sendero.

Una gaviota lanza un graznido sobre nuestras cabezas.

Los cangrejos se deslizan debajo de la quilla de una vieja barca.

El sol comienza a atenuar la brisa matinal.

Una paz absoluta.

Van Braght termina de contar:

—Son suficientes, compadre.

Aprieto fuerte las dos empuñaduras:

—No es cierto. Son menos de la mitad de lo pactado. —La indecisión de un momento, no puede ver las pistolas bajo la capa—. La recompensa por Gert del Pozo vale diez veces eso.

No le doy tiempo a moverse, el disparo le estalla en plena cara.

Vuelven atrás a la carrera, con las espadas desenvainadas. Dos contra uno, pongo pólvora en la pistola descargada, introduzco el proyectil, más pólvora, más deprisa, brazo tendido, respiro, sin temblar, miro a los miembros en movimiento: dos disparos, casi a la vez, el primero se desploma a mis pies, el otro cae, su pistola hace fuego, tal vez estoy ya muerto, pero mi fantasma saca una daga corta y se la clava en el gaznate.

Un estertor.

Silencio.

Me quedo parado. Miro las gaviotas que vuelven a posarse sobre la playa.

Tengo que cargar los barriles solo.

Rotterdam, 21 de julio de 1534

—Y con estos hacen cincuenta.

Adrianson termina de asegurar las armas, luego me entrega la lista de la carga.

—Cincuenta arcabuces, diez barriles de pólvora, ocho barras de plomo. Y diez mil florines.

—Harían falta dos carros. ¿Te ha dado Reynard los salvoconductos?

—Aquí los tienes. Dice que son prácticamente auténticos: el sello es igual al que usan en La Haya.

—Servirán hasta la frontera. Luego habrá que pensar en otra cosa. Partamos cuanto antes. Todavía tenemos que hacer parada en Nimega y en Emmerich y no sé cuánto tiempo nos detendremos. Será un largo viaje, habrá que evitar los caminos más frecuentados.

El herrero me ofrece uno de los rollos de tabaco seco de las Indias, dice que ha aprendido a fumarlos de los mercaderes holandeses. Los españoles los llaman *cigarros*, huelen a otro mundo, a cabañas, cuero y pimienta verde. El sabor es aromático y deja un agradable regusto en la boca.

Nos echamos en los camastros que nos ofrece el hermano Magnus, predicador de la comunidad baptista de Rotterdam. Su mesa es frugal, pero su generosidad con la causa hace que se le perdone la falta de un buen ágape.

Dejamos que el humo envuelva nuestros pensamientos, para luego permanecer suspendido en medio de la habitación, ganada al desván de la casa.

Los hermanos de estos lugares son gente bonachona. Admiran Münster y a nosotros nos han dado todo tipo de facilidades. Pero no desafiarían a las autoridades con ninguna insurrección: se contentan con practicar la propia fe en secreto, en los lugares de encuentro nocturnos, en las lecturas en común. No he encontrado el espíritu combativo que buscaba; en cambio, derrochan generosidad y estima.

Resulta difícil censurarlos, pues en las grandes ciudades mercantiles las cosas no funcionan como en nuestra ciudad-estado alemana. Aquí se suman los españoles, tienen al Emperador en casa.

Sin embargo, he descubierto que existe un partido de los descontentos, unos pocos hermanos turbulentos que quisieran seguir nuestro ejemplo. Pocos e inexpertos, sin un verdadero jefe. Obbe Philips ha confesado su pasado de apóstol de Matthys y finge haber defendido siempre la vía moderada actual. Luego está el joven David Joris de Delft, brillante orador al que nuestro huésped nos ha ponderado como un guía prometedor. Parece que la suerte futura del movimiento depende en buena medida de él. Su madre fue una de las primeras mártires baptistas, decapitada en La Haya cuando David era un niño. Es buscado en toda Holanda como el criminal más peligroso, por lo que es difícil dar con su paradero. No tiene residencia fija, anda siempre de un lado para otro, llega y se va, a menudo usa nombres falsos hasta con los mismos hermanos por miedo a los infiltrados. Parece que no desdeña el saqueo de iglesias, pero lo mismo que Philips desaprueba también enérgicamente el asesinato.

La situación no es estable en absoluto, lo que no quiere decir que todo no pueda acabar en un montón de bonitas charlas.

Y mientras tanto, mañana estaremos de nuevo en marcha, de regreso, con nuestra preciosa carga que sustraer a los controles de los caminos y a los ojos de los indiscretos. Otras dos comunidades que visitar. Y dentro de un mes en Münster.

—Buenas noches, Peter.

—Buenas noches, capitán.

Capítulo 39

Münster, 1 de septiembre de 1534

Aparece lúgubre tras la colina. El frío viento nos arroja a la cara la lluvia obligándonos a entornar los ojos: distingo la negra forma en la llanura, las represas del Aa, la línea de las murallas, los faroles de los centinelas, únicas estrellas en una noche de lobos.

Espoleo a las caballerías para el último esfuerzo, empapadas, extenuadas. Adrianson, con el otro carro, me sigue de cerca: lo hemos conseguido. Las ruedas levantan el lodazal del sendero, avanzamos lentamente, cada vez más cerca de la meta. Más al norte descubro una negra fila de fortificaciones: los terraplenes de Von Waldeck se han transformado en una barrera infranqueable que cierra los accesos y las vías de escape.

—Hay algo raro.

La voz del herrero se pierde en medio de la lluvia: tiene razón, una extraña angustia me atenaza el estómago, una sensación letal de desventura.

—Los campanarios, Gert… las torres. ¿Qué ha sido de ellos?

Sí, falta algo. La ciudad está aplanada. Y los cañones del obispo no pueden alcanzar tan lejos y a tal altura. ¿Qué ha sido de los campanarios?

No es el frío intenso de la noche lo que hace que me recorran por los miembros unos escalofríos, una mano invisible me oprime con fuerza las entrañas.

Nos damos a reconocer a los centinelas de la Ludgeritor. No conozco a ninguno de los miembros de guardia, o sí, tal vez a uno de ellos, diría que es el zapatero remendón Hansel, canijo, decrépito.

—Hansel, ¿eres tú?

Los ojos de mirada huidiza de un culpable:

—Bienvenido, capitán.

Una palmada en la espalda:

—¿Qué demonios les ha pasado a las torres de Münster?

Cara sombría, la mirada permanece gacha, ninguna respuesta. Le aprieto un brazo, mientras trato de contener el pánico que sube hasta mi garganta: —Hansel, dime qué ha pasado.

Se libera del apretón, un ladrón delante del tribunal: —No tendrías que haberte ido, capitán.

El aire de la noche habla de un crimen consumado, de algo horrible, impronunciable. Presa de la ansiedad nos adentramos por las calles desiertas, hacia la casa de Adrianson. Nadie dice nada, no es necesario, nos apresuramos, calados hasta los huesos.

Lo veo llamar a la puerta, abrazar fuertemente a su mujer y a su pequeño. No hay alegría en esas miradas, son los gestos propios de alguien que comparte un infortunio.

La mujer nos ofrece una infusión caliente, delante de las brasas moribundas del hogar: —Es todo cuanto puedo ofreceros. Desde que existe el racionamiento es difícil conseguir leche.

Flaca, los nervios tensos en el cuello, la fuerza de la angustia que la sostiene. La mirada cae sobre el hijo a cada frase, como si quisiera protegerlo de un oscuro peligro.

—¿Tan graves están las cosas?

—El obispo ha estrechado el cerco, y cada día resulta más difícil salir para conseguir comida. Y hemos de hacer cola todos los días para dar algo que comer a nuestros hijos. Los diáconos partidarios del racionamiento dan cada vez menos.

Adrianson ha conseguido reanimar el rescoldo, como si el volver a recuperar aquellos gestos sencillos, domésticos, pudiera aliviar la amenaza de la oscuridad.

—¿Qué les ha pasado a los campanarios, Greta?

Me mira sin temblar, resuelta; no comparte la cobardía de los hombres: —No tendrías que haberte ido, capitán.

Es casi una acusación, ahora soy yo quien trato de rehuir aquella mirada.

Su marido no tarda en reprenderla:

—No debes tomarla con él, pues se ha jugado la vida por todos. En Holanda hemos conseguido dinero, plomo para los cañones, pólvora…

La mujer sacude la cabeza:

—No sabéis. No os habéis enterado de nada.

—¿De qué, Greta? ¿Qué ha pasado?

Adrianson no consigue refrenar el miedo y la rabia:

—Habla, mujer. ¿Qué les ha pasado a los campanarios?

Asiente, esa dura mirada es para mí:

—Mandó derribarlos. Nada debe alzarse que pueda desafiar al Altísimo. Nadie debe ser soberbio, tenemos que mirar al suelo cuando andamos por las calles, no podemos llevar ningún adorno, pues nos lo requisan. Ha nombrado a dos niñas y a un niño como jueces del pueblo. Te quitan de encima cualquier objeto superfluo, toda prenda de color. Todo el oro y la plata va a parar a las arcas de la corte.

Adrianson le coge las manos:

—¿Y tu anillo?

—Todo… para mayor gloria de Dios.

Respiro hondo, no tengo que perder la calma, tratar de comprender: —¿Qué corte, Greta? ¿De qué estás hablando?

Es odio, una rabia profunda la que le hace pronunciar estas palabras: —Se ha hecho nombrar rey. Rey de Münster, del pueblo elegido.

Un nudo en la garganta me impide hablar, pero ella continúa: —Fue Dusentschnuer, el platero, ese maldito paticojo, con Knipperdolling. Una representación horrible: lo lisonjearon, le imploraron, para que aceptase la corona. Decían que Dios les había hablado en sueños, que debía ceñir la corona del Padre y guiarnos a la Tierra Prometida. Y ese asqueroso saltimbanqui menospreciándose a sí mismo, diciendo que él no era digno…

El herrero coge por los hombros a su mujer, protector y furioso: —Cerdo asqueroso. Putañero de tres al cuarto.

Murmuro:

—Nadie le ha parado los pies… ¿Dónde estaban mis hombres… Heinrich Gresbeck?

—No debes acusarlos, capitán, pues ya no están aquí. Dan escolta a los misioneros que fueron enviados a buscar refuerzos. El rey se rodea de hombres armados, a todo el que se atreve a abrir la boca en contra suya se lo llevan, desaparece, no se sabe dónde, en cualquier prisión subterránea, tal vez… para acabar luego en el fondo del canal.

He de preguntarlo, he de saber:

—¿Y Bernhard Rothmann?

El silencio anuncia un horror peor aún si cabe de lo que esperaba.

—Ha sido nombrado teólogo de la corte. Knipperdolling, Kibbenbrock y Krechting han recibido el título de condes. El rey dice que pronto guiará al pueblo elegido a través del Mar Rojo de los ejércitos enemigos y conquistará Alemania entera. Ha asignado ya los principados a sus más fieles.

La rabia y el temor van trocándose en un peso muerto que me arrastra con él. Estoy abatido, pero no es esto todo lo que leo en la expresión férrea, en esa belleza altiva y madura.

—Rothmann dijo que había que seguir las costumbres de los patriarcas de las Escrituras. Id y multiplicaos, dijo, que cada hombre tome todas las mujeres que se vea

capaz de satisfacer, para aumentar el número de los elegidos. El rey tiene quince mujeres, todas ellas poco más que unas niñas. Rothmann, diez, y así todos los demás. Si mi marido no hubiera vuelto dentro de un mes, también yo le habría tocado en suerte a alguno de ellos.

Las manos de Adrianson, blancas de la tensión, quieren hacer trizas la repisa de la chimenea.

—Ah, gritamos, sí, gritamos que eso no era justo. Margharete von Osnabrück dijo que si el Señor quería la procreación, entonces también las mujeres debían poder elegir a más de un marido.

Se traga la compasión con su suspiro contenido:

—Les escupió en la cara a los predicadores y se les meó encima a los que fueron a prenderla. Sabía lo que le esperaba, pero no quiso callarse. Gritó a toda la ciudad, mientras la llevaban a rastras, que las mujeres de Münster no habían luchado al lado de sus hombres para convertirse en vulgares concubinas.

Una nueva pausa, conteniendo las lágrimas de odio. Hay una dignidad infinita en esas palabras, la dignidad de quien ha compartido el gesto extremo de un hermano, de una hermana.

—Murió dirigiéndoles a su vez palabras asesinas. La siguieron muchas que prefirieron morir insultando a los tiranos antes que aceptar sus leyes. Elisabeth Hölscher, que se atrevió a abandonar a su marido. Katharina Koekenbecker, que vivió con dos hombres bajo el mismo techo. Barbara Butendieck, denunciada por el marido porque se atrevió a llevarle la contraria. A ella no la han ajusticiado, no. Se ha salvado porque estaba embarazada.

Solo el crepitar del fuego. El hondo respirar del pequeño Hans en la camita. El batir de la lluvia en el tejado.

—¿No se ha rebelado nadie?

Asiente:

—El herrero Mollenhecke. Juntamente con otros doscientos. Consiguieron encerrar al rey y a su séquito en el Ayuntamiento, pero luego… ¿Qué podían hacer? ¿Abrirle las puertas al obispo? Ello significaba condenar a la ciudad a muerte. No se veían con fuerzas. Alguien liberó al rey y dos horas después sus cabezas rodaban en la plaza pública.

Peter Adrianson recoge la vieja espada con la que luchó en las barricadas en febrero. En la cara las arrugas del cansancio ahuyentado.

—Mándame que lo mate, capitán.

Me pongo en pie. Lo que queda por hacer.

—No. Tu mujer y tu hijo no sabrían qué hacer con un mártir.

—Tiene que pagarlo.

Me dirijo a Greta:

—Recoge vuestras cosas. Os iréis esta noche.

Adrianson aprieta la empuñadura, cegado:

—Nos ha jodido, no puede librarse de esta.

—Llévate a los tuyos lejos de aquí. Es mi última orden, Peter.

Querría llorar, mira a su alrededor: la casa, los objetos. A mí.

—Capitán…

Greta está lista, el hijo en brazos, envuelto en una manta. Quisiera que Adrianson tuviera fuerzas en estos momentos.

—Vamos. —Lo arrastro por un brazo, salimos bajo el diluvio, echo a andar. Vamos pegados a las paredes a lo largo del recorrido que parece interminable.

En una esquina, a la mujer de Adrianson le da un vuelco el corazón.

Por instinto la mano a la espada. Dos formas bajas encapuchadas.

Una sostiene un farol. Se acercan, pasos cortos en el barro.

La luz alzada hacia nuestros rostros. Entreveo unos ojos jóvenes, mejillas lampiñas. No más de diez años.

Un estremecimiento.

Una niña apunta con el índice el hato que Greta aprieta contra su pecho. Un dedo pequeño y blanco.

Terror en los ojos de la mujer. Aparta el borde de la manta y muestra a Hans, aterido de frío.

La otra no aparta la mirada de mi cara.

Ojos azules. Mechones rubios chorreando agua de lluvia.

La indiferencia altiva de un hada.

Puro horror.

El instinto de aplastarla. De matar.

El corazón como un bombo.

Siguen su camino.

En la Ludgeritor.

Han descargado nuestros carros, los animales han sido puestos a cobijo bajo un cobertizo.

—¡Alto ahí! ¿Quiénes sois?

—Capitán Gert del Pozo.

Me acerco, de manera que pueda reconocerme. Hansel, el rostro espectral del hambre.

—Vuelve a enganchar las caballerías a uno de los carros.

Dubitativo:

—Capitán, lo siento, nadie puede salir.

Señalo el hato que Greta aprieta contra su pecho.

—El pequeño tiene el cólera. ¿Acaso quieres hacer estallar una epidemia?

Aterrorizado, corre a llamar a sus compañeros. Son enganchadas las caballerías.

—¡Abrid la puerta, rápido!

Empujo a Adrianson sobre el carro, arrojándole las riendas en la mano.

—Vete lo más lejos que puedas.

Sus lágrimas se mezclan con la lluvia que chorrea de la capucha: —Capitán, yo no te dejo aquí…

Le aprieto con fuerza el borde de la capa:

—No te niegues a ti mismo aquello por lo que has luchado, Peter. La derrota no vuelve injusta una causa. No lo olvides jamás. Ahora vete.

Doy un fuerte golpe en un anca del caballo.

No noto ya la lluvia. El aliento me precede por la calle que lleva a la plaza de la catedral. Nadie. Como si estuvieran todos muertos: un único cementerio mudo.

El tablado sigue al amparo de la iglesia, pero ahora destaca al fondo un pesado baldaquino que cubre el trono. Debajo, hay grabado en letras claras el nombre del lugar al que las mentes de esta gente han decidido emigrar: EL MONTE DE SIÓN.

Paso más allá, hasta que un ruido y una luz de fiesta me llegan desde lo alto, desde las ventanas de la casa que fue del señor Melchior von Büren.

He encontrado la corte del Rey Juglar.

Ciñe la corona.

Lleva un manto de terciopelo.

El cetro en la mano, una esfera rematada por una cruz y dos espadas le cuelgan del cuello. Lleva un anillo en cada dedo, todos los rizos de la barba esmeradamente cuidados, las patillas enrojecidas, antinaturales, como un cadáver embellecido.

Está sentado al centro de la gran mesa, puesta en forma de herradura, atestada de montones de huesos mondos y lirondos, escudillas llenas de grasa de oca, vasos y jarras con restos de vino y de cerveza. El hocico inmóvil de un cochinillo en el asador destaca en medio de la sala. A la diestra del rey, la reina Divara, vestida de blanco, más hermosa de lo que puedo recordarla, una guirnalda de espigas como broche en el pelo. A la siniestra, un pequeñajo enfurruñado: el famoso Dusentschnuer seguramente. Las mujeres están sentadas al lado de los cortesanos y sirven el vino a sus amos y señores.

Al fondo de la sala, en el trono de David, está sentado con desparpajo un chiquillo, las

piernas a horcajadas en los brazos del asiento. Juguetea aburrido con una moneda. El traje demasiado grande está recubierto de adornos de oro, las mangas arremangadas sobre los codos. A duras penas consigo reconocer a Seariasub, el favorito de Beuckelssen, salvado del destino de los viejos creyentes en un día de invierno.

El rey se pone en pie apoyando las manos en la mesa. Levanta la cabeza en busca de miradas con las que cruzarse. Inquietud entre los comensales. Ojos bajos.

—¡Krechting!

El ministro se sobresalta. Todos los demás respiran. El rey urge: —¡Para el ducado de Sajonia, Krechting!

Imitando marcadamente un acento aldeano:

—«¿Por qué, pues, tantos clamores? ¿No hay un rey en ti o te falta tu consejero, que te dueles como mujer en parto? Duélete y gime, hija de Sión, como mujer en parto, porque vas a salir ahora de la ciudad y morarás en los campos, y llegarás hasta Babilonia, pero allí serás librada, allí te redimirá Yahvé del poder de tus enemigos.» ¿Quién soy? ¿Quién soy?

Krechting se ruboriza mientras mira la pierna de cordero descarnada que tiene delante de sus narices, le da con el codo al vecino en busca de una sugerencia.

El rey, disgustado:

—Es suficiente, no lo sabe…

La mirada escruta la gran mesa.

—¡Knipperdolling! ¡Para el electorado de Maguncia!

Con la punta del cetro hace tintinear la jarra. Luego la hace pedazos de un golpe seco. El agua se derrama sobre la mesa.

—«¿No está entre nosotros Yahvé?»

El burgomaestre se apresura a responder:

—¡Sí, sí!

—¡No, tienes que decirme quién soy, quién soy!

Envuelto en una hopalanda de brocado, probablemente hecha con la tapicería de casa de Von Büren, Knipperdolling se atusa nerviosamente la barba. La imponente panza de otrora cae ahora fláccida como la papada. El sombrerucho negro le cae blandamente a los lados, como las orejas de un mastín. La mirada apagada, de perro apaleado. Un viejo animal chocho y cansado. Trata de lucirse con una respuesta: —¿Isaías?

—¡Noooooo!

Está nervioso. Derriba la mesa:

—¡Palck! ¡Para Güeldres y Utrecht!

Se abalanza sobre la cabeza del cochinillo y emprende una lucha desesperada con grandes rugidos y gritos hasta que la parte en dos. Deja caer los pedazos y se vuelve de

golpe: —¿Quién soy, quién soy?

El diácono está visiblemente ebrio, no consigue mantenerse en pie si no es tambaleándose y tiene que apoyarse en la mesa. Una sonrisa de complacencia: —¡Sí, sí, esta es fácil: Simeón!

—Respuesta equivocada, imbécil.

Recoge una costilla de cerdo y se la tira. Suspira hondo y se vuelve hacia Rothmann, poco menos que escondido al fondo de la gran mesa.

—Bernhard…

Un viejo cuerpo agotado, embutido en el sucio traje, la muerte pintada en el rostro, los ojos diminutos. Parece haber pasado años desde que un afable predicador acogió a los discípulos de Matthys en Münster y otros tantos desde que el convento de Überwasser fue deshabitado por sus palabras.

—Miqueas, Moisés y Sansón.

El rey aplaude, inmediatamente seguido por todos los demás.

—Bien, bien. Y ahora, Divara, reina mía, haz de Salomé. ¡Vamos, vamos, Salomé! ¡Música, música!

Divara se sube a la mesa y comienza a hacer rápidas evoluciones y a moverse insinuante al son del laúd y de la flauta. El vestido resbala sobre sus hombros, las piernas quedan al descubierto. Azota el aire con los cabellos y junta las manos sobre la cabeza, la espalda enarcada.

La danza de Salomé para conseguir la cabeza de Juan.

De Jan Beuckelssen, sastre y rufián de Leiden, comediante, apóstol de Matthys, profeta y rey de Münster.

De Jan y de todos los demás.

Una pila de cadáveres. Ella lo sabe.

Contemplo a la muerte danzar, elegirlos uno a uno, hasta que decido salir de la sombra y dejar que reparen en mí.

Es la primera en detenerse, de golpe, como si hubiera visto un fantasma. Los comensales, de piedra, boquiabiertos y mirándome redivivo, viéndome por un instante a través de mis ojos: unos flojos, locos, condenadamente necios.

Y de nuevo ella, me obsequia con una leve sonrisa, como si estuviéramos nosotros dos solos.

Llévatelos, a todos.

El ojo de Carafa

(1535)

Carta enviada a Roma desde la ciudad de Münster, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 30 de junio de 1535.

Al ilustrísimo y reverendísimo señor Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Señor mío meritísimo:

Cuando tengáis en vuestras manos estas hojas, estoy seguro de que habrá llegado a oídos de Vuestra Señoría la noticia del final del Reino de Sión en la ciudad de Münster, ya que la atención de todos los estados sobre la suerte del cerco es enorme, y muy en particular la atención de Vuestra Señoría por los avatares que le afectan. Apelo, pues, a dicho interés, y a la natural curiosidad de un hombre cultísimo e instruido, a fin de que esta carta mía pueda ser de alguna utilidad, exponiendo algunos detalles que me han parecido significativos en estos últimos meses de silencio, y sin olvidar que Vuestra Señoría ha dado siempre muestras de apreciar grandemente las informaciones de primera mano, aun a sabiendas de que los acontecimientos más inquietantes son aquellos sujetos a verse enriquecidos con detalles inexistentes, falsas interpretaciones, superposiciones fabulosas.

Permítaseme dar comienzo al relato con una reflexión casi íntima, que servirá sin duda a Vuestra Señoría para leer en su justa luz cuanto vaya exponiendo, a saber, que nunca, en los treinta y seis años que Dios ha tenido a bien concederme, he vivido meses tan fatigosos para el cuerpo, ni tan postradores para la mente e inquietantes para el espíritu, como le sucede a un hombre en su sano juicio que debe hacerse el loco entre los locos. Ese hombre, por más rigurosamente que vigile las regiones de su espíritu, incubará a menudo la terrible sospecha de haber perdido irremediablemente su propia naturaleza y, asumiendo de forma espontánea las actitudes de las multitudes y

estrechando amistad con personas enfermas, de acabar comprendiéndolas mejor que a las mismas personas cuerdas. Así pues, la vuelta a la normalidad no le será ni fácil ni inmediata.

En los meses decisivos de la caída de Münster he visto las reservas de alimento hacerse cada vez más magras, al mismo tiempo que los rostros de sus habitantes. Vi en una semana desaparecer todos los ratones de las calles de la ciudad y empecé a sospechar que no por una simple manía, sino por un cálculo lúcido, Jan Beuckelssen se puso a hacer ajusticiar a un número cada vez mayor de súbditos desobedientes: menos bocas que alimentar y más carne que comer.

Puedo decir que, en el caso de que el frente de los anabaptistas hubiera sido verdaderamente sólido, mi tarea habría resultado mucho menos pesada. Habría identificado fácilmente al pueblo atrincherado dentro de las murallas con la milicia de Satanás y a los mercenarios acampados fuera de ellas con las huestes del Señor. Pero teniendo en cuenta cómo anduvieron las cosas, se hizo cada vez más difícil en cambio no considerar al rey de Sión y a su corte como los únicos verdaderos enemigos, juzgando al resto de los sitiados como una grey inconsciente. La tremenda locura de Beuckelssen hacía menos horrible la locura anabaptista de todos los demás.

Así, en más de una ocasión, mientras le oía prometer a su gente que las piedras del empedrado se transformarían para ellos en pan y muslos de faisán, sentí un deseo irreprimible de matarlo, de hacerlo desaparecer de la faz de la tierra, para liberar a muchas pobres gentes de aquel yugo, soportado únicamente por la presencia de un peligro mayor fuera de las murallas.

Ello no obstante, precisamente quien esto escribe a Vuestra Señoría fue responsable en primera persona de la ruptura que se creó dentro de la ciudad. Desde la llegada de Jan Matthys comencé a ganarme las simpatías del primer predicador de la comunidad, Bernhard Rothmann, un hombre de fina inteligencia y gran cultura, al que ya me referí en mi última carta, hará ahora más de un año. Cuando vi el modo en que este era dejado de lado por el nuevo profeta Matthys, me di inmediatamente cuenta de que una sabiduría semejante podía volverse útil para mis planes. Habría podido echar leña al fuego de la insatisfacción del caudillo fracasado, del hombre de Biblia marginado por unos toscos alcahuetes y panaderos. Pero Rothmann enfermó de gravedad, y juntamente con la salud comenzaron a faltarle también las ganas de salir y de luchar. Acabó por contentarse con hacer de teólogo en la corte de Jan de Leiden. Y sin embargo, ninguna persona culta, y por si fuera poco débil y cansada, podía soportar por mucho tiempo el espectáculo del

Reino de Sión.

No sé cómo se me ocurrió la idea de la poligamia, probablemente me inspiró la leyenda de que los anabaptistas, aparte de los bienes, tenían también en común a sus mujeres. Discutí largamente con Bernhard Rothmann acerca de las costumbres de las Sagradas Escrituras en materia de matrimonio, hasta que el predicador aconsejó a Beuckelssen dicho procedimiento, tan odioso como para poner al pueblo contra él. Desde entonces todo se vio sumergido en una marea de sangre, y Rothmann acabó por tomar catorce mujeres. Pero el espíritu de la ciudad sitiada, que había resistido hasta aquellos momentos compacta a los ataques del obispo Von Waldeck, no volvería a conocer ya la unidad en ningún otro momento.

Así, no hubiera hecho falta ningún traidor, con solo que las fuerzas sitiadoras hubieran estado mejor organizadas y menos atemorizadas por el fracaso. Y sin embargo, el cerco parecía destinado a no acabar nunca. Es cierto que la Nueva Sión estaba ya a punto de caer a causa del hambre, pero no lo es menos también que la mordaza estrechada por las tropas del obispo obtuvo éxito, al cabo de un año, resultando realmente eficaz, pero a la larga un ejército mercenario acostumbra a descomponerse y perder vigor con los repetidos retrasos en el cobro de la paga.

Llegué al campamento de los episcopales al amanecer del 24 de mayo, con los arcabuces de los mercenarios apuntándome a la cabeza y los gritos de los centinelas de la ciudad que me instaban a volver atrás. Vencí la desconfianza del capitán Wirich von Dhaun construyendo modelos de arcilla de las fortificaciones de Münster y describiendo pormenorizadamente los puntos flacos en el servicio de centinela. Tuve que confirmar la exactitud de cuanto decía trepando de noche a lo alto de los bastiones de la ciudad y saliendo ileso por una de sus puertas.

Un mes más tarde las tropas episcopales han hecho su entrada en Münster. De la batalla que se ha librado intramuros, no tengo detalles que ofrecer, por cuanto no me ha sido dado asistir a ella. Lo que ha sucedido a continuación, en cambio, es algo que ningún ojo humano querría ver nunca y boca alguna podrá describir jamás. Las persecuciones, los asesinatos, las matanzas se suceden todavía hoy. Todos son exterminados en el sitio. Tan solo Beuckelssen y sus hombres de más confianza, como Krechting y Knipperdolling, han sido capturados con el fin de someterlos a interrogatorio. En la hora fatal, al rey de los anabaptistas no se le ha visto combatir en la plaza junto con los denodados defensores de la ciudad, sino que ha sido descubierto en la sala del trono, escondido debajo de una mesa, implorando que no le hicieran ningún daño a un pobre sastre y

miserable rufián. Respecto a Bernhard Rothmann, su suerte es materia para las más variadas conjeturas: no ha sido hecho prisionero y su cadáver no aparece por ningún lado, pero no falta quien dice haber visto a un húngaro clavarle una espada entre las paletillas y luego, reconociéndolo como a uno de aquellos que el obispo había ordenado apresar vivos, apañárselas para esconder el cuerpo.

En todos los callejones yacen cadáveres y la ciudad apesta de un hedor insoportable. En la plaza central se alza una pila de cuerpos blancos, desnudos y amontonados unos sobre otros.

La llegada del obispo Von Waldeck no puede decirse que haya contribuido mucho más a la salud de Münster. Todavía hoy las calles de la ciudad están vacías incluso a mediodía y los tenderetes de venta de hortalizas no han vuelto a comparecer bajo los pináculos del Ayuntamiento. Deberá pasar mucho tiempo antes de que vuelva a verse vida en Münster, aunque los trabajos de reconstrucción de la catedral han dado ya comienzo. Trato todavía de recuperar las fuerzas y la decisión perdidas en este carnaval de muerte, pero la danza macabra de esta ciudad nos arrastra a todos en su vertiginoso girar, como un contagio de peste, como si el olor a cadáver trocara también en cadáveres a los vivos.

Y así será para los anabaptistas de aquí y de los Países Bajos, ahora que el faro de su esperanza se ha apagado. Muchos defensores de Münster, mandados por Beuckelssen a instigar a las gentes de Holanda, están dando todavía vueltas actualmente por esas tierras, pero sus días están contados y cada vez son menos los locos que quieren prestarles oídos. He aquí por qué creo que la suerte de esta execrable herejía está ya marcada y el peligro extinguido.

Por igual motivo creo haber dado fin a la tarea que Vuestra Señoría me asignara, una tarea a la que he sacrificado todas las fuerzas tanto del cuerpo como de la mente, hasta haber sido puesto profundamente a prueba por la horrenda tragedia de la que he sido espectador y comparsa. Por consiguiente, no le será difícil a mi Señor comprender las razones que me impulsan a solicitar el ser apartado del nauseabundo y mortífero olor de estas tierras, y de continuar sirviéndole, si es que pueden volver a ser todavía alguna vez útiles mis servicios, en otros lugares y circunstancias.

Encomendándome a la benevolencia de Vuestra Señoría, beso humildemente sus manos.

Dado en Münster, el 30 de junio del año 1535,
el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Capítulo 40

Amberes, 28 de mayo de 1538

—No esperé al final. Abandoné Münster a principios de septiembre. No he vuelto a poner nunca más los pies allí.

Eloi me enciende un cigarro con una brasa del hogar. Las volutas se elevan amplias, mientras saboreo el gusto de la gran paz que desciende lenta por mis miembros. No me esperaba encontrar aquí este agradable producto de las Indias.

Las golondrinas vuelan bajas sobre los tejados jaspeados por el ocaso, señal de que lloverá. El chirrido regular de algún carro que pasa por la calle, voces, un ladrido lejano.

He pasado revista a los nombres, los rostros, las sensaciones, anidadas en los surcos de las cicatrices. Algo ha desaparecido, olvidado para siempre en el fondo del oscuro pozo.

La memoria. Una alforja llena de quincalla que se desborda por casualidad y termina por maravillarte, como si no hubieras sido tú quien la hubiera recogido y transformado en objetos preciosos.

Sonrío al tiempo, a las empresas trágicas, a los héroes casuales de otras épocas. Sonrío.

Eloi sabe conceder el tiempo necesario, no es fácil encontrar un hombre que sepa escuchar una historia contada al amor de la lumbre.

Rompe el silencio humoso que nos envuelve:

—¿Y luego?

—Me hundí. Sin conseguir pensar, sin preguntarme ya nada. Y como yo muchos otros, escapados a tiempo de la ciudad de los locos, a la desbandada, agotados. Llevábamos

dentro el resquemor de aquella gran ocasión desperdiciada, una gangrena lenta que nos roía la mente. Ya no teníamos un lugar en el mundo.

En los Países Bajos había desórdenes, parecía que todo fuera a estallar de un momento a otro. Por eso nos encontramos todos allí, sin rumbo, reuniendo nuestros pedazos. En Holanda la discusión entre los hermanos hervía más que nunca: de un lado, los defensores de la vía pacífica, con Philips y Joris; de otro, los más resueltos, los irreductibles que hubieran querido empuñar las armas. Los reclutaban por la calle, jóvenes, dispuestos a todo.

Eloi me interrumpe con un golpe de tos:

—Te olvidas de nosotros. Joris me odiaba, todavía me odia. Espera, espera, ¿cómo me definió? «Un libertino dedicado a la coyunda y a la francachela.» ¡ Yo no habría sabido decirlo mejor!

Sonríe, ahora puedo hablarle ya solamente de hechos que conoce bien.

—Luego en diciembre llegó Va n Geelen, ese gran limburgués al que había conocido en Münster, adonde había llegado buscando una esperanza para los oprimidos y donde no encontró más que a un viejo Dios enloquecido devorador de hombres. La consigna de Beuckelssen era hacer nuevos prosélitos entre las comunidades de los hermanos holandeses, pero la Nueva Sión no iba a verlo morir como un ratón por hacer realidad las locuras de un comediante. No tenía ninguna intención de volver.

»Y así reanudé la lucha, pues no sabía hacer ya ninguna otra cosa, seguía combatiendo.

»En marzo del treinta y cinco estábamos en Bolsfard, tomando el monasterio de Oldeklooster. Nos quedamos atrincherados allí durante una semana. Van Geelen pensaba que desde una posición tan estratégica íbamos a poder dominar el golfo y mientras tanto hacer sublevarse a Frisia, donde los campesinos estaban ya rebelándose. Pero los campesinos se revelaron más difíciles de controlar de lo previsto.

»En mayo tomábamos el Ayuntamiento de Amsterdam. El plan de Van Geelen preveía que el pueblo se alzaría y se uniría a nosotros. Esto sería tarea mía, y mientras tanto él se atrincheraría en el palacio municipal y pondría en jaque a la guardia ciudadana.

»Fue un desastre absoluto, el último acto. Nadie nos siguió. Van Geelen estaba en un error: los humildes no tenían la menor intención de arriesgar sus vidas por nosotros, habíamos recorrido un camino demasiado largo, habíamos ido demasiado lejos, sin reparar entretanto en que las termitas del miedo y de la miseria iban minando los ánimos a fondo. Los ocupantes resistieron hasta el último golpe, y al final intentaron una salida con arma blanca. Los asesinaron a todos.

»No podía hacer nada, Van Geelen estaba muerto, tenía conmigo una treintena de hombres mal armados y una vieja barcaza de pesca. En esas circunstancias tomé la decisión de disolver la compañía: con un poco de suerte alguien se salvaría, pues si

permanecíamos juntos no íbamos a tardar en ser identificados y apresados. Lo comprendieron, nadie hizo preguntas. Esa fue la última orden del capitán Gert del Pozo.

Eloi trata de sonreírme:

—¿Otro nombre?

—Ningún nombre. Ningún amigo. Los soldados batían minuciosamente la región, no había ningún lugar seguro, cualquier campesino podía traicionarte, cada caminante encontrado por el camino podía ser un cazador de recompensas que iba tras tus pasos.

»Caminaba durante días, dormía en los heniles, pedía limosna para poder comer. No tenía ya noticias de los hermanos, no sabía qué estaba sucediendo fuera del lugar concreto en el que me encontraba. También el sentido de la orientación comenzó a traicionarme, mi mente se nublaba. Lo único que sabía era que estaba caminando hacia el norte. Sin embargo, lo había perdido todo. Münster, mis hombres, Van Geelen, los hermanos que en Amsterdam habían creído en mí. Acabado. Después de cuatro días de ayuno las piernas comenzaron a no sostenerme ya, vi cosas que me anunciaban la locura inminente. Estaba muerto, un fantasma, daba igual tumbarse en el suelo y esperar. Ya no había razón para seguir forzándome a sobrevivir.

»Me encontraron allí en el barro, herido, exánime. Podía esperarme la cuchillada de algún bandido: casi lamenté no llevar nada encima que valiera la pena robar. No me hicieron el favor de darme la puntilla, me recogieron y me llevaron con ellos.

Dejo que el cigarro se apague sobre la chimenea, el recuerdo es confuso, diríanse acontecimientos vividos en el sueño:

—«Y vi delante de mí un flaco y derrengado caballo. Quien lo cabalgaba se llamaba Muerte y detrás venía el Infierno.»

Eloi está serio, acurrucado, un depredador nocturno hundido en el sillón. Le oigo murmurar aquel nombre:

—Jan Van Batenburg.

—Los Armados de la Espada. Una compañía harapienta de veteranos de la guerra, casi todos escapados de Münster, los supervivientes que caminan formando columna detrás del último jinete del Apocalipsis que ha quedado en pie. Nuestro tiempo había acabado, como había dicho Jan Matthys. Lo único que podíamos creer era que el misterio de la iniquidad se había extendido por la tierra, una cabeza tras otra, un hermano tras otro, para conducirnos finalmente a esa furia ciega. No quedaba más que consagrarse a la muerte del mundo y juramentarse para hacerlo saltar por los aires. Íbamos a terminar así, espada en mano y el culo apedazado, borrachos impávidos y grandiosos, mientras quedara aliento para combatir. No esperábamos ya nada, estábamos más allá del Apocalipsis, lejos de todo, puros y simples asesinos. La inocencia no podía existir ya, a nuestros ojos se transformaba en cobardía, condenación. Así escupíamos lo que quedaba de nuestras vidas

a la cara de quien permanecía.

Eloi ha desaparecido en la sombra, al fondo del sillón, tengo la impresión casi de oírle estremecerse.

—No guardo un nítido recuerdo de aquel período, no es posible. Maté, torturé, aniquilé. Vi arder aldeas enteras, el terror de los campesinos que escapaban tan pronto como nos avistaban en el horizonte.

Vi empalar a frailes como si fueran cerdos en el asador, vi el espantajo del Caballero Pálido galopar por las laderas de las colinas, y nosotros detrás de él, por el borde de aquellos abismos, señalando los límites de la santidad. Después de Matthys y de Beuckelssen, el tercer Jan de mi vida: la tercera maldición. Cuando finalmente fue apresado, se rió en la misma cara de la tortura y de la muerte. Lanzó aún un grito de victoria desde el patíbulo: yo lo oí…

Me relajo en el sillón estirando las entumecidas piernas.

—Y esto es realmente todo, gloria y miseria.

Escucho el silencio. Estoy cansado.

Su voz sin rostro acuna el cansancio:

—Es la historia más grandiosa que haya oído jamás. Y tú eres sin duda la persona que andaba buscando.

Entorno los ojos, pero solo es una mancha más oscura tras el escritorio:

—Estoy cansado, Eloi. Demasiado cansado.

—Estás vivo. Y eso es lo que cuenta.

Estoy cansado.

El pasillo que me separa de la cama es larguísimo, la tenue luz de la vela apenas lo ilumina, mientras lo recorro a tientas.

Estoy cansado.

Y sin embargo presiento que no conseguiré conciliar el sueño. Las ganas de saber de Eloi han despertado también las mías. Münster cayó el 24 de junio de 1535. Gert del Pozo se había largado hacía nueve meses. ¿Y todos los demás?

A los golpes en la puerta responde una voz adormecida.

—¿Quién es?

—Soy Gert.

La luz de una vela se añade a la mía, escruto el rostro arrugado de Balthasar Merck. Sin preguntar nada, el viejo baptista señala una silla al lado de la cama.

—Siéntate, pero dudo de que pueda serte de alguna utilidad.

—Una cosa nada más: ¿quién se salvó?

Deposita la vela sobre la mesilla de noche y se sienta en el borde de la cama masajeándose el rostro.

—Lo único que puedo decirte es que nosotros éramos cinco: el joven de los Krechting, el molinero Skraup, Schmidt el armero, el grabador Kerbe y yo. Todos hombres de Krechting. A Kerbe lo apresaron en Nimega, al poco de habernos separado. Me enteré de que estaba preso allí. Supe que Schmidt y Skraup fueron ajusticiados en Deventer hace dos años. Krechting sé que anda por ahí y hay quien dice que también Rothmann: su cuerpo no estaba entre los cadáveres de Münster.

—¿Ninguno de los míos?

Sacude la cabeza:

—No tengo ni idea. Algunos de ellos ni siquiera estaban en la ciudad. Beuckelssen los había echado porque sentía verdadero temor de ti.

—Gresbeck, los hermanos Brundt…

Asiente con la cabeza:

—Ellos volvieron a tiempo para asistir al delirio final. Esperaban encontrarte, pero tú habías partido para no volver más.

—¿Por qué se quedaron?

—Gresbeck y los Brundt intentaron largarse, pero los episcopales les echaron el guante al salir de la ciudad. Un triste final.

Suspiro extenuado, sin fuerzas ya para imaginar, las preguntas salen automáticamente:

—¿Qué frente cedió?

—La Kreuztor y la Judefeldertor, el punto más desguarnecido de las murallas: alguien debía de haber informado a los episcopales. Una unidad penetró por la noche y al alba abrió las puertas al grueso del ejército. La carnicería duró días. Yo confié a mi mujer enferma a los cuidados de una beata, arrancándole la promesa de que no la denunciaría, y me escapé con los demás. Hace tres años que no tengo noticias suyas.

Me quedo en silencio, escuchando el borbotear remoto de los recuerdos, saboreando esa solidaridad amarga de quienes regresan de la guerra.

Me levanto, casi arrepentido:

—Perdóname.

—Capitán…

Me vuelvo: sus ojos están hinchados por el cansancio y las lágrimas.

—Dime que aquello por lo que nos batimos no era una equivocación.

Aprieto la mandíbula, los puños cerrados.

—Nunca lo he pensado, ni por un instante.

El mar (1538)

Capítulo 41

Amberes, 29 de mayo de 1538

Asomo del alba. Cielo plomizo. Las preocupaciones penetran en el sueño y retiran las mantas.

Kathleen duerme, espectáculo increíble de cabellos, boca y tenue respiración.

Levantarse despacio, para no despertarla. Frío intenso de las primeras horas de la mañana que lo vuelve a uno jiboso, se apodera de las entrañas, nos hace envolvernos en una gran piel de carnero, mientras arrastras los pies en busca del bacín donde mear, de un poco de agua para frotarse los ojos y de un poco de leche caliente que te haga renacer. Han pasado los años, levantarse de la cama ya no es tan fácil como en otro tiempo: alguna vez el frío afecta a las articulaciones, reumas que cortan en seco el movimiento te indican que la cuerda ha permanecido tensa durante demasiado tiempo. Músculos y achaques hacen causa común, diciéndote que el quinto decenio de la vida deberías tomártelo con calma si no quieres quedarte en una cama doblado antes de que hayas perdido la razón. Un miserable final ese, terrible.

Y entonces quedarse. Quedarse aquí, demasiado viejo para aprender un oficio y demasiado cansado para reanudar la lucha. Tal vez el buril y el torno, pero no la espada, esa se la dejo a la herrumbre del canal donde la he arrojado.

Magda observa en silencio, los ojos abiertos de par en par por la curiosidad, mientras introduzco el último perno entre el brazo y el hombro de la marioneta articulable.

—¿Para quién es? —pregunta sacudiendo los rizos con instintiva coquetería.

—Es para vosotros, niños —respondo yo—. Pero tú serás su mamá, ¿te parece bien?

—¡Síií! —Un sonido agudo que perfora los oídos y el chasquear de un beso en la hirsuta mejilla.

Ninguna niña me ha besado jamás.

Eloi mira y sonríe, mientras avanza entre las columnas del soportal. No tiene tiempo de saludar, cuando ya Magda anda dando saltitos delante de él y agitando el títere de madera:

—¡Mira, mira! ¡Lo ha hecho Lot!

Eloi se arrodilla para mover los brazos de la marioneta:

—¿Es tuya?

—Es de todos los niños —responde Magda tal como le ha sido enseñado—. Pero la cuidaré yo. Lot ha hecho las cucharas y las escudillas para mamá, ¿lo sabías?

Eloi asiente, mientras la pequeña corre a enseñarles a todos el nuevo juguete.

Un pensamiento en voz alta y un gesto de los brazos:

—Esta es mi aventura. En los últimos diez años no he hecho otra cosa.

Irónico:

—No es poco…

—No sé si es poco o mucho. Lo cierto es que mi historia no está a la altura de la tuya.

Le tiendo la mano con una risa maliciosa:

—Si quieres cambiármela, cerramos el trato en un abrir y cerrar de ojos.

Me mira serio:

—No, no es tu pasado lo que quiero, sino comprender únicamente por qué extraña alquimia lo que tú has vivido no me ha implicado a mí, y viceversa.

—Bien. Y si lo consigues, trata también de explicarme a mí cómo es que nunca hay nada parecido a esto en mi pasado: Magda, Kathleen, este lugar…

—Hemos nacido y crecido en dos mundos distintos, Lot. Por una parte, los señores, los obispos, los príncipes, los duques y los campesinos. Por otra, los mercaderes, los ricos banqueros, los armadores y los asalariados. Amberes y Amsterdam no son Mühlhausen y tampoco Münster. Esta ciudad es el puerto más importante de Europa. No hay día que no sean cargadas naves enteras de lana, seda, sal, tapices, pieles y carbón. En treinta años los mercaderes han transformado sus tiendas en agencias comerciales, las casas en palacios, los bajeles en naves de gran cabotaje. Aquí no hay un orden antiguo e injusto que poner patas arriba y tampoco hay patanes a los que instalar en los tronos. No hay que llevar a cabo ningún apocalipsis, porque se ha hecho realidad desde hace un tiempo.

Lo interrumpo con un manotazo en la rodilla:

—¡Ya sé dónde oí hablar de ti por primera vez! Fue a Johannes Denck, en Mühlhausen, al referirse al modo en que seducías a los mercaderes de tu tierra. Los convenciste de que sin dinero, en la ciudad, es imposible hacer nada.

Eloi se saca una moneda y le da vueltas entre las manos, la lanza al aire y la recoge varias veces.

—¿Ves? Al dinero no le puedes dar la vuelta: lo vuelvas del lado que quieras siempre muestra una cara.

Entorna los ojos para disfrutar del rayo de sol que se filtra por entre las ramas, mientras trata de encontrar un orden, un punto de partida para su relato.

Sonríe:

—Al principio pensaba en algo por el estilo de las comunidades hutteritas…

—¿Esos locos de la región de Nikolsburg?

—Ellos exactamente, viven completamente aislados del resto del mundo y afirman bastarse a sí mismos.

Con gesto afectado vuelvo todo el busto hacia él, visiblemente sorprendido:

—Acerca del dinero ellos no dirían ciertamente las mismas cosas que tú acabas de defender. ¿Qué te hizo cambiar de idea?

Busca las palabras, es difícil, comprende que deberá explicar muchas cosas, tal vez arriesgar a perderse en las circunvoluciones de un discurso demasiado extenso.

—El Apocalipsis no es un objetivo por alcanzar, lo tenemos entre nosotros. En los últimos veinte años he oído hacer tantos llamamientos al Apocalipsis, que si llegara hoy de verdad, haría falta Dios y ayuda para conseguir distinguirlo de la cotidiana suerte reservada a los mortales. El verdadero Reino de Dios comienza aquí —se pone el índice en el pecho—, y aquí —se toca la frente—. Ser puros no significa apartarse del mundo, condenarlo, para obedecer ciegamente a la ley de Dios: si quieres cambiar el mundo de los hombres debes vivirlo.

Me levanto para sacar agua del viejo pozo del centro del patio. Me duele toda la espalda, mientras tiro de la cuerda para alzar el cubo. Miro a Eloi: si no me hubiera dicho que tiene mi edad, lo habría creído mucho más joven.

—Si quieres convencerme de que Batenburg era un loco puedes ahorrarte la molestia, pues bien que lo sé. Pero quizá no tenía ideas muy distintas de las tuyas: creía que los elegidos eran ya puros, incapaces de pecar, creía estar ya en pleno Apocalipsis. Por esto mataba y cortaba el cuello sin pensárselo dos veces.

Bebe a sorbos el agua fresca:

—En todo aquel que exorciza en los demás el desprecio que siente por sí mismo, por las propias derrotas, en todo aquel que culpabiliza y juzga para no ser ni juzgado ni culpable, hay un cura que, por más que quiera disimularlo, grazna todavía entre los cuervos de la vieja fe. A todo aquel que muestra suficiente inteligencia como para comprender el mundo y demasiada poca para aprender a vivir no le cabe esperar otra cosa que el martirio. —Vuelve a sonreírme—. Yo no he hablado nunca de los elegidos. Lo único que

he dicho es que cada uno puede descubrir en sí el espíritu de Dios, que es libre, ajeno a cualquier código, incapaz de causar daño. He dicho que el pecado está en la mente del pecador.

Comienzo a comprender.

Continúa sereno:

—A los veinte años creía que Lutero nos había regalado una esperanza. No tardé mucho en comprender que se la había revendido enseguida a los poderosos. El viejo fraile nos ha desembarazado del Papa y de los obispos, pero nos ha condenado a expiar el pecado en soledad, en la soledad de la angustia interior, introduciendo un cura en nuestra alma, un tribunal en la conciencia que juzga cada gesto, que condena la libertad del espíritu en nombre de la inexpiable corrupción de la naturaleza humana. Lutero ha arrancado a los curas el hábito negro, únicamente para volver a coserlo en el corazón de todos los hombres.

Toma aliento, jugueteando con las virutas de madera del suelo. Tiene verdaderas ganas de decírmelo todo, como si quisiera recompensarme por mi relato. Y yo tengo ganas de escucharlo.

—Quisiera que comprendieras que tú y yo hemos partido de la misma desilusión. Los mismos que quisieron reformar la fe y la Iglesia, han reformado también el viejo poder, le han proporcionado una nueva máscara. Las esperanzas de vuestros anabaptistas eran legítimas: desmentir a Lutero y proseguir a partir de allí donde él se había detenido. Pero vuestra visión de la lucha os hacía ver el mundo en blanco y negro, cristianos y anticristianos. —Sacude la cabeza—. Una visión de este tipo sirve para ganar una batalla justa, pero no para hacer realidad la libertad de espíritu. Muy al contrario, puede construir nuevas prisiones del alma, nuevas obligaciones morales, nuevos tribunales. El sentido de todo esto se halla contenido en la historia que me has contado: Matthys, Rothmann, Beuckelssen, Batenburg… La diferencia entre un papa y un profeta radica únicamente en el hecho de que se disputan el monopolio de la verdad, de la palabra de Dios. Yo creo que esa palabra cada uno debe poder encontrarla por sí mismo. Me he quedado al margen de la contienda y he trabajado para esto. —Hace un gesto para abarcar el patio que nos rodea—. No te vayas a creer que ha sido fácil. He estado muchas veces a punto de ser encarcelado y durante muchos años he tenido que llevar una vida clandestina.

—Kathleen me ha hablado de ello.

Asiente:

—También fui procesado, en un par de ocasiones. Por vilipendio de las leyes municipales y estafa contra un mercader de paños. Me las apañé: gracias al hecho de que mucha gente que andaba por Europa usó mi nombre, incluido el viejo Denck, que en gloria esté. Estuve siempre en lugares distintos de aquellos en los que había tenido problemas con

las autoridades. En esto tú y yo nos asemejamos mucho.

Pienso en cuántos he sido, hasta el momento presente, pero no consigo recordar el número exacto.

—Yo he sido muchos y muchos has sido tú. Sí, la diferencia es mínima.

Nos sentamos en los escalones uno al lado del otro, recojo casi instintivamente una maderita y me pongo a cortarla con el estilete. El olor intenso a musgo que crece por todas partes en el jardín es embriagador, me gusta, me recuerda los bosques de Alemania.

Me doy cuenta de que quiere seguir, decirme algo más, algo para lo que ha esperado mucho tiempo.

—Desde Amberes todo parece más claro. Hasta un modesto constructor de tejados como yo puede darse cuenta de un montón de cosas que en otra parte pasarían inadvertidas. He aprendido a leer y a escribir, he aprendido a hablar, frecuentando a los mercaderes de esta ciudad, seduciéndolos con una vida libre y feliz. Pero sobre todo, he aprendido cosas nuevas del mundo, los hombres y las religiones. Mira, por aquí pasan mercaderes de todos los países, llegan y vuelven a partir mercancías de todo género: el cobre polaco que se dirige a Inglaterra y a Portugal; las pieles suecas para la corte imperial, el oro del Nuevo Mundo que es trabajado por los artesanos locales; la lana inglesa, los minerales de las canteras bohemias. Toda esta actividad mercantil da trabajo a un número incalculable de personas: comerciantes, armadores, marineros, artesanos, mozos… y naturalmente soldados, para garantizar la seguridad de los caminos, para conquistar nuevas tierras, para sofocar las revueltas. La vida de países enteros y poblaciones gravita en torno al comercio. El Imperio de Carlos Quinto sin el comercio de los Países Bajos no podría mantenerse en pie. Los Países Bajos son el pulmón del Imperio: la mayor parte de los impuestos, Carlos los saca de estas tierras, mejor dicho, de estos comerciantes y artesanos.

—¿Y por esto la rebelión fiscal contra el Emperador?

—Exactamente: están cansados de financiar sus guerras y el fasto improductivo de su corte.

Saca de nuevo la moneda y la lanza al aire recuperándola al vuelo:

—Pagar a los obreros, transportar los productos, armar una nave, reclutar una tripulación, poner en pie un ejército que defienda las cargas de los actos de piratería… Todo esto únicamente puedes hacerlo con una cosa: el dinero.

No sé por qué, pero cuando pronuncia esa palabra me recorre como un estremecimiento, el que te produce una verdad obvia y sin embargo siempre aterradora.

—Todos dependen del dinero: tanto los mercaderes como el Emperador, tanto los príncipes como el Papa, el lujo, la guerra y el comercio.

Se detiene, como si hubiera tenido una idea repentina.

—Si has terminado de tallar marionetas, me gustaría enseñarte una cosa.

Con la mirada perpleja, se levanta, me hace una indicación de que lo siga:

—Ven, nos sentará bien estirar un poco las piernas.

—Este es el puerto en el que circula la mayor cantidad de mercancías de toda Europa.

Nos paramos delante de una gran nave mercante de tres mástiles: el ir y venir de estibadores por la pasarela es impresionante, sacos a hombros, para un esfuerzo que se diría sobrehumano. El muelle está atestado de hombres en intensas negociaciones, de marineros y reclutadores. Entreveo a distancia una patrulla de españoles y tengo un sobresalto.

—No, no, tranquilo. En medio de todo este marasmo no pueden reconocerte. No es gente que busque complicarse la vida. Vive y deja vivir es su lema. Tú tuviste mala suerte, fuiste a caer en medio de una represalia. Ven.

Eloi me lleva ante un pequeño local de mampostería con un letrero descolorido: no consigo leer, nunca he aprendido bien la lengua escrita de estas tierras.

—Es una agencia de cambio. Los mercaderes pueden cambiar sus monedas inglesas, suecas o de los principados alemanes en florines o en cualquier otra moneda corriente, según sea el país en el que han llevado a cabo sus negocios. La moneda cambia, pero el dinero es siempre el mismo: no importa qué perfil haya sido estampado en ella.

Nos desplazamos hacia un gran edificio de tres pisos, esta vez consigo leer el letrero: CASA DE LOS MERCADERES Y ARMADORES.

—Aquí los mercaderes deciden qué empresas emprender: cuáles pueden ser los negocios más convenientes.

Empleamos los codos para salir de aquel maremágnum, las lenguas y los dialectos de media Europa nos rodean como un único canto incomprensible, una Babel al revés, en la que todos parecen comprender a todos.

—¿Ves esos carros? Pues vienen de Lieja. Transportan paños de lana elaborados por los tejedores de la región de Condroz: son apilados en esas naves, que a su vez vuelven a importar a Inglaterra la lana que los mercaderes de Amberes adquirieron de los criadores ingleses.

—¡Pero es absurdo!

Eloi se ríe sonoramente:

—No. Es ganancia. Tal vez un día los ingleses caigan en la cuenta de que les resultaría más conveniente desarrollar los talleres textiles en su propia casa, pero por el momento la cosa funciona así.

Proseguimos, alejándonos por el canal hacia el interior de la ciudad, a través de estrechas callejuelas donde los rayos del sol no consiguen llegar.

—Todo el mecanismo es movido por el dinero. Sin el dinero no se movería una aguja en Amberes y tal vez en toda Europa. El dinero es el verdadero símbolo de la Bestia.

—¿Qué pretendes decir con eso?

Nos paramos cerca de un puesto de venta de coles y salchichas ahumadas, su olor penetrante nos envuelve.

—¿Cómo crees que consiguió Carlos Quinto que lo eligieran emperador en el diecinueve? Pues pagando. Compró a los Príncipes Electores, alguien puso a su disposición una cantidad de dinero mayor que la que había ofrecido Francisco de Francia. ¿Y la guerra contra los campesinos? Alguien prestó a los príncipes alemanes el dinero para pertrechar a las tropas que os derrotaron. ¿Y cómo crees que financia Carlos Quinto su guerra en Italia contra los franceses? ¿Y la expedición contra los piratas sarracenos? ¿Y la campaña contra el Turco en Hungría? ¿Acaso crees que los mercaderes de aquí cuentan con tan grandes sumas como para equipar sus expediciones comerciales? Ni soñarlo. Dinero, ríos de dinero que es prestado a cambio de un porcentaje de los beneficios. Así funciona, amigo mío.

Hace rato que está esperando la pregunta:

—¿Quién posee un patrimonio semejante?

Mira derecho delante de nosotros, luego dirige el índice hacia el edificio que tenemos enfrente y murmura:

—Los bancos.

—Ahora puedes comprender dónde anida el Anticristo contra el que has luchado toda tu vida.

—¿Allí dentro? —Señalo el edificio imponente que tenemos enfrente de nosotros.

—No. En las bolsas que pasan de mano en mano dando vueltas por el mundo. Has luchado contra los príncipes y los poderosos. Te estoy diciendo que sin el dinero aquellos no serían nada, los habríais derrotado hace tiempo. En cambio, siempre hay algún banquero que les echa una mano financiando sus iniciativas.

—Eso está bien para las empresas comerciales, pero ¿qué gana un banquero financiando una guerra contra los campesinos?

—¿Y tú me lo preguntas? Que vuelvan a trabajar los campos de sus señores, a excavar en sus minas. Desde ese momento, de todo cuanto se produzca los banqueros obtendrán una parte sustanciosa. Mira, Carlos Quinto y los príncipes son un tipo de parásitos que no producen nada, pero que tienen una necesidad enorme de despilfarrar dinero: guerras, cortes, concubinas, hijos, torneos, embajadas… El único modo que tienen de saldar las deudas que contraen con los banqueros es hacerles concesiones, dejarles el usufructo de minas, fábricas, tierras, regiones enteras. De este modo los banqueros son cada vez más ricos y los poderosos cada vez más dependientes de su dinero. Es un círculo vicioso.

La expresión burlona de Eloi no deja lugar a dudas sobre el hecho de que está divirtiéndose pintando el mundo desde su punto de vista. Compra una salchicha humeante y

la sopla antes de hincarle el diente.

Señala el banco:

—Sin duda habrás oído mencionar a los Fugger de Augsburgo: los banqueros del Imperio. No hay un puerto en Europa donde no haya una filial suya. No hay comercio en el que no tengan alguna participación por mínima que sea. Nuestros mercaderes estarían perdidos sin el dinero que los Fugger ponen a su disposición para financiar sus viajes. Carlos Quinto no movería un solo soldado si no hubiera un crédito ilimitado en sus arcas. Por lo demás, el Emperador debe a los Fugger su corona, la guerra contra Francia, la cruzada contra los turcos y el mantenimiento de todas sus rameras. Los ha recompensado dándoles el usufructo de las minas húngaras y bohemias, la recaudación de los tributos en Cataluña, el monopolio de la extracción minera en el Nuevo Mundo, y quién sabe qué cosas más. —La salchicha apunta hacia el edificio que se alza allí delante—. Créeme, sin los Fugger y su dinero ese hombre estaría en la ruina desde hace tiempo. —Vuelve la cabeza en todas las direcciones—. Y tal vez todo esto no existiría.

Se mordisquea los dedos pringosos de la forma más natural del mundo.

Doy algunos pasos hacia el centro de la calle, escruto la construcción anónima, maciza, luego miro a mi alrededor un poco confuso, sentimientos encontrados se acumulan dentro, rabia, estupor, también ironía. Me paro y en voz alta desembucho todo:

—¿Por qué nunca nadie me ha hablado de los bancos?

Capítulo 42

Amberes, 30 de mayo de 1538

—Tu relato, la increíble historia de Gert Arriba y Abajo del Pozo, me ha dejado sin aliento. No conseguía siquiera dormir después de despedirnos entrada la noche. Esta es la razón por la que me gustan los que saben contar una historia, con palabras, un pincel o una pluma. Has pintado un fresco de Münster con la maestría de un Bruegel, y ahora esa historia la he vivido también yo, y tú dos veces.

»Dos veces, Lot: una por la propia experiencia y la otra para liberarte de ella. Como quiere el nombre que te hemos dado, mira adelante, derecho delante de ti, más allá de los navíos que a diario esperan zarpar, a lo largo del estuario que poco a poco se ensancha en leguas para desembocar a continuación en mar abierto. El mar, Lot. Allende ese mar no pasa día que no traiga noticias de tierras y gentes nuevas. Y nuevos crímenes también. Allende ese mar el Apocalipsis surge cada mañana, juntamente con el sol.

»No vuelvas la cabeza atrás, no te quedes prisionero de tu historia. Toma el mar, corta las amarras que te tienen clavado a tierra, mantén la mente a proa y zarpa. Zarpamos. Un mundo acaba, otro comienza, el Apocalipsis es este y nosotros nos encontramos en medio. Ayúdame a armar el bajel que habrá de desafiar a la tempestad.

Eloi se levanta y da algunos pasos entre el puesto de venta de salchichas y el gran edificio gris, luego vuelve a sentarse en los escalones.

—¿En qué piensas?

Mira la fachada desnuda, el portal de madera maciza.

—En golpear de muerte a la Bestia. Y hacer un montón de dinero.

A lo largo del muelle de tablas clavadas a los palos sumergidos en el agua estancada, en un extremo de ese infinito laberinto de pútridas aguas y madera, sigo la espalda de Eloi que abre el paso.

Es una pequeña nave mercante, panzuda y torpe: bodega con capacidad, dos mástiles muy altos, un pequeño camarote debajo del castillo de popa. El mascarón de proa es un fénix con las alas desplegadas y que da nombre a la nave: *Phoenix*.

—¡Lodewijck Pruystinck!

El hombre que saluda se ha asomado a la barandilla de cubierta: barba y pelo canosos, cara picada de viruelas, ojos diminutos y chispeantes.

—¡Polnitz, el mago de los números!

Eloi agarra el pasamanos de la pasarela y de un salto se planta a bordo. Yo detrás.

Se le dispara la sonrisa:

—Gotz, este es Lot que salió de un pozo. Un maestro en el arte de salir de los pozos.

—Venid, venid adentro.

He de agacharme para entrar en el camarote. Una mesa enganchada a la pared de enfrente, dos sillas a los lados, un banco clavado en el suelo. La única luz es la que penetra por la puerta de entrada, si exceptuamos una vela encendida encima de la mesa.

Eloi me deja la silla y se sienta en el banco de al lado, Polnitz de frente a mí. No tiene aire de marinero.

—Bien, señores. —Vuelto hacia Eloi—: Supongo que nuestro amigo necesita muchas explicaciones.

—Por supuesto. Pero si lo he traído aquí es porque es la persona que andábamos buscando.

Hago una medio mueca y espero.

Polnitz se acomoda en la silla:

—No perdamos tiempo, pues. ¿Tú sabes quiénes son los Fugger de Augsburgo?

La mirada permanece sobre mí.

—Unos banqueros.

—Los banqueros. —Los ojos escrutan atentos, sabe ya lo que quiere decirme—. Permíteme que te cuente una historia.

Eloi se enciende un cigarro, y se arrellana callado y burlón en medio de las volutas.

—Hará cosa de diez años el más poderoso de los banqueros de Amberes era un tal Ambrosius Höchstetter: un bellaco esculpido en piedra que desde hacía décadas dominaba la plaza. Cada florín gastado por el rey de Hungría Fernando provenía de su bolsa, a cambio de todo el mercurio bohemio y muchas más cosas aún. Para llegar a esta posición el viejo Ambrosius, muchos años antes, había demostrado tener una vista de lince. Aparte

de la importancia de la amistad con los Habsburgo, comprendió que, si bien los príncipes podían concederle derechos de usufructo de minas y territorios, el contante iba a parar sin embargo a otras manos, más sucias y más hábiles. Las de los mercaderes de Amberes. Así, comenzó a reunir sus ahorros: la totalidad de los negocios, de las manufacturas, y de todos los pequeños y grandes intercambios de los que este puerto es teatro. A quien depositaba también pequeñas sumas en sus bancos, le concedía un buen interés. Prestaba dinero a los mercaderes emergentes, financiaba sus actividades, tenía un poder tal sobre las fortunas de quien emprendía algún tráfico comercial en Amberes, que nunca nadie habría podido imaginar desbancarlo de aquel trono.

Gotz von Polnitz no aparta la mirada de mí, para asegurarse de que no me pierdo ni una palabra de la historia.

—En mil quinientos veintiocho Höchstetter era aún el rey de Amberes, pero tenía problemas. Era viejo, estaba casi ciego y fuera de la ciudad eran muchos los que aspiraban a suplantarlo. En mil quinientos veintiocho Lazarus Tucher, un mercader de origen nurembergués, regentaba un discreto tráfico de intercambios entre Lyon y Amberes. Tucher era persona acomodada y despierta, pero que no gozaba de los favores de Höchstetter: sabía, pues, que no iba a poder crecer mucho más. Desde la primavera de aquel año, precisamente de Lyon comenzaron a llegar rumores sobre la disponibilidad monetaria real de Höchstetter: el viejo se había expuesto por todas partes con sumas considerables, prestaba dinero a los mercaderes, abastecía a los Habsburgo y la guerra por el monopolio del mercurio era muy costosa. Las sumas ahorradas de los pequeños mercaderes y de los gremios de Amberes estaban irremediablemente lejos, en las galeras rumbo al Nuevo Mundo, en la corte de Fernando y en las minas bohemias. Aunque parezca mentira, en poco tiempo una multitud le reclamaba la devolución de sus depósitos.

Gotz toma aliento, me deja imaginar la escena, luego prosigue:

—La bancarrota fue inevitable. Höchstetter no tenía en sus arcas dinero suficiente para satisfacer los reintegros, trató desesperadamente de salvarse pidiendo ayuda incluso a sus más feroces competidores, pero su destino estaba ya marcado. En mil quinientos veintinueve el joven y agresivo Anton Fugger, nieto del patriarca Jacob el Rico, hacía su entrada triunfal en la ciudad, dando garantías a la masa de acreedores y asumiendo de golpe las obligaciones, los almacenes y la entera actividad de Höchstetter. Acusado de haber engañado a los ahorradores, el viejo acabó sus días en la cárcel.

En realidad el joven Fugger venía a coronar una operación a la que había dado comienzo más de un año antes, al pilotar el descrédito de Höchstetter gracias a la destreza de su ambicioso agente: Lazarus Tucher. Amberes coronó a su nuevo rey.

La pregunta me sale sola:

—¿Qué fue de Tucher?

Palabras sopesadas:

—Eso no tiene importancia, ya no está en la ciudad. Lo que te enseña esta historia es la ley fundamental del crédito: quien quiera recoger el ahorro de muchos debe disfrutar de la confianza de muchos.

Una nueva pausa. Eloi es un oyente atento a mi lado, no mueve ni un músculo.

Gotz saca del jubón una hoja de papel no demasiado grande y la apoya en la mesa.

—No lo creerás, pero la mayor parte de los negocios que se desarrollan aquí se producen por medio de letras de cambio. Pedazos de papel como este.

Doy vueltas a la hoja entre las manos: una especie de carta de caligrafía elegante con dos sellos, y una firma al final.

—Anton Fugger o quien por él garantiza con la propia sigla la entidad de tu depósito en sus arcas. Cuando tú tienes en la mano un pedazo de papel como este, es exactamente como si tuvieras con él tu dinero, que, sin embargo, de hecho, está a buen recaudo en la caja de caudales de Fugger. Puedes embarcarte, puedes viajar, evitando el riesgo y la molestia de llevarlo contigo. Tan pronto como quieras recuperar tus monedas de oro y de plata, puedes dirigirte a cualquiera de las filiales de los Fugger repartidas por Europa y retirarlas simplemente mostrando tu letra de cambio. Pero la cuestión es que, precisamente en base a la ley del cambio, podrías no tener nunca necesidad de hacerlo.

Gotz se detiene ante mi ceño fruncido, junta las manos, busca las palabras adecuadas y prosigue:

—Suponte que yo soy un mercader de especias y que tú quieres comprarme mis mercancías y tienes una letra de cambio que garantiza tu crédito con los Fugger por dos mil florines. Puedes pagarme directamente con ella. —Señala la letra que tengo en la mano—. Para ello basta con que le des la vuelta y escribas en el reverso que me transfieres tu crédito. A partir de ese momento soy yo quien puede retirar dos mil florines de las arcas de los Fugger, porque es su firma, y no la tuya, la que me lo garantiza. ¿Comprendes? No estoy obligado a fiarme de ti, no eres tú quien prometes pagarme a mí, basta con que yo dé crédito a la palabra de Anton Fugger.

Le doy la vuelta al papel y veo una serie de cinco o seis anotaciones seguidas todas ellas de firmas distintas. Por seis veces, la letra que tengo en la mano ha sustituido al metal de las monedas sin que estas abandonasen la caja de caudales del banco.

—¿Hasta aquí está todo claro?

—Hay algo que no comprendo: ¿cuál es el interés del banco en todo esto?

Gotz asiente:

—Mientras la letra de cambio pasa de mano en mano, el dinero está de todas formas a su disposición. Recuerda al viejo Höchstetter: recogía el ahorro y lo reinvertía en negocios rentables. Esto es lo que hace el banquero. Tus dos mil florines, juntamente con los de

otros muchos acreedores, sirven para financiar el equipamiento de flotas mercantiles, el reclutamiento de ejércitos, la extracción minera, el mantenimiento de cortes principescas y otras muchas cosas, para luego volver redoblados a las arcas de Fugger. Fugger tiene el dinero en sus arcas, Fugger lo presta a príncipes y mercaderes, Fugger lo recupera con sus intereses. —Me concede el tiempo para que lo comprenda en todo su alcance—. El dinero genera dinero.

El silencio me advierte de que hemos llegado a un punto destacado de la exposición. Eloi ya no fuma, con los brazos cruzados, el aire meditabundo. Gotz continúa dirigiéndose a mí.

—Ahora puedes comprender por qué Fugger está dispuesto a aumentar tu pequeña suma ahorrada si se la dejas en depósito durante mucho tiempo.

—¿Que es como decir?

—Que también él te paga un interés, dado que a todos los efectos, al depositar una cierta suma en sus arcas, tú has puesto a su disposición un dinero que le permite aumentar el volumen de sus inversiones.

Trato de entender:

—¿Estás diciendo que si yo deposito mis dos mil florines en el banco y los dejo allí, un año después, se habrán convertido en dos mil cien?

Gotz se permite la primera sonrisa:

—Exactamente. De este modo los acreedores no estarán tentados de retirar con demasiada frecuencia sus depósitos, y no dejarán expuesto a Fugger a la eventualidad de una hemorragia monetaria de sus arcas. —Señala de nuevo la letra de crédito—. Desde este punto de vista, ese trozo de papel facilita el engrosarse de las sumas depositadas, ya que hasta que alguien no va a recuperarlas, aquellas van creciendo como la espuma en las manos de Fugger.

Tengo un poco de lío en la cabeza, pues aunque el mecanismo parece sencillo tal como Gotz lo explica, me domina la triste sensación de que algo se me escapa inevitablemente.

—Hum, vamos a ver si lo he comprendido. La letra de cambio vale dos mil florines. Puedo decidir cambiarla enseguida como si fuera dinero, o bien conservarla y esperar a que el depósito crezca con los intereses. —Gotz sigue el razonamiento con amplios cabeceos de asentimiento—. Bien, creo que la elección dependerá de la necesidad que tenga uno de usar ese dinero de forma inmediata.

—Muy bien.

—Es un mecanismo diabólico.

Eloi se ríe a carcajadas y finalmente habla:

—Dejemos al diablo al margen de este asunto. Que bastante complicado es ya.

Gotz atrae de nuevo mi atención:

—Todo el mecanismo se basa única y exclusivamente en la confianza que conceden todos a la firma de Anton Fugger. Es su palabra la que rige los intercambios.

—Sí. Esto está bastante claro.

—Bien. —Por primera vez busca con la mirada la conformidad de Eloi. Un pequeño gesto de cabeza del amigo y la cara picada de viruelas de Gotz se vuelve de nuevo hacia mí—: Vayamos entonces al grano. ¿Qué pensarías tú si te dijera que la letra de cambio que tienes en la mano es falsa?

Le doy la vuelta a la hoja amarillenta, observo bien las firmas, los sellos.

—Diría que eso es imposible.

Gotz deja traslucir su satisfacción. De la pequeña alforja que tiene a su lado saca una cajita negra, sin nombre ninguno, una hoja del mismo tamaño que la que tengo yo en la mano, un tintero y una larga pluma de oca.

Escribe lentamente, pendiente de no manchar la hoja, solo el rasguear de la pluma en medio del silencio de sus dos espectadores.

Con la llama de la vela disuelve dos gotas de una barrita de lacre bermellón, dejándolas caer sobre la hoja. Luego abre la cajita y extrae dos pequeños timbres de plomo, que empapa en el lacre caliente. Da la vuelta a la hoja y me la alarga sobre la mesa.

La escritura es idéntica, las mismas palabras, el mismo trazo. Los timbres son esos, también la firma de Anton Fugger destaca en la misma posición, las mismas leves rebabas de tinta en las consonantes, donde la mano ha apretado más.

Clavo la mirada en el lacre de Gotz, tratando de imaginar quién diablos es el tipo que tengo delante. Él no se inmuta en absoluto.

—Sí, son las dos falsas.

—¿Cómo has conseguido esos timbres?

Se detiene:

—Cada cosa a su debido tiempo, amigo mío. Ahora mira bien esas dos letras.

La mirada se desplaza de una a la otra un par de veces:

—Son idénticas.

—No exactamente.

Miro con más detenimiento:

—En una hay unos signos en el margen derecho, abajo, pero son casi invisibles.

—En efecto. Es un código secreto. El código con el que los agentes de cambio que trabajan para Fugger en las filiales repartidas por Europa se comunican entre sí. El primer signo indica la filial que ha emitido la letra de cambio, que es como decir aquella en la que ha depositado el dinero. El garabato que ves, por ejemplo, dice que los dineros están depositados en Augsburgo. El segundo es la firma personal, también ella cifrada, del agente que ha redactado la letra, en este caso Anton Fugger en persona. El tercer signo

indica el año de emisión.

—¿Cómo te las arreglas para conocer el código?

Gotz finge no haber oído la pregunta:

—Si te presentases con una letra carente de código en cualquiera de las agencias Fugger, te verías inmediatamente arrestado. Por más que sepas reproducir la firma de un agente de los Fugger, si no conoces el código no puedes falsificar una letra de cambio.

—¿Y cómo te las arreglas tú para conocerlo?

Silencio. Nos miramos fijamente.

Eloi lo anima:

—Díselo, Gotz.

Suspira:

—Trabajé siete años como agente de los Fugger en Colonia.

Los pensamientos se agolpan, confusión. Me dirijo a Eloi:

—¿Este es el negocio? ¿Falsificar letras de cambio y sacar dinero bajo cuerda de las arcas de los Fugger?

Eloi ríe:

—Más o menos. Pero no es tan fácil como parece.

Gotz retoma la palabra:

—Fugger y sus agentes conocen personalmente a sus mayores acreedores, son los mismos con quienes hacen los negocios más lucrativos. Además, tienen una idea bastante exacta del número de intercambios que pasa por los puertos entre el Báltico y Portugal: es su reino, no hay que olvidarlo. Amberes está exactamente en medio del tráfico comercial: su plaza fuerte. Si mañana un desconocido cualquiera con remiendos en el trasero entrara en el banco local con una letra que le acreditara cincuenta mil florines, difícilmente saldría sin problemas con dicha cifra. Hay que hilar fino. Ir paso a paso.

Gotz es bueno, si vendiera humo lo haría de la forma más simple del mundo. Sin embargo, ahora he de saber de qué estamos realmente hablando.

—¿Cuánto?

Sin titubear:

—Trescientos mil florines en cinco años.

Degluto la montaña de dinero que no consigo ni tan siquiera imaginar: el golpe a los banqueros más ricos de toda la cristiandad.

—¿De qué modo?

Asiente, sigo aún aquí, eso es una buena señal.

—Ahora te lo explico.

—Ante todo es necesario poner en pie toda una actividad de cobertura. ¿Qué sabes de cómo funciona el tráfico de mercancías?

—Le robé a un mercader en el camino de Augsburgo y liquidé a tres piratas cerca de Rotterdam. Probablemente es rentable, pero parece que es algo arriesgado.

Gotz está jubiloso:

—Excelente. Efectivamente, otra de las actividades de los banqueros es asegurar las cargas, pues con los tiempos que corren los mercaderes se cansan de asumir todos los riesgos ellos solos.

—Sigue.

—Imagina que eres un mercader que tiene la oportunidad de iniciar un importante intercambio de mercancías con Inglaterra. Compras azúcar de caña refinado de las manufacturas de Amberes y Ostende y lo revendes en las plazas de Londres e Ipswich. Resulta un comercio muy rentable y tu intención es desarrollarlo de la mejor manera posible. Has alquilado dos embarcaciones, pero el propietario te ha pedido que asumas tú todos los riesgos del transporte, naves incluidas. ¿Qué harías para cubrirte las espaldas?

Pienso en ello un segundo y comprendo cuál es la respuesta:

—Ir a la sede Fugger de Amberes a contar esta historia, para asegurar el cargamento y las naves.

Los ojos diminutos y negros de Gotz no se mueven:

—¿Te ves capaz de eso?

—¿Qué pasará con el cargamento y las naves?

Eloi se adelanta a la respuesta:

—El primer cargamento de azúcar llegará sin problemas a Londres. La segunda vez el cargamento destinado a Ipswich y las dos naves que lo transportan serán víctimas de una emboscada de piratas zelandeses.

Es Gotz quien continúa:

—Por tanto, tendrás derecho a cobrar los quince mil florines del seguro.

Pienso en ello con calma, hasta que todo queda claro:

—¿Y después?

—En vez de retirar el dinero, pides que te sea reembolsado en las correspondientes letras de cambio, confirmando tu intención de proseguir en la actividad y continuar siendo cliente de la agencia. Y, efectivamente, pedirás al agente de los Fugger que deposite tus letras a tres años, de modo que quien las cobre al vencimiento del depósito pueda hacerlo recibiendo un considerable interés, pero no antes.

—¿Tres años?

—Para tomarse tiempo. Cuanto más tarde sean cobradas nuestras letras, mejor para nosotros. Porque en esos tres años desarrollarás tus negocios con las letras de crédito que atestiguan tus ahorros en las arcas de los Fugger, pero mientras tanto comenzarás también a poner en circulación las falsas que yo te proporcionaré. Con todas las letras, verdaderas y

falsas, adquiriremos mercancías en muchas plazas distintas y luego las revenderemos por dinero contante y sonante. Una parte será depositada de nuevo en el banco. Esto servirá para mantener viva la relación con la agencia y para demostrar que la actividad comercial prospera moderadamente. Todo el resto será el merecidísimo premio a nuestra astucia.

—¿Cómo estás seguro de que no nos descubrirán enseguida? —pregunto.

—Este es mi oficio. No es más que una cuestión de equilibrio entre los pagos realizados con las letras a las que corresponde dinero realmente depositado en la caja y los pagos realizados con las letras falsas. Haremos circular las falsas por la mayor parte de las plazas periféricas, y de este modo ganaremos más tiempo y más difíciles se harán las comprobaciones por parte de los Fugger.

—¿Cuánto durará el juego, si es que no nos pescan antes?

—Según mis cálculos, si procuramos difundir las letras falsas por distintas plazas, para descubrirnos se requerirán como mínimo cinco años. Y por lo demás, ese es el tiempo que nosotros necesitamos para asegurarnos la vejez. Cien mil florines por cabeza. ¿Digo bien, señores?

Se hace un silencio absoluto, incluso el chapaleo de la corriente sobre la panza de la nave parece cesar.

Miro a Eloi:

—¿Y tu papel?

Los ojos del amigo brillan, pero es Gotz quien responde:

—Será tu socio en la empresa. —Un carraspeo—. Una última cosa, pues no se trata de descuidar los detalles: tendrás que acostumbrarte a usar un nombre falso.

Mientras Eloi estalla a reír, respondo:

—Ningún problema.

Oigo el resonar de nuestros pasos mientras nos alejamos a lo largo del embarcadero. Gotz von Polnitz, el mago de los números, se ha despedido dándonos cita para pasado mañana.

Caminamos sumidos en los mismos pensamientos, tal vez Eloi se espera mi objeción:

—Hay algo que no me cuadra.

Asiente:

—Sé lo que estás pensando. Por qué nos necesita. Por qué no lo ha hecho él solo o no se dirige a gente ya metida en una actividad comercial.

—Lo has adivinado.

Sabe que es inútil andarse ya con secretos, pues de ahora en adelante seremos socios en los negocios.

—Por el mismo motivo por el que no puede mostrar su cara en Amberes. Polnitz es un nombre falso. Ese al que acabas de conocer es un hombre que está muerto desde hace tres años.

—¿Quién diablos es, entonces?

Sonríe:

—Aquel a quien los Fugger deben su dominio en Amberes. Su mejor agente: Lazarus Tucher.

Pongo unos ojos como platos. Eloi se ríe y se lleva el índice a la boca:

—Chisss. Tras haberle dado gato por liebre al viejo Höchstetter y haber allanado el camino para la ascensión de Anton Fugger en la ciudad, sus méritos le granjearon el puesto de primer agente en la filial de Colonia. Pero cuando en el treinta y cinco Fugger decidió armar una expedición para ir finalmente a hacerse con el oro de las minas del Nuevo Mundo, la gestión de una operación tan importante le fue confiada al diligente Lazarus. Solo que una tempestad mar adentro de las costas portuguesas hizo naufragar la flota entera apenas había zarpado. Esto es lo que cualquier marinero abajo en el puerto puede contarte: el mayor fracaso desde que Anton rige las actividades de la familia. Lo que no se sabe es que una nave se salvó, la capitana, y con ella todo el dinero que hubiera tenido que ir a financiar las excavaciones mineras en el Perú.

—Y Tucher iba en aquella nave.

El final puede uno imaginárselo, pero Eloi no dejaría nunca a medias una historia:

—Tomó rumbo a Irlanda y de allí pasó a Inglaterra, donde permaneció escondido durante tres años, haciendo negocios con los amigos de Enrique Octavo.

—Y ahora ha decidido dar un golpe a las arcas de sus ex amos.

—Exactamente.

Tomamos por la estrecha callecita que bordea este trecho del estuario, los campanarios de Amberes apuntan nebulosos en el horizonte, las gaviotas inspeccionan el agua desde lo alto, una cigüeña nos observa inmóvil desde su nido, sobre el mástil de una nave encallada.

Eloi mira al suelo, piensa en lo que quiere decirme.

Se detiene:

—No se trata únicamente de una estafa magistral.

Algunos pasos más adelante, espero que desembuche.

—No se trata solo de dinero.

—¿De qué, entonces?

—Del crédito. ¿Cómo crees que reaccionarían los comerciantes si se enteraran de que por todos los mercados de Europa circulan letras de cambio de los Fugger falsas?

—Creo que no aceptarían ya ningún trozo de papel que llevara la firma de Anton

Fugger.

—Exactamente eso. ¿Existe algún banquero sin crédito? Es como un marinero sin nave. Si la gente no acepta ya su firma en garantía, porque piensa que podría ser falsa, está acabado, es hombre muerto. ¿Recuerdas la historia del viejo Höchstetter? Se la jugaron así: desacreditándolo. La gente comienza a sacar los depósitos del banco, la desconfianza es un contagio que se transmite deprisa: ¿quién querrá ya hacer negocios con alguien que pierde clientes en vez de ganarlos?

—¿Estás diciendo que Tucher querría acabar también con los Fugger de Augsburgo: estafar a quienes estafan?

Sacude la cabeza:

—Lo que a él le interesa es el dinero. Y también a mí. Pero si conseguimos minar de veras el crédito de los Fugger, podrían irse a la ruina en pocos años.

El corazón late con fuerza en el fondo del estómago, se aflojan las tripas: Fernando, Carlos V, el Papa, los príncipes alemanes. Todos atados a la bolsa de Anton el Listo.

Le murmuro en voz baja, como si revelara una visión:

—Y junto con ellos las cortes de media Europa.

También Eloi baja la voz, aunque aparte de nosotros no hay nadie más al alcance de la vista:

—«Vi luego un nuevo cielo y una nueva tierra, porque el cielo y la tierra de antes habían desaparecido.»

Capítulo 43

Amberes, 2 de junio de 1538

—¿Ha visto la carga?

—Sí.

—¿Las naves?

—Sí.

—¿Ha puesto alguna objeción?

—Alguna pregunta sobre las rutas que nos proponíamos seguir.

Lazarus Tucher el redivivo, Gotz von Polnitz el mago de los números, sacude la cabeza desconsolado: —Deben de creerse omnipotentes. Están tan seguros de su fuerza que ni se les pasa por la cabeza que alguien puede tratar de jugársela. Grandes bastardos.

—Bueno, es una seguridad que nos conviene, ¿no?

Gotz no presta atención a la pregunta, siguiendo con sus reflexiones: —¿Ha aceptado por quince mil florines?

—Ni ha pestañeado. Ha pedido que depositara tres mil de ellos en garantía, que nos devolverá después de la primera expedición. He hecho como dijiste: se los he dado sin más historias, para que pensara que tenemos una considerable disponibilidad económica.

—Bien. Pero de haber estado yo en su lugar, las cosas no habrían resultado tan fáciles.

—Suerte, entonces, de que estés de este bando.

El ex agente de los Fugger me llena el vaso: —Hay que brindar. Has estado muy bien. El primer paso está dado.

La gabarra en la que Lazarus Tucher esconde el secreto de su existencia se halla oculta en una ensenada del río. Dentro parece una casa normal, a no ser por los extraños objetos

que cuelgan de las paredes, que penden de cada rincón: espadas, pistolas, instrumentos músicos, mapas, la concha reluciente de una tortuga.

Sé que haría mejor callándome, pero no siempre se encuentra uno a un personaje tan singular.

—Eloi me ha contado tu historia.

No parece sorprendido:

—Pues ha hecho mal. Si nos cogen, cuanto menos sepamos uno de otro, mucho mejor para todos.

Me acomodo en el sillón de cuero:

—¿Quieres decir que Eloi no te ha dicho nada de mí?

Gotz se encoge de hombros:

—Únicamente sé que estuviste en Münster con los locos, y te digo con toda franqueza que si tus credenciales hubieran sido esas, no te habría dejado entrar en el negocio. Pero Eloi dijo que eras la persona adecuada y yo me fío de su olfato: alguien que ha logrado permanecer a flote durante veinte años en medio de los tiburones de esta ciudad sin dejar que lo jodan, tiene que saber valorar a los hombres.

Sonrío maliciosamente y apuro el licor:

—Tienes razón, eran unos locos. Pero conquistaron una ciudad. ¿Lo has hecho tú alguna vez?

Los ojos de Gotz son dos puntos oscuros hundidos entre las cicatrices. No tiene necesidad de responderme. Parece que el anabaptista y el mercader se entienden bien.

—Hay que ser unos fanáticos para intentar empresas de ese tipo.

—Solo hay que creer en ellas.

—¿Y tú creías de veras?

Una buena pregunta:

—Digamos que no era el dinero lo que me atraía entonces.

Sonríe y se llena un segundo vaso:

—¿Te gustaría oír una historia de veras interesante sobre Münster?

—¿Algo que ya no sepa?

—Algo que sabemos solo Anton Fugger, yo y tal vez el Papa.

—Suena a secreto de Estado.

Asiente burlonamente mientras se alisa los bigotes. Las gaviotas chillan tras la pequeña ventana, el resto es silencio.

—A comienzos del treinta y cuatro estaba yo al cargo de los negocios de los Fugger en Colonia. Fue allí donde aprendí los trucos del oficio y todo cuanto es necesario para la operación. El hecho es que un buen día me entregan una carta en la que había escrito tan solo el importe de una suma. No había firma, nada más que un sello: una gran letra Q.

—¿Una Q?

—Impresa en el lacre. Pido explicaciones al contable de la agencia, uno que está al servicio de los Fugger desde hace más de diez años y lo que me dice es que, cuando se recibe una carta como aquella, lo que hay que hacer es preparar el dinero y esperar a que alguien se pase a retirarlo, mostrando el sello.

Lo interrumpo:

—No entiendo qué tiene eso que ver con Münster.

Gotz apenas si se inmuta:

—Déjame terminar. En ese punto pido saber más, ¿cómo le voy a dar un dinero en mano a un desconocido? El viejo contable me cuenta que, unos años antes, desde Roma se había abierto una cuenta de crédito ilimitado en las arcas de los Fugger para un agente secreto activo en los territorios imperiales. «Micer Q.», lo llamaban los contables de las filiales alemanas.

—Un espía.

No interrumpe su historia:

—De modo que preparo una letra de cambio por la suma solicitada y me dispongo a recibirlo. ¿Y sabes quién se presenta? Un clérigo. Envuelto en una saya oscura, con la capucha calada sobre los ojos cubriéndole media cara. Me muestra el anillo con la Q, idéntico al impreso en la misiva. Sin embargo, cuando ve la letra de cambio me la rompe en mil pedazos en las mismas barbas y me dice que lo que él necesita es dinero contante y sonante. Yo le digo que resulta peligroso viajar con una cantidad semejante de dinero en la faltriquera, pero él insiste: quiere el oro. Tras lo cual me pregunta si puedo indicarle un lugar donde alquilen caballos que cubran la distancia hasta Münster. Lo mando a la caballeriza más grande de Colonia.

Se queda callado. La historia ha acabado. Un oscuro presentimiento me oprime la cabeza, pero no consigo articularlo. Apoyo el vaso sobre la mesa, ligero temblor de manos.

Gotz se espera una reacción:

—¿No es una bonita historia? Tal vez para conquistar una ciudad sirvan unos fanáticos que crean en ello, pero para infiltrar a un espía hace falta dinero. Hacen falta los Fugger. El dinero siempre anda de por medio.

Repara en mi malestar.

La línea más oscura del licor en la botella se balancea lentamente al tiempo que la gabarra.

La concha de tortuga manda reflejos color de ébano.

Una garza blanca corta el retazo de cielo enmarcado por la ventanilla.

El mapa de la costa inglesa, en la parte baja del ángulo de la izquierda, tiene una rosa

de los vientos que desde aquí parece una flor blanca y negra.

Gotz, hundido en el sillón, no mueve un músculo.

Gotz. Lazarus. Nombres distintos, hombres distintos. La misma historia.

Gustav Metzger, Lucas Niemanson, Lienhard Jost, Gerrit Boekbinder.

Lot.

—Nadie es lo que parece.

No sé si he hablado yo o la voz de Gotz, o bien ha sido solo el pensamiento que resuena en mi cabeza.

Las preguntas salen por sí solas:

—¿Quién había abierto ese crédito?

—Nunca lo he sabido. Con toda probabilidad un pez gordo de Roma.

—Descríbeme a ese hombre, el que vino a retirar el dinero.

—Ya te he dicho que llevaba la cara tapada. Por la voz no parecía demasiado viejo, pero han pasado de ello cuatro años…

Me está secundando, ha comprendido, hace un esfuerzo: —Recuerdo que me pregunté qué iba a hacer en Münster con una suma semejante, que no es que fuera desproporcionada, dos, tres mil florines me parece, pero ¿por qué emprender un viaje de ese tipo con la bolsa llena?

—Para no dejar huella. No despertar sospechas.

Lo miro. Ahora soy yo quien tiene que reflexionar en voz alta y modificar la historia.

—A comienzos del treinta y cuatro los baptistas de Münster recibieron las primeras donaciones importantes en metálico, contribuciones a la causa procedentes de varias comunidades y también de hermanos individuales.

—¿Estás diciendo que aquellos dineros habrían servido para ganarse la amistad de los baptistas?…

—¿Qué mejor salvoconducto para un espía?

De nuevo oímos el lento chapaleo de la corriente, el crujido de la madera.

Es él el primero en hablar, entre falsa modestia e incredulidad: —No entiendo demasiado de cuestiones religiosas. Explícame qué necesidad tenía Roma de infiltrar a un agente en la comunidad baptista de una pequeña ciudad del norte.

La respuesta adquiere forma mientras la pronuncio: —Tal vez esa pequeña ciudad del norte se estaba convirtiendo en el faro del anabaptismo. Tal vez porque esa comunidad había plantado cara a los señores y alzado al pueblo donde nadie lo había conseguido jamás. Tal vez porque alguien perspicaz, en la corte del Papa, se iba por la pata abajo.

Gotz sacude la cabeza:

—No, no encaja: los cardenales tienen otras cosas en las que pensar.

—Tienen que pensar en defender el poder.

—Y entonces, ¿por qué no romperles los cojones a los luteranos?

—Porque los luteranos pueden ser unos excelentes aliados contra la rebelión de las clases más humildes. ¿Quién aniquiló a los campesinos en Frankenhausen? Príncipes católicos y luteranos juntos. ¿Quién prestó los cañones al obispo de Münster para recuperar la ciudad? Felipe de Hesse, admirador de Lutero.

—No, no, no se sostiene. Lutero desbancó al Papa, lo echó fuera de Alemania a patadas en el culo, todos los bienes de la Iglesia confiscados por los príncipes alemanes…

—Gotz, para que se sostenga el arquitrabe hacen falta dos columnas.

El ex mercader piensa en ello, me mira de soslayo: —Adversarios, pero aliados. ¿Es esto lo que quieres decir?

Asiento:

—Un agente secreto activo en los territorios imperiales. ¿Desde cuándo?

—Desde hace más de diez años, según me dijeron.

De nuevo ese presentimiento oscuro, una presión abrumadora detrás de los ojos.

Metzger, Niemanson, Jost, Boekbinder, Lot.

Muchos y uno. Esos fui.

Muchos y uno. Uno cualquiera.

El hombre de la multitud. Oculto en la comunidad. Uno de los nuestros.

—«Dios ha de juzgarlo todo, aun lo oculto, y toda acción, sea buena, sea mala.»

Gotz, perplejo:

—¿Qué quiere decir?

La presión se debilita, el presentimiento se esfuma: —Es el final del libro de Qoèlet, el Eclasiastés.

El estuario se ensancha a ojos vistas, mientras la nave se desliza rauda hacia el mar que ya se entrevé en el horizonte. El alba proyecta sus rayos en el espejo de agua delante de nosotros y nos alumbra el camino.

El mar. Eloi tenía razón: da una sensación de libertad alejarse de una costa, dirigir la mirada a esa masa infinita de olas. No he navegado nunca por mar: una inquietud extraña, ebriedad, empañada tan solo por las preocupaciones de la noche pasada.

La tripulación está compuesta por un timonel y ocho marineros, a las órdenes del capitán Silas, todos ingleses que han trabajado ya con Gotz y de los que podemos fiarnos a ciegas. Hablan su extraña lengua, de la que ya consigo reconocer algunas de las expresiones más frecuentes: exclamaciones y blasfemias, creo.

Había llegado a Amberes con la idea de emigrar a Inglaterra y no volver más. Ahora estoy yendo a hacer negocios allí. Las cosas cambian de forma imprevisible: ayer era un harapiento buscado por los esbirros, hoy soy un respetable mercader de azúcar, con un seguro de quince mil florines sobre la carga y sobre las naves.

Echo una mirada atrás, la segunda embarcación nos sigue a un cuarto de milla. La pilota el segundo de Silas, un joven bucanero galés que ha navegado a las Indias.

El mercader Hans Grüeb va a vender azúcar a Londres. Los llanos islotes de Zelanda, la tierra arrebatada al mar con uñas y dientes, desfilan por delante, atestados de gaviotas, y a medida que se vuelven más escasos, el mar del Norte lo recibe plácido con su azul intenso, sombrío como los pensamientos que se agolpan en su mente por la noche.

El relato increíble de Lazarus el resucitado me obliga a volver a los recuerdos de Münster, tal vez hoy más vívidos por habérselos contado a Eloi.

La pregunta es siempre quién. Quién era el espía. Quién trabajaba desde un principio para los papistas. Quién dio dinero para la causa, consiguiendo hacerse acoger entre los regenerados.

Quién.

Quién era el infame.

Paso revista a los rostros, lugares, ocasiones. Mi llegada a la ciudad, el recibimiento, las barricadas y luego el delirio, la locura. Quién trabajó para que todo terminase así. Ya se lo dije a Eloi. Están todos muertos. No sobrevivió nadie. Solo Balthasar Merck y sus amigos. ¿El joven de los Krechting? Ni por asomo.

Pero también este es un modo como otro cualquiera de ahuyentar el peor de los presentimientos.

Uno de nosotros. Un aliado. Capaz de ganarse la confianza. Y de mandarte a la carnicería en el momento adecuado.

Las cartas.

Las cartas a Magister Thomas.

Un espía activo desde antes del 24.

En Alemania.

Uno y nadie.

Frankenhausen. Münster.

La misma estrategia. Los mismos resultados.

La misma persona.

Qoèlet.

TERCERA PARTE

El beneficio de Cristo

El ojo de Carafa

Carta enviada a Nápoles desde la ciudad pontificia de Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 1 de mayo de 1541.

Al muy honorable señor Giovanni Pietro Carafa, en Nápoles.

Señor mío reverendísimo:

Las noticias que Vuestra Señoría me da sobre la derrota del Emperador en Argel y sobre el descalabro de sus tropas en Hungría a manos de los turcos permiten confiar a este corazón en ver pronto al Habsburgo doblegarse bajo los golpes de sus adversarios y disgregado su inmenso poder. Si a esto añadimos las nuevas procedentes de Francia, a saber, la intención de Francisco I de reanudar la guerra, creo que el momento es particularmente propicio para las esperanzas de Vuestra Señoría y de este su servidor. Nunca antes el Emperador se ha encontrado con tantas dificultades para custodiar sus inmensas fronteras; nunca antes sus deudas con los banqueros alemanes fueron tan elevadas ni estuvieron tan lejos de poder ser saldadas.

No es de extrañar, por consiguiente, que trate de reunir a la Cristiandad bajo su bandera, haciendo concesiones a los príncipes protestantes en Alemania, a fin de que acudan en su ayuda a las llanuras húngaras y a los Balcanes contra el avance de Solimán. Los luteranos están ya consolidados en Sajonia y en Brandeburgo y el Emperador está dispuesto a tomar nota y a condescender y a que Roma se quede para siempre al margen de aquellos principados.

No obstante, la esperanza de quien trata de obstaculizar el poder de Carlos V es que los príncipes no cedan a sus lisonjas y continúen mirándolo como se mira a un enemigo fuerte con el que negociar, pero no para elegirlo como aliado. Las simpatías de Felipe de Hesse no son, efectivamente, una buena señal: el Emperador ha hecho la vista gorda

sobre la bigamia del landgrave con tal de tenerlo de nuevo de su lado y este se ha prestado a un vil mercadeo.

Pero tanto da; la intención que Carlos persigue por cualquier medio es la de empujar a la Iglesia Romana y a los teólogos luteranos a sentarse a una misma mesa y no cabe ninguna duda de que dará guerra: no habiendo conseguido derrotar a los príncipes luteranos, hoy quisiera convertirse en el paladín de la Cristiandad reunida bajo la enseña de la nueva cruzada contra los turcos, convencido de que ello le haría invencible. Para esto está dispuesto a gastar todos los recursos que le quedan.

Afortunadamente, tengo el placer de enterarme de que la Dieta de Worms no ha dado los frutos deseados por Carlos: los doctores luteranos continúan mirando de reojo a la Santa Sede y a los principados católicos.

Puesto que conocí en persona a Lutero y a Melanchthon en la época de su ascensión, puedo añadir que son hombres demasiado orgullosos y suspicaces para condescender a una reconciliación con Roma. Lo cual juega a favor de los planes de Vuestra Señoría y por el momento impide ese acercamiento entre católicos y luteranos que hoy sería funesto.

No obstante, el peligro, en vez de llegar de más allá de los Alpes, podría surgir del seno mismo de la Santa Iglesia Romana.

El nuevo hábito que Vuestra Señoría ha tenido a bien concederme llevar para seguir sirviendo a la causa de Dios y la privilegiada atalaya a la que he logrado acceder, me permiten contar en efecto con noticias de primera mano y reunir cuantiosos elementos que el interés de mi meritísimo señor necesita que no se vean desatendidos. Una vez más la perspicacia de Vuestra Señoría se ha revelado más que eficaz.

Puedo, así pues, afirmar con certeza que el que va constituyéndose aquí en Viterbo, en la sede del Patrimonio de San Pedro, es un verdadero partido favorable al diálogo con los luteranos, el cual puede presentar un flanco fácil a las aspiraciones del Emperador. Vuestra Señoría suele calificarlos de espirituales, aludiendo con ello a los cardenales abiertos a algunas de las peligrosas doctrinas de Lutero y de ese nuevo heresiarca ginebrino del que hoy todos hablan: Juan Calvino; no obstante, por más que sea cierto que el círculo viterbés gravita en torno al cultísimo cardenal Polo, debo informar a mi señor que el círculo de personas del que este se ha rodeado desde que fuera nombrado Gobernador Papal del Patrimonium, incluye a literatos de todo tipo, laicos y clérigos

procedentes de medio mundo, unidos por el propósito común de abrir la Iglesia a las demandas concebidas por el pérfido Lutero. Y justamente esta ingenua aceptación de todo intelecto que se adhiera a su causa ha permitido a este solícito servidor de V.S. entrar a formar parte del círculo y ganarse los favores de sus miembros más ilustres: se han mostrado más que contentos de contar en sus filas con un literato que conoce bien los textos producidos en las universidades germánicas.

Permítaseme, pues, exponer la impresión que he podido sacar del que sin duda debe considerarse el inspirador de esta congregación, o sea, el cardenal inglés Reginaldo Polo. Este goza de la intachable fama de mártir del catolicismo, por haber tenido que escapar de su tierra natal a causa del cisma perpetrado por Enrique VIII, y esto hace difícil levantar cualquier tipo de sospecha sobre su ortodoxia. Es hombre culto y refinado, incapaz de desconfianza ni de mala fe, un genuino defensor de la posibilidad de poner en marcha un diálogo con los protestantes con el fin de volver a llevarlos al cauce de la Santa Iglesia Romana.

Tal como decía poco antes, no hay que extrañarse de que el Emperador mire a este piadoso hombre de Iglesia como a un campeón de sus propios intereses.

Polo goza también de los favores del cardenal de Bolonia Contarini, el elegido por Su Santidad el papa Paulo III para llevar a cabo nuevas gestiones con los luteranos de Ratisbona, tras el fracaso de la Dieta de Worms. A estos se añaden el cardenal Morone, el obispo de Módena, Gonzaga de Mantua, Giberti de Verona, Cortese y Badia en la Curia pontificia. Todos tienen con respecto a las doctrinas protestantes una posición más bien flexible, predicando la persuasión de los hermanos que se han apartado del recto camino de Roma, y en consecuencia aborreciendo la persecución de tales ideas por medio de la fuerza de la coerción.

Reginaldo Polo, como Vuestra Señoría no ignora, es hombre de letras que estudió en Oxford juntamente con ese Tomás Moro cuyas peripecias tanto han sacudido a la Cristiandad. Mártir amigo de mártires: sus credenciales parecen realmente intachables. Concluyó posteriormente los estudios en Padua y por consiguiente es también un buen conocedor de la realidad italiana.

No es difícil, por tanto, imaginar lo mucho que se entiende con los literatos de los que se rodea y muy en especial con Marco Antonio Flaminio, poeta y traductor que goza de los favores de Su Santidad Paulo III, y del que, por dicha razón, Vuestra Señoría tiene ya seguramente que haber oído hablar. La asociación entre Polo y Flaminio formada aquí

en Viterbo no es, en mi opinión, menos peligrosa que la que se consolidó hace más de veinte años, en Wittenberg, entre Martín Lutero y Philipp Melanchthon. Cuando una fe obcecadamente vivida se topa con las letras, lo que de ello nace es casi siempre algo grandioso, tanto para bien como para mal.

Cuanto antes me sea posible hacer llegar a Vuestra Señoría posteriores noticias acerca de lo que se trama en Viterbo, antes podrá verse satisfecho el deseo de serviros.

Beso las manos de Vuestra Señoría y me encomiendo a su gracia.

De Viterbo, el día 1 de mayo del año 1541, el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad pontificia de Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 18 de noviembre de 1541.

Al reverendísimo y meritísimo señor mío Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Muy honorable señor mío:

Me entero con satisfacción del fracaso de la iniciativa llevada a cabo por el cardenal Contarini en Ratisbona. Tal como había previsto, los luteranos se han mostrado inamovibles con respecto a la doctrina de la justificación por la fe y, a pesar de la condescendencia de Contarini, la hábil diplomacia de Vuestra Señoría ha sabido prevenir y rechazar el fatal acuerdo que parecía a punto de ser sancionado.

Es una desilusión amarga para los miembros del círculo de Reginaldo Polo, en cuyos rostros sombríos leo hoy la derrota.

A pesar de ello, no conviene envainar la espada, pues el peligro representado por estas mentes está todo menos vencido. Y justamente es de una nueva amenaza de la que me apresuro a dar minuciosa cuenta, a fin de que Vuestra Señoría sepa aconsejar a Su servidor acerca de las medidas que considere oportuno tomar.

Las conversaciones de Ratisbona han supuesto el peligro de que la doctrina de la Santa Iglesia Romana sobre la salvación se viera contaminada por la de los herejes luteranos.

Como V.S. sabe, los teólogos protestantes, haciéndose fuertes en determinados pasajes paulinos mal interpretados (Mt 25, 34; Rm 8, 28-30; Ef 1, 4-6), afirman que aquellos a quienes Dios ha elegido como sus santos desde los orígenes del mundo, y solamente estos, se salvarían en el Último Día. La realización de buenas obras como prenda de

salvación eterna sería, pues, una pura ilusión. La salvación estaría garantizada para los elegidos, no por las acciones meritorias, sino más bien por el don divino de la fe y por nada más. En consecuencia, ninguna buena obra que el cristiano lleve a cabo puede intervenir para cambiar este don originario recibido por algunos hombres, los elegidos, los predestinados a la salvación en los designios de Dios.

No es preciso recordar lo peligrosa que esta doctrina es para el buen orden cristiano, que debe afirmarse por el contrario justamente sobre la base de la libre elección de la fe o de su rechazo por parte de los hombres. Por lo demás, no dudo en afirmar que precisamente la doctrina conocida como justificación por la fe es el pilar que sustenta todos los actos nefandos llevados a cabo por los luteranos en veinticinco años. Ella es el pilar de su teología invertida, además de aquello que les confiere la fuerza necesaria para enfrentarse a la Santa Sede sin la menor humildad, para poner en entredicho la jerarquía de la Santa Iglesia Romana, y todo ello en nombre de la inutilidad de un juez para las acciones humanas y de una autoridad eclesiástica que administre la regla y juzgue precisamente quién es digno de entrar en el Reino de Dios y quién no. V.S. recordará sin duda que una de las primeras osadías de Lutero fue precisamente la de no reconocerle al Santo Padre la autoridad de la excomunión.

Pues bien, lo que el cardenal Contarini no pudo, a saber, el desvirtuar y atentar contra la doctrina católica de la salvación por medio de las obras, lo podría hoy el cada vez menos restringido círculo de acólitos del cardenal Polo.

Ya en el pasado tuve que referir a Vuestra Señoría la fascinación peligrosa que ejercían sobre los espíritus sin preparación los escritos de aquel joven ginebrino que parecía haber recogido el testigo de Lutero a la hora de sembrar la herejía. Me refiero a ese Juan Calvino, autor de una mefítica obra, la Institución de la religión cristiana, en la que se confirman y refuerzan muchas de las ideas alumbradas por la mente herética del monje Lutero, en primer lugar la conocida como justificación por la fe.

Precisamente, dicha obra ha inspirado la que considero la publicación más peligrosa para estas tierras italianas desde los pérfidos sermones de Savonarola y que debemos al genio extraviado de las mentes viterbesas, entre las cuales me encuentro.

Me refiero a un breve tratado cuya peligrosidad supera con creces su volumen, ya que hay expuesta lisa y llanamente, en un lenguaje perfectamente comprensible para cualquiera, la doctrina protestante de la justificación por la fe como si ella no contradijera en absoluto la doctrina de la Iglesia.

No cabe duda de que se trata del intento de este círculo de literatos y clérigos de introducir en la base doctrinal elementos que favorezcan el acercamiento entre católicos y luteranos, aceptando en su totalidad la doctrina de la salvación defendida por estos últimos.

El autor del texto en cuestión es un fraile benedictino, un tal Benedetto Fontanini de Mantua, en la actualidad residente en el monasterio de San Nicolò l'Arena, en las laderas del monte Etna. Pero las manos que han trabajado en la redacción del texto, introduciendo en él traducciones casi literales de la Institución de Calvino, son las de Reginaldo Polo y de Marco Antonio Flaminio.

Las indagaciones llevadas a cabo con extrema cautela me han llevado a descubrir que el cardenal Polo tuvo ocasión de conocer a fray Benedetto ya en 1534, cuando, huyendo de Inglaterra, acertó a pasar por el monasterio de la isla de San Giorgio Maggiore de Venecia. En esa época, en efecto, Fontanini residía allí. Debe saber V.S. que el abad del convento de San Giorgio Maggiore a la sazón no era otro que Gregorio Cortese, que hoy es un ferviente defensor de los espirituales en la Curia.

A este precedente añádese el hecho de que dos años después, en el 36, también Marco Antonio Flaminio se dirigió a aquel convento, llamado precisamente por Cortese con el pretexto de que se hiciera cargo de la impresión de la paráfrasis latina del Libro XII de la Metafísica de Aristóteles.

Así pues, el cardenal Polo, Cortese y Flaminio. Todos ellos amigos, todos muy próximos a la política conciliadora del cardenal Contarini de Bolonia. He aquí las mentes que han alumbrado esta obra terrible. Si fray Benedetto de Mantua amasó la arcilla, el círculo de los espirituales la modeló y transformó en un vaso lleno de herejía.

El título del tratado habla por sí solo, ya que retoma literalmente una expresión empleada en numerosas ocasiones por Melanchthon en sus Lugares comunes.

El beneficio de Cristo, o Tratado utilísimo para los cristianos del beneficio de Jesucristo crucificado. Este es el título de la obra cuya redacción es ultimada en estos días por Flaminio, y en el que se afirma claramente que:

Bastará la justicia de Cristo para hacernos justos e hijos amados sin necesidad de nuestras buenas obras, las cuales no pueden ser buenas, si, antes de que las hagamos,

no somos nosotros buenos y justos por la fe.

Puede perfectamente Vuestra Señoría juzgar la amenaza que la difusión de este tipo de ideas puede representar para la Cristiandad y muy en particular para la Santa Sede, en el caso de que ganaran aceptación. Si luego el librito encontrase el aplauso entre los notables de la Iglesia, podría estallar una epidemia de consenso para los protestantes en el seno de la Iglesia de Roma. No me atrevo a pensar qué odiosas consecuencias podría ello tener en la política de la Santa Sede en relación con Carlos V.

Estoy listo, pues, para recibir nuevas directrices de vuestro ingenio, convencido como estoy de que sabréis aconsejar una vez más del mejor modo a este celoso siervo vuestro.

Poniendo toda mi confianza en Vuestra Señoría, beso sus manos.

De Viterbo, 18 de noviembre de 1541, el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad pontificia de Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 27 de junio de 1543.

Al meritísimo y reverendísimo Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Señor mío meritísimo:

Escribo para comunicarle a Vuestra Señoría que ya sé con toda seguridad que ha sido dado a la imprenta El beneficio de Cristo en Venecia.

Hace unos pocos días Marco Antonio Flaminio regresó del viaje que ha realizado en el séquito del Santo Padre a Busseto para tener un encuentro con el Emperador. Preguntando a uno de los pajes de Flaminio he tenido conocimiento de cuáles han sido sus desplazamientos. Pues bien, las sospechas que alimentaba se han revelado fundadas. En efecto, Flaminio, tras haber participado en el encuentro de Busseto y haber pasado allí el mes de mayo, volvió sobre sus pasos realizando un insólito desvío hacia Venecia. Me ha contado el paje que visitó la imprenta de un tal Bernardo de Bindoni, pero que no estaba en condiciones de decir más. Pese a ello, estoy convencido de que no se ha tratado sino de la entrega o quizá ya de la última revisión del texto en cuestión.

Desde que hace un año el papa Paulo III confiara al cuidado de Vuestra Señoría la renacida Congregación del Santo Oficio, estableciendo que la herejía puede ser perseguida dondequiera que anide y con todos los medios que sean necesarios, los espirituales han tenido que espabilarse. La bula de Su Santidad Licet ab initio, el consiguiente relanzamiento de la Inquisición y últimamente la muerte del cardenal Contarini, llevaron a Polo y a Flaminio a moverse con extrema cautela. Sospechaba que imprimirían el librito en el extranjero; además, ellos no ignoran que Venecia goza de una especial libertad en materia de impresión y venta de libros, y si todavía subsistía en

mí alguna duda acerca del motivo de la visita de Flaminio a la imprenta veneciana, estas consideraciones la ahuyentan por completo.

Mi señor sabe perfectamente qué peligrosa arma puede ser la imprenta: sin ella Lutero sería todavía el profesor de la desconocida universidad de una pequeña y fangosa ciudad sajona.

En espera de poder proporcionar pronto nuevas informaciones útiles a mi señor, beso las manos de Vuestra Señoría.

De Viterbo, 27 de junio de 1543, el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Carta enviada a Roma desde la sede central de la compañía Fugger en Augsburgo, fechada el 6 de mayo de 1544.

Al ilustrísimo y eminentísimo cardenal Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

A Vuestra Señoría reverendísima le deseo salud y toda clase de bienes, en la esperanza de que estas líneas, pergeñadas por un piadoso cristiano siervo devotísimo de la Santa Iglesia Romana, no conozcan otros ojos que los de Vuestra Señoría.

Los largos años de amistad que ligan a mi familia y a Vuestra Señoría permiten que no haya necesidad de embellecer con falsas palabras la gracia que me dispongo a solicitar de Vos. En más de una ocasión Vuestra Eminencia ha querido concederme el honor de prestar nuestros servicios a los negocios que Vo s teníais en tierras germánicas; más de una vez esta alma se ha visto honrada de prestar su ayuda, con los medios que el buen Dios ha querido concederle en la tierra, a las operaciones y a las negociaciones que Vuestra Señoría ha emprendido aquí; entre dichos servicios puede incluirse el haber puesto a su disposición una ingente suma de dinero para los agentes que V.S. mantiene en tierras alemanas y en la corte del Emperador.

Pues bien, una tal deuda podría desaparecer de repente, como si nunca hubiera existido, de los libros de contabilidad de esta compañía, en el caso de que quisierais concedernos lo que pedimos.

Debéis saber que nuestra compañía ha sido objeto de un engaño formidable y espantoso, al que es necesario poner remedio cuanto antes; y puesto que no considero conveniente para los intereses de la familia dejar que la cosa trascienda al común, me veo obligado a solicitar la intervención de Vuestra Señoría.

Sin entrar demasiado en los pormenores del infernal ardid, baste con saber que desde hace algún tiempo había advertido una cierta incongruencia en las cuentas anuales de la compañía: algo no cuadraba perfectamente, una cuestión de simples comas, de alguna cifra irrelevante, en los libros de contabilidad; y sin embargo, quedaba la sensación, dado que los vastos intereses de los Fugger en Europa son casi de por sí incalculables, de imaginar lo fácil que puede ser descubrir pequeños resquicios. Pero el resquicio existía, y cada año que pasaba la sensación iba adquiriendo el cariz de la sospecha y paulatinamente de la certeza. Era como si las filiales periféricas de la compañía equivocaran mínimamente las cuentas, como si redondearan por exceso la cantidad de dinero emitida en forma de letras de cambio. Tanto es así que al principio pensé en uno de nuestros agentes como responsable del engaño: y sin embargo, eso parecía extraño, ya que antes de elegir a los hombres a quienes confiar la administración de nuestros intereses los valoramos de pies a cabeza y a menudo hasta los vinculamos a nuestro patrimonio personal, de forma que sean una sola y misma cosa con el interés de la compañía.

Y en efecto estaba equivocado, pues el parásito procedía del exterior.

No puede imaginarse V.S. qué gastos y el tiempo que se han requerido para descubrir a los culpables: nos hemos visto obligados a enviar comisarios especiales a cada filial y a cada agencia Fugger, con el fin de que supervisaran durante un año entero las actividades de préstamo. Entre agencias y filiales son más de sesenta en toda Europa.

Hizo falta un año entero para recorrer en sentido inverso, de mercader en mercader, los movimientos de las letras de cambio emitidas por nosotros y comprender qué era lo que no cuadraba en nuestras cuentas. Fue de este modo como pudimos descubrir que algunas de las letras de cambio cobradas en nuestras agencias eran falsas.

Pues bien, el elemento común en los mercados en que indagamos era la presencia de un aparentemente inocuo mercader de lino, azúcar y pieles curtidas. Por más que ello pueda parecer algo raro por nuestra parte, seguimos sus desplazamientos comerciales y nos parecieron cuando menos insólitos. Sin comerciar en bienes demasiado preciados, aquel cubría distancias el doble de largas que las que hubieran bastado para vender su mercancía: lo que desde Suecia podía ser vendido en el mercado de Amberes, era transportado a Portugal; lo que desde Brest podía encontrar un excelente mercado en Inglaterra, terminaba en la plaza de Hamburgo, y así sucesivamente. Nuestro mercader daba prioridad, en resumen, a las plazas periféricas. En un principio pensamos que una elección semejante podía deberse a la esperanza de unas ganancias mayores, pero

descubrimos que no era así, ya que los precios puestos por este no eran en absoluto superiores a la media. Pero el detalle aún más extraño era que resultaba ser un acreedor de nuestra compañía, que había abierto una cuenta en nuestra filial de Amberes hace seis años.

Su nombre es Hans Grüeb, alemán por tanto de nacimiento. No obstante, mis comisarios no han encontrado rastro de este nombre en ningún mercado alemán. Parece que este apareció por vez primera en Amberes en 1538. Por tanto indagamos en esa ciudad, descubriendo que su socio en los negocios es un personaje de lo más ambiguo y sospechoso, un tal Loy, o Lodewijck de Schaliedecker, o Eloi Pruystinck, hasta hace seis años un simple operario que pone tejados y ya conocido por las autoridades de Amberes por ser sospechoso de herejía.

Estábamos seguros ya de haber identificado a los responsables del terrible engaño en detrimento nuestro. Todavía no sabemos cómo estos han conseguido reproducir copias perfectas de letras de cambio Fugger; no obstante, no tenemos intención de esperar más, corriendo el riesgo de sufrir ulteriores daños.

Ahora bien, el motivo por el cual me he decidido a solicitar la intervención de Vuestra Señoría es que no considero conveniente en una situación de dificultad de este tipo el denunciar a los dos sospechosos a las autoridades locales. La compañía sufriría un daño irreparable si diera a conocer la noticia de que circulan por los mercados letras de cambio nuestras falsificadas. Se produciría, en efecto, una terrible crisis de confianza en relación con nosotros y en poco tiempo correríamos el riesgo de ver a los acreedores retirar su dinero de nuestras arcas. Me permito añadir que tal consecuencia sería nefasta para muchos y no solo para los Fugger: los intereses de la compañía se hallan estrechamente vinculados a los de muchas cortes, no siendo la menos importante de ellas la Santa Sede.

Pues bien, existe para nuestra común suerte una posibilidad que permitiría a unos y a otros resolver este problema, sin que nadie sufra un gran perjuicio.

Como decía, el tal Eloi Pruystinck era sospechoso desde hacía algún tiempo de herejía, ya que practica y predica el régimen de comunidad de las mujeres, la renuncia a la propiedad privada y niega, tal dicen mis informadores, la existencia del pecado. Hasta ahora la astucia de este pequeño hereje les ha permitido a él y a sus compinches escapar siempre de las acusaciones de blasfemia y apostasía. Pero desde que Su Santidad Paulo III ha restablecido la Inquisición, poniendo a su cabeza a Vuestra Señoría, puedo

esperar que dichos eloístas sean finalmente incriminados y procesados.

Lo que solicito de la magnanimidad de Vuestra Señoría no es ni más ni menos que dirija la atención del Tribunal del Santo Oficio sobre estos condenados herejes, amén de arteros estafadores, a fin de que cesen de propalar sus ideas blasfemas y al mismo tiempo de lesionar los intereses de nuestra compañía, sin que de este modo se sepa nada del daño que nos han causado.

Confiando humildemente en la intervención de Vuestra Señoría, y confirmando la amistad que nos une, beso las manos de Vuestra Señoría.

De Augsburgo, 6 de mayo del año 1544, Anton Fugger, siervo de Dios

Basilea (1545)

Capítulo 1

Basilea, martes de Carnestolendas de 1545

—No me vengáis diciendo que no os lo dije, compadre Oporinus. Hace dos años que os vengo repitiendo que no perdáis de vista a ese Sebastian Münster. Un discípulo de Melanchthon, uno con dos hombros así de grandes, ¿entendido?, que escribe una *Cosmografía* como no se ha visto jamás otra igual, geografía y novela, cartografía y anécdotas, ilustraciones y texto, un auténtico acontecimiento, ¿entendido? ¡Y hacéis que la haga publicar por esos carcamales de la tipografía Hericpetrina, cinco mil ejemplares en cinco meses, no es grano de anís!

Pietro Perna es un río de palabras en un alemán chapurreado, mezcla de italiano y latín, que se desborda sin previo aviso en la imprenta de micer Oporinus, una de las más importantes de toda Suiza.

—¿Haremos enseguida una traducción italiana de este genio o vamos a esperar a que la publique cualquier otro? Pero ¿qué es esto?

Coge un libro de un anaquel y lo hojea, casi lo frota entre las manos grasientas, luego lo lanza sobre la mesa con una expresión de desagrado. Se acerca a Oporinus y lo coge por los hombros, torpemente, pues es por lo menos dos palmos más bajo que él. Con un ademán lo somete a nuestra atención.

—¡Señores, el gran Oporinus, que ha publicado hace poco el libro que le garantizará fama imperecedera, el extraordinario *De Fabrica* del gran anatomista y dibujante Vesalio, está interesado al mismo tiempo por una colección de dichos burlescos sobre la circulación de la sangre, un volumen sin ninguna ilustración, que parece obra del más fiel seguidor de Aristóteles! Pero ¿queréis entender de una vez, compadre, que los tratados

científicos que no demuestran aquello de lo que hablan deben ir a parar al cu-bo-de-la-ba-su-ra?

Da vueltas nervioso por entre las mesas frotándose las manos, mientras Oporinus nos lanza miradas de desconsuelo. Italiano, uno de los hombres más bajos que he tenido ocasión de conocer, si excluimos los enanos propiamente dichos, blasfemo empedernido, casi completamente calvo e incapaz de parar quieto un momento, Pietro Perna es un personaje muy conocido en Basilea. Según parece, se pasa por aquí todos los meses, para aconsejar publicaciones, ver novedades, criticar obras y, sobre todo, proveerse de libros prohibidos, clandestinos, sospechosos de herejía, que a su vez vende en las librerías de todos los ducados, las repúblicas, los estados y las señorías de la Italia del norte.

—¿Stancaro? Olvidadlo, compadre Oporinus. ¡Es lo más aburrido del mundo!

—¿Aburrido, decís? —Es una voz llena de resentido estupor—. Francesco Stancaro es un hombre cultísimo, un hebraísta refinado. En su próximo escrito establecerá un paralelismo entre anabaptistas y judíos en relación con la venida de…

—¡Muy bonito, interesante y digno del mayor de los respetos! —Baja el minúsculo brazo y con un gesto barre todo delante de él—. Pero ¿cuántos sonámbulos crees que van a comprar semejante cosa?

—Vender, no pensáis en otra cosa. Pero hay libros que resulta conveniente publicar de todas formas: dan prestigio, bienquistan a determinados detractores…

—Mi único prestigio te diré yo cuál es, compadre: que los libros que aconsejo y distribuyo hacen pasar las noches en blanco a los operarios de la imprenta. En una palabra, vamos, que los ataques frontales, las discusiones que hilan muy fino, las acusaciones, no gustan ya a nadie. Lo que priva ahora es la miscelánea, ¿entendido?, ¡la mis-ce-lá-nea! Esas cosas que te dejan con el aliento en suspenso, ¿entendido?, y que hasta el final no sabe uno si se trata de un autor herético u ortodoxo. Libros como *El beneficio de Cristo*, escrito por un fraile católico pero lleno de temas caros a la fe de Alemania. ¡Stancaro! ¿Y quién os aconseja eso? ¿Nuestro anabaptista, ese?

Me ha señalado a mí. Viene hacia donde estoy yo. Una serie de rápidas palmaditas en la espalda.

—¡Bueno, bueno! La idea no deja de ser astuta. Original no, pero sí astuta. Este Stancaro vomita anatemas contra los anabaptistas. No los lugares comunes de siempre. Algo serio. Bien: ¿qué mejor modo de exponer las características de vuestra fe a toda Italia?

Una mirada de reojo:

—¿Mía? ¿Fe? —Me río a gusto y le devuelvo la palmada—. ¡Vos no me conocéis a mí!

Pietro Perna se vuelve a levantar del suelo quitándose el polvo de la ropa.

—¡Puta miseria, pero qué largo de mano que sois, compadre! Recuerdo a uno en

Florencia que…

Oporinus interviene con ademán paternal, aun sabiendo que cuando habla de Italia, Perna se vuelve imparable:

—Vamos, micer Pietro, centrémonos en los negocios. Estos señores están esperando y vos les habéis pasado delante. ¿Qué os interesa?

El italiano sigue dando vueltas por entre las mesas y mesitas, cogiendo un libro a cada paso:

—Este no, este no, este tampoco. ¡Este! —Abofetea la tapa con el dorso de la mano—. Reservadme veinte ejemplares de este y un centenar del de Vesalio.

Entretanto, unas campanadas me recuerdan sin duda alguna que es ya tarde. Le hago una seña a Oporinus de que volveré a pasarme y me dirijo hacia la salida.

—No, esperad. —La voz estridente de Perna y sus pasos rápidos detrás de mí. Como si no hubiera dicho nada—. Os digo que esperéis. Al tanto, Oporinus: el tercer libro de la obra de Rabelais, traducidlo, ¿a qué esperáis?, y luego Miguel Servet, ¿habéis leído su tratado contra la Trinidad, eh? ¿No la habréis tomado contra mí por el asunto ese de la fe?

Me alcanza al cabo de media legua de persecución, secándose con un pañuelo la generosa extensión de su frente.

—Pero ¡qué susceptible que sois, compadre! ¡Vosotros los nórdicos no sabéis lo que es la ironía!

—Es posible —respondo yo desprendiéndome enseguida de su sudada mano—, y os ruego que me perdonéis por el manotazo de antes, pero, como sabéis, los nórdicos no están acostumbrados a ponerse las manos encima, si no es para zurrarse.

El italiano se esfuerza por tomar aliento tras la larga carrera, mientras trata de mantener mi paso ligero:

—Me han dicho de vos que sois muy rico, que habéis visto más de lo que uno pueda imaginarse, que sois anabaptista y estáis interesado en el comercio de libros. Con respecto al anabaptismo, me parece haber comprendido cómo están las cosas. ¿En cuanto a lo demás?

—Dejémoslo como está: si todo lo demás fuera cierto, ¿qué me pediríais?

—Os propondría un negocio.

Sacudo la cabeza:

—La última persona que lo hizo fue ajusticiada hará unos pocos meses. ¡Olvidaos de ello, os lo aconsejo!

Insiste en aferrarme el brazo con esa mano:

—¡No os las deis de supersticioso con un italiano, compadre!

—No se trata de superstición. Es lo que ha sucedido hasta ahora: todos aquellos que han tenido algo que ver conmigo han acabado mal.

—¡Pero vos estáis vivo! —grita con ese tono de voz siempre demasiado alto—, y yo soy un hombre muy afortunado.

Se para delante de mí, caminando hacia atrás con los brazos extendidos:

—¡Escuchad al menos de qué se trata! Tiene que ver con el libro al que me he referido anteriormente, *El beneficio de Cristo*. Un escrito que armará mu-cho-ru-i-do. Entendámonos: todo lo que en él se dice, en sí, es algo para caerse muerto de sueño, ¿entendido?, un engrudo sobre la justificación solo por la fe, pero lo que cuenta es que lo han escrito unos cardenales. Y ello significa escándalo, ¿entendido?, y escándalo significa miles de ejemplares.

Levanto el cuello de piel del jubón para protegerme las orejas del helado viento.

—Habladle de ello a Oporinus, ¿no? Estoy convencido de que la cuestión a él le interesa.

—Oporinus no tiene nada que ver en esto, compadre. *El beneficio de Cristo* es un libro que interesa exclusivamente en Italia. No se publica un libro así en Basilea.

—¿Y dónde se publica, entonces?

—En Venecia. De hecho, es allí donde ha visto la luz. Pero no tardarán en prohibir su impresión, y es cuestión de pocos meses, tal vez su actual editor deje de tirar más ejemplares, ¿entendido?, y tal vez los que lo están distribuyendo hoy no quieran tener ya nada que ver con él. Ya sabéis que en Venecia…

—De Venecia no sé mucho. Alguien me dijo que hay canales como en Amsterdam.

Mi no solicitado acompañante se para de sopetón como presa de una indisposición. Se agarra con la mano a una argolla que descubre en la pared, de esas para atar los caballos, y lentamente vuelve la cabeza hacia mí:

—¿Me estáis diciendo que no habéis estado nunca en Venecia?

—Os diré más: esta ciudad en la que estamos es el punto más meridional al que he llegado en toda mi vida.

En tono ofendido, permaneciendo en todo momento agarrado a la anilla:

—Pero, entonces, todo cuanto me han contado de vos es pura falsedad. No solo no sois anabaptista, ¿entendido?, sino que ni siquiera debéis de haber visto cosas increíbles, si entre ellas no podéis incluir a Venecia, y la verdad es que no estáis muy interesado que digamos en el comercio de libros, si nunca os habéis pasado por la capital de la imprenta, y por último no podéis ser tampoco muy rico, pues nadie que tenga un poco de dinero se priva hoy día de un viaje a Italia.

Lo miro un instante y sigo sin comprender por qué razón este hombre petulante y torpe me resulta al fin y al cabo simpático. De todas formas, es hora de despedirme de él, me ha

hecho alejarme ya bastante del lugar al que tenía que dirigirme.

—Si queréis estar agarrado toda la mañana a ese hierro, por mí está bien. Por mi parte, yo tengo que entregar una carta en la casa de postas antes del mediodía.

Expresión de moribundo:

—Id, pues, compadre. Bien sé que aceptaréis mi propuesta. No hacen falta más motivaciones: es vuestra oportunidad de ver Venecia.

Capítulo 2

Basilea, Miércoles de Ceniza de 1545

He pergeñado unas líneas insuficientes, que atravesarán las colinas, allende el Franco Condado, para tomar por el Sena, siguiendo el curso cada vez más amplio y llano, donde las embarcaciones pueden navegar rumbo a París y el mar. Y luego el canal de la Mancha y las costas inglesas. Un mes, quizá más. Escaparán así a la guerra, a las tropas mercenarias de los príncipes alemanes, a los ejércitos acantonados en la frontera de los Países Bajos por los vasallos del Emperador.

Entrego la carta.

Dirigida a un fantasma de nombre Gotz von Polnitz, en la ciudad de Londres.

Aunque nadie lo dijera abiertamente, sabíamos que habíamos llegado al último lance. A buen recaudo ya doscientos cincuenta mil florines. Y la sensación de que Fugger comenzaba a sospecharse algo.

Gotz von Polnitz, el único que se había quedado siempre en la sombra, imposible sospechar de él y por si fuera poco muerto desde hacía varios años antes con el nombre de Lazarus Tucher.

A él he confiado el destino de las personas más queridas. Kathleen, Magda: si la cosa se pone fea es con él con quien debéis ir. Lot deberá correr más rápido que los esbirros, sin volver la mirada atrás ni por un instante.

Apenas bajo de la nave, un zagal se ha acercado a mí y me ha desaconsejado que vuelva a casa.

—Se los han llevado a todos.

El acuerdo con Gotz. Si consigue llevárselas con él, un trapo rojo en la ventana de la

casa donde hemos escondido el dinero.

El trapo estaba, y acaso todavía esté. La casa era de un viejo mercader que se había trasladado a Goa, en las Indias. También estaba el dinero: cien mil florines.

Hubiera tenido que reunirme con Kathleen y Magda, en un lugar seguro, vivir el resto de mis días en paz.

Pero me ha faltado valor: la historia de que todo aquel que se roza conmigo muere. Amigos, hermanos, compañeros de aventura. Detrás de mí hay una estela de sangre que comienza lejos, en un día de mayo, y que llega hasta aquí.

Thomas Müntzer: torturado y ajusticiado, hace veinte años.

Elias el minero: decapitado por la espada de un mercenario en una calle fangosa.

Hans Hut: asfixiado en la cárcel por el incendio de su propia yacija.

Johannes Denck: la vida segada por la peste en esta misma ciudad.

Melchior Hofmann: probablemente se pudrió en las prisiones de Estrasburgo.

Jan Volkertsz: primer mártir de las tierras de Holanda.

Jan Matthys de Haarlem: descuartizado dentro de una cesta de paja.

Jan Beuckelssen de Leiden, Bernhard Knipperdolling, Hans Krechting: torturados con tenazas candentes, ajusticiados y expuestos a la vergüenza pública en tres jaulas, colgadas del campanario de San Lamberto.

Jan Van Batenburg: decapitado en Vilvoorde.

Los nombres son nombres de muertos.

Último superviviente de una raza sin fortuna, un pueblo que la historia ha querido exterminar. Único superviviente, junto con las mujeres, que infundían energía y sensatez a los guerreros. Ottilie, Ursula, Kathleen. Magda se ha salvado, bajo otros cielos. Sus doce años son el resquicio que le queda a la vida para escabullirse de medio siglo de derrotas.

Soy el último superviviente de una época y me arrastro al lado de todos sus muertos, pesada carga a la que no quiero condenar a nadie más. Mucho menos a la familia que habría podido tener. Están a salvo, esto es lo que cuenta. Gotz ya pensará en ellos. Lo prometió.

Tal vez lo hubiera hecho también por mí, gran mago de los números, pero era un riesgo, era un apestado, un rostro que muchos habrían podido reconocer. Por eso no dijiste nada y zarpaste sin volver la mirada atrás. Lo habías dicho desde un principio: si la cosa va mal, no nos conocemos de nada, no nos prestaremos ayuda, cada uno que piense en su propio pellejo. Has cogido tu parte, y la de Eloi para Magda y Kathleen. Has demostrado ser un hijo de puta de buen corazón.

Kathleen. No bastan estas líneas para explicar, no bastarían mil cartas. Me buscaban a mí, no a vosotros, habrían apresado también a las mujeres y a los niños, es cierto, pero a Gotz el fantasma no, ponlas entonces a salvo, Inglaterra, en brazos de tus amigos ingleses y

del rey borracho.

Kahtleen. Tal vez me leíste en el rostro aquel día que todo terminaba allí. Que no volverías a verme, por más que lo consiguiera, por más que saliera bien librado de esta. Porque un viejo destino había vuelto a hacer presa en mí y mil amigos perdidos morían de nuevo con Eloi.

Han apresado a Balthasar, que no volverá a ver nunca más a su mujer, han apresado a Davion y a Dorhout. Han apresado a Dominique, su prosa muere con él. Y luego a Van Hove, el dinero no le ha servido de nada esta vez; y a Steenaerts, a Stevens, a Van Heer. La gran casa se ha quedado vacía. Yo me he escapado y estoy nuevamente solo, una vez más.

Nos temíamos la ira de Fugger el Listo: no podíamos imaginar que iban a ser los sabuesos del Papa los que nos echarían el guante.

No dijo ningún nombre. Su espíritu voló libre de la carne lacerada. Dicen que se rió, que se rió bien alto, que en vez de gritar se reía. Prefiero pensar que fue así, mientras lo envuelve el humo, él que se ríe a más no poder delante de aquellos cuervos. Pero debería estar aquí, invitándome de nuevo a licor y a esos cigarros perfumados de las Indias.

El destino ha querido que yo sobreviviera, siempre, para continuar viviendo en la derrota, consumiéndola un poquito cada vez.

Soy viejo. Cada vez que una borrasca hace sonar unos truenos en el cielo, me estremezco con el simple recuerdo de los cañones. Cada vez que cierro los ojos para dormir, sé que volveré a abrirlos después de que muchos espectros me hayan visitado.

Kathleen, ahora, en un lugar lejano de la guerra, paso el tiempo que me queda, oculto, entre gente en fuga de media Europa, buscada como yo por la Inquisición del Papa y por la de Lutero y Calvino. Gente pacífica que llega con su cargamento de libros, de historias, de aventuras; literatos, clérigos perseguidos, baptistas: soy solo un rostro entre tantos otros, bastante rico para permitirme el silencio. Dinero para terminar mis días. Cien mil florines. Y ningún modo decente de gastarlos.

Soy viejo. Tal vez es solo esto. He vivido diez vidas distintas, sin detenerme nunca y ahora estoy cansado. La desesperación no me visita ya desde hace algún tiempo como si el espíritu se hubiera cerrado al sufrimiento y consiguiera mirar las cosas a distancia, como si las leyera en un libro.

Y sin embargo, de aquellas páginas, surge aún la Negra Sombra que me acompaña desde siempre, para decirme que ningún precio puede saldar la cuenta, que no se paga nunca bastante y no existe refugio seguro. Hay una partida que quiere que se le ponga fin; hay que aguantar hasta el final, sea cual sea. Todo lo que me importaba está a salvo, estoy solo yo. Yo y los fantasmas que me acompañan. Todos.

También Lodewijck de Schaliedecker, alias Eloi Pruystinck: quemado extramuros el 22 de octubre de 1544.

Capítulo 3

Basilea, 18 de marzo de 1545

—En Venecia uno se pierde, compadre, aunque se crea conocerla bien, ¿entendido? Uno permanece completamente a merced de esa ciudad. Un laberinto de canales, callejones, iglesias y palacios que aparecen delante de ti como en un sueño, sin relación aparente con lo que has podido ver hasta ese momento.

Pietro Perna, como de costumbre, se pierde hablando de Italia, mientras destapa una botella del «mejor vino del mundo». Por la ventana de la trastienda de Oporinus, el cielo de Basilea es de un gris blanquecino, como si alguien lo hubiera privado del color, pero, será el aroma del vino o el acento latino de mi interlocutor, lo cierto es que tengo la impresión de que el sol inunda la estancia.

—¿No estabais hablando de los presuntos autores de *El beneficio de Cristo*, micer Pietro?

—Exactamente —responde limpiándose el bigote con el dorso de la mano—, no perdamos de vista la cuestión principal. Oficialmente, el libro es anónimo; oficiosamente se dice que fue escrito por fray Benedetto Fontanini de Mantua, y bajo cuerda se afirma que fue obra de mentes cercanas al cardenal inglés Reginald Pole.

Lo interrumpo enseguida:

—Imagino que no os molestará que os pida alguna información más acerca de los acontecimientos italianos, porque esa historia de cardenales que citan a Calvino no me cuadra desde un principio. Y acaso el vino no es la mejor bebida para nuestra discusión.

Pone unos ojos como platos y se llena otro vaso:

—Esto es vino del Chianti, señor mío, podéis beber cuanto os apetezca y os parecerá

tener la cabeza cada vez más ligera. Lo embotellaron mis padres, en una finca de las cercanías de la aldea de Gaiole. Es un vino que ha hecho los honores de la mesa de Cosme de Médicis, ¿entendido? ¡Una bebida i-ni-mi-ta-ble!

Repara en mi gesto y prosigue:

—Volvamos a lo nuestro, compadre. El médico español Miguel Servet ha descrito a los italianos como distintos entre sí en todo: gobierno, lengua, costumbres y rasgos somáticos. Únicamente nos uniría, según él, la antipatía de unos por otros, la falta de valor en la guerra y el desprecio por los ultramontanos. Por lo que toca a la fe, puede decirse casi otro tanto: de un lado, hay quien invoca la conciliación con los luteranos; de otro, quien da una prioridad absoluta a la guerra contra la herejía y desempolva el Santo Oficio de la Inquisición. Está muy extendido entre el pueblo el odio por los curas y por tanto la simpatía por lo que todos llamamos «fe germánica», pero podría decirse también todo lo contrario, ¿entendido? Igual que se podría decir también que muchos campesinos ignoran qué es la Trinidad, comulgan y confiesan en Pascua para tener contento al párroco y el resto del año viven con sus supersticiones.

Trato de imaginarme la tierra descrita por las palabras de Pietro Perna, mientras me tomo a sorbos el segundo vaso de su exquisito producto. Italia: tal vez sea cierto que no puedo morir sin antes visitarla. Por lo demás, tengo la sensación de que mucho de lo ocurrido ha partido de allí, no siendo lo menos importante el exterminio de Eloi y de los Espíritus Libres, que precisamente la Inquisición señaló a Carlos V como herejes, ciudadanos peligrosos e infieles.

Mientras tanto Perna no para ya de hablar, acompañando cada frase con gestos elocuentes.

—La Liga de Smalkalda de los príncipes protestantes tiene su embajador en Venecia, ¿entendido? Y no pocos agradecerían que triunfaran en la República Serenísima las ideas luteranas. De todas formas, no podéis perderos una ciudad semejante, compadre. Gracias al comercio, hay en ella todo cuanto un hombre rico puede desear comprar, todo cuanto un espíritu curioso puede desear ver, todo cuanto la carne puede desear pedirle a la capital del meretricio, donde una mujer de cada cinco hace o ha hecho, al menos esporádicamente, de prostituta. En fin, gracias a los libros es posible engrosar posteriormente la bolsa, con tal de que se tenga ese poco de coraje que, a lo que parece, nos falta solo a nosotros los italianos.

Tercer vaso:

—En vista de que habláis de dinero, micer Pietro, tengo una idea para vos. Escribid un libro sobre Venecia, para despertar las ganas de los notables de Europa de visitarla e indicarles dónde deben comer y dormir. Estoy seguro de que el libro tendría un gran éxito y que los propietarios de los lugares que indicaseis sabrían recompensaros por la mención.

Alarga las manos sobre la mesa y aferra las mías antes de que pueda retirarlas:

—Compadre, daos prisa, habéis estado perdiendo el tiempo hasta el día de hoy. Basilea, lo sabéis mejor que yo, es la ciudad donde los pensadores más innovadores, los heresiarcas más peligrosos, las mentes más rebeldes de Europa, van a que se pierda todo rastro de ellos, a descansar, a respirar un poco de tranquilidad. Todo esto, sed sincero, no va con vos. Pues vos sois un hombre de acción.

—Es probable. Pero ha pasado muy poco tiempo desde la última herida, la piel debe también cicatrizar.

—Entonces, bebed, compadre, pues no hay mejor ungüento que este.

Cuarto vaso: la cabeza está de veras ligera.

Capítulo 4

Basilea, 28 de marzo de 1545

La casa de Johann Oporinus es lo bastante grande como para dar cabida a todos. La comunidad de los tránsfugas que han recalado en Suiza cuenta con una veintena de personas, protestantes más o menos ilustres, perros vagabundos que han conocido a las mejores mentes de la Reforma, amigos de Bucero, Capiton y Calvino, que precisamente en Basilea diera a la imprenta la primera edición de su *Institutio Christianae Religionis*.

Muchos de estos literatos no están de acuerdo con los padres de la Reforma sobre la constitución de una nueva organización eclesiástica. La elección de Bucero en Estrasburgo y de Calvino en Ginebra, la de transformar las capitales de la Reforma en ciudades-iglesia, no es compartida por todos. Muchos de los que huyeron allí se encontraron con el ostracismo de sus propios maestros, actualmente ocupados en reconstruir una nueva iglesia que sea capaz de reemplazar a la antigua: nuevos doctores que se encarguen de la enseñanza catequística, nuevos diáconos, nuevos pastores y ancianos que velen por la vida religiosa y moral de los fieles.

Disciplina es la palabra que hoy resuena desde un extremo a otro de las tierras reformadas. Una palabra que deja insatisfechos a estos librepensadores: gente incómoda para quien aspira al orden y a la jerarquía.

Oporinus nos ha convocado para hablar a todos, no ha querido decir respecto a qué, pero creo que se trata de los rumores que circulan sobre el hecho de que el Consejo ecuménico, varias veces anunciado por el Papa, esta vez se celebrará de veras, a finales de año.

La única cara conocida es David Joris, hasta hace pocos meses el cabeza del

anabaptismo holandés, que ha llegado también hasta aquí, con unos pocos seguidores, huyendo de la mordaza de la Inquisición. Bocholt, agosto del 36: el concilio de los anabaptistas; Batenburg contra todos, contra Philips y Joris, lo recuerdo perfectamente, la espada contra la palabra. No creo que me reconozca, pues han pasado casi diez años.

Veo a Pietro Perna ir hacia una silla, con un par de libros en la mano, que ahora hojea aburrido, sacudiendo la cabeza para sí, como si viera confirmada una pésima expectativa.

Me siento también yo, un poco aparte. Yo no tengo ninguna expectativa en absoluto, sobre todo acerca de Oporinus y su círculo de amigos. Siento aprecio por la actividad de nuestro amigo impresor: Paracelso, Servet, Socini, son autores que pueden causar problemas, gente a la que Calvino está dispuesto a sacrificar con tal de alzarse como el nuevo Lutero. Pero este tipo de valentía no puede bastar, y aunque los tiempos que vivimos no permiten quizá otra cosa, he luchado demasiado como para seguir excitándome con una disputa teológica.

Nuestro huésped nos hace señas de que dejemos la charla, quiere tomar la palabra.

—Amigos míos —la voz es templada, el tono pacífico—, os he convocado aquí en el día de hoy porque creo que puede ser útil para todos nosotros un intercambio de ideas sobre el acontecimiento que va perfilándose en el horizonte. —Se aclara la voz—. Sin duda habrá llegado hasta vosotros la noticia de la convocatoria de un Concilio en el que tomará parte toda la cristiandad dividida, para buscar un punto de acuerdo y la posibilidad de una reconciliación entre todas las facciones.

Lee el asentimiento en los rostros de los presentes, Perna bosteza en un rincón, apoyando la barbilla sobre la silla demasiado alta, los pies bamboleantes.

Oporinus prosigue:

—Pues bien, no podemos asistir impasibles a un acontecimiento de semejante alcance, como espectadores silenciosos. Es muy probable que para facilitar la intervención de los mejores doctores de la protesta luterana el lugar elegido para este Concilio sea la ciudad neutral de Trento, entre Roma y las tierras alemanas, no muy lejos de nuestra Basilea.

—¿Querrías que os invitaran al Concilio? —El tono es entre irónico e incrédulo, la frase proviene de una de las sillas de enfrente de Oporinus.

El impresor sacude la cabeza:

—No digo esto. Pero tal vez resultaría oportuno escribir a Ginebra para hacerle saber a Calvino y a los suyos que no queremos ser dejados de lado, que también nosotros querríamos expresar nuestro parecer, incluso publicar algo, aunque solo fuera un documento que pueda ser leído en presencia de los cardenales católicos. Podríamos escribirle a Servet a París, procurar que componga algo para la ocasión…

De la segunda fila se alza un hombre pálido y flaco, de acento francés, debe de habérmelo presentado Oporinus, pero ya no recuerdo su nombre.

—¿No creeréis de veras que Lutero, Melanchthon y Calvino quieren participar en ese Concilio?

—¿Y por qué no? Si los cardenales se han decidido a convocar un Concilio, eso significa que temen la propagación de la Reforma y están dispuestos a un compromiso, incluso a aceptar algunas peticiones…

Leroux, que así se llama, excitado:

—Si Lutero va al Concilio, no se parará en barras. Y lo mismo ocurrirá con todos los demás. Si los papistas consiguen que se les pongan a tiro, no podrán resistirse a la tentación de apresarlos y quemarlos. Demasiado bien los conocemos…

Cabezas que asienten, algunos tuercen el gesto, Perna agita las piernas y hojea desganado los libros que tiene en el regazo.

A la espalda del francés se halla de pie Joris, alto y rubio, agitando una blanca mano:

—Yo os digo que si Calvino y Lutero consiguieran echarles el guante a algunos de los presentes, les reservarían un fin idéntico. ¿Qué nos importa a nosotros el Concilio? Admitiendo que de verdad se celebre, será una trampa para tontos y si alguno de los cuervos de Ginebra o de Wittenberg acaba en prisión, ¡no seré yo quien vaya a compadecerlo!

Oporinus interviene para aplacar los ánimos:

—No, Joris, no deberías decir esto. Las diferencias que puedan separar a algunos de nosotros de Lutero y de Calvino no deben llevarnos a medir a todos con el mismo rasero. Y tampoco sobre el Concilio comparto vuestra opinión.

El holandés se encoge de hombros y vuelve a sentarse:

—Haced que el Concilio ese se lleve a cabo y ya veréis que de opiniones os impondrán solo una.

—Lo que trato de decir —prosigue el impresor, imponiéndose al bullicio que la intervención del anabaptista ha provocado— es que Calvino y Lutero harán cualquier cosa con tal de dejarnos al margen de cualquier negociación y, si nunca llegan a un acuerdo con Roma, será en detrimento de cualquiera que no se reconozca plenamente en sus propuestas. ¿Qué será de los Miguel Servet, de los Lelio Socini, de los Sebastian Castellion? —La mirada de Oporinus recorre la serie de rostros—. ¿Qué será de nosotros, hermanos?

Desde la silla más exterior, al fondo de la fila, interviene el basiliense Serres:

—No habrá ningún acuerdo, Oporinus, porque los papistas no van a ceder jamás sobre la justificación *por las obras*, y Lutero y Calvino, por otro lado, no están dispuestos a dar un paso atrás en lo que a la justificación *por la fe* se refiere. Para ellos supondría dejar un nuevo espacio al poder anticristiano del Papa, a las indulgencias, a la compraventa de la fe…

—Esto no podemos saberlo con certeza absoluta, Serres. Existe más de un cardenal en

Italia que ve con buenos ojos una pacificación con los protestantes y siente aprecio por la teología luterana. Existe ya una literatura al respecto, tal vez pequeñas cosas, pero se trata de señales importantes. Habéis leído todos *El beneficio de Cristo*. ¡Se dice que su autor es un fraile apoyado por importantes literatos italianos y hasta por un cardenal! Estos son hechos, hermanos míos, no podemos ignorarlos. Si existe la posibilidad de que en ese Concilio se abra un resquicio de esperanza de una nueva unión y de una reforma radical de la Iglesia romana, yo digo que no debemos dejar la iniciativa tan solo a Calvino y a Lutero. Nos va en ello la libertad. —Su mirada busca entre todo aquel hacinamiento de cabezas hasta que da con la pelada de Perna—. Me gustaría oír vuestro parecer, micer Perna, vos que más que ningún otro estáis al tanto de los asuntos italianos.

El pequeñajo estira sus cortísimos brazos, no se esperaba ser llamado a la lid, se rasca la frente y se pone en pie sin conseguir superar las cabezas de los presentes.

Un largo suspiro:

—Señores, he oído muy bonitas palabras, pero ninguna ha conseguido ir al meollo del problema. —Todos lo miran perplejos, inclinados para comprender la insólita pronunciación del italiano—. Ya podéis escribir o encargar las más hermosas obras teológicas del siglo, si esto os hace sentiros mejor, pero eso en nada cambiará la realidad de los hechos. Y la realidad, señores, es que no serán las cuestiones doctrinales las que marquen los destinos del Concilio, sino la política.

Se hace un silencio sepulcral, el pequeño Perna no conoce el término medio, me doy cuenta de que está a punto de verse dominado por la verborrea:

—Si este Concilio se celebra es por las presiones que el Emperador está ejerciendo sobre el Papa. Es el Habsburgo quien quiere reunir a católicos y protestantes, porque el Imperio se le está yendo de las manos y el turco Solimán, hombre que según se dice consigue satisfacer a veinte mujeres en una sola noche y que no en vano es conocido como el Magnífico, está poniéndolo en dificultades. A Carlos Quinto no le importa cómo y en qué los teólogos se pongan de acuerdo, lo que a él le interesa es reunificar a los cristianos bajo su bandera para resistir a los turcos y retomar el control de los propios confines. —Sacude la cabeza—. Ahora bien, escuchad lo que voy a deciros, en Roma hay un discreto número de cardenales a quienes las hogueras agradan una barbaridad. Pero no vayáis a creeros que estos santos varones se mueren de ganas de asar en ellas a Lutero, a Calvino, a Bucero, y a todos los presentes. Porque, mirad, mientras estos herejes, como ellos los califican, circulen, podrán lanzar a la Inquisición a la caza de los intelectos más incómodos, y en primer lugar de sus adversarios políticos dentro de la Iglesia romana. Desde que el mundo es mundo los enemigos exteriores se ponen de acuerdo para acabar con los interiores. Oporinus tiene razón cuando dice que existe un grupo de cardenales favorables al diálogo con los protestantes, y es precisamente con estos con quienes cuenta

el Emperador para hacer realidad su proyecto. Pero veamos quién está alineado en el bando contrario. —Perna cuenta con sus dedos regordetes—. Tenemos, así pues, a los príncipes alemanes, que es como decir a Lutero y a Melanchthon. Esos, para conservar precisamente su autonomía respecto a Roma y al Imperio, no tienen el menor interés en que tomen parte sus teólogos en el Concilio. Más aún, si en el Concilio se llegara a la conclusión de que son todos unos apóstatas, el Emperador no podría seguir gritando que se trata de un acto de lesa majestad y tendría que resignarse a ver perdidos los principados alemanes. Luego está el rey de Francia, que significa todos los cardenales franceses: veinte años de guerra son una prueba de la enemistad de Francisco Primero con el Habsburgo. ¿Hace falta algo más para deducir de ello que los cardenales franceses votarán contra la hipótesis de una reconciliación? Por último, están los cardenales romanos de la Inquisición, los que quieren la línea dura y que ponen trabas al diálogo con los protestantes.

Perna toma aliento, los rostros de los presentes están atónitos, como si un oso amaestrado hubiera entrado en la estancia. Un instante y el italiano vuelve de nuevo a la carga:

—El Concilio, señores, será un arreglo de cuentas entre los potentados de Europa. Escribid, escribid si queréis, todos los tratados teológicos del mundo, pero no seréis vosotros, ni Calvino, ni Lutero quienes jueguen esta partida. Si queréis sobrevivir tendréis que pensar en algo distinto.

—¡Micer Pietro, esperad!

El pequeñajo deja de apretar el paso por el barro, se vuelve lo justo para verme y se para en medio de la calle.

—Ah, sois vos. Creía…

La distancia no me permite comprender el resto de la frase.

Me pongo a su lado:

—¿Qué intentabais decir? ¿Qué quiere decir que deben pensar en algo distinto?

El italiano sonríe y sacude la cabeza:

—Venid conmigo. —Me lleva de un brazo hasta el final de la calle, tomamos por un callejón, su modo ridículo de caminar, como si diera saltitos, hace asomar en mi rostro una sonrisa irreverente. Este hombre tiene el extraño poder de ponerme de buen humor Escuchad, compadre. Aquí no hay nada más que hacer. Todos vuestros amigos… —Se para delante de mi mano alzada—. Perdonadme: todos los amigos de micer Oporinus son personas muy queridas, ¿entendido?, pero no van a ningún lado. —Los ojillos negros escrutan entre las arrugas de mi rostro en busca de no sé qué—. Sus preocupaciones se

agotan en las divergencias o en los puntos en común entre su pensamiento y el de Juan Calvino. Y gente como yo, y como vos, compadre, sabe muy bien que lo que mueve el mundo es algo muy distinto, ¿entendido?

—¿Adónde queréis llegar?

Aprieta de nuevo mi brazo:

—¡Vamos, micer! ¡Nada de tomarme el pelo: si ha de ser un librero italiano quien les diga cómo están las cosas, eso quiere decir que esas lindas cabezas no ven más allá de sus propias narices! Escriben tratados teológicos para otros doctores, ¿entendido?, y el día que vengan a cogerlos para atarlos a un palo con algún haz de leña debajo, ¡tal vez entonces abran los ojos! Solo que será ya demasiado tarde. Lo que quiero decir con ello, amigo mío, es que la suerte está echada. En Alemania armasteis ruido, y las hicisteis sonadas, y luego vinieron los holandeses, que menudos juerguistas están hechos, locos como chotas, y ahora los franceses y los suizos, y Calvino que se convierte en el paladín de la revuelta contra el papado. Todo patrañas, señor mío, el poder, el poder, por esto se matan unos a otros. Por el amor de Dios, no digo que el viejo Lutero no crea, no digo que el adusto Calvino no esté convencido, pero ellos no son sino peones. Si no les resultasen cómodos a los poderosos, esos cuervos negros no serían nadie, os lo digo yo, ¡nadie!

Me libero del apretón, ebrio de palabras. Perna se encoge de hombros y extiende los brazos increíblemente cortos:

—Yo me dedico a mi oficio, ¿comprendéis? Soy librero, voy de aquí para allá, veo a un montón de gente, vendo los libros, descubro talentos ocultos bajo montañas de papel… Yo propago ideas. El mío es el oficio más arriesgado del mundo, ¿entendido?, soy responsable de la difusión del pensamiento, incluso del más incómodo. —Señala en dirección a la casa de Oporinus—. Ellos escriben e imprimen, yo difundo. Ellos se creen que un libro vale por sí mismo, creen en la belleza de las ideas en cuanto tales.

—¿Vos no?

Una mirada de suficiencia:

—Una idea es válida en tanto que se difunde en el lugar y en el momento adecuados, amigo mío. Si Calvino hubiera impreso su *Institutio* hace tres años, el rey de Francia lo habría mandado a la hoguera en menos que cuesta decirlo.

—Sigo sin comprender adónde queréis llegar.

Da saltitos nervioso en el sitio:

—Diablos, escuchad, ¿no? —Saca de su inseparable bolsa un librito amarillento—. Tomad *El beneficio de Cristo*. Pequeño, ágil, claro, cabe en una faltriquera. Oporinus y sus amigos lo ven como una esperanza. ¿Sabéis qué veo yo, en cambio, en él? —Una pequeña pausa de efecto—. Guerra. Esto es un golpe bajo, esto es un arma poderosa. ¿Creéis que es una obra maestra? Es un libro mediocre, rebaja con agua y sintetiza la *Institución* de

Calvino. Pero ¿en qué radica su fuerza? ¡En el hecho de que trata de hacer la justificación *por la fe* compatible con la doctrina católica! ¿Y qué significa eso? ¡Pues que si este libro se difunde y tiene éxito, incluso entre los cardenales y los doctores de la Iglesia, tal vez vos y Oporinus, y sus amigos, y todos los demás no tendríais a la Inquisición detrás de vosotros el resto de vuestros días! Si este libro encuentra el aplauso de la gente adecuada, los cardenales intransigentes corren el riesgo de encontrarse en minoría, ¿entendido? Los libros cambian el mundo solo si el mundo consigue digerirlos.

Resopla y me escruta un largo momento, luego con los ojos fruncidos:

—¿Y si el próximo Papa estuviera dispuesto a dialogar? ¿Y si fuera uno de esos contrarios a los métodos del Santo Oficio?

—Un Papa es siempre un Papa.

Un gesto de desaprobación:

—Pero vivir y poder continuar diciendo lo que uno piensa es algo muy distinto a morir abrasado.

Hace ademán de recoger la alforja e irse, pero esta vez soy yo quien lo retiene.

—Esperad.

Se detiene. Miro a este pequeño hombre que trasuda astucia y fuerza por todos los poros. Hay algo de Eloi en el guiño de sus ojos, algo de Gotz von Polnitz en la determinación de sus palabras.

—¿Qué diríais si os dijese que me importa un comino cambiar nada?

Sonríe:

—Diría que deberíais partir enseguida para Italia, antes de que el fango de esta ciudad os ahogue la mente.

—¿Putas, negocios, libros prohibidos e intrigas papales? ¿Es esto lo que prometéis?

Da un pequeño saltito, mientras se aleja ya tratando de alargar el paso:

—Pero ¿es que hay alguna otra cosa que dé sabor a la vida?

Capítulo 5

Basilea, 28 de abril de 1545

—He oído que os disponéis a partir. ¿Hablamos de negocios?

Radiante, se ríe a carcajadas y me hace entrar en la sala de estar, donde chisporrotea el fuego y nos aguardan dos sillones. La botella de vino no puede faltar sobre la mesa. Parece como si me estuviera esperando.

Se frota las manos, inclinándose hacia delante, aguzando el oído.

Es imposible no sonreír delante de este hombre.

—Si he de invertir mi dinero, es necesario que me expliquéis qué os ronda por la cabeza.

Asiente con grandes cabeceos:

—Por supuesto, no faltaría más. Pero a cambio vos me diréis qué os ha convencido.

—Me parece aceptable.

Da unos saltitos hasta la bolsa de viaje de la que saca el librito amarillento.

—Aquí tenéis: *El beneficio de Cristo*, de fray Benedetto de Mantua. Este es el negocio del momento. Bindoni lo imprimió en Venecia en el cuarenta y tres y consiguió vender algunos miles de ejemplares. Yo mismo he contribuido a difundirlos, mi contrato con Bindoni me garantiza la mitad neta de las ganancias.

—Id al grano.

Apoya los pies en el suelo y acerca el sillón al mío, con la expresión astuta de quien sabe que puede vender abrigos de pieles a los suecos:

—Bindoni tiene agallas, ¿entendido?, pero le falta capital y la necesaria amplitud de miras. Me explicaré mejor: en la República de Venecia no es difícil vender libros como

este, digámoslo así, no ortodoxos: a los venecianos les importa mucho seguir siendo independientes del Papa incluso en las cuestiones religiosas, pues de lo contrario Bindoni tendría que olvidarse de imprimir *El beneficio*. Pero si una persona avispada y con un poco de astucia que sirva para viajar por el mundo, se encargara de llevar los ejemplares por Italia, a Ferrara, Bolonia, Módena, Florencia… accedería a un mercado de un potencial ilimitado.

—Hum. Habría que aumentar la tirada. ¿Estáis seguro de que el tal Bindoni está dispuesto a brindarnos su apoyo?

—¿Cómo no? Los venecianos se huelen los negocios a la legua, pero aunque él no estuviera interesado, encontraríamos a algún otro impresor en menos de lo que cuesta decirlo, ¿entendido? Venecia es la capital de la imprenta.

Se queda mudo buscando mi asentimiento con unos ojos como platos. Fuera, un grupo de estudiantes entona una canción vulgar que se pierde a lo largo de la calle.

Más leguas, más tierras, ciudades.

—Imagino que tendré que ser yo quien viaje a Italia con los ejemplares del libro.

—Es un negocio que compartiremos equitativamente, ¿entendido? Yo me ocuparía del Milanesado y de Roma. Y a vos os correspondería el nordeste, la Emilia y Florencia. Pero es indispensable que alguien vaya a Venecia a contactar con los impresores y ponerlos a trabajar en *El beneficio*. Daos prisa, de este libro pueden venderse decenas de miles de ejemplares.

Lo miro de reojo:

—¿He luchado toda mi vida contra Lutero y los curas para ponerme ahora al servicio de los cardenales enamorados de Lutero?

—Un servicio bien retribuido, compadre. Y útil para quien, como vos y yo, piensa que es mejor que los libros y las ideas continúen circulando libremente, sin tribunales de la Inquisición de por medio. No os estoy pidiendo que apoyéis a los autores de este libro, sino tan solo que los ayudéis a hacernos la vida más fácil, quizá incluso a salvárnosla, ¿entendido?

De nuevo el silencio, el fuego tan solo y un carro que pasa por la calle lanzando crujidos. El italiano sabe lo que se hace, esgrime sólidos argumentos. Sirve vino y me ofrece el vaso. Un suspiro, luego en tono casi fraternal:

—Amigo mío, ¿de veras queréis pasar el resto de vuestros días en Basilea? ¿De veras no llegan a aburriros las infinitas discusiones de toda esta gente? Sois un hombre de acción, lo dicen vuestras manos y vuestra mirada.

Apenas sonrío:

—¿Qué más os dice mi mirada?

En voz baja:

—Que no os importan mucho los derroteros que puedan tomar los acontecimientos, pero que aún sois capaz de dejaros fascinar por un paisaje desconocido. Y que precisamente por eso podríais embarcaros en esta empresa. De lo contrario, no habríais venido a verme, ¿o me equivoco?

Perna es un hombre singular, materialista y roñoso, pero al mismo tiempo agudo y refinado conocedor de los hombres. Une la sapiencia doctrinal a un sentido concreto de las cosas: una mezcla que he encontrado raramente en la vida.

Degluto el vino, el sabor llena mi boca. Le dejo continuar, he aprendido que no es fácil frenar su lengua.

—Habéis conocido las armas y las letras. Habéis luchado por algo en lo que creíais y habéis perdido la causa, pero no la vida. Espero me comprendáis, hablo del sentido de la vida que une en común a gente como vos y yo, la incapacidad de detenerse, de quedarse cómodamente en algún oscuro rincón, en espera del fin; la idea de que el mundo no es más que una gran plaza a la que se asoman los pueblos y los individuos, desde los más grises a los más extravagantes, desde los matachines a los príncipes, cada uno de ellos con su insustituible historia, que nos habla de la historia de todos. Vos debéis de haber conocido la muerte, la pérdida. Tal vez ha sido una familia, en alguna parte, en las tierras del norte. Con seguridad muchos amigos, perdidos por el camino y nunca olvidados. Y quién sabe cuántas cuentas que ajustar, destinadas a seguir estando pendientes.

La luz del fuego le ilumina media cara, le hace asemejarse a una criatura fabulosa, un gnomo sabio e intrigante al mismo tiempo, o tal vez un sátiro, que te susurra secretos al oído. Sus ojillos diminutos parpadean junto a las llamas.

—Estoy hablando de eso, ¿entendido? De la imposibilidad de detenerse. No es acertado. No lo es nunca. Habríamos tenido que hacer otras elecciones, hace mucho tiempo, y hoy es ya demasiado tarde. La curiosidad, la insolente, terca curiosidad de saber cómo va a terminar la historia, cómo concluirá la vida. De eso se trata, de nada más. Nunca es el afán de lucro el que nos lleva por el mundo, nunca es solo la esperanza, la guerra… o las mujeres. Hay algo más. Algo que ni yo ni vos podremos describir nunca, pero que conocemos perfectamente. Incluso ahora, incluso en el momento en que os parece haberos alejado demasiado de las cosas, incuban en vos las ganas de conocer el final. De seguir viendo. No hay nada que perder cuando se ha perdido todo.

Una sonrisa de desapego debe de habérseme quedado grabada en el semblante durante todo el tiempo. Y sin embargo nace de la sensación de estar escuchando el consejo de un viejo amigo.

Me toca el brazo:

—Yo parto mañana para Milán, voy a vender los libros de Oporinus allí. Tendré que permanecer allí un tiempo para despachar algunos asuntos que dejé pendientes. Tras lo

cual partiré hacia Venecia. Si mi propuesta os atrae, la cita es en la librería de Andrea Arrivabene, que tiene en el letrero un pozo, acordaos de este nombre. ¿Por qué os reís?

—Nada, pensaba en las coincidencias de la vida. Un pozo, ¿habéis dicho?

—Exactamente eso.

Me mira perplejo.

Vacío el vaso. Tiene razón: cuarenta y cinco años y ya nada que perder.

—Descuidad, allí estaré.

El ojo de Carafa

(1545)

Carta enviada a Roma desde Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 13 de mayo de 1545.

Al ilustrísimo y reverendísimo señor mío Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Muy honorable señor mío:

Escribo a Vuestra Señoría para comunicarle que no hay ya vuelta atrás. Reginaldo Polo ha decidido, en efecto, realizar el primer movimiento.

Como seguramente sabrá V.S., Su Santidad Paulo III ha encargado a Polo redactar un documento que exponga las intenciones del Concilio, en previsión de su próxima apertura en el mes de diciembre.

Pues bien, precisamente hoy he tenido ocasión de oír una conversación entre el inglés y Flaminio en la que han sido confrontados los contenidos de dicho documento, que lleva el título cuando menos neutral de De Concilio.

Parece que el primer argumento introducido por el inglés es precisamente la definición de la doctrina de la justificación. Para exponer el problema, ha empleado un tono suave y aparentemente inocente, y no obstante tendencioso, avalando ya alguna que otra compatibilidad entre la doctrina protestante y la católica. Por tanto es seguro ya que el cardenal quiere comprometer desde sus primeras frases a los padres conciliares en la búsqueda de un compromiso con los luteranos.

La impresión y difusión de El beneficio de Cristo aparecen hoy bajo su verdadera luz: la de una estrategia calculada.

Desde hace dos años a esta parte Polo y sus amigos han conseguido, con ese maléfico libelo, difundir la simiente de sus ideas criptoluteranas y desatar, además, el debate sobre su significado, y ahora esperan recoger los frutos en Trento.

Que Dios omnipotente nos proteja de una desventura semejante, iluminando el ánimo de mi señor y aconsejándole las indispensables medidas preventivas.

Besando las manos de Vuestra Señoría, me encomiendo a su protección.

De Viterbo, el día 13 de mayo de 1545, el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

El diario de Q.

Viterbo, 13 de mayo de 1545

En el fresco soy una de las figuras del fondo.

En el centro destacan el Papa, el Emperador, los cardenales y los príncipes de Europa.

En los márgenes, los agentes discretos e invisibles, que atisban desde detrás de las tiaras y las coronas, pero que en realidad sostienen toda la geometría del cuadro, lo llenan y, sin dejarse descubrir, permiten a aquellas cabezas ocupar su centro.

Con esa imagen en la mente me decido a llevar estos apuntes.

En toda la vida no he escrito ninguna línea para mí mismo: no hay página del pasado que pueda comprometer el presente, no hay ningún rastro de mi paso. Ni un nombre, ni una palabra. Nada más que recuerdos en los que nadie puede creer, ya que son los de un fantasma.

Pero ahora es distinto: tal vez hoy es más difícil y arriesgado que en Münster. Los años italianos enseñan que los palacios son mortales de necesidad, tanto como los campos de batalla, solo que aquí dentro el ruido de la guerra está amortiguado, absorbido por el parloteo de las negociaciones y por las mentes agudas y asesinas de estos hombres.

Nada es lo que parece dentro de los palacios romanos.

Nadie puede captar el cuadro de conjunto, ver al mismo tiempo la figura y el trasfondo, el objetivo final. Nadie excepto aquellos que tienen en sus manos los hilos de la trama, hombres como mi señor, como el Papa, como los decanos del Sacro Colegio.

Nota: comprender, anotar, no descuidar detalles en apariencia irrelevantes, que podrían resultar ser las claves de bóveda de toda una estrategia.

Los elementos del cuadro: un libro peligroso; un Concilio inminente, un hombre poderosísimo; el servidor más secreto.

Sobre «El beneficio de Cristo»

Hará casi dos años que se imprimió el libro. Ha desencadenado polémicas (el cardenal Cervini lo ha prohibido en su diócesis), pero pese a eso continúa circulando sin problemas, o mejor dicho aún, conoce una gran difusión.

Los «viterbeses» fingen que no pasa nada, mientras se preparan para llevar las tesis del libro al Concilio de Trento (Reginald Pole: «Hay momentos y lugares adecuados para las ideas que, cuidadosamente escogidos, pueden impedir a los nuevos tribunales pararlas»). Pole espera derrotar a Carafa en lo que al tiempo se refiere: la difusión de las ideas reformadas contra la creación de la Inquisición.

¿Puede ser *El beneficio de Cristo* un arma de doble filo que golpee a quien la ha forjado? ¿Y cómo?

¿Arreglárselas para que el Concilio lo condene inmediatamente y desenmascare a sus autores? ¿Atribuirlo a Pole y a su círculo de amigos?

No, el inglés lo negaría todo, su credibilidad es demasiado alta para poder hacerle la imputación de herejía, y además, no hay pruebas de que haya sido el autor del libro. Si consigue disculparse saldría más reforzado que nunca. Mi señor esto lo sabe; es hombre demasiado prudente para conceder una oportunidad semejante a su mayor adversario.

Mejor aún: urdir una tela de araña, donde uno tras otro caigan todos los cardenales que ven con buenos ojos a los reformados. Un libro que pase de mano en mano, de biblioteca en biblioteca, y contagie a todo aquel que lo toque. Y cuando se recoja la red, pescar a todos los peces gordos de una vez. Es preciso dejarlo circular, aunque el Concilio lo condene, dejar que los amigos de Pole lo lean, se queden fascinados por él, tanto como lo están por ese brillante intelecto inglés. Mientras tanto Carafa trabaja, construye paso a paso la máquina capaz de darles la puntilla a todos de un plumazo. Sí, así es como razona mi señor. Pero un juego de este tipo puede escapársele de las manos, volverse demasiado grande incluso para su mente ubicua.

Sobre el Concilio

29 de junio de 1542: publicada la bula papal de convocatoria del Concilio ecuménico.

21 de julio de 1542: bula papal *Licet ab initio* que instituye la Congregación del Santo Oficio de la Inquisición.

Entre estas dos fechas, reanudación de la guerra entre Carlos V y Francisco I.

Por lo que parece, si no hay Concilio, habrá guerra, de ejércitos o de intelectos, no existe mayor diferencia.

De Concilio: una defensa velada de las tesis de *El beneficio de Cristo*. Los cardenales espirituales quieren transformar el Concilio de Trento en la sede privilegiada para afrontar la cuestión de la justificación. El Concilio debería convertirse en la fuerza contrapuesta a la Inquisición, que debe robustecerse bajo la astuta guía de Carafa. No cabe duda de que mi señor se prodigará a fin de que las tesis de El beneficio sean condenadas aun antes de ser discutidas.

Sobre Carafa

Cabe preguntarse qué debió de encontrar Vesalio, el necrófilo, dentro de ese hombre cuya mirada parece apuntar hacia un horizonte demasiado lejano, no de esta tierra. Tal vez todo el temor que él infunde. O la gracia divina de la mente insondable del Creador bajo las celadas facciones de la crueldad.

Pero ¿quién es este?

Mi señor y monje, maestro del disimulo y de la simulación, de casta de mando, primero prelado y luego pobre teatino por voto. Enemigo del Emperador, al que tuvo de hecho sobre sus rodillas, despreciándolo ya; de intuición que diríase diabólica, si no conociéramos su fe; sumo arquitecto del Santo Oficio, renacido para él y bajo él, que custodia sus secretos, sus miras, y lo hace crecer como una prole amada, con desmesurada energía, a una edad en la que gran parte de los hombres hace ya tiempo que está entre tierra y gusanos; apóstol de lo que lo entusiasma por encima de cualquier otra cosa: la guerra espiritual, lucha interior y exterior, sin cuartel, contra los embelecos de la herejía, bajo cualquier forma en que estos se presenten.

Pero ¿quién es este?

Sobre mí

El ojo de Carafa.

Capítulo 6

Paso del San Gotardo, 17 de mayo de 1545

No tendría que haberlo hecho. ¿Volveré a controlar los gestos, la mente?

Ridícula, sublime, pavorosa visión.

¿O bien abandonarme completamente?

Los bosques ondulantes del Mittelland hasta llegar al Aare, luego lentamente en la plana y amplia barcaza pasando Olten, Suhrsee y por fin Lucerna, en el extremo profundo del oscuro lago de los cantones, donde se cruza con el Reuss. De ahí, a lomo de un mulo, o, mejor dicho, de dos, uno para los bagajes y los libros de Perna, entre los cientos que suben cargados las pendientes del torvo monte Pilatos resoplando por los senderos a menudo inaccesibles, pero atestados de tráfico comercial y de hombres, carros y bestias. Arriba y abajo de este obligado tránsito de pendientes soleadas y prados alpestres, de bosques salvajes y espléndidos, rodeados de pronunciados picos, de un aire nítido y punzante que surcan en sus alturas extremas las alas del halcón peregrino. Clara mañana de primavera, experimento la tónica ebriedad de las cotas altas. Observo el desfiladero impracticable en otra estación, el puerto que desde Andermatt lleva a Airolo, San Gotardo que mira a suelo italiano.

Debo de estar completamente loco. Un viejo chiflado que se pone en camino desde estas montañas hacia el gran burdel del mundo que mira de cara al Turco.

Ridícula y sublime visión.

Un pánico que transmite entumecimiento a los miembros. Un gamo se escabulle rápido

como una flecha entre los árboles.

Podría morir ahora. En medio del éxtasis de una terrible euforia, en la parálisis del sol cálido sobre unos músculos envejecidos y doloridos. Ahora. Sin saber quién soy. Sin un plan, y con dos pesadas alforjas de libros. Antes de que la absurda inercia se reanude, de que el insensato intelecto me haga volver a la silla de ese mulo. Dos alforjas. Contemplo los escarpados valles italianos que preceden a la llanura, hasta el mar. Para encontrar a los espectros, bajo el letrero del Pozo. Ven conmigo, constructor de tejados, pues no sé quién soy. Y mis piernas no son ya firmes. Ahora.

Bérgamo, República de Venecia, 25 de mayo de 1545

¿Así que unas pocas tiras de estas largas hojas enrolladas, los aromáticos cigarros de Ultramar que me traje de tierras holandesas, pueden verdaderamente provocar en esos picachos semejantes emociones intensas y desequilibradas?

Me siento todavía turbado. Pero con ese miedo parecido al vértigo del extravío, de la fascinación de lo desconocido y de la posibilidad extrema, de las regiones inexploradas y de la visión profunda. Distinto de la ebriedad del vino, de la cerveza o del aguardiente. Sin esos humos y la confusa mezcla de pensamientos e insensata verborrea.

Otro ser dentro de ti. Que se desvanece ligero, sin dejar rastro en el cuerpo pero inmutables las preguntas.

A lo largo del Ticino hasta el pequeño pueblo de Biasca. Desde allí, acompañado por un guía, a través de senderos de montaña, al este hacia Chiavenna, superando los valles de Calanca y Mesolcina, por encargo de Perna, para entregar libros en el círculo de los exiliados reformados que desde la Italia del norte afluyen a la República Rética.

En las riberas del río Mera, lugar inaccesible y pantanoso al mismo tiempo, obstruido en parte por antiquísimos hundimientos del terreno, donde la tierra firme se confunde con las aguas del lago de Como y montañas estériles y altísimas hacen difícil el acceso. Chiavenna, la llave de los valles, si no fuera por su posición estratégica y la autonomía que le permite ser refugio sería un lugar desaconsejable para el viandante.

Dos días de parada para descansar los huesos de las marchas alpinas, y luego nuevamente rumbo al sur, hasta el punto en que el Adda desemboca en el lago Lario. Una media jornada para vadear hasta Lecco, en los confines con el territorio de la Serenísima.

Desde aquí, después de tanto subir y bajar, el camino discurre recto, a través de la llanura, hasta Venecia. Con un buen servicio de enlace, cuatro días de viaje.

Venecia

Capítulo 7

Venecia, 29 de mayo de 1545

Distante a simple vista, vuelta más incierta por los cendales de niebla que hacen del sol un disco blancuzco, uno no sabe si el espejismo es el mar que se está surcando, cuando en cambio es tierra firme, o los palacios y las iglesias apoyados en el agua, en realidad escollos de formas arquitectónicas.

Luego la barcaza enfila por un gran canal. Ventanas, balcones y jardines danzan cual manchas de color y se difunden entre las orillas.

A los lados se abren callejones navegables por los que solo cabe una embarcación, tan estrechos algunos de ellos que los tejados de las casas parecen tocarse, impidiendo filtrarse los rayos del sol. Perna me ha hablado de iglesias, de palacios, de plazas y burdeles, pero no me esperaba el milagro de vías de agua, el impresionante número de barcas de todas formas y tamaños que sustituyen a los carruajes, las literas y los caballos. Esta ciudad parece no conocer la rueda, ni el denso pasear de gentes de las calles principales, construcción absurda que desafía toda lógica arquitectónica y parece casi flotar sobre el mar, hasta el punto de hacer palidecer a la misma Amsterdam y a las tierras de Holanda, arrebatadas al océano por la tenacidad de las gentes del norte.

Las gaviotas surcan el pálido cielo y encuentran apoyo en recios palos, macizos, a menudo coloreados y adornados de escudos, que despuntan, cual troncos en un bosque, de los bajos fondos y sirven de amarre a barcas de formas y tamaños distintos.

El angosto horizonte va ensanchándose poco a poco, para abarcar de nuevo una isla, a la derecha, y un conjunto majestuoso de construcciones de colores mortecinos, sobre las que destaca altísimo un campanario robusto, cuadrado, puntiagudo como una flecha.

A la izquierda, se abre una nueva vía de agua, verdadera calle fluctuante, con los portones y las escalinatas de los palacios sumergidos directamente en las aguas, como no he visto nunca en ningún país que tenga un río o algo parecido. La ciudad y el mar parecen haber crecido juntos.

La barca amarra casi debajo mismo del magnífico balcón de un palacio totalmente revestido de rosado mármol, al lado de una columna con la estatua del León alado y del que debe de ser el escenario para las ejecuciones capitales. Los instrumentos y los símbolos del poder de la Serenísima son las primeras imágenes que el extranjero debe tener a la vista.

Apenas un pie en tierra, sorprende en cambio la confusión, el ir y venir de gente, los gritos, las aglomeraciones, los saludos, las disputas; tal vez el único elemento que separa el mar, lugar de ruidos amortiguados, del resto de la ciudad.

Apenas un pie en tierra, no sé en virtud de qué características, me reconocen enseguida como un extranjero de lengua alemana y me rodean una veintena de zagales que se esfuerzan en explicarme lo imposible que resulta andar por Venecia sin conocerla a fondo, el gran riesgo de perderse, de acabar en malas manos, de salir perdiendo con el cambio; y mientras van enumerando cortésmente estos riesgos tratan por todos los medios posibles de meter mano en mi bolsa.

—Magnífico señor, por aquí, sígame, gran señor, ¿quiere un lugar para dormir? ¿Lo quiere? Pues venga conmigo, ilustrísimo, yo le enseñaré la ciudad más hermosa del mundo, ¿dónde está su equipaje, magnífico señor? ¿En la casa de postas? Desagradable lugar, mi señor, no es digno de un gran hombre.

La voz sale de una boca completamente desdentada y recuerda inequívocamente la de un viejo, pero el muchacho que por unas pocas monedas se ha brindado a mostrarme la ciudad no puede tener más de quince años.

—Venga, venga, ¿quiere tomar un poco de vino? ¿No? ¿Quiere una mujer? Aquí encontrará las mujeres más bonitas desde Constantinopla hasta Lisboa, y nada caras, señor, nada caras, venga, ¿quiere una mujer? Yo lo llevaré donde están las más hermosas, limpísimas, nada de enfermedades, no, no, jovencísimas. ¿Está aquí de negocios, muy noble señor? ¿Seda? ¿Especias? ¿No? Lo llevaré al lugar adecuado, es aquí cerca, venga, un sitio precioso, grandes señores como usted, mercaderes, venga…

Mientras atravesamos la plaza su lengua no para, se dirige en veneciano a cualquiera que trata de acercarse, manteniéndolo a la debida distancia, llevándose una mano al pecho para indicar que el extranjero es suyo, que nadie se lo toque.

—Sígame, señor, en un momento estaremos en Rialto y en el Fondaco dei Tedeschi.

Allí puede cambiar todo su dinero, hacer sus compras, sí. Pero si lo que quiere es quedar contento, me tiene a mí: yo le doy cincuenta ducados por treinta y dos florines de peso regular.

La plaza de San Marcos no parece formar parte de una ciudad, sino ser más bien el salón de baile de algún palacio, la cubierta de un gran navío, siendo su mástil majestuoso ese robusto *campanile* de base ancha y estrecho en lo alto, y la torre con el reloj es el alcázar de proa, bajo el que pasamos ahora, con los dos almirantes en lo alto listos para hacer sonar la gran campana.

—Esa es la sede de los Procuradores de San Marcos, grandes magistrados de la República, Procuratie se llama. Ahora tomamos hacia las Mercerie, ¿quiere comprar algún paño? ¿Especias? Le diré dónde comprarlas y dónde venderlas a buen precio. ¿Quiere hacer negocios en Rialto? No se separe entonces de mí, y no se deje enredar por los vendedores, mala gente, nobilísimo señor, gente deshonesta.

No estoy seguro de haber comprendido todo lo que el chico ha dicho. Habla mirando adelante, sin volver demasiado el cuello, en una lengua que apenas si reconozco y en medio de un pulular indescriptible de rostros y de voces. Balbuceo una incitación a ir y en un instante me encuentro a cincuenta pasos detrás de él, nariz en alto, como un corcho en medio de la corriente. Observo los rostros de la gente que abarrota estas estrechas calles de tiendas y tenderetes; escucho los dialectos y las cadencias más extrañas, una lengua que me parece eslava, otra que diría árabe.

Esta callejuela empedrada me lleva lejos del mundo que hasta ahora he conocido. Otras veces he olfateado el olor de las especias, otras he aspirado el humo del tabaco, pero nunca como ahora he notado la sensación de encontrarme en una encrucijada de lugares posibles. Un zoco de Constantinopla, un puerto de Catay, una estación de postas en Samarkanda, una fiesta por las calles de Granada.

—Gran señor, entonces, ¿quiere comprar alguna cosa? Pídamelo a mí, yo le aconsejaré.

El guía me ha alcanzado de nuevo y me estira violentamente de un brazo. Me escruta con una mirada extraña y tengo como la impresión de que comienza a dudar de mis facultades mentales.

—¿Ve, excelentísimo? Esto, que en todas las ciudades de Italia se llama *piazza*, aquí en Venecia recibe el nombre de *campo*, y las *vie* y las *strade* son *calle* muy estrechas, y *fondamenta* si está al borde de un canal, y *salizada* y la *ruga*…

La calle da sobre las aguas coincidiendo con la entrada de un imponente puente de madera. Por el número de naves amarradas en ambas orillas del canal, a la derecha del puente, y por el tráfico incesante de carga y descarga de mercancías, uno tiene precisamente la impresión de haber llegado al corazón del comercio de la Serenísima.

—¡Rialto, señor!

Un espléndido puente de madera con la parte superior que puede abrirse al paso de las naves más grandes.

A la derecha, una logia enorme, las paredes exteriores con frescos a todo lo largo del edificio.

—Pinturas de Giorgione, eminentísimo, y de su discípulo Tiziano, ¿lo conoce? Una gran maravilla, señor… Pintores famosos, Tiziano pintó al Emperador.

En el patio interior, el indistinto bullicio que se alza debido a las intensas negociaciones comerciales está integrado por lo menos por cuatro dialectos alemanes. Gente del norte, cabezas rubias, bigotes caídos, y establecimientos que venden cerveza.

—El Fondaco dei Tedeschi, nobilísimo señor, para sus negocios. Bancos, agentes, ricos. ¿Ve esa agencia de allí abajo? Pues es de los Fugger, los más grandes banqueros del mundo, conozco al agente, puedo presentárselo si así lo desea, señor, es amigo mío, le procuro putas, y él me enseña su lengua…

—Si hubiera querido ver a alemanes, me habría quedado en Alemania, ¿no te parece?

—Exactamente, señor, no le interesa el comercio, mejor el placer, ¿no? Unas putas guapísimas…

—Un lugar donde hospedarme. Una cama decente, comida decente.

—¿Donde no le echen el ojo? Por supuesto, magnífico señor, dicho y hecho, venga, yo lo llevo, un lugar discreto, una buena cocina, buenas camas y buenas mujeres… muy buenas mujeres, ninguna pregunta, Corte Rampani, en San Cassiano, venga, no está lejos, pasado el puente, doña Demetra estará encantada de conocerlo, un señor importante como usted…

—Calle de' Bottai, magnífico señor, casi hemos llegado.

—Hay putas por doquier. ¿Practican algún otro oficio las mujeres de esta ciudad?

—Tan rentable, no, señor. El Consejo quería confinar los burdeles en Corte Rampani, pero no hay sitio para todos, y por lo tanto, como suele decirse, ha hecho la vista gorda. Aquí está, esta es la posada del Tonel. Anunciaré a mi señor a doña Demetra.

Las dos muchachas que están en la puerta dicen algo en veneciano, amplias sonrisas y tetas que se traslucen bajo los vestidos lo suficientemente desceñidos. Es una casa de madera y mampostería, de tres plantas. En la puerta destaca un letrero que representa un pequeño tonel. El guía se cuela en su interior dejándome en compañía de las jóvenes putas.

—¿Alemán?

Hago media inclinación, que me devuelven ambas. La que parece más joven busca las palabras en mi lengua.

—¿Mercader?

—Viajero.

Traduce para la amiga y se ríen juntas.

Descubre una teta lozana:

—¿Gustas?

El tono más gentil que encuentro:

—Ahora no, querida mía, necesito descansar los viejos huesos.

Tal vez no ha comprendido, de todos modos se encoge de hombros y vuelve a cubrirse.

El pequeño claro en medio del bosque de casas se ve interrumpido por un puente, aparentemente demasiado endeble para sostener el peso de solo dos seres humanos. Debajo, el canal fangoso discurre plácidamente. Me doy cuenta de haber perdido totalmente la orientación, hemos recorrido un dédalo infinito de callejuelas, puentes, plazas, y estoy casi seguro de que no hemos ido siguiendo una línea fijada, cosa imposible en esta ciudad.

El guía asoma en la puerta haciéndome señal de entrar.

Un gran ambiente, una taberna, con enormes cubas alineadas contra la pared, una chimenea generosa y mesas en medio.

Es una mujer que frisa la cuarentena la que viene a mi encuentro y a la que hago una inclinación, cabellos negros como el azabache y un perfil afilado, rasgos exóticos, que hablan del Mediterráneo.

—Soy doña Demetra Boerio. El joven Marco dice que buscáis un alojamiento, micer. Sea bienvenido.

Se ha dirigido a mí en una lengua extraña, pero comprensible, con algo de latín culto, que revela unos discretos estudios, pero el saludo ha sido en alemán.

Opto por el latín:

—Soy Ludwig Schaliedecker, alemán. Quisiera quedarme por unos días.

—Todo el tiempo que deseéis. Tenemos cómodas camas y las habitaciones no son caras. Marco me ha dicho que habéis dejado vuestro equipaje en la posta. No os preocupéis, mandaré al muchacho a recogerlo, podéis fiaros de él, trabaja para mí desde que era un chiquillo.

Las cosas se van aclarando y me arrancan una sonrisa.

—Cuando el equipaje esté aquí, os pagaré la habitación por anticipado.

El desdentado Marco deja caer la alforja en el pavimento y se quita el sudor de los ojos con la manga.

El ducado de oro borra enseguida el cansancio de su rostro.

—Gracias, generosísimo señor, mil veces gracias. Si necesita algo más, sí, pregunte por mí y quedará siempre satisfecho.

—Por ahora no necesito nada más que una indicación. Tengo que ir a un lugar.

Se le enciende la expresión:

—Dígame, dígame, señor, conozco toda Venecia, ¿quiere ir a alguna parte? Lo llevo cuando usted quiera.

—Ahora no. ¿Conoces la librería de Andrea Arrivabene?

—El librero Arrivabene, por supuesto, señor, se encuentra en Merceria.

—¿La del letrero con el pozo?

—Por supuesto, nobilísimo señor, a poco rato andando de aquí, pasado el puente de Rialto. ¿Quiere ir allí?

—Mañana. Ahora quisiera descansar.

Sale haciendo varias reverencias.

Por el ventanillo descubro las grandes cúpulas de la catedral y el *campanile*. Así pues, es allí donde desembarqué. Y de algún modo he atravesado el laberinto de esta ciudad extravagante que ahora me separa de San Marcos. No sabría por dónde comenzar de querer desandar el camino. Correría el riesgo de encontrarme a pocos pasos de la enorme iglesia sin conseguir descubrirla, terminando quién sabe dónde. Y esta es precisamente la sensación dominante: poder seguir caminando hasta el infinito sin llegar a ninguna parte, o bien a lugares nunca siquiera imaginados, recónditos. La maravilla te aguarda detrás de cada esquina, al fondo de cada callejón.

Venecia. Mercaderes, putas y canales, junto a los frescos, las iglesias, los palacios, los astilleros. Perna tenía razón; el contraste y la posibilidad se respiran en el aire húmedo de estas calles.

La cama es cómoda, las piernas tienen necesidad de un descanso. Desde la catedral hasta aquí no hay, después de todo, una gran distancia, pero sí todo un continuo subir y bajar de puentes, de callejones tortuosos. Lo primero que hay que hacer es conseguir una barca.

Capítulo 8

Venecia, 1 de junio de 1545

Pietro Perna ha llegado a la ciudad. Ha dejado un mensaje para mí en la librería de Arrivabene, fijando la cita en el taller de Jacopo Gastaldi, un pintor al que desea encargar un cuadro.

El maestro está instruyendo a uno de sus aprendices sobre el color que debe emplear para completar una imagen.

—¿No ha llegado micer Perna? —pregunto desde la puerta.

Un gesto con la cabeza me invita a entrar. La tela del caballete es realmente grande y reproduce Venecia, a vista de pájaro, increíble laberinto de agua y tierra, piedra y madera, morada por lo menos de ciento cincuenta mil personas de muy diversas razas, con iglesias en número superior a cien, sesenta y cinco monasterios y tal vez ocho mil casas de lenocinio.

Por unos instantes la sobrevuelo.

Llama enseguida la atención la ausencia de murallas y de puertas, de torres defensivas y bastiones. El agua de la laguna parece suficiente para desalentar a los peores enemigos. Muchos palacios, por otra parte, son tan altos o más que cualquier muralla y apostaría a que harían falta todos los colores de la paleta para dar razón de los colores y de los mármoles que se acumulan en esas fachadas.

Con el consentimiento de Gastaldi, entretengo la espera dando vueltas por entre los cuadros, unos acabados y otros en curso aún de elaboración.

Un cuadro mucho más pequeño que el anterior representa un canal repleto de embarcaciones: desde la galera más imponente, con remeros negros, hasta la más sencilla

barquichuela, con un único remo. En la *fondamenta* que la bordea puede distinguirse a un turco, con el caftán árabe, y al menos a tres mujeres, inconfundibles, pues destacan sobre la multitud gracias a esos zuecos altísimos que he visto calzar, rubias como son casi todas las muchachas de aquí, no por nacimiento, como en Alemania, sino por la costumbre de exponer sus cabellos al sol, bañados en esencias y desplegados sobre esos extraños sombreros de ala ancha, sin copa.

Inmediatamente detrás de esta, hay otras dos telas, de idéntico tamaño. Dos retratos inacabados: uno de mujer y el otro de un magistrado. La mujer va enjoyada de la cabeza a los pies, incluso pendientes de oro en las orejas, a la usanza de las féminas de Venecia de exponer por todo el cuerpo un exagerado número de joyas, perlas y piedras preciosas. El magistrado lleva una toga de color vivo, que debe de indicar la pertenencia a alguna de las muchísimas congregaciones de la Serenísima.

Desde la blasfemia a las trifulcas, desde los forasteros a la vida nocturna, no hay aspecto de la vida de los venecianos que no esté regulado por una magistratura especial. Pietro Perna sostiene que el sistema es realmente complicadísimo, hasta el punto de que el pueblo probablemente ha renunciado a entender nada de él y se abstiene de protestar y replicar al poder, desahogando todas sus tensiones en los juegos más brutales, como la caza de los toros y las peleas tradicionales entre Castellani y Nicolotti, para la conquista de un puente a base de puñetazos y garrotazos.

Un marco precioso, con arabescos y calados, envuelve un cuadro un tanto misterioso: la laguna aparece en él atestada de embarcaciones de todo tipo, entre las que destaca una, ornada con drapeados y colores, desde lo alto de la cual un hombre que podría ser el Dux hace un gesto extraño hacia mar abierto.

—¿Os interesa la pintura, compadre? —La voz estridente de Perna me sorprende a mis espaldas—. ¿O más bien es el tema de la tela el que os sorprende?

Señalo la figura del centro de la pintura:

—¿El Dux, verdad?

—Su Serenísima en persona, en actitud de desposar al mar, arrojando un anillo de oro entre las olas, como es tradición para las fiestas de la Sensa, la Ascensión de la Virgen. Los venecianos se vuelven locos por este tipo de rituales. —Me estrecha la mano y muestra una sonrisa de alegría—. ¡Bienvenido a Venecia!

—Contento de volver a veros, micer Pietro. Ahora que estáis aquí, espero que me hagáis de guía en este laberinto en el que aún no he conseguido orientarme. Y si por mi parte puedo seros útil en algo…

La mirada circunspecta, se acerca a mí:

—Sí, podríais, podríais… El motivo es una señora, ¿entendido?, tengo aquí una carta para ella, pero no puedo llevársela a su sirvienta, pues si me viera el marido, se pondría

especialmente nervioso. Me preguntaba si no seríais vos tan gentil como para… Sin exponeros demasiado a que os vean, claro está.

—¿Me invitaréis por fin a la cena que me prometisteis en Basilea?

—¡Pedid y se os dará, amigo mío, un corazón loco de amor no repara en gastos!

Capítulo 9

Venecia, 12 de junio de 1545

El escándalo de abajo me hace ponerme en pie de un salto. Gritos, sillas derribadas. Alguien que sube las escaleras a todo correr. Echo mano al puñal.

La puerta se abre de par en par, los ojos aterrorizados de Marco me miran fijamente.

—¿Qué ocurre?

—Una gran desgracia, señor, terrible… ¡Quiere matarla, estoy seguro de que quiere matarla!

La monserga continúa en veneciano.

—¡No entiendo ni jota! ¿Qué ocurre?

—El Mulo, señor mío. ¡Está abajo el Mulo, con dos de sus hombres, quiere darle un escarmiento a doña Demetra, Dios Santo, va a matarla!

Lo empujo fuera de la habitación.

—¿Quién es el Mulo?

—Tiene a las putas de la calle de' Bottai y dice que doña Demetra le ha robado a las chicas…

El resto se vuelve algo incomprensible.

Bajo las escaleras. Por la taberna parecen haber pasado los lansquenetes: mesas derribadas, sillas rotas. Las muchachas se apretujan en un rincón aterrorizadas, tres hombres de pie, uno con un cuchillo en la garganta de doña Demetra.

Cinco pasos entre el más próximo y yo: treinta años como mucho, un bastón de punta acerada en la mano. El más gordo tiene agarrada a doña Demetra de los pelos, la hoja en la piel, el tercero está en la puerta.

Me ven. El gordo dice algo en veneciano. Cara de tonto matón. Es el cabecilla.

El del bastón se va por la pata abajo, un golpe inesperado, le bloqueo el brazo y le rompo la nariz de un cabezazo. Trastabillea hacia atrás sorprendido. Recojo el bastón, miro a los ojos del Mulo y escupo al suelo.

Sonríe forzadamente. Arroja a doña Demetra al suelo y le grita algo, apuntándola con el dedo índice.

Hace ademán de acercarse: le rompo el bastón en el hombro y con el trozo roto lo golpeo en el estómago. Se agacha, le he hecho daño.

Saco el puñal y se lo meto por una ventana de la nariz, la cabeza bloqueada por el pelo.

Una ojeada a los otros dos: las manos en la nariz chorreante, fuera de juego, el segundo está pensando ya en poner pies en polvorosa, lo dice su mirada.

—¡Marco!

El muchacho está detrás de mí:

—Santo Dios, señor, ¿es que queréis matarlo?

—Dile que si vuelvo a verle el pelo por aquí le parto la crisma.

El muchacho farfulla algo en veneciano.

—Dile que si toca a doña Demetra o a una de sus chicas, iré a buscarlo y le romperé la cabeza.

Marco se arma de valor y pone en ello la rabia que me falta a mí.

Empujo al Mulo hacia la salida, el último impulso se lo da una patada en el culo. Los dos compinches se largan tras él.

Doña Demetra se levanta, arreglándose la ropa y el peinado.

—Os doy las gracias, señor. Nunca podré pagaros lo que acabáis de hacer.

—Basta con que me digáis a quién he apalizado, doña Demetra, y estaremos en paz.

Recoge una silla, mientras las muchachas la rodean de atenciones y Marco le ofrece agua.

—El Mulo es quien explota los burdeles de la calle de' Bottai.

—¿Y os odia mucho?

Se suelta el pelo:

—Algunas de las muchachas que trabajaban para él decidieron venirse conmigo. No estaban contentas con el trato que el Mulo les daba. Poca paga y a cintarazo limpio, no sé si comprendéis…

Asiento:

—Puedo imaginármelo, no tenía lo que se dice trazas de caballero.

Doña Demetra sonríe:

—Los caballeros pueden hacer cosas incluso peores, señor mío, y por eso vuestra intervención de hoy no basta para prevenir todos los riesgos del oficio.

—Comprendo. Mientras yo esté aquí, doña Demetra, espero que queráis aceptar mis servicios.

Capítulo 10

Venecia, 20 de junio de 1545

Pietro Perna arponea un pedazo de pan untado con manteca y entre un bocado y otro se lanza a una descripción del plato fuerte de la noche.

—Señores, una pequeña lección de cómo el arte culinario de estas tierras ha sabido dar sabor y renovar una típica receta del otro lado de los Alpes: el abadejo. Nuestros amigos nórdicos se limitan a hervir este pescado después de haberlo tenido en remojo durante dos días. —Se acerca y me abraza con aire de conmiseración—. Y digo yo: pero qué imperdonable falta de fantasía. A propósito, compadre, ¿lo habéis probado alguna vez?

—Por supuesto, en numerosas ocasiones.

Al italiano se le escapa una risotada y levanta los ojos hacia las vigas del techo:

—Os aseguro que es una experiencia que vuestro paladar ha olvidado. En cambio, los sabores que vais a disfrutar en el día de hoy os dejarán un recuerdo imborrable. Pues bien: después de haber sido hervido, dicho abadejo es enharinado, salpimentado y se le pone una especia oriental que llamamos canela. Luego se pone a sofreír manteca, ajo y cebolla, ¿eh?, y al cabo de un momentito se añaden unas anchoas desmenuzadas, perejil triturado y vino. Luego, una vez que se ha reducido el vino se añade la leche, ¿entendido?, y todo ello se echa sobre el pescado y se deja cocer hasta que la leche se haya consumido. Por último, se sirve exquisitamente acompañado de unas porciones de polenta. ¡Menuda, pero que menuda maravilla!

La sirvienta del librero Arrivabene me pone en el plato una ración abundante, mientras Bindoni me llena el vaso con religiosa lentitud. Me habla en una mezcla de latín, alemán e italiano, una lengua esta última con resonancias de la de los mercaderes de España y de la

que consigo comprender alguna que otra palabra.

—Ninguna bebida acompaña mejor el pescado que los vinos de las colinas de alrededor de Verona, micer.

Perna se levanta de su silla de un brinco y se dirige a mí en alemán:

—Espero que no hayáis entendido lo que acaba de decir nuestro impresor, porque de lo contrario deberíais hacer una anotación en vuestro cuaderno en la voz «Tonterías de Bindoni». —Luego pasa al latín—. Nuestros amigos no saben que tuvisteis ya ocasión de probar el mejor de los vinos toscanos, ¿entendido?, y quieren haceros creer que la Serenísima no tiene rival en materia de vinos.

—¡Vamos, micer Pietro, en Toscana no tenéis ni idea de lo que es beber con un plato de pescado, es cosa sabida por todos!

—¡Así como todos saben que el Dux se hace traer las damajuanas de Mon-te-pul-cia-no!

—Me habían dicho —apunto yo en un latín torpe— que los mercaderes de Venecia, tras el descubrimiento del Nuevo Mundo, están preocupados por la importancia comercial que podrían adquirir los puertos occidentales. Es cierto que, si siempre que tienen que tratar sobre un negocio, se sientan a la mesa y se ponen a discutir de salsas y de vinos, no podrán achacarle únicamente a Colón su decadencia.

Perna me mira de arriba abajo un instante, luego apunta y espeta:

—En cambio, si los mercaderes del norte no dejan de hablar solo de negocios, pronto se encontrarán con una montaña de dinero, ¿entendido?, pero no sabrán en qué gastárselo, porque el arenque ahumado se habrá convertido en su única comida, la cerveza en su única bebida y la Biblia de Lutero en su único libro.

—De acuerdo —sonríe Bindoni—, entonces tratemos de hablar de libros, ya que al menos en materia de imprenta los toscanos tienen que agachar la cresta. ¿Qué proponéis, exactamente?

Perna es increíblemente sintético, quizá para permitirme captar cada una de sus palabras:

—*El beneficio*. Él financia y distribuye en el territorio de la República, tú imprimes, Arrivabene vende en Venecia y yo me ocupo del Milanesado.

Bindoni se rasca la negra barba. Es un hombre de alrededor de cuarenta años, un asomo de calvicie en las sienes y la tez aceitunada.

—Vayamos despacio, Perna, por partes. Lo estáis poniendo demasiado fácil.

—¿Cómo? ¿Cuántos ejemplares has vendido hasta ahora?

—Cerca de tres mil, la tirada entera. Pero ahora hay que ser más prudentes. Desde el pasado año la Magistratura de los Ejecutores no solo supervisa los juegos de azar y la blasfemia, sino también las violaciones de la ley en la impresión.

Perna tiene la prudencia de informarme en alemán:

—Son los censores de Venecia. —Luego mira a Bindoni, que está encogido y toma un sorbo de vino—: Pero en Venecia se ha impreso siempre de todo.

Bindoni:

—Sí, pero ahora los Diez se han vuelto más listos. Cada libro debe recibir antes de ser impreso la autorización de los Ejecutores. Tengo serias dudas de que se la concedan a *El beneficio de Cristo*.

Perna me mira para cerciorarse de que también yo haya comprendido todo, luego se dirige a los dos compadres:

—¿Existe algún problema en imprimirlo clandestinamente?

Bindoni:

—No, pero hacen falta algunos títulos de cobertura. Si pido la autorización para nueve obras hay muchas probabilidades de que la décima pase desapercibida, ¿me explico?

Perna me lanza una ojeada cuando me dispongo a coger el abadejo con las manos, y me enseña ante las mismas narices un instrumento en forma de horca:

—¡El tenedor!

Luego ensarta un pedazo de pescado, se lo lleva a la boca y espera a que yo haga otro tanto:

—Así no se quedan las manos pringosas.

Arrivabene es un tipo seboso, que frisa también la cuarentena, un copete de ralos pelos negros y un modo de hablar un tanto remilgado, con la boca abierta:

—Por lo que se refiere a la impresión no debería haber ningún problema, más que de fondos. ¿En qué tirada estáis pensando?

Un gesto a la sirvienta que llega con una bandeja de moluscos largos y negros, medio abiertos.

Perna hace las presentaciones:

—Son mejillones. Se comen con las manos. —Coge uno, lo abre bien, pone por encima unas gotitas de limón y se engulle el molusco—. ¿Le ponéis perejil? Deberíais probarlos, mejor, con pan rayado, pimienta y un chorrito de aceite… ¡toscano, naturalmente! Yo pensaba en diez mil ejemplares en tres años.

A Bindoni se le atraganta el vino. Tose mientras Arrivabene le da unas palmadas en la espalda.

Consigue recuperar el aliento:

—¿Estás bromeando? ¿Por quién me has tomado? ¿Por Manucio? No puedo invertir tanto dinero y tantas energías en un solo título.

—Porque todavía no has olido el alcance del negocio —le replica Perna—. Nuestro amigo alemán puede financiar los primeros diez mil, ¿entendido?, y distribuirlos conmigo

por la península.

Arrivabene se muestra desconfiado:

—¿Cómo puedes estar seguro de que venderás tanto?

Perna extiende sus pequeños brazos:

—Precisamente porque hay muchas probabilidades de que sea prohibido. Un libro clandestino lo vendes al precio que quieras, ¿entendido?, y crecen las expectativas acerca de su contenido. ¡Lo venderemos como rosquillas! Savonarolanos, antitrinitarios, sacramenteros, criptoluteranos y muchos más curiosos. No infravaloréis la curiosidad de los hombres, amigos míos, pues puede mover montañas…

—Hum. Aquí en Venecia —precisa Arrivabene— el círculo de los compradores es el de los amigos de Strozzi y del embajador inglés: todos ellos simpatizantes de Lutero y de Calvino… aparte claro está de los caminantes, mercaderes y hombres de letras.

—Estoy convencido —lo tranquiliza Perna— de que en Milán el libro tiene buenas posibilidades de venta, y mucho más en Ferrara, o en Bolonia, que está llena de estudiantes, y en Florencia. Primero empezaremos cubriendo el territorio de la República, luego si los negocios van bien, nos extenderemos cada vez más.

Bindoni está meditabundo, se alisa la barba y mira alrededor con los ojos enrojecidos. Sopesa los riesgos y las ventajas, tiene muy presentes los primeros y no está aún convencido de las segundas.

Perna lo presiona:

—La mitad de las ganancias para nosotros y la mitad para vos.

Bindoni asiente:

—Si hay que hacer la tirada clandestinamente, mi nombre no debe aparecer.

Perna le alarga la mano:

—Asunto cerrado. Si estuviéramos en Toscana sellaría el acuerdo de negocios de la manera más digna, pero en vista de que estamos en la laguna contentémonos con este discreto vino de las colinas vénetas.

Capítulo 11

Venecia, 10 de julio de 1545

El perfume de doña Demetra es un efluvio dulce y sutil, esencia de muguete más o menos intensa, que proporciona indicios sobre su paso, o su presencia, en las habitaciones de la casa.

Sentada al escritorio, en la antesala de su habitación, con la ayuda de papel y pluma subdivide las ganancias del mes.

—Entrad, Ludovico, acomodaos aquí al lado.

Los ojos verdigrises que invitan a hablar y los pocos cabellos blancos que no han sido teñidos adrede, son los únicos signos que cuarenta años de vida han dejado en el rostro de esta mujer de Corfú, hija de un capitán veneciano y de una griega. Su cuerpo emana una energía intacta aún.

—¿Deseabais hablar conmigo, doña Demetra?

—En efecto. Pero sentaos, os lo ruego.

Los recuerdos remotos de la universidad me ayudan a comprender su alemán trufado de latín y griego, una variada amalgama que parece ser la lengua universal a la que los mercaderes de esta ciudad se han adaptado: el idioma de los negocios, de las especias, de los paños y de las porcelanas.

La claridad de esos ojos tiene un no sé qué de mágico, de antiguo y fascinante. Brilla en ellos la inteligencia de una mujer de mundo, ese mundo multiforme y variopinto que ha hecho de Venecia una etapa obligada.

—Os confieso, don Ludovico, un cierto embarazo.

La frase es estudiada, falsa en su contenido pero en absoluto en el tono: anuncia la

espontaneidad que me espero.

Doña Demetra se pone en jarras:

—Sois alemán, y sé perfectamente que en vuestro país no es algo usual, por no decir bastante raro, que una mujer le hable de negocios a un hombre.

La tranquilizo.

—Si es este el motivo de vuestro embarazo, entonces descuidad. Las peripecias de mi vida me han enseñado que el genuino sentido práctico de las mujeres es con mucho preferible al estrecho materialismo de los hombres.

La sonrisa se hace más amplia:

—Creía dispensaros un favor mostrándome ingenua: de ordinario los hombres sacan un placer especial de la idea de poder comprender la mente de una mujer, de poder protegerlas por su mucha experiencia. Para tratar con vosotros los hombres de igual a igual es preciso fingir azoramiento e inferioridad, ya que de lo contrario se corre el riesgo de ofender un orgullo fácilmente susceptible.

Asiento, dejando deslizar la mirada por el cuello aceitunado y el generoso escote.

—Dejemos el orgullo para los ineptos, entonces, y por una vez, hagamos una excepción a la regla.

Es lo que quería oír que le dijeran:

—Quisiera hacer negocios con vos, y hacer de este lugar el más exclusivo y solicitado nido de amor de toda Venecia. Tengo algunas ideas al respecto, y vos contáis con el dinero para hacerlas realidad.

Me acomodo en la silla y apoyo la mejilla sobre una mano:

—Singular propuesta, doña Demetra, el huésped pasa a convertirse en regentador.

—Ahora las cosas funcionan así: los hombres echan el ojo a las muchachas en la calle, o bien llegan aquí, atraviesan el pasillo entre los sofás de las muchachas, se sientan al lado de la que es más de su agrado, la invitan y cuando deciden ir con ella pagan la habitación y el servicio. ¿Qué es lo que les gusta a los hombres de este modo de actuar?

Espera una respuesta, pongo en orden a toda prisa mis ideas para salvar la cara:

—Muchas cosas, diría yo, a juzgar por cómo se aficionan a ello. En primer lugar la naturaleza propia de todo el ritual.

—Exactamente. Tal como les digo siempre a mis chicas: no deis la impresión de estar trabajando, y cuando os inviten, levantaos como si os hubieran solicitado un baile… Por tanto, se trataría de hacer la cosa más natural aún. El cliente debería tener la impresión de haber seducido a su preferida. En la planta baja debería haber una taberna de gran lujo, con tienda de vinos de calidad y cocina. Un lugar donde un rico mercader pueda desear venir también él solo a comer.

—Eh, poquito a poco, doña Demetra, siento que me da vueltas ya la cabeza.

Sonríe a la broma y prosigue:

—Pensad si no en lo siguiente: a una cierta hora, las muchachas entran en la sala. Alguna de ellas se sienta, otra sirve las mesas, una tercera se encarga del mostrador de los vinos. Los clientes más desenvueltos las invitan a sentarse a su mesa, los más tímidos piden a un mozo que les haga de intermediario.

Doña Demetra se levanta lentamente, y estoy seguro de que el modo en que lo hace es expresamente estudiado para ofrecerme una nueva y fugaz perspectiva de su escote. Se pone detrás de mí y comienza a masajearme el cuello con la yema de los dedos. Un estremecimiento hace que se me escape un suspiro.

—Yo creo, don Ludovico, que conquistar a una mujer en la cena, aunque no sea más que fingidamente, es mucho más agradable que hacerlo en el sofá de un pasillo. ¿O me equivoco?

—Muy cierto…

—La segunda propuesta es ampliar el círculo de las muchachas. Una quincena de fijas, y otra quincena que venga cuando quiera, cuando tenga necesidad de dinero, cuando se sienta con ánimos. Cuanto más recambio haya, tantos más clientes aficionados tendrán la ilusión de no estar con mujeres del oficio y tendrán la oportunidad de llevarse a la cama, aquí, a esa muchacha a la que, fuera, no se verían con arrestos para acercarse.

El masaje me quita la tensión a lo largo del cuello y la espalda: son las manos más hábiles que nunca me han tocado.

—¿Por qué pensáis que podría estar interesado en un lugar como este?

Sus cabellos me rozan la oreja:

—Si un extranjero viene a Venecia es o a hacer negocios… o a ocultarse. Al mercader le propongo un negocio rentable. Al fugitivo una actividad que garantice discreción y ninguna injerencia por parte de las autoridades.

Asiento:

—Yo he sido lo uno y lo otro. Pero os diré que actualmente lo que más me interesa es la información.

La carcajada llena de lozanía de una jovenzuela:

—Señor mío, dejad entonces que la experiencia hable por mí: en la cama los hombres revelan cosas que no dejarían escapar ni en un confesionario. Conozco yo más de los turbios negocios del Dux que sus mismos consejeros.

Esta mujer no deja de asombrarme.

—Sabed, doña Demetra, que creo que contribuiré a hacer vuestra fortuna. En menos de lo que cuesta decirlo seréis la Vittoria Colonna de la República de Venecia.

Deja deslizar sus brazos por mi pecho y acerca la boca a mi oído:

—Con la diferencia, don Ludovico, de que Vittoria Colonna hace mi mismo trabajo sin

querer admitirlo. Se da aires de gran seductora y finge no saber lo que los artistas como Miguel Ángel esperan de ella.

—Entonces, digamos tan solo que os haréis rica.

—Y también vos. Y acaso me contéis algo más de lo que habéis venido a hacer aquí. Pero os aconsejo que os apresuréis, si queréis tener el placer de contarle a una mujer lo que aún su intuición no le ha sugerido.

Capítulo 12

Venecia, 28 de febrero de 1546

—¡Llevadla despacito, pues la he hecho traer expresamente de Padua!

Los obreros hacen rodar con cuidado la cuba al fondo de la sala.

Las viejas mesas han desaparecido, sustituidas por piezas del mejor carpintero de Venecia. Unos velos coloreados cubren las viejas paredes húmedas pintadas de nuevo y un gran espejo destaca detrás del mostrador de los licores. Refleja la imagen de un hombre robusto, rostro marcado por el tiempo y cabellos grises. Me quedo un instante mirándolo, observando aquello en lo que me he convertido en cuarenta y cinco años de vida. El cuerpo parece conservar aún su fuerza intacta, pero no ya tan presta y ágil a los ojos de quien la hizo irradiar en las barricadas. Qué absurdo milagro son los espejos, y esta ciudad está llena de ellos, no hay tienda o mercería donde uno no se encuentre expuesto a alguno de los finos trabajos de los maestros vidrieros locales. Un mundo invertido, simétrico, donde la diestra se vuelve siniestra: no creía que tuviera la nariz tan torcida.

He de ahuyentar de mí toda preocupación, hay muchas cosas que hacer: la inauguración es esta noche.

Doña Demetra viene a mi encuentro con una sonrisa:

—Las muchachas están listas.

—¿Y los asados?

—La cocinera está en ello.

Mira a su alrededor casi perdida:

—¡Este lugar no parece ya el mismo!

—Eso es mérito sobre todo vuestro, habéis elegido con gusto.

—¿Os pondréis el vestido nuevo esta noche?

—No temáis: no me he gastado el dinero que me he gastado para dejar que se enmohezca en un cajón.

Pietro Perna irrumpe en la posada con los brazos abiertos. Se detiene boquiabierto, ve a doña Demetra, trata de recomponerse y avanza con una inclinación: —¡Mis respetos a la más bella joya de toda Venecia!

—Sois el adulador más galante que haya existido jamás, micer Perna. Pero os habéis anticipado, pues no abriremos antes de la puesta del sol.

—Lo sé y os aseguro que no veo llegar la hora de probar los platos que nos tenéis reservados.

—Así pues, ¿qué os trae por aquí?

—Antes de trasponer el umbral estaba convencido de saberlo, pero la luz de vuestros ojos me ha confundido el pensamiento.

Doña Demetra estalla a reír, mientras tomo a Perna por un brazo y lo conduzco al fondo de la sala.

—Dejaos de zalamerías, ¿qué sucede?

Da un paso atrás y adelanta las manos:

—¿Ya estáis, compadre? ¿Estáis preparado?

—Soy todo oídos, hablad.

—Martín Lutero ha muerto.

El vino corre a raudales de las cubas, mientras los vasos pasan de mano en mano, en una larga cadena humana que serpentea entre el gentío del local. Vocerío de mujeres y hombres alegres, mercaderes, logreros y hasta algún aristócrata de rango menor.

Bindoni está dando buena cuenta del muslo de un faisán, que mordisquea con cuidado, procurando no mancharse el traje bueno. Arrivabene se hace alisar los cabellos por una de las muchachas, riendo con las frases que le son susurradas al oído.

Perna es el centro de una de las mesas, contando anécdotas de la vida pasada entre una ciudad y otra: —¡Nooo, señores, el Coliseo es un timo… un lugar horrible, os lo aseguro yo, lleno de gatazos roñosos y ratones grandes como corderos!

En la mesa de al lado cuatro jóvenes vástagos de las corporaciones de los boticarios no dejan más que los huesos de un lechón asado, intercambiando miradas muy explícitas con las muchachas sentadas al fondo de la sala.

Detrás de un corrillo de cabezas, en la mesa apoyada contra la pared, un hombre y una joven se intercambian efusiones.

Me acerco a doña Demetra detrás del banco.

—¿Quiénes son esos dos que hay sentados al fondo? Nadie se trae a su amante a un burdel…

Escruta y asiente:

—Si es la mujer de otro, sí. Ella es Caterina Trivisano, mujer de Pier Francesco Strozzi.

—¿Strozzi? ¿El prófugo romano? ¿El que se entiende con el embajador inglés?

—Él precisamente. Y el que está con ella es el amigo del marido, espera… Donzellini, sí, Girolamo Donzellini. Tuvo que salir por piernas de Roma con su hermano y Strozzi porque iban detrás de él. Es un estudioso, traduce del griego antiguo, creo.

—¿Y sabes por qué lo perseguían?

Doña Demetra frunce sus relucientes ojos:

—No, pero en Roma parece que no sepan hacer otra cosa desde hace algún tiempo.

Me río y trato de retener el nombre. Un círculo de literatos disidentes al alcance de la mano.

Un poco más allá, tres individuos permanecen aparte disfrutando del espectáculo de la alegre compañía reunida en torno a Perna.

Doña Demetra se me adelanta:

—Nunca vistos antes. Por la vestimenta yo diría que son extranjeros.

Cojo una botella y un vaso y me acerco a la mesa de los solitarios, no sin antes haber pescado al vuelo parte de una frase de Perna: —… ¡Florencia, por supuesto, Florencia, señor mío, si quiere se lo pongo por escrito, es la ciudad más bella del mundo!

Las ropas son elegantes, paños y cortes refinados, los rasgos físicos indudablemente mediterráneos: cabellos negros, más largos de lo normal, recogidos detrás de la nuca con cintas de cuero oscuro. Barbas finísimas, que arrancan de debajo de las orejas hasta acabar en una punta apenas insinuada.

Me dirijo a ellos en latín:

—Salve, señores, soy Ludwig Schaliedecker, regentador de la casa.

Una leve inclinación de cabeza:

—Por desgracia mi latín no es tan bueno como mi portugués y mi flamenco.

—Entonces podremos entendernos con el idioma de Amberes, si os parece. Espero que hayáis disfrutado de la cena ofrecida por el Tonel.

Un poco asombrado:

—Mi nombre es João Miquez, portugués de origen, flamenco de adopción. —Señala al joven de su derecha—: Mi hermano Bernardo, y este es Duarte Gómez, agente de mi familia en Venecia.

Si hubiera podido tener alguna duda respecto a la riqueza de este hombre, el arete de oro macizo que lleva en la oreja izquierda la disipa por completo. Poco más de treinta

años, ojos negros y un buen olor a curtidos, especias y esencias marinas al mismo tiempo.

—¿Queréis beber conmigo?

—Es para nosotros un placer beber a la salud de quien ha ofrecido una comida exquisita. Si queréis honrarnos con vuestra compañía…

Me acerca la silla con un gesto elegante.

Me siento:

—Sin duda, debéis de saber, señor, que hoy un viejo enemigo ha decidido estirar por fin la pata. Tentado estoy de brindar por este feliz acontecimiento.

Los tres se dirigen una mirada incomprensible, como si pudieran hablarse con el solo pensamiento, pero siempre es el mismo el que lleva la voz cantante: —Querréis entonces decirnos quién era esa persona que fomentaba vuestro odio.

—Nada más que un viejo fraile agustino, alemán como yo, que en su juventud fue capaz de traicionar como un bellaco tanto a mí como a miles de desventurados.

El portugués sonríe afablemente, los dientes blanquísimos y perfectos: —Permitid entonces que brinde por la muerte dolorosa de todos los traidores, de quienes lamentablemente este mundo está lleno.

Los vasos se vacían.

—¿Estáis desde hace mucho en Venecia, señores?

—Llegamos el otro día. Fuimos a casa de una tía mía, que vive aquí desde hace ya más de un año.

—¿Mercaderes?

El hermano más joven:

—¿Es que hay alguien que venga a Venecia que no lo sea? ¿Y vos, señor, habéis dicho que erais alemán?

—Sí. Pero he comerciado bastante en Amberes como para hablar la lengua de esa tierra.

Miquez pone cara radiante:

—Espléndida ciudad. Pero no como esta… y por supuesto menos libre.

La sonrisa es impenetrable, pero hay un destello alusivo en esa frase.

Lleno de nuevo los vasos. No estoy obligado a decir nada, pues me encuentro en mi casa.

—¿Conocéis Amberes?

—Pasé allí los últimos diez años, debe de ser una casualidad que no me topara nunca con vos.

—Así pues, decidisteis trasladar vuestros negocios aquí.

—En efecto.

—Al llegar me dijeron que quien viene a Venecia o es un mercader o un fugitivo. Y a

menudo uno es ambas cosas a la vez.

Miquez hace un guiño, los otros dos parecen incómodos:

—¿Vos a qué especie pertenecéis?

Parece que nada pueda hacerle perder su aire sereno, el de un gato tomando el sol en una repisa.

—A la de los ricos fugitivos… Pero no tan rico como vos, creo.

Ríe a gusto:

—Quisiera proponeros yo un brindis, señor. —Alza el vaso—. Por las fugas que tienen éxito. —Por las tierras nuevas.

Los últimos clientes encaran la puerta inseguros sobre sus piernas, haciendo eses cual barcas contra el viento. Recojo a Perna de la mesa en la que se ha desplomado.

—¿Dónde ha ido a parar tu auditorio?

Levanta la cabeza con gran esfuerzo, la mirada turbia, regurgita un rebuzno inarticulado: —Son todos unos estúpidos… Se han llevado a todas las chicas…

—Pero qué chicas, es mejor que te eches en una cama. No debe de ser el néctar toscano, sino el vino véneto el que te ha tumbado de este modo.

Lo ayudo a levantarse y lo llevo hacia las escaleras. Doña Demetra viene a nuestro encuentro.

—¿Qué podemos hacer por nuestro galante librero, que tan amablemente ha entretenido a nuestros huéspedes?

Perna, voz estridente, da un respingo con los ojos como platos: —¡Mi reina de las noches insomnes! Estas deformes facciones no me impiden admirarla, incensarla, a-do-rar-la… —Se abandona como un peso muerto en las faldas de doña Demetra, que lo abraza divertida.

—Si no supiera el irresistible seductor que estáis hecho, pensaría que sentís debilidad por mí, mujer de pobres conocimientos y de infinitas debilidades.

Lo arrastro arriba en peso, conteniendo su impulso hacia atrás: —¡Os lo ruego!

Consigo echarlo sobre la cama, completamente dócil ya, casi exánime.

—Bueno, toscano, por esta noche has tenido ya bastante, nos veremos mañana…

Con un hilo de voz:

—No, no… espera. —Me agarra del brazo—. Pietro Perna no se lleva a la tumba sus secretos. Acércate…

No tengo elección, el aliento terrible de borracho me da en la cara.

Susurra:

—Yo soy… —duda— de Bérgamo.

Casi llora, como si estuviera confesando un pecado innombrable: —Gente tacaña… mujeres repugnantes… cerriles… ignorantes… Te he mentido, compadre, les he mentido a

todos.

Me contengo para no echarme a reír en su cara. Mientras abro la puerta, lo oigo que dice aún: —El espíritu… el espíritu es toscano.

Capítulo 13

Venecia, 6 de marzo de 1546

Bajamos por el puentecillo *a calle de' Bottai*. Marco echa a andar con el carrito, hasta los topes de vituallas. Lo precedo, pero caigo enseguida en la cuenta de que hay algo extraño: no hay por dónde pasar, cuatro tipos bien plantados bloquean la calle. Uno de ellos es el Mulo.

También Marco los ve, disminuye la marcha. Una mirada, cojo el carrito: —Ve detrás de mí.

Bajo despacio, apunto hacia ellos, el carrito a modo de ariete.

Estampo a uno contra la pared, los otros vienen sobre mí, cuchillo en mano. Ruido de pasos a mis espaldas y los gritos de terror de Marco. Tres tipos desembocan a todo correr, las espadas desenvainadas e imprecaciones en portugués.

El Mulo y los suyos se echan atrás, uno de los portugueses se pone a mi lado, los otros dos avanzan esgrimiendo las espadas. Los compinches del Mulo huyen corriendo.

Duarte Gómez tiene la punta en la garganta del único que ha quedado: —Me gustaría matarte como a un perro, señor.

Los hermanos Miquez vuelven a paso ligero, João sonríe y grita en flamenco: —¡No vale la pena, compadre!

Gómez le hace un chirlo en la mejilla, un garabato de sangre: —Largo de aquí, bastardo.

Escapa hacia el Gran Canal.

—Parece que debo estaros agradecido, don João.

El portugués envaina de nuevo la espada, una toledana guarnecida, hace una inclinación

y sonríe: —Poca cosa en comparación con la espléndida hospitalidad de la otra noche.

El menor de los Miquez, Bernardo, tranquiliza a doña Demetra: —No tenéis nada que temer, señora. Esos cuatro miserables no os molestarán más.

—Eso espero, señores, eso espero de verdad. Les estoy infinitamente agradecida.

—¿Tan seguro estáis de ello?

Es el mayor quien me responde:

—Sin la menor duda. En ciertos ambientes las voces corren rápidas. De hoy en adelante se sabrá que una injusticia hecha a vos o a vuestras chicas será como si nos fuera hecha a nosotros.

—¿Tan poderosa es vuestra familia?

Don João habla despaciosamente tratando de captar mi reacción: —La sefardita es una gran familia, cuyos miembros están habituados a echarse una mano unos a otros, para hacer frente a las dificultades de ser siempre extranjeros en tierra extranjera.

Un instante de silencio.

—Estoy sorprendido. No comprendo cómo doña Demetra y yo podemos formar parte de vuestra familia.

—Si aceptáis mi invitación a comer, con sumo gusto os haré las oportunas aclaraciones.

La larga barca surca el Gran Canal para tomar por *rio di San Luca*.

Las imprecaciones del giboso Sebastiano, piloto de los Miquez, son incontables, dirigidas a todo aquel que cruza por delante de la proa.

De chico siempre me imaginé así al barquero del Hades, durante las lecciones clásicas del docto Melanchthon. Sucio, con una mata de pelo alborotado que la gorra no consigue contener, desprende un hedor a podrido que llega de la popa hasta nosotros. Encorvado, empuja el larguísimo remo casi en sentido vertical encima del escalmo.

Miquez es persona intuitiva:

—Brindamos por la muerte de los traidores, ¿lo recordáis? La buena estampa y las buenas maneras no cuentan frente a la lealtad de un servidor fiel.

Bajamos *rio dei Barcaroli*, superando un ensanchamiento que parece una piscina, que luego se estrecha a la altura de un pequeño puente.

Miquez me indica a la izquierda:

—La iglesia de San Mosè. Venecia es la única ciudad cristiana en la que hay iglesias dedicadas a profetas del Antiguo Testamento. No penséis que ha sido concedido por generosidad con los judíos convertidos al cristianismo, los que llaman los Nuevos Cristianos, o más despectivamente, marranos. Nosotros contamos mucho aquí.

—Don João, me interesa mucho todo lo que estáis diciendo. La simpatía con los prófugos de todas las confesiones es casi un impulso instintivo para alguien que ha estado huyendo durante toda la vida de curas y profetas. Espero que no seáis parco en vuestros relatos.

—Delante de una mesa bien provista no tendremos necesidad de ocultarnos nada.

Desembocamos al fondo del Gran Canal, enfrente de la Dogana. No consigo contener el asombro por el enorme tráfico que entra y sale del canal. Un hormiguear de embarcaciones de toda forma y aspecto en la vía principal de Venecia. Galeotas y carracas atracadas en el gran muelle de San Marcos, galeras que se adentran en alta mar, un ir y venir de embarcaciones a remo y a vela de todos los tamaños. Y las imprecaciones de Sebastiano que no cesan.

Atracamos en la isla de Giudecca.

Capítulo 14

Venecia, 6 de marzo de 1546

Campo Barbaro. La punta final de la Giudecca.

La espléndida mansión de los Miquez se halla enfrente de la plaza de San Marcos, que en un día claro de sol como este parece al alcance de la mano.

La casa es señorial, con un jardín interior rico en vegetación y plantas desconocidas. Los objetos hablan de un interminable vagabundeo: alfombras, porcelanas, muebles, paños, desde ramificaciones africanas que tocan de refilón a España y Portugal hasta las puertas de Oriente, pasando por el Turco que roza el Adriático y se cruza aquí con las formas moriscas ibéricas. Una mezcla extraña y original. Cruces griegas y enormes crucifijos de plata españoles, pero también candelabros de siete brazos y relicarios que contienen rollos de pergamino y monedas, que parecen provenir de los sepulcros de los profetas de la Biblia.

Hacen que me acomode en un amplio patio, que da al jardín. João Miquez abre con cautela una caja de madera y me ofrece un cigarro. No consigo refrenar un impulso de entusiasmo y de agradables recuerdos.

—Es un placer encontrar a una persona que sabe apreciar los aromas de las Indias.

Una sombra imprevista se antepone a cualquier otra preocupación.

—Don João, en mi vida he conocido poco el fasto y el lujo y siempre he tenido que fiarme de la intuición. —Una mirada alrededor—. Por lo que veo sois uno de los hombres más ricos de Venecia. Venís a cenar a mi burdel, me salváis la vida y me invitáis a vuestra casa. ¿Por qué?

Con una sonrisa desarmante, asiente:

—Por fin una reacción de alemán. —Me pone un dedo de vino en un vasito de cristal —. Y si no fuera porque es así como os llaman, me hubiera costado creerlo. Pues debéis saber que, cuando se llega a una nueva ciudad decidido a no estarse de brazos cruzados, hay que comprender deprisa qué oportunidades se presentan y a quién vale la pena conocer. —Me lanza una mirada alusiva—. Vuestros paisanos los llaman negocios. Yo los llamaría más bien afinidades que hacen la vida más sabrosa, abriendo interesantes perspectivas.

Lo interrumpo:

—¿Estáis seguro de que un regentador improvisado de un burdel es lo que andáis buscando?

—Un alemán llega a Venecia de Suiza. Tiene un pasado en gran parte desconocido, una considerable fortuna acumulada presumiblemente en los puertos del norte, frecuenta a los libreros y a los impresores locales de igual a igual, sabe mantener a raya a los mequetrefes y abre el burdel más lucido de la ciudad. Y por si fuera poco lleva el nombre de un hereje al que vi quemar extramuros de Amberes: Lodewijck de Schaliedecker, más conocido como Eloi Pruystinck.

La sangre palpita a lo loco. No he de perder el control. Respirar hondo: expulso fuera la tensión.

La mirada fija:

—¿Cómo pensáis que debe continuar esta conversación?

Los ojos negros contrastan con los dientes blancos que apenas deja entrever:

—Somos todos mercaderes y fugitivos. No tenemos necesidad de ceremonias.

—En esto estamos de acuerdo. Y decidme entonces quién sois.

Se acomoda en el asiento, relajado, el cigarro en una mano, el vaso en la otra:

—Mi fuga comenzó veinte años antes de que yo naciera, cuando en mil cuatrocientos noventa y dos los reyes católicos Fernando e Isabel, soberanos de Aragón y de Castilla, decidieron saldar la inmensa deuda contraída con los banqueros judíos, desencadenando contra ellos la Inquisición. Mis antepasados tuvieron que huir apresuradamente la primera vez, buscando refugio en Portugal, donde, por obvia conveniencia, abrazaron la fe cristiana, poniendo a salvo su patrimonio. Yo nací en Lisboa en mil quinientos catorce y mi tía, Beatriz de Luna, cuatro años antes que yo. Éramos ricos y una de las familias más respetadas de Portugal. Mi tía, doña Beatrice, a la que pronto conoceréis, cruzó sus riquezas con las del banquero Francisco Méndez, poco antes del año treinta. En pocos años la historia se repitió: los monarcas portugueses, dramáticamente desprovistos de caudal, pusieron en pie la Inquisición y la desencadenaron contra los judíos para hacerse con sus propiedades. Pero estábamos preparados, lo estábamos desde hacía cuarenta años: mi tía se quedó viuda y heredera de las riquezas de los Méndez, mientras que ya nos

aprestábamos a dejar para siempre Portugal. Fue en mil quinientos treinta y seis cuando llegamos a los Países Bajos.

Una pausa. Se encoge de hombros:

—João Miquez, Juan Micas, Jean Miche, Giovanni Miches, o Zuan, como me llaman aquí. Mi nombre tiene tantas versiones como países he recorrido. Para el emperador Carlos Quinto era Jehan Micas.

La tensión se ha relajado un poco, la expresión abierta del rostro pretende que me fíe.

—¿Habéis sido banquero del Emperador?

Asiente:

—Sí, pero con nosotros no se mostró tan generoso como con los Fugger de Augsburgo. Tuvimos que ganarnos nuestro pequeño espacio arrebatándoselo a la codicia de esos compatriotas vuestros a los que no agrada la competencia. Al cabo de algún tiempo, también el Emperador comenzó a tener en su punto de mira nuestro patrimonio y propuso que mi prima fuera dada en matrimonio a un pariente suyo, un gentil, Francisco de Aragón. Mi tía, que sentía una saludable desconfianza por las estrategias matrimoniales del Emperador, rehusó. Y así el Católico pensó en acusarnos de judaizantes, y fuimos denunciados a la Inquisición como falsos cristianos. Menuda cara dura, ¿no os parece? Primero nos obligan a cambiar de fe y luego nos lo echan en cara. Pero el dinero, dinero es al fin y al cabo, y la Inquisición en los Países Bajos vela sobre todo por los intereses de Carlos y de sus amigos Fugger…

Se detiene, espera que capte lo que, estoy casi seguro, es más que una alusión. No puedo saber con exactitud a quién tengo delante de mí, pero las hipótesis y los presentimientos deben de hacer que se devane los sesos al menos tanto como yo.

Prosigue:

—Sabíamos que Carlos Quinto no nos habría dejado salir de sus territorios fácilmente, por lo que ideamos un plan. Fingí una fuga por razones de amor con mi prima Reyna, nos escapamos hacia Francia. Mi tía, con la excusa de perseguir a su engatusada hija, se vino detrás de nuestros pasos. Yo me detuve en la frontera y, tras poner a salvo a las mujeres, volví a Amberes para evitar el secuestro del patrimonio familiar. No lo conseguí hasta después de dos años de agotadoras negociaciones con el Emperador y comprando a los inquisidores a precio de oro. Y por último aquí me tenéis.

Un sirviente se acerca por su espalda y le susurra algo al oído.

Miquez se pone en pie:

—La comida está servida. ¿Seguís pensando aún en comer con nosotros?

Dudo, mirándolo directamente a los ojos.

—Hoy me habéis salvado la vida. No os encontrabais allí por casualidad, ¿no es cierto?

Sonríe:

—La ventaja de tener una familia tan amplia es que a uno se le multiplican los ojos y los oídos. Pero espero que aprendáis a apreciarnos por todas nuestras demás cualidades.

—¿Cuándo comenzó vuestra fuga?

Una biblioteca lujosa, estrecha y alargada, estantes de madera taraceada, volúmenes antiguos; a sus espaldas, detrás del escritorio, colgada de la pared, una cimitarra morisca.

—Ya os lo he dicho, desde que curas y profetas pretendieron adueñarse de mi vida. Estuve con Müntzer y los campesinos contra los príncipes. Anabaptista en la locura de Münster. Justiciero divino con Jan Batenburg. Compañero de Eloi Pruystinck entre los espíritus libres de Amberes. Un credo distinto en cada ocasión, siempre los mismos enemigos, una única derrota.

—Una derrota que os ha deparado un discreto patrimonio. ¿Cómo lo lograsteis?

—Estafando a los Fugger con sus mismas armas y pagando el precio que no hubiera querido. Eloi me recogió cuando estaba medio muerto y me ofreció una vida, posibilidades, personas a las que amar. Y el viejo instinto de lucha, con objetivos y armas nuevos. La cosa funcionó hasta que la Inquisición cayó sobre nosotros. La ironía del destino es que esperábamos a los esbirros y en cambio se presentaron los curas.

Me interrumpe:

—¿Y eso os extraña? Nuestra historia os habría enseñado algo al respecto. Yo siempre he creído que eso de la estafa a los Fugger era una leyenda, pues circulaban rumores por Amberes, pero no parecía posible. ¿Cuánto sacasteis?

—Trescientos mil florines. Con falsas letras de cambio.

Una expresión de complacencia, musita:

—¿Y de veras pensabais que Anton el Chacal iba a quedarse viéndolas venir? Apostaría a que fue él quien mandó detrás de vosotros a los cuervos del Santo Oficio. En los Países Bajos también la Inquisición es una filial de los Fugger y seguro que a Anton le convino más quitaros de en medio como herejes que denunciar que se la habían jugado. Pienso que es un milagro que estéis vivo.

Me quedo reflexionando, las afirmaciones simples y directas de Miquez dejan poco margen para la duda.

—¿Cuál es la lección? Pues que te joden en cualquier caso. Hay que quedarse parado, no atreverse nunca.

Miquez, serio:

—Exactamente lo contrario: hay que moverse muy rápido. Más rápido que ellos. Confundirse entre la multitud, apuntar a un objetivo, lisonjear a los enemigos, y tener siempre un equipaje ligero. —Abre los brazos con un ademán omniabarcador—: ¿De lo contrario qué estaríamos haciendo aquí? En Venecia, el burdel del mundo.

Le insisto:

—Vayamos al grano, entonces. ¿Qué tenéis en mente?

Vuelve a encender la punta del cigarro y por un instante los rasgos regulares del rostro se pierden en medio de las volutas.

—La imprenta. —Busca las palabras—. La imprenta es el negocio del momento. Y no es únicamente importante por una simple cuestión de negocio: transmite las ideas, fecunda las mentes y, cosa no desdeñable, refuerza las relaciones entre los hombres. Para una familia importante y sin embargo en permanente riesgo como la mía, pero tal vez más en general para todos los judíos, puede resultar decisivo entablar relaciones con hombres de letras, estudiosos, personas reconocidas y dignas de confianza que pueden influir en otras, en sus comunidades de origen. Si lo queréis, es un mecenazgo interesado y es por esto por lo que no solo me atrae la edición judía. Estoy ya en tratos con los mayores editores venecianos: Manucio, Giolito. Con doña Beatrice, mi tía, hemos visto imprentas aquí y en Ferrara. Publicamos el Talmud, pero también a Lando, a Ruscelli, a Reinoso. Nos anima la pasión por las letras. Doña Beatrice podría renunciar a todas las demás actividades excepto a esta. No me cabe la menor duda de que es una de las mujeres más cultas de Europa. —Se inclina ligeramente sobre el escritorio—. No tendréis ninguna dificultad en comprender por qué me interesa favorecer al partido de los tolerantes y de los moderados dentro y fuera de la Iglesia, y obstaculizar la propagación de la intransigencia religiosa y de la guerra espiritual llevada a cabo por el Santo Oficio. Para ello necesito personas capaces de olfatear las nuevas corrientes de pensamiento, las obras destinadas a persuadir los espíritus y a cambiar el curso de los acontecimientos.

Recorro con la mirada los títulos de los libros alineados en los estantes, textos árabes, judíos, cristianos, reconozco la Biblia de Lutero. Luego me vuelvo hacia él:

—No puedo hacer ver que el terreno me es ajeno. Estoy trabajando en una operación de este tipo. ¿Habéis oído hablar de *El beneficio de Cristo*?

Mira hacia arriba, haciendo girar los ojos:

—No. Pero no me atrevería a afirmar que doña Beatrice no sepa algo acerca de él.

—Oficialmente, el autor es un fraile benedictino mantuano, pero detrás hay algunos importantes literatos que simpatizan con Calvino y exponentes del partido moderado romano, que llaman espirituales. Se trata de un libro astuto, destinado a buscarle tres pies al gato, porque su contenido es ambiguo y está expuesto en un lenguaje que todo el mundo puede comprender. Una obra maestra de la simulación, sobre la que ya muchos se devanan los sesos. Fue impreso por vez primera hará tres años, precisamente aquí en Venecia. Desde entonces su aceptación no ha dejado de crecer. Tenemos ya listos mil nuevos ejemplares por repartir, aparte de aquí, entre los territorios al oeste y al sur de la Serenísima. Estimamos que podremos poner en circulación diez mil en tres años.

Un gesto de aprobación con la cabeza, tamborilea con sus finos dedos sobre la mesa:

—Hum. Muy interesante. Una empresa ambiciosa, que requiere de medios adecuados. Habéis hablado de los territorios al oeste y al sur de la República. ¿Y por qué no pensáis también en los del este y el norte? Quince, tal vez veinte mil ejemplares, poniendo a trabajar más imprentas, comprometiendo a otros editores como cobertura. Cuento con buenos contactos en Croacia y en Francia. Luego estaría Inglaterra, lugar de infinitas posibilidades. Tengo las naves, la red de contactos y decenas de mercaderes complacientes dispuestos a hacer circular cualquier cosa. Espero que queráis considerar todo esto. En cualquier caso os agradecería que me proporcionarais un ejemplar del libro para regalárselo a mi tía, que anda siempre a la caza de la última piedra de escándalo.

—Qué duda cabe que sabéis hacer las ofertas. Pero no puedo tomar ninguna decisión sin antes haberlo consultado con mis socios. Meterse en negocios con vos significaría ampliar en mucho las perspectivas de la operación.

Miquez abre los brazos y sonríe generosamente:

—Lo comprendo muy bien. Tomaos el tiempo que necesitéis. Ya sabéis dónde encontrarme.

—También vos, espero que tenga ocasión de corresponder a vuestra hospitalidad. Más de una de nuestras muchachas os han echado el ojo.

Se encoge de hombros y me mira con ironía:

—Ay, las mujeres se sienten a menudo atraídas por lo que no pueden tener. El placer es materia opinable y elige caminos diversos. —Se da cuenta de mi estupor y añade—: Pero no temáis, Duarte y yo no nos privaremos de la buena cocina y de la excelente bodega del Tonel.

Carta enviada a Trento desde la ciudad pontificia de Bolonia, dirigida a Gianpietro Carafa, miembro del Concilio ecuménico, fechada el 27 de julio de 1546.

A mi reverendísimo señor Giovanni Pietro Carafa.

Muy honorable señor mío:

Las noticias llegadas a Bolonia desde Trento en estos meses no pueden sino alegrar a este corazón celoso cumplidor de su deber.

No solo, en efecto, ha visto el Emperador esfumarse sus esperanzas de que los luteranos tomaran parte en el Concilio, sino que ha tenido que asistir también a la definitiva condena de la teología de los protestantes, de la doctrina sobre el pecado original y de la justificación por la fe. Al día de hoy los príncipes protestantes de la Liga de Smalkalda, su adversaria, deben ser considerados apóstatas y enemigos de la religión; y de este modo se vuelven inútiles las esperanzas de Carlos de retomar el control de toda Alemania y ganar a los príncipes alemanes para su lucha contra el Turco.

Los esfuerzos del cardenal Polo contra los decretos conciliares que sancionan la separación definitiva de los luteranos de la Santa Iglesia Romana han resultado vanos y tal vez sea esta la mayor victoria de Vuestra Señoría y del partido de los guardianes de la ortodoxia.

Le confirmo, en efecto, a Vuestra Señoría que los motivos de salud aducidos por el cardenal inglés para el prematuro abandono de los trabajos conciliares no son sino una mera excusa: su retirada ha estado dictada más por la necesidad de volver a Viterbo para lamerse las heridas que por las fiebres alpinas.

Mas los largos años al servicio de Vuestra Señoría enseñan que no hay que cantar victoria antes de que el enemigo esté totalmente vencido. Reginaldo Polo sigue siendo el preferido del Emperador, el hombre en el que el Habsburgo tiene depositadas las esperanzas de un cambio de rumbo respecto a los protestantes y no cabe duda de que él dirigirá sus intrigas para facilitar la carrera y la fama del inglés.

Por eso la excomunión de El beneficio de Cristo por parte de los padres conciliares proporciona a Vuestra Señoría un arma más para minar las solapadas estrategias de los espirituales y de los simpatizantes de Calvino dentro de los territorios papales. La intención que me fuera anunciada por V.S. de poner a trabajar a la Congregación del Santo Oficio en la redacción de un Índice de Libros Prohibidos, se vuelve hoy una necesidad prioritaria. El peligroso librito de Benedetto de Mantua, en efecto, ha continuado circulando y fecundando las mentes predispuestas a la herejía, hasta el punto de que en la actualidad podría bastar con descubrir a quien lo posee para identificar a los simpatizantes de Polo y acusarlos. Yo mismo estaría ya en condiciones de proporcionar a la Inquisición numerosos nombres.

Pero da igual. Por el momento tal vez sea suficiente con disfrutar de las victorias inmediatas, y esperar a valorar lo que conviene hacer cuando este entusiasmo se haya aplacado, dando paso a la cordura.

Me encomiendo a la gracia de Vuestra Señoría y, en espera de nuevas directrices, beso sus manos.

De Bolonia, el día 27 de julio de 1546, vuestro fiel observador,
Q.

El diario de Q.

27 de julio de 1546

Lutero ha muerto.

Reginald Pole se va derrotado de Trento. El Emperador vomita bilis.

El círculo viterbés y todos los criptoluteranos están muertos de miedo.

El beneficio ha sido condenado.

Vejez, tal vez sea este el único motivo que impulsa a escribir líneas que nunca nadie leerá. Locura.

Anoto nombres y lugares. El cardenal Morone de Módena, Gonzaga de Mantua, Giberti de Verona, Soranzo de Bérgamo, Cortese. Algunas dudas sobre Cervini y sobre Del Monte. Amigos de Pole, pero temerosos estos últimos, cortos de genio.

Su Santidad Paulo III elige a los miembros del Sacro Colegio con la balanza: un guardián de la ortodoxia por un espiritual, un intransigente por un moderado. Esta política de equilibrio es de corta vida, habrá que arreglar cuentas. Paulo III Farnesio es un hombre a la antigua, de tejemanejes, de nepotismo e hijos ilegítimos que hay que colocar en puestos de poder. Último Papa de una era moribunda, apegado a su sitial y a sus ridículas intrigas, desconocedor de que este tiempo ha tocado a su fin, que avanzan nuevos soldados, tanto aquí como en las tierras del norte: los santos predestinados de Calvino, comerciantes consagrados a la causa de la fe reformada y de su Dios terrible; los hombres de la

Inquisición, guardianes de la ortodoxia, inexorablemente consagrados a su pequeña y mezquina tarea de policías respetuosos del deber, escrupulosos recogedores de informaciones, rumores, delaciones.

Ignacio de Loyola y su Orden de soldados de Dios, la Compañía de Jesús; Ghislieri y los nuevos dominicos; y detrás de todos ellos Gianpietro Carafa, el hombre del futuro, setentón incorruptible y eficiente señor de la guerra espiritual, de la batalla por el control de los espíritus.

Y yo en medio. También yo entre aquellos que han pagado el precio del tiempo, de los acontecimientos que han vivido. Lutero, Müntzer, Matthys. No echo de menos a los adversarios dejados en el campo de batalla, sino a aquel que se enfrentó a ellos, el mismo de entonces. El día de hoy me ha concedido un Pole, pío literato que cree que Dios quiere ser servido con honestidad. Él y sus amigos no saben lo que es la verdadera fe, nunca han tenido que experimentar el sacrificio, el de los demás antes que el de sí mismos y el de sí mismos a través de la aniquilación de los demás; el homicidio, sí, el exterminio, la traición de la buena fe. Müntzer, los anabaptistas, y quién sabe cuántos; cuánta maldita buena fe, cuánta inocencia en toda aquella locura. Cuánto desperdicio. Pero la peor presunción de inocencia es verdaderamente esta, la que se oculta tras la penitencia más fácil, tras la honestidad. Y nos toca en suerte encima un Tomás Moro, un Erasmo, un Reginald Pole. Locos idiotas, dispuestos a morir por su incapacidad de comprender el poder: tanto de servirlo como de combatirlo.

Sois más viejos que yo, perdidos en pos de un sueño tan distante del trono como del fango de los miserables. Me desagradáis y quisiera tener el estómago de otro tiempo, pero lo he perdido por el camino que me ha llevado hasta aquí. Los años no refuerzan el espíritu, sino que lo debilitan, y terminas por mirar a los ojos de los adversarios, por mirar en su interior, para ver el vacío, la miseria del intelecto y descubrirte dispuesto a perdonar la estupidez.

En medio. Mientras los ojos sirvan todavía para algo, mientras no descubran que la fe te está abandonando y que ahora solo ebrio consigues dejar caer el hacha, como un viejo verdugo con la razón nublada.

Capítulo 15

Venecia, 28 de julio de 1546

El pequeñajo italiano me estrecha con fuerza en un abrazo fraternal.

—Amigo mío, he hecho unos negocios estupendos. Milán es una gran plaza, te lo aseguro, llena de comecoles como tú, pero también de un montón de españoles, suizos, franceses. Los milaneses son también buenos lectores, gente que sabe apreciar una obra, he vendido casi trescientos ejemplares de *El beneficio* y he dejado cien a un librero amigo mío, que me hará el balance de ventas lo más pronto posible.

El único modo de pararlo es cogerlo por los hombros y obligarlo a sentarse. Se interrumpe, escruta mi mirada elocuente, tuerce el gesto:

—¿Qué ha pasado?

El tono es el propio de quien se espera una desgracia.

Me siento enfrente de él y pido a una de las muchachas que nos traiga de beber.

Una tos:

—Atiende, Pietro, han pasado varias cosas. Y no todas ellas graves.

Levanta los ojos hacia el techo:

—Lo sabía, sabía que no tenía que irme…

—Déjame hablar. ¿Te has enterado de la excomunión del Concilio?

Asiente:

—Es verdad, deberíamos estar más atentos, pero entraba dentro de lo previsible, ¿no? ¿Qué problema hay? Lo vendemos al doble de su precio actual y vendemos más…

—¿Quieres estarte callado un momento?

Cruza los brazos sobre el pecho y entorna los ojos.

—Promete no interrumpirme.

—Está bien, pero habla.

—Bindoni se ha retirado de la operación.

Ninguna reacción inmediata, aparte del dispararse imperceptible de una ceja, se queda inmóvil, continúo:

—Dice que ahora que pende sobre el libro la excomunión tiene miedo de buscarse problemas y que le hagan cerrar la imprenta. —Levanto una mano para cortar su reacción —. ¡Un momento! Yo creo que en realidad estaba esperando un pretexto para rajarse, debido a… nuestro nuevo socio.

Se alza también la otra ceja, el rostro toma una coloración rojiza. No se contendrá mucho rato más.

—Lo sé. Los acuerdos eran que yo debía ir a Padua a difundir el libro entre los amigos de Donzellini y Strozzi. Y lo he hecho. Pero he hecho también otras muchas cosas.

El rojo desaparece, la mirada se apaga, la cabeza redonda de Perna se inclina sobre la mesa, la rabia se trueca en depresión.

Con voz rota:

—Cuéntamelo todo desde un principio y no te dejes nada.

Nos sirven aguardiente. Perna se manda al coleto la primera copa y se llena una segunda.

—Hay un gran, pero que gran banquero interesado en entrar en el negocio de *El beneficio*. Ofrece su red comercial para difundir el libro. —La mirada de Perna se reanima —. Podría hacerlo traducir al croata y al francés. —También las orejas parecen enderezársele—. Tiene contactos con grandes editores así como con imprentas clandestinas dentro y fuera de Venecia —los ojos le brillan—, y estaría dispuesto a aumentar la tirada en diez mil ejemplares por lo menos.

Perna da un salto en la silla.

—¿Y a qué esperas para presentármelo?

—Calma, calma. Bindoni no quiere saber nada, dice que es un pez demasiado gordo, que acabaremos aplastados…

—¡Él sí que acabará aplastado! ¡Por su ineptitud! ¿Quién es este banquero, cómo se llama?

—Es un marrano, un sefardita, portugués de origen, João Miquez: ha hecho negocios con el Emperador… Vive en un palacio de la Giudecca.

Perna se pone en pie:

—Que se vaya a la mierda Bindoni. Ya te dije que *El beneficio* era un gran negocio, si un pequeño impresor mediocre no es capaz de entenderlo, pues es problema suyo. —Da algunos pasos hablando para sí—. Hacer negocios con los judíos… hacer negocios con los

más grandes negociantes del mundo…

Francesco Strozzi. Romano. Literato, muy culto, ha leído a Lutero.

Girolamo Donzellini. Romano. Literato criptoluterano. Conoce el griego antiguo. Estudia la nueva ciencia. Ha estado al servicio del cardenal Durante de' Duranti. Se escapó de Roma porque un monje copista español cantó su nombre a la Inquisición.

Pietro Cocco. Literato paduano. Posee una de las bibliotecas más nutridas de toda la Serenísima. Ha adquirido *El beneficio de Cristo* con entusiasmo.

Edmund Harvel. Embajador inglés en la República de Venecia. Le daba vueltas al volumen entre las manos perplejo y entusiasmado al mismo tiempo. Me escrutaba atentamente más que los otros, tratando de comprender quién era yo.

Benedetto del Borgo, notario, Marcantonio del Bon, Giuseppe Sartori, Nicola d'Alessandria.

Literatos acomodados enamorados de Calvino y de sí mismos.

Tontos.

Tontos útiles.

Ignoran lo que es un enfrentamiento de verdad, les gusta llenarse la boca con determinadas ideas bonitas. Están destinados a ser los primeros en ser aplastados por la guerra espiritual.

Su aliento debe de adormecer la mente de las personas de calidad, los salones cultos. Está bien que no sepan de qué están hablando, lo importante es que sigan hablando.

Uno se mueve fácilmente en medio de la niebla de un desacuerdo amplio.

Se abren nuevas perspectivas, más amplias. Las noticias que llegan del Concilio de Trento confirman el poco temple de los honestos espirituales. No es gente de lucha, imagen refleja en la Iglesia de estos serenísimos literatos. Es preciso zarandearlos, pero ¿cómo? Ni siquiera preveía volver a jugar una partida de semejante importancia, como tampoco preveía que fuera a contar con un aliado poderoso como el judío Miquez, no menos interesado que yo en contener el avance de la Inquisición.

¿Cuál es mi papel? ¿Disimular para que otros puedan entrar en la lucha? ¿Incitar a los espirituales sin que ellos se den cuenta?

Mientras tanto observar mejor el bando enemigo: dividir sus fuerzas, identificar a los jefes, comprender su estrategia.

Capítulo 16

Venecia, 1 de agosto de 1546

En esta tierra que no es tierra, los colores afectan a la visión con repetidos sobresaltos y la vestimenta como de sueño de los humanos parece hecha expresamente para desorientar al viandante, bajo la impresión de extrañas formas geométricas, polvos cosméticos y pechos al aire, oblongos cubrecabezas, tocados fantásticos e increíbles calzados. Provocan alucinadas emociones y sobresaltos en todas las calles, acompañados de estallidos de ira repentinos que tan caros parecen a los habitantes únicos de esta ciudad de otros mundos.

En esta tierra que no es tierra, el poder de las mujeres cambia el curso de los acontecimientos, impone flexiones repentinas a la cansada razón masculina, confirma en mi mente una sensación profunda, saboreada varias veces y en otras partes, sobre sus virtudes superiores, fruto de recursos a los que a nosotros se nos ha negado el acceso.

En esta tierra que no es tierra, cargada de curiosidad y de tensión que debilita los sentidos, me dispongo a ser recibido por aquella cuya fama más que cualquier otra parece confirmar lo acertado de dichas consideraciones: doña Beatrice Méndez de Luna.

Me espera en uno de los suntuosos salones de la casa de los Miquez: preciadas sedas revisten divanes de tenues bordados, tapices con motivos árabes en las paredes junto a escenas de vida flamenca de Bruegel el Viejo, una xilografía del maestro Durero, un retrato de una gran dulzura de Tiziano, la gran celebridad local, y cómodas taraceadas por los incansables maestros ebanistas vénetos, los primeros en levantarse y los últimos en acostarse, a los toques de campana de la Marangona.

Unos negros ojos brillantes me escrutan. Madurez desbordante de hembra hispánica enmarcada en un tocado negro como ala de cuervo con ligeras mechas blancas, donaire

refinado que no deja traslucir temor. Unos dientes blanquísimos engastan la ambigua y muda sonrisa que me acoge. Se levanta con unos estudiados movimientos del diván para venir a mi encuentro, alargando felina el cuello realzado con perlas de Oriente.

Me inclino.

—¡Lodewijck de Schaliedecker, el Alemán, que tanta impresión ha provocado en João, mi sobrino predilecto, por fin! ¡Alemán, pero con nombre de flamenco, y qué nombre además! El primer enemigo de la autoridad religiosa y civil de Amberes, en los afanosos días de mi partida de aquellas tierras industriosas y ávidas. ¿Qué extrañas conjeturas provocan los nombres, no os parece? Los hombres parecen sentir un terrible apego por ellos, pero basta con haber pasado por más de un bautismo, y de una tierra, para descubrir que es útil, agradable incluso, tener muchos. ¿Estáis de acuerdo?

Rozo con los labios la mano recubierta de anillos. Estoy sudando.

—Sin duda, doña Beatrice. He aprendido a reconocer a los hombres por el valor de que son capaces, y nunca más por los nombres que llevan. Mi placer de conoceros es enorme.

—El valor. Bien dicho, micer Ludovico, está bien, ¿no, Ludovico?, bien dicho. Por favor, sentaos aquí a mi lado. También yo estaba ansiosa por conoceros, y el momento ha llegado por fin.

Delante de nosotros, en una mesita baja decorada, una bandeja de plata con unas amplias asas en forma de serpientes entrelazadas y encima un jarro humeante con una infusión de hierbas aromáticas.

—La fama que os precede es cuando menos enigmática, ¿sabéis? —prosigue vertiendo la infusión dentro de unas grandes tazas de porcelana—. No me extenderé, pero las noticias referentes a vos que me han llegado a través de mi sobrino no han dejado, para decirlo brevemente, de sorprenderme. Vuestros conocidos, presentes y pasados, el halo de misterio que os rodea y los caminos que seguís forman una mezcla de indudable interés. Son muchos, creedme, los motivos que me han impulsado a insistir para este encuentro, y el primero, espero que no me lo tengáis a mal, consiste en rogaros la máxima cautela posible, en cualquier paso, palabra, o incluso nada más que alusión. Os ruego que no consideréis excesiva esta preocupación por mi parte.

La observo cambiar de postura sobre el blando acolchado del diván que nos acoge a ambos, llevarse la taza a la boca con ambas manos, sorber el caliente y perfumado brebaje. Contengo la respiración.

—No lo dudéis. Lo tendré muy en cuenta, pero permitid que os pregunte a qué se debe tan explícita invitación a la reserva. Tan apremiante como si aludiera a peligros ocultos y siempre al acecho.

Devuelve la taza a la bandeja:

—Así es precisamente. Dejad que os proporcione algunos detalles de cómo funcionan aquí las cosas. El enorme poder de esta ciudad, puente entre Oriente y Occidente, no se basa en el agua tal como unos locos y geniales fugitivos la concibieron, y menos aún en el crisol de artistas y literatos que la pueblan. Desde hace ya siglos los señores de esta laguna tejen una intrincada tela de araña de poderes y de espías, guardias y magistrados a los que poco o nada escapa. Refinados equilibrios sostienen las relaciones que estas gentes mantienen con reyes y diplomáticos de todas las regiones, con teólogos, clérigos y las más altas autoridades de cada confesión y con los poseedores de riquezas, cultivos o productos que la tierra conozca. Mientras que en su interior, la inextricable red de control se despliega sobre cada uno que pasa por ella o habita en la ciudad durante un tiempo. Hay alguaciles para la blasfemia y alguaciles para las prostitutas, para los alcahuetes y para los amigos de la pendencia, hay quien controla a los barqueros y quien vigila a los armadores. Nadie es capaz de decir quién manda, pero todos han de temer los mil ojos que escrutan estas calles suspendidas sobre las aguas. Pesos y contrapesos garantizan el poderío de la Serenísima, lo único que de verdad cuenta, en un juego de espejos que devuelven imágenes deformadas, donde lo que aparece no es real, y lo que lo es se oculta a menudo tras pesados cortinajes. Tomad al Dux, por ejemplo, venerado por el cortejo de embarcaciones y por el pueblo, por su nombramiento vitalicio. Pues bien, no cuenta nada, ni siquiera puede abrir las misivas que le mandan a él sin el previo consentimiento de los consejeros propuestos para esa función. Por no hablar, además, de las refinadas mentes que dirigen el odio de la gente baja, el sordo rencor que incuba desde siempre, contra sí mismos, dividiéndolos en facciones y creando mil pretextos, y mil juegos, para que no les falten motivos para desfogarse entre sí, con derramamientos de sangre tan cruentos como inmotivados, y nunca contra aquellos que tienen en su mano la vara de mando. La multitud de prostitutas y de colores llamativos, las compañías de artistas y los placeres de la buena mesa, Ludovico mío, no sirven sino para disimular a espías y esbirros, jueces e inquisidores que escrutan sin cesar hasta el último escondrijo.

Mi ojo va a parar al escote, todavía me cuesta mucho habituarme al generoso corte veneciano. Sofoco. Observo con aprensión el fondo de la taza: un légamo de hojas negras. Siento los huesos blandos, me hundo en el diván. Sube una risotada inmotivada.

—¿Os parece divertido?

—Perdonadme, pero esta agradable situación no armoniza muy bien que digamos con vuestro sombrío relato. He visto guerras y matanzas y estoy poco acostumbrado a las sutiles armas del poder.

—No las infravaloréis. Lo que trato de decir es que allí donde la autoridad no está en manos de un solo príncipe, sino repartida entre varias magistraturas y gremios, es posible emprender las maniobras más osadas. Pero a condición de saber agradecer y gratificar a

dichos poderes cuando sea preciso. Esta es la libertad que está en vigor en Venecia, no su ordenamiento, que tantos ensalzan, pero que nadie entiende.

Se acerca más, un efluvio de esencias me embriaga:

—Mirad, nosotros prestamos dinero. Desde siempre los mismos que nos halagan, más pronto o más tarde se ponen a seguirnos la pista. Nosotros hemos aprendido a hacer lo mismo. Unimos a hombres importantes a nosotros, brindamos nuestro apoyo a actividades e intereses vitales, decidimos cuándo y cómo aflojar los cordones de la bolsa. Los mercaderes de Rialto son deudores nuestros, así como los armadores del Arsenale. Familias patricias del Consejo y grandes casas que proporcionan obispos y magistrados a la República, siempre propensos al despilfarro, nos deben a nosotros buena parte del fasto del que se rodean. Para ellos nuestro dinero es tan importante como el aire que respiran: tienen que pensárselo dos veces antes de enfrentarse a nosotros. Nosotros, por otra parte, hemos de saber que la asociación no durará mucho tiempo.

La frase del sobrino:

—Tener un equipaje ligero.

Sonríe:

—La corrupción es un hilo fino que pesos y contrapesos mantienen tenso. Esta es la cautela de la que os hablaba. —Una expresión preocupada cruza por su rostro—. Hay que saber de quién guardarse, cuáles son las fuerzas que pueden romper el equilibrio. Hay esa nueva raza de inquisidores, gente taimada y fanática, incitados por el cardenal Carafa, peligroso como nadie. Desde hace décadas siempre en el lugar adecuado, promovió la Congregación del Santo Oficio, que el Papa creó para él, y desde el cuarenta y dos está bajo su mando, criando una camada de sabuesos, fieles e incorruptibles. Es de estos de quienes hay que guardarse, pues huelen la presa, la ponen en su punto de mira y la acosan hasta que cae.

Doña Beatrice consigue comunicarme toda su inquietud, un miedo antiguo, que parece acompañarla desde la noche de los tiempos. Me recorre un estremecimiento.

—Conozco a esa raza. El temor es el arma con que subyugan a los hombres. El temor de Dios, del castigo y de los que son como ellos. No podemos reunir ejércitos para combatir contra ellos, sino únicamente empujar para que sean otros quienes lo hagan. Está ese partido de cardenales contrarios a la Inquisición, los espirituales, pero por desgracia se trata de gente poco acostumbrada al enfrentamiento: mientras los otros estrechan filas, este es el único movimiento digno de mención que han sido capaces de hacer. —Me saco de la manga un pequeño volumen.

Asiente:

—*El beneficio de Cristo*. Lo he leído con gran atención y estoy de acuerdo con vos. Tal vez no baste para mantener a raya a los perros, pero tiene una fuerza de la que ni

siquiera los espirituales son conscientes. Existe una amplia fauna de curas, doctores, clérigos, literatos y también hombres importantes de la Iglesia que puede aceptar estas ideas. Paulo Tercero es un débil, pero si el próximo Papa fuera un espiritual, tal vez ese inglés estimado por todos, Reginaldo Polo, entonces habría un cambio de aires. —De nuevo una sonrisa—. Entrad en negocios con nosotros, don Ludovico.

Me estrecha una mano entre las suyas.

—¡Qué pareja más fenomenal!

João Miquez irrumpe en la estancia, Duarte Gómez lo sigue. Dentaduras deslumbrantes y ruido de botas.

—Entonces, ¿has engatusado, Beatriz, como es debido a nuestro invitado? Mira que él, al contrario de tu pervertido sobrino, prefiere a las mujeres.

Doña Beatrice es de respuesta rápida:

—Pero se rodea de muchachitas en flor, por lo que me has dicho.

Miro a mi alrededor con embarazo. Me domina la incomodidad.

—Dejadlo estar, os lo ruego.

Miquez se exhibe en una amplia inclinación y Gómez rompe a reír. Evito el fuego cruzado.

—Amigos, pocas personas me han acogido con familiaridad y cordialidad igual a la vuestra. Las refinadas intuiciones de que sois capaces no dejan de sorprenderme, abriéndome fascinantes horizontes. El estigma que pesa sobre vuestra gente se me revela ahora en toda sus inconsistencia. Hay que haber recorrido el mundo a lo largo y a lo ancho para poder pintarlo con semejante claridad. Os estoy agradecido por la confianza que me brindáis. Espero que volváis de nuevo a honrar mi mesa, João. En cuanto a vos, doña Beatrice, cada una de las muchachas que frecuentan el Tonel preciso sería que renaciera tres veces antes de adquirir una fascinación semejante a la vuestra.

João y Duarte aplauden divertidos.

—Mi despedida no puede ser sino parca en palabras: considerad ya hecho nuestro primer acuerdo de negocios.

Capítulo 17

Venecia, 7 de octubre de 1546

Cuarenta y cinco ducados. Más treinta, ochenta y uno, dieciséis. Restar la paga de las muchachas, las bebidas y el vino.

—¡Demetra! ¡Se ha acabado la tinta!

La voz llega burlona e irreverente de la cocina: —¡Pues entonces emplea la memoria, Ludovico, la memoria!

Cuarenta y cinco más treinta: setenta y cinco. Más ochenta y uno: setenta y cinco más ochenta y uno…

—… Esos hijos de su madre, querida mía, si te ponen en su punto de mira no te dejan ya. Y les gustaría meterse en todas partes, escucharlo todo…

Vocea como un condenado, y mientras tanto la mano no para de hurgar debajo de la falda. Setenta y cinco más ochenta y uno hacen ciento cincuenta y seis… sí, más dieciséis.

—… Ah, pero aquí en Venecia llevan una vida dura los esbirros de Carafa, no nos dejan pasar una… Vienen a meter la nariz en todas nuestras cosas. Ya les arreglaremos nosotros las cuentas a los herejes y blasfemos…

Más dieciséis, y basta, tonto, más dieciséis: ciento setenta y dos.

—… y luego, guapísima, ¿sabes tú quién es el cardenal Carafa? ¿No? Pues yo te lo diré, un carcamal arrugado y desdentado que si te lo encuentras por la noche en un callejón te cagas de miedo… Yo lo conocí, sí, pero no se deja ver mucho el pelo el viejo, no, no le gusta… prefiere la oscuridad, igual que los diablos, que los brujos.

Con el rabillo del ojo advierto un hurgar de manos por dentro de los vestidos y escotes. Sí, eso es, restar la paga de las muchachas, así pues…

—Un buen espía lo que quisiera es saberlo todo de todos, y yo, querida mía, sería el primero de la lista únicamente porque me gustan el vino y las putas.

Doce, más quince, más…

—Nadie tiene ni idea de cuántos años tiene, ese está ahí desde siempre, ese espiaba ya cuando tu madre y yo estábamos en la edad de la lactancia. Espiaba al Emperador, al rey de Inglaterra, espiaba a Lutero, espiaba a los príncipes y a los cardenales. Luego el Papa, para contentarlo, lo puso al cargo de la Inquisición, así sí que puede divertirse. Y se lo ha hecho agradecer, ya lo creo… Ha llamado de vuelta a todos sus espías repartidos aquí y allá por Europa, sí, para infiltrarse en la Iglesia. —La paga de las muchachas—. Ese ha nacido para espiar, te lo digo yo, es peligroso, si no fuera porque en Venecia estamos en guardia, ese vendría también aquí a ponernos a raya a todos… —*Espiaba a Lutero*, veintisiete escudos, *espiaba a Lutero, ha llamado de vuelta a todos sus espías repartidos aquí y allá*, veintisiete más cuarenta y dos, *la Inquisición, está desde siempre, ya espiaba cuando tú y yo estábamos en la edad de la lactancia, espiaba a Lutero*, veintisiete más cuarenta y dos hacen sesenta y nueve, queda todo el resto aún, *ha llamado de vuelta a todos sus espías para infiltrarlos en la Iglesia, la Inquisición, prefiere la oscuridad*, sesenta y nueve, *¿sabes tú quién es el cardenal Carafa?* Añade quince del vino, *no se sabe cuántos años tiene, ese está desde siempre, espiaba ya al Emperador, espiaba a Lutero.*

Espiaba a Lutero.

Levanto los ojos, las cuentas se disuelven: solo las chicas, se acabó el remolinear de manos. La silla vacía. Opresión en la cabeza, detrás de los ojos y en la base del cuello, pesa como una piedra.

—¿Adónde se ha ido?

Un encogimiento de hombros, muestran las monedas entre los dedos.

Fuera. Es de noche, me deslizo por el empedrado resbaladizo, un parloteo lejano me dice que se encamina hacia Rialto. Corro, rápido o lo pierdo, corro. Una esquina, otra, un puentecillo, siguiendo la voz, es una canción mascullada, en veneciano, sumergido en la noche, al fondo de la calle una gruesa sombra hace eses a causa del vino.

Mis pasos pesados le hacen estremecerse, desenvaina un estilete de por lo menos dos palmos de largo.

—¡No temáis! Soy el dueño del Tonel.

—He pagado, micer…

—Lo sé. Pero no habéis probado el vino que tenemos reservado para los huéspedes importantes.

—¿Me estáis tomando el pelo?

Entorna los ojos enrojecidos, la cabeza debe de darle bastantes vueltas.

—En absoluto, invita la casa, no puedo permitir que os vayáis sin probar esa botella.

—Ah, bueno, siendo así, si queréis indicarme el camino, os seguiré con mucho gusto.

Lo cojo del bracete:

—Habéis conseguido no acabar en el canal, ¿eh?

—Estad tranquilo, Bartolomeo Busi las ha pasado peores…

—Bartolomeo Busi, en otro tiempo fraile teatino. Antes de que los negros cuervos de Carafa me expulsasen. Hace tan solo dos años de ello, sí, señor, siervo de Dios, y a mi manera sigo siéndolo aún, qué coño. Es cierto que voy de putas, y quizá empino un poco demasiado el codo, pero es algo que, para decir las cosas como son, al buen Dios no le crea demasiados problemas, no. Ahora me toca romperme el espinazo en el Arsenale, cosiendo velas todo el santo día, ¡mira las manos que tengo! ¡Bastardos! En el convento no era así, no estaba mal la vida allí: cuidábamos del huerto, estaba en la cocina, pasaba por allí un montón de gente, huéspedes importantes, cardenales, príncipes. ¿Creéis que un convento es un lugar de clausura? Pues estáis muy equivocado, hay un continuo ir y venir, incluso de mujeres. Allí estaba al comienzo, cerdos asquerosos, no tenía ningunas ganas de hacer carrera, pues siempre he sido un ignorante, ¡malditos espías! Sí, de acuerdo, de vez en cuando distraía alguna patata, un trozo de ternera, para revenderlo fuera, pero nada más. Y en cambio han salido con la historia de que si era yo un sodomita. ¡Un sodomita! Todos sabían que siempre me han gustado las mujeres, no los chiquillos ni todas esas marranadas de los abades. Todo pretextos. La verdad es que la cosa había tomado un feo cariz desde hacía ya tiempo, amigo mío. Se sabía que espías, delatores y esbirros estaban metidos en todo. Uno tenía ganas de hablar de voto de pobreza, de renovar la Iglesia, de liberarse de los ladrones de Roma. Todo a espaldas de ese santo varón de Gaetano de Thiene. Ah, sí, santo, un gran tonto del culo. ¿Y quién era? ¿Sabéis quién era, el que lo manejaba como un títere? Yo os lo diré, el padre de todos los espías: Giovanni Pietro Carafa. ¡Ese carcamal, sí, señor, siempre él! Ese, dentro de cien años, cuando nuestros esqueletos den asco a los mismos gusanos, aún lo tendréis allí espiando. Ese acabará saliendo Papa, os lo digo yo. Pero tú piensa, hace cuarenta años era ya obispo, cuarenta, amigo mío. Legado pontificio en la corte inglesa y española, hubierais tenido que oírlo, nos contaba que había tenido sobre sus rodillas al mismísimo Emperador, que contaba siete años, ¡el Emperador! Antes del veinte era arzobispo de Brindisi, ¿y luego qué hace?, pues se pone a oler la mierda: Lutero, las casas de lenocinio, y la Roma que va de putas. ¿Y qué hace él? Lo abandona todo, es un decir, renuncia a los cargos y pone a trabajar a sus espías por toda Europa. Mientras aquí se hace el santo al lado de ese pobre de Gaetano, ese tonto del culo, y funda nuestra orden. Y así, después del veintisiete, una vez que los alemanes se han cagado en san Pedro, se les cae a todos la baba por él, le suplican, le imploran que vuelva, que ponga las cosas en su sitio. ¿Y qué hace él? Ni que decir tiene que acepta; las cosas deben

cambiar, hay que actuar en serio pues si no Lutero nos pone a todos de patitas en la calle. Y entonces empieza a perseguir a todo bicho viviente. En el treinta y siete lo nombran cardenal, dándole las directrices para limpiar la Iglesia de corruptos, sodomitas y herejes, que los hay por todas partes. Y así nunca se quita ya uno los espías de encima. Te los encuentras por todos lados. Y él no se cansa nunca, siempre tramando, como si no fuera a morirse jamás. Pero digo yo, ¿quién le manda hacerlo? En el cuarenta y dos el Papa, otro buen pájaro, lo obsequia con la Congregación del Santo Oficio, un bonito traje hecho a su medida. ¡Bastardos! Y él dice: ha llegado la hora de poner las cosas en su sitio. ¿Y qué hace? Pues manda llamar de vuelta a todos sus espías, a todos, incluidos los que se dedicaban a contar las meadas de Lutero. Yo los vi, eh, españoles, alemanes, holandeses, suizos, ingleses, franceses, todos al convento, todos pasaron por allí, para recibir las nuevas órdenes. Y él dice: señores, los tiempos han cambiado, hay un tiempo para sembrar y otro para recoger, y este es el tiempo de la cosecha. Y vuelta a espiar y a mí me joden porque esta mierda nunca me ha gustado, está bien limpiar los trapos sucios en la propia casa, pero no hasta el punto de meter la nariz en los calzones, esperar a que digas la palabra equivocada, para caer sobre ti y procesarte. Dios no es un tribunal, es amor, coño, lo dice el mismo Jesús, no yo, el mismo Jesucristo en persona. Este, en cambio, nada, tienes que cagarte encima de miedo y basta. Y entonces cargas con la acusación: fray Bartolomeo el sodomita, con un montón de testigos. ¡Asquerosos! Y eso que la cosa no me fue mal, ¿sabéis?, pues si llego a ser un pez gordo me arrancan el pescuezo. Y ahora me toca trabajar todo el santo día en el Arsenale por un mendrugo de pan. Viejo como soy, casi cincuentón. Por eso me gustan las putas y bebo vino. Ah, pero vos sois un gran señor, vuestro burdel parece el jardín de las delicias. ¡Qué mujeres! El problema es que no puedo permitírmelas, con la mísera paga que nos dan. Nada más que tocar, tocar nada más. Perdonadme, sabéis, cuando pienso en esos cerdos se me sube la sangre a la cabeza.

La tisana de Demetra lo ha espabilado un poco y lanza ya miradas de interés a la botella que he depositado sobre la mesa. La destapo.

—Alemanes. ¿Encontrasteis alemanes en el convento?

—¿Alemanes? Son sus preferidos, gente de fiar, cabezas cuadradas. Luego están los españoles, sí, pero esos porque si les dices que tienen que matar, van y matan. ¡Bastardos!

—Me interesan los alemanes.

Le lleno el vaso.

—Los alemanes, por supuesto, los he visto. Siempre hablando de Lutero… —Se toma el vino de un trago—. Nos lo decía él, Carafa, que los alemanes lo anotan todo, son precisos, en nada parecidos a nosotros que somos un desastre, que no hacemos más que hablar. Y más de fiar.

—¿Recuerdas algún nombre?

La panza tropieza contra la mesa:

—Eh, pides demasiado. Los nombres. En un convento no eres más que Bartolomeo, Juan, Martín… Los nombres no quieren decir nada.

—¿A cuántos viste?

Un eructo de vino tinto:

—A seis o siete por lo menos, tal vez diez, pero contando también a los suizos, que hablan la misma lengua. Alemanes… gente peligrosa.

La cabeza comienza a bambolearse. Le paso los dineros por encima de la mesa: —Diles a mis chicas que te traten bien.

Se recobra:

—Señor mío, Dios os bendiga, ya os dije que erais un gran señor, si queréis os cuento también alguna cosa más, cuando necesitéis algún relato de Bartolomeo, basta con un silbido…

Capítulo 18

Venecia, 8 de octubre de 1546

El puente de Rialto rebosa de tenderetes, vendedores, paseantes, que parece que vayan a caerse al canal de un momento a otro, de tan apretujados como están. Me abro paso a codazos, sin hacer caso de las maldiciones que llueven sobre mí. Tomo por las Mercerie, callejones en los que resuenan los gritos de los comerciantes de paños, de los plateros, pero por lo menos se respira.

Un viejo alemán callejeando como tantos. La idea era llegar al convento de los teatinos, pero ahora se me han ido todas las ganas, pues de nada serviría.

El convento. Nadie sabe qué sucede dentro de un convento, nadie sabe quién eres: en el convento tu nombre es un nombre cualquiera, lo ha dicho Bartolomeo. Un centro de reparto de espías en el lugar más impensable.

Alemanes, media docena por lo menos de alemanes. Gente que se dedicaba a contar las meadas de Lutero, apostada en los lugares adecuados desde el principio, desde que un fraile agustino desconocido fijó sus tesis en Wittenberg.

Paso *rio San Salvador*, hacia *campo San Luca*. El guirigay de la compraventa apenas disminuye.

Wittenberg. Ha transcurrido toda una vida. La mía. Lutero está muerto, los protestantes han fundado su Iglesia reformada, se acabaron los juegos. Los espías son reclamados a Italia para nuevas misiones. El punto de encuentro es el poder en Roma, tal vez el solio pontificio. Nuevas directrices, no es difícil imaginar cuáles: infiltrar al partido adversario en la Iglesia romana, los espirituales, los que quisieran encontrar un acuerdo con los protestantes, espiar cada uno de sus movimientos y contárselo al jefe. Eventualmente

cortejarlos, gratificar sus brillantes ingenios, esperar un paso en falso y golpearlos de muerte. Precisamente como en Alemania.

Como con Müntzer.

Como con los anabaptistas.

«Hay un tiempo de plantar y un tiempo de arrancar lo plantado», Qoèlet 3, 2.

Me siento en un machón del puente, a lo largo de *rio dei Fuseri*.

El papel se deshace entre los dedos, pero las palabras son aún legibles allí donde las manchas del tiempo no han borrado los trazos de tinta. Cartas que cuentan una historia ocurrida hace veinte años, cuando Alemania ardía con las palabras de Magister Thomas, y cuidadosamente custodiadas. Ahora sé por qué las he llevado conmigo durante todos estos años. Para acordarme de ti.

Qoèlet.

Lanzo la moneda al aire y vuelvo a cogerla al vuelo. El escrito destaca bien visible aún: UN DIOS, UNA FE, UN BAUTISMO. Reliquia de otra derrota. Una pieza rara, casi única, acuñada en la ceca de Münster.

Un barquero lanza su grito de advertencia antes de tomar por el meandro del *rio* y desaparecer de la vista, las gaviotas flotan tranquilas, escrutando el fondo marino.

Espiabas a Lutero. Espiabas a Müntzer. Espiabas a los anabaptistas, mejor dicho, eras uno de ellos. Uno de nosotros. Tal vez te he conocido.

Qoèlet.

Los campesinos en la llanura.

Los ciudadanos de Münster atrincherados dentro de las murallas.

Mujeres y niños.

Montones de muertos.

Estás aquí. Carafa no puede privarse de una pieza importante como tú. Le has servido bien, pero ahora está la Inquisición, y se acabaron los peones solitarios: recoger rumores, informaciones, espiar a los espirituales para aprovechar el mejor momento.

Estás aquí. Donde se juega la partida decisiva, como siempre, como desde hace veinte años. Mis veinte años.

Montones de muertos.

Magister Thomas, Heinrich Pfeiffer, Ottilie, Elias, Johannes Denck. Jacob y Matthias Ziegler, poco más que muchachos.

Melchior Hofmann, muerto hace algunos años en la prisión de Estrasburgo. El fiel Gresbeck y los hermanos Brundt, hechos prisioneros y ajusticiados extramuros de Münster. Y los Mayer y Bartholomeus Boekbinder que me prestó su nombre, caídos en la denodada defensa de la ciudad.

Y también Eloi Pruystinck y todos los hermanos de Amberes.

Una procesión de fantasmas en la orilla de este canal.

Hemos quedado solo tú y yo.

Los últimos testigos de una época que corre hacia su declive. Dos viejas sombras fatigadas.

Ese odio me ha abandonado, no es una desventaja: puedo estar más atento, también ser más taimado. Más de lo que lo hayas sido tú nunca.

Hoy puedo sacarte de tu escondrijo.

Pasada la plaza de San Marcos el muelle se alarga hacia el Arsenale, donde las insuperables naves de los venecianos esperan su botadura.

Enfrente, la isla del Arsenale se abre a la izquierda: los carpinteros trabajan en las quillas de dos imponentes galeras.

Me siento para observar la maestría de estos hombres famosos en el mundo entero, pero no es fácil quitarse de la cabeza las preocupaciones.

Los elementos del cuadro son siempre los mismos. Por una parte, un cardenal inglés querido por todos los que aspiran a la reconciliación con los protestantes, caballo ganador del Emperador, que confía en una pacificación religiosa de la Cristiandad porque el Imperio se le está escapando de las manos; el más odiado por los cardenales que fomentan la guerra espiritual de la Inquisición.

Por otra, está el príncipe negro del Santo Oficio, el cardenal Carafa, que va construyendo la máquina pieza a pieza y se prepara para dar la batalla. Ha llamado a todos sus espías a Italia para que no dejen de estar encima de los espirituales. Toda una tropa de observadores, un ejército de ojos y obviamente de delatores.

Uno de ellos es el más importante, el de más confianza. El mejor, si es cierto que estaba en Wittenberg y en Münster.

Münster.

Los anabaptistas, viejos conocidos.

Una idea. Solo una intuición.

Nadie aquí ha conocido jamás el anabaptismo. Pero él sí, él estaba en Münster y supo traicionar en el momento oportuno.

Los elementos a disposición: un libro, *El beneficio de Cristo*, manual de calvinismo adaptado para los católicos; pero se podrían sacar a relucir más cosas. Igual que los anabaptistas hicieron con los escritos de Lutero. Hacer prender el conflicto. Radicalizar los contenidos del libro: desde el calvinismo al anabaptismo.

Me levanto, sin dejar de reflexionar me encamino a paso ligero hacia la plaza.

Los inquisidores son perros de caza, huelen la presa, la ponen en su punto de mira y ya

no la sueltan. Eso ha dicho doña Beatrice.

Hace falta una liebre.

Un blanco que les haga salir. Y el que salga a cazar es porque es el mejor, el que tiene más experiencia. Qoèlet.

Si la presa fuera un anabaptista, incluso alemán, lo enviarían a él. El que los jodió ya en Münster, el que los conoce bien.

Cruzo la plaza de San Marcos a paso frenético, tomando por las Mercerie.

Un anabaptista en Italia, alguien que sepa salirse con la suya.

Me paro delante del Fondaco dei Tedeschi casi sin aliento y el corazón en un puño. Respiro hondo.

Una partida de dos. Dos que han librado las mismas batallas. Solo unas viejas cuentas que arreglar. Puedo sacarte de tu escondrijo.

¿Qué sucedería si *El beneficio de Cristo* se transformara en un libro mucho más peligroso de lo que en realidad es? ¿Qué sucedería si alguien se pusiera a ir de un lado para otro rebautizando a la gente con *El beneficio* en la mano?

Carafa y sus esbirros se pondrían a la caza. Pero sobre todo el cardenal Reginald Pole y todos los espirituales se verían obligados a entrar en la lid y dar la batalla para defenderse del ataque de los guardianes de la ortodoxia. Es mejor que eso ocurra antes de que sea nombrado Papa un intransigente, un guardián de la ortodoxia, un amigo de Carafa o, peor incluso, el propio Carafa. Mejor que se llegue enseguida a un arreglo de cuentas, antes de que los delatores y los espías del príncipe negro consigan atrapar al honesto Pole y a sus cándidos seguidores.

Acelerar el conflicto. Obligar a Pole a devolver golpe por golpe en vez de seguir encajando en silencio. Empujar a ese gran intelecto inglés a empuñar las armas. Él debe ser el próximo Papa. Tiene que eliminar al viejo teatino.

El espejo devuelve los años todos juntos, pero hay un brillo todavía en los ojos. Algo que debe de haber refulgido en las barricadas de Münster, o entre las filas campesinas de Turingia. Algo que no se ha perdido por el camino, porque el camino no podía matarlo. ¿Locura? No, sino como dijo Perna: las ganas de ver cómo termina la cosa.

El hombre en el espejo tiene el pelo largo. También la barba crecerá. Ropas menos elegantes, nada de paños venecianos, sino viejos harapos alemanes.

La cara marcada casi se pega al cristal, mirada aguda, que penetra dentro y de vez en cuando se dirige hacia lo alto, para consultar al Padre.

—Ayer le pregunté a un niño de cinco años quién era Jesús. Y él me respondió: una estatua…

Divertido, el viejo loco hace una mueca maliciosa.
He encontrado al anabaptista.

El ojo de Carafa

(1547)

Carta enviada a Trento desde la ciudad pontificia de Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 1 de enero de 1547.

Al ilustrísimo señor mío Giovanni Pietro Carafa, en Trento.

Señor mío meritísimo, el extraño hecho que me apresuro a referir merece ser debidamente ponderado.

Sé fehacientemente que El beneficio de Cristo ha comenzado a circular por varios lugares. En los últimos meses ha sido adquirido en Ravena, Ancona, Pescara, y también más al sur, a lo largo del litoral adriático. Eso significa que las partidas viajan por vía marítima, en navíos capaces de transportar discretas cantidades de libros. Y no debe de tratarse de unos pocos cientos de ejemplares, mi señor, sino de miles, hasta el punto de que resulta difícil creer que sea labor de una sola imprenta. Dada la zona de difusión debe de tratarse de algún impresor veneciano o ferrarés, residente con toda seguridad en los territorios de esos estados que más obstáculos oponen a la entrada de la Inquisición romana.

Sé que la autoridad de V.S. no se extiende hasta el territorio de la Serenísima, pero a pesar de ello podría resultar útil echar la pulga detrás de la oreja de los inquisidores venecianos y del duque Hércules II de Este. No creo, en efecto, que estos quieran dar la imagen de que permiten la impresión de un libro sobre el que ha caído la excomunión del Concilio.

Una cosa extraña es que en Viterbo nadie parece saber nada de los responsables de esta nueva difusión. Parece precisamente que esta vez el cardenal Polo y sus amigos no tienen nada que ver en ello. Hay que sospechar que se trata de una amplia operación, con una brillante mente dirigiéndola, pero ajena al círculo de los espirituales.

Pues bien, como sabe mi señor, en Venecia encuentran cobijo muchos radicales criptoluteranos. Podría ser, por consiguiente, sumamente útil reunir una mayor información acerca de sus actividades, sin levantar las sospechas de los venecianos, que como es sabido son muy susceptibles en lo que se refiere a las injerencias en sus asuntos por parte de la Santa Sede.

Beso las manos de Vuestra Señoría, a cuya gracia me encomiendo,

De Viterbo, el día primero del año de 1547, el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

El diario de Q.

Viterbo, 14 de enero de 1547

Sobre el Concilio

El Emperador no ha perdido el tiempo. El viejo león conserva sus garras. Ha hecho venir a los lansquenetes al Trentino. Y con ellos la peste, que siempre los acompaña.

El mensaje es claro: tras la derrota de su paladín en el Concilio, los cardenales permanecen atentos. Ese inepto del Papa se había puesto a lanzar señales de entendimiento a los franceses. Pero Carlos será siempre Carlos, regente del Sacro Imperio Romano, que nadie intente tramar nada contra él a sus espaldas.

El Concilio ha sido suspendido, lo trasladarán a Bolonia, lejos del aliento apestoso de los lansquenetes. Eso dicen.

Sobre Carafa

Carafa debe andarse con cuidado: el Emperador no es hombre de dejarse dominar, acaba de demostrarlo. Tal vez sea por eso por lo que el viejo tarda en lanzar a la Inquisición tras la pista de *El beneficio de Cristo*, de quién lo tiene y de quién lo redactó. Reginald Pole está en el corazón todavía de muchos, es del agrado del Papa y más aún del Emperador.

O tal vez no sea más que un modo calculado de dilación. Tal vez el viejo piensa que los tiempos no están maduros aún, son muchos los peces que deben caer todavía en la red, es preciso que el libro circule. Pero juega con fuego, porque junto con el libro se difunden las ideas.

Sobre la nueva difusión del libro

¿Quién puede tener interés en arriesgar tanto por imprimir y vender *El beneficio de Cristo*?

Si Pole y los espirituales no tienen nada que ver, ¿quién es el responsable?

Un mercader, un hombre, o más hombres, con olfato para los negocios. Pero ¿por qué? Uno puede lucrarse también con otras publicaciones, sin necesidad de exponerse a ir a la cárcel o exponer la vida por un burdo compendio de calvinismo.

Hay algo que aún se me escapa. He de seguir mi instinto.

Tiziano

Capítulo 19

Padua, 22 de enero de 1547

—Ayer le pregunté a un niño de cinco años quién era Jesús. ¿Y sabéis qué me respondió? Una estatua.

Rostros llenos de curiosidad apenas iluminados por la candela. Una docena de estudiantes apretujados en torno a la luz, los únicos en desafiar el sueño y las rígidas reglas del internado. A un par de ellos los he conocido esta tarde en el gabinete anatómico, después de la clase de teología. Unas pocas charlas en los pasillos han bastado para que me propusieran que los siguiera al internado de los benedictinos para pasar allí la noche.

—¿Qué es Cristo para una mente elemental? Una estatua. ¿Es esto una blasfemia? No, porque le falta toda voluntad de ofender. ¿Es la mentira de un ignorante, entonces? Tampoco. Yo os digo que ese niño no ha mentido, o mejor, ha dicho la verdad por partida doble. La primera, porque ante sus ojos, mientras le enseñaban a arrodillarse, había un crucifijo de piedra. ¿Qué infunde vida a esa piedra? ¿Qué la vuelve distinta de las otras? El conocimiento de lo que representa. El conocimiento: es lo que da un significado a las cosas, al mundo y también a las estatuas. Así pues, para hacer vivir a esa estatua hemos de conocer a Cristo. ¿Podemos decir con pocas y simples palabras quién es Cristo? Sí, amor y gracia. Es Dios, que por amor a los hombres se inmola en la cruz, liberándolos del pecado, salvándolos de las tinieblas. Y la fe en este solo acto justifica ya de por sí a los hombres ante Dios: este es el beneficio que Cristo nos trae. *El beneficio de Cristo*.

»Por consiguiente, si el conocimiento y el amor infunden vida a esa estatua, nuestra tarea consistirá en cultivarlos como el más precioso de los dones y rehuir, mejor dicho, combatir, a quien se aparte de ellos.

»Esto nos lleva a la segunda verdad del niño. Hoy asistimos verdaderamente a la agonía de Cristo. Ni con el amor ni con el conocimiento vuelve la Iglesia vivo al Cristo al que se acercan los niños. Él se convierte en obediencia incondicional a la autoridad secular, a la jerarquía corrupta de Roma, al Papa simoníaco, se convierte en temor al castigo divino escenificado por el Santo Oficio. Todo esto no es el Dios vivo, sino realmente una estatua inerte y muda.

»Por eso es preciso, entonces, volverse de nueVoniños, volver a tener la mente simple de ese niño lleno de sabiduría, y reconocer nuevamente el descenso de la gracia sobre nosotros. Un nuevo bautismo, que nos haga partícipes otra vez del beneficio de Cristo.

»Con esta renovada certeza no podemos temer el profesar la verdadera fe, incluso contra la hipocresía de los tribunales y de los hombres corruptos. He aquí por qué os digo que, si alguna vez alguien os pregunta quién os ha hablado de este modo, no temáis decirle que he sido yo, Tiziano el baptista.

Capítulo 20

Rovigo, 30 de enero de 1547

—Precisamente ayer, a la salida de una iglesia, me encontré a un niño de cinco años y le pregunté quién era Jesús. ¿Sabéis qué me respondió? Una estatua.

Fray Vittorio se encoge de hombros y deja entrever una sonrisa bajo la espesa barba:

—Por si os sirve de consuelo, os diré que hay un hombre de mi pueblo, un carpintero que debe de rondar los cuarenta años, que se presentaba diariamente tres veces en la iglesia, rezaba un padrenuestro ante el crucifijo y luego se volvía al trabajo. Yo le pregunté cómo es que se había vuelto tan asiduo en sus visitas al Señor, a lo que él me respondió que había sido yo quien le había dicho que rezando tres oraciones al día a Jesús se le pasaría el dolor de espalda. Y este es el lugar más próximo que conozco donde encontrar a Jesús, añadió. No os digo la cara que puso cuando traté de explicarle que Jesús puede encontrarse en cualquier parte: en las mujeres y en los niños, en el aire y en el arroyo, en la hierba y en los árboles.

Aplaudo y abro las manos en señal de resignación. El gesto atrae la atención de otros dos frailes, que se acercan para enterarse de lo que estamos hablando.

—Vuestro ejemplo no me consuela en absoluto, hermano. Si un hombre de cuarenta años cree que Jesús es una estatua, exactamente como hace un niño de cinco, significa que treinta y cinco años de normas y preceptos, dogmas y castigos, no aumentan ni pizca la fe del cristiano. ¿Cómo es posible, os pregunto yo, que un niño se vea obligado a recibir los sacramentos, a arrodillarse delante de aquella que para su mente simple no puede ser nada más que una estatua, para escuchar el Evangelio cuando para él este no es más que una conseja no mucho mejor que las que se cuentan a los niños al amor del fuego? ¿Os parece

razonable? Yo digo que esto no solo es absurdo, hermanos, sino hasta peligroso. ¿Qué creyente vamos a crear, en realidad? ¿Qué sincera devoción a Cristo cabe esperar ver madurar en ese pequeño ser, si desde su más tierna infancia lo acostumbramos a aceptar pasivamente cosas que no comprende? ¿A arrodillarse delante de las estatuas? Yo digo, hermanos míos, que Cristo no puede ser sino una elección consciente y motivada, y no una conseja inculcada a los cándidos. Pero hoy se nos pide justamente esto. Se nos pide que creamos sin comprender, que obedezcamos calladamente, hasta temer, viviendo en el terror a ser castigados, procesados, encarcelados. ¿Puede nacer una verdadera fe de sentimientos semejantes? Seguro que no, hermanos.

Los tres franciscanos intercambian una mirada insegura. Se esfuerzan por romper el silencio que sigue a las últimas palabras. Uno de ellos hace un gesto a los otros de que se acerquen a él.

Soy Tiziano, peregrino alemán que se dirige a San Pedro. Los franciscanos de este pequeño convento campestre me han recibido amablemente y hospedado con gran cortesía.

Parlotean quedamente entre sí: el resumen para los recién llegados.

Fray Vittorio se queda inmóvil en una pose estatuaria, luego no puede contener la carcajada:

—No os pongáis así, hermano Tiziano. Pensad más bien en esto: cerca de una aldea de nuestra diócesis hay un álamo secular, el árbol tal vez más imponente que he tenido ocasión de ver en toda mi vida. Pues bien, los campesinos sostienen que durante el plenilunio de octubre, todo aquel que se ponga debajo del árbol y reciba entre las manos una hoja suya traída por el viento, si se la come, gana en fortaleza y longevidad.

Una mirada ceñuda:

—No comprendo adónde queréis ir a parar.

—Hace veinte años vino un peregrino como vos —prosigue cruzando sus manos a la espalda— a descansar a este convento. Le contamos la historia del álamo y le explicamos dónde se encontraba. Él estaba convencido de que en los lugares donde la Virgen desea aparecerse a sus hijos se producen prodigios naturales. Fue allí y se le apareció la Virgen diciendo: «El cuerpo y la sangre de mi Hijo otorgan la vida eterna». Desde entonces, en el plenilunio de octubre, festejamos la Virgen del Álamo, y los campesinos vienen a tomar la Eucaristía, y las hojas del árbol que caen sobre el altar son bendecidas y repartidas entre todos los fieles.

Me siento en uno de los poyos de piedra adosados a la pared. Los frailes se han multiplicado: una decena por lo menos. Los mayores se sientan a mi lado, los otros se acuclillan en el suelo.

—Entonces —pregunto dirigiéndome a todo el grupo—, ¿qué ha querido decir vuestro hermano con la historia del álamo?

Responde un joven fraile, todo nariz y pómulos huesudos:

—Que para llevar a Cristo a la gente del campo, no se puede andar con tantas sutilezas: algunos creerán que Él es una estatua, otros se comerán su cuerpo igual que de jóvenes se comían hojas de árbol.

Ahora que les he hecho sentarse a todos, me pongo en pie de golpe:

—«El cuerpo y la sangre de mi Hijo otorgan la vida eterna.» La Virgen del Álamo anunció al peregrino el fundamento de la fe cristiana. La gente de campo no comprende a Cristo porque vosotros lo volvéis demasiado complicado. He aquí por qué tienen necesidad de una estatua o de una antigua leyenda para acercarse a Él. Dios se hizo hombre y murió en la cruz para que también nosotros pudiéramos resucitar a la vida eterna. Esta es la fe que salva: nada más sirve. Esta es la fe que ningún recién nacido puede profesar: por esto os digo que bautizar a un recién nacido no tiene más valor que lavar a un perro. ¡El único bautismo es el de la fe en el beneficio de Cristo!

Se pone en pie de un brinco y casi se enreda con su largo hábito, pobladas cejas negras y barba cerrada hasta debajo de los ojos. Me abraza en un arrebato, me besa, luego me mira fijamente con mirada incandescente:

—Adalberto Rizzi te da las gracias, hermano alemán. Hace veinte años que vivo aquí dentro, desde que la Virgen se me apareció entre las hojas del álamo y con gran número de señales me dio prueba de su presencia. —Los hermanos más jóvenes lo miran estupefactos —. Sí, sí, preguntadle si lo que digo no es cierto al hermano Michele, aquí presente. Tras la aparición comencé a predicar las mismas cosas que tú, hermano Tiziano, has dicho en el día de hoy. Palabra por palabra, te lo aseguro. Pero me dijeron que estaba mal de la cabeza, que lo que necesitaba era reposo y meditación, que la Virgen no me había pedido que dijera las cosas que iba diciendo. Me convencieron. Pero ahora, ¡siento que tú me has vuelto a dar aquello que me fue sustraído y con lengua de fuego proclamaré al mundo la fe en el nuevo bautismo y en el beneficio de Cristo!

Se deja caer de rodillas, como si las piernas no lo sostuvieran ya.

—Bautízame, hermano Tiziano, porque la ablución que me dieron de niño no cuenta ya nada para mí. Bautízame, aunque sea con el agua sucia de ese charco: mi fe bastará para purificarla.

Miro alrededor: todos inmóviles, boquiabiertos, excepto fray Vittorio, que sacude la cabeza desconsolado. Ya he hecho bastante, para el lugar en el que me encuentro. Mejor no arriesgar con actitudes demasiado teatrales.

—Tú mismo puedes bautizarte, hermano Adalberto. Tú eres el testigo de tu conversión.

Me mira durante un instante con rostro extasiado, luego se arroja de cabeza con la cara dentro del agua fangosa y comienza a revolcarse en ella mientras grita a voz en cuello.

En resumidas cuentas, algo más bien histriónico.

Capítulo 21

Ferrara, 4 de febrero de 1547

El depósito secreto de los libreros Usque está bajo tierra. El único acceso a él es una trampilla de no más de un brazo de diámetro, disimulada entre las tablas del suelo. Luego se baja por una escalera y se encuentra lo que se diría una bodega. Pero el local es seco, los Usque han pensado en una manera ingeniosa de evitar que los libros conservados aquí abajo, aquellos que podrían resultar más incómodos y peligrosos, se vean destruidos por la humedad. Unas escotillas de entrada y salida permiten la circulación del aire, hasta el punto de que no puedo evitar unos escalofríos: hace más frío que en la superficie.

Nuestro impresor nos indica el camino con una linterna hasta un rimero de volúmenes excelentemente ordenados.

—Aquí tienen, señores. Mil ejemplares listos para la expedición. Los próximos dentro de menos de un mes.

Miquez señala la mitad de la pila:

—Quinientos ejemplares vendrán a retirarlos mis encargados dentro de unos días y serán embarcados en la costa. Los otros los cojo ahora mismo, pues pienso llevármelos conmigo a Milán. Haré que os tengan preparados los balances para Pascua.

Usque lo interrumpe:

—Dejadme cien ejemplares. Creo que puedo venderlos aquí.

Los rasgos mediterráneos resaltan a la luz de la linterna: —Cogedlos de mi parte, entonces. El carruaje está ahí fuera, podéis cargar enseguida.

Volvemos a subir al elegante taller de los más importantes impresores judíos de Ferrara. Seis prensas, una docena de operarios atareados, me quedo encantado observando

la sincronía de movimientos: meter la matriz de la composición, entintarla, insertar la hoja en el torno y acto seguido bajarlo y apretar bien para imprimir los caracteres sobre el papel. Un poco más adelante se componen las páginas, colocando los caracteres uno por uno dentro de los cajetines preparados al efecto, sacándolos de dentro de grandes cajas de matrices, con un ojo pendiente del manuscrito y el otro de las pequeñas piezas de plomo.

Al final de la cadena los encuadernadores, aguja, hilo y colapez, dando forma acabada a los volúmenes.

Miquez se me acerca con indiferencia. En voz baja: —Los Usque publican exclusivamente obras relacionadas con el judaísmo. Han hecho una excepción con *El beneficio*.

Sonrío maliciosamente:

—Los favores recíprocos de una inmensa familia…

—Sí. Y la fuerza de persuasión de un buen negocio.

Usque pregunta algo en español.

—Sí. Podéis continuar. Ahí fuera está mi hermano Bernardo, ya se encargará él de asegurar la carga.

El impresor parece dubitativo:

—Hay otra cosa más, don João… —Una mirada de Miquez lo convence de que puede hablar en mi presencia—. Me ha llegado una extraña petición. De la corte. Un ejemplar de *El beneficio de Cristo*.

Nos miramos perplejos. Es de nuevo Miquez quien toma la palabra: —¿El duque?

—No. La princesa Renata, la francesa. Está interesada en la teología.

Chiavenna. República Rética.

Hace dos años.

Camillo Renato y su círculo de exiliados.

Yo le traía los libros de parte de Perna la primera vez que vine a Italia.

Camillo Renato, alias Lisia Fileno, alias Paolo Ricci. Siciliano, literato, prorreformista, predestinacionista, sacramentero, celebraba la Última Cena con un banquete provocando el escándalo general. Cuando lo conocí hospedaba a Lelio Socini y a otros literatos exiliados. Me quedé allí poco tiempo, pero el suficiente como para saber que había dado la vuelta a Europa, había estado en Estrasburgo en casa de Capiton y en Bolonia lo habían interrogado y procesado. Condenado a la cárcel de por vida en Ferrara por herejía, consiguió evadirse gracias a la ayuda de una noble señora de la corte. La princesa Renata. Su agradecimiento había llegado al punto de adoptar el nombre de su salvadora.

A Usque:

—Es importante hacerles llegar hoy mismo un ejemplar.

Lo cojo de la alforja, en el escritorio de Usque encuentro pluma y tintero. Escribo en la primera página.

No hay buena obra o acción que pueda igualar el beneficio de Cristo con los hombres. Solo la Gracia recibida por el Salvador y el don inconmensurable de la fe pueden marcar el destino de un alma. Es este renacimiento el que une en comunión en Cristo a los verdaderos creyentes.

Con la esperanza de conocer a la dama que ha salvado a un amigo común.

Tiziano Renacido. Posada del Pan.

Los dos judíos me miran aterrorizados.

Entrego el volumen a Usque:

—Este es el ejemplar.

A Miquez:

—Tú déjame a mí.

Divertido:

—Desde que te dejaste crecer esta barbaza te comportas de modo extraño.

—Fuiste tú quien me enseñó a cultivar las amistades de alto copete.

Sacude la cabeza, saluda al impresor en español. Fuera nos están esperando Bernardo y Duarte; las cajas de libros han sido cargadas y aseguradas con correas.

João me coge por los hombros:

—Hasta luego, amigo. Nos veremos en primavera.

—Dale recuerdos al pequeñajo Perna de mi parte.

Un gesto a los dos compadres, mientras el carruaje arranca.

Capítulo 22

Venecia, 11 de febrero de 1547

La muchacha ha dicho que el individuo era moreno, más bien alto, con una sirena tatuada en un hombro.

La muchacha ha dicho también que jugueteaba continuamente con los dados, teniendo en todo momento uno en la mano, porque le gustaba apostar y decía que, cuanto más tocaba los dados, más le sonreía la fortuna.

La muchacha lloraba. Porque un corte como ese, cuando cicatriza, deja una cicatriz blanca y larga, que en los días fríos se vuelve violácea y parece una enfermedad.

Lloraba mientras lo contaba, aunque ello sucedió hace ya cuatro días, porque tiene el rostro estropeado para siempre.

Los ojos de Demetra eran gélidos. Podía leerse en ellos reproche, poco menos que una acusación: yo no estaba y nada pudo hacer ella. El joven Marco habría podido ganarse una cuchillada, pero ¿de qué hubiera servido?

Entre sollozos la muchacha ha dicho que el individuo hablaba de forma extraña, no, no un acento como el mío, sino distinto, griego tal vez, o eslavo. No, nada de golpearla, solo el cuchillo, pero creía que lo que quería era matarla, y decía que si gritaba le iba a cortar el cuello como a un cordero.

No he dicho nada. No creo haber dicho verdaderamente ni una palabra. Me ha bastado con cruzar una mirada con Demetra.

Lo que debía hacer.

Un griego al que le gusta el juego.

No recuerdo haber recorrido la ciudad a pie. Pero lo he hecho, porque al toque de

campana estaba delante del garito del Moro con los ojos clavados en la cara del gigante de la puerta.

—Dile al Moro que el Alemán desea verlo.

Goliat debe de haber sonreído burlonamente, o quizá no era más que su expresión natural, antes de introducirse por la portezuela.

He esperado hasta que el agujero se ha vuelto a abrir y los dientes blancos del Moro han reflejado la luz de la linterna.

La sonrisa de un tiburón.

Nadie ha lamentado la falta de ceremonias:

—Hay un griego, tal vez un dálmata, al que le gusta jugar a los dados, viste ropa elegante y lleva un tatuaje en un hombro, una sirena. Le ha hecho un chirlo a una de mis chicas.

El Moro ni siquiera ha parpadeado, pero su mirada decía que la noticia le había llegado también a él: —Con una condición, Alemán. Yo a los esbirros les pago para que me dejen en paz: tus asuntos te los ventilas tú fuera de aquí. Y deja tu puñal a Kemal.

He asentido, desenvainando la hoja y entregándosela al gigante. El Moro se ha hecho a un lado con un gesto de invitación.

La salita estaba silenciosa, solo el ruido de los dados rodando sobre las mesas y juramentos en voz baja.

Todas las razas del mundo se habían dado cita en aquel antro. Alemanes, holandeses, españoles acicalados, turcos y croatas ocupados en indicar los puntos en unas pizarritas colgadas de las paredes. Nada de vino o aguardiente, nada de armas: el Moro previene cualquier problema.

Les he pasado revista uno por uno, concentrándome en las manos. Manos explícitas, susceptibles de contar historias, dedos que faltan, guantes de la buena fortuna, anillos valorados en el acto y puestos sobre la mesa.

Luego he visto el dado que rodaba en la derecha, un pequeño objeto de hueso que corría entre los dedos, adelante y atrás, cada vez que la izquierda se disponía a lanzar.

No debe de haberse dado cuenta de nada hasta sentir el empedrado contra la mejilla.

Uno que le sujetaba el brazo tras la espalda y mientras tanto le descubría el hombro izquierdo.

Ha lanzado unos insultos en su lengua, mientras los dados de marfil rodaban fuera de su faltriquera al mismo tiempo que su suerte.

Luego no ha podido más que gritar y ver cómo la hoja le cortaba netamente los dedos de la mano.

Los han encontrado al amanecer los vendedores de pescado, clavados uno por uno en las colañas del mercado.

En Venecia soy de nuevo don Ludovico el Alemán. Y tengo que ocuparme de los asuntos del burdel.

Capítulo 23

Venecia, 12 de febrero de 1547

Miquez y Perna están en Milán.

El Alemán ha hecho entender a todo el mundo que no conviene apostar contra él.

Tiziano se ha hecho notar en tres ocasiones distintas. En Ferrara ha conocido incluso a la princesa Renata de Francia, amiga de los exiliados y muy interesada en *El beneficio de Cristo*. El anabaptista ha dado en la diana.

Puedo estar satisfecho, pero eso no basta. Estoy pensando en una segunda ronda. Treviso, Asolo, Bassano y Vicenza, para luego volver a Venecia. Ahora que le tengo tomada la medida a mi predicador anabaptista puedo acortar los tiempos. Diez días, dos semanas a lo sumo.

Esta noche he soñado con Kathleen y Eloi. Únicamente imágenes confusas, no recuerdo nada más, pero me he despertado con la sensación de algo amenazante sobre el destino de todos. Como una sombra oscura que oprime la mente.

He ahuyentado el mal humor con un paseo hasta San Marcos, recogiendo los saludos de mucha gente a la que no conozco. Al volver he tenido la sensación de que me seguían, tal vez una cara vista ya esta misma mañana en Campo San Casciano. He dado un largo rodeo, tan solo para confirmar la sospecha. Dos individuos, hopalandas negras, treinta pasos detrás. Tal vez esbirros. No debe de haber sido difícil intuir que he podido ser yo el que mutilara la mano de aquel marinero griego. Tendré que acostumbrarme a tener a alguien cerca en mis desplazamientos por la ciudad. Razón de más para partir enseguida.

—¿Te vas de nuevo?

Ha aparecido en silencio a mis espaldas, los ojos esmeralda sobre la alforja recién cerrada.

Trato de evitar su mirada.

—Estaré de nuevo aquí dentro de dos semanas.

Un suspiro. Demetra se sienta en la cama al lado de la alforja de viaje. Pierdo tiempo anudando un pañuelo en la muñeca: desde hace un tiempo el reuma no me da tregua y tengo que limitar mis movimientos.

—Si te hubieras quedado aquí, Sabina aún conservaría su bonito rostro.

Finalmente la miro:

—Ese bastardo la ha pagado. Nadie tocará más un pelo a las chicas.

—Tendrías que haber acabado con él.

Contengo la agitación:

—Lo único que habría conseguido con eso es echarnos encima a los esbirros. Esta mañana me han seguido hasta el mercado.

Otro suspiro para desahogar sus ganas de echarme en cara aquel chirlo.

—¿Por eso te escondes? ¿Tienes miedo?

—Hay una cosa que debo hacer.

—¿Más importante que el Tonel?

Me detengo. Tiene razón, le debo una explicación.

—Hay cosas que deben hacerse y basta.

—Cuando los hombres hablan así es para irse para siempre o es porque tienen alguna venganza que cumplir.

Sonrío ante su agudeza, sentándome al lado de ella: —Volveré. De esto puedes estar segura.

—¿Adónde vas? ¿Tiene algo que ver con los judíos con los que tienes negocios?

—Esto es mejor que no lo sepas. Hay unas viejas cuentas que arreglar, tienes razón. Tan viejas como yo.

Demetra sacude la cabeza, un velo de tristeza empaña el verde de sus ojos: —Uno tiene que saber elegir a sus enemigos, Ludovico. No malquistarse con gente equivocada.

La obsequio con una abierta sonrisa, está más preocupada por mí que por el burdel.

—No temas: he salvado el pellejo en situaciones peores. Es mi especialidad.

El diario de Q.

Viterbo, 5 de abril de 1547

Movimientos imperceptibles. Un lento arrastrarse de insectos, que uno solo puede captar si mira fijamente y se queda encantado por el casi imperceptible agitarse de las briznas de hierba.

Es difícil imaginar si hay un orden secreto en ese hormigueo, una armonía, un fin.

Debo seguir mi intuición. Descubrir dónde está el hormiguero. Identificar los recorridos que lo alimentan.

Me dispongo a partir para Milán. Le he escrito a Carafa que seguía una pista para descubrir a los responsables de la nueva difusión de *El beneficio de Cristo*. Es la verdad. En Viterbo no hay ya mucho que hacer, alguien está aprovechándose de los espirituales sin que ellos lo sepan, difundiendo el libro por todas partes. ¿Qué es lo que esperan conseguir? ¿Adhesiones, ayuda, desencadenar una revuelta en pro de la reforma?

Es esencial comprender quiénes son estos, descubrir qué es lo que quieren.

Milán. Los inquisidores de Roma han encerrado a un judío converso, bajo la acusación de contribuir a la difusión de una obra herética: *El beneficio de Cristo*.

Parece que es veneciano, oriundo de Portugal: un tal Giovanni Miches.

¿Qué tienen que ver los marranos en esta historia?

Capítulo 24

Venecia, 10 de abril de 1547

João y Bernardo Miquez se recortan en la puerta como dos gigantes, comparados con el pequeñajo de calvas sienes que apenas si asoma en medio de ellos, contrabandista de libros y experto en vinos. Viene a mi encuentro dando saltitos y aferrando mi mano tendida.

—Es un verdadero placer, viejo amigo, no puedes ni imaginarte la que nos ha pasado… Las ventas han ido viento en popa, prácticamente en casa del muy católico Emperador, pero ¡qué coño de falta hacía el Santo Oficio!

Freno la lengua de Perna saludando a los dos hermanos: —Bienvenidos.

Una palmada en la espalda:

—Espero que no nos dejes muertos de sed. Hemos hecho muy pocas paradas durante el viaje.

—Voy por una botella. Sentaos y contádmelo todo.

Perna coge una silla y ataca:

—De menuda hemos salido, joder. Estaban a punto de llevarse a tu amigo judío, sí, sí, tú ríete ahora, pero se las ha visto muy feas, te lo digo yo, y si no llega a ser por el dinero contante y sonante que le dio a ese frailucho, ahora no estaríamos brindando, ¿entendido? Ahora estaría haciéndoles compañía a los ratones en las mazmorras de Milán.

—Con calma. Explicádmelo todo desde el principio.

Perna se acomoda, con las manos temblorosas sobre la mesa. Es Bernardo quien habla, mientras João exhibe una de sus sonrisas cautivadoras.

—La Inquisición lo tuvo detenido durante tres días, acusado de vender escritos heréticos.

Miro al mayor, que permanece en cambio callado y hace proseguir a su hermano: —Un montón de preguntas. Alguien debe de haber estado espiando. La cosa acabó bien, bastó con untarles la mano a las personas adecuadas y lo soltaron, no era gente seria, pero la próxima vez podríamos no salir tan bien parados.

Un instante de silencio, Perna se estremece, espero que João diga algo.

Cruza sus delgados dedos apoyando los codos sobre la mesa.

—Exageran. Esos no sabían nada de *El beneficio*, únicamente vagas sospechas. Alguien dio mi nombre y vinieron a buscarme. Eso es todo.

Si de veras se hubieran olido una pista no habrían aceptado mi dinero… —un gesto de burla— o habrían pedido más.

Nuestro librero estalla:

—Sí, sí, para él todo es muy fácil, pero hemos de estar atentos. También yo sé que esos cuatro cuervos no sabían nada, pero ¿quién vuelve ahora a Milán, eh? ¿Quién? Hemos quemado esa plaza, es una tierra que duele, ¿entendido? El ducado entero, cerrado, nada, ya no podemos poner los pies en él, si no es con riesgo y peligro para nosotros. ¿Y cómo vamos a recuperar el dinero de las partidas que hemos entregado?

João lo tranquiliza:

—Nos recuperaremos por otro lado.

Sirvo la segunda ronda de vino:

—Olvidémonos por un tiempo de Milán. De todas formas, mantengámonos todos con los ojos bien abiertos: la Inquisición está organizándose mejor. Paulo Tercero es un medroso, un intrigante, pero no durará eternamente. Todos los destinos estarán pendientes del próximo Papa. Incluso los nuestros.

Los tres socios asienten a la vez. No es preciso decir nada más: compartimos las mismas preocupaciones.

El diario de Q.

Milán, 2 de mayo de 1547

La carta de presentación de Carafa ha surtido su efecto: he podido leerlo en la frente perlada de sudor de fray Anselmo y en los gestos afectados de sus colaboradores. Un extraño murmullo a mi alrededor. Oídos aguzados y la mirada baja.

Fray Anselmo Ghini, cuarenta y dos años, los últimos dos pasados cribando escrupulosamente textos reputados de heréticos, para la Congregación del Santo Oficio. Se ha estado retorciendo las manos mientras ha durado el interrogatorio, detrás de una de las mesas de trabajo de la sala de lectura del convento de los dominicos. El ir y venir agitado a mis espaldas no se ha detenido ni por un instante, como si fuera yo el inquisidor. Un nerviosismo palpable en todos los presentes de la sala. Hemos hablado en voz baja.

Giovanni Miches, el nombre ha sido dado por un librero al que se encontró en posesión de diez ejemplares de *El beneficio de Cristo*. Una vez comprobada su presencia en la ciudad, Miches fue detenido el 13 de marzo. Iba acompañado de su hermano Bernardo, su ayudante Eduardo Gómez y del librero Pietro Perna, que no fueron retenidos. El primer interrogatorio fue llevado por fray Anselmo Ghini.

Preguntado por los motivos de su presencia en Milán, Miches habló de un encuentro inminente con el gobernador, el duque Ferrante Gonzaga, en relación con la intercesión ante el Emperador para desvincular algunas propiedades de la familia en Flandes.

Negó estar implicado en modo alguno en la difusión de *El beneficio de Cristo*, aunque admitió sus intereses en la impresión, declarando ser socio de los mayores impresores

venecianos: Giunti, Manuzio y Giolito. Miches añadió conocer la existencia de *El beneficio de Cristo*, no de su contenido, que no le interesa en absoluto. Además, dijo sentirse asombrado por el interés suscitado por un escrito que circula por Venecia sin ningún tipo de restricción.

Al día siguiente, tras un segundo interrogatorio, cuyas actas no se han conservado, Miches fue puesto en libertad. A mi pregunta sobre el motivo de dicha omisión, fray Anselmo respondió en esa ocasión que no habían aparecido nuevos elementos con respecto al día anterior.

Primeras evidencias: Giovanni Miches es sin duda un tipo listo que hace gala de amigos influyentes. No se hace ostentación de relaciones tan empingorotadas si no se está en condiciones de demostrarlas.

¿Quién es Giovanni Miches?

Fray Anselmo no dice toda la verdad: demasiados titubeos, demasiadas incongruencias.

¿Y por qué no fueron detenidos los compadres de Miches?

¿Por qué no hay un rastro de las actas del segundo interrogatorio?

Hoy he tomado nota. Mañana veré el fundamento que tienen los mal disimulados temores de fray Anselmo.

Milán, 3 de mayo de 1547

En la celda de fray Anselmo. Nadie a la escucha.

Ha bastado menos de lo que pensaba: el nombre de Carafa evoca un ciego temor.

Miches ha pagado.

El fraile se ha puesto a balbucear tan pronto como lo he intimado a que dejara de contar patrañas. Estaba temblando, sentado en el camastro, yo de pie inclinado sobre él. Ha necesitado un rato antes de que comenzara a justificarse.

Se habían informado: Miches conoce realmente al gobernador de Milán. Muchos caballeros tienen negocios con él, dependen de su bolsa, las cosas aquí no son como en Roma, quien manda es el Emperador y a Gonzaga no le gusta que se pongan bajo sospecha a sus amigos. Aquí no es como en Roma, conviene ser cautos.

Se habían informado: un pez gordo, una familia poderosa. Por eso no había detenido a los demás. Banqueros, el Emperador toma dinero prestado de sus arcas. ¿Cómo puedes tener encarcelado a alguien así? La misma guardia del duque habría venido a llevárselo. Por lo que siempre era preferible sacar algo. Algo para el convento. No se trataba de

corrupción, es un trabajo difícil, plagado de obstáculos. Aquí no es como en Roma.

Me ha implorado que no informara de ello a Carafa. Un miedo cerval.

Le he dicho que desde hoy trabajará para mí, pasándome toda la información que sea útil.

Me ha dado las gracias, me ha besado la mano.

Alejandro Rojas. Consejero particular del arzobispo de Milán. O el informador español que Carafa ha pegado a su calcañar.

Está avejentado y muy gordo: mérito de la mesa del obispo. Ha confirmado todo y ha añadido otras noticias.

Juan Micas, alias João Miquez, alias Jean Miche, alias Johan Miches, alias Giovanni Miches. De la rica familia sefardita de los Miquez unida a la de los Méndez, banqueros del Emperador.

Un patrimonio considerable y tortuosos recorridos. Siempre en equilibrio entre la gloria y la desventura, pero también capaces siempre de encontrar una vía de salida. La conversión al cristianismo no ha servido para impedir que sus amigos de antaño se transformaran al día siguiente en sus perseguidores. Hábiles y astutos como pocos, su fortuna despierta la codicia de muchos, pero han aprendido a defenderla. Al cabo de algunos años se trasladaron a Venecia, donde emprendieron actividades comerciales varias.

Judíos conversos. Banqueros sin prejuicios. Conocidos en las cortes de media Europa.

¿Qué interés pueden tener en difundir *El beneficio de Cristo*? ¿Simples negocios? Cabe dudarlo.

¿Aliados secretos de los espirituales? Comprobar.

Con toda seguridad cuentan con los medios y los contactos para difundir el libro como si fuera una mancha de aceite.

Otras consideraciones: la máquina que Carafa construye día a día está lejos aún de ser perfecta. No todos los hombres son de fiar. Milán y Venecia no son Roma. Cada estado tiene su propio amo y señor, cada amo y señor establece los límites aceptables de la corrupción.

Carafa deberá tenerlo en cuenta.

Milán, 4 de mayo de 1547

Ya puedo irme de aquí. Fray Anselmo y los demás pusilánimes saldrán disparados a cada petición mía. Los desplazamientos de los Miquez y de sus socios por estas regiones no pasarán inadvertidos. Recoger cualquier detalle que sea útil. Los tengo cogidos a todos por las pelotas.

Carta enviada a Bolonia, al Concilio ecuménico, desde la ciudad ducal de Ferrara, dirigida a Gianpietro Carafa y fechada el 13 de junio de 1547.

Al ilustrísimo y reverendísimo cardenal Giovanni Pietro Carafa, en Bolonia.

Señor mío meritísimo:

No me he decidido a comunicar a Vuestra Señoría los resultados de mi investigación hasta este momento por lo obligado que era obtener los elementos necesarios para poder trazar el cuadro en su conjunto.

Y debería añadir que no obstante no es posible hablar aún con certeza absoluta de todo cuanto me apresuro a exponer, ya que las personas con las que tenemos que vérnoslas son muy astutas y previsoras.

Pero voy enseguida a los hechos. Después de haber viajado entre Milán, Venecia y Ferrara y haber establecido contacto con los inquisidores de estas ciudades gracias a las credenciales que me ofreciera V.S., he llegado a recoger los indicios suficientes como para poder afirmar que la inexplicable difusión en toda la península de El beneficio de Cristo es imputable a una de las familias judías más importantes de Europa, cuyos integrantes, convertidos a la religión verdadera, son conocidos en la corte imperial como Mendesi, por el nombre del difunto Francisco Méndez, banquero español, íntimo del Emperador, consorte de doña Beatriz de Luna. Esta última debe ser considerada la matriarca de la familia, residente todavía en la actualidad en Venecia, interesada desde siempre en la impresión y en la literatura en general, aparte de en los negocios y el comercio. Conjuntamente con sus sobrinos, se dedica a financiar no solo la mayor parte de las publicaciones de tema judío, sino también a autores cristianos, profundizando en su propia doble religión.

La familia no es extensa: dona Beatriz tiene una hija, Reyna, y una hermana, una tal Brianda de Luna, viuda nada menos que del hermano de Francisco Méndez, Diego, y a su vez, madre de una joven en edad de merecer, Gracia la Chica.

Los hombres de la familia son los hijos de un difunto hermano: Giovanni (al que los venecianos conocen como Zuan) y Bernardo Miquez. Para un total de no más de seis miembros, cuatro son mujeres.

A pesar de ello, los negocios que los Mendesi mantienen con los más importantes armadores y mercaderes venecianos son increíbles.

Su riqueza debe de ser enorme y sus intereses llegan a implicar a algunas de las familias patricias más antiguas de Venecia.

Pero lo que más interesará a Vuestra Señoría es sin duda el intenso comercio de libros que tiene a ellos como mecenas, socios de los impresores y no responsables últimos de la difusión. Sobre esta última actividad en particular he indagado durante la estancia veneciana del último mes y los descubrimientos han sido bastante interesantes, hasta el punto de conducirme aquí, a Ferrara, tras la pista del libro prohibido.

Pero conviene que vaya por partes.

Llegué a Venecia con débiles indicios respecto a la implicación de João Miquez en la difusión de El beneficio.

La única persona que consideraba en condiciones de darme alguna información útil era Bernardino Bindoni, el primer impresor de El beneficio de Cristo. Bindoni es un pequeño impresor rencoroso con los más grandes colosos como Giunti o Manucio, mezquino y, en definitiva, reticente y poco dado a hablar del asunto; asunto al que se ha referido siempre en pasado, las pocas veces que se le ha escapado alguna alusión.

Pero al abandonar desilusionado su establecimiento tuvo la osadía de aconsejarme que si estaba interesado precisamente en adquirir una partida de El beneficio de Cristo debía dirigirme a los Judíos.

Ha sido más que una confirmación.

El impresor judío Daniele Bomberg me ha mandado, al final, a uno de sus colegas,

Usque de Ferrara.

Y aquí estoy en los territorios del duque Hércules II de Este. Si tuviera que imprimir un libro declarado herético por el Concilio es este indudablemente el lugar que elegiría. Aquí donde la Inquisición tiene las manos atadas por el duque, hombre sanguíneo y que no admite ninguna injerencia de Roma. Ferrara, a medio camino entre Venecia y Bolonia, entre la Serenísima y el Estado Pontificio, pequeña marca independiente con fácil salida al mar.

Ha sido un trabajo lento, de espera, pero que ha valido la pena. Las barcas fluviales descienden por el brazo del Po desde Ferrara hasta la costa, donde embarcan la carga en naves mercantes que se dirigen al sur. Hay nuevas razones para considerar que los Usque adoptan el mismo medio para hacer llegar las partidas de libros a las naves venecianas que hacen escala un par de millas litoral adentro. Así se explicaría la difusión de El beneficio a lo largo del Adriático, a través de las naves equipadas por los Mendesi en Venecia, mandadas lejos de las costas ferraresas para añadir los libros a su carga normal, y que se dirigen a continuación al sur, circunnavegando la península.

Y sin embargo todo esto no desvela aún nada. Puesto que, señor mío meritísimo, lo que se escapa aún es el porqué, por qué una rica familia sefardita está interesada en difundir un libro cristiano.

Para favorecer a los adversarios de Vuestra Señoría, para ayudar al cardenal Polo y a los espirituales. Esta es la respuesta probable. Para hacer que sea cada vez más difícil aislar y golpear a los promotores del libelo herético, como es intención de Vuestra Señoría.

Pude darme cuenta en Venecia de las sutiles estrategias de supervivencia adoptadas por estos ricos judíos. Los Mendesi sostienen su propia fortuna sobre un bien calibrado equilibrio de poder, intercambios de favores, participaciones comerciales, fajos de billetes. Esta es la manera como han conseguido hasta ahora escapar siempre a las persecuciones. Gente como ellos saldría perdiéndolo todo con un aumento del poder de la Congregación del Santo Oficio, con el triunfo de la intransigencia. Con toda probabilidad esperan que sean gentes como Reginaldo Polo las que acaben imponiéndose a los guardianes de la ortodoxia, o bien hombres de letras moderados y tolerantes, hoy dispuestos a dialogar y a pactar con los luteranos, mañana tal vez con los judíos.

En Venecia esta gente es bastante poderosa, no hasta el punto de ser intocables, pero sin duda es difícil llegar hasta ellos con los medios normales. Los judíos en general son un componente esencial de la vida de dicha ciudad, formando a tal punto parte de ella que sin los judíos Venecia correría el riesgo de hundirse. Tal como Vuestra Señoría sabe perfectamente, el orden de la Serenísima se sostiene sobre un delicado encaje de competencias y poderes, de política y comercio, en el que es poco menos que imposible encontrar una fisura. Atacar a una familia como los Mendesi significaría tocar un nervio vivo de Venecia, con todas las consecuencias del caso.

Por el momento me mantendré en Ferrara a la espera de una respuesta de Vuestra Señoría y tratando de recoger posteriores elementos sobre el desarrollo del asunto de El beneficio.

Beso las manos de Vuestra Señoría y me encomiendo a su gracia,

De Ferrara, el día 13 de junio de 1547, el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Carta enviada a Bolonia desde la ciudad de Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 20 de septiembre de 1547.

Al ilustrísimo y reverendísimo Giovanni Pietro Carafa.

Muy honorable señor mío:

La noticia del asesinato del hijo del Papa, Pier Luigi, duque de Parma y Piacenza, ha llegado hasta aquí, despertando en el servidor de Vuestra Señoría todo tipo de tristes presagios.

Creo, en efecto, que son fundados los rumores que atribuyen a Gonzaga dicho crimen. Por lo demás no es difícil incluir este homicidio en el complejo cuadro de acontecimientos que van tomando forma; si se piensa que Ferrante Gonzaga gobierna Milán en nombre del Emperador y que desde hace tiempo tiene miras expansionistas sobre Piacenza, no es difícil colegir qué sucio cambalache ha tenido lugar: la eliminación de Pier Luigi Farnesio favorece a Gonzaga tanto como a Carlos V, puesto que ello supone una intimidación gravísima a Su Santidad Paulo III.

Creo que se trata de la advertencia imperial en respuesta a las débiles señales de alianza que Su Santidad ha lanzado al nuevo rey francés.

Pero Carlos no tiene ninguna intención de dejar pasar la ocasión favorable que el destino le brinda: en un solo año han muerto dos de sus más antiguos adversarios, el cismático Enrique VIII de Inglaterra y el belicoso Francisco I de Francia. A esto se añade la victoria obtenida por el ejército imperial sobre la Liga de Smalkalda en Mühlberg: los príncipes protestantes han acusado el duro golpe y esto viene a reforzar no poco al Emperador.

Así pues, no hay que asombrarse de que también en Italia el Habsburgo vuelva al ataque. Lo que no pudo mediante la diplomacia en el Concilio de Trento, podría obtenerlo colocando en el solio pontificio a su candidato papal, a ese Reginaldo Polo al que Vuestra Señoría prefiere ver apartado de Italia de una vez por todas.

Hoy más que nunca es preciso actuar con la debida cautela, a fin de evitar que el daño se vuelva irreparable.

Y ahora voy a referir, en efecto, los más recientes avances relativos a la tarea que V.S. me asignara.

Gracias a las referencias proporcionadas por Vuestra Señoría estoy en contacto epistolar con las autoridades policiales y los inquisidores de algunas grandes ciudades de la península. Por lo que he podido comprobar, el radio de acción de los distribuidores de El beneficio de Cristo está ampliándose: hace diez días fueron encontrados doscientos ejemplares del libelo en Nápoles. Este es el más importante de los seis secuestros que han tenido lugar hasta ahora. En dos de ellos, con objeto de encubrir el transporte de los libros, se aparentaba estar haciendo negocios de la rica familia sefardita de los Mendesi, de cuya implicación en la operación podemos ahora estar más que seguros.

He obtenido de las autoridades locales una primera lista de nombres de personas que creo que es mejor vigilar a distancia.

Simone Infante, en el reino de Nápoles; Alfredo Bonatti, para los ducados de Mantua, Módena y Parma; Pietro Perna, en el ducado de Milán; Nicolò Brandani, en Toscana; Francesco Strozzi y Girolamo Donzellini en Venecia.

Se trata de un proveedor de la corte de Nápoles, de un cortesano que goza del favor del duque de Mantua, de un vendedor ambulante que intercambia libros con los exiliados basilenses, de un miembro del gremio de la lana de Florencia y de dos literatos escapados de Roma.

Estas personas nos revelan mucho acerca de la aceptación que puede tener en Italia El beneficio. Se trata de personajes cultos, próximos a las cortes de sus señores y susceptibles de servir de vehículo de ideas entre la nobleza y los miembros de las clases mercantil y artesanal. Peces chicos que, sin embargo, pueden volverse peligrosos con el paso del tiempo.

Mi consejo es que, si no es posible procesar a los poderosos Mendesi, podría ser conveniente comenzar por los últimos eslabones de la cadena para hacer sentir en el cogote de los sefarditas el aliento del Santo Oficio.

No me queda sino decir que espero órdenes de Vuestra Señoría, encomendándome a vuestra gracia.

De Viterbo, el día 20 de septiembre de 1547, el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Capítulo 25

Venecia, 2 de enero de 1548

Al atardecer, en un salón de casa de los Miquez. Beatrice, ahora de pie enfrente de mí, silenciosa, su forma se recorta contra una ventana que da a poniente. Contraluz, sus rasgos ahora más vagos y confusos. Sentado en una otomana, tomo vino griego. Lo llaman *retsina*. Un vino aromático, con sabor a resina de pino marítimo.

Convocado no hace ni una hora, un mensaje entregado por un chiquillo. Pensaba que habría alguna novedad, pero no está João, ni tampoco su hermano, ni Duarte Gómez, nadie. La servidumbre se ha retirado también después de mi llegada. Una vez traspuesto el portal, dos pasos más allá del umbral: Beatrice, sonriente.

Rumores amortiguados, voces lejanísimas, mientras bebo de este vino del que Perna no me ha hablado nunca, entre alfombras, pinturas, objetos y colores nunca antes vistos, ni siquiera en Amberes.

Una quietud inesperada en las callejas y catacumbas en las que me muevo día y noche desde siempre. Una quietud que me lleva más allá de este invierno, más allá de todos los inviernos. No lo que debo hacer, sino lo que podría ser.

Con esta mujer, distinta de todas las mujeres que he conocido.

Su flamenco que ningún flamenco sabría entonar, libre de toda aspereza, hecho de silbos, largas vocales y sonidos para mí inauditos. Ecos de distintas lenguas nórdicas y romances traídos ya por el gregal, ya por el ábrego, llegados de levante y de poniente para resonar a lo largo de mi espinazo. Quizá un día todos los hombres y las mujeres, en los cuatro rincones del continente, modulen estas notas, tranquila cantinela paneuropea, polifónica, rica de mil variantes locales.

Su sonrisa. Sola. Sola aquí conmigo. La reina madre de la dinastía de los Miquez, que trata con aristócratas y mercaderes, protege a los artistas y a los estudiosos. Una reina en una ciudad de rufianes y cortesanas. Los poetas de los que es mecenas le dedican sus obras. Hojeo el libro de un tal Ortensio Lando: «A la muy ilustre y honorable Beatriz de Luna». Su risa, nada de embarazo sino divertida conmiseración.

Me pregunta por el Tonel, por su gestión, las chicas. Se sienta a mi lado. Esta mujer que no está ansiosa por conocer lo que yo he sido, saber cuáles y cuántos ríos de sangre he vadeado. Esta mujer a la que no le importan mis muchos nombres. Esta mujer curiosa de mí *ahora*. De mí *ya*. Esta mujer que ahora me habla de mi humanidad, que dice sentirse provocada por mí, poder notar mi humanidad bajo la coraza que llevo desde hace demasiado tiempo, bajo la materia refractaria en que he transformado mi piel para no verme nuevamente herido.

Otro sorbo de vino.

Esta mujer. Esta mujer que me quiere.

Beatrice.

Lo que podría ser.

Ya.

Capítulo 26

Delta del Po, 26 de febrero de 1548

A lo largo del brazo del Po que une Ferrara con la costa, con quinientos ejemplares de *El beneficio de Cristo* cargados en dos embarcaciones que han puesto a nuestra disposición los Usque. El sol está alto sobre las limosas aguas, escrutadas por las aves a la caza de algo que comer sobre nuestras cabezas y en los roquedales del río. El húmedo frío nos deja ateridos, bajo las pesadas capas de lana.

Reparo en ellos demasiado tarde.

La barca que transporta la primera mitad de la carga da un golpe de timón delante de nosotros: desvía la proa a la derecha para evitar la balsa que ha aparecido de improviso de entre el cañaveral hacia el centro del río. A mis espaldas el juramento del timonel. En cuestión de segundos la barcaza desaparece por un canal secundario, la embocadura invisible debido a la tupida vegetación. La balsa inmediatamente detrás, a bordo tres formas encorvadas.

Instintivamente echo mano al arcabuz, trato de apuntar, pero ya han desaparecido. Al timonel:

—¡Sigámoslos!

Un brusco viraje, para no quedarse atrás. Se oyen gritos y zambullidas en el agua, tomamos por el estrecho canal, únicamente para toparnos con el bracear confuso de los dos barqueros. La balsa y la barca están alejándose. Los subimos a bordo. Uno pierde sangre por una sien, la cabeza medio rota.

—¡No hay que perderlos!

Sebastiano el Jorobado se pone a jurar y planta la larga pértiga en el fondo, empujando

hacia delante.

Mientras envuelvo la cabeza del herido con un paño, me vuelvo hacia el otro superviviente:

—¿Quiénes coño son?

Responde casi sin aliento:

—Bandidos, don Ludovico, una emboscada. Bandidos sin Dios. ¡Ved en qué estado lo han dejado!

También yo empuño una pértiga, erguido en la proa, surcando un recodo desconocido. La voz cavernosa del barquero de los Miquez:

—Esto es peor que un laberinto, señoría. Pantanos y serpientes, miles y miles. De esta no vuelve nadie.

Protesto:

—Hay más de media carga en esa barca. No tengo la menor intención de perderla.

Entreveo la popa de la barca, no viajan demasiado rápidos, tal vez no se esperan ser perseguidos. Otro recodo desconocido a la izquierda y luego de nuevo la entrada de un estrechísimo canal nos hace perder la orientación. Mediodía, hace un sol de justicia, el horizonte inaccesible: ningún punto de referencia. Estamos ya por lo menos a un par de leguas lejos del río.

Empujo la pértiga con todas mis fuerzas, mientras pienso que solo había venido a Ferrara a despachar un encargo. Si me pongo a pensar dónde estoy y lo que estoy haciendo, casi me entran ganas de echarme a reír, pero me contengo, ya que detrás de mí Sebastiano escupe, jura y suda la gota gorda mientras golpea el fondo del río.

Ve o desaparecer ante mis ojos las dos embarcaciones, como tragadas por el agua. Busco un detalle, un simple detalle en la orilla del canal para fijar el punto exacto en el que las he perdido de vista. Un árbol muerto, con las ramas inmersas.

—¡Más rápido, más rápido!

Las blasfemias de Sebastiano marcan el ritmo de las brazadas. He aquí el árbol. Hago un gesto al Jorobado para que se detenga. Hurgo en la orilla opuesta con la pértiga, hasta descubrir un punto en el que el cañaveral se vuelve un poco más ralo. No parece un paso practicable, pero no pueden haber ido por ninguna otra parte.

—¡Adentro!

Sebastiano insiste:

—Señoría, hacedme caso, por ahí es imposible pasar.

Una ojeada al herido. La hemorragia se ha detenido, pero ha perdido el conocimiento. El otro barquero me mira con decisión y recoge un pequeño remo:

—Vamos.

Abro camino a la barca separando las cañas, que vuelven a cerrarse sobre nuestras

cabezas y detrás de nosotros. Con la ayuda de la pértiga exploro el cañaveral palmo a palmo, a escasa distancia de la proa. Esta selva podría extenderse uniforme y compacta a lo largo de muchas leguas alrededor de nosotros. He de pensar únicamente en el invisible sendero de agua que la atraviesa, presintiendo dónde presenta menos resistencia la vegetación. Avanzamos cautelosamente, en absoluto silencio. Las cañas se terminan de repente. Una marisma se extiende hasta un islote llano y arenoso.

La barca. Cinco hombres: uno la asegura, los otros cuatro transportan dos cajas. Se adentran por una lengua de tierra. Mis dos remeros reanudan el ritmo, mientras yo vuelvo a coger el arcabuz. No nos han visto. Surcamos raudos las aguas estancadas. Levanta la mirada demasiado tarde, cuando ya estoy apuntando. El disparo levanta bandadas de aves en todas las direcciones. Cuando el humo se despeja lo veo arrastrarse hacia sus compañeros. Una caja es abandonada, lo cargan a hombros. De repente, nos quedamos encallados junto al islote. Desenvaino la daga y soy el primero en saltar a tierra: en el lodo hasta la cintura, plantado como un palo. Hasta me dan ganas de reír. Sebastiano salta a tierra más allá y me saca en peso.

—¡Vamos, vamos, señoría, que se nos escapan!

Al otro barquero:

—Carga el arcabuz y quédate de guardia en la barca.

Al trote corto por la lengua de tierra. Los vemos echar a andar con la caja y el herido. Las blasfemias de Sebastiano son proyectiles disparados sobre los fugitivos. Voy con la lengua fuera y tengo muchas ganas de echarme a reír.

Otro claro inundado y lleno de islotes atestados de cañabrava. Si corro un poco más seguro que me revienta el corazón.

De repente se paran.

Aminoro la marcha.

Sebastiano se pone a mi lado lanzando escupitajos. Respiro a pleno pulmón, cargo la pistola. Avanzamos, parecen armados solo con bastones. El herido está extendido en el suelo, podría estar muerto. Caras mugrientas y espantadas, sucios jirones cubriéndolos. Flacos, el pelo pegoteado a la cabeza como casquetes de barro. De una flacura que impresiona, pies descalzos. Ahora estamos ya muy cerca, apunto con la pistola, una ojeada al pobre miserable que se encuentra en el suelo: no está desmayado, parpadea. No veo sangre.

En ese momento, aparecen.

Un breve susurro de cañas y asoman una treintena de fantasmas harapientos, bastones de punta acerada y hoces en mano.

Mierda.

En torno, la marisma hasta donde alcanza la vista, mis bonitas ropas, el jorobado

Sebastiano apoyado en la pértiga, rodeados por los salvajes.

Así pues, ¿así tenía que terminar la cosa?

Esta vez me río. Me río con ganas, desenfadadamente. Con la risa saco fuera la tensión y el cansancio. Debe de asombrarlos no poco, porque aprietan sus herramientas contra el pecho y se echan para atrás dubitativos.

De la tupida vegetación se alza un alboroto. Una forma destaca sobre todas las demás. Una cogulla cubierta de barro, dos palos atados formando un crucifijo cuelgan de su cuello. En la mano aprieta un nudoso bastón, con el que suelta golpes a diestro y siniestro, mascullando palabras incomprensibles.

Se acerca a la caja y la abre. Veo que levanta la vista al cielo, desconsolado. Increpa de nuevo a la turba en tono de reproche.

Viene hacia nosotros:

—Perdón, perdón, fratres, perdón.

La barba gris más larga que la mía, incrustada de barro e insectos. Los ojos, dos brasas azules entre las arrugas en las que parece anidar una mugre secular. Los cabellos le llegan hasta los hombros y recuerdan el nido de un pájaro.

—Perdonad, fratres. Mentes simples, *sicut pueri*. Para comer, comer *solum*. *Nunquam libres videro*, no saben.

En ese momento comienzo a notar movimiento en los islotes. El cañaveral tiene un orden artificial, se entrevén tabucos, sombras animadas. Amplias redes sujetas por cuerdas y palos a flor de agua.

Una aldea. ¡Dios mío, el cañaveral es una aldea!

—Ellos no conocen vuestra misión. No pueden. No saben leer. No malvados, ignorantes. Yo —se lleva la mano al pecho—, fray Lucifer, franciscano.

Busca las palabras:

—No temáis, fratres reverendísimos, yo sé. Misales de abadía. —Señala la caja—. Libros cristianísimos. Ellos no saben.

Se vuelve hacia su grey, con frases imposibles de entender para nosotros, pero que suenan como algo tranquilizador.

—Venid, venid.

Como una señal, y el claro cobra vida. Mujeres y niños salen de las cabañas y se asoman a la marisma. Los hombres afluyen hacia las casuchas en medio de un vocear difuso. El herido es levantado, habla, comparte también el estupor de los demás.

Sebastiano está con la boca abierta. Me lo llevo, intimándolo a que se esté callado.

Fray Lucifer, portador de luz al pueblo de los marginados, ocultos en las marismas del Po como en una fortaleza inexpugnable. Una marisma que se extiende desde la desembocadura del río hasta la región de las Romañas. Tierra de nadie, lejana y salvaje

como el Nuevo Mundo. Fray Lucifer, dispuesto a evangelizar a estos olvidados hace casi treinta años, y olvidado a su vez él también aquí. Lejos de la lengua corriente y del destino de los estados. Perdido en medio de una mancha de tinta en el mapa, siguiendo el ejemplo del hermano Francisco de Asís, como si hubiera arrancado la cruz de Cristo para plantarla en las arenas movedizas de estas landas, desafiando la superstición pagana.

Treinta años.

Casi imposible de imaginar. Treinta años de distancia de los destinos de la Iglesia. De Lutero, de Calvino, de la Inquisición y del Concilio. Cultivando una fe fundada en la pura caridad con los humildes.

Haciendo caso omiso de nuestras ropas, nos ha tomado por misioneros igual que él, fray Tiziano y fray Sebastiano, enviados por la abadía de Pomposa, a fin de difundir la doctrina y el libro para enseñarla. Nos ha cubierto de sinceras lisonjas y pedido que oficiáramos la misa en su lugar. No he podido negarme.

Y así don Ludovico, regentador del burdel más lujoso de Venecia, bajo la apariencia de fray Tiziano, se ha encontrado ante el pueblo entero de la marisma celebrando el único rito religioso del que es capaz. Ha rebautizado a todos los adultos. Del primero al último.

En el momento del regreso se nos ha proporcionado un guía y un barril de anguilas vivas como regalo, a cambio de una nueva fe y de dos copias de *El beneficio de Cristo*.

El diario de Q.

Viterbo, 26 de febrero de 1548

Si puedo preciarme de conocer al viejo, este comenzará por los peces chicos tal como le he sugerido. Los libreros, los intermediarios, los impresores. Y si esto no basta para intimidar a los peces gordos, los financiadores de la operación, entonces ya se le ocurrirá algo para quitarlos de en medio. El viejo no actúa nunca impulsivamente, sabe esperar. También la muerte parece esperarlo, parece que no tenga ganas de llevárselo hasta que no vea cumplido su plan. A gente como Reginald Pole no la quita uno de en medio fácilmente, y mucho menos a familias influyentes como los Mendesi. Hay que pensar algo complejo, deshacer equilibrios consolidados. Los ricos judíos venecianos son personajes astutos, habituados a verse perseguidos, a pagar para salvarse, a estrechar fuertes vínculos con literatos y comerciantes, para convertirse casi en una misma cosa con ellos. Los Mendesi despiertan una obligada admiración, y sobre todo las mujeres, esas mujeres que han tenido que aprender el arte de la negociación y del subterfugio, de los negocios y de la política.

Pero poner en contra de uno a Carafa es siempre un error. Un error garrafal. ¿Quién mejor que yo para saberlo, que le sirvo desde hace treinta años?

Entretanto las noticias de los inquisidores venecianos anuncian nuevas preocupaciones en relación a la difusión de *El beneficio de Cristo*. Parece que en los campos están teniendo lugar episodios incontrolables.

Noticias de Venecia

—La Inquisición veneciana anda tras la pista de un franciscano, conocido con el apodo de fray Álamo, activo en la zona de Polesine. Muchos campesinos de esa región han revelado bajo confesión haber sido bautizados por él «en la nueva fe del beneficio de Jesucristo».

—Al otro lado del Po, una familia de pescadores se negó a hacer bautizar a su hijo, «ya que todavía no puede comprender el misterio de Jesucristo en la cruz». No hicieron la menor mención a fray Álamo.

—En Bassano una mujer ha pedido refugio en un convento de monjas, porque el marido la pegaba para convencerla de que se hiciera bautizar de nuevo. En casa del hombre ha sido encontrado un ejemplar de *El beneficio de Cristo*.

La burda religiosidad popular consigue dar vida a las más absurdas mezcolanzas. Ideas complejas en mentes elementales. ¿De dónde ha salido la idea de rebautizar a los adultos? Seguro que no del contenido del libelo herético.

Enterarse de noticias posteriores.

¿Hablarle de ello a Carafa?

27 de febrero de 1548

¿Por qué no ha usado todavía el viejo *El beneficio de Cristo* como arma contra Pole y los espirituales? ¿Por qué no ha desaprobado aún a los adversarios? Le bastaría con bien poco: sobre el libro se cierne la excomunión del Concilio, por lo que al viejo le bastaría con encarcelar a fray Benedetto de Mantua y hacerle decir los nombres de sus tutores, de quién recibió el encargo del texto, quién lo redactó e imprimió.

Es probable que Carafa tema jugar sus bazas demasiado pronto. Está esperando aún. Pero ¿qué? Paulo III no tiene para mucho tiempo y el inglés podría convertirse en Papa, para gran alegría del Emperador, que vería emprenderse una reconciliación con los protestantes.

Quizá sea justo esto lo que el viejo espera pacientemente, el golpe letal, lanzado en el último momento. Pero ¿cuánto cree poder vivir aún?

El diario de Q.

Viterbo, 4 de mayo de 1548

Fray Michele de Este, prior del convento de San Buenaventura, en Rovigo, interrogado por los inquisidores de la Serenísima con fecha del 12 de marzo de 1548, en relación a la actividad de un tal fray Álamo, sospechoso de herejía.

Un nombre y un apellido: Adalberto Rizzi, franciscano del convento de San Buenaventura, desaparecido a finales de enero de 1547, juntamente con un huésped alemán, un peregrino que dijo llamarse Tiziano, quien lo habría rebautizado con el agua de un charco.

Otras noticias llegadas a los inquisidores venecianos

—Vicenza, 17 de marzo de 1548: arrestados un carpintero y un tabernero, sorprendidos ladrando durante un bautismo. Interrogados sobre quién los había convencido de que «bautizar a los recién nacidos es como lavar a los perros», respondieron: «Uno que profesa la fe de Alemania, y lo hace con autoridad, porque es alemán».

—Padua, 6 de abril de 1548: el estudiante Luca Benetti sostiene públicamente que «el bautismo es inútil para las mentes que no pueden conocer los misterios de la fe, y especialmente el del beneficio de Cristo hacia toda la humanidad».

Tras oírle en relación con sus afirmaciones, sostiene que le fueron sugeridas por un literato alemán de nombre Tiziano.

Elementos del cuadro

Rovigo. Bassano. Vicenza. Padua.

Un recorrido, un camino. ¿Un viaje? O bien un semicírculo, cuyo centro es indudablemente Venecia.

Un alemán. Un alemán, cuya presencia quizá explica el origen de la idea del segundo bautismo.

(¿Un anabaptista?)

Un alemán que dice llamarse Tiziano. Regala ejemplares de *El beneficio de Cristo* y rebautiza a los lugareños.

Tiziano el Alemán.

El Fondaco dei Tedeschi en Venecia. Los frescos pintados por Giorgione y por su alumno Tiziano en las fachadas del Fondaco.

Nuestro anabaptista es un alemán que vive en Venecia.

Que es como decir una aguja en un pajar.

5 de mayo de 1548

Hay un tiempo y un lugar en el que cada cosa tiene un principio y un fin. Y luego hay cosas que en cambio retornan. Reaparecen de entre los recovecos del alma cual pedazos de corcho en la superficie de un lago. Poco menos que amenazas oscuras, o razones para vivir, venganzas, fragmentos, briznas.

Hay un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz. Hay un tiempo en el que cada cosa puede ser hecha y aquello para lo que no hay elección, porque de repente el coraje y el entusiasmo de veinte años desaparecen bajo las arrugas del rostro.

Y comienzas a temer la llegada de un mensajero. ¿Cuál será el próximo encargo? Temo el desagrado que recorre el estrecho camino que va del estómago a la mente. Algo que hay que ocultar detrás de la autoridad de las misiones cumplidas, detrás de la experiencia, y que sin embargo no puede desaparecer, es más, se torna cada día que pasa más fuerte, por cuanto querrías mandarlo al fondo, incapaz de encontrar una razón, el pretexto de mil rostros, de hombres y de mujeres mandados al infierno.

Luego, un buen día, te ves diciendo que no fuiste tú. Que no empuñaste la espada. Y entonces comprendes que estás acabado.

El diario de Q.

Viterbo, 10 de agosto de 1548

Han llegado de Ferrara las actas del interrogatorio de un tal fray Lucifer, relativas a la difusión de la herejía entre las comunidades de los llamados «piratas del Po», vieja plaga de los mercaderes ferrareses, recientemente extirpada por el duque Hércules II de Este.

El interrogado ha dado señales evidentes de locura, declarando ignorar en qué año de gracia estamos viviendo y manifestando el convencimiento de que León X es todavía Papa.

Acusado de haber introducido rituales heréticos y paganizantes entre los fugitivos de la ley de las marismas y en particular de practicar el bautismo de los adultos, se ha defendido sosteniendo haber recibido esa consigna de un misionero, un tal fray Tiziano, que le fue enviado por el abad de Pomposa. Aquel le habría hecho entrega del *librum de nova doctrina*, *El beneficio de Cristo*, imponiéndole acto seguido el segundo bautismo.

He roto la carta. Los inquisidores de Venecia no son más que unos ineptos siervos del Dux. Ni siquiera saben qué es el anabaptismo. No darían con nuestro misionero anabaptista ni aunque lo buscaran durante cien años. Nunca dos veces en el mismo sitio. Cada señalización proviene de una localidad distinta y todas tienen como epicentro a Venecia. Como un plan. Basta con reunir todas las piezas. Un solo hombre que se mueve por los territorios de la Serenísima y de Ferrara rebautizando a la gente, dejando traslucir el nombre que ha elegido. Cuando llega la Inquisición, él ya ha desaparecido en la nada, caído de nuevo en la intrincada historia que lo ha vomitado. Resulta bastante obvio: no se trata de un peregrino, no es posible seguir sus pasos. Únicamente salidas muy concretas, de

efecto seguro, bautiza, deja su nombre bien grabado en los oídos y desaparece. Si no, ¿por qué elegir un tan extraño y famoso nombre?

17 de agosto de 1548

De la confesión de fray Adalberto Rizzi, también conocido como fray Álamo, capturado en la orilla ferraresa del Po con fecha de 30 de junio de 1548 y detenido en las cárceles del duque de Este:

«Y me invitó a considerar que habiendo preguntado a un niño de cinco años quién era Jesucristo, le respondió: una estatua. Y de lo cual deducía él que no era justo suministrar la doctrina a mentes incapaces de comprender…».

«Dijo que la devoción por las estatuas y los simulacros abría el camino a una fe ignorante e inepta…»

«Sí, afirmó llamarse Tiziano y dirigirse a Roma…»

El niño y la estatua.

Estremecimientos. Estremecimientos en la cabeza. El niño y la estatua.

Algo distante que se acerca a gran velocidad, arrastrado por un viento que barre la memoria.

El niño y la estatua.

Capítulo 27

Venecia, 30 de agosto de 1548

Una forma negra recortada en la puerta. Duarte Gómez da un paso, se detiene y da un taconazo. Rostro aceitunado, rasgos finos, levemente femeninos, interrumpidos por una arruga en la frente.

Una indicación a Demetra, que aleja a las muchachas.

—¿Qué pasa?

—Ven, te lo ruego.

El ayudante de los Miquez me acompaña fuera, al soportal y luego al callejón donde se entra de uno en uno. Los dos hermanos están allí. Como dos sicarios que esperan el paso de su víctima.

João, más alto, con un gran sombrero negro adornado por una cinta de cuero. Bernardo, con el aire de un chiquillo y una divertida mosca en el mentón. Las toledanas asoman por debajo de las capas. La luz va disminuyendo cada vez más.

—¿Qué sucede, señores? ¿A qué viene tanto misterio?

La acostumbrada sonrisa se resquebraja, como si se esforzara en mostrarla, por más que su estado de ánimo no se lo permite: —Han apresado a Perna.

—¿Dónde?

—En Milán.

—¿Qué coño hacía en Milán? ¿No habíamos decidido olvidarnos de esa plaza?

Los rostros de los tres sefarditas se ponen sombríos, la luz sigue disminuyendo.

—Tenía que hacer una parada en Bérgamo, recoger el dinero de los libreros y volverse. Por lo que parece, ha querido arriesgarse. Se le acusa de vender libros heréticos.

Oigo resonar mi suspiro de un extremo al otro del callejón, me apoyo en la pared.

—¿El Santo Oficio?

—Puedes apostar lo que quieras.

Gómez, nervioso, continúa dando taconazos contra el empedrado.

—¿Qué podemos hacer?

João muestra una hoja enrollada.

—Pagaremos y lo sacaremos antes de que el asunto se ponga demasiado feo. Duarte parte esta noche. Gonzaga me debe dinero: le he propuesto cancelar su deuda si intercede.

—¿Funcionará?

—Espero que sí.

—Mierda. No me gusta, João, no me gusta en absoluto.

—Ha sido pura casualidad, estoy convencido. Mala suerte e imprudencia.

Presentimientos pesimistas, no consigo pensar.

El mayor de los Miquez me obsequia con su sonrisa más sincera: —Estate tranquilo. Soy todavía el financiero más importante en la ciudad. No se atreverán a tocarnos.

Aprieto las manos contra ambas paredes, como si quisiera desplazarlas: —¿Hasta cuándo, João? ¿Hasta cuándo?

Venecia, 3 de septiembre

Tal vez alguien ha conseguido juntar las piezas del rompecabezas. Malas noticias de Nápoles: Infante, nuestro contacto allí, ha sido encarcelado y será interrogado por los inquisidores.

Lentamente están descubriendo la trama que hemos tejido en estos dos años.

El cardenal Carafa aún no ha alineado en orden de combate a sus mejores piezas: mientras sigan en auge Pole, Morone, Soranzo y todos los demás espirituales, tiene las manos atadas.

Si Reginald Pole se convierte en Papa antes de que Carafa consiga pasar al ataque, se pararía la Inquisición: todas las posibilidades volverían a estar abiertas, hasta la excomunión de *El beneficio de Cristo* se vería suspendida.

Tramas demasiado extensas para un solo hombre. Acaso también fascinantes para quien ha llegado al quinto decenio de su vida y es capaz de apreciar su geometría, el diseño, pero hay algo más que hacer. Algo personal.

Algo que lleva esperando desde hace veinte años. Cuando los músculos comienzan a ponerse rígidos y los huesos duelen, las cuentas que han quedado pendientes se vuelven más importantes que las batallas y las estrategias.

Tiziano el anabaptista tendrá que golpear de nuevo, pero lejos de aquí: con los vientos

que comienzan a soplar, conviene mantener alejada la venganza de los asuntos venecianos.

Tienes que venir a buscarme. Para que yo pueda echarte el guante.

El diario de Q.

Venecia, 28 de septiembre de 1548

En Venecia la herejía está por todas partes.

En el modo de vestir de sus mujeres, con los pechos al aire y zapatos con suelas de un palmo de alto. En los mil callejones estrechos, donde susurrar doctrinas prohibidas. En los mismos cimientos imposibles que la sostienen.

También en Venecia los alemanes se encuentran por todas partes. No hay *calle*, *campo* o canal que no conozca el sonido de la lengua de Lutero.

Venecia: el terreno ideal para husmear el rastro.

Cervecería del Fondaco. Alusiones al anabaptismo lanzadas aquí y allá: miradas de asombro, referencias al exterminio de Münster, ninguna noticia útil. Tiziano: *¿Quién, el pintor?* Nada de nada.

Una vuelta por el mercado de Rialto, para husmear el ambiente. Puente arriba y abajo, y luego hasta San Marcos, a lo largo de la calle de las Mercerie. Gente ocupada en sus negocios, alemanes vendedores de pieles, impensables bautizando a un fraile en un convento de Rovigo, y mucho menos entre los estudiantes de Padua.

Los estudiantes: Tiziano es un tipo culto, alguien que es capaz de hablar igual de bien la lengua de la universidad que la del tabernero y del carpintero de Bassano.

Una sensación: el hombre que busco no frecuenta estos lugares.

Venecia, 30 de septiembre de 1548

Archivo de la Inquisición.

Tres alemanes implicados en procesos de herejía:

—Mathias Kleber, treinta y dos años, bavarés, *luthier* en Venecia desde hace doce años, sorprendido robando hostias consagradas del sagrario de la iglesia de San Rocco, condenado a la expulsión y redimido con el arrepentimiento y la conversión a la fe católica.
—Ernst Hreusch, cuarenta y un años, mercader de madera, natural de Maguncia, procesado por los escritos que exaltaban a Lutero en las paredes de las iglesias de San Mosè y San Zaccaria. Condenado a borrarlos y a pagar una ofrenda de ciento cincuenta ducados para las dos iglesias.
—Werner Kaltz, veintiséis años, vagabundo, procedente de la ciudad de Zurich, procesado por brujo, por sus actividades de quiromante, alquimista y astrólogo. Evadido de la cárcel de los Plomos, sigue huido.

Uno medio iconoclasta, el otro fanático de Lutero y el tercero brujo. Trato de imaginármelos en las distintas situaciones que han tenido a Tiziano como protagonista, pero ninguno parece verdaderamente adecuarse al papel del misionero anabaptista.

Operación contraria: imaginarse a Tiziano dando vida a su fantasma, moverlo como un títere por las calles y las tiendas de la ciudad. No.

En Venecia Tiziano no es Tiziano. Es algún otro. Si hubiera rebautizado también aquí, en alguna parte se conservaría memoria de él. Tiziano esconde su propia identidad: parece querer darles a sus gestas la máxima resonancia.

¿Quién es, quién ha sido, Tiziano en Venecia?

Capítulo 28

Venecia, 18 de octubre de 1548

Se han hecho preceder por una carta. Por esto estamos en el muelle, la mirada muy pendiente del canal de la Giudecca, por donde deberán aparecer.

Bernardo Miquez pasea de un lado a otro. João está parado como una estatua, elegantísimo como siempre, guantes de cuero colgados del cinturón y anchas mangas del jubón que flotan al viento.

Demetra me ha hecho una bufanda de lana para este gélido otoño. Tengo que estarle agradecido, porque el cuello me juega malas pasadas desde hace un tiempo.

Observo las barcazas que pasan lentas hacia los atracaderos y vacían su carga humana variopinta y extraña.

—¡Para el Dux y San Marcos!

Me estremezco ante la voz chillona de un gigantesco mirlo negro transportado en una jaula.

João ríe sonoramente ante la expresión que pongo yo: —¡Pájaros que hablan, compadre! Esta ciudad no dejará nunca de asombrar.

Bernardo se inclina hacia delante hasta el borde del muelle, exponiéndose casi a perder el equilibrio: —Ahí están.

—¿Dónde? —Tengo para mí que mi vista ya no es tan aguda como en otro tiempo.

—¡Allí, acaban de aparecer ahora!

Finjo reconocer la embarcación que es aún una mancha oscura: —¿Son ellos de veras?

—¡Por supuesto! ¡Mira a Sebastiano!

—¡Por Moisés y todos los profetas! Ahí está Perna. ¡Lo ha conseguido! Duarte lo ha

conseguido. —João se permite un gesto de exultación.

—¡Bastardos, asquerosos, infames, pedazos de mierda, un poco más y nos quedamos allí, santo cielo, todo lleno de hongos y de musgo, que se vayan a tomar por culo!

Recobra el aliento, aún tiene el espanto pintado en los ojos.

—Unos asesinos es lo que son. Una cosa de locos, Ludovico, amigo mío, había ratas que parecían cachorros de perro, ¿entendido?, no te lo creerías, deberías haberlas visto, así de grandes, bastardos, un mes dentro de esa letrina, prisión la llaman, ojalá los empalasen los turcos a todos ellos, bastardos, mira, Ludovico, así de grandes eran las ratas, y unos guardianes que parecían los monstruos del Apocalipsis, ten a un hombre en esas mazmorras durante un año y te confesará lo que quieras, incluso que… ah, y luego lo escriben todo, todo, no se dejan ni una coma, nunca falta un escribano de los cojones que escribe lo que tú dices, rápido, escribe rapidísimo, sin levantar la mirada nunca de la hoja, estornudas y él lo pone en el papel, ¿entendido?

Los cuatro pelos que le quedan los tiene revueltos, ojeras profundas y mandíbulas que quisieran hincarse en el filete que Demetra le ha servido, si no las tuviera ocupadas en ese torrente en crecida.

Traga finalmente el primer bocado y parece recuperar la lucidez necesaria.

Apenas levanta los ojos del plato: —¿Han atrapado a algún otro?

—A Infante en Nápoles.

Un resoplido.

—Y no es la peor noticia.

Los ojillos de Perna me escrutan con aprensión: —¿A quién también?

—A Benedetto Fontanini.

El librero se pasa las manos por la cabeza para peinarse los cuatro pelos que le quedan: —Santo cielo, estamos hundidos en la mierda…

—Lo han encarcelado en el monasterio de Santa Justina, en Padua, bajo la acusación de ser el autor de *El beneficio de Cristo*. Corre el riesgo de pudrirse allí dentro para siempre.

Perna vuelve a levantar la cabeza: —A partir de ahora hay que estar particularmente atentos. —Nos pasa revista a los tres—. Todos. —Se detiene en João—: Y tú no te creas que estás más seguro que nosotros, socio, que si se ponen en serio son jodidos para todo el mundo. Aquí en Venecia por ahora estamos en lugar seguro, pero nos han dado un aviso.

—¿Qué quieres decir? —Le vuelvo a llenar el vaso de vino.

—Han comprendido. Saben que existimos, quién está metido en esto. Primero detuvieron a João, luego a mí y a ese pobre de Infante. Luego van a pescar a Benedetto de Mantua… —Mastica y deglute.

Duarte nos mira a todos:

—¿De quién estamos hablando?

El tenedor de Perna cae dentro del plato. Silencio. El Tonel está cerrado, estamos solos, tres sefarditas y dos inveterados descreídos sentados alrededor de una mesa conspirando: la alegría de cualquier inquisidor.

Perna se ovilla como un gato:

—Estamos hablando de Pichadurísima, señores, sí, Su Eminencia Pichadurísima Giovanni Pietro Carafa. Hablamos de los guardianes de la ortodoxia. De quienes quisieran hacerse un colgante con las pelotas de Reginald Pole y de sus amigos. Unos grandes bastardos, tanto ellos como sus esbirros. Todavía no los han puesto tras nuestros pasos, pero no tardarán en hacerlo, ya lo veréis. —Una mirada a João—. Y a esos, socio, no los compras, ¿entendido? Incorruptibles bastardos.

Lo interrumpo:

—Ni Milán, ni Nápoles, ni mucho menos Venecia dejarán que la Inquisición de Roma meta la nariz en sus asuntos.

—Negocios, esta es la palabra adecuada. Por ahora no tienen ningún inconveniente en dejarles el campo libre, tienes razón. Pero todo depende de quién suba al solio pontificio, de quién establezca las reglas después de que Paulo Tercero haya estirado la pata. Pero de todas formas, para evitar toda injerencia de Roma, los venecianos podrían pensar en arreglar sus cuentas con nosotros, sin esperar a Carafa ni a sus amigos.

Se traga el bocado:

—Qué asco, cuando vuelvo a pensar en esa letrina, se me van las ganas de comer.

El diario de Q.

Venecia, 5 de noviembre de 1548

He recorrido la ciudad a lo largo y a lo ancho. Busco a un alemán, confiando en mi intuición: las librerías donde podría haber comprado *El beneficio de Cristo*.

He visitado el establecimiento de Andrea Arrivabene, el librero con el letrero del pozo, un lugar que Tiziano debe de conocer sin duda. He fingido estar interesado en las doctrinas anabaptistas, esperando que me indicasen *a alguien* a quien dirigirme.

Nada de nada.

Venecia, 7 de noviembre de 1548

El niño y la estatua de Cristo.

El niño que creía que Jesús era una estatua.

El niño de *cinco años*.

El niño al que Bernhard Rothmann, pastor de Münster, preguntó quién era Jesús.

Una estatua.

La anécdota repetida hasta el infinito, en los días de la enfermedad.

Los días del rey David.

Es difícil mirar atrás. Doloroso. Recuerdos de conversaciones, largas, interminables, instigando la locura del predicador, sugiriendo a una mente desilusionada y extraviada las elecciones más insensatas.

Terror y lenta disolución.

Los últimos días de Münster.

Extramuros, el primer estremecimiento de incertidumbre. Quise olvidar.

Tiziano, el peregrino alemán que bautizó a Adalberto Rizzi, alias fray Álamo, fray Lucifer y los piratas del Po, conoció a Bernhard Rothmann.

Alguien de Münster, alguien que he conocido.

He bajado de nuevo a la calle, esta vez buscando un rostro. Me he vuelto de golpe a cada palabra pronunciada en mi lengua. He escrutado los rostros, bajo las barbas, más allá de los pelos largos o cortos, entre las cicatrices y las arrugas. Como una alucinación, en cada uno había algo para confirmar una sospecha.

Esto no servirá.

Capítulo 29

Venecia, 11 de noviembre de 1548

No es fácil explicarles que he de partir. No es fácil hablar de un antiguo enemigo, Qoèlet, el aliado de siempre, el traidor, el infiltrado.

No será fácil, pero es necesario. Explicar los viajes de los últimos meses, esta barba: Tiziano, el apóstol con *El beneficio de Cristo* en una mano y el agua del Jordán en la otra. Saldar una cuenta pendiente hace más de veinte años. Tratando de poner al esbirro de Carafa, el más valiente, el más listo, tras los pasos de un heresiarca anabaptista creado a su medida. No se dispone de más tiempo. El círculo ha comenzado a estrecharse antes de lo previsto, pero sabía que sucedería. Estoy jugando con fuego y no puedo correr el riesgo de que se entrometan. El mismo imperdonable error de siempre: mi pasado que irrumpe en el presente y causa estragos, lacerando las carnes de amigos, compañeros, amantes. Demetra, Beatrice, João, Pietro. Nombres de muertos inminentes. Partir antes de que eso ocurra. Arrastrarme detrás del Ángel Exterminador y el eterno esbirro, lejos de los afectos de la última parada. Caminar hasta las prolongaciones extremas, hasta el culo del mundo de esta tierra de Europa que he recorrido a lo largo y a lo ancho. Hacer que me persiga hasta allí y en aquel sumidero maloliente esperar y arreglar las cuentas de muchas vidas. Solos.

No importa cuánto tiempo, Eloi puede recuperar su nombre, seré solo Tiziano, el loco baptista.

João vigilará el burdel y a Demetra en mi lugar. Me moveré, sembraré indicios, daré vueltas hasta que haya sacado a Qoèlet a plena luz del día.

Perna, tú lo has dicho: es necesario saber cómo va a terminar, jugarse el destino y la

vida para darles un sentido. Para dar una razón de ser a todas las derrotas y también a lo que queda por vivir. No abandono la partida, quiero terminarla. Como sea.

De las miradas atónitas y de las bocas cerradas emerge solo la voz nítida de Beatrice:

—Los subterfugios a que la vida ha obligado a mi familia no han impedido nunca apreciar la sinceridad, Ludovico.

Sonríe, mis palabras no han desarmado sus ojos negros: —Deja por tanto que recompense tu franqueza. No eres tú la causa del peligro que nos amenaza: todos sabíamos desde un comienzo con qué riesgos nos íbamos a encontrar al embarcarnos en la empresa común de difundir *El beneficio de Cristo*. Hemos desafiado la excomunión del Concilio, la Inquisición, las ambiguas estrategias de los poderosos venecianos. ¿Con qué fin? La guerra espiritual desencadenada por los perros del Santo Oficio es una amenaza para todos nosotros. Fingir no saberlo no nos salvaría. Solo hace falta mirar a quién tienes delante: a un librero clandestino, a la regentadora de un burdel y a una rica familia judía en fuga desde hace medio siglo. Y luego estás tú: hereje, marginado, ladrón y rufián. Somos todo lo que ellos quieren barrer de en medio. Si vencen nos despojarán de todo, ocuparán todo el espacio ellos. Seremos encerrados, los más afortunados morirán.

Beatrice se acerca a la ventana, más allá de la cual se entrevé el canal de la Giudecca al fondo de San Marcos. Sigue siendo una silueta oscura.

Prosigue:

—Has hablado de un destino personal con el que saldar cuentas. Del ala negra que revolotea sobre tu cabeza desde toda la vida y borra todo lo que te es querido. Tus preocupaciones son nobles y sensatas, pero cada uno debe cumplir con su papel. También yo estoy convencida de que es útil separarse, pero a condición de quedar unidos en el propósito de un plan común. La pista de Tiziano que se aleja, sembrando herejía y confusión, puede llevar a los perros por un camino equivocado, confundir al olfato, volver más lento su avance, en espera del nuevo Papa. Pero si va a ser esta tu tarea, cada uno de nosotros debe tener otra.

João se pone en pie, nada de sonrisas:

—Tú, tía, podrías mantener abierta la vía de escape. Tu carisma y tus conocimientos en la corte de Ferrara, donde estamos bien vistos por los préstamos al duque y por tu refinamiento, pueden garantizar un refugio seguro para todos, si las cosas fueran a precipitarse. Yo me quedaré aquí en Venecia, con objeto de hacer valer nuestras generosas donaciones. Ya es hora de que los patricios y los mercaderes de esta ciudad den muestras de conceder todo su peso a quien mantiene en pie su fasto y sus negocios. Mientras tanto puedo encargarme de los nuevos intercambios comerciales, las rutas que hemos abierto con el Turco.

Se vuelve hacia Perna:

—Es mejor que tú te mantengas alejado por un tiempo. Serás mi agente en las costas orientales. Difundirás la nueva traducción de *El beneficio de Cristo* en Croacia y en Dalmacia, hasta Ragusa y más allá. No te ocuparás tan solo de libros, sino que serás también mi agente de enlace fuera del alcance de la Inquisición.

El pequeñajo se pone en pie de un salto:

—¡Vender libros a los Turcos! ¡Estoy soñando! ¡Entrar y salir de esas viejas barcas hediondas! ¡Eso es lo que le toca en suerte a Pietro Perna, uno que tiene su nombre, que es respetado desde Basilea hasta Roma! ¡Ludovico, di tú algo!

—Sí, exactamente, necesitas un nombre nuevo. Quizá menos respetable, pero menos conocido por los esbirros.

Perna se encoge en el asiento, desapareciendo casi en él, los pies colgándole.

João sonríe a Demetra:

—La fascinante doña Demetra continuará regentando el Tonel como si nada pasara, con los oídos siempre atentos a cualquier indiscreción de sus acaudalados clientes. Cualquier información puede ser preciosa. Velaremos por ella y por las chicas en ausencia de Ludovico.

Beatrice:

—Es inútil negar que nuestro destino depende en buena medida de quién sea el próximo Papa. Esperaremos a ese momento para decidir cómo movernos a la luz de la nueva situación.

Bernardo está llenando las copas. João es el primero en alzarla, ha recuperado la sonrisa:

—¡Por el futuro Papa, entonces!

Nos desahogamos con una estruendosa carcajada.

El diario de Q.

Venecia, 14 de noviembre de 1548

Noticias obtenidas sobre los lugares frecuentados o gestionados por alemanes.

—Librería del Lirio de Plata, especializada en libros luteranos y sacramenteros, propiedad de un tal Hermann Reidel.

—Friedrich von Melleren, conde, animador del restringido círculo de los literatos alemanes de Venecia, tiene un palacio propio detrás del Fondaco.

—Taberna de la Selva Negra, regentada por una alemana casada con un mercader veneciano. Es el lugar de encuentro de los artesanos: tallistas, plateros, zapateros…

—Taberna del Tonel, propiedad de Ludwig Schaliedecker, conocido como el Alemán, y de una mujer griega. El burdel preferido por los alemanes de rango y con una buena bolsa.

—Taberna de la Seda, lugar de encuentro de mercaderes, propiedad de Hans Gastwirt. Dedicada a los juegos de azar y allí se cambia el dinero a una buena tarifa.

—Tienda de Jacopo Maniero, vidriero, todos los jueves, después de vísperas: lugar de reunión de la comunidad calvinista (italianos, helvéticos y alemanes).

Venecia, 15 de noviembre de 1548

Jornada pasada en la Selva Negra y en la librería de Hermann Reidel. Nada.

Un nombre que me suena: Ludwig Schaliedecker. ¿Dónde? ¿Entre los apóstatas

alemanes? Algo que ver con Wittenberg.

Ludwig Schaliedecker, regentador del Tonel.

Capítulo 30

Venecia, 16 de noviembre de 1548

Se apoya en mí, para no perder el equilibrio, mientras sube a la barcaza que nos llevará a la carraca de los hermanos Miquez, amarrada al otro lado de la isla. Con la otra mano sostiene la pesada falda, ayudada por una sirvienta, pendiente de que los bordes del vestido no se mojen. Consigue conservar una dignidad infinita allí donde otras ricahembras parecerían simplemente torpes e incómodas por las armazones con que van adornadas. No puedo dejar de pensar que Beatrice es una criatura especial, refulgente.

La ayudo a tomar asiento, la falda recogida bajo los brazos.

El jorobado Sebastiano está listo con el remo en popa.

João y Bernardo nos abrazan.

—Tía, no temas, te dejo en buenas manos. Escríbeme tan pronto como llegues a Ferrara y transmítele mis saludos al duque Hércules y a la princesa Renata.

—Y tú ándate con cuidado, João, pues estas *calli* pueden ser menos de fiar que las mazmorras de un castillo. Y vela por tu hermano Bernardo, pues si le ocurriera algo te haría responsable a ti.

—Descuida. Nos veremos todos pronto.

João exhibe una sonrisa:

—Amigo mío, buena suerte. No expongas en vano tu pellejo, y no seas demasiado imprudente. Esa gente es peligrosa…

—También yo sé serlo si se presenta la ocasión.

Sebastiano ha desamarrado la barca del muelle, los dos hermanos nos saludan, las manos alzadas al cielo.

La noticia ha llegado al amanecer. Un franciscano ha venido a joder de tapadillo al Tonel: la Inquisición veneciana planea la detención de Beatrice. Hoy habría tenido que ser interrogada en relación con algunas delaciones que la señalan como judaizante, falsa cristiana.

Una intimidación, el débil intento de someter a presión a una familia incómoda para todos, tal vez de exigirle un rescate para obtener descuentos en el crédito. Los serenísimos patricios están cagados de miedo. ¿Quién no ha recibido algún préstamo de los Mendesi, como los llaman aquí? ¿A quién no despierta la codicia su inmensa riqueza familiar?

João ha hecho preparar enseguida la carraca, no hay tiempo que perder.

Así, partimos sin tiempo siquiera de pensar.

Ferrara. De allí deberá arrancar el viaje de Tiziano. Un viaje largo esta vez, con la ciudad estense como casa segura a la que volver para recabar noticias sobre la situación en Venecia. Quiero dirigirme al sur, hacia Bolonia y pasar los Apeninos, llegar a Florencia. Antes de despedirme de él, Perna me ha dicho que no puedo morir sin haber visto Florencia. Pobre del pequeñajo de Perna, mandado a la costa croata. No tengo la menor duda de que sabrá demostrar lo que vale también allí; llora y se desespera el librero Pietro, pero después de todo su gran cabeza pelada siempre sale ilesa, dispuesta a reanudar su infinita verborrea.

Ya estamos en ello, pues. Estamos en la carrera final, el último tramo del camino y una nueva aventura. Soy un loco, viejo pájaro encaramado en este asiento, con mi barba gris y los achaques que no me dejan tranquilo. Estoy loco y todavía me entran ganas de reír. No me lo creo aún, estar de nuevo de aquí para allá, volver a predicar tempestades. Se me ocurre pensar en el momento en que empezó todo. Se me ocurre pensar que la vida ha coincidido con la guerra, la fuga, chispas que incendian la llanura y olas de agua que la recubren. Debería dejar caer mis cansados huesos en algún agujero y desaparecer sereno, poquito a poco, acunado por el recuerdo, los rostros de las mujeres y de los amigos. En cambio, aquí estoy de nuevo, perseguido por los perros, ajustando las cuentas de todos esos rostros. La obsesión de un viejo hereje que no puede resignarse.

Último desafío, última batalla. Habría podido morir en Frankenhausen, en las plazas de Münster, en Holanda, en Amberes, en las cárceles de la Inquisición. Estoy aquí. Y dar por finalizado el juego, resolver el enigma, es lo último que me queda por hacer.

El diario de Q.

Venecia, 16 de noviembre de 1548

Visita al Tonel. Ludwig Schaliedecker, o «don Ludovico», el regentador, no estaba. Ha partido, no se sabe adónde. Preguntas hechas aquí y allá, no quiero levantar sospechas.

Recuerdos más nítidos: Eloisius de Schaliedecker. Wittenberg, más de veinte años atrás, un hombre vino a desafiar a Lutero y a Melanchthon. Dio que hablar a toda la universidad, por sus ideas extravagantes sobre el pecado y sobre la perfección.

Tal vez venía de los Países Bajos o de Flandes, ya no recuerdo.

Recabar informaciones. Escribir a la Inquisición de Amsterdam y de Amberes. Sería útil una recomendación de Carafa, lo que significaría hacerle partícipe de mis sospechas.

Se requerirían, de todos modos, meses.

Proseguir las indagaciones aquí en Venecia. No perder de vista el Tonel, en espera de que vuelva.

Escribir a los inquisidores de Milán, Ferrara y Bolonia para tener nuevas informaciones sobre Tiziano el anabaptista.

Carta enviada a Roma desde Venecia, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 17 de noviembre de 1548.

Al ilustrísimo y honorabilísimo Giovanni Pietro Carafa.

Señor mío:

Precisamente hoy acaba de llegarme vuestra urgentísima comunicación. Recibiréis esta mía como máximo dos días antes de mi llegada a Roma. Estaré a vuestra disposición de inmediato para las tareas que Vuestra Señoría quiera confiarme.

Es mi deber y mi deseo informaros de que el repentino empeoramiento de la salud del papa Farnesio, me aparta, con un disgusto que no oculto, de una pista fecunda relativa a la difusión de El beneficio de Cristo. Imagino que en los planes de Vuestra Señoría para obstaculizar a Reginaldo Polo está precisamente la cuestión de ese tratadillo. Confío, por tanto, en que el precipitarse de los acontecimientos no comporte más que la simple suspensión de la indagación que desde hace ya meses vengo realizando, pues está lejos aún de haber sido concluida y de haber agotado su interés.

Confiando en la rapidez de las cabalgaduras italianas para poder estar cuanto antes a vuestra disposición, beso las manos de Vuestra Señoría.

De Venecia, 17 de noviembre de 1548, el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

Capítulo 31

Finale Emilia, puesto fronterizo entre los ducados de Módena y de Ferrara, 2 de abril de 1549

La casa de postas es una gran venta aislada en medio de un terreno llano y parejo. Algún bosquecillo disperso que interrumpe la línea continua del horizonte. El caballo está cansado, mi espalda y mis piernas también.

El patio interior es un ir y venir de gallinas y gorriones que se disputan unas migajas entre el cascajo. Un viejo perro me ladra con escaso convencimiento, probablemente obligado por el deber de los años perdidos de guardia en este lugar.

—Eh, establero, ¿hay un lugar para este rocín?

Un tipo robusto, bigotes que le caen a lo largo de la barbilla. Me señala una puerta baja, con el batiente superior cerrado.

Desmonto con esfuerzo y doy unos pasos con las piernas aún abiertas por la silla.

Coge las riendas:

—Mal día para viajar.

—¿Por qué?

Una indicación hacia el oeste:

—Hay temporal. El camino se volverá un río de barro.

Me encojo de hombros:

—Eso quiere decir que tendré que detenerme.

Sacude la cabeza:

—Ni una cama. Está todo lleno.

Miro a mi alrededor en busca de algún indicio de tanta sobreocupación, pero el patio

se halla desierto, ni el menor ruido en la casa.

El establero chasquea la lengua, el bigote se dispara hacia arriba: —Esperamos a un obispo.

—Podría arreglármelas en el henil.

Otro encogimiento de hombros, mientras desaparece dentro del establo con el caballo.

El perro ha vuelto a echarse al sol, los copetes de pelo gris en torno al hocico lo convierten en el remedo animal del establero. Cuando lo veo surgir de nuevo de la sombra sonrío pensando en su semejanza.

—¿Cuántos años tiene?

—¿El perro? Oh, ocho, nueve, más o menos. Es viejo, está perdiendo los dientes. Dentro de poco tendré que matarlo.

Ojos cerrados como ranuras y patas extendidas, solo un leve movimiento de la cola y el alzarse de una ceja. Sus expresiones recuerdan también las del amo.

Me desperezo produciendo un notable crujir de huesos.

—Dentro hay sopa caliente, si queréis. Pedídsela a mi mujer.

—Estupendo. Pero ¿no querréis servírsela al obispo, supongo?

Se detiene perplejo, rascándose la sudada nuca:

—Bueno, no tenemos grandes señores por estos lugares. Nunca ha venido ningún obispo aquí.

Me inclino para comprobar que las rodillas aún funcionan, hago girar un poco la cabeza y estoy como nuevo.

Reflexiona sobre ello:

—En efecto, menudo problema. Todo el séquito, los lacayos…

—Los secretarios, los servidores, la guardia personal…

Resopla preocupado y se encoge de hombros:

—Tendrán que contentarse con lo que hay.

Sube las escaleras para entrar en casa.

—Para los lacayos y la guardia la sopa está bien. Pero para el obispo haría falta algo de caza… A propósito, ¿quién es?

Se para en la puerta:

—Un cardenal-obispo, Su Señoría Giovanni Maria Del Monte Ciocchi. Viene de Mantua, en viaje hacia Roma.

—Ah, sí. Será por el Cónclave… Dicen que el Papa está mal, pero ya se sabe que a los papas les cuesta morirse…

Se mira la punta de las botas perplejo, sin saber si mandarme al diablo o darme cuerda.

—Yo no sé un carajo. Lo único que sé es que tengo que dar hospedaje al obispo y a su séquito por una noche.

—Sí, sí. Pero no tenéis caza que servir para la cena.

Se pone morado, si no estuviera la escalera de por medio temería por mi pescuezo: —¡Hoy no hay! ¡Esto es una casa de postas, no un albergue!

Entra en casa.

Me río solo y me acerco al perro. Ahora parece tranquilo, se deja acariciar, no debe de tener ya más ganas de gruñir, y tampoco de vivir. Dentro de poco sonará su hora.

—No estás mejor que el Papa. Pero por lo menos tú no tienes una bandada de buitres revoloteando sobre tu cabeza.

El cardenal Del Monte.

¿Guardián de la ortodoxia o espiritual?

¿Con Carafa o con Pole?

Mantuano.

El perrazo me planta en la cara un bostezo desdentado.

Mantuano, como fray Benedetto Fontanini. ¿Guardián de la ortodoxia o espiritual?

Las insignias episcopales en las portezuelas de los carruajes están salpicadas de barro. Una docena de hombres armados vivaquea sobre el cascajo del patio. Un continuo ir y venir por la escalera. El establero se apresura a limpiar el escudo con un trapo.

Los soldados apenas me dirigen una mirada cansina. Las buenas ropas que visto deben de darme aspecto de cortesano.

Un tipo delgado baja las escaleras a saltitos, envuelto en una elegante capa, tocado con un sombrero ridículo. Sobre la treintena.

Se dirige al establero:

—Su Señoría agradecería un poco de agua *antes* de cenar.

Un tono resabiado y desdeñoso.

El bigotudo asiente con la expresión más tonta del mundo, se olvida del carruaje y se precipita escaleras arriba.

Me acerco.

—En estas casas de postas el servicio siempre deja que desear.

Lo cojo desprevenido, no encuentra nada mejor que asentir: —Es verdaderamente escandaloso…

—Un hombre de su importancia…

Es incapaz de mirarme, el aire cordial lo desorienta: —Después de tan largo camino, y a su edad…

—Y con todas esas preocupaciones…

Decide reaccionar, ojillos grises que miran con suficiencia: —¿Sois por casualidad

paisano de Su Señoría?

—No, micer, yo soy alemán de origen.

—Ah. —La expresión de quien ha captado una profunda verdad—. Yo soy Felice Figliucci, secretario de Su Señoría.

—Tiziano, como el pintor. —Una leve inclinación recíproca—. Supongo que os dirigís a Roma.

—En efecto. Volvemos a partir por la mañana.

—Tiempos duros…

—Ya. El Papa…

Nos quedamos en silencio por un instante, mirando hacia abajo, como si estuviéramos reflexionando sobre profundas cuestiones teológicas, sé que quisiera despedirse, pero no le doy tiempo a hacerlo: —Si puedo hacer algo por Su Señoría, no dudéis en pedírmelo.

—Muy amable por vuestra parte… Por supuesto… Precisamente tengo que volver arriba para cerciorarme de que todo anda como es debido.

Se despide incómodo.

Llueve a cántaros, pero tengo muchas ganas de fumarme un cigarro. Al resguardo de una techumbre soplo el humo de cara al temporal. Del viejo perro ni rastro. El reflejo de los ojos de un gato, antes de que desaparezca tras una reja.

Bautizaré con método, solo a la gente justa que pueda constituir el núcleo de una secta propiamente dicha. A los inquisidores les gustan las sectas, es posible fantasear sobre ellas hasta el infinito, se les puede achacar todo: el descontento popular, la peste, la prostitución, la esterilidad de tu mujer… Se necesitan apóstoles, que vayan de aquí para allá rebautizando, precisamente como hizo el viejo Matthys. No falta quien ha pensado ya en él, algún ferrarés, pero tengo que llegar más lejos: Módena, Bolonia, Florencia. Luego están las Romañas. Parece que los habitantes de esas tierras son los más turbulentos de todos los súbditos del Papa. Podría ser interesante que alguien llegara hasta allí. Herejía y revuelta: ¿hace falta algo más?

Sostengo el cigarro entre los dientes y cruzo las manos tras la espalda. Un escalofrío me dice que es mejor volver adentro. No puedo permitirme caer enfermo.

En la sala la chimenea está aún encendida, alguien está reavivando el fuego con un atizador, forma oscura de espaldas, sentada en una de las viejas sillas de madera de la posada. Una camisa de franela larga hasta los pies que cubre todo el tonelaje y la birreta encarnada sobre la cabeza tonsurada.

Apenas se vuelve al advertir mi presencia.

Me apresuro a tranquilizarlo:

—No temáis, Señoría, solo es el paso de un insomne.

Un hablar extraño, entre el refunfuño y el resoplido, ojos con ojeras hundidos sobre

unas mejillas llenas de arrugas.

—Entonces ya somos dos, hijo.

—¿Puedo ayudaros en algo?

—Solo trataba de reanimar este fuego para conseguir leer algunas líneas.

Me acerco, recojo el soplillo y me pongo a soplar sobre el rescoldo.

—El insomnio es una mala bestia.

—Ya podéis decirlo bien alto. Pero cuando se ha alcanzado la edad de sesenta y seis años no hay que lamentarse demasiado y conviene aceptar con humildad lo que el buen Dios tenga a bien mandarnos. Hemos de estar agradecidos de tener aún una buena vista para poder leer y engañar las horas nocturnas.

El fuego ha reanudado su chisporroteo, el cardenal Del Monte recoge el libro abierto del suelo. Entreveo el título a la luz de la chimenea y no puedo contener la sorpresa.

—¿Leéis a Vesalio?

Un farfulleo de incomodidad:

—El buen Dios tendrá a bien perdonar la curiosidad de un viejo que no se reserva para sí mismo otro placer que el de estar al tanto de las extravagancias alumbradas por la mente humana.

—También yo he leído este libro. Extravagante de verdad todo ese manipular cadáveres, pero lo que finalmente parece derivarse de ello es un gran homenaje a la grandeza de Dios y a la perfección que supo crear, ¿no os parece? Si fueran más quienes cultivasen la misma curiosidad que vos tal vez se evitarían muchos malentendidos, como el de ver el mal allí donde no hay ni rastro de él.

Me observa con expresión burlona, parece un viejo oso bonachón, arrellanado en la silla: —¿Así que lo habéis leído? Pero ¿a qué os referís cuando habláis de malentendidos?

Lo pongo a prueba.

—Muchos fervientes cristianos en la actualidad corren el riesgo de caer presos por sus ansias de renovar y traer una savia nueva a la Iglesia de Roma. Son señalados como miembros de sectas peligrosas, como alquimistas, brujos, apestados. Son procesados como enemigos de la Iglesia, luteranos, cuando ellos nunca, pero que nunca han osado poner en entredicho la autoridad infalible del Papa y de los teólogos. Con solo que alguien prestara a las ideas de estos una centésima parte de la atención que vos ahora mostráis, creo que no sería difícil distinguirlos de los herejes de más allá de los Alpes y de los cismáticos.

Del Monte me mira con aire paternal:

—Hijo, ahora, delante de este fuego, tú y yo no somos más que dos insomnes. Por la mañana yo seré de nuevo el cardenal—obispo de Palestrina y podría no poder permitirme esta liberalidad. Es difícil combinar de forma armónica al mismo tiempo la responsabilidad de una grey amada que hay que defender y la justa medida en reprender a

las ovejas descarriadas por el camino, extraviadas por el intelecto, por malas lecturas e insanas deducciones.

Decido ir hasta el fondo:

—Yo temo la imprudencia y el miedo de los jueces, temo que cercenen el espíritu renovador, midiendo a todos con el mismo rasero…

El cardenal frunce los ojos:

—Estáis pensando en algo concreto, ¿no es así?

—En efecto. No sé si puedo permitirme hablar de ello a Vuestra Señoría, pero esta hora tardía y la intimidad que me brindáis me animan a decir unas pocas palabras acerca de un asunto que me aflige desde hace tiempo y que tiene que ver con un paisano vuestro.

—¿Un miembro de mi diócesis?

—Y hombre piadoso, Eminencia. Fray Benedetto Fontanini de Mantua.

Ninguna reacción, el paso está dado, no puedo echarme ya atrás.

—Encerrado desde hace meses en el monasterio de Santa Justina de Padua, bajo la acusación de ser el autor de *El beneficio de Cristo*. Reo de apostasía.

Un carraspeo:

—Sobre ese libelo pesa la excomunión, hijo.

—Lo sé, Eminencia. Pero seguid mi razonamiento, os lo ruego. La excomunión del libro por parte del Concilio de Trento se remonta a mil quinientos cuarenta y seis, y por un motivo muy concreto: solo entonces, en efecto, los doctores de la Iglesia fijaron definitivamente la doctrina católica en materia de salvación, declarando herética la soteriología luterana. Pues bien, fray Benedetto escribió *El beneficio de Cristo* en mil quinientos cuarenta y uno, ¡cinco años antes de que se llegara al pronunciamiento definitivo del Concilio!

Asiente sin emitir ningún sonido. Continúo:

—Fray Benedetto escribió el libro movido por el sincero propósito de ofrecer un punto de interlocución para la reconciliación con los luteranos. No hay ninguna página en *El beneficio de Cristo* que ponga en entredicho la autoridad del Papa y de los obispos, no hay nada de escandaloso en él. Simplemente se enuncia abiertamente la doctrina de la salvación *por la fe*. Pero vos sabéis mejor que yo, Eminencia, que hay pasajes en la Biblia que se prestan a ese tipo de interpretación…

—Mateo 25, 34 y Romanos 8, 20-30…

—Y Efesios 1, 4-6.

Del Monte suspira:

—Sé de qué habláis. He leído *El beneficio de Cristo* y la suerte de fray Benedetto también a mí me angustia. Pero hay equilibrios muy delicados por los que hay que pagar un precio, conflictos difíciles de resolver…

Me inclino apenas hacia él:

—No quisiera, por consiguiente, que la encarcelación de fray Benedetto tuviera algo que ver con la guerra intestina que sacude a la Iglesia, sino más bien con los luteranos. En dicho caso habría más necesidad que nunca de la intervención de personalidades que estén por encima de las partes, a fin de evitar que inocentes sean víctimas de un enfrentamiento que en verdad nada tiene que ver con ellos.

Apenas asiente:

—Conseguís ser muy explícito. Pero os digo que no es fácil, sobre todo ahora que el Papa está enfermo y soplan desde Roma vientos de macabras negociaciones. No es fácil para quien quiere ser hombre de paz, permaneciendo al margen del conflicto. Cualquier gesto, aunque esté dictado por la más simple caridad, sería interpretado actualmente como un alinearse con uno o con otro partido. Para aquellos que quieren impedir el castigo de los inocentes, la única vía es la de apelar a la caridad y al buen sentido de los hombres de la Iglesia.

Le insisto:

—Hay modestos gestos que sin embargo pueden significar mucho.

Mira las llamas que van apagándose ya, como si buscara algo. Tiene un aire resignado y cansado: —Conozco bien al general de los benedictinos. —Por un instante parece querer añadir algo más—. Una carta a Monte Cassino es lo único que todavía puedo permitirme.

—Sería ya mucho.

—Ahora creo que conseguiré dormir.

Un mensaje bastante explícito. Es hora de despedirme.

—Eminencia, vuestra magnanimidad es algo raro en estos tiempos. No son muchos los santos hombres de la Iglesia que aceptarían hablar con un desconocido en plena noche, acogiendo incluso sus solicitudes. Mi nombre es…

Levanta una mano:

—No. Mañana el obispo de Palestrina no podrá permitirse la confianza de esta noche. Por lo que a mí respecta, seguiréis siendo el insomne erudito que me ha hecho compañía.

El diario de Q.

Viterbo, 25 de junio de 1549

Farnesio está moribundo. Podría ser mañana, como dentro de tres meses. El frenesí de las negociaciones crece a medida que la salud abandona el cuerpo cansado de Paulo III.

Los equilibrios no son favorables a los guardianes de la ortodoxia. Reginald Pole es el caballo de batalla del Emperador y su fama está por todo lo alto. El campeón de la fe parece capaz de poner de acuerdo a muchos. Si se entrara mañana en el Cónclave, el asunto estaría arreglado. En dicho caso toda la trama urdida por Carafa en estos años se deshilacharía. Su gran adversario en el solio pontificio elegido por su más acérrimo enemigo: el Emperador. No hay día que perder: Carafa incita al aliado francés a intentar contraataques. Quiere descomponer el actual marco, retardar el curso de los acontecimientos, reiniciar el juego.

El rey de Francia, Enrique II, siguiendo los pasos de su padre, ha renovado su alianza con los príncipes protestantes. Carafa lo incita a reanudar la guerra, pero existen muchas resistencias: finanzas con muchos agujeros, equilibrios internos tambaleantes, el progresivo alejamiento de los asuntos italianos. El cabeza del Santo Oficio debe poner en juego todas sus artes, para darle la vuelta a un resultado que le sería fatal.

El clima no es otro que el de un arreglo de cuentas. Quien salga vencedor, no dudará en borrar de en medio al adversario. El cálculo es incesante, cualquier voto que cambie de bando puede resultar decisivo. Se promete todo a todos. Los privilegios que deben repartirse y el tiempo que queda son los verdaderos dueños y señores de este enfrentamiento.

Carafa ha de hacer frente al momento más importante precisamente cuando la suerte

favorable del odiado Emperador está en su punto álgido; casi se palpan su humor negro y su fría determinación. Aquí en Viterbo, en cambio, se ven rostros mucho más distendidos, pues va extendiéndose la confianza en la inminente «cosecha de una antigua siembra», como les gusta llamar al resultado que se tiene en perspectiva. El inglés reparte sonrisas y pocas, moderadas palabras, mientras que a su alrededor crece la euforia.

Viterbo, 7 de septiembre de 1549

Farnesio se resiste a morir. Los espirituales están que trinan, sus sonrisas son más bien raras: la espera los consume. Se temen acontecimientos que puedan modificar los equilibrios que los favorecen. Temen, sin disimularlo, cualquier movimiento de Carafa.

No les falta razón. El viejo teatino siempre se guarda algún arma secreta, la *extrema ratio* de una guerra que no puede permitirse perder: *El beneficio de Cristo*.

Aun en el caso de que los pronósticos no cambiaran, no dudaría en emplearla. Me ha dicho que estuviera alerta, pero mantiene sus planes aún en secreto.

Podría utilizar *El beneficio* para atacar a Pole y a los espirituales de forma frontal, acusando al inglés de ser el verdadero redactor de un libro condenado por el Concilio. Podría interrogar a alguno de los peces chicos del círculo viterbés para hacerle confesar. Pero tendría que hacerlo ahora, exponerse personalmente. Y ello sería arriesgado, pues a Carafa no le gusta ponerse en medio del fuego adversario. Si puedo preciarme de conocerlo, elegirá otra vía: hacer circular rumores, cada vez más insistentes, más detallados, sobre las consecuencias del ascenso de Reginald Pole al solio pontificio. El Papa que sostiene doctrinas excomulgadas por el Concilio de Trento. Imágenes de disgregación, sombríos presagios de un conflicto paradójico e incurable, el dramático debilitamiento de la Iglesia de Roma, su total dependencia de la autoridad secular del Emperador.

Un cuadro sombrío que espantaría a muchos, que haría perder votos decisivos.

Solo entonces Carafa entraría en el juego, con el Cónclave en curso, como quien sale en defensa del orden y de una razón superior. Carafa el Conciliador.

Me dan ganas de echarme a reír.

Roma, 10 de noviembre de 1549

Paulo III Farnesio ha muerto. Se extingue una de las dinastías más influyentes de Europa.

Una larga agonía y ahora nadie respira, como congelados por la sensación de algo amenazante. No es cuestión ya de quién será la próxima familia que tenga en sus manos las riendas del poder pontificio, no es este ya el debate. Es el papel de la Iglesia, la concepción misma del poder que ella deberá ejercer. Estamos al final de una época y en el durísimo enfrentamiento entre dos facciones, dos formas enfrentadas de entender la Cristiandad.

Una sola cosa es cierta: que no hay vuelta de hoja.

Se acabó ya el alternarse de potentados familiares, el alinearse o separarse, ahora es la necesidad de mantener en equilibrio una constelación de fuerzas, aparatos y nuevas entidades que emergen con fuerza. La Iglesia luterana, Calvino y sus seguidores, la Inquisición, las órdenes de caridad, los jesuitas, con ese Ignacio que no da tregua a nadie. Y todo ello haciendo frente a la mudable fortuna de imperios, reinos, principados.

Por más que sean acérrimos adversarios y con miras distintas, tanto Carafa como Pole saben que la Iglesia deberá ser otra cosa respecto a lo que ha sido hasta ahora. Miran adelante, lejos de los viejos modelos.

Roma, 29 de noviembre de 1549

Los cardenales han entrado en el Cónclave. En las calles de Roma se apuesta por Pole, el favorito.

Yo he apostado en contra.

Siguiendo las directrices de Carafa me muevo por los corrillos de curas, clérigos, curiosos, tahúres y gente del pueblo que atestan las plazas. Los desoriento con las indiscreciones sobre los verdaderos autores de *El beneficio de Cristo*. No soy el único.

Los espirituales tratarán de resolver la partida enseguida, aprovechando el hecho de que los cardenales franceses se retrasan. Un trayecto difícil el suyo, tanto por tierra como por mar, a través de los territorios del Emperador que obstaculiza su llegada.

No salen los números para contrarrestar a los espirituales, Carafa tendrá necesidad de infundir todo su proverbial temor en el corazón de los indecisos.

Roma, 3 de diciembre de 1549

Fumata negra. Veintiún votos para Pole. Necesita veintiocho para alcanzar los dos tercios necesarios.

Cómo consiguen salir las noticias de aquí dentro no deja de ser un misterio, pero no cabe ninguna duda de que por lo menos un par de veces al día llegan puntuales y detalladas.

Roma, 4 de diciembre de 1549

Fumata negra. Pole ha obtenido veinticuatro votos. El consenso aumenta, pero corre el rumor de que los cardenales franceses están a punto de llegar. Si Carafa consigue retrasar la elección de Pole un día más, el inglés podría quedar fuera de juego.

Roma, 5 de diciembre de 1549

Los rumores afirman que Carafa ha lanzado la acusación.

No un ataque frontal, que no es propio de él. Más bien una advertencia, una invitación a razonar sobre los riesgos que es conveniente evitar. Sin duda habrá sugerido a los venerables oídos qué paradoja y qué enorme problema representaría encontrarse con un Papa coautor de *El beneficio de Cristo*, un libro condenado por el Concilio. Seguramente ha agitado ante aquellos ancianos el espantajo de las luchas entre obispos y pontífices que la Iglesia conociera ya en tiempos pasados.

Ha sembrado la duda en aquellos que ya correspondían a la seráfica sonrisa del inglés.

Cada tarde la votación.

Me ha hecho llegar un mensaje. Pocas palabras, pero suficientes para transmitir la tensión del viejo teatino. Los espirituales han llegado a acuerdos con tres cardenales neutrales: si Pole obtiene veintiséis votos favorables, transferirán su voto a él. Si lo consigue, la orden es presentarse inmediatamente en la sede central de los dominicos.

Si lo consigue se acabó.

Dentro de una hora la votación.

Mato el tiempo nerviosamente.

Veinticinco votos. Falta uno, uno solo. Se han mirado largamente. Ninguna otra mano alzada. Fumata negra.

Roma, 6 de diciembre de 1549

Los cardenales franceses en el Cónclave. Pole no puede ya conseguirlo.

Hemos estado pendientes de un hilo que no se ha roto.

Roma, 14 de enero de 1550

Extenuante. Llevan encerrados allí dentro desde hace cuarenta días. No hay acuerdo: cada día un nombre nuevo, sin que nadie crea en él. La gente apuesta también acerca de quién no saldrá vivo del Cónclave. Poderosísimos ancianos que se consumen dentro de aposentos cerrados en medio de un hedor a pis y excrementos. Imagino los rostros cansados, los cuerpos debilitados, las mentes nubladas. Lo ideal para Carafa.

Roma, 8 de febrero de 1550

Fumata blanca.

Nuntio vobis magnum gaudium. Habemus papam. Sibi nomen imposuit Iulius III.

Setenta y tres días para llegar a mediados de este siglo y encontrar el compromiso: Giovanni Maria Del Monte, cardenal-obispo de Palestrina.

Julio III.

Capítulo 32

Ferrara, 21 de marzo de 1550

Nos metemos en silencio por el callejón, sin mirar atrás. Nos detenemos fingiendo parlotear: nadie nos sigue.

—¿Quién hay?

—Pietro y Tiziano.

La puerta se abre, una cara redonda, barba negra rizada y bigotes en punta:

—Venid, venid. Os estábamos esperando.

Nos conduce a través de un establecimiento atestado de útiles y mesas de trabajo, el suelo está cubierto de virutas que crujen bajo nuestros pies.

Subimos una escalera hasta la casa, hay allí cuatro esperándonos, reclutados en el último año y rebautizados personalmente por Tiziano.

El carpintero nos ofrece unos escabeles que huelen a madera recién cortada.

—¿Les has explicado todo?

—Es mejor que lo hagas tú…

Asiento antes de que termine la frase.

Los miro de arriba abajo: caras deferentes.

—Es más bien simple. Pietro y yo estamos pensando en reunir a los hermanos en un concilio. Tenemos que conocernos, hablar entre nosotros. —Algún sobresalto—. Hasta ahora no he hecho otra cosa que bautizar. Predicar y bautizar, sin parar un instante. En los últimos meses Pietro ha recorrido el Gran Ducado y las Marcas a lo largo y a lo ancho. Ha llegado la hora de recoger los frutos. Y de que también vosotros cumpláis con vuestro papel.

Uno de ellos no tiene ningún reparo en interrumpirme:

—¿Cuándo?

Miradas de desaprobación por parte de los demás, pero no le hago caso:

—En otoño. Dónde, está aún por decidir. Por ahora es necesario ponerse en marcha para contactar con todas las comunidades que hay de aquí a los Abruzos. Cada comunidad deberá mandar a dos representantes. El lugar que elijamos para el concilio se dará a conocer una vez que hayan llegado a Ferrara. Es mejor no correr riesgos inútiles.

Ferrara, 21 de marzo de 1550, una hora antes

—¿Por qué un concilio?

—Hemos de saber cuántos somos. Tenemos que organizarnos.

—Es peligroso, Tiziano, la Inquisición…

—La Inquisición a duras penas sabe quiénes somos. De ti no sabe nada, y seguro que no sospecha que somos muchos. No te preocupes. Sigue diciendo siempre mi nombre solamente, es el único que los hermanos deben conocer.

—Pero si alguno de ellos fuera capturado tú serías el primero que tendría que ahuecar el ala.

—Yo. Solo yo, nadie más. Ya conoces a esos: los prosélitos no les interesan, a quien ellos quieren es al heresiarca.

Nos reímos.

—Dios nos libre, pero un concilio nos expondría a todos al riesgo de vernos descubiertos.

—Será clandestino. Óyeme bien, Pietro: por esto es por lo que no quiero más de dos representantes por comunidad. No seremos menos de cincuenta, pero tampoco más de cien.

—¿Y si esperáramos a ver qué hace el nuevo Papa? No sabemos si se alineará con los guardianes de la ortodoxia o con los espirituales…

—No se alineará.

—¿Qué?

—Digo que no se alineará, lo conozco. No tomará ningún partido, es el camino más difícil, porque lo condena a complacer a todo el mundo: y los intereses de los unos son la ruina de los otros.

—¿Cómo… cuándo conociste al Papa?

—Antes de que lo eligieran. Hablé largamente con él. Sobre la Inquisición piensa lo mismo que nosotros. Es contrario a los métodos de Carafa y de sus amigos. Sabe que si les da carta blanca quitarán de en medio a un montón de inocentes. Me prometió que intercedería personalmente ante el general de los benedictinos para la excarcelación de

Fontanini.

—¿Qué Fontanini? ¿Benedetto de Mantua? ¿El autor de *El beneficio de Cristo*?

—Ahora está de nuevo en libertad. ¿No te parece eso señal suficiente como para tomarnos un pequeño respiro? Debemos celebrar el concilio lo antes posible, antes de que los equilibrios cambien de nuevo e incluso alguien fuerce la mano del Papa. Estoy casi seguro de que Julio Tercero en el fondo está abierto al diálogo con la fe reformada, solo que no puede decirlo ni darlo a entender abiertamente, porque sabe que su elección ha sido el fruto de un compromiso.

Debe comportarse en consecuencia. ¿Cómo decís vosotros? Nadar y guardar la ropa.

—Si crees que eso es lo que hay que hacer, yo estoy contigo.

Pietro Manelfi camina a mi lado por Via delle Volte. Lo conocí en Florencia: un clérigo marquesano, súbdito rebelde del Papa, una preocupación espiritual que comenzó hace años y que lo llevó a abandonar el seminario y a deslizarse pendiente abajo por esa fina línea que separa el espíritu místico de la herejía. Le di las respuestas que buscaba y se pegó como un perro fiel a su amo: el primer discípulo de Tiziano. Para ponerlo a prueba lo mandé a su tierra a hacer prosélitos. Luego se reunió conmigo aquí, rebosante de esperanza. Reza demasiadas veces al día, pero posee una memoria excepcional, recuerda lugares, nombres y oficios de todos los bautizados, me ayuda a mantener la correspondencia con los hermanos. Le habla a todo el mundo de mí, fuera de Ferrara nadie conoce más que al misterioso Tiziano. Si fueran arrestados no podrían traicionarse mutuamente: solo Tiziano, la liebre, el blanco.

Pasamos por debajo de los arcos que sobrevuelan la calle. Una calle que nunca duerme: una gran actividad de curtidores, herreros y zapateros de día; de muslos y tetas de noche. Nos deslizamos silenciosos dentro del callejón, sin mirar a nuestras espaldas. Nos detenemos fingiendo parlotear: nadie nos sigue.

Proseguimos hasta la casa: tres golpes más uno.

—¿Quién hay?

—Pietro y Tiziano.

En Ferrara se está bien. Es una ciudad donde todo gira a un ritmo particular, donde todo encaja. Pero no como en Venecia. Venecia es complicada, en Venecia uno mueve un alfiler y corre el riesgo de pincharle el culo a un gigante.

Ferrara es pequeña y está situada junto a un río, pero también te brinda el poder perderte por sus callejuelas más antiguas. Ferrara es más libre, habría que decir más

ligera, menos poblada, con menos esbirros y espías. En Venecia siempre tienes los ojos de alguien encima, aquí no. Paseas sin tener que detenerte siempre, fingiendo haber perdido el camino, para ver si detrás de ti viene alguien que se hace el tonto. Una costumbre saludable, pero en Ferrara inútil, pues aquí está uno tranquilo. Hércules II se deshace en sonrisas con el Papa, pero mientras tanto deja que en su ciudad encuentren asilo las mentes más activas y peligrosas de Italia. Le gusta tener el palacio lleno de literatos y no deja apagarse nunca la luz sobre la tumba de Ludovico Ariosto, que aquí veneran como si fuera un santo. Realmente debe de desagradarles una enormidad no tener controlada a gente de esa importancia. Luego está Renata, la viuda de Alfonso de Este, que no tiene el menor reparo en hacer gala de sus simpatías calvinistas. Son varios los que han buscado refugio entre las faldas de la princesa para escapar a los esbirros e inquisidores.

Tampoco los judíos lo pasan nada mal, como en Venecia, pero aquí quienes más prosperan son los usureros, que prestan el dinero a un interés más bajo que sus hermanos de la laguna y que hacen excelentes negocios. El dinero circula, no se detiene nunca, y esto es señal de la buena salud de la ciudad. La justicia es impartida equitativamente, sin demasiados magistrados, policías y tribunales que empleen meses en decidir las respectivas competencias sobre un caso de reyerta con resultado de muerte. Aquí actúan rápido, si uno se hace notar demasiado lo ponen en la frontera. Si matas a alguien te acompañan a ver al verdugo, un viejo borracho que vive en las murallas de la parte sur y que mientras hace su trabajo canturrea canciones obscenas. Si dos tienen alguna cuenta que arreglar se dan cita en el callejón de los duelos, una calleja estrecha y cerrada a ambos lados por unas gruesas rejas: entran dos y sale uno solo. Todo ello sin armar demasiado ruido, sin perturbar la activa y tranquila vida de esta ciudad.

Mi anabaptista se siente en ella como pez en el agua.

He reunido a una media docena de adeptos, no solo ferrareses, dispuestos a partir a su vez de otras ciudades para difundir la nueva fe y rebautizar. Mientras tanto ejercito también la otra mitad de mí, yendo a ver a Beatrice a su casa, donde entro por la puerta trasera.

Los Miquez me hacen llegar mensajes por conducto de Chiú, el tabernero de la Golilla, la mejor taberna de la ciudad, justo al lado de la catedral. Dicen que iba a emborracharse allí Ariosto y no falta quien recuerda también haberle oído declamar más de una vez los versos de su *Orlando Furioso*. El Chiucchiolino, llamado Chiú por aquellos a quienes fía, es un ser impresionante: tiene los ojos a los lados de la cabeza, como los de un sapo, y apuntan en distinta dirección. Una cresta desafiante de negros rizos, grandes y alborotados como las cerdas de un jabalí, le recubre la frente. Es un hombre importante, esencial para esta ciudad. Si tienes algún problema, puedes hablar con el Chiú y verás que te recomienda a una persona que casi con toda seguridad resolverá tus problemas. El Chiú es el banco de los secretos. A él se lo puedes contar todo y estar seguro de que no abrirá la boca con

nadie, que reunirá toda la información en la caja de caudales y te la devolverá con sus intereses en forma de consejos, nombres y direcciones a las que dirigirte. También mis secretos están en ese banco. La llave: unos pocos signos convencionales. Vino: ninguna novedad. Aguardiente: noticias importantes.

Hoy ha invitado a aguardiente. En casa de los Miquez al atardecer.

Cruzo la ciudad hasta llegar a mi casa. Una pequeña habitación en la que abandonar el disfraz de Tiziano para descansar algunas horas.

Enciendo el fuego en la pequeña chimenea y pongo a calentar el agua: Venecia me ha acostumbrado a lavarme a menudo, hasta el punto de que se ha vuelto una costumbre. Incómoda y cara costumbre, para alguien que está siempre de viaje.

Me quedo desnudo, inspeccionando los cincuenta años acumulados en los miembros. Viejas señales y algún que otro pelo blanco en el pecho. Por suerte, no les he dado tiempo a los músculos de relajarse demasiado: la fuerza aún permanece, más estática, más sólida y coriácea. Pero los reumas no me abandonan ya. Solo en verano consigo tener aún un poco de paz, tumbándome al sol como una lagartija y dejando secar toda la humedad de estas tierras bajas. También he descubierto que ya no doblo la espalda del todo; de lo contrario me arriesgo a unas punzadas desgarradoras, y siempre que puedo evito los caballos.

Es extraño cómo en la vejez se aprende a apreciar las cosas más sencillas, así como se está más dispuesto a perder el tiempo dejándose acunar por un cómodo balancín, a la sombra de un árbol, o a dar vueltas en la cama a la caza de un motivo válido para levantarse.

Me seco meticulosamente cada recoveco del cuerpo, me extiendo sobre el camastro y cierro los ojos. Me basta con un escalofrío apenas advertido para sacar las ropas limpias del único baúl que amuebla la estancia. Mis elegantes vestidos venecianos. Un gran sombrero ancho, bajo el que esconder la cara, el fino estilete que llevo en el cinto. El toque: es hora casi de ir.

El cabello negro sobre la espalda huele a esencia. Percibo ese cuerpo cálido, apretado todavía contra el mío, que puedo envolver en un abrazo de manos, piernas y pies.

Casi no daban crédito a las palabras de mi relato. El encuentro con el futuro Papa, la intercesión para sacar a Fontanini de la cárcel.

No veo el rostro, pero sé que está despierta y tal vez sonríe.

Una paradoja. O el Concilio ha cometido un error condenando *El beneficio de Cristo*… o el Papa es hereje, ha dicho João.

Quisiera decirle algo, algo que describa la emoción que embarga mis entrañas y que casi me hace llorar.

Ni guardián de la ortodoxia ni espiritual. Julio III es un equilibrista. Al final estará con quien salga mejor parado. El rabo está aún por desollar.

Soy demasiado viejo para hablar de amor, una cosa que he dejado de lado en mi vida y que siempre he conseguido sacrificar, negándome a la intimidad de instantes como este, a la posibilidad misma de prolongarlos durante años, permitiéndoles cambiar el destino.

¿Cómo superar este punto muerto?, ha preguntado Duarte. ¿Qué hacer con *El beneficio*, ahora que se encuentra a la cabeza del Índice de libros prohibidos que la Inquisición veneciana acaba de promulgar?

Para ella no debe de haber sido distinto. Historias semejantes en el fondo, las nuestras. Historias que no nos hemos contado. Preguntas sin hacer.

Seguir adelante, ha dicho. Segura, asombrándonos una vez más. La Inquisición no puede hacer nada sin el apoyo de la autoridad local. Venecia sabe cómo defenderse de las injerencias de Roma. Seguir adelante. Continuar fomentando el descontento contra la Iglesia.

Beatrice permanece inmóvil y me deja escuchar su respiración, como si supiera lo que es importante, como si compartiera las mismas preocupaciones.

—¿Lo has encontrado? —¿A quién?

Mi voz parece salir de una caverna. —A tu enemigo.

—Aún no. Pero presiento que está cerca. —¿Cómo puedes estar seguro? Sonrío maliciosamente:

—Solo así encuentro fuerzas para no quedarme aquí contigo hasta la muerte.

El diario de Q.

Roma, 17 de abril de 1550

El nuevo Papa ha reformado la Congregación del Santo Oficio: Carafa y De Cupis, *guardianes de la ortodoxia*. Pole y Morone, *espirituales*. Cervini y Sfondrato, *no alineados*. Quiere complacer a todos y a nadie. Julio III es un armisticio momentáneo, una cobertura que guardianes de la ortodoxia y espirituales se disputarán a muerte.

Carafa pasa sus días en intensas negociaciones, como si el Cónclave no hubiera terminado. Me ha escrito que ha cogido piojos allí dentro «en medio de aquellos carcamales, más muertos que vivos». Setenta y cuatro años, más viejo que el mismo Papa, y casi no duerme.

Ya quisiera yo tener su misma energía. En cambio aquí estoy, en espera de órdenes, parado desde hace semanas, dando inútiles paseos por las colinas de Roma, para recobrar los ánimos con el clima benigno de esta estación, como un viejo trasto al final de sus días.

He escrito de nuevo a los inquisidores de media Italia para recabar información acerca de Tiziano. Nada todavía.

Roma, 30 de abril de 1550

Tiziano en Florencia.

Pier Francesco Riccio, mayordomo y secretario de Cosme de Médicis.

Pietro Carnesecchi, viejo conocido viterbés, ya procesado en el 47 y absuelto por

intercesión papal.

Benedetto Varchi, lector de la Academia Florentina, y antiguo lector de *El beneficio de Cristo*.

Anton Francesco Doni, literato, correo entre Florencia y Venecia.

Piero Vettori, amigo de Marco Antonio Flaminio y corresponsal del cardenal Pole.

Jacopo da Pontormo, pintor excelente, y su discípulo Bronzino.

Anton Francesco Grazzini, llamado el Lasca, poeta fustigador de la Iglesia.

Pietro Manelfi, clérigo marquesano.

Lorenzo Torrentino, impresor.

Filippo Del Migliore y Bartolomeo Panciatichi, patricios.

El nutrido círculo de los criptoluteranos florentinos. Trayectorias distintas, recalados todos en el mismo lugar, bajo el ala protectora del duque Cosme I de Médicis, mecenas y adversario acérrimo de los Farnesio, siempre dispuesto a atizar el fuego de la polémica antipapal por propio interés.

Tiziano se encontró en su salsa durante todo el pasado invierno en ese cenagal. Pasó allí los días del Cónclave, entre los más encarnizados defensores de Reginald Pole.

Los inquisidores afirman que por encima de todas prefiere la compañía del pintor Pontormo y de su discípulo Bronzino.

Ya setentón, Jacopo da Pontormo pasa día y noche en lo que parece su proyecto más ambicioso, el fresco de la basílica de San Lorenzo, que le fue encargado por Pier Francesco Riccio en nombre de Cosme I. El mayor de los secretos rodea los trabajos, e incluso los bocetos de los dibujos preparatorios están ocultos. Solo Bronzino y unos poquísimos más pueden acceder a ver lo que el maestro está haciendo.

Rumores, misivas anónimas llegadas a manos de la Inquisición florentina, el ojo indiscreto de algún fraile: Pontormo está representando pormenorizadamente *El beneficio de Cristo* en el ábside en el que deberá ser sepultado Cosme de Médicis.

Desde el término del Cónclave no se tienen más noticias de Tiziano en Florencia.

Roma, 8 de mayo de 1550

Carafa contaba con los franceses. Pero las noticias que llegan de Francia dicen que Enrique II no puede permitirse reanudar la guerra contra el Habsburgo allí donde su padre la dejara, porque tiene necesidad de una financiación que nadie está dispuesto a concederle.

Carafa dice que el Emperador está haciendo esfuerzos para llegar a un acuerdo con los

teólogos luteranos y que si tiene éxito en ello los espirituales aún podrían salirse con la suya.

Carafa quiere alejar a Pole de Roma. Lo quiere fuera de Italia.

Carafa dice que en Inglaterra está a punto de estallar una guerra de sucesión. Enrique VIII ha muerto dejando detrás de sí una multitud de hijos que se disputan la corona.

Carafa dice que conviene preparar el terreno para la reconquista católica de Inglaterra y que conviene hacerlo de modo que la empresa sea confiada a Pole.

Carafa dice que tengo que ir a Inglaterra para tomar contacto con los partidarios de María Tudor, fiel al Papa, empeñada en disputarle la corona a su hermanastro.

Carafa habla de un encargo delicado e importantísimo, que solo puede asignar a su servidor de más confianza. Carafa no ha hablado nunca de este modo.

Carafa sirve cicuta en copa de plata.

Antes o después tenía que pasar.

Carafa me aparta de la partida más importante, la que he seguido desde el principio.

La estrella de Qoèlet ha declinado.

En Inglaterra. Tratando con cuatro nobiluchos ignorantes y mal vestidos.

En Inglaterra. La operación *Beneficio* no es ya mía.

Pienso que tal vez no volveré. Tal vez no llegue siquiera a Londres. Me encontraré con la hoja de un sicario por la calle, lejos de los ojos de todos. Mi tiempo ha vencido. Los secretos de treinta años causan pavor a quien se dispone a iniciar un nuevo capítulo de la lucha por el poder absoluto en Roma. Hay jóvenes fanáticos e inconscientes: Ghislieri, el dominico, por ejemplo. Están los jesuitas. También el espacio se ha agotado. Es hora de ceder la mano.

Estoy cansado. Espantado y cansado. El equipaje está listo y lo miro como si no fuera mío. Unos pocos harapos heredados de una vida que termina sin ruido. La preocupación me acompaña desde hace tiempo, pero no creía que fuera a suceder tan deprisa, con este sentimiento de banalidad en el corazón. No es así como uno puede prepararse.

Quisiera dejar estas páginas a alguien, el testimonio de cuanto se ha hecho. Pero ¿por qué motivo? ¿Para quién?

Nosotros surcamos los meandros de la historia. Somos sombras de las que las crónicas no hablarán. Nosotros no existimos.

He escrito para mí. Solo para mí. A mí mismo me dedico y dejo este diario.

El diario de Q.

Londres, 23 de junio de 1550

Días de lluvia y de conversaciones. Necios aristócratas que traman a plena luz del día, incapaces de la menor diplomacia. Saben usar la espada, que aquí todos llevan bien a la vista. Nada más. Todo se resolverá de forma sangrienta y vencerá quien tenga el ejército más numeroso.

Tres contendientes, tres partidos. Equilibrios improbables.

Eduardo, un chiquillo que ciñe la corona, que ha elegido como preceptor nada menos que a Martin Bucero, el máximo teólogo luterano. María, hija del primer matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón, mitad española por tanto, fidelísima al Papa. Luego la joven Isabel, nacida de la sangre de su madre Ana Bolena, que parece admirar en cambio las actitudes cismáticas del padre.

Las familias que apoyan a la católica María verían con buenos ojos el retorno a la patria de Reginald Pole como paladín del catolicismo, hay ya quien le guarda el sitial de Canterbury. Pero no saben hablar de otra cosa que de exterminio de adversarios. Desde hace siglos estos nobles juegan a eliminarse, a extinguirse mutuamente en guerras de familia que recuerdan más las costumbres bárbaras de los celtas que el arte de la política.

Esto es peor que el exilio. No tengo noticias de Italia.

La hoja no ha llegado. Carafa me concede todavía un tiempo. Tal vez está decidiendo qué hacer conmigo. O tal vez todo forma parte de un plan.

La solución de los estoicos no va conmigo. Ninguna desilusión por expiar. Ninguna

añoranza.

Aquí llueve. Llueve siempre. Una isla que no conoce estaciones y que las encierra todas en un solo día.

Moriré en otro lugar.

Londres, 18 de agosto de 1550

Mi tarea ha concluido. No hay estabilidad a la vista: vuelvo con muchas promesas y el convencimiento de la absoluta imposibilidad de confiar en los nobles ingleses. María no llama solo a nuestra puerta, he visto también a consejeros españoles. Carlos V tiene un hijo al que volver a casar, por lo menos diez años más joven que María. Si Carafa desea el retorno de Pole a la patria, deberá tener en cuenta que esto podría significar el acercamiento de España e Inglaterra, totalmente favorable al Emperador.

El desinterés por estas historias ha hecho difícil el escribir las relaciones enviadas a Roma y ahora que me dispongo a partir, siento que no tengo ninguna prisa por volver. Lo que queda es la curiosidad por un enigma y la sensación de una última cosa por hacer.

Quiero tomarme el tiempo de volver sobre mis pasos. Comprender qué es lo que presiona por salir a la superficie.

Capítulo 33

Ferrara, 2 de septiembre de 1550

—Literatos, pintores, poetas, impresores. Y también secretarios de palacio, lectores de universidad, clérigos. Existe todo un mundo soterrado de disensión contra la Iglesia. Un mundo indirecto, que toca puntos clave, a figuras importantes en las cortes, difusores de ideas y de consejos a los príncipes. Todos ellos descontentos por el aumento de poder de la Inquisición y de los cardenales intransigentes. No hay ciudad que no cuente con sus círculos donde se genera un profundo descontento y la conciencia de que va estrechándose un lazo sofocante. Los valdesianos de Nápoles, los criptocalvinistas florentinos, los amigos de Pole en Padua, los prorreformadores venecianos. Y luego en Milán, Ferrara… Príncipes como Cosme de Médicis o Hércules II de Este pueden encontrar en estos fermentos y en estas figuras la defensa para mantener apartada a la Inquisición de sus fronteras y verse por tanto obligados a inaugurar una era de liberalidad y tolerancia. El viejo poder de las nobles familias puede volverse útil para impedir el avance del nuevo poder inquisitorial. Estas grandes familias acusan la injerencia de Roma como si fueran unos ojos clavados en sus dominios, una presencia amenazante que les quita protagonismo. Si vieran aumentar la oposición de las poblaciones a los privilegios y las jerarquías eclesiásticos, podrían decidirse a enfrentarse a los tribunales del Santo Oficio.

»La tarea de nuestros baptistas será la de vencer la crónica indecisión de estos círculos de literatos, acicatearlos, empujarlos a descubrirse, antes de que sea demasiado tarde.

»Pero existe también un descontento popular, que se ha extendido por el campo y por doquier. Una instintiva y casi innata aversión por el exceso de poder del clero, dictada por las condiciones miserables que padecen las poblaciones. Conseguir ser el punto de unión

entre el espíritu evangélico plebeyo y la oposición culta es el arduo cometido que tendremos que desempeñar.

»Esto no debe producirse obligatoriamente a plena luz del día, sino más bien con la debida precaución del disimulo de las intenciones y de la fe. Nuestro concilio debe servir para dar una unidad de propósito para un futuro inmediato a todos los hermanos diseminados por la península. Tendrá lugar en Venecia en octubre y será clandestino . Yo no estaré.

—¿Cómo? ¡Pero si eres el único que puede servir de vínculo entre todas las comunidades! Pero si eres para todos el punto de referencia…

—Hablará por mí el documento que te entregaré. Si es cierto que soy la única autoridad espiritual, es mejor que permanezca a la sombra. Que no se conozca el rostro de Tiziano, sino el poder de su palabra.

Manelfi baja la mirada, deferente, y extiende la hoja sobre el escritorio. Un escrito prolijo de anotaciones. Será el portavoz de Tiziano en el concilio de los baptistas italianos.

El diario de Q.

Amberes, 3 de septiembre de 1550

Lodewijck de Schaliedecker, alias Eloisius Pruystinck, alias Eloi.

De oficio, pone tejados.

Imputado por la difusión de libros heréticos, por negar sustancia a Dios, por negar el pecado, por sostener la perfección del hombre y de la mujer, por practicar el incesto y el concubinato.

Quemado en la hoguera por hereje el 22 de octubre de 1544,junto con otros muchos miembros de su secta, llamada de los eloístas.

Su nombre aparece numerosas veces en los anales de las autoridades de Amberes, asociado a los de David Joris, Johannes Denck y algunos notables y ricos mercaderes locales.

Ya en los años treinta fueron detenidos varios seguidores suyos y gente que le prestaba apoyo.

A pesar de su humilde origen, Pruystinck fue uno de los ejes de la actividad antieclesiástica en Amberes, pero aborrecido hasta por los mismos luteranos.

Fue procesado y condenado a una leve pena en febrero de 1526 por delación de Lutero, que tras habérselo encontrado en Wittenberg escribió a las autoridades de Amberes para indicarle cuán peligroso era. Escapó a la pena de muerte gracias a una retractación completa y a las débiles sanciones entonces vigentes.

En 1544 fue sometido a tormento hasta que confesó sus prácticas y sus ideas blasfemas.

No reconoció nunca a ninguno de sus cómplices o seguidores, firmando de su propio puño y letra su sentencia de muerte.

Sentencia ratificada por Nicolas Buysscher, dominico, que recogió sus últimas deposiciones.

El alemán que ando buscando es un muerto que ocupa un expediente entero en el archivo de la Inquisición de Amberes.

El muerto es actualmente titular de un burdel de lujo en Venecia.

El alemán que ando buscando atravesó estas tierras en los años de la revuelta anabaptista.

Amberes, 4 de septiembre de 1550

Nicolas Buysscher es actualmente el brazo derecho del Padre Inquisidor de Amberes.

Unos cuarenta años, alto, flaco, la mirada de quien ha tenido en sus manos los destinos de los hombres.

Me ha recibido con cortesía. Lo ha recordado todo sin falsas reticencias, los detalles de una peripecia increíble.

El heresiarca de Amberes era persona astuta, culta, capaz de tejer una amplia trama de relaciones tanto con el vulgo como con los notables de la ciudad. Todavía hoy muchos lo consideran un mártir y un héroe. Si en el puerto alguien menciona el nombre de Eloi, la gente sonríe aún.

Eloi, el que se dedicaba a poner tejados, era un hereje muy especial. Negaba el pecado con una argucia difícil de rebatir. Parecía querer crear el paraíso en la tierra. Conseguía que ricos artesanos y mercaderes compartieran sus bienes y propiedades con los plebeyos. Un maestro en el arte del enredo y de convencer a la gente. Sus seguidores en Amberes vivían juntos, en las propiedades puestas a su disposición por los más ricos. En el curso de los años decenas y decenas de hombres y mujeres pasaron por la comunidad eloísta. Eloi los acogía a todos ellos, sin importar de qué desgracia salían. Un hereje muy especial, que contrastaba con los sectores más extremistas y sanguinarios del anabaptismo. Sin embargo, más de uno de los supervivientes de Münster o de las bandas de Batenburg habían encontrado refugio en su comunidad. Como buen disimulador que era, habría podido seguir adelante de no haberse metido con gente equivocada.

Cosa que las actas habían de silenciar. Una compleja estafa en detrimento de los banqueros Fugger, falsas letras de cambio, cientos de miles de florines. Algo increíble: a los propios banqueros les costaba explicarse el cómo. Y el cómo todavía no está claro.

Lo robado no ha sido nunca recuperado.

Eloi tenía socios en esta tarea. Uno era un mercader alemán de nombre Hans Grüeb, desaparecido en la nada.

Los Fugger no podían permitirse que el asunto llegara a saberse, por lo que llamaron a las puertas de la Inquisición. La orden de intervenir contra los eloístas llegó incluso de Roma.

No todos fueron apresados. Se supone que muchos se fugaron a Inglaterra.

Es difícil decir cuántos veteranos münsteritas había entre las filas de los eloístas. Uno murió sin duda hace algún tiempo en la cárcel. Era Balthasar Merck.

De otros se ignoran los nombres. No entre los arrestados.

El desconocido mercader alemán socio de Eloi.

Un fenomenal enredo a los banqueros del Emperador.

Un dinero nunca recuperado.

Un burdel de lujo en Venecia.

Un estratega del disimulo.

Veteranos de Münster.

El niño y la estatua.

Tiziano el anabaptista.

El diario de Q.

Amberes, 7 de septiembre de 1550

El enigma me lleva atrás. Extramuros de Münster.

Tal vez sea una alucinación, noticias que asocio arbitrariamente. Persiguiendo a un muerto.

¿Quién? Podría ser yo mismo. La última caza, para alejar el final inminente. ¿Qué hace un hombre cuando sabe que está muerto? Hay que pagar un precio por el pasado. A partir de los recuerdos que la mente había borrado. Extramuros.

Dentro de un foso fangoso, la vida pendiente de las sucias manos que plasman la arcilla. Los bigotes arrogantes del mercenario que mantiene la hoja en el cuello.

El olor a hierba mojada, echado como un insecto en una tierra de nadie, entre la ciudad y el resto del mundo. No hay vuelta atrás. Por delante lo desconocido: un ejército de soldados pagados dispuestos a disparar sobre quien cruce esas murallas.

Barro que resbala entre los dedos: los torreones, los puntos más fáciles de asaltar.

Tu vida no vale un pitoche, me dice, date ya por muerto.

Le describo excitado cada fortificación, cada lugar de entrada, los turnos de guardia, cuántos centinelas hay en cada puerta.

Puedes alargar la vida hasta la tienda del capitán, dice y se ríe. Me golpea y me arrastra.

El capitán Von Dhaun me salvó la vida y me dio una oportunidad.

Las palabras exactas: si esta noche consigues volver a subir a las murallas y volver aquí sin que te maten, me habrás demostrado que puedo fiarme de ti.

Así se llevó a cabo la traición, planeada y guardada en secreto desde la llegada a la ciudad de los locos, codo con codo con ellos, durante más de un año.

Los últimos meses de hambre y delirio son una negra mancha que la mente ha borrado. No he vuelto nunca la mirada atrás en todo este tiempo, quince años, tratando de recordar los rostros y las palabras de aquellos hombres. Tal vez porque he querido ocultarme a mí mismo el haber estado a punto de caer yo también, por un instante, en aquel foso, como si la locura se me hubiera contagiado también a mí, apartando mi mente de la tarea que me había sido encomendada. Tal vez porque aquel día estuve a punto de fracasar miserablemente, al haberme echado el guante los mercenarios episcopales, que por alguna casualidad del destino optaron en cambio por llevarme ante su capitán.

En los días siguientes, tras la matanza, el obispo Von Waldeck, convertido en señor absoluto de Münster, por trono un montón de cadáveres, iba diciendo que esos como yo, héroes guerreros de la Cristiandad, no serían nunca olvidados, en obras y efigies.

Sabía mentir, el muy bastardo. Es precisamente de esos como yo de quienes se pierde todo rastro. Los ejecutores, listos para ser arrojados dentro de la sentina donde los nobles señores los encerraron para confiarles sus sucias misiones.

Entonces le rogué a mi señor, el adalid negro de Cristo, que me llevara lejos de aquellas tierras, de aquel horror que había desgarrado mis carnes y minado mi fe.

Hoy es allí adonde he de volver, sin ninguna fe, a reabrir las heridas.

Capítulo 34

Ravena, 10 de septiembre de 1550

Las escenas de miseria son siempre iguales. Niños enflaquecidos, harapientos. Tripas hinchadas de nada, pies descalzos. Manitas sucias pidiendo limosna. Los recién nacidos atados con mantones a la espalda, para no interrumpir el trabajo, las mujeres llenan los sacos de trigo, plantadas hasta la rodilla dentro del gran depósito que contiene la cosecha de una estación.

Unos pocos ancianos, huesudos, mutilados, bizcos.

El camino de barro seco pasada la puerta sur. Las chabolas pegadas a las murallas, como una excrecencia informe de la ciudad, y que poco a poco van disminuyendo hacia la campiña.

Ningún hombre a la vista. Probablemente están todos en los campos, embalando la paja para las yacijas de este invierno y el heno para el ganado de sus señores.

Solo tres tipos que cargan sacos en un carro, espaldas dobladas y sudor.

Las chabolas. Madera y cañas malolientes cubiertas de barro y de mosquitos.

Divido el pan y el queso que llevo en la alforja y lo reparto entre los chiquillos que se apiñan en torno a mí. Los hay muy chiquitines, que apenas si caminan, y mayores, pendientes de cazar con las hondas a los gorriones que asaltan el depósito del grano. Uno de los más avispados me regala su arma.

Saludo a todos con una sonrisa y una bendición. Leves cabeceos a modo de respuesta.

Los tres hombres me lanzan ojeadas de desconfianza. Membrudos, gruesas cabezas.

La miseria es deforme.

Un silbido del otro lado de las murallas.

Ojos pendientes de la puerta. Los tres se apresuran a cubrir el carro con una gran tela de arpillera.

La agitación se extiende, los hombres enfurecidos maldicen.

Algo está a punto de suceder.

Un destacamento de jinetes supera la arcada. Cuento una docena. Gran alarde de corazas y lanzas. Un estandarte con las insignias episcopales.

Se abren paso entre las protestas de las mujeres, se detienen, no consiguen avanzar, gritos de excitación.

Una de las mujeres que estaban llenando los sacos, la más enfurecida, se enfrenta al jefe del destacamento.

Ambos gritan en un latín plagado de errores, mezclado con la jerga de estos pagos, casi incomprensible.

—Recaudar el diezmo del grano.

—A mediados de mes.

—Cada vez más pronto.

—Ya no lo conseguimos.

—Nada de discusiones.

—Su Señoría así lo ha ordenado.

Los tres hombres se han quedado junto al carro. Miradas furtivas. Uno sube, los otros dos aseguran el toldo de cáñamo con correas muy prietas.

El recaudador los descubre.

Señala en esa dirección ordenando algo.

La mujer aferra la brida del caballo y le da unos tirones.

El muy cerdo le cruza la cara de un vergajo.

Salto poniéndome en pie sobre una banqueta insegura: —¡Hijo de perra!

El cerdo se vuelve, lo tengo ya en el punto de mira.

La piedra le da en plena cara.

Se dobla sobre el caballo con las manos en el rostro, mientras a su alrededor se desencadena una trifulca infernal. Los chiquillos disparan a la vez como una línea de arqueros. Las mujeres se apiñan en torno a los caballos, cortando los jarretes con pequeñas hojas. El carro parte precipitadamente. El imbécil que sangra grita: —¡Cogedlo! ¡Cogedlo!

Los caballos se encabritan, caen al suelo, una lluvia de piedras se precipita sobre los esbirros. Aparecen bastones, herramientas de trabajo. De los campos acuden los hombres alarmados por los gritos.

Los dos que cargaban el carro me hacen una seña de que los siga. Se meten por un agujero entre las chabolas. Atravesamos pasadizos cada vez más angostos, yo detrás de ellos, nos introducimos en una barraca de tablas carcomidas, salimos por el otro lado, a la

orilla de un riachuelo, poco más que una acequia.

Un esquife llano y delgado, dentro, empujan como condenados, entre maldiciones que me es imposible entender.

Delante nos espera la tupida pineda.

El diario de Q.

Münster, 15 de septiembre de 1550

La Judefeldertor es la puerta por la que entran y salen las mercancías. Los campesinos entran con la cosecha, los mercaderes salen con sus manufacturas. Carros cargados de paños hablan de que la actividad más destacada de Münster se ha recuperado con renovado impulso, olvidando a Knipperdolling, viejo jefe de las guildas de los tejedores.

Hombres y mujeres pueblan las calles, enfrascados en la vida de cada día.

El convento de Überwasser se ha convertido en un hospital. Tal vez haya quedado alguna monja. Por supuesto que ni Tilbeck ni Judefeldt, los dos burgomaestres luteranos que se atrincheraron en su interior en los días de la revuelta anabaptista.

En la plaza mayor, en el centro de la ciudad, la catedral y el Ayuntamiento siguen allí frente por frente. La catedral ha sido completamente restaurada, ornamentada con estatuas y agujas que ensalzan a la Iglesia romana. Delante de la casa consistorial grupos de soldados de guardia, cuya presencia puede advertirse por todas partes.

Luego la plaza del Mercado. Los tenderetes están alineados a los lados, mostrando sus productos. Unas voces hablan de precios, de tratos.

San Lamberto.

Tres jaulas cuelgan del campanario. Vacías.

Nadie las mira.

Beuckelssen, Knipperdolling, Krechting.

Únicamente yo me he quedado con la nariz en alto durante no sé cuánto rato, mientras pasaban todos por mi lado: había quien se acercaba a los tenderetes, quien entraba en la iglesia.

Nadie las mira.

El pasado pende sobre sus cabezas. Y si osan alzarlas, allí están las jaulas para recordárselo.

Münster es la admonición que se cierne sobre la Cristiandad: todo vuelve a ser como antes, no queda ni rastro del mal sino en el símbolo eterno del castigo más terrible.

Antes de exponerlos en las jaulas, los cuerpos de Beuckelssen, el rey David, de Knipperdolling, ministro de justicia del Reino de Sión, y de Krechting, consejero del rey, fueron descuartizados con tenazas candentes, y apuñalados por el verdugo.

Dentro de la iglesia no resuenan ya los sermones incendiarios de Bernhard Rothmann, predicador de la revuelta. Esos sermones que empezaban siempre con la anécdota de la estatua de Cristo y del niño.

Inútil preguntar aquí y allá qué fue de él, ya que su cuerpo no fue encontrado entre los montones de cadáveres.

Casi querría que fuera él, ya viejo, el Tiziano que recorre Italia.

Pero debería haberse enmendado de la locura en la que yo contribuí a hundirlo. Largas discusiones, en aquellas naves, acerca de las costumbres patriarcales de la Biblia, la poligamia, la inapelable ley mosaica, alimentando el fuego del delirio.

Bernhard Rothmann, guía espiritual de los münsteritas, pastor de los sublevados, enemigo número uno del obispo Von Waldeck. Luego al fondo del precipicio, del abismo de desesperación y apocalipsis del que no se retorna. No. Rothmann no. Esté vivo o muerto, hoy no podría volver a empezar nunca desde un principio.

De haber habido un único justo en toda la ciudad, Sodoma se habría salvado.

Pero ese último justo se había ido. Solo así pude hacer lo que hice, viviendo hombro con hombro con el teólogo de la corte, día tras día, por la senda que lleva a la ruina. Y aún hoy creo que no hice más que acelerar el tiempo de lo inevitable.

El único justo se había ido.

Escapado de la pesadilla y de la matanza.

Por la escalinata de San Lamberto he mirado a la plaza. Los mostradores amontonados formando barricadas, las antorchas, las órdenes de un extremo a otro del mercado.

Las esperanzas y las ilusiones de los anabaptistas, surgidas en esta plaza, fueron Rothmann, Matthys y Beuckelssen quienes las traicionaron.

No yo. Yo solo traicioné al único justo.

Es a esta plaza adonde debía volver, a ajustar cuentas con el que fui. No a las aulas de Wittenberg ni tampoco a los palacios de Viterbo. Thomas Müntzer, Reginald Pole: la ingenuidad, como la locura de los profetas, se traiciona sola. No la sensación de

posibilidad de aquellos días y de aquellos gestos, no la determinación de quien nos la infundió.

Tendría que ser él quien ajustara las cuentas, no la hoja de Carafa. Pero debería estar vivo aún, a salvo de quince años de derrota, superviviente de las revueltas holandesas. Debería haber sido acogido en la comunidad de los eloístas de Amberes, debería haber escapado a la venganza de los Fugger llevándose consigo el fruto de la estafa, debería haber llegado a Venecia, la patria de los fugitivos, convirtiéndose en el regentador de un burdel de lujo y al mismo tiempo, con el nombre de Tiziano, dar vueltas por Italia para difundir el anabaptismo.

Sí. Y el Turco debería convertirse.

Puedo volver a Roma ahora, para encontrarme con el destino que aguarda a los siervos ya acabados y envejecidos. El epílogo banal de una vida atrapada entre acontecimientos demasiado grandes como para tener en cuenta las inquietas emociones de un espía en su ocaso. Frente a todo esto, y a estas jaulas, puedo decir que no he vivido, no me he atrevido nunca, excepto en los días de la traición infame y perfecta de la mayor empresa que el valor y la locura humanos pudieran imaginar. La lúcida razón de un espía y la fidelidad apasionada de un lugarteniente a un caudillo admirado desde el primer día: esos días rebosan de recuerdos, los únicos, cargados de sensaciones contradictorias, como la vida misma, que he mantenido apartada de mí, temeroso ejecutor de grandiosas tramas. El tiempo para resolver el enigma va agotándose, y justo es que así sea. Habría tenido que matarte entonces. Solo así me habría evitado a mí mismo, tras quince años, casi al final, el desear encontrar de nuevo el fuego de tus ojos y el frío de tu espada, capitán Gert del Pozo.

Capítulo 35

Pineta di Classe, en las cercanías de Ravena, 9 de octubre de 1550

No hay luna. Apenas si distingo las formas más oscuras de los árboles y el cabrilleo de las olas en la playa.

Malcantòn, en cambio, escruta la oscuridad como si pudiera valorar a la perfección la entidad y la distancia de las cosas. Edad indefinida, cara torva de marinero, velada por una preocupación constante. Manos como palas y una cicatriz que va desde la oreja al hombro. Alguien debe de haber tratado de arrancarle la cabeza sin éxito. Alguien que debe de haberse arrepentido de ello. Malcantòn, el mal cantón, el noroeste, de donde llegan los temporales imprevistos, las granizadas que arruinan las cosechas, las borrascas que hacen zozobrar las embarcaciones. Si a alguien le interesa su verdadero nombre puede ir a leerlo a la plaza de Ravena, donde cuelga bien a la vista junto con la recompensa que pende sobre su cabeza.

También los otros pueden enorgullecerse de una. Mèlga y Guacín, es decir, los hermanos Rasi, buscados desde hace más de un año por el asesinato de un aduanero.

Tamòcc, no más de veinte años, cara de ángel, negros rizos y una fuerza descomunal. Estafador empedernido, un oficio heredado de su padre junto con el odio por los curas y toda autoridad. Está echado contra un tronco contemplando fijamente la noche a nuestras espaldas. Desde la pineda los rumores del bosque, susurros y aleteos, que reconoce uno por uno.

Este trozo de tierra y de mar que se confunden es frontera. Se la disputan Venecia, Ferrara y el Papa, y al mismo tiempo es tierra de nadie, laberinto de tributos, derechos de consumo y aduanas, que cada uno de los señores trata de imponer sobre todo tipo de

mercancías en tránsito o productos de la tierra. Con el resultado de humillar a la pobre gente aún más que en otras partes y hacer languidecer todo tráfico o comercio.

Para esto es para lo que sirven los contrabandistas.

Conocen palmo a palmo la costa llana del delta del Po hasta más allá de Rímini. Atracaderos provisionales, muelles fuera de uso, viejos canales romanos abandonados, que dan acceso a las tierras del interior, vasto terreno pantanoso que se extiende a lo largo de leguas y leguas bajo un techo uniforme de pinos marítimos. Dédalo de agua y mosquitos por donde solo estos fugitivos de la ley saben orientarse, diseminado de improbables puntos de referencia, trampas, depósitos perfectamente disimulados.

Los mercaderes dálmatas, pero también venecianos, tienen todo el interés en negociar con los contrabandistas romañolos: nada de extenuantes esperas en los puertos, nada de tasas o tributos, nada de desvalijamientos por parte de los salteadores de caminos locales.

Una buena parte del tráfico comercial tiene lugar en estas costas, en una línea de puntos invisibles en medio del mar, donde los navíos mercantes se cruzan con los bajeles de los contrabandistas perfectamente camuflados en barcas de pesca. No es un trabajo fácil, porque nada es seguro por mar: esperas que pueden durar horas, días, con cualquier estado del tiempo. Cuando finalmente se produce el encuentro se transborda la mercancía, se saldan cuentas. O bien los navíos mercantes son pilotados hacia atracaderos secretos por ágiles chalupas, se desembarca la carga en la playa, se contrata el precio y se cierra el negocio.

Las emboscadas son frecuentes. Se arriesga la vida y penas severísimas.

Pero solo gracias a esta invisible red comercial la gente de aquí no se muere de inanición. Quien elige la vida de contrabandista es porque proviene de la más negra miseria, del odio instintivo, y perfectamente justificado, que todos sienten en estas tierras por toda autoridad; casi siempre se trata de hombres sobre los que pesa toda suerte de cargos acusatorios, obligados a esconderse dentro de la pineda para escapar de los esbirros.

No hay mujer, anciano o campesino de cualquier burgo que no los proteja, aunque solo sea por medio de su obstinado silencio. Porque una parte de lo que circula es normalmente repartido entre el pueblo. Este es el único tributo.

Antes de que el obispo mande a sus recaudadores para el cobro del diezmo sobre la cosecha, parte de esta es escondida por los contrabandistas en los muchos depósitos del bosque, para hacer menos gravoso el impuesto calculado sobre el total de lo recolectado y para garantizar la supervivencia de las comunidades durante el invierno.

Esto era lo que sucedía hace un mes, al presentarse el grupo de los recaudadores, cada año con mayor adelanto.

Eran Malcantòn, Guacín y Mèlga, los hombres que se disponían a transportar el trigo

hacia los almacenes disimulados en la marisma.

Bastan una honda y proponérselo un poco para ganarse el aprecio duradero de estas gentes. Basta con tener un poco de fuego en la sangre.

Noche sin luna. Esperamos ver la señal de las antorchas. Me arrebujo en la capa, calado hasta los huesos, mientras Malcantòn mantiene la mirada fija en el mar.

Mèlga, el Liante, está preparado ya con la barca, los remos en el escalmo.

Su hermano sostiene el fanal, preparado para encenderlo en respuesta.

Tamòcc en todo momento con el oído aguzado en dirección a la pineda.

Para ellos esta noche señala el inicio de un nuevo comercio, que los sorprende y los llena también de curiosidad.

No estaban precisamente preocupados. Reían. Han hecho muchas preguntas. ¿Prohibidos? ¿Y por qué? Nadie entiende nada de todo ello.

No. Ni se les pasaba por la cabeza poder hacer dinero con el contrabando de libros.

El diario de Q.

Roma, 1 de noviembre de 1550

Hay un último trabajo que hacer. Carafa lo ha reservado para mí. Delicado e importante como todos los demás encargos. Tal vez más. Tan importante que no puede llevarlo a cabo más que alguien que sea el soldado de más confianza, el más digno. Sabe que me ha puesto muchas veces a prueba, que siempre me ha pedido el máximo esfuerzo. Después de esta última misión podré disfrutar de un merecido descanso, por supuesto, siempre que tenga ganas.

He aceptado con entusiasmo. Esta vez el viejo no ha sabido leer dentro de mí.

Joder a los judíos, esos odiosos parásitos, impenitentes asesinos de Cristo, a menudo convertidos a la verdadera fe por simple conveniencia, sin más objeto que seguir lucrándose con sus sucios negocios, ha dicho. Una enfermedad que apesta desde el interior del cuerpo de la Cristiandad. Una enfermedad que ha llegado el momento de extirpar. Es preciso comenzar por donde más arraigada esté.

Venecia.

Ha dicho que ha comprendido una vez más por mis informes que era el hombre más adecuado para este cometido. En realidad tomó conciencia de la importancia de la cuestión mientras leía el gran poder que pueden acumular esas inmundas familias de usureros. Desde hacía tiempo venía estudiando la solución más adecuada y ahora están los tiempos ya maduros, está todo listo, los acuerdos están estipulados.

La entrada en vigor del Índice de libros prohibidos en los territorios de la Serenísima es señal evidente de que las autoridades venecianas han comprendido por fin la necesidad de llegar a un compromiso, superando la vanagloria y la arrogancia que siempre las

caracteriza. El motivo es claro: las familias patricias de la Serenísima están endeudadas hasta las cejas, sus fortunas dependen totalmente de las bolsas de los banqueros marranos. Una deuda tan ingente que únicamente puede verse satisfecha con la extinción de los acreedores. El intercambio supone una satisfacción mutua: para Carafa una demostración de fuerza del Santo Oficio en la ciudad más hostil a las injerencias de Roma, preludio de la mano de hierro que el poder inquisitorial adoptará en todo el territorio católico; a los venecianos el saneamiento de las finanzas por medio de la confiscación de los bienes de los ricos judíos.

El mecanismo ha sido puesto ya en marcha. La Inquisición y las magistraturas venecianas comenzaron a instruir procesos a personajes marginales de la comunidad sefardita, bajo la acusación de prácticas judaizantes. Pero es a los peces gordos a quienes hay que llegar.

Y para llegar a ellos hace falta alguien como yo. Alguien con treinta años de guerra espiritual a sus espaldas, capaz de crear en la ciudad una amplia hostilidad contra los judíos, de señalarlos como la causa de todos los males, preparando el terreno para una ofensiva que afecte a la comunidad entera.

He aceptado con entusiasmo.

He disimulado el asombro de ver prolongado mi tiempo.

He mostrado la máscara del celo, la que actualmente ya no me es propia.

Último trabajo antes del merecido descanso.

Última infamia.

Reservada para quien es partícipe desde siempre de los secretos de Carafa.

Creía haber llegado al final. Me ha sido concedido más tiempo. ¿Cuánto? ¿Y por qué?

No son los estirados y famélicos dominicos que atestan estos pasillos los que van a poder llevar a cabo tramas de este tipo. Demasiado fanáticos. Muy pagados del papel que les ha sido confiado, son tan incapaces de sutiles estrategias como eficientes a la hora de perseguir ciegamente la presa que se les indica. Todo a plena luz del día. Carafa los prepara para la ofensiva más importante de la guerra espiritual. La rendición de cuentas, después de diez años de cuidadosa planificación. La construcción que he contribuido a levantar, ladrillo a ladrillo, será llevada a cabo por otros y muy pronto. La proximidad de la reanudación del Concilio, muy querida por el Emperador, parece ser el momento en que Carafa mostrará sus cartas, desencadenando el ataque frontal contra los espirituales. La tensión en los rostros y en las voces de los jóvenes sabuesos encabezados por Michele Ghislieri, ave rapaz que vuela alto en la consideración del viejo, dice que van a acabarse las demoras.

No estaré en esta partida porque conozco todos los movimientos anteriores: Carafa sabe perfectamente que dos solo pueden mantener un secreto cuando uno de ellos está muerto.

Mientras tanto me confía la última y sucia cruzada, para la que no tengo ya estómago: inventar el nuevo enemigo y lanzar contra él el ejército cristiano. A quien acepte entrar en la lid se le garantiza una espléndida recompensa: las riquezas de sus víctimas y un lugar en el paraíso. Los venecianos son los primeros, otros deberán seguirlos.

A mí, como siempre, la tarea de preparar el terreno para la primera matanza. Luego no quedará más que guardar el secreto. Bajo dos palmos de tierra.

He aceptado con entusiasmo. Venecia. Queda tiempo aún para resolver el enigma. Esta vez no seré el incansable y eficiente servidor que Carafa ha conocido. Será el enigma, la inminencia de su solución, el que señale el tiempo que queda.

Capítulo 36

Costa de las Romañas, 5 de febrero de 1551

—¡En Dalmacia ha sido un éxito, compadres! —Perna hace rebotar una piedra sobre la superficie del agua—. Gente que no sabe comer, ¿entendido?, pero que sí sabe elegir con acierto sus lecturas. Si seguimos a este paso corremos el riesgo de hacernos famosos como los distribuidores del libro más difundido después de la Biblia.

Un viento gélido que sabe a noche, a mar y a resina. En la playa, con Pietro Perna y João Miquez, un encuentro para intercambiarse noticias y proyectar el futuro inmediato. Encuentro de corsarios, como en otros tiempos en las costas holandesas. La mano se hunde lentamente en la fría arena, el sol hace otro tanto tras la pineda.

Entramos en la cabaña de pescadores. Dentro, el fuego está ya encendido. Las redes cuelgan del techo para secarse.

Busco la mirada de João:

—¿Sabes algo de Demetra?

Se vuelve asintiendo:

—Esa señora está volviéndote rico. La última vez que me pasé por el Tonel, no había una mesa libre. Me parece que está bien, no sé de nadie que la haya molestado.

—¿Y aquí en las Romañas? —Perna me sacude por un brazo—. Espero que no te hayas perdido el extraordinario Sangiovese Sangre de Toro. Dicen que hace soñar, ¿entendido?

Saco la botella de la alforja y se la destapo en sus mismas barbas:

—Estás invitado.

Perna pega unos ávidos sorbos:

—Tenía que venir a verte aquí para que tuvieras que invitarme a un buen vino. ¿Qué

más hay de bueno en medio de estas marismas?

—La gente de esta tierra odia al clero desde lo profundo de sus entrañas. He conocido a las personas más distintas, bautizado a campesinos y a pescadores, a mercaderes y a borrachos: todos igual de testarudos, todos con el mismo fuego en la sangre. Agitar los ánimos, por estos pagos, no parece una empresa difícil.

João:

—*¿El beneficio?*

—Las cargas han llegado con regularidad. Los he vendido bien. Trafico con los contrabandistas del lugar. Gente tosca, de feroz aspecto y una jerga que aún me cuesta entender, pero astuta y próxima al pueblo. Ninguno que sepa leer o escribir, pero enseguida se dieron cuenta de la conveniencia del negocio.

João silba dentro de una caracola y sacude la cabeza:

—Mejor así. Creo que conviene que sigas viajando por ahí durante un tiempo todavía.

Mi mirada pide una explicación.

—Las autoridades se han olido algo del concilio de los anabaptistas. Aunque no ha habido arrestos, están todos en guardia. Venecia está llena de esbirros, espías, delatores, no hay de quién fiarse. Desde que se promulgó el Índice, sobre todo los impresores están en el punto de mira, los libros no circulan ya con igual facilidad. Y además, hay una novedad: algunos judíos conversos, amigos nuestros, personas que conocemos bien, han sido detenidos bajo la acusación de prácticas judaizantes. Se anuncian los primeros procesos, por ahora marginales, sin gran ruido, pero son cosas que ya conozco de otras veces. El primer nubarrón negro que anuncia la tormenta, el sello indeleble de la Inquisición, como en España, como en Portugal.

Perna:

—Tu gran amigo, el Papa de las lecturas inconvenientes, no me parece que tenga mucha intención de mantener a raya a esos malditos perros del Santo Oficio. Está a punto de estallar un gran desorden, ¿entendido? Hay que procurar que no nos jodan.

Miquez:

—Estoy empleando toda la diplomacia de que soy capaz para tantear el humor de los mercaderes que tienen negocios con nosotros. Trato de insinuar una preocupación muy concreta por las nefastas consecuencias de una eventual incriminación contra nosotros. No creo que baste. La diplomacia y la corrupción son artes indispensables en el momento presente, pero no siempre son suficientes. Es mejor estar preparados para cualquier eventualidad. De todas formas, en vista de los vientos que corren, es mejor que sigas lejos de Venecia.

—De acuerdo, pero no por mucho tiempo más. Empiezo a estar hasta los cojones de hacer de profeta a mis años. La siembra de Tiziano ha terminado ya. El concilio

anabaptista ha sancionado la unión de las comunidades que disienten de la Iglesia. Círculos frecuentados por figuras destacadas en cualquier estado de la península presionan a los gobernantes. Un gran pintor, al que he tenido la suerte de frecuentar, Jacopo da Pontormo, está haciendo un fresco sobre *El beneficio de Cristo* en la capilla donde se dará sepultura a Cosme de Médicis. Una obra maravillosa, he visto el proyecto y parte de los frescos ya realizados, que lleva en gran secreto. Todas las comunidades están en activo: la piedra ha sido lanzada, las consecuencias ya se verán. Mientras tanto es menester que me tengáis informado de lo que acontezca en Venecia. También los detalles son importantes.

Nos quedamos en silencio. La resaca mece las adormecidas preocupaciones, la cabeza está pesada. Nuestras sombras se deslizan larguísimas a lo largo de las paredes hasta el techo.

Perna endereza la cabeza, como despertado por un ruido repentino, los ojos diminutos y enrojecidos de cansancio:

—¿Podría tomar un poco más de ese néctar?

El diario de Q.

Venecia, 24 de febrero de 1551

En Venecia soy uno más entre muchos. Un espía en el país de los espías. Son muchos los que observan, anotan, y luego se lo cuentan a su amo de turno, a menudo al servicio de varios amos al mismo tiempo. Turcos, austríacos, ingleses: no hay potencia, partido o compañía comercial que no tenga interés en mantener unos ojos y unos oídos en cada esquina de esta ciudad. Todos espían a todos, en un encaje de dobles juegos, triples, cuádruples. Dentro de este laberinto de estrategias y opuestas conjuras deberé estimular el interés común de involucrar a los judíos.

¿Cómo?

Entretanto mantengo la mente adiestrada con las intrigas que lubrican el pacto entre Carafa y los venecianos.

El 21 de este mes el Consejo de los Diez expulsó a los padres barnabitas y a las monjas angélicas de Venecia, bajo la acusación de pasar noticias reservadas, recogidas en confesión, al gobernador de Milán Ferrante Gonzaga, vasallo del Emperador. De este modo Carafa se ha visto libre de un competidor, ha cerrado los ojos y los oídos de Carlos V en Venecia. La astucia del viejo teatino causa espanto. No solo limpia el terreno de adversarios con miras a unos mayores manejos, sino que permite a los venecianos confirmar su célebre fama de celosos guardianes de sus propios asuntos, los únicos que no toleran injerencias de nadie, ni siquiera de Roma. El viejo finge lamentarse de ello, mientras estrecha la mordaza.

Estoy en Venecia desde hace un par de meses. No frecuento muchos lugares, pero tengo a sueldo varios ojos que observan lo que me interesa. Ante todo el burdel del difunto heresiarca de Amberes. Ni sombra de él: más fantasma que nunca. He de tener paciencia. Recabar más información sobre Tiziano. Y mientras tanto llevar a cabo la tarea que me ha sido asignada.

El diario de Q.

Venecia, 9 de marzo de 1551

Los ojos que pago en las habitaciones de la Magistratura de Extranjeros hablan de una extraña afluencia a la ciudad en octubre del pasado año. Personajes ambiguos, modestos artesanos, comerciantes, clérigos, literatos, algunos procedentes incluso de lejos. Un centenar de presencias difícilmente atribuibles a los negocios de Venecia. Ninguno de ellos se ha quedado más de una semana. Una mancha negra en los archivos de las autoridades locales.

Los nombres nada dicen. Excepto uno. Pietro Manelfi, hijo de Ippolito Manelfi, clérigo de Ancona.

El mismo nombre que aparecía entre los acólitos del círculo criptoprotestante de Florencia.

El mismo círculo frecuentado por Tiziano entre el 49 y el 50.

Una pista.

Indicar este nombre a los inquisidores de los territorios limítrofes: Milán, Ferrara, Bolonia.

Venecia, 16 de marzo de 1551

Ha llegado una misiva del padre inquisidor de las Romañas.

Interrogados algunos artesanos de Ravena debido a la práctica del bautismo de los

adultos. Sostienen haber oído hablar de un tal Tiziano dedicado a esa práctica no hace más de un mes, en las tierras bajas en torno a la ciudad. Asimismo dicen que el dicho Tiziano hablaba contra la autoridad del clero y la propiedad eclesiástica. Dicen que se ganaba la simpatía de la plebe, siempre dispuesta en esa región a acoger cualquier pretexto para dar lugar a imposturas y disturbios.

Venecia, 18 de marzo de 1551

Indicación del inquisidor de Ferrara.

Afirma que el nombre de Tiziano el baptista es conocido en algunos ambientes de esa ciudad.

Venecia, 21 de marzo de 1551

La noche entera pasada reflexionando sobre la estrategia que adoptar con respecto a los judíos. Tal vez haya una manera.

Escribir a Carafa.

Carta enviada a Roma desde Venecia, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 22 de marzo de 1551.

Al ilustrísimo y muy honorable señor Giovanni Pietro Carafa.

Señor mío meritísimo:

Los tres meses de estancia en esta enorme y extraña ciudad han sido suficientes para sugerirme la que considero la única estrategia viable contra los judíos. Por consiguiente me apresuro a dar cuenta de ello a Vuestra Señoría, a fin de que pueda expresar el más sabio parecer acerca de ella y concederme el privilegio de seguir sirviendo a los fines comunes.

Los equilibrios de Venecia son tan intrincados y complejos como sus calli y canales. No hay información o suceso más o menos secreto que no se encuentre en su camino los ojos o los oídos de un espía, de un observador extranjero, de un mercenario a sueldo de algún poderoso. Yo mismo, para poder acceder a noticias secretas, he tenido que adoptar el mismo método. A los negocios que a diario se desarrollan de forma incesante a plena luz del día, corresponde un volumen no menor o incluso mayor de tejemanejes, mercadeos y ocultos arreglos que tienen que ver con todos los ámbitos de la vida de la Serenísima. El Sultán tiene a sus espías en Rialto, así como el rey inglés y el emperador Carlos. Gonzaga tenía a sus informadores entre las mismas filas del clero veneciano, como Vuestra Señoría bien sabe. Los grandes mercaderes maniobran en la sombra para no dejar traslucir los acuerdos comerciales y no ver esfumarse las mejores oportunidades de una ganancia. Nadie, ya sea príncipe o mercader, podría sobrevivir en Venecia si no puede valerse de una red de hábiles espías, que puedan referirle rápidamente los juegos de poder internos y externos a la República de San Marcos.

Los judíos no tienen un papel secundario en este tipo de relaciones, o, mejor aún, el hecho de pertenecer tan solo a medias a Venecia, su papel de banqueros y financiadores, la doble religión, hacen de ellos uno de los ejes principales de la vida comercial y política de la ciudad. Su posición, por un lado, les hace parecer intocables, y por otro, nos indica cuál es su punto flaco.

Muchas de las familias judías se han convertido a la fe cristiana para evitar así toda posible traba a sus negocios y defenderse de cualquier ataque. Un disimulo que les puede ser reprochado, y convertirse por sí mismo en el punto de apoyo de una amplia aversión contra ellos. Añádase a esto que en muchos casos el Turco se vale justamente del asesoramiento y de la habilidad de los financieros judíos para representar en Venecia sus propios intereses. Un excelente ejemplo de ello son los Mendesi, antiguos responsables de la difusión de El beneficio de Cristo, que mantienen relaciones comerciales y diplomáticas con el Sultán. Si se consiguiera achacar a las grandes familias judías la red de espías turcos activos en los territorios de la Serenísima, no sería difícil señalarlas ante las autoridades como las responsables de una conjura que amenaza los intereses de Venecia.

Dado que los judíos son sobremanera expertos en hacer creer que su ruina supondría la ruina de todos, conviene que todo el mundo comprenda cuál sería la ventaja de una amplia operación en contra de ellos. Atribuyendo todas las intrigas a los judíos, cada uno podría llevar a cabo las suyas propias con una mayor tranquilidad. A nadie se le escaparía la utilidad de una estrategia semejante.

La acusación de falsa conversión permitiría a los venecianos incautar las riquezas de los judíos, engrosando las arcas del Estado; la de conspirar con el Sultán, excluiría la eventual intervención en favor suyo por parte de las potencias cristianas.

Aguardo con confianza el parecer de V.S., encomendándome a su benevolencia.

De Venecia, en el día 22 de marzo de 1551, el fiel observador de V.S.,
Q.

El diario de Q.

Venecia, 2 de abril de 1551

Comienza la reacción.

Michele Ghislieri está en Bérgamo. El obispo local Soranzo está acusado de haber permitido la difusión de *El beneficio de Cristo* en su propia diócesis. Ha sido encontrado un ejemplar del libelo condenado en su biblioteca privada.

Ghislieri lo interrogará hasta verlo caer.

Venecia, 21 de abril de 1551

Procesado también el obispo de Como. Ni siquiera en esa diócesis *El beneficio de Cristo* ha encontrado obstáculos.

Los espirituales boquean. No se esperaban un ataque directo.

El dominico Ghislieri está hecho una furia.

Como cabía suponer, Carafa ha esperado a la reanudación del Concilio de Trento para lanzar la ofensiva final.

Venecia, 16 de mayo de 1551

Caen también los obispos de Aquileia y de Otranto.

La acusación es la misma.

Cabeza tras cabeza, la estrategia de Carafa no encuentra obstáculos. La ventaja es doble: limpieza de los adversarios y cancelación de los planes del Emperador, que tenía todas sus miras puestas en la reanudación del Concilio.

Venecia, 25 de junio de 1551

Tras los golpes del dominico, nuevo varapalo de la Cristiandad, cae la piedra berroqueña más grande: Morone, obispo de Módena, miembro de la Congregación del Santo Oficio, consejero de confianza de Reginald Pole, una figura intocable hasta hace unos pocos meses. Todos los procesados de hoy en adelante deberán defenderse. Y todos los demás ponerse a temblar. La caída de semejantes cabezas advierte que nadie puede estar ya seguro. Nadie que haya sido rozado por el veneno de *El beneficio de Cristo* saldrá ileso.

Los frutos maduros de mi trabajo están cayendo uno tras otro. Debería estar ya muerto, llevándome bajo tierra los secretos de una operación concebida hace diez años.

Una imprudencia, o tal vez un exceso de seguridad o incluso las ganas de aniquilar al adversario. Todavía me queda un poco de tiempo, el necesario para clavar el crucifijo en el corazón de los judíos.

Venecia, 10 de julio de 1551

Nueva carta del inquisidor de las Romañas. La presencia de un alemán de nombre Tiziano ha sido detectada en el pueblo de Bagnacavallo, entre Imola y Ravena.

Venecia, 29 de julio de 1551

En la ciudad, en boca de todos está el procesamiento de los cardenales espirituales. La señal no se presta a malentendidos: con la acusación contra el obispo de Bérgamo, Soranzo, Roma ha plantado su estandarte dentro de los límites de la Serenísima, y lo ha

hecho por medio de Ghislieri, hombre de Carafa, saltándose al inquisidor veneciano.

Entretanto, mis cartas anónimas a la Inquisición local han dado sus primeros frutos: comienza a notarse entre los judíos una cierta desconfianza; rumores sobre el mantenimiento de las viejas prácticas religiosas por parte de los marranos y sobre los ambiguos intereses de las mayores familias judías. La comunidad mercantil de Venecia no da crédito a estos rumores: tienen las manos atadas en sus negocios con los banqueros judíos. Los procesos en curso alimentan una hostilidad que parece que puede extenderse. Pero hace falta una chispa que provoque el incendio.

He puesto los ojos en algunos deshonestos tipejos que podrían volverse útiles según las circunstancias. Debidamente instruido, un turco que confesara ante las autoridades venecianas que es un espía del Sultán, a sueldo de una poderosa familia judía, provocaría la esperada reacción.

Venecia, 8 de agosto de 1551

El inquisidor de Ferrara escribe para indicar la presencia de Pietro Manelfi en la ciudad estense.

Venecia, 21 de agosto de 1551

Carafa se expone en primera persona. Delante del Concilio ha acusado a los espirituales de falta de observancia, de no haber hecho nunca nada por impedir la difusión de *El beneficio de Cristo*. Sostiene que Pole y sus amigos nunca han querido darse cuenta del alcance herético del libro de Fontanini debido a sus ambiguos intentos de reconciliación con los luteranos. Los acusa de haberse dejado embaucar por las ideas protestantes. La imputación es muy grave.

El viejo teatino no había entrado nunca directamente en la lid. Si los espirituales no son capaces de reaccionar a tiempo, están destinados a sucumbir.

Capítulo 37

Ferrara, 11 de septiembre de 1551

Via della Gattamarcia. Los nombres de las personas nada dicen, los de los lugares no aparecen nunca por casualidad.

Hedor a estiércol y carroña. Esqueletos resecos de gatos, penachos de plumas aplastados que deben de haber sido pollos, antes de que los ratones royeran sus huesos. Mierda por doquier, casi imposible no pisarla. No pasa nadie por aquí, como no sea para encuentros furtivos y poco confesables, las verdaderas vías de tránsito están en el interior de las construcciones, barrios enteros cubiertos, albañales, pasadizos, en un complicado encaje de casas, talleres, tiendas. Esta calle estrecha es un desagüe de excrementos y desechos al aire libre.

Pietro Manelfi está agitado, quisquilloso, atemorizado.

—… y muchas veces he tenido la sensación de que me siguen, me espían. Pero más que nada, como te decía, son todas esas preguntas que circulan, mi nombre sacado a relucir en todos los mesones, personas que nunca se ha visto que hagan preguntas. Y luego todas las cosas que se oyen decir, que incluso fuera comienzan a soplarse al oído de los hermanos, en la Romaña, en las Marcas. Se oyen muchas cosas, está el Índice de los Libros, y todo ese lío sobre *El beneficio de Cristo*. No habrían tenido que ir así las cosas, decías que este Papa tendría más mesura, y por el contrario parece que ya nadie está seguro, ni siquiera los cardenales, así que figúrate nosotros. Hay demasiada gente que va por ahí haciendo preguntas, están encima de nosotros, preparan algo. También aquí. ¿Has visto lo que le ha pasado a Giorgio Siculo? El duque no se lo ha pensado dos veces a la hora de mandarlo a la hoguera. En Venecia, en el concilio, se habló de nicomedismo, disimular nuestra fe, pero

cuando te echan la zarpa, entonces, ¿qué haces?, esos te interrogan, emplean tenazas candentes, y en el mejor de los casos te mandan a la sombra para toda la vida.

—¡Basta, Pietro! Comprendo tu ansiedad por el hecho de sentirte perseguido, pero el innoble hedor de esta cloaca en donde me has dado cita está ofuscándote la mente. ¿Acaso creías que el clero de Roma podría convertirse en nuestro aliado? ¿O que los príncipes se comprometerían a gastar una simple palabra en favor nuestro? ¿Por qué íbamos a tener entonces necesidad de disimular? ¿No comprendes que tratan de aterrorizarnos? Esa es su estrategia: sospechar de todos hasta que quien tenga motivos para temer dé un paso en falso y se descubra.

También él apesta, a sudor y a miedo:

—Pero ¿nos apresarán? ¡Yo no quiero acabar como Siculo!

—Habla de mí, solo de mí, y retráctate de todo. Di que fui yo quien te llené de falsas creencias, que eras débil y que yo supe arreglármelas para hacer pasar por la justa doctrina la falsedad.

Se retuerce las manos agitado:

—¿Y si te cogen a ti?

Lo pego contra la pared, mi cara contra la suya: —Escúchame bien, Pietro, lárgate de Ferrara. Vuelve a las Marcas, ingresa en un convento, vete a la cima de un monte, o adondequiera que puedas sentirte en lugar seguro y se te pase el miedo. No me gustan los pusilánimes que se quedan paralizados por una simple pregunta hecha por ahí. —Lo dejo deslizarse hacia abajo hasta quedarse encogido—. El miedo puede ser un aliado, pues te hace ser más cauto y astuto. Si te cagas encima, el enemigo te encontrará simplemente siguiendo el olor a mierda.

Me alejo, lejos de tanta pestilencia.

Capítulo 38

Ferrara, 2 de octubre de 1551

Chiú ha servido aguardiente. Una frase y una despedida rápida, hacia la residencia de los Miquez.

Beatrice está de pie al lado de una gran pajarera. Un zorzal de las Indias picotea una manzana que tiene en su mano.

Cada vez que la veo comprendo por qué no tengo ya tantas ganas de irme por ahí a recuperar tipos como Manelfi. Me quedo mirándola en espera de que repare en mi presencia.

—¡Ludovico! ¿Es que quieres meterme miedo, ataviado así?

—Perdóname, pero no me ha dado tiempo de ponerme más presentable.

—Aquí tengo un mensaje de João para ti.

—João—João.

Me vuelvo de golpe hacia la jaula y Beatrice rompe a reír: —Es sorprendente cómo consiguen imitar la voz de los humanos.

Me alarga la hoja sellada.

A simple vista es para quedarse perplejo: una secuencia de frases que exaltan la vida campestre.

—Prueba con esto. —Beatrice me da una delgada lámina de hierro agujereada, del tamaño de la página—. Es nuestro código de familia. Lo usamos desde hace muchos años para protegernos de los ojos indiscretos. Solo tienes que superponer la falsilla a la hoja.

Los espacios cortados en la lámina aíslan las palabras, fragmentos de frases, sílabas, que adquieren de repente sentido:

Un nuevo. perro. de la campiña romana. alemán. cazador. de malas hierbas. Escruta. lee. aconseja. Siempre dentro. la casa de fieras. no enseña. el rostro. ayuda a los pastores a contar el rebaño. a. separar el grano de la paja. Sirve al amo. sin. ponerse el traje. No buscar. volver. a la. laguna. Buscan. el pintor. Nuevas. llegarán.

Un hombre de Carafa colaborando con el inquisidor veneciano. Alemán. Laico.

Busca a Tiziano.

Qoèlet.

Ya estamos.

Lo que debo hacer.

Qoèlet

Capítulo 39

Venecia, 6 de octubre de 1551

Noche profunda. La Giudecca es una larga lengua de casas y árboles que se recorta contra el cielo. La barca aborda despacio el embarcadero de Ca' Barbaro, hago una señal al remero de que se detenga y ato la amarra al palo.

Pago deprisa, justo el tiempo de contar, y empujo la embarcación mar adentro, a riesgo de delatarme.

Mis pasos resuenan en las tablas como un tambor. La puerta.

Llamo.

Nada.

Más fuerte.

El ruido de una ventana que se abre sobre mi cabeza.

—¡Dejad que os reconozca!

—Soy Ludovico. He vuelto.

La puerta se abre de par en par de repente, una luz difusa ilumina el cañón de una pistola.

—¡Soy yo, Duarte!

Abre sus adormilados ojos:

—¡Diablos! ¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablar con João.

Entro en el jardín de la casa. Alboroto desde las escaleras: —¿Quién es?

—¡Es Ludovico!

Un juramento en portugués.

Lleva una camisa ribeteada de encajes, los cabellos sueltos sobre los hombros: —¿Por qué has vuelto? Te escribí…

—Ya sé que me escribiste. Pero no hay tiempo que perder. Hemos de hablar.

Con el índice y el dedo medio João se oprime un ojo.

—Ah, al infierno, estás loco. Ven dentro.

Me indica el camino hasta el escritorio: —La Inquisición está indagando sobre el concilio de tus amigos anabaptistas. El nombre de Tiziano ha salido a relucir en más de una ocasión. Venir aquí es una estupidez por tu parte.

Reanima las brasas en la chimenea. Luego se sienta, sin dejar de frotarse los ojos para quitarse el sueño.

Me mira con la expresión de quien espera una explicación.

—¿Desde cuándo sabes lo del alemán?

Contiene un bostezo:

—Desde hace algunas semanas. No se le ve el pelo por ninguna parte, es inencontrable.

—¿Cuándo llegó a Venecia?

—No lo sé. Hace seis meses, tal vez más.

Bisbiseo una blasfemia entre dientes: —Yo diría que cuando empezaron los arrestos de judíos.

João, expresión seria:

—Dicen que es el consultor particular del inquisidor, que se pasa todo el tiempo leyendo los libros que se imprimen en Venecia para descubrir hasta el menor indicio de herejía.

—Olvídate de los rumores. Hay de por medio otras cosas.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te parece extraño que Roma envíe a uno de los suyos a Venecia y de repente se pongan a detener judíos aquí?

Se pone en pie de un brinco, despierto de repente, algún paso nervioso, los ojos fijos en el suelo.

—¿Acaso crees que se han puesto de acuerdo para tendernos una encerrona?

—Está claro. Y si se trata del alemán que yo creo, es un hombre de Carafa. El mejor.

Se pasa una mano por la barba y resopla sonoramente.

—Siendo así, tenemos que cerciorarnos de eso. Sin embargo, desde hace un tiempo se ha vuelto cada vez más difícil obtener información. Están haciéndonos el vacío alrededor. Hasta el Tonel está vigilado. He tenido que poner espías para vigilar a sus espías.

Se interrumpe, evita mi mirada.

Lo apremio:

—Dímelo todo.

—Ha salido a relucir un turco, un estafador de tres al cuarto que frecuenta el Arsenale. Se ha puesto a echar mierda sobre nosotros. Dice haber recibido dinero de un rico judío para pasar a los turcos toda la información sobre la flota de Venecia.

Una punzada en la muñeca me hace apretar los dientes.

—Hemos de intentar algo, João. Antes de que sea demasiado tarde.

Lo recorre un escalofrío. Recoge una pesada hopalanda y se la echa encima. Los arabescos dorados relucen al fuego de la chimenea, mientras se arrellana en el sillón de cuero.

El cansancio ha desaparecido, su tono es nuevamente el de siempre: —Dime lo que te ronda por la cabeza.

El diario de Q.

Venecia, 20 de octubre de 1551

Hace tres días Pietro Manelfi se entregó espontáneamente a la Inquisición de Bolonia.

Capítulo 40

Venecia, 2 de noviembre de 1551

El angelito sabe lo que debe hacer. El angelito tiene diez años. Al sonar las campanas entrega el mensaje en el palacio, con la contraseña previamente establecida en el reverso de la hoja doblada, la reproducción de una serpiente enroscada a la hoja de una espada. El mensaje dice:

El Alemán está en Venecia. Lugar y hora convenidos.

El angelito sabe perfectamente que tiene que insistir en que Su Excelencia lo reciba inmediatamente, porque de lo contrario habrá azotes y llanto, que el amo que lo ha mandado allí ha dicho que era urgente, que si no habría problemas «para mí y para ti».

El angelito, ricitos rubios hasta los hombros, dientes blancos como las primeras nieves, es una garduña amaestrada: insiste, lloriquea, entrega y desaparece.

El lugar es la iglesia de San Giovanni, detrás del Fondaco dei Turchi.

El hombre sin rostro es puntual. De acuerdo a lo establecido se sienta en el confesionario y espera.

El hombrecillo rapado, desde el otro lado de la celosía, da comienzo a su historia.

Habla de su vida de pecador, de lo poco que asiste a misa, de los muchos años que hace que no se confiesa. Las iglesias, sin embargo, le gustan, comunican una sensación de quietud, y sobre todo esta, tan pequeña, tan apartada, le ha hecho sentir ganas de liberar su conciencia.

El hombre sin rostro maldice para sí. No, no era a este quisquilloso cascarrabias de

acento toscano a quien estaba esperando.

Permanece en silencio, espera a que acabe.

La voz grazna sobre su incapacidad de resistir la tentación del juego. De lo mucho que le pesa el haber ganado esos dineros y de la necesidad de devolverlos para obras de caridad.

Algo es empujado por la rendija de debajo de la celosía, brilla a la luz que se filtra por la cortinilla, se queda enganchado en el borde y con un último empujoncito le cae en el regazo.

El hombre sin rostro está confuso.

La voz se deshace en agradecimientos, pues precisamente tenía necesidad de liberarse de ese peso, y por suerte nunca faltan santos varones dispuestos a prestar oídos, y mientras tanto va calmándose. Sus últimas palabras recuerdan que antes o después todos terminaremos en presencia del Altísimo.

El confesionario está vacío.

El hombre sin rostro se sobresalta. Abandona la nave: nadie.

Abre la palma que encierra la moneda. Las inscripciones son profusas tanto en la cara como en la cruz, tiene que acercársela para poder descifrarlas. Hablan su lengua.

UN DIOS, UNA FE, UN BAUTISMO.

UN REY JUSTO POR ENCIMA DE TODO.

LA PALABRA SE HIZO CARNE.

MÜNSTER 1534.

El hombre sin rostro se precipita fuera de la iglesia.

La luz lo deslumbra. Se detiene. No queda ni rastro del hombrecillo.

El Reino de Sión. Münster. Venecia.

En medio, un mar de tiempo dominado por el enigma.

El Alemán. Que lleva el nombre de un muerto.

El espectro que ha llevado hasta allí aquella moneda.

Todo sucede demasiado deprisa, de repente, bajo la reverberación del cielo sobre el empedrado.

El *campiello* se anima con una extraña agitación. Jóvenes corpulentos de caras siniestras de posesos acuden de lados opuestos: las casacas de los Nicolotti contra las de los Castellani. Primeros insultos, maldiciones, alguna pedrada, garrotes a la vista, luego un revoltijo de cuerpos enloquecidos ocupa la escena entera.

El hombre sin rostro, atónito, de espaldas a la pared, trata de ganar el estrechísimo callejón que flanquea San Giovanni.

A su lado aparece una criatura enorme que lo empuja en esa dirección. El hombre sin rostro se echa para atrás, impresionado por la increíble visión de una mujer de dos metros

de altura, con un sombrero tan ancho como el mismo callejón, del que sobresale el alto tocado de Medusa, de blanco rostro y con los ojos perfilados de azul, los pezones al aire, pintados de rojo carmín, apuntados hacia él a la altura del rostro, los zuecos altísimos, avanza como sobre unos zancos y sonríe.

El hombre sin rostro no está ya seguro de lo que ve. Se vuelve y trata de alargar el paso por el callejón cada vez más estrecho.

Al fondo, el angelito está esperándolo. Hace grandes aspavientos: ven, señor, ven, aquí.

El angelito tiene diez años y sabe lo que debe hacer.

El hombre sin rostro no puede hacer más que ir al encuentro de aquella cascada de rizos dorados. Cuando ve la puerta abierta de par en par en la oscuridad a su derecha, es demasiado tarde ya para tratar de echarse atrás. Bajo sus testículos centellea la hoja que el angelito esgrime con mano firme.

El hombre sin rostro no da crédito a lo que ven sus ojos.

El hermano del Sefardita se encarga de él, el frío de la hoja ahora en su cuello. Una expresión amable y casi una sonrisa en su semblante. Se cierra la puerta a sus espaldas. El hombre sin rostro desciende las estrechas escaleras hacia la débil luz de una antorcha. Nota el acre olor a moho, la humedad que penetra al instante en sus huesos.

El fiel amigo del Sefardita le coloca una capucha, le ata las muñecas tras la espalda. Nadie dice nada.

Le hacen sentarse en un banco maltrecho.

El hombre sin rostro no ve, no siente ya pasar el tiempo. El hermano del Sefardita dice que habrá que esperar, las explicaciones llegarán en el momento debido, no antes. Luego de nuevo el silencio.

El hombre encapuchado siente entumecidas todas sus articulaciones, mucho frío, dobla la espalda, estira las piernas, comienza a acusar la fatiga.

Al cabo de un tiempo infinito tres golpes sordos desde el fondo de la bodega. El hermano y el amigo del Sefardita lo cogen por debajo del brazo y se lo llevan, arrastrándolo hasta un angosto pasadizo. El hombre encapuchado no opone resistencia, piernas que flaquean, siente el chapaleo de una embarcación en el agua. Le hacen subir.

El Jorobado hunde la pértiga y arranca con la barca hacia el dédalo de canales, al amparo de la oscuridad.

El hombre encapuchado no sabe qué suerte le aguarda.

El Sefardita espera en una casa segura en la Sacca della Misericordia. El hombre encapuchado es desembarcado y acompañado al interior de la casa. Un rápido y continuo subir y bajar de escaleras, luego le hacen acomodarse en un sillón.

El Sefardita se sienta enfrente de él. El hombre encapuchado olfatea el cigarro y percibe una luz tenue.

El Sefardita es de modales amables e ideas claras. Dice que la desagradable situación de prisionero vuelve a todo hombre, aun al más fuerte, incapaz de prever el destino inmediato. Si esta le es impuesta además a quien está acostumbrado a decidir sobre los destinos ajenos, no es difícil imaginar la incomodidad que ello puede provocar. No obstante, añadir alguna noticia, que contribuya a aclarar un poco lo que está sucediendo, puede aliviar sin duda su peso.

El Sefardita dice que en Venecia hay que ser especialmente cautos a la hora de elegir a los informadores. Que en Venecia probablemente ese es el oficio más extendido después del meretricio, o, mejor aún, se puede decir que no se diferencia en nada de este último. En Venecia los informadores no tardan en cambiar de bandera. Por lo demás, lo único que un espía pide es una buena paga y seguridad para su persona; quien sepa ofrecérselas, gozará de sus servicios. Por lo que es posible que semejantes inconvenientes sean debidos a las escasas remuneraciones ofrecidas por los inquisidores, o bien a la excesiva generosidad de sus adversarios. Y no deja de ser divertido que esa espléndida remuneración provenga en este caso de quien siempre ha sido calificado de avaro y usurero.

El hombre encapuchado oye avanzar sus pasos en círculo.

Al cabo de unos segundos la voz prosigue. Dice que fiarse de informadores poco leales ha sido ciertamente una ligereza, pero no la única. No dejar ninguna vía de salida al enemigo, en efecto, es una imprudencia no menos grave. Estrechar el lazo en el cuello de toda una comunidad, hacerle presagiar un futuro de sufrimiento y de muerte, no puede sino desencadenar reacciones sorprendentes. El hombre de espaldas contra la pared es el que mejor se defiende. La guerra, no solo la espiritual, es un arte refinado igual que la diplomacia, que deriva de ella. Y en este arte los judíos, a su pesar, están obligados a destacar. Cuando uno se ve rodeado, se urden tramas; frente a la muerte se lucha.

El Sefardita anuncia que habrá mucho más de que hablar, como por ejemplo de ese turco que se jacta de estar a su servicio por cuenta del Sultán. Pero cada cosa a su debido tiempo. Porque antes, tras unas pocas horas de reposo, le espera otro viaje.

El hombre encapuchado se deja extender en un camastro y cae en un sueño inquieto.

Capítulo 41

Venecia, 3 de noviembre de 1551

Gélida claridad del alba.

Escruto las breves olas encrespadas de la laguna, que deben llevarme a la derrota. Ponerme frente a su rostro.

Isla de San Michele. Una iglesia, un claustro, un cementerio.

En pocos días cuajan los movimientos de toda una vida. Se juega la partida final, sin un resultado previsible.

Debe evitarse toda demora. El viejo baptista, la liebre herética, Tiziano, por fin descubierto. Su cazador en Venecia. Los judíos sujetos por una mordaza que lleva directamente al patíbulo.

Décadas de tramas y asaltos, traiciones y retiradas, actos atrevidos y remordimientos, se vienen abajo de golpe. Profetas y reyes de un único y trágico día; cardenales y papas y nuevos papas; banqueros, príncipes, mercaderes y predicadores; literatos, pintores y espías y consejeros y rufianes. Por todas partes, y para todos, la misma guerra. Estos, y yo entre ellos, son los más afortunados. Han disfrutado del privilegio de luchar en ella. Pobres miserables o nobles, bastardos o héroes, infames espías o caballeros de los humildes, sórdidos mercenarios o profetas de un tiempo nuevo, eligieron el campo de batalla, abrazaron una fe, animaron el fuego de la esperanza y de la vanidad. El campo de batalla no es otro que aquel en el que encontraron a quien había de desgarrar sus carnes; la fe, la que los traicionó en el último día; el fuego, la hoguera donde aún arden. Ellos fueron los artífices de la ambigua fortuna y de la incesante ruina. Llenaron, día tras día, la copa del veneno que había de matarlos.

Debemos pedir perdón, por una suerte demasiado propicia. Gozar hasta el fondo del privilegio. Elaborar un último plan. Intentar una salida alocada.

No quedarse mucho esperando. La vaga luz del amanecer comienza a dar forma a las lápidas y a las blancas cruces, rala tropa que desciende hasta el agua.

El campanario de San Michele destaca sobre la llana isla, apuntado hacia las estrellas que van desapareciendo una tras otra. Una brisa marina que le hace encorvarse a uno bajo el capote de lana. El cansancio se siente principalmente en las articulaciones y en el dolor martilleante detrás del ojo derecho. La atención se ve arrebatada por cualquier cosa, por cualquier detalle, pide una tregua, tras las largas noches de insomnio, con João al lado, proyectando la operación hasta sus mínimos detalles. En lontananza, barcas de pescadores que regresan, virando en alta mar para evitar los insidiosos bajíos de la marea baja. Las primeras gaviotas alzan el vuelo o se posan en las calmas aguas.

Debería estar tenso, agitado. En cambio, advierto únicamente un gran cansancio en los huesos, los reumas, así como también un cierto titubeo. Tal vez en el fondo quisiera no saber. Quisiera mantener la sospecha que me ha acompañado todos estos años. Volver la página e iniciar una historia más modesta, hecha de blandas camas y afectos no menos acogedores. Arrastrarme lejos del campo de batalla y descansar, finalmente.

Pero los muertos volverían a interrogarme. Todos esos rostros insisten en la memoria y hablan de que es al último hombre que ha quedado en pie a quien corresponde ajustar las cuentas. Descubrir la verdad. Tal vez les debo más a ellos que a mí mismo, a aquellos que se quedaron en el campo de batalla, a los profetas traicionados por sus propias profecías, a los campesinos que empuñaron las azadas como si de espadas se tratara, a los tejedores que se convirtieron en soldados para destronar a obispos y príncipes, a los compañeros de toda la vida. Se lo debo también a los judíos, extraño pueblo de peregrinos sin meta que me ha acompañado en el último trecho del camino.

O bien no. A veces pienso que esta ha podido ser la ilusión que ha servido para que continuase, para trazar nuevas rutas, para no detenerse y admitir que por encima de todo han sido los años los que me han traicionado.

Lo uno y lo otro al mismo tiempo, tal vez. No consigo dar ya a las cosas la misma importancia de antaño. Y sin embargo debería hacerlo. Ahora que voy a tener la confirmación que he buscado durante tanto tiempo; ahora que la historia puede encontrar una conclusión. Ahora casi lo siento. Porque sé que me sentiré desilusionado de todas formas. Desilusionado de haber llegado hasta el final, desilusionado de reconocer al hombre que durante treinta años nos ha vendido al enemigo. No deja de resultar jocoso, ridículo, que sobre todo yo sienta ganas de pedirle que recuerde el pasado, de hacer resurgir de nuevo todos esos rostros. El único que conoce de verdad mi historia, que puede hablarme aún de aquella pasión, de aquella esperanza. Es el deseo estúpido y banal de un

viejo. Nada más. O acaso no es más que el cansancio que arrastro, el sueño acumulado que apaga los ánimos.

En el horizonte aparece una barca, se dirige derecha hacia la isla.

Está bien, es hora de acabar con esto.

El Jorobado acerca la barca al pequeño embarcadero. El hombre encapuchado es ayudado a bajar. El Sefardita le libera las manos y lo despoja de la capucha. Luego vuelve atrás y sube de nuevo a bordo.

El viejo se masajea las muñecas, entorna los ojos enrojecidos, rostro marcado por el cansancio y pelos grises revueltos. Se lleva una mano al entrecejo para masajearse una cicatriz profunda, luego clava la mirada en mí.

Trato de eliminar el polvo de los años de ese rostro.

Qoèlet.

Es él el primero en hablar:

—Una acción digna del capitán Gert del Pozo.

—¿Cuándo lo supiste?

La palma aprieta en la vieja herida:

—Volví a Münster. —Carraspea, arrebujándose en la oscura capa—. Te he buscado durante años y al final has sido tú quien ha dado conmigo.

—Pero ya lo sabías.

—No fue demasiado difícil: Tiziano el baptista, un rufián con el nombre de un hereje, Amberes, los supervivientes de Münster. Hace tres días tuve la última confirmación. Una trampa bien urdida. Solo podía ocurrírsete a ti.

—Me dijeron que habías perdido la vida en Münster, tratando de forzar el cerco de los partidarios del obispo.

Se apoya en una de las lápidas, las manos en las rodillas, la mirada baja. Tampoco él tiene edad ya para gélidos amaneceres como este. Y sobre todo no tiene una razón para no recordar.

—Te fuiste la primavera del treinta y cuatro, en busca de dinero y municiones a Holanda. Me hiciste un favor: me hubiera desagradado ver que también a ti se te tragaba la ruina que me disponía a acelerar. Había llegado a Münster con un encargo: ponerme del lado de los anabaptistas en la lucha contra el obispo, convertirme en uno de ellos a todos los efectos, ayudarlos a transformar la ciudad en la Nueva Jerusalén, y en el momento oportuno hacer saltar por los aires aquella esperanza. Me presenté a Bernhard Rothmann con una espléndida donación para la causa, contándole que era un ex mercenario que había permanecido lejos de Münster durante muchos años. Más que mi historia pudo el dinero.

Miro a ese hombre encorvado, y me cuesta reconocer a aquel a quien confié la defensa de la plaza del Mercado en los días en que tomamos Münster. Solo es el despojo de mi

lugarteniente, Heinrich Gresbeck.

Prosigue:

—Me junté a ti porque me dijeron que habías luchado con Thomas Müntzer: eras el único con el que podía contar. La llegada de Matthys, su rápido fin y la repentina aclamación de Beuckelssen como sucesor suyo facilitaron el trabajo. Solo faltaba que te fueras tú. Me convertí en el confidente de Bernhard Rothmann, entonces la pálida sombra del ferviente predicador que había hecho alzarse a los anabaptistas contra el obispo. Desempolvé las lecturas de Wittenberg, me pasé días y noches discutiendo con él sobre el ordenamiento de la Nueva Sión, de las antiguas costumbres de los patriarcas de la Biblia para ayudar a su mente vacilante a alumbrar los absurdos más letales.

»Tampoco esto fue difícil: Beuckelssen se proclamó pronto el Nuevo David, rey de Sión, y tras la sugerencia del teólogo de la corte Rothmann, instituí lo de la poligamia, para restablecer las costumbres de los Padres. Fue el colapso. No recuerdo cuántas fueron las mujeres ajusticiadas por no haberse querido someter a las nuevas ordenanzas. De esos meses guardo un vago recuerdo, como de un sueño. El hambre, las casas puestas patas arriba para encontrar la última hogaza, los jueces niños, con la muerte en los ojos, señalando a todo aquel que sobraba por las calles. Cuerpos pálidos y demacrados que se arrastraban por la ciudad, ya inconscientes. Habría podido marcharme y dejar que el fin llegara por sí solo. En cambio, por alguna extraña alquimia, sentí que el último gesto de piedad solo podía corresponderme a mí. Tenía que poner fin a aquella agonía.

Endereza la espalda, con esfuerzo, como si le pesaran una barbaridad los hombros. Los ojos miran fijamente a un punto indefinido de la laguna.

—Salté las murallas, recorrí la media legua que las separaba del frente de los partidarios del obispo, a riesgo de recibir un disparo, me agazapé en un foso y me quedé allí durante horas, convencido de que si levantaba la cabeza ofrecería un excelente blanco a los mercenarios de Von Waldeck. Me capturaron y escapé a la muerte, reconstruyendo con barro un modelo de las murallas e indicando cuáles eran los puntos por los que se podía penetrar. No fue suficiente: tuve que demostrar lo cierto de cuanto afirmaba volviendo a subir por la noche a las murallas y volviendo incólume al campamento. ¿Recuerdas? Fuiste tú quien me confió el control de las defensas. Las conocía palmo a palmo. Solo yo podía hacerlo. El golpe de gracia me tocaba a mí.

Se dobla de nuevo, abrumado por el peso.

Le alargo las hojas amarillentas, polvo entre los dedos. Lee, manteniendo las páginas a distancia y frunciendo los párpados.

—Las has conservado durante todo este tiempo… —Me devuelve las cartas que le escribió al Magister Thomas hace veinticinco años.

—¿Estabas a sueldo de Carafa ya entonces?

—He sido la tesela de un mosaico que ha ido componiéndose a lo largo de decenios. Cuando me reclutaron solo era el ayudante de bibliotecario de la Universidad de Wittenberg. Mi cometido consistía en no perder de vista a Lutero. En aquel entonces solo unos pocos se habían dado cuenta de lo que un pequeño y obtuso fraile agustino podía desencadenar. Carafa fue el primero en comprender que los príncipes alemanes lo utilizarían como ariete para hundir los portones de Roma y para castigar al arrogante vástago al que los Fugger habían comprado la corona imperial. En aquel enrevesado plan mi papel fue el de incitar el espíritu fogoso del mayor antagonista de Lutero, Thomas Müntzer, con el fin de alimentar el fuego de la revuelta campesina contra los príncipes y su apóstata de la corte. Mientras la rebelión se propagaba por toda Alemania, Roma se tomaba su tiempo y Carafa trataba de convencer a los cardenales del peligro que Lutero representaba. Pero luego las cosas se precipitaron. El jovenzuelo Emperador aún se reveló más ambicioso, a los ojos de Roma, que los pequeños principados alemanes. Desde aquel momento los protectores de Lutero se convirtieron en potenciales aliados contra el Emperador. Pero mientras tanto los campesinos alzados habían empezado a infundir miedo. La revuelta tenía que acabarse. Esas cartas sirvieron para lubricar el engranaje entero. Me valieron el ascenso por acto de servicio.

El viejo Gresbeck toma aliento, carraspea de nuevo, me mira. Una mueca:

—Tras el saco de Roma, en el veintisiete, Carafa se vio favorecido más allá de sus propias previsiones, nadie se atrevió a llevarle la contraria, pues había visto con acierto las cosas desde un principio: los luteranos eran gente descreída, a la que le daba una higa las excomuniones y que saqueaba la ciudad papal. Comenzó a acumular poder, escaló la jerarquía eclesiástica y siguió teniendo muy buenas premoniciones.

Las palabras me salen solas:

—Una red de espías en cada estado.

Asiente:

—Siempre conseguía tener las noticias antes que los demás, gracias a los muchos pares de ojos que mantenía en todo lugar clave. Por todas partes por donde sucediera algo relevante, podías apostar a que el viejo tenía allí a uno de los suyos.

Le insisto:

—¿Por qué te ordenó joder a los anabaptistas en Münster? ¿Qué tenían ellos que ver con Roma?

—Roma está en todas partes, Gert. En vosotros sobrevivía el espíritu de la rebelión contra los poderosos. Lutero había predicado la obediencia incondicional. Era suficiente: con los soberanos siempre es posible negociar. Con vosotros no, vosotros queríais sacudiros de encima su yugo, predicabais la libertad y la desobediencia, Carafa no podía permitirse que ideas de aquel tipo se extendieran. Gracias a mis pormenorizados informes

había podido conocer la fuerza de una masa que marchaba compacta, había visto también lo que podía hacer un solo predicador como Thomas Müntzer. Los anabaptistas tenían que sucumbir antes de que pudieran convertirse en una seria amenaza.

—Carafa volvió a convocar a todos sus espías a fines de los años treinta. El convento de los teatinos fue el centro de reunión.

Parece asombrado:

—Fuiste valiente. —Un estremecimiento le sacude los hombros, pero continúa hablando—: Se nos necesitaba en Italia. Carafa estaba a punto de obtener del Papa la aprobación de su proyecto: la constitución del Santo Oficio. Las motivaciones eran de lo más noble: contrarrestrar la difusión de la herejía con nuevos medios. En realidad, esos medios los había utilizado el viejo ya contra sus adversarios en la misma Roma. Lo que había en juego era lo más alto.

—El solio pontificio.

El estremecimiento llega hasta mí.

—Y la aniquilación de todos sus adversarios. El inglés, Pole, lo había puesto en muchos aprietos, a su manera era un hueso duro de roer, pero Carafa jugó bien sus bazas. Y lo venció. Por un pelo, pero se salió con la suya.

—*El beneficio de Cristo*.

—En efecto. Yo me encargué de toda la operación. Al menos hasta que Carafa consideró que me necesitaba. Desde el principio sabía que detrás de Fontanini y de su libro estaba el círculo de Pole y de sus amigos. Sabíamos que los cardenales espirituales habían leído el libro y lo tomarían como punto de partida para su acción de acercamiento a los luteranos. De haberlo conseguido, Carlos Quinto habría reunido a la Cristiandad bajo su bandera en una cruzada contra los turcos y actualmente ya no tendría adversarios. Pero Pole no salió Papa y ahora los espirituales caen uno tras otro bajo los golpes de la Inquisición. El viejo teatino ha sido una vez más el más listo: ha vuelto el arma de sus adversarios contra ellos.

El sol ha despuntado en la laguna, un círculo rojo sangre que arroja su estela sobre el agua. Los pensamientos se agolpan en la mente, pero tengo que esforzarme por refrenarlos, debo saber, el tiempo resulta precioso.

—¿Qué tienen que ver los judíos en todo esto? Carafa ha establecido un acuerdo con los venecianos, ¿no es cierto?

Un nuevo gesto de asentimiento, los ojos cada vez más diminutos y hundidos por el cansancio:

—Los judíos no son más que una moneda de cambio. Todos tienen algún interés en su ruina: si los marranos son reconocidos culpables de practicar en secreto el judaísmo, los venecianos podrán requisar todos sus bienes. Carafa se los sirve en bandeja de plata y a

cambio planta el estandarte de la Inquisición en Venecia, lanzando una operación a gran escala en el estado que es famoso ya por su independencia de Roma. Serán varios los soberanos en Europa a quienes les entre un sudor frío ante una noticia de este género. También esta vez te encuentras en el otro bando, capitán.

Me quedo en silencio, bajo el lento espumar de la marea y el chillido de una gaviota.

—¿Es esta tu tarea? ¿Mandar a la sombra a los judíos?

Una sombra atraviesa su mirada, como si tratara de hablar, la voz es un murmullo:

—Para eso fui mandado a Venecia.

El cansancio invade cada resquicio del cuerpo, el dolor de cabeza ha aumentado, me aprieto con un dedo la sien y me apoyo también yo en una lápida para aliviar mis piernas.

Heinrich Gresbeck escruta el horizonte, luego vuelve a mirarme a mí: los años no lo han perdonado, la noche ha sido larga e insomne para ambos.

—¿Cuál es la recompensa esta vez?

Sonríe:

—Un rápido fin, probablemente.

—¿Es esta la recompensa para el servidor más fiel?

Se encoge de hombros:

—Soy el único que conoce toda la historia desde el principio: Carafa no puede correr el riesgo de tenerme aún en circulación. No ahora que se dispone a asumir él todo el poder.

Dejo que mi mirada recorra las tumbas. En cada una podría leer el nombre de un compañero, volver a recorrer las etapas que me han traído hasta aquí. Pero no consigo sentir odio. No tengo ya fuerzas para despreciar. Miro a Gresbeck y no veo más que a un viejo.

Capítulo 42

Venecia, 3 de noviembre de 1551

La embarcación pone proa mar adentro. Bernardo y Duarte reman a la vez, Sebastiano a popa, listo para evitar los bajíos con la pértiga o para virar. João a proa, a mi lado. El hombre encapuchado se sienta enfrente de mí.

Nos espera una de las naves de transporte de los Miquez, anclada a una milla de la ciudad, en el silencio roto tan solo por los golpes de remo en el agua y por los chillidos de las gaviotas.

¿Es así como termina un duelo que ha durado toda una vida?

Desde la carraca de Miquez nos lanzan una maroma y una escala de cuerda. Desde lo profundo, oigo a Gresbeck estallar en una carcajada, que suena lúgubre a mis oídos, como un presagio de muerte. Y también a los de João, porque, por un instante tan solo, pierde su proverbial sonrisa y gruñe en español:

—*¿Por qué coño te ríes?*

—Señores, sé que debería deciros muchas cosas. Pero por desgracia la situación no permite abandonarse a los recuerdos.

Mira fijamente a Gresbeck a la cara:

—Como habrá comprendido, Excelencia, soy João Miquez. El hombre al que estáis tratando de joder.

Gresbeck ni se inmuta, callado.

Para João no es este un día de sonrisas.

—El alcance de vuestro acuerdo con las diez carroñas del Concilio ha de ser tal, y tan explícito para ambos, que debe haceros pensar que basta con las más ridículas patrañas. Como esa que se os ha ocurrido sobre las confesiones de… ¿cómo se llama? Tanusin Bey, me parece, que acusa a mi familia de estar a la cabeza de la red de espías del Sultán en la Serenísima. Me pregunto de qué inmundo lugar lo habéis sacado. Me imagino que no os habrá sido difícil convencer a cualquier matachín para que se preste a vuestros fines.

Gresbeck permanece mudo, impasible.

Miquez continúa:

—¿Y qué decir de los procesos por prácticas judaizantes? Primero nos obligasteis a besar la cruz con los haces de ramas de la hoguera ya encendidos y ahora nos venís a decir que lo hicimos por simple conveniencia y que en realidad somos los mismos de siempre. —Asiente para sí—. Está bien. Os han mandado aquí desde Roma para quitarnos de en medio. Y los venecianos os dejarán actuar, mejor dicho, os ayudarán en la tarea. Son unos locos y acabarán en la ruina. Vos y yo lo sabemos. No hay uno solo de los mercaderes de aquí que en cinco años no haya hecho negocios con mi familia. No hay uno solo de los chacales que se sientan en el Consejo que no haya contraído préstamos con nosotros. Sin los judíos Venecia hará aguas, el Sultán se aprovechará de ello y los negocios se acabarán, esta ciudad volverá a ser un simple escupitajo en los mapas, aplastado entre los imperios. Estos aristócratas tan llenos de vanagloria están condenándose a convertirse en pequeños hidalgos de campo.

Suspira:

—Pero da lo mismo. Si así lo han decidido, sabed, Excelencia, que no nos dejaremos encarcelar sin replicar. Los mercaderes que dependen de los cordones de mi bolsa han anunciado ya que suspenderán todo comercio con Oriente si las autoridades no ponen fin a esta indiscriminada caza de judíos. Y por lo que se refiere a vos, si lo que dice vuestro viejo conocido aquí presente es cierto, creo que el cardenal Carafa deberá prescindir en esta ocasión de su primer agente.

Gresbeck continúa mirando sin pestañear, con expresión inofensiva y el cansancio pintado en el rostro, la respiración pesada.

João se levanta y pasea arriba y abajo pensativo.

—No es precisamente agudeza lo que os falta, señor mío, y sois capaz de comprender sin duda lo que me interesa.

Vuelve a sentarse. Silencio. Solo el chapaleo de las olas y pasos amortiguados por la cubierta. La luz del día entra por dos grandes ventanas laterales iluminando el camarote del capitán: una mesa, dos sillones y un catre.

Levantarme me cuesta un inmenso esfuerzo. Gresbeck me dirige una serena mirada. Me siento en un borde del escritorio, apartando el pedazo del mapa del Adriático. Me toca a mí.

—La ventaja de haber llegado hasta aquí es que no tenemos ya ninguna necesidad de engaños mutuos. A los cincuenta años no tengo ya el fuego sagrado de la revuelta en las venas, y hace dos noches que no pego ojo. El cansancio me ayudará a ser claro, a ahorrarme las palabras. —Me aprieto las sienes con los dedos para aliviar la jaqueca—. Tu jodido amo tiene setenta y cinco años. Una edad que la mayor parte de los hombres pasa bajo tierra. Lo que yo me pregunto es qué pretende ese viejo inmundo de sí mismo, de sus hombres y de nosotros. Me pregunto cuál es el verdadero móvil que lo ha impulsado todos estos años. ¿Derrotar la herejía? ¿Castigar los intentos de liberación de los pobres miserables? ¿Crear los tribunales de la conciencia para controlar el pensamiento de los hombres? Me pregunto de qué ha servido acumular todo ese poder. Y más ahora que las cabezas de los cardenales espirituales caen una tras otra y que en Venecia avanza la reacción contra los judíos, me pregunto por qué. No es el dinero de los sefarditas, ni los negocios de la Serenísima, ni el ajuste de cuentas con los enemigos espirituales. Y tampoco el solio pontificio, Heinrich. A los setenta y cinco años no. Hasta ahora Carafa no se ha propuesto como papable. La apuesta es algo más alta que todo esto junto. Algo que pende sobre nuestras cabezas. Para comprender lo que está sucediendo aquí, qué nos espera, tenemos que conocer sus designios hasta el fondo.

Bajo los bigotes de Gresbeck una sonrisa sin arrogancia.

Respira ronco, voz profunda:

—El Plan. Ese en el que lleva trabajando Carafa toda la vida. Lo que llena la boca del más modesto clérigo de campo, que campea en los estandartes de los ejércitos, en las espadas de los conquistadores del Nuevo Mundo, en los frontones de las parroquias y de las catedrales. —Deja caer las palabras como si fueran piedras—. A la mayor gloria de Dios.

Apenas menea la cabeza:

—Imponer un orden en el mundo. Permitir a la Iglesia de Pedro el seguir siendo el árbitro indiscutido del destino de los hombres y de los pueblos. Más que nadie, Carafa ha comprendido en qué se basa un poder milenario. Un mensaje sencillo: el temor de Dios. Un aparato gigantesco y complejo que lo inculque en las costumbres y en las conciencias. Difundir el mensaje, manejar el saber, observar y cribar el espíritu de los hombres, perseguir todo impulso que ose rebasar ese temor. Carafa se ha arrogado la inmensa tarea de poner al día los fundamentos de ese poder, a la luz de los nuevos tiempos. La ambición que él encarna ha bebido de toda debilidad del cuerpo de la Iglesia, consiguiendo transformarla en un punto fuerte. Lutero fue su primer enemigo acérrimo y su mejor aliado.

Sin hacer mella en el temor de Dios, el fraile agustino puso a todos frente a la necesidad de un cambio. Fueron los hombres más inteligentes los primeros en reparar en ello, como Carafa, como Pole, como los fundadores de las nuevas órdenes monásticas. A más de treinta años de distancia, los únicos que han quedado aún en el juego. Era preciso responder con armas adecuadas al desafío lanzado por Lutero. Y de esto surge el conflicto: Pole y los espirituales estaban dispuestos a mediar con tal de mantener unida a la Cristiandad. Carafa no, prefería librar a los protestantes a su suerte antes que ceder aunque fuera el menor resquicio de la autoridad absoluta de la Iglesia: era preciso rebatir a los luteranos devolviendo golpe por golpe, hacer limpieza en la propia casa y dotarse de aparatos nuevos que aceptaran el desafío. De haberse impuesto los espirituales, ello habría supuesto para Roma la pérdida de su primacía. Si a un fraile cualquiera o incluso a un laico como Calvino le hubiera estado permitido discutir de igual a igual con el descendiente de Pedro, ¿qué habría sido del orden milenario? ¿Qué habría sido de la Iglesia de Roma? ¿Qué habría sido del Plan?

Gresbeck se detiene, exhausto.

Miquez no puede contenerse más:

—En el punto en que estamos, señor mío, la pregunta que hay que hacerse es más bien otra. ¿Qué será de nosotros?

El mismo tono calmo:

—Seréis sacrificados.

Lo miro a los ojos:

—A la mayor gloria de Dios.

—Por supuesto. Y esta vez, micer Miquez, no será como en Portugal, o en España o en los Países Bajos. Esta vez será para siempre. El proceso abierto contra doña Beatrice ha sido puesto ya en marcha; se resolverá en un par de días. Lo único que a los venecianos les interesa es vuestro dinero. Carafa busca una demostración de fuerza de la Inquisición. Quiere reduciros a la impotencia, hacer el vacío en torno a vosotros y aplastaros. Y que la lección sirva de aviso para todos. No podéis comprar vuestra salvación tal como hicisteis en el pasado: los hombres de Carafa son incorruptibles, tienen una misión que cumplir y conocen muy bien cuál es su trabajo. No hay paro de mercaderes que pueda espantarlos, les importa un rábano. Tenéis razón, Venecia sufrirá por ello un daño irreparable, pero quien no sepa adaptarse a los nuevos tiempos, está destinado a perecer.

João está negro, rígido en la silla como una estatua de caoba, no habla.

Gresbeck se dirige a mí:

—Y también tus anabaptistas están a punto de ser borrados del mapa. Del primero al último.

—Imposible.

—La idea de Tiziano era una buena idea. Pero no existe ningún plan perfecto; confiar en la persona equivocada es el tipo de error que acaba pagándose.

Un vuelco en el estómago.

—Hará dos semanas Pietro Manelfi se entregó a la Inquisición de Bolonia. Una memoria realmente sorprendente. Proporcionó todos los nombres, los oficios y las localidades de origen de los afiliados a la secta. Naturalmente, habló también de Tiziano. Si continúa siendo tan condescendiente se ganará el perdón.

Respiro hondo, todo se precipita en mi cabeza. Luego, un presentimiento:

—Lo encontraste tú.

Carraspea:

—Estaba tras sus pasos desde hacía cierto tiempo, esperaba que me condujese a ti. Cuando recibí la noticia salí precipitadamente hacia Bolonia. Apenas el tiempo justo de verlo, pues Leandro Alberti, el inquisidor, había decidido ya enviarlo a Roma para no tener que asumir la responsabilidad de un asunto de esta envergadura. En este momento Manelfi comparece ante la Congregación del Santo Oficio para repetir sus confesiones. Todos aquellos a los que bautizaste en estos años tienen los días contados. —Los ojos grises pasan de mí a João—. Habéis sido valientes. Imprimir *El beneficio de Cristo*, entrar en contacto con todos esos literatos. El golpe de Pontormo ha sido admirable. El anabaptismo era una idea tan absurda que habría podido funcionar. Pero no podíais saliros con la vuestra. No contra Carafa.

João desenvaina la espada con un gesto rápido y elegante:

—Entonces, Excelencia, dejadme que por lo menos me dé el gusto de mandaros personalmente al infierno, privándoos del placer de asistir al resultado de vuestro sucio trabajo.

Gresbeck no se mueve, no mira la hoja.

Levanto una mano:

—No. No lo has dicho todo. Sabías qué suerte te aguardaba, lo sabías desde que me viste ante ti. Podías callar. Podías no decir nada y aceptar la muerte dejándonos en la incertidumbre.

Sonríe:

—Mi tiempo ha vencido, Gert. Cuando los judíos hayan doblado la rodilla Carafa me querrá muerto. Son demasiadas cosas las que sé.

—¿Hay algo más, no es cierto?

—No existe ningún plan perfecto. No existe ninguna trama que pueda verse libre de imprevistos. Y un imprevisto existe siempre, un pequeño detalle que pone en peligro todo en el último momento, considerado irrelevante y olvidado, pero que de repente se convierte en la palanca que puede hacer saltar todo el mecanismo.

João ha bajado la espada:

—¿De qué está hablando?

Gresbeck:

—Tampoco yo tengo ya ese fuego en las venas, Gert. Estoy ya muerto. Que seas tú o un sicario de Carafa, no cambia mucho las cosas. He cumplido órdenes toda mi vida. Puedo permitirme un final distinto del que me está reservado en la próxima esquina. Puedo permitírtelo a ti, al capitán Gert, al adversario de toda la vida.

—¿Por qué?

—Porque somos las dos caras de la misma moneda, porque hemos librado la misma guerra y ninguno de los dos ha salido triunfante de ella. El campo de batalla es de Carafa, la esperanza de los pobres miserables se ha hundido en el fango, pero también Qoèlet debe abandonar la escena.

Esta vez soy yo quien sonríe, las palabras me salen lentas, como si las sopesase en la lengua:

—Te equivocas, Heinrich, aunque pueda parecer fácil creerlo, tú y yo no somos en absoluto iguales. Tú has hecho la guerra de otro, has obedecido órdenes, has desempeñado un papel en su plan. Has servido toda tu vida, por un final que ni siquiera te ha sido dado ver realizado: esta es tu derrota. No has sido derrotado en el campo de batalla, como esos miles de miserables y herejes que lucharon contra sus señores y contra el poder de Roma. No te queda nada, ni siquiera el sentimiento de lo que has hecho. Es por esto por lo que debes ofrecerme la última oportunidad, porque es también la tuya, la última ocasión de recuperar la vida que has vendido a otro.

Permanece en silencio. Introduce la mano por debajo del jubón y me alarga una hoja:

—Manelfi no dio solo los nombres de sus hermanos de fe. Contó una historia, delante del inquisidor. La de un hereje que iba de aquí para allá rebautizando a la gente y la de un cardenal que luego se convirtió en Papa. Una historia que, si llegase a los oídos adecuados, desbarataría todo el plan de Carafa.

Et in primis interrogatus de quis eum initiavit doctrinae anabaptistae, respondit:

En Florencia Tiziano comenzó a predicarme la doctrina anabaptista y me rebautizó diciendo que yo no lo estaba porque no tenía fe cuando de niño fui bautizado, y otras viejas opiniones de los anabaptistas, a saber, que los cristianos no pueden estar al cargo de magistraturas y señorías, dominios y reinos, lo cual es uno de los principios fundamentales de los anabaptistas; sin embargo, no había llegado a ninguna conclusión todavía contra la divinidad de Cristo y otros artículos nuevos establecidos y resueltos en el concilio que se celebró en Venecia, como he dicho más arriba.

Y el dicho Tiziano dijo que los anabaptistas gozaban de la benevolencia de Nuestro Señor Julio III, cosa que podía atestiguar por haberle conocido personalmente antes de que fuera nombrado Papa.

Interrogatus an credat dectum Ticianum convenisse ad cardinalem Ioannem Mariam Del Monte, respondit:

El dicho Tiziano me dijo que había hablado con el susodicho reverendísimo cardenal durante toda una noche sobre distintos asuntos. Y más concretamente sobre ese famosísimo libelo, «Beneficium Christi», y de su autor, fray Benedetto Fontanini de Mantua. Tiziano me dijo que había discutido con Su Señoría acerca de la herejía de dicho libelo, mostrándose de acuerdo en que no había ninguna en él. Item pidió que Su Señoría intercediese por el arriba mentado Fontanini, encarcelado en Padua, puesto que lo consideraba inocente. Dado que Fontanini fue luego puesto en libertad, yo creí en lo dicho por Tiziano.

Item Tiziano frecuentó a muchos literatos, cortesanos y hasta señores, tratando de convencer a todos ellos de la bondad de la doctrina anabaptista y del susodicho «Beneficio de Cristo». Tal hizo en Florencia con los cortesanos de Cosme de Médicis, y también en Ferrara, con la princesa Renata de Este.

Item hizo el mismo esfuerzo por convencer a Nuestro Señor a la doctrina anabaptista, Tiziano, mencionado en mi confesión, de quien no conozco más que su nombre de pila y por cuanto sé fue él quien trajo esta doctrina anabaptista a Italia, y va siempre persuadiendo y enseñando la dicha doctrina.

Espera a que João haya terminado también de leer:

—Es la parte más sorprendente del procesado Manelfi, la deposición que Pietro Manelfi hizo a Leandro Alberti, inquisidor de Bolonia. Una copia llegó a Roma juntamente con el arrepentido, y no os quepa duda de que será debidamente sometida a minucioso análisis tan pronto como alguno de los hombres de Carafa pueda ponerle los ojos encima. La segunda copia, completa de firmas y refrendos, la recibí del propio Alberti, con el fin de entregársela personalmente a Carafa. Volví a copiar ese pasaje antes de depositar el expediente completo en la filial de los Fugger del Fondaco dei Tedeschi. Seguramente es el depósito más valioso que hayan tenido nunca en su caja de caudales, y afortunadamente no lo saben: en él se dice a las claras que el número uno buscado por la Inquisición, Tiziano

el baptista, pudo acercarse al cardenal Del Monte antes de que este fuera elegido Papa, y convencerlo de la inocencia de *El beneficio de Cristo*, hasta el punto de empujarlo a interceder por la excarcelación de su autor. Es cierto que Fontanini salió de prisión gracias a la intercesión de un poderoso. El general de la orden benedictina conoce personalmente al papa Del Monte. Hay pruebas tangibles de la veracidad del relato.

Mi carcajada suena como una confirmación:

—Parece cosa de locos, pero es así.

Miquez se queda perplejo:

—Sigo sin comprender qué hay de tan valioso en él.

Gresbeck, serio:

—Ghislieri y sus compadres están exigiendo a los espirituales uno por uno sus responsabilidades por la difusión de *El beneficio de Cristo* en sus diócesis. Carafa, en el Concilio de Trento, está acusándolos abiertamente de no haber impedido su circulación y en muchos casos incluso de haberla favorecido. ¿Qué pensáis que sucedería si los propios inquisidores tuvieran conocimiento del interés del Papa por el autor y por el contenido de *El beneficio de Cristo*? ¿Qué sucedería si los cardenales procesados, valiéndose de este testimonio, anulasen los cargos que hay contra ellos?

João se inclina sobre la mesa:

—Carafa estaría jodido. Pero ¿quién garantiza que este documento exista de verdad?

—Ni yo ni vosotros tenemos nada que perder.

Capítulo 43

Venecia, 5 de noviembre de 1551

Dos días en vela, aliviados por ocho horas de sueño, bastan para imposibilitar que un cincuentón lleno de achaques se ate como es debido su jubón. Solo al tercer intento recobro por fin mi confianza en lo que hago todos los días. Dejo subir del estómago la agitación necesaria para sacudirme de encima el cansancio.

Gresbeck está ya en el zaguán, envuelto en el capote, con la espalda apoyada contra la cómoda y la cabeza abandonada hacia atrás, como si tratara de concentrarse con la ayuda de largos suspiros. No llevará consigo armas de fuego. Solo una hoja corta, lo mínimo. Es tan viejo como yo. Más cansado. Puedo fiarme de él.

Sujeta a la muñeca, prietamente fajada por una ligera tela oriental, multicolor, doblada varias veces sobre sí misma, de una anchura de unos cinco dedos, cubriendo poco menos que la mitad del antebrazo.

Entrará en la agencia sin despertar sospechas. Tiene carta blanca, los Fugger saben con quién están.

Ceñidos guantes de piel oscura, reluciente, fina, de los curtidores españoles, que me regaló el joven Bernardo Miquez.

Extraño destino, el ajuste de cuentas no es como te lo esperas. Devuelve la imagen reflejada por el suntuoso espejo, tan alto como yo y el doble de ancho, de la residencia de los Miquez, en el extremo de la Giudecca. No es como te lo esperas. Barba rala gris que enmarca el rostro.

Deberá entretenerse el tiempo necesario para retirar el legajo, nada de cumplidos.

La vieja prominencia en la nariz presiona ligeramente la punta hacia la izquierda. El

cabello atado tras la nuca y alisado con aceite, obsequio de Beatrice. Las pistolas terciadas al cinto, acaricio el mango del cuchillo asegurado a la espalda.

Vendrá a mi encuentro, pasándome la pequeña bolsa de tela con el documento dentro.

Cubro las armas echándome al hombro el ala del capote. Una ojeada a Heinrich, reflejado en el espejo, en la misma posición.

Sebastiano nos espera en la embarcación.

Tras el intercambio, saldremos por el lado opuesto del Fondaco, directamente al Gran Canal. De allí, al Tonel. Luego hacia tierra firme.

De repente aparece João; todo está listo. Una seña a Gresbeck, en marcha.

Tomamos por *rio del Vin*, entre las cúpulas de San Marcos y el campanario de San Zaccaria. Sebastiano empuja la barca, Gresbeck y yo sentados uno enfrente del otro. Relaja la tensión de los músculos en el cuello, masajeándoselo largamente. Nadie siente ninguna necesidad de hablar. Tras una amplia curva tomamos por *rio San Severo*, un recorrido tortuoso. Pasamos por debajo de un par de puentes hasta *rio San Giovanni*, luego a la izquierda, el canal se abre, siempre recto.

Desde tierra firme a toda velocidad hacia Trento, remontando el valle del Brenta. Dos días a todo galope, parando tan solo para hacer los relevos, escoltados por seis de los mejores hombres de los Miquez. Alcanzar a Pole a toda costa.

En el cruce con *rio dei Miracoli* tomamos a la izquierda, hasta *rio del Fondaco*. Desembarcamos.

Entregar en mano al cardenal inglés la confesión de Manelfi. Solo Heinrich puede hacerlo.

Cincuenta pasos y estamos dentro. En torno a la entrada algarabía de corrillos: me cruzo con la mirada de Duarte. Solo un gesto con la cabeza. Gresbeck está a mi lado. Entramos en el cuadrilátero del Fondaco dei Tedeschi.

En el centro del patio destaca el pozo, realzado por dos escalones de piedra. Es mi sitio. Ir y venir de hombres de negocios, el inevitable puesto de despacho de cerveza.

Gresbeck dobla bajo el pórtico a la izquierda, se dirige recto hacia la agencia de los Fugger. A la altura de la tercera arcada, entra.

Toco las empuñaduras bajo el capote.

Tres filas de pórticos se alzan en los cuatro lados del patio. Cinco arcadas en tierra, diez en cada uno de los órdenes superiores, cada vez más bajas a medida que se asciende.

A la derecha, cuatro personas discuten acaloradamente, contando con la punta de los dedos.

Un hombre apoyado en una columna, en la salida que da al Canal.

En el ángulo del fondo, a mis espaldas, un grupo de alemanes se pasa unos papeles.

La mirada prosigue su ronda. Otros hombres atareados, entran y salen de continuo, recorren el pórtico. Desde el primer piso, el ruido de los parroquianos de la cervecería, asomados al patio, enfrascados en la charla.

En la entrada principal, más allá del ir y venir, dos hombres de negro están apostados a los lados.

Bultos bajo las capas.

Miran fijamente a la puerta del banco.

Mierda.

Gresbeck está dentro aún. A la derecha, los cuatro no han dejado de contar. El más apartado hace un gesto como queriendo indicar la agencia: esperar. Mira hacia las arcadas superiores, a mis espaldas.

Me vuelvo. Desde la cervecería otro sicario no pierde de vista el banco.

El que está apoyado en la columna sigue allí. Ojos en la misma dirección.

Es una trampa.

Nos joderán.

De nuevo en la entrada principal. Los dos cuervos están nerviosos por el alboroto que llega del exterior.

Duarte entra en el Fondaco a la cabeza de los mercaderes de Rialto. El ruido va en aumento.

La agencia.

Gresbeck viene a mi encuentro. Levanta el brazo apuntando con la pistola.

Me has jodido de nuevo.

Hace fuego.

A mis espaldas un hombre se desploma y grita, caído sobre el pozo. Ruido de hierros por el suelo.

Los mercaderes invaden el patio.

Gresbeck me alarga la bolsa:

—¡Vamos, coño!

Un clamor indistinto, me veo absorbido por el enorme gentío, remonto la corriente que me sirve de escudo, empujones y gritos en todas las lenguas.

Pietro Perna se planta ante mí. Me arrebata la bolsa de la mano y me la cambia por una igual.

Guiña el ojo:

—*¡Habemus papam!*

Se escabulle fuera de la muchedumbre, hacia la entrada principal. La confesión de Manelfi está a buen recaudo.

Me dejo llevar por la marea de los mercaderes de Rialto que forman un enjambre en sentido opuesto, hacia la salida al Canal. No veo a Gresbeck, llego al portal llevado en peso por una nube de hombres vociferantes que parecen enloquecidos. Golpes, gritos. El sicario de la puerta es rápidamente arrollado. Gresbeck reaparece a mi lado, se abre una brecha y somos arrojados dentro de la barca.

Vamos, vamos, al Tonel.

Pasamos por debajo del puente de Rialto, Sebastiano empuja la barca con todas sus fuerzas; tomamos por *rio San Salvador*.

Las manos me tiemblan de la agitación. Sofoco de la cabeza a los pies.

No estoy seguro de lo que ha sucedido. Enfrente de mí el rostro de Gresbeck parece tranquilo, sorprendentemente impasible.

Mientras tomamos a la derecha, por *rio degli Scoacamini*, pide que le pase un poco de pólvora y vuelve a cargar la pistola. Se vuelve hacia atrás, hace un ademán de expresión tranquilizadora: no están siguiéndonos.

Pongo en orden mis ideas, me paso las manos por el rostro.

—¿Dónde la has cogido?

—Gert, en los Fugger uno puede depositar cualquier cosa. Sé lo que has pensado. Pero como ves no he respondido mal a tu confianza. Tampoco en Münster te equivocaste al hacerlo: Heinrich Gresbeck fue un buen lugarteniente.

—He creído que ese disparo era para mí.

—Esos eran sicarios de Carafa. La presa era yo. Me pregunto cómo podían estar ya allí esperándome.

Rio dei Fuseri, lo remontamos hasta *rio San Luca* para desembocar de nuevo en el Gran Canal. Nos dirigimos directamente a *rio dei Meloni*.

—Los Fugger saben con quién juntarse, Heinrich. Su proverbial reserva desaparece frente a quien garantiza que Dios está de su parte. Han sido ellos quienes han dado aviso a Carafa.

Se entrevé la entrada de *rio Sant'Apollinare*, viramos. Ya casi estamos.

Gresbeck sacude la cabeza:

—La caza acaba de comenzar. ¿Cómo llegaremos a Trento? Aunque lo lográramos, Carafa estará esperándonos con los brazos abiertos.

La barca atraca.

Una mueca que quisiera asemejarse a una sonrisa:

—Somos viejos, Heinrich. Lo intentaremos.

Saca un pequeño cuaderno del bolsillo. Hojas amarillentas, envueltas en una tira de cuero atada con un lazo.

—En la caja de caudales de los Fugger había también esto. Es el único rastro de mi

paso. Tómalo, capitán, tuyo es.

Me lo meto en la manga. Saltamos de la barca.

Recorremos el estrechísimo callejón uno detrás de otro hasta la puerta trasera del Tonel.

El ajuste de cuentas no es como te lo esperas.

Capítulo 44

Venecia, 5 de noviembre de 1551 (un instante después)

—¡Bastardos asquerosos, amigos de los cabrones judíos! —Un bofetón—. ¡Se acabó la fiesta!

Pietro y Demetra atados a la silla, tumefactos.

—¡Feo enano de mierda, quiero divertirme antes de ver cómo te asas aquí dentro!

Olor a pez.

Entro a paso lento, apuntando con las armas, el Mulo no consigue darse la vuelta cuando el disparo a bocajarro le revienta la espalda. Cae redondo al suelo.

Apunto con la otra pistola.

Gresbeck con la suya.

Ellos son tres.

No les ha dado tiempo a sacar sus armas.

Unos ojos como platos sobre los cañones.

Inmóviles.

Con el rabillo del ojo: la bolsa. Sobre el mostrador. La confesión de Manelfi.

Adelantarse y cogerla.

Pero es Heinrich quien se mueve, lentamente, a lo largo de la pared, apoya la mano sobre el pulido mármol.

Es suya.

Una sombra en las escaleras, detrás de él.

—¡Cuidado!

Se vuelve de golpe, la hoja le pasa rozando la cara, su pistola hace fuego, le da en

pleno pecho, el sicario del Mulo rebota contra los escalones.

El que está al lado de la chimenea da un patadón al recipiente, la pez se derrama sobre las ascuas, una llamarada que llega al techo.

Se abalanza sobre mí, empuñando la hoja.

Como el mordisco de un perro en el brazo izquierdo.

Pego un alarido.

Lo cojo por el pelo de detrás de la nuca mientras pierde el equilibrio y le chafo la cara contra la esquina del mostrador.

Las llamas trepan por las cortinas, corren por el suelo hasta los pies de Perna y Demetra.

Rápido, sin preocuparse por el dolor desgarrador.

Suelto las ataduras.

Libero a Demetra.

Luego a Pietro. Murmura entre sollozos: —¡Hijos de puta!

Más allá de la cortina de fuego veo a Gresbeck sacar el puñal.

Uno contra uno.

Aquel duda.

Heinrich sonríe. Clava la hoja con un impulso instantáneo.

Un estertor, el muy bastardo echa el alma por la boca.

Toso, el humo ha invadido la estancia. Demetra sufre un vahído, la arrastro en peso con el único brazo. Hasta la salida. Estamos fuera. Una estela de sangre. La mía. La cabeza me da vueltas, las piernas no me sostienen.

Perna tose:

—La bolsa… la confesión…

Me vuelvo, Gresbeck no está.

He de volver dentro. Debilísimo, la náusea oprime el estómago, la vista nublada. Respiro hondo, no puedo perder el sentido. Recorro los pocos pasos hasta la puerta, una distancia infinita.

Desde el umbral entreveo su forma en medio de la sala: la bolsa en la mano.

Entre él y yo una cortina de fuego.

Un estrecho paso, bloqueado por dos mesas derribadas.

—¡Por aquí!

Una rodilla cede.

La máscara fragmentada del Mulo se alza entre el humo, a sus espaldas. Empuña un atizador.

Grito, mientras cae el golpe.

Se desploman ambos.

Dejo de verlos. No, Gresbeck vuelve a levantarse, se tambalea. No tiene ya la bolsa, mira alrededor.

Un instante.

Justo el necesario para ver caer sobre ellos el arquitrabe del techo.

Capítulo 45

Costa ferraresa, cuatro días después

La larga y estrecha embarcación es arrastrada a un banco de arena por los marineros. Con el brazo sano ayudo a Demetra a arrastrar los bajos de la falda empapados de agua. Perna, por su parte, sumergido hasta la cintura, maldice en voz baja.

Nos detenemos en la playa, bajo el opaco sol que no calienta.

Demetra me toca el vendaje:

—Trata de no mojarte la herida. Y come mucha carne, pues has perdido mucha sangre.

Le sonrío, el afeite apenas consigue disimular los morados de su rostro.

—No te preocupes, has hecho un excelente trabajo en este maltrecho brazo. Quedará como nuevo.

João y Bernardo estrechan la mano al pequeñajo Pietro.

—¿Estáis seguros?

Perna abre los brazos, los puntos de sutura en el pómulo lo obligan a mantener un ojo cerrado: —Vamos, João, ¿tú me ves a mí entre los mahometanos? El turbante no me pega en absoluto y luego esa gente no toma vino. ¡No bebe ni siquiera agua! No, gracias, eso no va con Pietro Perna da Lucca. Prefiero quedarme.

Lanza una mirada complacida a Demetra:

—Estaré en excelente compañía.

Bernardo lo abraza levantándolo en peso.

Duarte lo besa en la mejilla ilesa, haciéndole enrojecer.

Los ojos esmeralda de Demetra relucen.

Le acaricio el rostro:

—¿Qué harás ahora?

—Volveré a comenzar en otra parte, creo. O tal vez acepte la propuesta de Pietro. Saldré de esta, no temas.

Perna está incómodo:

—Ferrara es siempre una buena plaza, ¿entendido? Un buen punto de partida para empezar. Tengo aún varios contactos repartidos aquí y allá por Italia, habrá mucho que hacer. Seguirán imprimiéndose libros, amigo mío, no temas, el ingenio de los hombres encontrará la manera de reaccionar contra los Índices e incluso un día hasta de borrarlos del mapa. Siempre hará falta alguien que vaya por ahí vendiendo libros, no te quepa duda.

—Dicho por ti, Pietro, suena como una garantía.

Se ríe a carcajadas emocionado. Nos abrazamos.

João señala el sendero al borde de la pineda: —El coche está esperándoos.

Pietro recoge la alforja:

—Adiós, cabeza cuadrada de alemán. —Baja la voz—. Y cuidadito con el nalgatorio entre los mahometanos y cuidadito también dónde metes el pájaro, ¿entendido? —Luego sonríe—. ¡Adiós a todos!

Demetra:

—Buena suerte, Ludovico. Y buen viaje.

—La mejor suerte para los dos.

Se encaminan por la húmeda arena. Él, pequeñajo y rechoncho; ella, alta y elegante. En el lindero de la pineda, Perna se vuelve hacia nosotros, haciendo grandes aspavientos en un último saludo. Grita algo que se lleva el viento.

Los vemos desaparecer entre los pinos.

João se pone a mi lado:

—Tenemos que irnos. La barca de doña Beatrice debe de haber alcanzado la nave.

Nos recibe en la cubierta de la nave capitana de la flota de Miquez. El viento ha soltado algunos mechones del peinado, sin restarle nada de fascinación como mujer, o, mejor dicho, confiriéndole un aire sensual que afecta al bajo vientre y al corazón.

Le beso la mano, manteniéndola durante un instante entre las mías: —La perspectiva de viajar a tu lado hace más dulce la derrota, Beatrice.

Se aparta el pelo del rostro con una caricia: —¿Derrota, Ludovico? ¿De veras lo crees? ¿No estamos acaso vivos y somos libres de surcar los mares?

Bernardo dirige algunas órdenes al capitán de la nave, de un extremo al otro de la cubierta resuenan los silbidos y las advertencias.

Le sonrío:

—Tienes razón.

No añado nada más. La hija y la joven criada la acompañan al camarote.

Desde el castillo de popa, João me hace señales de que vaya.

—El capitán dice que el viento es favorable. Mejor no perderlo. Llegaréis a Lissa dentro de un par de días como máximo. Luego Ragusa. Otros dos días para Corfú. Una vez en Zante, estaréis fuera del alcance de los venecianos.

—¿Qué significa?

Baja la mirada:

—Bernardo y yo nos volvemos a Venecia.

—¿Os habéis vuelto locos? Os quieren muertos.

El sefardita mira fijamente la línea de la costa esfumada por la niebla.

Suspira.

—Ludovico, tú no puedes comprender. Somos una familia: tenemos un patrimonio que defender. Mi tarea no es otra que tratar de recuperar todo lo que sea posible de las garras de los venecianos. Y créeme, no lo he elegido yo.

Me vuelvo instintivamente hacia el camarote de Beatrice.

La sonrisa de Miquez:

—En cierto sentido, también yo, como toda la gente que ves en esta nave, estoy en la lista.

Vuelve a contemplar fijamente la costa:

—No podemos dejarlo todo en Venecia.

—¿Crees que te van a traer todo tu dinero en bandeja, después de todo lo que han hecho para joderos?

—En absoluto. Tendré que hacer uso de la diplomacia, del engaño y tal vez también de la fuerza. Todas las armas del arsenal de los Miquez.

Me arranca una risotada.

—Y luego hay otro motivo para volver atrás. La familia de la que te hablo es grande como un verdadero pueblo. En Venecia hay cinco mil marranos, como los llaman, y corremos el riesgo de que sean todos encarcelados o asesinados. Hay que encontrar la manera de sacarlos fuera lo antes posible.

Asiento.

—¿Qué haremos en tierras del Sultán?

—Constantinopla te gustará, ya verás. La ciudad más grande del mundo, de más de medio millón de hombres. También allí son muchos los que nos deben favores, con Solimán a la cabeza.

—¿Qué clase de favores? ¿Esos de los que te acusaba un tal Tanusin Bey?

Sonríe:

—Ludovico, la casa de los Miquez es grande como el mundo. Por cada puerta que se cierra, ha de abrirse otra. —Una fuerte palmada en la espalda—. Hasta luego, amigo mío.

Nos veremos en Constantinopla.

João desciende a cubierta, donde Duarte está ya esperándolo junto al hermano.

Alcanzan la pequeña embarcación atracada bajo la nave. La vela se dobla al viento con un chasquido.

La veo deslizarse, mientras el capitán de la nave capitana da la orden de levar anclas.

Mar adentro de las costas romañolas he dejado de contemplar el horizonte, aterido de frío.

Debajo de la manta estiro los huesos doloridos sobre un catre. Beatrice me espera, pero antes un lío de pensamientos y sensaciones pide ser desenredado.

Hojas decrépitas, ahora ya polvo pasados treinta años.

La moneda del reino de un solo día.

La copia de un libro que no dejará huella.

Un cuaderno repleto de apuntes.

La más extraña herencia que podría confiarme el destino.

Heinrich Gresbeck, o cualquiera que sea su nombre, es el último rostro que viene a ocupar su sitio en la galería de los fantasmas. Tal vez sus mejores días hayan sido los pasados a mi lado. Tal vez es así como debería recordarlo.

Deseaba que fuera mi mano y no la de los sicarios de Carafa la que lo hiciera caer. En cambio, ha sido víctima del más ridículo de mis enemigos y de su propia maquinación. El Mulo: miserable rufián que quería vengar una afrenta sufrida, aprovechándose de la jauría lanzada contra los judíos. Habría tenido que darle muerte entonces. La carcajada que me ha acompañado en los últimos tiempos vuelve a subir a mi garganta: los destinos de los poderosos y de los hombres pendientes del gesto del último de los necios.

La confesión de Manelfi ha ardido. Los hombres no sabrán nunca que aquellas pocas páginas habrían podido cambiar para siempre el curso de los acontecimientos. Los detalles se escapan, las sombras menores que han poblado la historia vuelan olvidadas. Alcahuetes, pequeños clérigos mezquinos, fugitivos de la ley descreídos, esbirros, espías. Tumbas anónimas. Nombres que nada dicen, pero que han coincidido en las estrategias, en las guerras, las han hecho saltar por los aires, unas veces con la terca conciencia de la lucha, otras por pura y simple casualidad, con un gesto, con una palabra.

Yo he estado entre estos. De parte de quien ha desafiado el orden del mundo.

Derrota tras derrota hemos probado la fuerza del plan. Lo hemos perdido todo cada vez, para obstaculizar su camino. Con las manos desnudas, sin otra elección.

Paso revista a los rostros uno por uno, el pueblo universal de las mujeres y de los hombres que llevo conmigo hacia otro mundo.

Un sollozo estremece mi pecho, escupo el nudo.

Hermanos míos, no nos han vencido. Somos libres aún de surcar los mares.

En cubierta el viento corta la cara vuelta hacia el ocaso. Doy vueltas al cuaderno entre las manos. Desato el lazo que mantiene juntas las páginas. Las hojeo. Fechas, lugares, nombres. Reflexiones pergeñadas con letra menudísima.

Una hoja doblada me cae en el regazo. Una carta distinta.

A Giovanni Pietro Carafa:

Señor, esta es la última misiva de quien os ha servido durante más de treinta años.

Los nuevos tiempos que os disponéis a inaugurar deben olvidar a sus anónimos artífices, a aquellos que han hecho que los acontecimientos se ajustaran al plan. Los nombres ilustres de los vencidos y de los vencedores permanecen en las crónicas, a disposición de quien quiera recomponer la intrincada peripecia de una época y de lo que ella ha producido. Cuando las acciones estén ya lejanas y las vidas hayan cedido paso al futuro, de ese silencioso ejército de soldados de fortuna, oscuros constructores del laberinto, no quedará ya ningún rastro. Así pues, no se trata más que de acelerar el momento de esta desaparición, de hacer lo que sea preciso para escapar a la última ejecución.

Se ha perdido la ingenuidad en el medio siglo que tenemos a nuestras espaldas, junto con las esperanzas que he contribuido a disipar: no alimento la menor ilusión de escapar al destino que sé que me está reservado; no es la vida lo que me apremia, puesto que fuera del plan no soy nada más que un viejo mercenario inerme, rodeado de muertos. Aquellos que han quedado en el campo de batalla y aquellos que se enseñorean del mundo. No huiré ante ninguno de ellos, pero mi tarea se agota aquí. Otros la llevarán a cabo. Me dispongo a encontrar a un último viejo adversario, y espero que sea él quien apague la luz de los ojos que tan fielmente os han servido durante toda mi vida. Una vida que ha volado también junto con los miles de seres, década tras década, ahogados en la sangre, y que elijo acabar a mi manera.

Nada podéis hacer, ni tan siquiera reprocharos no haber previsto la defección del mejor agente en el último momento: la mente de los hombres lleva a cabo extrañas evoluciones y no existe un plan que pueda incluirlas a todas.

Esto impedirá a toda victoria cumplirse por completo. También a la vuestra.

Esto hace que nadie muera en vano, ni siquiera quien, con su último gesto, os da esta

lección.

Vuestro observador,
Q.

EPÍLOGO

Estambul, Navidad de 1555

Cuius regio, eius religio.

A cada región, la religión de su príncipe.

Con los príncipes siempre es posible tratar. Cerrar buenos negocios.

Esto es lo que se decidió en Augsburgo, hace dos meses, firmando un acuerdo que sanciona el reparto de bienes, territorios y confesiones en todo el Imperio. El nuevo papa Paulo IV deja a los protestantes las posesiones requisadas a la Iglesia hasta el día de hoy y bendice la paz lograda.

Se cierra así definitivamente la tapadera que Lutero, el títere de los nobles alemanes, levantó hace casi cuarenta años, dando inicio a décadas de esperanzas, rebeliones, venganzas y reparaciones. Cuarenta años, tanto ha sido menester para arrancar de nuevo a los pueblos la posibilidad de elección de su propio destino y a los hombres la de la propia fe.

Así se cierra una época. Carlos V, extenuado, señor de un Imperio próximo al colapso, se dispone a abdicar, dejando en herencia al joven Felipe las deudas y las guerras futuras.

También la estrella de los formidables Fugger está en su ocaso, oscurecida por un crédito imposible de cobrar. Por espacio de casi medio siglo han financiado las pretensiones y las aspiraciones del Habsburgo: ahora seguirán su misma suerte.

Cuius regio, eius religio. Quien no ha aceptado poner por encima de la propia cabeza a un príncipe o vincularse a una sola tierra, no tiene elección. La suerte de los judíos en Venecia ha sido el ejemplo.

Cuando fueron quemados los talmudes en Rialto, el 21 de agosto del 53, João había hecho posible la fuga a Oriente de casi un millar de judíos sefarditas. Tras el edicto de Julio III, las hogueras, los arrestos, el Getto, no hubo ya nada que hacer. Hoy está sucediendo lo mismo en otras partes a causa de Paulo IV.

Heinrich Gresbeck lo sabía. Venecia acusará el peso de todo esto, de haber cedido terreno a la persecución más hipócrita y terrible. El pueblo bíblico se lleva consigo el tesoro de la experiencia, el saber, la pericia, hacia una enésima fuga. Para ellos se abre la puerta de otro Imperio, que los acoge agradeciéndoles su valor. Pero junto con los judíos se marchan también otros muchos cristianos, otros hombres y mujeres sin tierra, arriesgan la vida allende las riberas del Mediterráneo, en medio de aquellos infieles a los que se nos ha enseñado a odiar y que ahora son los únicos en aceptarnos sin exigir ningún acto de fe.

Su soberano indiscutido, Solimán el Magnífico, cuyo nombre apenas murmurado basta para hacer estremecerse a cualquier veneciano, es el hombre más rico y poderoso del orbe, dueño y señor de un Imperio que se extiende desde Crimea hasta las Columnas de Hércules, desde Hungría hasta Bagdad. Agudo conocedor de hombres y de pueblos, se sienta en el trono que fuera de Constantino con la aureola del guerrero invicto y del prudente tirano. No se comparece en su presencia sin pensar que es el conquistador de Mesopotamia, que ha sido él quien ha llevado sus tropas hasta las mismas murallas de Viena, que ha derrotado a Carlos V en Mohacs, el hombre que con un simple gesto de cabeza podría acabar con las vías comerciales con Oriente, reduciendo a Venecia a una pequeña ciudad portuaria.

Si me preguntara por el continente que toca a sus dominios, le referiría mi historia, acariciando el convencimiento de que sabría apreciarla más que el informe de un embajador.

No hay ninguna enseñanza que extraer. No hay ningún plan que seguir. Estoy todavía vivo, eso es todo. Con la otra mitad del mundo, la lejana tierra que he visto perderse entre la niebla en un día invernal, no tengo ya nada que compartir. Se la dejo a los príncipes que consolidan sus tronos y eligen qué fe deben seguir sus súbditos; a los nuevos banqueros que se disponen a ocupar el puesto de los Fugger, recitando de memoria los textos de Calvino. Al propio Calvino, que manda a la hoguera a Miguel Servet, científico y teólogo. Se la dejo a los inquisidores que queman los libros; a Reginald Pole, ayer paladín de la conciliación, hoy arzobispo de Canterbury, perseguidor de protestantes en Inglaterra.

Pero más que a nadie se la dejo al arquitecto del plan que se hace realidad. A Giovanni Pietro Carafa, que ha subido al solio pontificio con el nombre de Paulo IV, a la edad de setenta y nueve años, el 23 de mayo de 1555.

—¿Todavía en la cama?

No la he oído entrar en el aposento. Me vuelvo con un refunfuño.

Beatrice inclina la cabeza para mirarme a los ojos:

—Al Sultán no le va a gustar nada tener que esperar a dos infieles de vuestro jaez.

Sentado en la cama, con un brazo le ciño la cintura, con el otro la aprisiono en un fuerte achuchón:

—Haz esperar a los poderosos y les demostrarás que no los temes.

—Sí, y te cortarán el cuello.

Reímos. Me levanto y voy a la estancia del baño, el alivio de mi vejez. Cada vez que pongo los pies aquí dentro, por lo menos dos veces al día, siento una mezcla de emoción y de complacencia por mi estado. Azulejos azules y verdemar relucen en el suelo y las paredes. Una gran pila ocupa un lado entero, de dos brazos de ancho. Puede ser llenada de forma continua por medio de dos tubos que vierten agua caliente o fría. El agua, calentada en un depósito que hay en el piso de arriba, se deja fluir a gusto de uno y se mezcla con la fría que baja por el otro conducto.

En esta ciudad de ensueño los baños son indicio de una civilización superior y de una consideración por el cuerpo y la higiene desconocidas en Europa. Los hay por todas partes, de todo tipo de tamaño y concepción, pero todos ellos adecuados para revigorizar los miembros y la mente del esfuerzo y del clima.

Me sumerjo en la tibieza, inmóvil. Que espere el Sultán.

Yosef me hace sobresaltarme irrumpiendo en la habitación con todo el clamor posible.

—¿No te habrás ahogado, mi querido viejo?

Luce sus mejores galas: las botas preferidas, que le llegan hasta la rodilla, unas calzas largas, claras; una blusa larga acolchada, con bordados en el pecho; el corvo alfanje al cinto, el puño damasquinado; el turbante típico de estas tierras arrollado a la cabeza, azul con una pluma blanca fijada por un broche de oro.

—Hay otras personas a las que hemos de ver antes que al Sultán. Date prisa, Samuel nos espera desde hace un rato. Las comodidades de esta ciudad te están volviendo un perezoso.

Lanza un pedazo de jabón en el agua que me salpica la cara. Me alarga la toalla grande:

—¡Vamos, date prisa!

En el Gran Bazar cubierto puede encontrarse de todo. Después de haber caminado entre los miles de mostradores y estrechos pasillos que se abren entre las tiendas, siguiendo a Samuel y Yosef, que guían mis pasos inexpertos, entramos en un local en el que se exponen especias y cereales.

Aromas de todo tipo asaltan mi olfato. Alrededor hay mesitas bajas, alfombras y cojines, ocupados por hombres enfrascados en sus negocios, de charla y fumando el narguile.

Dos gordos y sonrientes otomanos vienen a nuestro encuentro con grandes reverencias.

Uno abraza calurosamente a Yosef, luego se dirige al otro:

—Este es el muy honorable Yosef Nassí, una leyenda viva. Y este es su hermano

Samuel, no menos valeroso. —Se le enciende la expresión—. En Venecia estos hombres, conocidos como João y Bernardo Miquez, son considerados los principales enemigos de la Serenísima, por el simple hecho de ser desde siempre amigos nuestros. Si volvieran a Venecia, no te quepa la menor duda de que los colgarían de las columnas de San Marcos.

Ríen a gusto, el compadre está visiblemente admirado.

Es el turno de Yosef el Sefardita:

—Con todo, no excluyo el volver algún día. A pesar de sus amos, Venecia es una espléndida ciudad. Señores, os presento a mi socio, Ismael el-Viajero-del-Mundo, aquel que llegó de sus frías tierras a través de todo tipo de aventuras, enemigo de todos los poderosos de Europa.

Los dos opulentos mercaderes se inclinan nuevamente con aire deferente.

Nos hacen acomodarnos, uno de ellos se pone a cargar el hornillo del narguile, mientras que el otro le ruega a Yosef que le cuente a su socio su increíble fuga de Venecia.

—En otra ocasión. Nos esperan en la corte y no quisiera desperdiciar el poco tiempo de que disponemos en vanas jactancias. Mejor hablar de negocios.

—Por supuesto.

Unas rápidas palmadas y un muchacho con una túnica blanca trae una bandeja con un jarro humeante y unas tazas.

El sirviente vierte un líquido oscuro, de perfume intenso y desconocido.

Miro a Yosef.

Me habla en flamenco, la lengua de los ya remotos días de Amberes.

—Es precisamente el negocio del que debemos hablar. Pruébalo.

Un sorbo desconfiado. El líquido caliente desciende por la garganta, un fuerte sabor, ligeramente amargo, e inmediatamente se abre paso una sensación de vigor y renovada agudeza de los sentidos. Un sorbo más largo y quedan en la lengua los granos posados en el fondo de la taza.

—Bien, pero no comprendo…

—Se llama *qahwé*. Se obtiene de una planta que crece en las regiones de Arabia.

El mercader muestra un saquito de granos verdes, Yosef recoge un puñado.

—Se tuestan y muelen en polvo y están listos para la infusión en agua hirviente. En Europa se volverán locos por él. —Intuye mi perplejidad—. El Sultán demuestra apreciar los servicios y las informaciones que le proporcionamos, pero siempre resulta oportuno contar también con otros proyectos y buenos negocios que desarrollar. Créeme, las toscas gentes de Europa apreciarán uno tras otro estos pequeños placeres que hacen la vida digna de tal nombre.

Sonrío y pienso en mi pila colmada de agua tibia.

Yosef continúa:

—Aquí están abriéndose establecimientos para la degustación de bebidas regeneradoras. Lugares como este, donde se conversa, se hacen negocios y se fuma el tabaco de esas fantásticas pipas de agua. Ya verás, no harán falta muchos años para introducir en Europa semejantes costumbres. Solo tenemos que empezar a incluir en nuestros tratos comerciales los sacos de estos valiosos granos y explicar cómo hay que utilizarlos.

—Europa no gusta de los placeres, Yosef, lo sabes.

—Europa está acabada. Ahora que se han puesto de acuerdo, volverán nuevamente a hacerse la guerra, cultivando el sueño de una bárbara supremacía. A nosotros nos queda el mundo.

El muchacho llena de nuevo la taza.

Suelto una amplia bocanada de humo del tubo del narguile. Los miembros se relajan, se hunden en el cojín.

Sonrío. No existe un plan que pueda preverlo todo. Otros alzarán la cresta, otros desertarán. El tiempo no dejará de repartir derrotas y victorias a quien prosiga la lucha.

Sorbo satisfecho.

Nos espera la tibieza de los baños. Ya pueden transcurrir los días sin objeto.

No avanza la acción de acuerdo con un plan.

LÁMINAS

Martín Lutero

Las principales etapas de la vida de Martín Lutero, en una hoja volante de 1616. «Por eso, todo aquel que pueda, debe en tal caso matar, estrangular, atravesar de parte a parte… pensando que nada hay más ponzoñoso, peligroso y diabólico que un rebelde, tal como mataría a un perro rabioso: pues si no lo golpeas tú, él te golpeará a ti, y contigo a un país entero» *(Contra los campesinos agrupados en bandas de bandidos y asesinos, 1525).*

Thomas Müntzer

Thomas Müntzer en un grabado del siglo XVI de Christoffel van Sichem. «Así que dime, miserable y repugnante gusano, ¿quién te hizo alguna vez príncipe del pueblo?» *(Carta al conde de Mansfeld, 12 de mayo de 1525)*

Melchior Hofmann

Melchior Hofmann en un grabado de Van Sichem. «Uno de los profetas más extravagantes que haya conocido nunca, bastante único en su género y solo superado en su locura y oratoria por el gran Matthys.»

Bernhard Knipperdolling

Bernhard Knipperdolling en un grabado de 1536 de Heinrich Aldegrever. «Nosotros hemos comenzado la lucha y nosotros la llevaremos a cabo.»

Jan de Leiden

Jan de Leiden en un grabado de 1536, obra de Heinrich Aldegrever. «La epopeya anabaptista y la leyendas de los enemigos han hecho de nosotros unos monstruos de astucia y perversión. Bien, en realidad los caballeros del Apocalipsis eran los siguientes: un panadero profeta, un poeta alcahuete y un marginado sin nombre, eterno fugitivo.»

Jan Matthys

Jan Matthys en un grabado de Van Sichem. Tras él, su muerte durante el asedio de Münster. «¡Dios está a punto de barrer su era!»

Los doce artículos

Frontispicio de los *Doce artículos* de los campesinos suavos

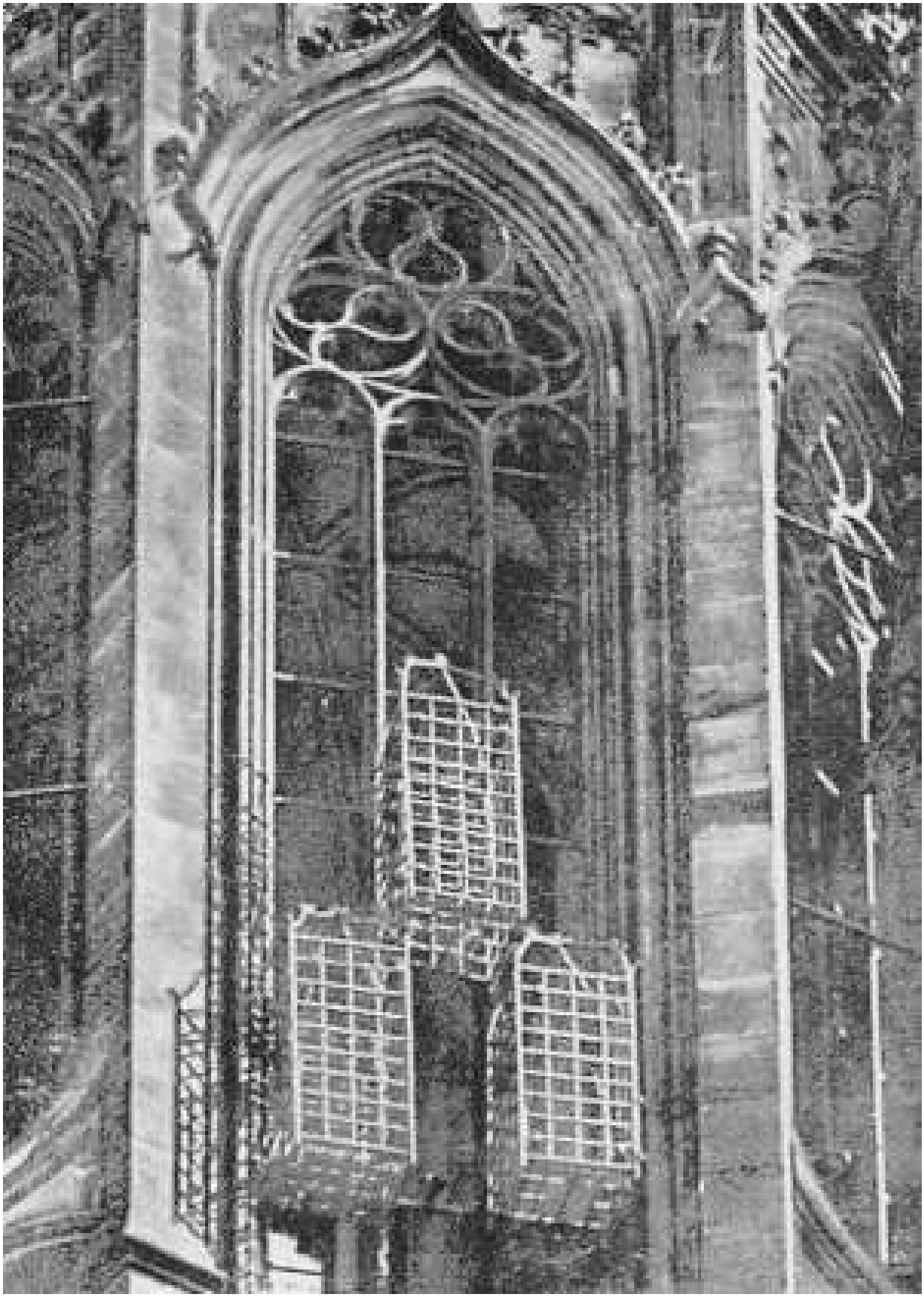
Decapitaciones en Frankenhausen

Decapitación de campesinos tras la batalla de Frankenhausen

Un Dios, una fe, un bautismo

«Un Dios, una fe, un bautismo», lema acuñado en una moneda del reino de Münster.

Jaulas



Las jaulas en que fueron expuestos los cadáveres de los cabecillas de Münster. «Nadie las mira. El pasado pende sobre sus cabezas. Y si osan alzarlas, allí están las jaulas para recordárselo.»

El beneficio de Cristo

TRATTATO
VTILISSIMO
DEL BENEFICIO DI GIESV CHRISTO CROCIFISSO, VERSO I CHRI- STIANI.

Venetiis Apud Bernardinum de Bindonis. Anno Do. M. D. XXXXIII.

Agradecimientos

Los autores desean dar las gracias a Silvia Urbini, Andrea Alberti, Susanna Fort, Guido Novello Guidelli Guidi, Gianmassimo P. Vigazzola y Antimo Santoro por su indispensable contribución.

http://www.wumingfoundation.com WU MING FOUNDATION
Descarga nuestros libros - novelas, ensayos y cuentos Desde 1996, por contrato todos nuestros libros llevan este anuncio: Está permitida la reproducción total o parcial de esta obra y su difusión telemática, siempre y cuando sea para uso personal de los lectores y no con fines comerciales; y con la condición de que se reproduzca este enunciado. Para conocer nuestras posiciones sobre copyright, copyleft, cc, uso legítimo-razonable y propiedad intelectual, visitad la sección OMNIA SUNT COMMUNIA de este sitio. Como nuestros libros están traducidos en muchos idiomas que no conocemos y han sido publicados en diversas partes del mundo, es muy difícil tener todo bajo control. Si la edición de vuestro país no contiene susodicho anuncio, significa que ¡habéis sido engañados! ¡Os han timado! ¡Estafado! ¡Os han tomado el pelo! ¡Embaucado! Rogamos presentar una reclamación al grupo editor y enviarnos una copia (con traducción, si es posible).

***"Comunicar con el público en todas formas es un trabajo de amor."* - Charles Dickens**